CHRISTIAN

JACQ

LA REINA SOL

Premio Jean d'Heurs de Novela Histórica

La reina sol

Christian Jacq

(2011)

Étiquettes:- Divers

Christian Jacq

La reina sol

El hombre es arcilla y paja.
Dios es su creador.
El hombre ignora los planes de Dios.
Que se ponga en sus manos.
Sabiduría egipcia

1

Cuando Akhesa abrió los ojos, alboreaba. La sangre del primer sol inundaba el Nilo. La ciudad de la luz[1], capital del faraón Akenatón y de su esposa Nefertiti, despertaría muy pronto. Por las calles flanqueadas de casas blancas pasaba ya la primera escuadra de policías, que se disponía a relevar a la guardia apostada en las fronteras del territorio de Atón, el divino sol.

Desde que en la ciudad del sol circulaban inquietantes rumores sobre la salud del faraón, la presencia de policías y militares era cada vez más numerosa. Algunas malas lenguas se atrevían incluso a afirmar que Akenatón, presa de crisis de locura mística, se había peleado con la hermosa Nefertiti, cuyas repetidas ausencias durante las ceremonias oficiales desataban las habladurías de los cortesanos.

Con sus ojos de un verde claro, Akhesa contempló durante largo rato el sol de aquella mañana de finales de invierno, que, cual bola de fuego, daba vida a todos los seres que tocaba con sus rayos. No se cansaba de admirar el grandioso espectáculo que calmaba sus angustias. En aquel momento lo apreciaba más todavía. Sus jóvenes pechos se hinchaban con legítimo orgullo. A sus catorce años, Akhesa era una magnífica mujer morena, de cuerpo delgado y esbelto. Se sentía adulta, liberada de las preocupaciones de la infancia. Los juegos de los adolescentes ya no le interesaban. En su cabeza y en su corazón se había operado una extraña metamorfosis que la había impulsado a huir. Desde hacía un día y una noche, Akhesa se ocultaba. Quería descubrirse, comprender las leyes de su propio destino.

Vestida con una corta túnica de lino blanco, descalza y sin joyas, Akhesa había conseguido avanzar de calleja en calleja, de jardín en jardín, de tejado en tejado. Ninguno de los hombres enviados en su búsqueda la había alcanzado. Excelente conocedora de todos los rincones de la ciudad, se había deslizado sin vacilación por el dédalo de villas del barrio de los nobles, al sur de la ciudad, pasando tras las ricas mansiones del sumo sacerdote y de los ministros, y ocultándose en algún bosquecillo en cuanto vislumbraba un uniforme. Contorneando el palacio de recreo del faraón y el lago donde a la

familia real le gustaba navegar en ligeras barcas, había llegado al centro de la capital para confundirse mejor entre la muchedumbre que deambulaba por la vía real, la cual bordeaba el inmenso palacio de Akenatón a lo largo de más de ochocientos metros. El puente que cruzaba la vasta arteria permitía a los notables circular con comodidad y acudir con presteza, desde sus despachos, a la sala de audiencias del faraón.

Al pasar ante el ministerio de Países Extranjeros, Akhesa fue descubierta. Los ojos de un comandante de carros se clavaron en los suyos. Sin embargo, antes de que éste tuviera tiempo de avisar a sus hombres, la fugitiva se escabulló entre un cortejo de escribas que se dirigía, a paso mesurado, hacia la Casa de la Vida, y desapareció. Luego adelantó a un grupo de músicos que salían del templo y abandonó la vía real para sumirse en el barrio de los comerciantes, al norte de la ciudad. En aquel coloreado y bullicioso arrabal donde se instalaban sin cesar los recién llegados, la muchacha consiguió coger algunos dátiles del puesto de un vendedor. A continuación, se ocultó en un taller de carpintería, que todavía no estaba ocupado, para recuperar las fuerzas.

Sus perseguidores no eran ingenuos. Dirigidos por varios escribas del ejército y por el jefe de la policía, estaban peinando paciente y metódicamente la ciudad. Ninguna casa escaparía a sus investigaciones. Al caer la noche, Akhesa se vio obligada a lanzarse a lo desconocido. Penetró en un gran conjunto de obras donde se edificaba un nuevo barrio destinado a los obreros de la metrópoli.

El miedo le oprimía el corazón. Todo su cuerpo se estremecía. Aquélla no era ya la maravillosa ciudad soleada y de floridos jardines, sino una zona inquietante poblada de bloques dispersos, montones de ladrillos y andamios. Merodeaban algunas sombras, hienas procedentes del desierto en busca de carroña o perros vagabundos que cazaban. En aquella estación, la noche era fría. Era imposible encender un fuego, pues habría llamado la atención de las patrullas. Por fortuna, Atón había concedido a Akhesa un excepcional vigor alimentado por la más resplandeciente salud. Dominados sus temores, se acurrucó y se sumió en un profundo sueño infantil, reconfortada por la certidumbre de que nadie la buscaría en un lugar semejante.

¡Qué suave era el sabor de la libertad! Era más dulce que la miel, más embriagador que la cerveza festiva. Akhesa no lamentaba su locura. La saboreaba, felicitándose cada vez más por haber roto el círculo de las costumbres que le imponían y haber demostrado que era capaz de desafiar a centenares de hombres. ¡Y su hazaña no había concluido todavía! No sólo sabría obtener alimento y vestido, sino que continuaría desafiando durante mucho tiempo aún a quienes creyeron

poder apresarla con facilidad.

Tan sólo echaba de menos un objeto: su espejo. «Mejor así -pensó-, Debo de estar horrible con el rostro lleno de polvo y el cabello revuelto.» Debía aceptar las severas condiciones que aseguraban su victoria.

Mujer… Sí, acababa de convertirse en mujer. La sangre que había manado de su vientre la elevaba a la dignidad de un ser independiente y responsable. Ya podía dar hijos al hombre que elegiría para compartir con él su vida. No había querido confiar a nadie aquel secreto, salvo al sol, el desierto y la noche. Había aguardado tatito aquel momento, que algunas de sus compañeras de juego habían conocido antes que ella haciéndola objeto de sus burlas. Pesadumbres ya olvidadas. Akhesa había recuperado el tiempo perdido. No sólo su cuerpo había cambiado, sino también su corazón. Sentía en lo más profundo de sí misma el poder solar del dios Atón, aunque fuera un sacrilegio. Sólo Akenatón, único sacerdote del dios único, tenía derecho a experimentar tal sensación.

Un ruido rompió el silencio. De un montón de ladrillos surgieron de pronto dos grandes lebreles seguidos por una escuadra de policías. Akhesa se levantó y dejó escapar un grito. Los perros habían venteado su presencia y se dirigían hacia su escondrijo. Entrenados desde su más tierna edad, aquellos animales sabían ser temibles asesinos.

La joven no había imaginado así el final de su escapada. Nunca hubiera imaginado que la princesa Akhesa[2], tercera hija de Akenatón y Nefertiti, perecería con la garganta desgarrada por los colmillos de los lebreles de la policía de su padre.

–¡Detenedlos! – gritó Mahú, el jefe de policía.

La orden había surgido demasiado tarde de sus labios. Impotente, Mahú asistió al asalto de los lebreles.

Se cubrió la cara.

Akenatón, su señor, jamás le perdonaría semejante error. El faraón y su esposa sentían un inmenso amor por sus seis hijas. Mahú se había equivocado al soltar los perros, pero no esperaba descubrir a la princesa fugada en aquel desierto lugar, que había registrado por azar. Horrorizados, los policías habían bajado sus garrotes. Al igual que su jefe, serían condenados a una severa pena por no haber conseguido impedir el drama.

Akhesa clavó sus ojos en los del primer lebrel que saltó hacia ella. Una loca esperanza la había dominado.

–¡Carnero! – exclamó-. Carnero, eres tú…

El perro se detuvo en seco. Su compañero se le adelantó con los músculos dispuestos al ataque.

–¡Tiéndete, Toro! – gritó Akhesa, interrumpiendo el impulso de su agresor.

Ambos lebreles, agitando la cola, lamieron los pies de la princesa. Akhesa les acarició la cabeza, como lo había hecho cien veces cuando, niña todavía, los alimentaba en la perrera real. Carnero y Toro, gracias a la rapidez de su carrera, habían sido destinados a tareas de vigilancia. Akhesa ignoraba que el amor que les había ofrecido un día le salvaría la vida.

Mahú, caminando con pesadez, se aproximó a la muchacha.

–Princesa, tenéis que acompañarme a palacio. Vuestro padre está furioso.

2

El palacio principal de Akenatón se erigía sobre una eminencia, en el centro de la ciudad del sol. Para acceder a las estancias privadas del soberano, era necesario cruzar unos jardines dispuestos en tres terrazas que ascendían hacia la luz. El inmenso edificio, que estaba construido en ladrillo, presentaba un aspecto aéreo, casi irreal. Numerosas salas estaban decoradas con pinturas: ocas salvajes que se debatían en un estanque, un joven ternero retozando, peces deslizándose entre flores de loto y mariposas revoloteando. Alrededor de las columnas se enroscaban plantas trepadoras y pámpanos de viña. Las maravillas de la naturaleza, regeneradas cada mañana por el divino Atón, cubrían techos, paredes y suelos.

Desde la terraza superior del palacio, se veía un vasto jardín que se extendía, en dirección al Nilo, hasta el embarcadero privado de la familia real. En las orillas, los jardineros cuidaban los arriates de flores.

Mahú había dejado a la princesa Akhesa en manos de un mayordomo que, tras haberse inclinado ante ella, la había conducido a las salas de invierno, provistas de un hogar redondo excavado en el suelo. Allí crepitaban algunas hogueras que caldeaban la atmósfera. El humo escapaba por pequeñas ventanas abiertas en el techo.

Akhesa fue introducida en un cuarto de baño donde la aguardaban

dos jóvenes sirvientas desnudas, que despojaron a la princesa de la túnica mancillada. Luego la ayudaron a tenderse sobre una larga hilera de piedras calientes, en las cuales se había practicado unas regatas por donde corría el agua. La princesa la sentía deslizarse voluptuosamente por su cuerpo, mientras las sirvientas la lavaban con cuidado, borrando las injurias que la arena y el polvo habían infligido a su piel dorada. Akhesa disfrutó el infinito placer de ser bella y estar limpia. Se estremeció de satisfacción bajo el rocío de esencias perfumadas.

Levantada con delicadeza, la princesa se contempló en el espejo que le tendía una de las sirvientas, mientras su compañera disponía el peinado de Akhesa, retorciendo los mechones castaños antes de cubrirlos con una peluca de largas trenzas. La hija del rey fue vestida con una toga de lino transparente que dejaba adivinar los pezones rosados de su pecho y el oscuro vello de su sexo. Después le aplicaron una línea de maquillaje verde para subrayar la perfecta curva de sus cejas.

La puerta se abrió ante el mayordomo de palacio.

–Su Majestad os espera, princesa.

Akhesa siguió al servidor a través de un largo pasillo, bañado por una luz que se filtraba por innumerables aberturas. En el palacio del rey, como en toda la capital, los rayos del divino sol debían tener libre acceso. El mayordomo se detuvo ante la entrada del gabinete privado de Akenatón, donde nadie, salvo los miembros de la familia real, tenía derecho a penetrar.

Akhesa se recogió, inquieta. Desde hacía más de dos meses veía a su padre en contadas ocasiones. ¿Qué había sido de aquellos momentos de felicidad en los que la princesa, acompañada de sus hermanas, degustaba copiosas comidas servidas por sus propios padres, despreciando toda etiqueta, y circulaba libremente por el palacio, llenándolo de alegres gritos e inventando mil juegos? Akenatón y Nefertiti, desnudos, la tomaban en sus rodillas y le contaban divertidas historias. Sus padres habían suprimido el protocolo para llevar, en compañía de sus hijas, la más sencilla y apacible de las existencias familiares.

Y, de repente, todo había cambiado sin que le dieran la menor explicación. El faraón se había vuelto distante e inaccesible incluso para sus íntimos. Nefertiti se había encerrado en el silencio de su propio palacio, lejos de su esposo. La dulce y tranquila felicidad se había roto brutalmente. Ahora, todos vivían aislados. La riqueza y el bienestar habían perdido su gusto afrutado.

El mayordomo empujó la puerta de cedro del Líbano. Akhesa entró en el gabinete particular del faraón, una estancia casi vacía. Ninguna decoración en las paredes. Tan sólo una mesa de trabajo y una silla de ébano, que Akenatón había colocado ante una amplia ventana desde donde contemplaba los jardines inundados de sol.

El omnipotente soberano del Doble País era un hombre alto, muy delgado, de cráneo alargado y rostro demacrado. Unos salientes pómulos y unos ojos profundamente hundidos en las cuencas subrayaban el aspecto enfermizo de un ser que, años atrás, demostraba una soberbia que imponía respeto a todos.

Akhesa cerró silenciosamente la puerta a sus espaldas. Su padre ni siquiera parecía haber advertido su presencia. En la mesa había un rollo de papiro en el que, con su fina escritura, el rey había dibujado varias columnas de jeroglíficos. El comienzo de un himno al dios solar, al ser divino que ocupaba todos sus pensamientos.

La princesa dio algunos pasos, dividida entre el temor a interrumpir la meditación de su padre y el deseo de verle interesarse por ella. Luego se quedó inmóvil. Por fin, él volvió la cabeza y la descubrió. Akhesa se arrodilló y olisqueó el suelo ante el faraón, su señor, como correspondía a todo súbdito fiel a Su Majestad.

Akenatón levantó a su hija.

–No, tú no. Eres carne de mi carne. Mi sangre corre por tus venas.

–Padre, te ofrezco el respeto debido a un dios -objetó Akhesa con voz tierna, manteniendo la cabeza inclinada.

Akenatón sonrió.

–Para ser una niña, conoces bien la teología…

–Ya no soy una niña -protestó la muchacha-. Hace dos días que soy una mujer.

–¿Y por eso has huido sumiéndome en una horrible angustia? Querías demostrar que ya no necesitabas a nadie, ¿verdad? Ven a mi lado.

Akenatón se sentó de nuevo. Parecía agotado. Akhesa se acurrucó a sus pies. Su padre le fascinaba. Gracias a la llama brillante de su mirada, había conseguido imponer al país una nueva religión y una nueva capital, amordazar las ambiciones materiales de los sacerdotes tebanos y crear otra civilización. Por fatigada que estuviera su envoltura carnal, servía todavía de receptáculo a un formidable poder creador que Akhesa no había encontrado nunca en ningún otro ser. Y no había que olvidar su voz, con aquella dulce gravedad casi cantarína que sonaba como una melopea, encantando las almas y hechizándolas.

Nadie resistía por mucho tiempo a la seducción de Akenatón.

No era un bello y hábil orador; a menudo tenía que buscar las palabras, adoptaba actitudes casi ajenas, vacilaba. Carecía de presencia, hacía mal papel comparado con la mayoría de sus leales. Y, sin embargo, de su persona emanaba un fluido mágico y tal capacidad de convicción, que convertía a los más reticentes a la espiritualidad solar, que él vivía con comunicativa intensidad.

Akenatón era un jefe de Estado. Gobernaba con sus propias armas, que eran las del espíritu, pero gobernaba efectivamente y con una mano cuya firmeza había asombrado a algunos cortesanos. Akhesa se sentía orgullosa de ser su hija. Daba gracias a Atón por haberle concedido tan extraordinario padre, el más fabuloso de los hombres que nunca hubieran pisado la tierra de Egipto.

–En realidad no he huido, padre. Tenía que abandonar las estancias de los hijos reales.

–Porque te has convertido en mujer…

Adivinaba sus pensamientos. La comprendía a la primera palabra. Leía en su alma.

–Mis ojos se han abierto. Sólo soy la tercera de tus hijas, pero, a mi modo, continuaré tu obra. Estoy segura de que mis hermanas mayores no han captado tu mensaje. Ignoran que nos encontramos en el umbral de un nuevo mundo, de un mundo que deberemos construir sin mirar al pasado.

El faraón no ocultó su asombro.

–Ésas son graves palabras en la boca de una joven de catorce años.

–¿Acaso no fue a esa edad cuando comenzaste a transformar tu entorno y a querer imponer tu voluntad?

–¿Te has vuelto impertinente?

Una sonrisa de Akhesa, levantando con falso temor los ojos hacia su padre, acabó con la naciente reprimenda.

–¿Por qué eres tan solitario, padre? ¡Necesito tanto tu presencia!

–Mi tarea es abrumadora, Akhesa. Hace ya más de doce años que, en mi reinado, me esfuerzo por la felicidad de mi pueblo. Hoy, Atón ilumina Egipto y esparce su luz por doquier. Pero las fuerzas de las tinieblas no han sido aniquiladas. En Tebas conspiran contra mí. Los sacerdotes de Amón no se dan por vencidos, sueñan con su pasado esplendor.

–Tebas… Nunca me has llevado allí. Algunos dicen que es la

ciudad más hermosa del mundo.

–Tebas está entregada al comercio, a la riqueza, a la materialidad. La luz del espíritu está aquí, en nuestra ciudad del sol. De él depende la existencia de cada uno de los habitantes de este país, ya sea piedra, flor o ser humano. Tebas vive en el lujo y la opulencia, es el vientre de Egipto. En cambio, aquí vibra su conciencia. Nunca más volveremos a Tebas.

–Padre mío, quisiera pedirte un favor.

Akenatón frunció las cejas.

–Inquietante súplica, hija. ¿Seré capaz de satisfacerte?

–Toda palabra emitida por el faraón se convierte en realidad, porque el Verbo está en su boca.

La mirada del faraón expresó admiración.

–Decididamente has aprendido mucho, princesita.

–He aprendido, sobre todo, a no revolotear de flor en flor como una mariposa. De ese modo se pierden las ideas propias y se toman mil caminos sin seguir ninguno. ¡Me gustaría tanto formular mi petición!

Akhesa era la más testaruda de las hijas de Akenatón. No es que fuera caprichosa, pues sabía renunciar a los proyectos insensatos, pero estaba dotada de una firme voluntad para alcanzar los objetivos que se fijaba, y de los que nada ni nadie conseguía apartarla. Akenatón tenía en la cabeza las palabras y las imágenes que plasmaría en su papiro para cantar la gloria de Atón. Aquel imperioso trabajo le ocuparía muchos días, pero sabía que Akhesa no le dejaría en paz hasta que le hubiera escuchado. Empezaba a preguntarse si el verdadero motivo de su fuga no habría sido obtener esta entrevista.

Akhesa levantó hacia su padre unos ojos implorantes.

–Antaño -dijo-, te gustaba pasear por las calles de nuestra ciudad en tu gran carro dorado. La gente te veía pasar. Besabas a mamá en pleno mediodía, cuando Atón os envolvía con su luz.

Conmovido por el recuerdo de aquella escena, tan viva en él, Akenatón contempló cara a cara a su dios, Atón. Sus rayos no le abrasaban los ojos. Le regeneraban, le daban fuerzas para seguir viviendo y reinando. Nefertiti… La amaba como el primer día, a pesar de que ahora las obligaciones de su cargo le obligaban a actuar en solitario. ¡Cómo apreciaba aquellos paseos en carro! ¡Qué orgulloso se sentía mostrando a su entusiasta pueblo la tez clara de su joven reina, tan hermosa que hubiera podido dar celos al propio Atón!

–Puesto que soy mujer -prosiguió Akhesa, quisiera que me llevaras en tu carro y que recorriéramos juntos la vía real.

Akenatón enmudeció. Akhesa, que percibió enseguida su turbación, se levantó, se apartó de su padre y esbozó uno de los pasos de danza que su madre le había enseñado.

–¿No soy acaso lo bastante bella, padre mío? ¿Es un deshonor para ti llevarme a tu lado? ¿Puede Atón reprochar a un rey que ame a su hija?

–No, pero es imposible…

Desde las villas de los nobles hasta los barrios obreros, la nueva se extendió con la velocidad del relámpago. Unos aprendices de carpintero fueron los primeros en ver a los policías que se habían instalado en sus atalayas, jalonando la vía real, para vigilar los movimientos de la muchedumbre. Era el indicio de que iba a producirse un acontecimiento excepcional, sin duda el paso de una alta personalidad dirigiéndose al palacio o al templo, tal vez la reina madre procedente de Tebas o un príncipe extranjero que traía tributos al faraón. Pero, en tal caso, los bateleros y los hombres encargados de descargar las mercancías en el muelle habrían avisado a los aguadores y a lo vendedores ambulantes.

Cuando Atón estuvo en lo más alto del cielo, toda la población de la ciudad del sol se había reunido a uno y otro lado de la vía real. Nobles, dignatarios y altos funcionarios habían abandonado villas y despachos para instalarse en los jardines colgantes, a la sombra de los árboles o las pérgolas. En las obras, el trabajo se había interrumpido. Las tiendas estaban vacías.

Cuando Nakhtmin, comandante de los carros, llevó a la entrada del gran palacio el carro de Estado chapado de electro, una aleación de oro y plata, un murmullo de asombro recorrió la muchedumbre. ¿Significaba aquello que Akenatón iba a reaparecer por fin, a salir del aislamiento y el silencio? Todos callaron, en espera de un milagro. No faltaba ni una sola personalidad importante. Horemheb, el poderoso general cuya inteligencia sólo era igualada por su refinamiento, permanecía en compañía de su esposa, dama Mut, en el centro de un grupo de oficiales; Ay, el «divino padre», considerado un sabio anciano, observaba la escena desde un balcón de piedra al lado de su esposa, la nodriza Ti.

Cuando Akhesa apareció en lo alto de la escalinata del palacio, su corazón se llenó de orgullo. La ciudad entera estaba a sus pies. Salía de las tinieblas para nacer al esplendor de Atón. En adelante, nadie dudaría de que la princesa Akhesa gozaba del favor del faraón.

El gozo de la joven duró poco. En cuanto apareció Akenatón, las miradas convergieron hacia él.

El faraón, tocado con la corona azul que casi se amoldaba a la forma de su cráneo, lucía una túnica de lino y calzaba sandalias blancas. Tomó a su hija de la mano, bajó rápidamente la escalinata y trepó con Akhesa a la plataforma del carro.

–Está lívido -dijo dama Mut a su esposo, el general Horemheb-. A mi entender, se encuentra gravemente enfermo.

Horemheb no respondió. Se limitó a mirar atentamente a Akenatón. Educado en la dura escuela de los escribas y colocado luego a la cabeza del ejército, cuyo comandante en jefe no era nunca un militar, Horemheb era, para muchos, el personaje más influyente del reino. ¿Acaso no se decía que era capaz de tomar el poder?

–El rey hace el ridículo exhibiéndose así con esa niña -insistió Mut.

–No debe hablarse así del Señor de las Dos Tierras -indicó Horemheb, severo.

Mut se ruborizó, confusa.

Se elevó un clamor. Una veintena de soldados avanzaban a paso ligero para abrir camino al carro. Los infantes, cuyos taparrabos les golpeaban los muslos al caminar, cantaban. Gritos de júbilo saludaron su paso, y crecieron todavía más cuando los dos caballos soberbiamente enjaezados, con la cabeza coronada por un penacho de plumas multicolores, iniciaron el trote. La alegría había invadido de nuevo la ciudad del sol. El faraón había reaparecido.

Akenatón sostenía las riendas con mano tranquila. Los dos caballos, Belleza Matinal y Belleza Vespertina, habían reconocido el puño de su amo. Akhesa sonrió a su padre. En aquel maravilloso mediodía, era la más envidiada de las mujeres.

El faraón se dirigía hacia el norte; una sombra de tristeza velaba su mirada. Al sur se hallaba la mansión y el templo donde oficiaba Nefertiti. Akhesa comprendió que no quería infligirle aquel espectáculo. Se prometió encontrar el modo de reconquistar a su madre. Ahora que había roto el círculo de silencio que rodeaba a su padre, se sentía capaz de ganar las más difíciles batallas.

Los obreros y los artesanos manifestaban con energía su contento. «Atón es nuestro Dios -gritaban-, él nos da la vida», «Akenatón es nuestro rey», «Akenatón nos transmite la luz de Atón». Sabían que la salida real se celebraría con un día de reposo, aumentando así el período festivo que sumaba más de tres meses al año.

Akhesa veía revivir a su padre. Los colores animaban el cansado

rostro, casi anémico. El soplo vivificante de aquel mediodía de invierno hacía brotar en él insospechadas fuerzas.

–En este mismo carro festejé la fundación de mi ciudad -confió a su hija-. El sol brillaba en lo más alto del cielo. Marqué lo límites del horizonte de Atón. El propio dios me indicó el emplazamiento de su ciudad. Levanté la mano al sol y ordené erigir un gran altar donde se llevó a cabo un gran sacrificio en su honor. Desde entonces, el rostro de la humanidad ha cambiado. La misma luz brilla para todos lo países. Su fuente está aquí, en este lugar sagrado para siempre. Luego di nombre a los templos para que el Verbo guiara la mano de los constructores. Resucité así Heliópolis, la primera ciudad santa, la que surgió de las aguas al comienzo de los tiempos. ¿Comprendes, princesa? Y hoy, tú, mi hija Akhesa, estás aquí, a mi lado, como una reina…

Las palabras del faraón helaron la sangre de Akhesa. ¿Ella una reina? ¿Por qué hablaba así? La gran esposa real era Nefertiti; la segunda esposa, una siria casada diplomáticamente con el rey para sellar un tratado de paz y que vivía en una estancia del palacio de donde apenas salía. Akhesa se sentía tanto más turbada cuanto que conocía el título preferido de su padre, «el mayor de todos los videntes». Akenatón descubría los caminos de lo invisible. Pasado, presente y futuro eran en su pensamiento como un sólo instante. Creaba la realidad. Al hablarle así, ¿no estaría desvelándole su destino?

El carro pasaba ante el gran templo. El entusiasmo popular aumentaba sin descanso. A los soldados les costaba apartar a los curiosos para abrir paso al faraón y a su hija.

–Fue un acierto hacerme esta súplica, Akhesa. Este paseó es el acto de gobierno más importante que he llevado a cabo desde hace muchos meses. Servirá para ensanchar los corazones y orientarlos de nuevo hacia Atón.

Akhesa no había pensado en elaborar ninguna estrategia. Sin embargo, acababa de recibir su primera lección de adulto y advirtió, no sin gran placer, que su impulso había favorecido la causa del faraón. ¿Tal vez fuera eso signo de que su naturaleza se asemejaba a la del faraón y de que servir a las Dos Tierras pronto sería su único ideal? Aunque se tratara de algo imposible, no pudo evitar conservar esa visión en lo más hondo de sí misma. Reina… Su padre había pronunciado ese título terrorífico y sublime.

El carro estaba llegando al final del barrio norte. Más allá, se abría el terreno en obras donde los policías habían encontrado a Akhesa. El paseo pronto habría terminado. Era preciso dar media vuelta y

regresar a palacio.

Akhesa se negó a ceñirse al protocolo. ¿Acaso no había obtenido el derecho a moldear su destino? Con gesto brusco, se apoderó de las riendas, hizo que se encabritaran ambos caballos y los lanzó al galope excitándolos con la voz, como se lo había visto hacer, tantas veces, a los oficiales de carros.

El faraón no perdió la calma. El carro dejó atrás la columna de infantes que lo precedía, y éstos se apartaron para no ser derribados.

–¡Los caballos se han desbocado! – gritó uno de ellos-. ¡Hay que detenerlos!

Pese a la confusión, los jinetes de Horemheb saltaron sobre sus monturas, al tiempo que algunos arqueros subían a los carros de guerra y se lanzaban tras el faraón y su hija. La inquietud sucedía a la alegría.

–¿Por qué actúas así? – preguntó Akenatón contemplando la cadena de montañas envuelta en una luz azulada.

–¡Para ir más lejos, padre! El mundo entero te pertenece.

–Las piedras del desierto son peligrosas para las ruedas de los carros, sobre todo a esta velocidad.

Aunque su padre no había levantado la voz, Akhesa tomó conciencia de su imprudencia. Intentó contener a los caballos, pero lo hizo con tanta torpeza que los excitó más aún. El carro penetró en el desierto, abandonando el camino trazado por los obreros.

Precisamente cuando el rey se hacía de nuevo con las riendas, chocó violentamente con un bloque calcáreo. El vehículo perdió el equilibrio, corrió inclinado durante unos segundos, y luego volcó en la arena y las rocas mientras ambos caballos, liberados, galopaban hacia la montaña.

Mahú, el jefe de la policía, y el comandante Nakhtmin fueron los primeros en llegar al lugar del drama. Algunos jinetes se lanzaron tras las huellas de Belleza Matinal y Belleza Vespertina para devolverlas a las caballerizas reales.

El carro de Estado había caído de lado. Akenatón estaba de pie, sano y salvo. Akhesa se encontraba tendida en el suelo, algo más lejos. Mahú se inclinó respetuosamente ante el faraón.

–¡Atón os ha protegido, Majestad!

–¿De qué te asombras, Mahú? Que se ocupen de mi hija.

–No es grave -anunció alegremente Nakhtmin, tomando a la joven

princesa en sus brazos-. Ya vuelve en sí. Un simple arañazo en la frente.

Aunque la cabeza le daba vueltas, Akhesa logró levantarse. Se aproximó a su padre y se arrodilló en la fina arena del desierto.

–Perdonadme, padre. He actuado con ligereza.

–Atón te ha guiado -indicó el rey, hablando para los soldados y los policías que le rodeaban-. Has demostrado que su servidor y su profeta, el faraón, está protegido de todo peligro.

3

Una semana después de los acontecimientos que habían señalado la reaparición de Akenatón ante su pueblo, permitiéndole adquirir un nuevo prestigio, Akhesa fue conducida por orden de su padre al barrio sur de la ciudad del sol.

Tras la entrevista, cuyas palabras permanecían grabadas en su memoria, Akhesa no dudaba ya que el faraón había decidido adjudicarle uno de los palacios femeninos a los que se había dado el nombre de «Abanico de la luz». Tan extraña denominación recordaba el papel simbólico de los abanicos de pluma de avestruz, cuya función era filtrar la claridad solar y proporcionar el soplo de vida. Habían construido tres «abanicos»: el primero para la reina madre Teje[3], el segundo para la reina Nefertiti y el tercero para su hija mayor, Meritatón, heredera de la dinastía. Estaban orientados siguiendo un eje norte-sur, con objeto de captar mejor la suave brisa del septentrión que refrescaba a los seres tras una jornada tórrida. Junto a las estancias privadas había un pequeño templo donde cada una de las tres grandes damas celebraban culto en honor de la luz del poniente. La reina madre, que por lo general residía en Tebas, estaba ausente. Nefertiti vivía recluida en otro palacio desde hacía varios meses y ya no concedía audiencias. Meritatón, la primogénita, se había instalado con gran fasto en sus dominios y se preparaba con ostentación para su futuro oficio de reina.

¿Cómo reaccionaría al ver que su hermana Akhesa ocupaba también un «abanico»? Ésta no sentía odio alguno hacia Meritatón, pero le reprochaba su arrogancia y su desdén para con los humildes. La primogénita de las hijas del rey tenía tanta fe en su superioridad y tanta confianza en sus derechos, que no concedía el menor interés a la

existencia de sus hermanas menores. Como guardiana de la sangre real, no tenía ya nada en común con los demás seres humanos.

La escolta mandada por Mahú, el jefe de policía, pasó ante los tres «abanicos» sin detenerse. Akhesa esperaba descubrir un nuevo edificio, el que en adelante le estaría reservado. ¿Acaso los obreros del faraón no eran capaces de construirlo en menos de un mes? En el umbral debían de esperarla sirvientes y sirvientas. ¿Cómo celebraría el culto? ¡No le habían dado instrucción alguna! Sin duda su padre estaría presente en el primer ritual que ella tendría que dirigir. Luego, debería actuar sola.

La escolta siguió avanzando por un paisaje familiar para Akhesa, el del palacio donde había sido educada con sus hermanas. Protegido por altos muros, el edificio se hallaba en el centro de un gran jardín repleto de sicomoros y acacias. Varios estanques, a cuyas orillas se levantaban pabellones de madera, proporcionaban un suave frescor cuando llegaban los fuertes calores. Centenares de pájaros jugaban en los setos y en las floridas cercas. Algunos puentes de arcadas recubiertas de plantas trepadoras unían las riberas de aquel laberinto de agua y vegetación.

Akhesa había huido de aquel lugar. No le gustaba vivir en un paraíso donde estaba condenada a una felicidad que no había elegido. Cuando la puerta de bronce del palacio se abrió ante ella, su cuerpo se puso tenso.

–No quiero entrar aquí.

–Son órdenes del faraón -indicó Mahú, molesto.

–Imposible.

–Y sin embargo así es, princesa.

–Juradlo en nombre de Atón.

Un juramento comprometía la vida de quien lo pronunciaba. Nadie, pues, se lo tomaba a la ligera.

–Lo juro, princesa. Mi misión consiste en ejecutar las órdenes del faraón.

Akhesa, abatida, aceptó cruzar el umbral del palacio de infancia. Su padre se había burlado de ella. La había engañado con sus palabras de esperanza. La había considerado una niña insoportable a la que infligía el peor de los castigos: devolverla a la jaula dorada de donde se había evadido.

Cada paso se hacía más difícil. A costa de intensos esfuerzos, consiguió seguir a Mahú. Pero no podría seguir controlándose.

Pondría pies en polvorosa para no encontrarse con sus hermanas pequeñas, la gobernanta, los interminables juegos, los días demasiado reglamentados.

Mahú pasó ante el edificio principal, donde vivían las pequeñas princesas. El corazón de Akhesa latió más deprisa. ¿Qué detestable sorpresa le reservaban?

La escolta se dirigió hacia un ala construida recientemente, donde la joven no había entrado nunca. Los arriates floridos acababan de ser plantados. Todavía no habían cubierto los ladrillos de yeso. Las terrazas apenas si estaban terminadas.

–Entrad, princesa -dijo el jefe de policía.

–¿Por qué razón? ¿Quién vive aquí?

–Lo ignoro, princesa. Mis guardias se colocarán alrededor del edificio. Es imposible escapar. Entrad, por favor.

Mahú tenía razón. Cualquier tentativa de fuga parecía condenada al fracaso. Pero la curiosidad podía más que el temor. Akhesa cruzó un vestíbulo con columnas, donde algunos pintores trabajaban aplicadamente. Una sirvienta la condujo hacia una gran estancia cuya puerta cerró. La muchacha descubrió un suntuoso mobiliario: un sillón de ébano cuyos paneles estaban cubiertos de láminas de oro, una silla de madera maciza decorada con buitres con las alas desplegadas, un taburete de tres patas con incrustaciones de marfil, cojines de junco trenzado forrados de tela… Eran objetos perfectos, creados por hábiles carpinteros, pero su pequeño tamaño demostraba que pertenecían… ¡a un niño!

Akhesa se instaló en el sillón, preguntándose a quién pertenecería. Seguramente, a alguien lo bastante influyente como para ser acogido junto a las hijas del faraón y beneficiarse de una lujosa instalación. Pero ¿por qué la habían conducido a ella a aquel lugar y por qué su padre no le había dicho nada de tan extraña decisión? La angustia volvió a apoderarse de Akhesa. ¿Sería posible que hubieran construido con tanta rapidez aquellas estancias para ella? Sí, ésa era la explicación. Conociendo su carácter rebelde y su amor a la independencia, el faraón había decidido relegarla a una parte aislada del palacio de infancia. Allí la olvidarían y su conducta ya no molestaría a nadie.

Las lágrimas inundaron los ojos de la muchacha. Se reprochó enseguida su debilidad. Comportándose así, no podría salir de la trampa donde intentaban encerrarla. Cuando comenzaba a elaborar un plan de evasión, una disimulada puerta se abrió, dando paso a un muchacho de aspecto frágil, bastante envarado, vestido con una

pesada túnica dorada que dificultaba su marcha. Pendientes de oro macizo, aros de marfil en los tobillos y brazaletes adornaban al joven príncipe. Las joyas estaban decoradas con gacelas, liebres y avestruces que presentaban a su propietario como un gran cazador.

Akhesa rompió a reír, ante la indignación del muchacho, que se encolerizó.

–¿Con qué derecho osáis burlaros así de mí?

–Estáis… ¡Estáis ridículo!

Akhesa se acercó a él y le quitó con rapidez un pendiente formado por dos pequeños tubos de oro que encajaban uno dentro de otro, con los extremos fijos en un disco, también de oro, incrustado de cornalina y pasta de vidrio.

–Vuestras joyas son espléndidas -apreció la joven-. Pero ¿por qué vais tan pesadamente adornado? ¿Os dirigís a una gran ceremonia?

–Vuestra insolencia es totalmente inaceptable. ¿Sabéis con quién estáis hablando?

El adolescente se había erguido con toda la dignidad de que era capaz. Akhesa reconoció que no le faltaba prestancia. La educación de la corte le había convertido en un príncipe de perfectas maneras, marcado por una intransigente práctica de la etiqueta.

–No tengo el honor de conoceros -confesó Akhesa, divertida.

El niño, que había crecido demasiado pronto, adoptó un aire de superioridad.

–Soy el hijo de Amenofis III, el príncipe Tutankatón.

4

Akhesa había escuchado el nombre de Tutankatón una o dos veces. Vivía en Tebas, junto a la reina madre.

–¿Habéis venido como visitante?

–Me he instalado por varios meses en la ciudad del sol -respondió el muchacho, cuya voz, que se quería firme, contrastaba con su evidente falta de vigor físico.

A sus doce años, Tutankatón jugaba a ser un príncipe confirmado y seguro de sí. Había recibido la enseñanza de los sabios, que recomendaba desconfiar de las mujeres desconocidas. Ésta era

particularmente hermosa, es cierto, incluso la más hermosa que nunca hubiera visto, pero para él seguía siendo una extraña.

–Y vos…, ¿quién sois vos?

–Akhesa, la tercera hija del faraón.

Había inclinado dócilmente la cabeza hacia adelante, como una sirvienta ante su amo.

–¡Una hija del faraón! – exclamó el adolescente-. Estoy…, estoy emocionado…

Turbado, Tutankatón había perdido su seguridad. Su recuperada sencillez conmovió a la joven.

–¿Sabéis vos, príncipe, por qué me han traído aquí?

–Para someteros a una prueba en compañía de Tutankatón -explicó la voz melodiosa de un hombre que había entrado sin hacer ruido y se había colocado tras una columna.

Akhesa se volvió vivamente hacia él. Le reconoció enseguida.

–¡Hanis! ¿Qué estáis haciendo aquí?

–Princesa, el rey me ha encargado presidir el tribunal que os examinará.

La sonrisa de Akhesa se heló. Hanis era un hombre con clase, elegante, de gran distinción, que vestía de buena gana paños fenicios. Desempeñaba en la corte una alta función, la de embajador del faraón ante los soberanos extranjeros. Hanis era un excelente literato y dominaba varias lenguas. A un egipcio le estaba prohibido, en efecto, hablar fuera de su país el lenguaje sagrado, revelado por los dioses en forma de jeroglíficos. De modo que los viajeros y los diplomáticos tenían que ser políglotas y asimilar las costumbres de los países que visitaban.

Hanis impresionaba a Akhesa. Su vasta cultura le convertía en un personaje misterioso y fascinante. Había leído las obras de los moralistas y los poetas, sabía pintar y dibujar, conocía los secretos de las drogas. Un fino bigote negro adornaba su labio superior. Llevaba en la muñeca izquierda un brazalete de plata en el que había grabado un zorro.

–¿De qué tribunal estáis hablando? – se inquietó la muchacha.

–Del de los escribas -respondió cauteloso Hanis-. Os está aguardando a ambos.

–Estoy dispuesto -declaró con orgullo Tutankatón-. Justo es que personas de nuestro rango sean puestas a prueba con firmeza.

El adolescente presumía. Estaba seguro de que sus conocimientos eran superiores a los de Akhesa. Sin embargo, la muchacha debía de haber sido considerada excepcional para haber recibido la enseñanza de los escribas. Pero, aun así, ¿qué chica podría rivalizar en ese campo con un muchacho? Frecuentar asiduamente la escuela de los doctos era tomar el mejor camino hacia la eternidad. Los trabajos que allí se realizaban parecían montañas que el tiempo apenas desgastaba. Cuando recibió su primera paleta y su primer cálamo de un anciano sabio, éste había recomendado a Tutankatón que los venerara como a su padre y a su madre. Aquellos objetos estarían siempre a su lado, tanto en la pena como en la alegría, tanto en la vida como en la muerte.

Hanis introdujo a Akhesa y a Tutankatón en una modesta sala, donde les aguardaban tres escribas agachados con el cráneo rasurado, unos hombres de edad avanzada y de rostro severo.

Ambos jóvenes se sentaron frente a sus jueces, con las rodillas cruzadas para que sirvieran de soporte a la paleta que les entregó Hanis, una tablilla rectangular de marfil, marcada con el nombre del faraón. Había sido vaciada en su parte superior para dar cabida a dos pastillas de color a base de pigmentos vegetales, una negra y otra roja. El embajador sacó de un cesto de papiro forrado de tela varias cañas finas ya cortadas, un pulidor útil para las correcciones sobre papiro, un raspador de gres, un pocillo de agua que servía para humedecer los calamos, algunos trozos de caliza sobre los que los alumnos escribirían sus imperfectos intentos antes de componer el texto definitivo y, finalmente, un precioso rollo de papiro.

Akhesa tenía un nudo en la garganta. Era el primer examen de tal austeridad al que se sometía, y además de improviso. Reprochaba interiormente a su padre que no la hubiera avisado. Tutankatón parecía menos inquieto. Sin duda había tenido tiempo de prepararse.

–Veneremos la memoria de nuestro antepasado Imhotep -rogó Hanis-.

Que él, protector de los escribas y sabio entre los sabios, el hombre que erigió la madre de las pirámides en Saqqara, creando para el faraón una escalera hacia el cielo, inspire nuestros pensamientos y los conduzca por el angosto sendero de la verdad.

Con respetuosa lentitud, los tres examinadores y Hanis derramaron unas gotas de agua sobre su cálamo en recuerdo del gran Imhotep.

El más ingrato de los escribas dictó un extracto de una obra literaria célebre desde hacía varios siglos, El cuento de Sinuhé, llenándolo de graves faltas que ambos jóvenes tenían que subrayar

con tinta roja. Akhesa realizó el ejercicio con facilidad, pues había leído y escuchado muchas veces aquella famosa historia. La obra narraba las hazañas de un funcionario que, a su pesar, se veía envuelto en peligrosas aventuras en el extranjero, hacía de espía por cuenta del faraón y regresaba a Egipto para morir colmado de honores. El lenguaje era hermoso, pero difícil. Siguieron ejercicios de gramática y filología, algunos de los cuales le parecieron insolubles a la joven, que apeló para resolverlos a todas sus facultades de razonamiento. Por último, les plantearon problemas de matemáticas y de geometría, en los que se pedía a los candidatos que calcularan el peso de un obelisco y el ángulo de una pirámide. El ágil espíritu de Akhesa se complació buscando la solución correcta, pero el tiempo concedido le pareció muy corto, sobre todo teniendo en cuenta que también le habían pedido que redactara una contabilidad en escritura hierática, especie de abreviación de los jeroglíficos que permitía escribirlos muy rápidamente.

Tutankatón se levantó furioso.

–Nadie me lo ha enseñado. Estas preguntas son injustas. Estoy harto.

Con gran indignación de los escribas, el príncipe arrojó paleta, cálamo y pocillo de agua. Salió corriendo del despacho de los examinadores y se dirigió a una glorieta donde pensaba refugiarse, lejos de sus verdugos. Se quedó inmóvil en el umbral, con los ojos desorbitados por la sorpresa. Un hombre estaba esperándole.

–¡Huy! – exclamó-. ¡Huy, estás aquí! ¡Qué alegría!

–Siempre estaré a tu lado para protegerte -afirmó el alto funcionario que ostentaba los títulos de porta-abanico del rey, intendente de los países del oro, intendente del ganado en Nubia y caballero distinguido por su bravura.

Rudo, tosco, acostumbrado a la disciplina militar y a las expediciones por el gran Sur, Huy pasaba la mayor parte de su tiempo entre los negros, en las lejanas provincias nubias. Sabía manejar a aquellos hombres, hablaba su dialecto y conocía sus costumbres. Ellos le respetaban por su innato sentido de la justicia y su rectitud. Huy era, en verdad, implacable cuando se trataba de aplicar una orden del faraón, pero procuraba deliberar con los interesados y explicarles su fundamento.

–¿Te quedarás mucho tiempo?

–Lo ignoro -respondió Huy-. El faraón me ha llamado para que me encargue de la educación de los príncipes nubios que han sido traídos a la corte y que serán luego enviados a sus provincias para extender

así nuestra civilización.

–¿Te quedarás, al menos, algunos meses?

–Claro, y tal vez más.

Olvidando la dignidad inherente a su persona, Tutankatón besó de nuevo a quien consideraba un mentor y, más aún, una especie de padre que le ofrecía una ternura que Amenofis III, de regreso ya a la divina luz de la que había brotado, no había podido prodigarle.

–¿No añoras demasiado Nubia?

–Un poco, lo confieso. Pero educar a los jóvenes nubios forma parte de mi misión. Son buenos chicos; hay que tratarlos con mano dura, pero vale la pena. Se convierten en excelentes guerreros y en administradores de una integridad intachable. También a ti te convertiré en un hombre, príncipe Tutankatón.

El muchacho hizo una mueca de malhumor.

–No me gusta este lugar. Prefería Tebas.

–Encuentra la felicidad donde el faraón, nuestro señor, te ha colocado. Ésa es la sabiduría. ¿Por qué llevas las ropas desordenadas? ¿Por qué están tus manos manchadas de tinta roja?

Tutankatón inclinó la cabeza.

–Los escribas me han sometido a un examen. A un examen inútil e injusto.

–Ninguna prueba es inútil -sermoneó Huy-. Eres un príncipe de la corte real. Te guste o no, debes hacer honor a tu rango. No puedes elegir tu destino. Está en manos de Dios. Tu educación debe concluir, y colaborarás en ello con entusiasmo. Tienes que jurármelo si quieres que siga siendo tu amigo.

Huy percibió auténtica angustia en los ojos del príncipe. Sin embargo, no podía ceder un ápice en los principios que acababa de enunciar. Ése era el precio de la grandeza de Egipto. La prosperidad de las Dos Tierras descansaba en los hombros de algunos seres excepcionales, y Huy contaba con que Tutankatón formara parte de ellos.

–¿Por qué nací príncipe, Huy? A veces me gustaría ser un simple campesino para jugar por los campos con mis compañeros sin preocuparme por el protocolo.

–Vanas palabras y vacías lamentaciones. También yo, a veces, me rebelo contra mi suerte. Nada me gusta tanto como correr por los caminos de Nubia, abrasados por el sol, bañarme en el Nilo y discutir

en los mercados donde se venden colmillos de elefante, pieles de leopardo y aromas. Son momentos de perfecta felicidad, que deben apreciarse en su justo valor. Por lo demás, cumplamos con nuestros deberes y conoceremos el júbilo de haber dilatado el corazón del faraón.

Hanis se apartó de la ventana del despacho de los escribas, desde la que había escuchado la conversación de Tutankatón y Huy. El embajador había despedido a los tres escribas y le había pedido a Akhesa que se quedara a su lado. Tomó el papiro donde la princesa había respondido a las preguntas hechas por los examinadores e inició una atenta lectura.

–No está mal -concluyó-. Hay muy pocos errores. Unos esfuerzos más, y seréis digna del don de la paleta de escriba.

–Era una prueba difícil. ¿Por qué me la habéis impuesto?

–Porque el faraón lo ha exigido, princesa.

–Creía que tales exámenes sólo se imponían a un futuro rey o a una futura reina.

–¡Qué cosas decís! Todo los hijos de Su Majestad están sometidos a una educación estricta, estén o no llamados a reinar. De ello depende la supervivencia del Imperio. Una raza sin cultura está condenada al caos y a la guerra.

–¿Y cuál es vuestro papel, Hanis? ¿Tenéis la misión de enseñarme las lenguas extranjeras?

El embajador se apartó unos pasos para escapar a la mirada de Akhesa. Por fin comprendía lo que le turbaba. La princesa no era ya una niña. Bajo la adolescente se revelaba ya una mujer de extraordinaria belleza, una hechicera que, como la diosa Hator, captaba el canto de los corazones embrujándolos con su sonrisa. Una mujer de la que se convertía en celoso servidor y con la que, mañana, sería preciso contar. Hanis estaba acostumbrado a juzgar a los seres. Había conocido a muchos, sabía desbaratar sus trampas, desentrañar sus artimañas, adivinar bajo las apariencias su verdadera naturaleza. Raras veces se equivocaba. Akhesa tenía el temperamento de la reina que nunca sería a causa del derecho de progenitura de sus hermanas mayores. ¿Cómo conseguiría su padre satisfacer sus exigencias?

–Ésa es mi tarea, en efecto. Tengo que enseñaros el hitita, el sirio y el fenicio. Comenzaréis transcribiendo los términos principales utilizados por los asiáticos y, luego, os daré indicaciones precisas sobre la geografía y la economía de nuestros protectorados del norte.

–Eso sí que es extraño. ¿Mi hermana Meritatón ha escapado de

estas obligaciones?

–Lo ignoro -afirmó el embajador.

–¿Y el nubio? No me habéis hablado de ese dialecto.

–No me ocupo de nuestras provincias del Sur, princesa. Nubia vive en paz. Está sometida por completo a la autoridad del faraón.

–¿Y no ocurre lo mismo con los protectorados del Norte?

El embajador estaba furioso contra sí mismo. Acababa de traicionarse del modo más estúpido. Aquella mujer tenía la habilidad y la astucia de Thot[4]. Consiguió arrancarle una información confidencial, a él, un embajador acostumbrado a las más arduas transacciones. Era cosa de magia.

–Claro que sí -afirmó con una voz que deseaba ser convincente-. Sabéis sin duda que sólo un soberano extranjero dispone de un ejército digno de este nombre, el rey hitita. Visito con regularidad su corte. Nuestras relaciones son excelentes. Es un hombre cortés y afable, que siente por el faraón el mayor temor y se comporta como un vasallo fiel. Egipto es el país más poderoso del universo. Está bañado por los benéficos rayos de Atón.

Akhesa observaba al embajador con una fijeza que le incomodaba.

–Vuestras enseñanzas me serán muy útiles -estimó-. Pero no me decís toda la verdad.

–¡Princesa! ¿Cómo podéis dudar de mi palabra?

–Os obligaré a describirme la realidad con toda exactitud.

Hanis cambió de estrategia, deseando evitar una prueba de fuerza de la que no estaba seguro de salir vencedor.

–Son cuestiones diplomáticas de gran complejidad, princesa, y yo…

–Y vos quisierais persuadirme de que no me interesara demasiado por ellas, ¿no es cierto? Eso iría en contra de vuestra misión.

El embajador se sentía perdido en un terreno movedizo. Cada uno de sus argumentos parecía volverse contra él.

–¿Cuándo empezamos a trabajar? – preguntó Akhesa-. Estoy impaciente por aprender.

–Mañana por la mañana. Y habrá tantas lecciones como sean necesarias.

–Eso me satisface. Os prometo ser una alumna estudiosa.

El encanto de Akhesa desarmó a Hanis, cuya experiencia, nacida de años de delicados diálogos con personajes tan poderosos como temibles, no le era de ninguna utilidad en este caso. Ciertamente, tenía ante sí a una reina. Sin saberlo, poseía aquella autoridad natural que lograría que las cabezas se inclinaran ante ella. Sin embargo, no tenía derecho a alentarla por esa vía. Akhesa sería sólo una princesa mimada que viviría felices días en palacio, en compañía de sus hermanas y de cortesanos como Tutankatón.

Un único enigma persistía: ¿por qué Akenatón había exigido a su embajador que enseñara a Akhesa las lenguas extranjeras?

Akhesa recibió en el hombro la pelota de cuero que Tutankatón había lanzado a su amigo Huy. El muchacho, confuso, presentó sus excusas.

–¿Todavía jugáis a la pelota? – se extrañó desdeñosa-. ¿Estáis seguro de que eso está de acuerdo con vuestro rango?

El adolescente se ruborizó. Había cambiado su vestido de gala y sus joyas por un sencillo taparrabos. Despojado de sus ornamentos, era simplemente un niño de doce años que dejaba a un lado las exigencias del protocolo.

–Princesa Akhesa -tartamudeó buscando ayuda-, os presento a mi amigo Huy. Es porta-abanico a la diestra del rey, intendente de…

–Conozco sus títulos. Huy es un hombre célebre en la corte desde hace tiempo. Mi padre habla de él con la mayor satisfacción. Me siento feliz de tenerle entre nosotros. ¡Que pueda permanecer largo tiempo en la ciudad del sol!

–¡Que Atón nos proteja! – exclamó Huy inclinándose.

–Tal vez volvamos a vernos -concluyó Akhesa, dirigiéndose a Tutankatón-. Divertíos.

El adolescente se quedó petrificado. Pese a su corta edad, la princesa poseía una seguridad increíble. ¿De dónde la sacaba? ¿Gozaba de cualidades divinas? Al menos, de una sí: la belleza. Tutankatón estaba deslumbrado por su rostro admirable, su cuerpo perfecto y la celestial gracia de sus andares. Nunca había contemplado a una muchacha de aquel modo. Su imagen permanecía viva en él, incluso cuando se había marchado. Comenzaba ya a echarla en falta. Se estaba interrogando sobre el extraño sentimiento que nacía en él, cuando Huy se le acercó y le habló en voz baja.

–No me gusta esta mujer, príncipe. Es peligrosa. Mantente alejado de ella. No escuches sus palabras.

–¿Por qué tan severo juicio? – se indignó Tutankatón-. ¿No te has

fijado en su belleza? ¡Sólo puede ser obra de Dios!

–Sin duda. Pero confía en mi instinto.

–Quiero ver de nuevo a Akhesa -decidió Tutankatón porfiado-. Me gusta. Y estoy seguro de que ella me aprecia también.

Arrebatándole la pelota a Huy, el joven príncipe la lanzó a lo lejos.

Akhesa había despedido a la escolta, conservando sólo a una sirvienta nubia para instalarse en el gran palacio, donde al parecer residiría. Se sentía muy decepcionada por no haber obtenido un «abanico», como su hermana mayor. Pero, al menos, le quedaba la alegría de vivir junto a su padre, con quien esperaba entrevistarse de nuevo.

La princesa apretó el paso, impaciente por salir del palacio de infancia, que le horrorizaba. En cuanto hubo cruzado el umbral, fue interpelada por una voz que le resultaba demasiado familiar.

–¡Akhesa! ¿Ya estás huyendo otra vez?

Amparándose en sus dieciocho años, Meritatón, la hija primogénita de la pareja real, desafiaba a su hermana menor desde una silla de mano. Akhesa, prometiéndose conservar la calma, permaneció en silencio.

–Según lo que me han dicho -prosiguió Meritatón-, la policía te encontró, sucia y temblorosa, en el territorio de los excavadores de tumbas. ¡Qué infamia para nuestra familia… y qué decepción para el faraón! Afortunadamente, eres sólo una niña y todos conocen tus inverosímiles caprichos. Siempre serás una irresponsable, querida. ¿De modo que has vuelto al palacio de infancia?

Meritatón era una hermosa mujer, aunque se maquillaba en exceso y poseía una elegancia algo forzada. Se vestía con telas extremadamente caras, fabricadas en los talleres de Sais, en el Delta, donde trabajaban los mejores tejedores del reino. Llevaba una diadema de oro macizo y una gorguera de perlas que indicaban su calidad de heredera de la legitimidad faraónica. Su cráneo demasiado alargado y sus miembros demasiado frágiles le daban un aspecto enfermizo, casi inquietante. La mala impresión era acentuada por un timbre de voz agudo y desagradable.

–No. Vivo en el gran palacio.

–¿Y qué hacías aquí? – se inquietó Meritatón.

–Eso no te importa.

–¡Todo me importa, hermanita! ¿Olvidas quién soy? Yo sí sé quién eres tú. Una ambiciosa y una intrigante. Tal vez crees que tu belleza

basta para…

Meritatón se interrumpió al ver que Akhesa sonreía de gusto. Su hermana mayor acababa de rendirle homenaje. ¡Qué dulce satisfacción! Comprobar que Meritatón la reconocía como una adversaria temible proporcionaba a Akhesa una energía suplementaria.

–Responde a mi pregunta, Akhesa. Es una orden. Si te niegas, se lo diré a nuestro padre.

–Excelente idea. Él te comunicará sus intenciones. A menos que se niegue a concederte audiencia.

Akhesa volvió la espalda a su hermana. No tenía deseo alguno de proseguir la conversación. Ante el estupor de sus servidores, Meritatón, furiosa, bajó sin ayuda de la silla de mano y se precipitó hacia Akhesa, cerrándole el paso.

–Ignoro lo que estás maquinando, hermanita -declaró con odio-, pero terminaré descubriéndolo. Si intentas actuar contra mí, del modo que sea, seré implacable. No olvides que tan sólo eres la tercera hija del faraón. ¡Qué inmenso favor para un ser de tu especie! Conténtate con este privilegio. Ningún otro te será concedido. Yo me encargaré de ello.

Akhesa, inmóvil, observó como Meritatón subía a la silla de mano y se alejaba. La primogénita descargaba su cólera sobre sus servidores, obligándolos a apresurarse. Akhesa no se sintió en absoluto atemorizada por las amenazas de su hermana. Ésta era víctima de un irremediable defecto: no poseía la nobleza innata, indispensable para la futura reina en que esperaba convertirse.

5

La ciudad del sol estaba en fiestas. El faraón había dado orden de organizar una ceremonia oficial ante la puerta del gran templo de Atón. Los rayos del dios tocaban la parte superior de los altos pilones y hacían refulgir la grandiosa doble puerta de bronce. Habían instalado decenas de abanicos sobre los entablados para proteger de los ardores del sol de mediodía a los participantes en los festejos. Unos escribas se apresuraban a tomar nota de los detalles del acontecimiento.

El propio faraón presidía las festividades. Sentado en un trono colocado ante la entrada del santuario, se hallaba rodeado de gran

número de cortesanos y altas personalidades del reino, a cuya cabeza figuraban el general Horemheb y su esposa, la primogénita Meritatón, el embajador Hanis y la princesa Akhesa. Maketatón, la segunda hija de la pareja real, guardaba cama, víctima de una fuerte fiebre.

Cuando se adelantó el «divino padre» Ay, comandante de los caballos de Su Majestad y escriba particular del rey, llevando gallardamente el peso de sus setenta y cinco años, la muchedumbre fue presa de un verdadero delirio. El «divino padre» gozaba de una formidable popularidad. Su esposa, la nodriza Ti, noble dama de cabellos blancos que no tenía ningún reparo en lucir, contribuía a la estima de que gozaba Ay, tanto entre los grandes como entre los humildes. Ay y Ti formaban una pareja de inigualable generosidad con sus íntimos y protegidos. Muchos acudían a pedirles consejo. Ya se tratara de asuntos de Estado o de dramas privados, Ay y su esposa prodigaban un sinnúmero de pertinentes opiniones que era conveniente seguir.

Los criados invitados a la ceremonia levantaron los brazos en señal de alegría, realizando el gesto del ka, símbolo de la energía divina, y entonaron un canto a la gloria de Atón y del faraón.

Akenatón levantó la mano.

Tres sacerdotes con el cráneo rasurado sacaron unas bandejas cargadas de collares de oro. Les seguía el gran intendente de palacio, que marcaba el ritmo de la marcha golpeando el suelo con la punta dorada de su largo bastón.

El corazón de dama Ti, que se mantenía algo retirada tras el trono del faraón, se estremeció de felicidad. Ver que se honraba de aquel modo a su esposo le proporcionaba la más exquisita de las alegrías. Ay sólo vivía para la prosperidad y la grandeza de Egipto. Para él sólo contaba el prestigio de las Dos Tierras. Ambos habían vivido mucho tiempo en Tebas antes de seguir al omnipotente señor del Imperio hasta la nueva capital. Habían saboreado las delicias de la paz, apreciado el lujo de las recepciones y degustado los esplendores de la más hermosa ciudad del mundo, donde se entrecruzaban las razas. A dama Ti le costaba cierto trabajo habituarse a la particular atmósfera de la ciudad del sol. A menudo, la personalidad de Akenatón le producía auténtico espanto. Aquel ser brillante, inteligente y capaz de gobernar con mano de hierro, atravesaba inquietantes períodos de apatía en los que su natural misticismo le hacía perder el sentido de las más elementales realidades. Durante los doce años del reinado de Akenatón, dama Ti sólo había intercambiado con él frases protocolarias; ante su presencia, se sentía incapaz de crear un clima de intimidad, cuando tan bien sabía hacerlo por lo general. Pero ¿no era

preciso olvidar tales inquietudes en tan hermosa jornada?

Avanzando hacia el gran intendente que se había quedado inmóvil, el «divino padre» Ay no conseguía apartar los sombríos pensamientos que le obsesionaban. Aun siendo el escriba particular de Akenatón, sólo lo veía unos minutos al día. Imposible presentarle los expedientes más urgentes, relativos a la administración de la capital, las relaciones cada vez más tensas con los sacerdotes tebanos o las crecientes dificultades de la economía. Akenatón sólo se interesaba por la obra que consideraba fundamental, la redacción del gran himno al dios Atón, cuyos versículos él mismo componía. Ay era el único en saber que las Dos Tierras ya no se gobernaban de un modo coherente. La fama del faraón bastaría para mantener por algún tiempo todavía la unidad de Egipto, pero ¿qué sucedería luego? Cierto era que había existido aquella feliz iniciativa, el paseo en carro con Akhesa, la tercera hija de la pareja real. Ello, añadido al accidente del que Akenatón y la princesa habían salido milagrosamente indemnes, había devuelto el prestigio al rey.

Ay, tocado con una pesada peluca negra, llevaba una túnica blanca con numerosos pliegues y amplias mangas que descendían hasta el codo. Un gran nudo, a la altura del ombligo, formaba la parte superior de un delantal. El escriba particular del rey avanzaba con la majestuosa rigidez adecuada a semejante ocasión. Sin embargo, por el rabillo del ojo advirtió el rostro perfecto de la princesa Akhesa, que permanecía muy atenta. Tras la entrevista que le había arrancado a su padre, Ay había notado una relativa mejoría en el faraón. Mientras su hija mayor le deprimía, Akhesa le devolvía cierta energía. Akenatón se había interesado incluso por el estado de las obras del barrio norte. Akhesa nunca desempeñaría el menor papel en la marcha del Estado, pero intentaría afirmarse de un modo u otro. Pronto sería necesario canalizar sus ambiciones.

Los servidores de Ay se prosternaron ante los sacerdotes portadores de las bandejas cargadas de collares de oro. Tras un nuevo gesto del faraón, éstos rodearon al «divino padre», que se detuvo con la mirada fija en el rey. El gran intendente dio un golpe con su bastón. Un sacerdote rodeó el cuello de Ay con el primer collar de oro. Se había hecho un absoluto silencio. Luego hizo lo propio con el segundo, y después con el tercero…, y así hasta llegar al sexto. La recompensa era fabulosa. Una exclamación de espontánea alegría salió del pecho de los espectadores. Un servidor se prosternó ante Ay y le besó los pies. Los demás tendieron sus manos a la altura del rostro, en señal de respeto y veneración. En aquel instante, su señor estaba recibiendo las distinciones correspondientes al personaje más importante del reino después del faraón. Superaba al general Horemheb, que, acompañado

por su esposa, no tardó en abandonar las filas de los cortesanos tras haber saludado ritualmente al rey, alegando una inspección urgente de sus tropas. Akenatón permaneció impenetrable. Sin haber dirigido la palabra a nadie, subió de nuevo a su carro y, protegido por una escolta, regresó a palacio.

Los servidores del «divino padre», llenos de exaltación, condujeron triunfalmente a su señor hasta su vasta morada. La muchedumbre, alborozada, les seguía. Los niños gritaban. Las calles de la ciudad del sol se llenaron de ruidosos y animados cortejos. Ay, que mostraba una arrebatadora sonrisa, no conseguía saborear esos instantes como hubiera deseado. El comportamiento del general Horemheb le preocupaba. Ciertamente, el «divino padre» contaba con numerosos y fieles partidarios entre los oficiales de carros. Pero el verdadero dueño del ejército, el que tenía la plena confianza de sus jefes, era Horemheb, que consideraba deplorable la política exterior de Akenatón. No obstante, hasta el momento se había mostrado leal a él. Ay pensaba que Horemheb no se había convertido a la religión de Atón y que conservaba su fe en los antiguos dioses, especialmente en Amón, señor de Tebas, cuyo nombre estaba prohibido en la ciudad del sol. Antes o después, los rencores de Horemheb tomarían forma activa. Amenazaban con conmover los fundamentos del Imperio. Y a él, el anciano cortesano, le tocaría impedir un horrible desastre, un sangriento enfrentamiento entre los partidarios de Akenatón y los de Horemheb. Los Anales reales conservaban el recuerdo de una antiquísima guerra civil que había arruinado el país durante largos años. Las sirvientas habían ocupado el lugar de sus dueñas, cuyos vestidos y joyas yacían en el barro, los canales de riego se habían atascado por falta de mantenimiento, las tumbas de los reyes habían sido saqueadas y las bestias salvajes habían penetrado en los templos. La pesadilla amenazaba con hacerse realidad de nuevo.

La cólera de Mut, la esposa del general Horemheb, no se calmaba. Recorría nerviosa la sala de columnas de su suntuosa morada en el barrio sur, y había despedido a sus sirvientas, rechazando incluso una de aquellas bebidas azucaradas que los sirios pusieran de moda. Ella misma se había quitado la peluca, olvidando incluso cambiarse. Nunca se había sentido tan trastornada.

Por fin, Horemheb regresó de la inspección que se había visto obligado a realizar. En vez de una gran dama, se encontró con una verdadera furia.

–¡Es intolerable! – se lamentó la mujer-. El rey se burla de nosotros. Te ha lanzado un público desafío. ¿Cómo responderás a esta afrenta?

–Que me sirvan bebida -exigió el general-. Y haz que venga el masajista. Estoy cansado.

Mut se plantó ante su marido.

–¿Qué significa eso? ¿Renuncias a luchar?

Él la rechazó suavemente.

–Respeto la ley y el orden. Akenatón es el faraón. Él imparte las directivas que debemos obedecer. Los enemigos contra los que yo lucharía son los de Egipto. Por lo que respecta a la estrategia necesaria para recuperar el lugar que me corresponde, no se la revelaré a una mujer.

Herida, Mut se retiró a sus aposentos privados. Horemheb meditó durante largo rato, feliz de encontrarse solo. ¿Cómo habría podido hablar del único hecho que le había impresionado durante tan aburrida ceremonia, la turbadora mirada de la princesa Akhesa?

Mientras la muchedumbre se dispersaba, Akhesa se escondió tras el tronco de un tamarindo sin apartar los ojos del embajador Hanis. Éste se eclipsó con discreción. En vez de volver a su despacho o de ir a almorzar a su villa del barrio sur, tomó la dirección del barrio norte. La princesa no cabía en sí de alegría. Había decidido seguir a Hanis como su sombra hasta que cometiera una falta que ella pudiese utilizar en su provecho. Un hombre tan retorcido debía de tener muchas cosas que ocultar. Dado que sus competencias eran indispensables y que él era el único que podría revelarle la verdad sobre la situación real de Egipto, tenía que ejercer sobre él un poder eficaz. Siguiéndolo día y noche, lo conseguiría.

Ningún guardia acompañaba a Hanis, que se internó por las callejas más obscuras y menos frecuentadas, caminando deprisa y muy arrimado a las paredes. Aquella actitud tan sorprendente intrigó a Akhesa, sobre todo porque el embajador se dirigía a un barrio popular. Sin duda se trataba de un contacto que quería mantener en secreto. Una libertad que al faraón no le gustaría demasiado… Akhesa vio como Hanis penetraba en una pequeña casa blanca de un solo piso.

Una mano rugosa se posó en su hombro.

–Perdonadme, princesa -se excusó el jefe de policía Mahú-. Sin duda os habéis extraviado. Debo acompañaros a palacio.

–Apartad inmediatamente vuestra mano -exigió Akhesa con voz seca-. Os está prohibido tocar a una princesa de sangre real.

Mahú, asustado, se apartó. Había cometido una imprudencia que podía costarle cara. Los policías que le acompañaban intercambiaron

reprobadores murmullos. ¿Qué absurdo instinto había guiado su gesto?

–¿Me habéis seguido? – preguntó Akhesa.

–Sí -reconoció Mahú-. Son órdenes de vuestro padre. Tengo el deber de protegeros.

–Lo teníais. Olvidaré vuestra falta, a condición de que renunciéis a espiarme. En la ciudad del sol no corro peligro alguno. Y no tengo la menor intención de salir de ella.

Mahú estaba vencido. Akhesa tenía la suficiente influencia y autoridad como para hacer que lo degradaran. Sabría convencer a Akenatón de que seguía cumpliendo celosamente su misión. Sería mentir, es cierto, pero ¿qué mal podría cometer la joven princesa? ¿Acaso no era inútil esa vigilancia? Tenía otras tareas más urgentes que cumplir.

–Se hará según vuestros deseos, princesa.

Cuando los policías hubieron desaparecido, Akhesa se aproximó a la morada donde se ocultaba el embajador. Aguardó a que los alrededores estuvieran en perfecta calma. Entonces, saltó por encima de un murete y trepó al techo de un pequeño granero, desde donde podría ver lo que ocurría en el interior de la casa.

El embajador Hanis tenía entre sus brazos a una mujer muy hermosa que la princesa conocía bien: la más hábil de los músicos del templo. Al no estar casada, no era culpable del imperdonable adulterio. Pero sí transgredía la regla según la cual, durante el período de su servicio en el templo debía permanecer casta y pensar sólo en la celebración del culto. Con eso había suficiente material para organizar un escándalo del que Hanis no se repondría.

Akhesa disponía ahora de un arma decisiva contra él.

La noche caía sobre la ciudad del sol. Leonados colores cubrían las cimas de las montañas. El Nilo resplandecía de oro, plata y púrpura. En la campiña, los pájaros lanzaban su canto postrero. Campesinos y campesinas regresaban a sus moradas, conduciendo ante sí los bueyes. Por lo común, Akhesa se dejaba invadir por la tranquilidad del ocaso que degustaba con placer, tendida en una terraza. No existía instante más tierno ni más sereno. Abandonaba el cuerpo a las últimas caricias del astro divino, mientras su alma volaba hacia occidente, donde le aguardaba la sonrisa de la diosa Hator, que la prepararía para su futura muerte.

Pero, aquella noche, la princesa había decidido encerrarse en su salón de maquillaje. Pasaría al menos dos horas acicalándose para

acudir al banquete que el general Horemheb ofrecía a las altas personalidades de la ciudad del sol. Era la primera vez que invitaban a Akhesa, en compañía de sus dos hermanas mayores, a una recepción de tanta importancia. No creía todavía en su suerte y no cabía en sí de gozo. A su sirvienta nubia le costaba un gran trabajo peinarla.

–Si mi princesa quisiera sentarse -protestó la nubia-, podría terminar la primera trenza.

–Sea -concedió Akhesa, nerviosa.

–Princesa, seréis la más hermosa…

–¡Siempre que no perdamos ni un segundo! Si no, seré la última y me cubriré de ridículo. ¡Apresúrate pues!

La sirvienta trenzó los negros cabellos de su dueña y los perfumó con mirra. Luego abrió una caja rectangular, decorada con un marco de alabastro y loza azul, haciendo girar la tapa de bisagras. En el interior había un soporte para un aderezo redondo y pequeño, adornado con perlas de oro, que colocó con sumo cuidado en la cabeza de Akhesa. Aquella ligera peluca, de origen nubio, era la última moda. A Akhesa le sentaría muy bien y despertaría los celos de las nobles damas. A su edad, la princesa podía permitirse las más exóticas audacias.

Se examinó largo rato en un espejo en forma de llave de vida.

–Perfecto -decidió-. ¡Ahora, vísteme deprisa! ¡El sol ya ha desaparecido tras la montaña del poniente!

–¡Primero tengo que perfumaros! – objetó la nubia-. ¡Dejadme hacer, si no llegaréis tarde de verdad!

Akhesa se inclinó. La criada untó el cuerpo desnudo de su señora con un ungüento a base de jazmín. Impregnó cada parcela de piel, dándole un masaje relajante al mismo tiempo. Akhesa se sosegó bajo los dedos hábiles de la nubia. Ésta, concluido su trabajo, se inclinó sobre un cofre de madera de cedro, con cuatro patas y de un rojo profundo, rodeado por un friso de signos mágicos que garantizaban la buena fortuna a su propietario. Sacó de allí un amplio vestido de lino plisado, que anudó con destreza bajo los pechos de Akhesa. Después, ajustó en su talle un cinturón también de lino. De un cofrecillo cubierto de láminas de turquesa, sacó un collar de cuentas de loza con el que adornó el cuello de la princesa. Puso en sus tobillos y muñecas brazaletes de plata. Por fin, levantó los finos pies de Akhesa para calzarle unas sandalias de cuero tachonadas de perlas y oro.

–Estáis lista, princesa -estimó la sirvienta.

Los elegantes poblaban ya los jardines de la villa del general

Horemheb. La vasta mansión, apresuradamente construida con ladrillos de tierra secados al sol y recubiertos de yeso, tenía más de veinte estancias distribuidas en dos pisos, sin contar las habitaciones de los criados, las cocinas, las alacenas, el establo y el redil. Todos envidiaban el cuarto de baño, cuya distribución había sido supervisada por la propia dueña de la casa.

Los invitados paseaban entre palmeras, acacias, acianos gigantes, mandrágoras y bosquecillos de papiros. Admiraron, al pasar por delante, un estanque donde flotaban azules nenúfares. Los hombres lucían con orgullo pelucas de respetables rizos y correctos vestidos de lino con amplias mangas. Las mujeres, con tocados más complicados todavía, habían rivalizado en ingenio para el tratamiento de los largos mechones que, a veces, cubrían sus hombros.

Mut, la dueña de la casa, recibía a sus invitados en el umbral, construido en piedra caliza pulimentada, cuya blancura relucía a la luz de las antorchas. Se inclinó ante la primogénita de la pareja real y su hermana, que, pese al mal estado de su salud, no se habría perdido el banquete por nada del mundo. Mut se mostró calurosa con el «divino padre» Ay y dama Ti, su esposa, cuya mera presencia garantizaba el éxito de una recepción de la que se hablaría durante mucho tiempo en la corte. Por un momento había temido una negativa de su parte. Pero ¿cómo habrían podido rechazar semejante invitación sin ofender gravemente al general?

Mut palideció bajo el maquillaje al ver a Akhesa.

Peinado nubio, jóvenes y arrogantes pechos, aspecto de mujer conquistadora, segura de sí misma y de su belleza, Akhesa era un vivo desafío a las conveniencias. En su primera aparición en la alta sociedad de la nueva capital, se comportaba como una de esas mozas extranjeras que, confinadas en los barrios bajos, violaban las buenas costumbres. Cuando el faraón supiera en qué se había convertido su hija, la encerraría para siempre en el palacio para que no siguiera ofuscando la vista de la gente prestigiosa.

Akhesa, acompañada por su sirvienta, saludó respetuosamente a dama Mut, ofreciéndole la más graciosa sonrisa. La esposa del general Horemheb apartó la cara. A regañadientes, dejó penetrar en su morada a la hija de Akenatón.

Pasando ante la garita del guarda que vigilaba el acceso practicado en el alto muro que rodeaba la propiedad, Akhesa recorrió un pasillo decorado con frescos vegetales. Dicho pasillo desembocaba en una capilla al aire libre, que albergaba un altar donde se había representado al divino sol, Atón, enviando a la tierra sus vivificantes rayos de luz terminados en manos. Todos los invitados se recogían

ante el monumento. Entrar en una casa tenía el valor de un acto sagrado. Era necesario honrar al divino presente en un lugar donde el dueño y la dueña de la casa, representados a uno y otro lado del disco solar, ofrecerían alimentos.

Akhesa cruzó un patio que se encontraba bajo la vigilancia de un portero y, a continuación, un zaguán que daba a un gran vestíbulo dominado por una galería. Allí se reunían los privilegiados a quienes el general Horemheb había invitado a su mesa.

Cuando Akhesa apareció, las conversaciones cesaron. En absoluto turbada, la princesa se dejó admirar.

El embajador Hanis se aproximó a ella.

–¡Qué alegría teneros entre nosotros! Permitidme, princesa, que os presente al dueño de la casa.

Hanis condujo a Akhesa hasta Horemheb, que estaba sentado en una silla baja de ébano.

Cuando la joven esbozaba una inclinación del busto, el general la tomó dulcemente por la muñeca obligándola a permanecer derecha.

–Soy el servidor de mi rey y de su familia -declaró con voz potente-. Vuestra presencia me honra. Soy yo quien debe saludaros.

El general levantó las manos con las palmas abiertas hacia el rostro de Akhesa, como si le transmitiera un fluido bienhechor. La escena llenó de estupor a los participantes de la fiesta. La esposa de Horemheb, que en aquel momento entraba en el vestíbulo con el último invitado, el príncipe Tutankatón, se quedó desconcertada.

Akhesa y Horemheb se contemplaron largo rato, cada uno de ellos aguantando la mirada del otro. El general, que ya superaba la treintena, poseía una rara distinción. Su educación de escriba real le había convertido en un hombre refinado y culto. Había mostrado su capacidad para organizar las fuerzas armadas del faraón con rigor e inteligencia. Ser general no consistía en recorrer los desiertos y combatir cuerpo a cuerpo en las escaramuzas. Horemheb se consagraba a una perspectiva estratégica capaz de mantener a Egipto en el rango de primera potencia. Amplia frente, nariz fina, labios sensuales, poseía una autoridad natural. Tanto los valientes como los doctos le obedecían con idéntico fervor. Y todos murmuraban que el general Horemheb tenía la talla de un faraón.

Akhesa estaba tan cerca del rostro de Horemheb, que pudo distinguir en su mejilla izquierda una cicatriz que ascendía hacia el ojo. Era el resultado de un torpe latigazo por parte de un cochero.

La princesa estaba fascinada. Él le sonrió.

Akhesa se arregló un mechón que caía sobre su frente.

Horemheb advirtió que la princesa conservaba un total dominio de sí misma, sorprendente en una mujer tan joven. ¿Dé donde sacaba semejantes recursos? ¿Qué energía animaba su alma, sino el poder de Atón que su padre le había transmitido?

La primogénita de la pareja real, Meritatón, rompió en seco la complicidad establecida entre Akhesa y Horemheb, apartando a su hermana. Akhesa desapareció. Horemheb rindió homenaje a la guardiana de la legitimidad, cuyo ingrato perfil le disgustaba.

Los invitados intercambiaron furtivas frases comparando a la rugosa hija mayor del faraón con la princesa Akhesa, de resplandeciente belleza.

Akhesa nacía ante los maravillados ojos de la corte.

Cuando el «divino padre» Ay se le acercaba, Horemheb se levantó. Ambos hombres se desafiaron con la mirada. Horemheb, con el orgullo de un dignatario apto para justificar sus ambiciones; Ay, con la calma de un anciano dotado de irreemplazable experiencia.

–Me gustaría hablaros en privado, general.

–No tendremos demasiado tiempo. Me debo a mis invitados.

–Será un momento.

–Sea. Seguidme.

Horemheb se sintió halagado por aquella petición. Hacía varias semanas que Akenatón no reunía a su consejo, sino que daba directamente las órdenes a los altos funcionarios. En consecuencia, el general y el «divino padre» ya no se reunían. Cada uno de ellos maniobraba en su propio círculo, espiando las iniciativas del otro.

Horemheb llevó a su huésped hasta la sala de unciones, situada entre el cuarto de baño y la alcoba. En el lugar flotaban suaves aromas. Ay se sentó en un sillón; Horemheb permaneció en pie con los brazos cruzados.

–Fuisteis honrado por el rey de modo absolutamente excepcional, «divino padre». Nunca había visto entregar tantos collares de oro al mismo hombre.

–Son sólo distinciones honoríficas, general. No le concedamos demasiada importancia.

–De todos modos, os convierten en la primera personalidad del Estado después del faraón. ¿De qué deseáis hablarme?

Ay meditó unos segundos antes de hablar. Horemheb era un

adversario de talla y no le subestimaba. Esperaba despertar su sentido del honor y sus innatas cualidades de hombre de Estado.

–Tal vez la situación sea más grave de lo que parece, general. Ni vos ni yo estamos hoy correctamente informados sobre lo esencial. Sólo el faraón dispone del conjunto de expedientes que permiten tomar decisiones, tanto en el interior como en el exterior. Pero ¿todavía es capaz de hacerlo? Yo confío en que sí, pero en el fondo temo que no. Así pues, os ruego que pongáis al ejército en pie de guerra con la máxima discreción, sin que el asunto tenga aspecto oficial, naturalmente.

Horemheb adoptó una expresión grave.

–¿Por qué razón concreta?

–Se trata de una simple medida de precaución.

–¿Al servicio de qué causa?

Un profundo asombro se inscribió en el rostro de Ay.

–De la del faraón Akenatón, naturalmente. Vos y yo somos sus fieles servidores. Debemos estar dispuestos a defenderlo. ¿Lo habéis dudado un sólo instante?

–¿Estáis insinuando que persigo objetivos contrarios a los intereses de mi soberano?

Ay esbozó un gesto apaciguador.

–En modo alguno, general. Demasiado conozco vuestro sentido del Estado para imaginar semejante villanía. ¿Y si nos reuniéramos con vuestros invitados? Sería incorrecto hacerles esperar.

Horemheb estaba indeciso. ¿Qué ocultaban las confidencias de Ay? ¿Esperaba ganar para su causa a la mayoría del ejército, utilizando los servicios de su hijo, el comandante Nakhtmin? Pura utopía. ¿Por qué esa llamada a una movilización latente? Al «divino padre» le gustaban las estrategias complicadas. No se permitía el lujo de improvisación alguna. Ni una sola de las palabras había sido pronunciada al azar. La gestión tenía, por lo menos, la consecuencia de colocar a Horemheb ante sus responsabilidades, de recordarle de un modo sutil pero firme que sus tropas estaban al servicio de Akenatón. Aquello significaba que la mayoría de la nobleza apoyaba a Ay. El general debía tenerlo en cuenta. Fueran cuales fuesen las críticas contra Akenatón, la única solución en el momento presente era guardar silencio. Una posición de repliegue que no le gustaba demasiado. Sin embargo, en aquel día de fiesta más valía orientar su espíritu hacia imágenes más agradables. Por ejemplo, el rostro hechicero de la princesa Akhesa.

La anfitriona invitó a sus huéspedes a entrar en la sala del banquete, una amplia estancia sostenida por ocho imponentes columnas de base calcárea decoradas con pinturas que representaban pájaros y flores. Pámpanos de viña adornaban el techo. Los invitados se sentaron en sillones, sillas o almohadones. Dos servidores, provistos de pesadas bacinas de cobre llenas de agua, les lavaron pies y manos. Otros dos colocaron en sus cabezas un cono de esencias florales que iría fundiéndose a medida que transcurriera la velada, perfumando las pelucas. A través de las enrejadas ventanas penetraba el aire fresco de la noche.

Unos escanciadores ofrecieron los mejores caldos provinentes del Delta, que sirvieron con precaución en copas muy apreciadas también por los invitados. Una orquesta, compuesta por una flautista, una arpista y una virtuosa de las castañuelas, inició una conocida melodía alegre y rítmica. Pronto se les unió una cantante, cuya afrutada voz hechizó los corazones. Luego aparecieron tres bailarinas, vestidas tan sólo con un cinturón de perlas de cornalina, que ejecutaron las acrobacias de una danza muy animada antes de entregarse a figuras más lascivas, mientras los invitados degustaban un asado de buey servido con una guarnición de puré de higos.

Akhesa no tenía hambre. Ligeramente embriagada por el vino blanco de los oasis, observaba. Estaba flanqueada por el embajador Hanis, de gran sobriedad pero muy amante de la carne, y el intendente Huy, gran bebedor y gran contador de historias subidas a veces de tono. Uno y otro se mantenían a respetuosa distancia de la princesa. Los moralistas, cuyas obras se leían con asiduidad, no bromeaban acerca del comportamiento durante un banquete. No se permitía ningún gesto familiar o indecente. ¿Acaso la fiesta aquí abajo no anunciaba la del otro mundo, celebrada en presencia de las divinidades?

A pesar de que no faltaban los ingredientes indispensables para el éxito de una velada y la alegría brillaba en el rostro de los grandes hombres y las nobles damas, aunque la conversación no decaía y no se cometía ningún atentado contra el buen gusto, Akhesa percibió cierto malestar entre la elegante concurrencia formada por aquellos y aquellas de quienes dependía la suerte del imperio. La ruidosa alegría que algunos manifestaban resultaba artificiosa, y la relajada actitud del general Horemheb y del «divino padre» Ay parecía afectada.

El edificio se resquebrajó cuando la segunda hija de la pareja real se sintió presa de vómitos. Una sirvienta se la llevó enseguida fuera. Mu, la anfitriona, reclamó una silla de mano para acompañar a la joven al palacio real.

El incidente alteró el buen humor que había presidido el banquete. Cuando el «divino padre» y su esposa alegaron fatiga para marcharse, muchas parejas de cortesanos les siguieron. Akhesa se sentía decepcionada. Había esperado obtener numerosas confidencias, y tan sólo había accedido a trivialidades y frases de circunstancia. Tiempo perdido… Ése era el triste balance de la inútil velada.

El vino y la buena carne habían adormecido las inteligencias. Las miradas se hacían pesadas. Akhesa aprovechó el momento para abandonar la gran sala y dirigirse al jardín. Aunque sus pechos se estremecieron bajo el mordisco del fresco, la noche de invierno le pareció extraordinariamente suave. Se refugió en un cenador cuyo techo estaba cubierto de guirnaldas de flores. Necesitaba reflexionar. Desde su entrevista con Akenatón, los acontecimientos se precipitaban. ¿No habría desencadenado la princesa, en ese Egipto que vivía al ritmo de la eternidad, un torbellino del que sería la primera víctima? Pero ¿qué otra alternativa le quedaba para poder ser ella misma?

Una rama crujió. Alguien se acercaba. Akhesa se arregló el vestido de lino. De entre las sombras surgió el príncipe Tutankatón, llevando un bastón.

–¿Estáis aquí, Akhesa?

Ella no respondió. Aquel joven pretencioso venía a importunarla.

–Respondedme, Akhesa… Quisiera hablaros.

–Estoy en el cenador -advirtió de mala gana la princesa.

–Tengo un regalo para vos.

Tutankatón le ofreció dos ramilletes de flores de loto y papiro que él mismo había cogido. El modesto presente conmovió el corazón de la princesa. El joven era tan torpe, tan envarado, que no se atrevió a rechazarlo.

–Os lo agradezco, príncipe. Es un hermoso presente.

–No os burléis de mí. Es una pobre idea, lo reconozco, pero no se me ha ocurrido otra cosa. ¡Deseaba tanto volver a veros! Sois tan hermosa…

Akhesa fue sensible al cumplido.

–¿Puedo invitaros a un paseo por el jardín? Es tarde, lo sé, pero el aire nos sentará bien tras esa comida tan abundante.

Intentaba hablar como un hombre. Sus esfuerzos por aparentar mayor edad de la que tenía casi se veían coronados por el éxito. En él se producía una curiosa mezcla de ingenuidad y madurez.

Caminaron por una avenida silenciosa, flanqueada de acacias e hibiscos.

–¿Os ha complacido la velada, princesa?

–Me ha parecido aburrida.

–A mí también.

–¿Tan acostumbrado estáis a los banquetes?

–Estoy obligado a asistir a ellos desde que cumplí nueve años. Sin duda se dicen cosas importantes, pero se me escapa su significado. Por lo demás, siempre son las mismas danzas y la misma música. Esperaba que mi hermano Semenkh provocara cierta animación.

–¿Estaba vuestro hermano presente en la recepción?

–Sí, princesa. ¿No os habéis fijado en un hombre muy alto, de ojos negros, que llevaba un anillo adornado con un escarabeo en el anular izquierdo? El rey le ha hecho venir desde Tebas para desposarlo con su primogénita Meritatón.

El tono de Akhesa se tornó agresivo.

–¿Mi hermana, casada? ¿De dónde salen esas habladurías?

–Pronto será un hecho, es la voluntad del faraón.

–¿Cómo un niño como vos dispone de tan importantes informaciones?

Tutankatón se quedó paralizado. Akhesa advirtió que le había herido cruelmente.

–Subestimáis mi rango, princesa.

Ella le tomó por las manos, consciente de su error. Una falta tanto más imperdonable cuanto que Tutankatón acababa de proporcionarle la única información valiosa obtenida durante tan larga velada. Merecía la pena ser su aliada.

–Perdonad mi insolencia -imploró hechicera-. A menudo tengo la lengua demasiado larga.

Tutankatón apretó con fuerza las manos de la princesa.

–¿Cómo reprocharos la menor falta? Creo…, estoy seguro… de que os amo, Akhesa.

El alba era brumosa. Iba a ser una de las raras mañanas del año en las que el disco solar tardaría en mostrar su esplendor. «Mal presagio», pensó Mahú, el jefe de policía, que había pasado la noche en el puesto más avanzado. Había colocado allí algunos hombres de elite, para descubrir eventuales movimientos de los beduinos, siempre dispuestos a hacer una incursión. Mahú tenía frío y le dolían los riñones. Se instaló junto a un fuego y bebió un jugo de palma con miel.

El jefe de puesto había conducido a la primera patrulla hacia una línea de colinas. Operación de rutina. Mahú tenía prisa por volver a la capital y disfrutar de un bien merecido descanso. Ya no soportaba las penosas condiciones de vida de la tropa.

–Jefe, sucede algo anormal -advirtió un soldado.

Una humareda ascendía por encima de una eminencia, precisamente en el lugar donde debía de encontrarse la patrulla.

–Preparad mi carro -ordenó Mahú-. Que dos hombres vengan conmigo.

Con el transcurso de los años, Mahú se había ablandado, pero todavía sabía olfatear el peligro y tomar rápidas decisiones. Lanzó al galope sus caballos y llegó al lugar en cuestión.

Un arquero estaba atendiendo al jefe de puesto, que había sido herido en una pierna. Los hombres de la patrulla mantenían apartados a un egipcio y un beduino, manchados de sangre y arena. El enfrentamiento había sido duro.

–Trataban de huir -explicó el jefe de puesto-. Se han negado a obedecer nuestras órdenes.

–Yo mismo les interrogaré -declaró Mahú.

El beduino le resultaba desconocido. En cambio, ya había visto a aquel egipcio de torso delgado y nariz rota.

–Eres un alfarero del barrio norte, ¿verdad? Soy Mahú, jefe de la policía. Quiero la verdad.

El artesano, aterrorizado, intentó huir. Con los pies y las manos atadas, cayó pesadamente y se hirió en la frente con una piedra cortante. El beduino temblaba. Todos conocían la reputación de Mahú.

–Somos unos infelices, señor… Queríamos robar comida.

El jefe de la policía miró al prisionero suspicazmente. Por lo general, los desvalijadores ponían pies en polvorosa en cuanto llegaba la patrulla. ¿Por qué habían combatido éstos, si no tenían algo importante que ocultar?

–Ponedlos boca abajo y traedme mi bastón -ordenó Mahú.

El primer bastonazo hizo aullar de dolor a los ladrones, pero resistieron. Al segundo, el egipcio pidió gracia. El garrote de pesada madera, curvo como una hoz, era un arma terrible que cortaba las carnes y dislocaba los huesos.

–Quiero hablar -articuló con dificultad el prisionero.

–Llevaros al beduino -exigió el jefe de la policía.

Mahú estaba acostumbrado a los interrogatorios. Para que un sospechoso dijera toda la verdad, debía estar lejos de sus cómplices.

–Tenía que contactar con alfareros y comerciantes -confesó el egipcio con la espalda lastimada.

Mahú se sentó junto al detenido para escuchar su débil voz.

–¿Con qué intención?

–Estamos descontentos con los salarios… Las mercancías ya no llegan… Queremos organizar una huelga.

Al prisionero le costaba respirar. Mahú le dejó recuperar el aliento, reflexionando sobre sus declaraciones. No aportaban nada nuevo. Los humildes de la ciudad del sol se quejaban a menudo. La capital había sido construida y dispuesta apresuradamente, tras haber brotado de la nada en aquel desierto carente hasta entonces de cualquier presencia humana. Numerosos funcionarios se habían vuelto aprovechados, y flagrantes injusticias permanecían sin castigo. Algunas huelgas cortas habían perturbado ya la vida cotidiana de la capital.

–Mientes -concluyó Mahú-. ¿Por qué recurrir a un beduino para organizar una huelga? La gente de su raza sólo piensa en desvalijar y matar a mis hombres, disparándoles flechas por la espalda. Creo que los bastonazos no han bastado.

El prisionero se crispó y se debatió, infligiéndose nuevos sufrimientos al hacer que las cuerdas se incrustaran en su carne. Cayó en la arena boca abajo. Tragó un poco y se atragantó.

El jefe de la policía le tiró del pelo, le devolvió el aire y lo limpió.

–Habla pronto, muchacho -le recomendó casi paternal-. De lo contrario, me obligarás a ser cruel. No tengo elección.

En cuanto cayeron los primeros golpes de la nueva paliza, el dolor se hizo insoportable.

El hombre habló.

Lo que Mahú supo le heló la sangre. Se sintió feliz de ser el único que conocía la abominable verdad. Informaría oralmente al faraón, sin

pasar por el registro de los escribas.

El jefe de policía detestaba matar. Su oficio consistía en hacer que reinara el orden, no en destruir la vida. Los ladrones eran detenidos, juzgados y condenados a trabajos forzados. Pero éstos, por desgracia para ellos, conocían secretos demasiado graves. Mahú imploró a Osiris para que perdonara el alma del egipcio; luego levantó su garrote para asestar la última paliza. Al tercer golpe, le rompió la nuca.

El interrogatorio del beduino concluyó del mismo modo. Mahú ordenó que devolvieran a la capital el cadáver del egipcio y que arrojaran a las hienas el del beduino. Luego subió a su carro y partió velozmente hacia la ciudad del sol.

–¿Has terminado por fin? – preguntó impaciente Akhesa, dirigiéndose a la sirvienta nubia-. Debo marcharme inmediatamente al gran templo. Me esperan para la ceremonia matinal. ¡Es la primera vez que asisto al culto celebrado por mi padre! ¿Te das cuenta?

–Me doy cuenta, sobre todo, de que estáis muy agitada. No es así como se venera a los dioses.

Akhesa se quedó boquiabierta.

–¿Los dioses? ¡No tienes derecho a hablar así! ¡Nuestro único dios es Atón, la luz divina!

–Son grandes y hermosos pensamientos, princesa -objetó la nubia-. Pero la gente de mi condición cree en sus dioses. Los necesitamos. Atón da la vida, pero está en lo alto, en el cielo, demasiado arriba para ocuparse de nuestras tareas cotidianas. ¿Quién velaría por las parturientas si no existiera el dios Bes? ¿Quién nos haría fecundas si no existiera Hator? ¿Quién fertilizaría los campos si no existiera la diosa serpiente?

Akhesa se sentía afligida. Al parecer, la nueva religión sólo había rozado el alma de los habitantes de la ciudad del sol. Quedaba una inmensa tarea por realizar hasta lograr abrir los corazones a la luz del dios de Akenatón.

La nubia se arrojó a los pies de su señora.

–Perdonadme, princesa. ¡Olvidad mis palabras!

–Vete. Yo misma acabaré de prepararme.

Temblorosa, la nubia se retiró. Akhesa sólo tenía ya que ponerse un vestido blanco muy sencillo, que las damas nobles llevaban desde los más remotos tiempos. Al sentir el contacto del lino en su piel frotada con ungüentos, Akhesa tuvo la amarga sensación de encontrarse sola frente a una situación que la superaba.

Desde hacía tres días, evitaba a Tutankatón inventando cualquier pretexto. La ridícula declaración del adolescente le había exasperado. El amor… ¿Cómo pensar siquiera en él cuando el edificio construido por su padre parecía agrietarse? Sin embargo, el joven príncipe no le era por completo indiferente. Si su posición en la corte se confirmaba, tendría que aceptar volver a verle. No parecía estúpido, pero Akhesa se sentía mucho más atraída por la poderosa personalidad del general Horemheb. ¿Por qué había elegido una esposa tan convencional?

Un nuevo sentimiento, condenado por los sabios, llenó el corazón de la princesa: los celos.

En el corazón de la ciudad del sol, el gran templo de Atón recibía en sus patios, al aire libre, el benefactor efecto de la luz matinal. Como cada día, el faraón se dirigía al santuario cuya construcción había dirigido él mismo. Y cada día disfrutaba el extraordinario instante en que los himnos, las plegarias y los sacrificios hacían que se levantara de nuevo el sol del que dependían todas las formas de vida, tanto en el cielo como en la tierra.

Akenatón había querido que el templo de Atón fuera único. No había, como en los demás santuarios de Egipto, progresión de la claridad exterior hacia los misterios del Santo de los Santos, donde la divinidad se ocultaba en las tinieblas, sino una sencilla sucesión de patios y salas que no presentaban obstáculo alguno a la difusión de los vivificantes rayos de Atón.

Al comienzo de la ceremonia, el rey penetró solo en el gran templo, aislado de los demás edificios del centro de la ciudad por una doble muralla. El faraón pasó ante el alojamiento de los sacerdotes guardianes, adosado a la segunda muralla. Luego recorrió un espacio descubierto y se detuvo ante la gran entrada formada por dos altos pilones entre los que se había practicado una estrecha puerta. Ante la fachada de cada uno de los pilones se erguían cinco mástiles, en cuyo extremo flotaban oriflamas que ponían de relieve la acción del soplo divino. Con la doble representación del número cinco, el faraón recordaba las enseñanzas de la ciudad de Hermópolis, situada frente a la ciudad del sol, en la otra orilla del Nilo, donde reinaba Thot, patrón de los escribas, creador de la lengua sagrada y señor del Cinco, símbolo del conocimiento.

De pie en el centro de la estrecha puerta, con los ojos fijos en el oriente del templo, donde pronto aparecerían los primeros fulgores del nuevo sol, el faraón retuvo un profundo suspiro. Aquella mañana le costaba un gran trabajo concentrarse en la práctica ritual, en aquella tarea vital para la felicidad de su pueblo. Las informaciones de Mahú, el jefe de policía, le obsesionaban.

De modo que en Tebas se conspiraba contra él. Los sacerdotes del dios Amón, cuyos exorbitantes poderes temporales había suprimido, soportaban mal su autoridad. Aquellos hombres viles y despreciables osaban cuestionar la revelación de Atón. Intentaban incluso formar un partido de oposición en la ciudad del sol y habían decidido fomentar los alborotos. Peor todavía, al egipcio interrogado por Mahú le habían encomendado la misión de organizar un grupo de extremistas decididos a asesinar a Akenatón.

La tristeza desgarraba el alma del rey. ¿Por qué suscitaba el odio, cuando su religión enseñaba el amor? ¿Por qué levantaba tantas pasiones, cuando él deseaba ofrecer a la humanidad los beneficios de la luz? La carga que se había impuesto comenzaba a pesar demasiado en sus hombros. Sintió el brusco deseo de depositar en tierra su doble corona, de convertirse en un hombre como los demás, de olvidar sus abrumadores deberes. Tal vez se había equivocado desde el comienzo de su aventura. Tal vez no era apto para el oficio de rey. Le habría gustado tanto hablar de ello con la mujer a la que amaba, Nefertiti. Pero ella se negaba obstinadamente a recibirle, sin darle la menor explicación. Y nunca se había permitido contravenir las decisiones de la gran esposa real, sin cuya ayuda la nueva capital de Egipto no habría visto la luz. Mientras el rey y la reina habían estado unidos en la acción, sus empresas se habían visto coronadas por el éxito; desde que afrontaba la prueba de la soledad, Akenatón sufría un fracaso tras otro. La comunión con Atón seguía permitiéndole afrontarlos, pero se sentía débil.

La más intolerable de las informaciones obtenidas por el jefe de la policía se refería precisamente a Nefertiti. Según la confesión del egipcio, algunos emisarios de los sacerdotes tebanos habrían conseguido verla y convencerla de que actuara contra su marido. Con el apoyo de la gran esposa real, que habría elegido ya un nuevo faraón, una conspiración podía conseguir derribar al rey actual y acabar con su grandioso ideal. Y el nuevo soberano no era otro que el joven príncipe Tutankatón, un niño que, por orden de Nefertiti, había venido a instalarse en la ciudad del sol.

Akenatón no podía proseguir más tiempo su meditación sin provocar la inquietud de los ritualistas. Avanzó hasta entrar en una sala de columnas, techada sólo en los laterales. Se recogió unos instantes y tomó, de un altar, el cetro que le serviría para consagrar las ofrendas. Luego, avanzó por un inmenso patio a cielo abierto, provisto de trescientas sesenta y cinco peanas de ladrillo, una por cada día del año, destinadas a recibir los alimentos. ¿En quién podía confiar Akenatón? El general Horemheb le detestaba; el «divino padre» Ay era un cortesano oportunista; Hanis, un astuto embajador; Mahú, un jefe

de policía honesto pero obtuso… Sin Nefertiti, Akenatón decaía. No tenía a su lado a un hijo que le apoyara y no creía en las capacidades de mujer de Estado de su primogénita, garante sin embargo de la legitimidad.

Akhesa… Sí, confiaba en Akhesa, aquella niña salvaje e independiente que acababa de transformarse en mujer. Sin que ella lo supiera, el faraón le estaba ofreciendo los medios necesarios para convertirse en una princesa de alto linaje capaz de trazar su propio destino. Sería fiel a Atón, estaba seguro de ello. Sin embargo, era sólo la tercera de sus hijas. ¿Qué ayuda podía ofrecerle, aparte del más tierno afecto?

Akenatón cruzó cinco patios. Cuando llegó al sexto, cuyo centro estaba ocupado por un gran altar, se recogió de nuevo. Fueron entonces introducidos los dignatarios que tenían autorización para asistir a la ceremonia. De entre ellos salió su primogénita, Meritatón, vestida con una amplia túnica plisada y tocada con la mitra roja que, de ordinario, llevaba la gran esposa real, Nefertiti. La princesa se colocó detrás del faraón.

La segunda hija del rey permanecía en su alcoba a causa de un nuevo acceso de fiebre. Akhesa había ocupado su lugar, junto al altar. Entre las cantantes del templo, que entonaban el himno Despierta en paz, destinado a facilitar la salida del sol, Akhesa reconoció a la amante del embajador Hanis.

Le costaba contener su rabia y su decepción. Ocupando el lugar de Nefertiti, Meritatón era reconocida como reina. Tal vez Akenatón la desposara ritualmente, pues, según la enseñanza de Atón, tan sólo una pareja podía reinar en la ciudad del sol. Así quedaría consagrado el acceso de la primogénita a la cima de la jerarquía. Hoy, sólo cumplía una función ritual. Mañana, gozaría de un poder efectivo. Sin embargo, según las confidencias del príncipe Tutankatón, ¿no habían previsto para ella otro matrimonio? Tras las angustias de los celos, Akhesa era ahora presa de las de la ambición. ¿Por qué la torturaban así los demonios? ¿Por qué no se limitaba a ser una princesa y a llevar una vida lujosa en la más fastuosa de las cortes? ¿Era bueno o malo el genio que la habitaba?

Salió el sol, iluminando el gran altar.

Akhesa juró a su dios que llegaría hasta el fin de sí misma.

Los cantos cesaron. Akenatón, seguido por su primogénita, subió los peldaños que conducían al centro de la ciudad del sol, a aquella piedra de ofrendas que constituía su corazón. El faraón presentó al sol una bandeja de oro en la que se habían depositado joyas que llevaban

los nombres de Akenatón y Nefertiti. El nombre de los soberanos, como parte inmortal del ser, sería así iluminado por el dios.

Blandiendo luego la maza, Akenatón se dispuso a consagrar el altar antes de que aparecieran las ofrendas.

Akhesa estaba impresionada por la prestancia de su padre. Otorgaba una fuerza incomparable a tan sencilla ceremonia. Sin embargo, la mirada de la princesa no lograba apartarse de su hermana mayor. Los gestos de Akenatón se caracterizaban por su solemnidad natural, mientras que la actitud de Meritatón, demasiado orgullosa, manifestaba su falta de fe.

Un rayo de sol cegó a Akhesa.

Para evitarlo, levantó los ojos hacia la muralla.

En lo alto, un hombre tendido boca abajo manejaba una honda. El arma, construida con hilo de lino trenzado, estaba ya tensada.

El hombre apuntaba al faraón. Sujetaba una de las cuerdas, perfectamente lisa, entre el pulgar y el índice. Precisamente cuando Akenatón terminaba la adoración al sol naciente, el criminal lanzó el proyectil.

Akhesa gritó.

7

La niña soltó la muñeca y corrió a refugiarse junto a su madre, que, agachada en el umbral de su casa, lavaba un plato de terracota.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Los soldados!

La madre, desconcertada, no sabía cómo reaccionar. Estrechó muy fuerte contra su corazón a la asustada niña. Una escuadra de arqueros y de infantes invadía la calleja. Era la primera vez que algo semejante ocurría en la ciudad del sol. El jefe del destacamento, Nakhtmin, hijo del «divino padre» Ay, increpó a la aterrorizada mujer.

—¡Déjanos pasar! Inspección de todas las casas. Orden del faraón.

La madre se apartó. La niña lloraba. De modo que era eso… Las medidas de represalia adoptadas por Akenatón tras el frustrado atentado. Varias cantantes habían extendido la noticia por la capital: un beduino, que consiguió huir, sin duda gracias a ciertas complicidades, había intentado matar al faraón utilizando una honda. Cuando el proyectil se dirigía a la sien del rey, alguien había gritado.

Según los rumores, su hija Akhesa.

Akenatón se había vuelto hacia el lugar de donde procedía el grito, y el gesto le había salvado. La bola de duro cuero había pasado a pocos centímetros de su cabeza.

La ceremonia de adoración al sol naciente había sido bruscamente interrumpida. Los participantes, aterrorizados, se habían dispersado. Sólo Akhesa había conservado su sangre fría, llevándose a su padre, aturdido, hacia la parte trasera del templo.

Durante dos días, la ciudad del sol había vivido una angustiosa espera. ¿Qué decidiría el rey tras semejante drama? ¿A quién castigaría? Akenatón siempre se había declarado hostil a la violencia. Deseaba que el amor de Atón animara los pensamientos, creando un vínculo de fraternidad entre los seres vivos.

¡Y ahora enviaba a hombres armados que violaban la intimidad de los hogares! Los sollozos de la madre se mezclaron con los de la niña.

El registro fue rápido y brutal. Los soldados sabían lo que buscaban. Uno de ellos arrojó al exterior una estatuilla que representaba a Bes, dios barbudo y risueño, protector de la alegría de vivir. Con una rabiosa patada, Nakhtmin la aplastó, haciéndola mil pedazos.

–No vuelvas a introducir en tu casa falsas divinidades -previno-. De lo contrario, serás castigada.

Estelas, estatuillas, amuletos, terracotas, jarrones y cerámicas que mostraban figuras de divinidades fueron reunidos en el centro de la ciudad, ante la primera muralla del gran templo de Atón. Nakhtmin subió a un estrado rodeado de soldados. Desenrolló un papiro que le había entregado el jefe de la policía, Mahú, y que provenía del palacio real.

Nakhtmin comenzó a leer. La muchedumbre calló.

–En nombre de Atón y de su fiel servidor, el Señor de las Dos Tierras, el faraón Akenatón, se ha decidido poner fin a la representación de las divinidades cuya presencia dificulta la difusión de la luz divina. Se ordena que sus efigies sean destruidas en todo el país, y que se suprima su nombre en todos los monumentos. Así, se afirma claramente que sólo Atón existe y que sólo él da el soplo de la vida.

Las calles de la ciudad del sol vieron pasar a grupos de obreros que embarcaron para dirigirse a las ciudades del Delta, del Sur y de Nubia, con objeto de suprimir en ellas los nombres de Amón y de los demás dioses y diosas, halláranse donde se hallaran. Los más activos de todos

ellos, incluso borraron de las inscripciones la palabra «dioses». En las capitales de las provincias, algunas tumbas fueron abiertas e inspeccionadas para expulsar de ellas a las antiguas divinidades. La policía del desierto borró a martillazos las inscripciones hechas por los canteros en las rocas.

Durante tres días, nadie supo dónde se hallaba el faraón. En el palacio no se sirvió comida alguna. Mahú, el jefe de la policía, habría deseado comunicarle muchas informaciones inquietantes. En las provincias, la cólera crecía. Al pueblo le costaba aceptar la devastación de sus creencias seculares. Los cleros locales se enfurecían al ser tratados como enemigos. La mayoría de los habitantes de la ciudad del sol se indignaban. Hasta entonces, Atón había sido el dios supremo, como Amón o Ra en épocas anteriores. ¿Por qué se convertía ahora en un poder exclusivo e intolerante?

Akenatón meditaba en el santuario que llevaba el nombre de «Atón ha sido encontrado». Había accedido a él a través de una puerta con columnas, siguiendo los meandros de un laberinto que daba a un pórtico donde se erigían sendas estatuas en honor del faraón y de su esposa Nefertiti. En un extremo había un pequeño patio, cuyo centro se encontraba ocupado por un altar.

Sentado en posición de escriba, con las piernas cruzadas, el rey no había dejado de mirar al sol, siguiéndolo en el movimiento de su celeste carrera. Cuando caía la noche, lo oía palpitar en su corazón.

Akenatón había rememorado los felices momentos de su reinado: las horas pasadas con los sabios, recibiendo la enseñanza del templo, el encuentro con Nefertiti, de quien se había enamorado perdidamente, su coronación en Tebas, el momento en que tomó verdaderamente el poder rompiendo con el Primer Profeta de Amón, la creación de una nueva capital, el nacimiento de sus hijas, los paseos en carro por las calles, donde se apretujaba una alegre muchedumbre… Esas radiantes imágenes habían desaparecido, sumidas para siempre en el reino de las sombras.

Habían intentado matarle.

Alguien pretendía hacerle desaparecer, a él, el único intérprete de Atón.

Conocía a los instigadores de la conspiración: los sacerdotes de Tebas.

Eran los instrumentos de una magia destructora que envolvía al país en una red de fuerzas malignas. Por ello, había tomado la decisión que se imponía: destruir los nombres de las falsas divinidades y, por lo tanto, su ser. Sin encontrar ya obstáculos a su paso, la luz de

Atón iluminaría las conciencias y convertiría el odio en amor.

Era el único medio de llevar a cabo la obra que le había sido confiada.

Pero ¿quién se encargaría de su sucesión? ¡Qué frágiles eran todavía los cimientos del edificio! Si la soledad más absoluta era patrimonio del poder, ¿no era ya necesario pensar en el futuro faraón?

Akhesa… El rostro de su hija, gritando para salvarle la vida, no abandonaba su memoria. Si Atón hubiera querido que fuese ella la primogénita y la garante de la legitimidad, ninguna ansiedad hubiera obsesionado al faraón. Pero Dios no lo había querido así.

–Sigue hablando -ordenó Akhesa a su sirvienta nubia.

–Mucha gente ha ocultado estatuillas en los sótanos o las ha enterrado. Quienes poseían estelas en las que se representaba a sus ancestros en compañía de Osiris, han cavado escondrijos en sus jardines.

La princesa se sentía herida. ¿Por qué el pueblo no obedecía al faraón? ¿Por qué se obstinaba en sus errores?

Akhesa estaba más irritada todavía por su aislamiento desde el drama que había estado a punto de costar la vida a su padre. Relegada a sus aposentos de palacio, no había tenido contacto con dignatario alguno. Sólo obtenía noticias del mundo exterior gracias a su sirvienta.

–¿Se prepara una revuelta?

–No lo sé -respondió la nubia-. Los ánimos están caldeados, pero nada irreparable ha sucedido todavía. Los soldados no han detenido ni golpeado a nadie. La cólera de vuestro padre sólo se ha dirigido contra los falsos dioses.

–Debo salir de aquí. Quiero verle.

–Imposible, princesa. Los dos guardas que velan por vos han recibido orden de protegeros, aun contra vuestra voluntad. No os dejarán pasar.

Akhesa cogió un delgado fragmento de caliza, donde escribió unas palabras con tinta negra.

–Lleva este mensaje -ordenó a su sirvienta-. ¡Deprisa!

Con juvenil entusiasmo, el príncipe Tutankatón, a la cabeza de su séquito compuesto por servidores y arqueros, se presentó ante la puerta de los aposentos privados de la princesa Akhesa. Ambos guardas se interpusieron, provocando la cólera del adolescente.

–¿Qué significa esta actitud? ¡Que yo sepa, la princesa no está

prisionera! Tengo un mensaje escrito por su propia mano, pidiéndome que venga a verla enseguida. No intentéis impedírmelo.

Los guardas se inclinaron. Oponerse a un príncipe de la familia real se apartaba de sus atribuciones. Durante el reinado de Amenofis III, habrían respetado al pie de la letra la consigna recibida. Pero hoy, cuando tal vez el faraón había abandonado la capital, el viento podía cambiar muy deprisa. Ellos no tenían por qué arriesgarse tanto.

Akhesa se encontraba leyendo un papiro donde se habían anotado los pensamientos de un sabio del Imperio Antiguo, que a la edad de ciento diez años había decidido legar su experiencia a la posteridad.

–¡Príncipe! – se asombró-. Habéis venido muy deprisa…

–¡Por fin aceptáis recibirme!

El adolescente se inclinó ante la hija del faraón, que le pareció más bella todavía que durante el banquete, cuando le había confesado su amor, un poderoso sentimiento que no había dejado de crecer. Deseaba casarse con aquella maravillosa muchacha. El ardor que le animaba derribaría todos los obstáculos.

La vestimenta del príncipe sorprendió a Akhesa. Había cambiado pendientes, joyas y brazaletes labrados por una coraza de cuero montada en una armazón de lino, que tenía la forma de un jubón sin mangas.

–Tengo una sorpresa para vos, princesa. Venid, os lo ruego.

–Pero… tengo que vestirme.

–No es necesario. Vamos al desierto. Vuestra túnica corta bastará.

El carro se dirigía rápidamente hacia un rebaño de antílopes. Tutankatón mantenía con firmeza las riendas. Akhesa se hallaba unida a él por una banda de cuero que le había puesto alrededor del talle. Orgulloso, marcial, con la cabeza muy erguida, el príncipe demostraba a la princesa que podía ser tan excelente cazador como cualquier valiente del ejército.

–¡Allí!

Tutankatón había visto una hembra de antílope, vieja o enferma, que se separaba del saltarín rebaño. El príncipe hundió su mano derecha en el carcaj, un alargado triángulo de madera fina, cubierta de oro labrado y repujado. Tomó uno de los tres arcos que contenía y una flecha.

–¡Conducid el carro, Akhesa! Dispararé a aquel antílope.

La joven no osó confesar que no dominaba el arte que su

compañero de caza le pedía ejercer. Sin embargo, no quería parecer cobarde. Intentó mantener la carrera del vehículo.

Tutankatón tensó el arco y disparó una primera flecha, que pasó lejos del animal. El antílope variaba el rumbo de su carrera, saltando a izquierda y derecha. Las ruedas del carro, sometidas a violentos esfuerzos, crujían de modo siniestro.

–¡Tenemos que detenernos, príncipe! ¡Dejad vivir a ese animal!

–¡Es para vos, princesa! – gritó Tutankatón entre el fuerte viento que abofeteaba las mejillas de ambos jóvenes.

El arquero disparó una segunda flecha, y ésta sí dio en el blanco. El antílope, alcanzado en los flancos, cayó de rodillas. Tutankatón arrebató las riendas a la princesa y frenó con demasiada brusquedad la carrera de los caballos, que se encabritaron. El joven príncipe perdió el equilibrio, pero Akhesa lo sujetó y consiguió mantenerlo en la plataforma del carro. Sin saber ya quién dirigía la maniobra, ambos consiguieron detener el vehículo a pocos metros de la bestia herida.

El antílope volvió sus asombrados ojos hacia los dos jóvenes. No comprendía por qué sufría así, por qué la muerte ascendía por sus lomos. La lengua, colgante, salió de su boca de espumosos belfos.

Finalmente, renunció a vivir.

Se tumbó de costado, y su cabeza cayó pesadamente sobre la arena.

Akhesa se quedó inmóvil ante el animal muerto, dirigiendo en su favor una silenciosa plegaria a Atón. Imploró el perdón del antílope.

–Es para vos -repitió Tutankatón con el orgullo del cazador victorioso.

Akhesa sonrió. Resultaba ridículo y conmovedor. Tras el adolescente, veía perfilarse el rostro del general Horemheb. ¿Cuántos antílopes habría abatido? ¿En cuántas cacerías se habría ilustrado?

–Sois un arquero notable, príncipe.

Ruborizándose por el cumplido, Tutankatón avanzó hacia la joven para tomarla en sus brazos.

En ese momento, un atroz dolor en el pecho le obligó a detenerse. Una tos irreprimible le desgarró el pecho. Su coraza quedó manchada por la sangre que escupía.

–Ha llegado el médico sirio -anunció la sirvienta nubia.

–Que entre.

Akhesa había devuelto al príncipe enfermo a la ciudad del sol,

abandonando a las hienas y los chacales el cadáver del antílope. Luego, había enviado a su sirvienta en busca de un célebre terapeuta extranjero que, según los rumores, era capaz de curar los males más graves.

El sirio, vestido con una larga túnica de multicolores estrías, tenía el rostro alargado, la nariz puntiaguda y un huidizo mentón adornado por una barba cuidadosamente recortada.

–Venid deprisa -rogó Akhesa.

–Imposible, princesa. He respondido por cortesía a vuestra convocatoria, pero no puedo establecer el menor diagnóstico.

El rostro de Akhesa se endureció.

–¿Vos, un médico, os negáis a cuidar a un enfermo? ¿Habéis olvidado vuestro juramento?

–No soy egipcio, Majestad, y no he prestado juramento alguno. Mis poderes proceden de la diosa Ishtar. Vuestro padre ha hecho destruir su estatua, que ocupaba el oratorio de mi gabinete. Sin ayuda de la diosa, mi ciencia es ineficaz. De modo que he decidido dejar inmediatamente esta inhóspita ciudad para volver a mi país.

Los labios de Akhesa se apretaron con despecho.

–Os oponéis pues a la religión de Atón.

–No interpretéis mal mis palabras, princesa. Sólo mi arte me preocupa. Aquí, soy incapaz de ejercerlo.

Akhesa miró con desdén al médico sirio.

–Si fuera reina -declaró-, sería implacable con cobardes de vuestra especie. Marchaos de aquí.

–Ésa es mi intención, princesa. ¡Que Ishtar os proteja!

Al verse sola, Akhesa perdió por un instante los nervios. Era imposible requerir los servicios del médico oficial de palacio, un intrigante incompetente que sólo pensaba en amasar fortuna y tierras. Los mejores facultativos se habían quedado en Tebas.

En su lecho, el príncipe Tutankatón dejaba escapar un suave estertor. Su respiración era ronca. Le sacudían violentos accesos de tos.

Akhesa se recuperó. Como cualquier futura ama de casa, poseía las suficientes nociones médicas como para hacer frente a casos de urgencia. En su biblioteca, disponía de algunas colecciones de recetas. Las consultó rápidamente y, tras media hora de inquieta búsqueda, se precipitó al huerto donde cultivaba plantas medicinales, dispuestas en

cuadro alrededor de un estanque de agua fresca. Cogió lis, laurel, espino albar y cinamomo, majándolos luego en un mortero. Vertió la mezcla en un recipiente con miel y aceite de palma, y luego añadió unas gotas de elixir de oro que su madre le había entregado para casos de afección grave.

Akhesa levantó delicadamente la cabeza de Tutankatón y le hizo beber el brebaje. Él le oprimió la mano con ternura. Conmovida, no se atrevió a retirarla. Pese a sus muecas de asco, el príncipe bebió la mixtura. Al poco rato se sumió en un apacible sueño.

–¡Princesa, princesa! – gimió la sirvienta nubia corriendo hacia su dueña-. ¡Un hombre furioso! ¡Se ha abierto paso a la fuerza!

Akhesa se apartó del enfermo para enfrentarse con el recién llegado, cuya cólera era grande. El intendente y porta-abanico del rey, el rudo Huy, increpó a la princesa con la mayor descortesía.

–¿Qué ha sucedido? ¿Por qué retenéis aquí al príncipe Tutankatón? ¡No permitiré que se le haga ningún daño!

La joven parecía muy frágil frente al corpulento dignatario, que la dominaba con todo su tamaño.

–El príncipe está enfermo. Le he administrado un remedio. Si no es eficaz, encontrad otro vos mismo. Os dejo a vuestro protegido. Mi casa será la vuestra.

Abandonando al valiente Huy, completamente atónito, la princesa salió del palacio sin hacer caso de la presencia de los dos guardas destinados a su seguridad.

Aunque el sol declinara en el horizonte, Akhesa se había aventurado por las marismas que se extendían al sur del muelle principal de la ciudad del sol, en una zona que los terraplenadores del faraón no habían acondicionado todavía. A los nobles les gustaba cazar allí patos y ocas silvestres con bastón arrojadizo. Circulaban montados en ligeras barcas entre los juncos de varios metros de altura, sobre los que volaban pequeñas rapaces en busca de presa.

La sirvienta nubia, sentada a popa del esquife, remaba cadenciosamente. Akhesa permanecía de pie, descubriendo aquel universo acuático de inquietantes rumores. Los rayos del poniente apenas podían penetrar allí. Aquel medio cerrado vivía de acuerdo con sus propias leyes, la más importante de las cuales era vivir a toda costa.

Una mangosta dio un prodigioso salto, abalanzándose desde una umbela de papiro hasta la base de un tallo, por donde asomaba la cabeza de una serpiente, a la que hizo estallar con un chasquido de sus

mandíbulas. Una avefría plateada se zambulló en una nube de mosquitos, devorándola con delectación. Un enorme pez saltó al paso de la barca, salpicando los desnudos pies de la princesa.

Por consejo de su sirvienta, Akhesa había dejado sueltos sus cabellos y vestía una sencilla túnica de campesina. En el lugar adonde se dirigían, las vestiduras de lujo habrían resultado inadecuadas. Akhesa tenía miedo. No estaba preparada para enfrentarse con ese mundo oscuro, hediondo, poblado de animales bullentes e invisibles.

–¿Está lejos todavía? – preguntó a su sirvienta con voz pretendidamente tranquila.

–Tenemos que seguir la orilla, luego giraremos a la izquierda y nos dirigiremos hacia una isla.

El agua era cada vez más glauca y fétida. A Akhesa le costaba respirar. Se obligó a mirar hacia adelante, alentándose interiormente a proseguir hasta el fin tan horrible viaje. Ahuyentaba a los insectos que la rodeaban con ayuda de un cazamoscas.

El sol se había puesto tras la montaña de occidente. La marisma brillaba ahora con luz crepuscular. La barca avanzaba con dificultad. Al remo le costaba hundirse en aquel revoltijo de vegetales en descomposición.

–¡Ahí está la isla! – anunció la sirvienta nubia.

Akhesa no había visto nada. La maraña de cañas y papiros era tal, que tuvo que agacharse para pasar por un estrecho pasillo que finalizaba en una lengua de tierra lodosa. Allí se levantaba una choza de la que salía un humo maloliente.

–No entraré -anunció la nubia-. Id sola, princesa.

–Y si… ¿Y si te necesito como intérprete?

–La hechicera habla todas las lenguas. Id sola.

Akhesa sintió deseos de huir, de hundirse en los impenetrables macizos de papiro, de correr hacia el aire libre. Pero quería saber.

Puso un vacilante pie en la isla de la hechicera. Después de dar cinco pasos, llegó a la entrada de la miserable vivienda y penetró en su interior.

Al principio sólo vio un minúsculo hogar donde ardían inmundos desechos. Era la única luz que iluminaba la estancia redondeada, poblada de cadáveres de ratas, serpientes e icneumones, y repleta de botes que contenían substancias multicolores.

Una criatura se apoyaba, agachada, en una pared.

–¿Sois…? ¿Sois la hechicera?

Con increíble rapidez, la criatura se colocó ante el hogar para calentar su espalda. Akhesa dejó escapar un grito de horror. La hechicera era una enana de piel negra y ajada. Sus pómulos eran tan salientes que le devoraban el rostro. No le quedaba un solo diente.

–¿No te gusto, pequeña? ¿No aprecias mi belleza?

Akhesa, petrificada de horror, apenas se atrevía a respirar.

–¿Quién eres? – preguntó la hechicera.

–Una muchacha de la ciudad. Mi padre es carpintero.

–Mientes. Y mientes muy mal, pequeña. La hija del faraón debiera mostrarse más hábil.

Akhesa retrocedió. Un lagarto resbaló por su pie izquierdo. La princesa contuvo un grito.

–¿Cómo sabéis…?

–Las palabras del viento, hija mía. Van de un extremo a otro del universo. Cuando pasan por aquí, me cuentan lo que existe fuera de mi paraíso. El viento lleva la vida y la muerte. Las generaciones desaparecen, pero él sigue circulando por el cielo. Es mi confidente, y no me engaña nunca, Akhesa, tercera hija de la pareja real.

Akhesa se sobresaltó. La hechicera conocía su nombre. La sirvienta nubia debía de haber hallado un medio de avisarla de su llegada. No había en ello magia alguna.

–Puesto que sabes quien soy, anciana, responde a mis preguntas. Seré generosa.

–No bastará con eso, princesa.

–¿Qué exiges?

–Mezcla tu sangre con la mía. Dame tu brazo izquierdo.

Akhesa vaciló. Sentir el contacto de la piel de aquella repugnante criatura la horrorizaba. Pero ¿acaso no era la hechicera más reputada?

La princesa tendió su brazo izquierdo. Con una hoja maculada, la hechicera la pinchó, haciendo brotar una gota de sangre, que lamió con avidez.

–Incomparable néctar, princesa. Ahora, puedes interrogarme.

La hechicera hundió su mano izquierda en el hogar y jugó con las brasas.

–¿Qué será de mí, hechicera? ¿Cuál será mi destino?

La enana abrió la palma de su mano derecha y examinó las brasas enrojecidas por sanguíneos fulgores.

–Serás reina, Akhesa… Una reina como nunca la ha habido en esta tierra y…

La vieja calló, asustada por lo que estaba descubriendo.

–¡Sigue hablando, hechicera! – exigió la princesa.

–No… Ya no veo nada…

–¡Ahora eres tú la que miente! ¿Cuándo seré reina?

La hechicera suspiró. Si a la muchacha sólo le interesaba ese detalle…

–Pronto, princesa, pronto. Tú misma estás creando tu destino.

Akhesa ya no tenía miedo. Se divertía. La enana estaba diciendo lo que quería escuchar. Se parecía a esas falsas videntes que vivían de la credulidad de los ingenuos. La princesa no sentía decepción alguna. Sabía que el futuro estaba en manos de Dios. No había cruzado la marisma para conocerlo, sino por un motivo muy distinto.

–Olvidemos el destino -indicó Akhesa-y ocupémonos del presente. Necesito tu talento. Amo a un hombre casado. Quiero que hagas morir a su mujer.

–¿Su nombre?

Akhesa se sobresaltó.

–Debe permanecer en secreto.

–En ese caso, no puedo actuar. Mi magia actúa sobre el nombre de los seres. Confía en mí, princesa. No te traicionaré.

Akhesa miró aquella choza miserable, aquel interior piojoso, aquella criatura malsana… No era digno de ella. Estaba en el mal camino.

–Ya no te necesito, hechicera -dijo con altivez.

La ciudad del sol se había adormecido. El silencio reinaba en el palacio real, adonde el faraón se había dirigido al caer la noche para encerrarse enseguida en sus aposentos privados. Cuando amaneciera, la noticia de su regreso circularía por la ciudad y apaciguaría muchas inquietudes.

Agotada por el viaje a las marismas, la sirvienta de Akhesa se quedó profundamente dormida en cuanto su señora se hubo sumido en el sueño. Ignoraba que ésta había espiado el adormilamiento de la nubia para abandonar su lecho, revestir un manto de lana y salir del

palacio por las terrazas.

Bajo la luz de la luna llena, Akhesa se dirigió a la orilla del Nilo. Salió de los arrabales y avanzó por el vasto espacio desierto que separaba las últimas casas del río. Lanzó una mirada a oriente, donde, contraviniendo la tradición aplicada en las demás ciudades, Akenatón había hecho excavar la necrópolis de la ciudad del sol. Con paso ligero y avanzando por fuera de las pistas trazadas por la policía del desierto, Akhesa llegó a un montículo lo bastante elevado como para que, desde su cima, la vista abarcara la totalidad de la capital, de una decena de kilómetros de longitud.

Tras su decepcionante visita a la hechicera, Akhesa necesitaba aspirar el aire de la noche y sentir sobre su cabeza la inmensidad del cielo. Deseaba tomar conciencia de la obra realizada por su padre, de aquella capital brotada del corazón de un faraón y convertida en realidad. Frente a Hermópolis, la ciudad de los sabios, situada a mitad de camino entre la gran aglomeración del norte, Menfis, y la del sur, Tebas, la ciudad del sol ocupaba una parte del inmenso circo delimitado, en el Medio Egipto, por una cadena montañosa. Mañana desempeñaría el determinante papel de una metrópoli de equilibrio, de una nueva «balanza de las dos tierras».

Akhesa no suprimiría utilizando la magia negra a la esposa de Horemheb. La vencería sin recurrir a las fuerzas demoníacas. Le demostraría al general que debía amarla, desplegaría el poder de su propia magia para atraerlo hacia ella.

Pero ¿tenía derecho a actuar así? ¿Adónde la conduciría tan estrecho sendero?

Tomada su decisión, Akhesa abandonó el promontorio y se encaminó hacia los acantilados, donde se erguían las estelas que señalaban las fronteras de la ciudad del sol. Cerca de allí, se oyó la siniestra risa de una hiena, seguida por el aullido de los chacales que deambulaban durante la noche, limpiando el desierto de carroña. Tenía que cruzar la línea de los pequeños fortines, donde había soldados apostados.

Akhesa rodeó uno de ellos, cuyos centinelas discutían en voz alta, hablando de la agresión que Akenatón había perpetrado contra las divinidades domésticas. «Si la mayoría de los soldados de mi padre formulan las mismas críticas -pensó la princesa, despechada-, el ejército pronto ya no servirá.»

El pie derecho de Akhesa hizo rodar un guijarro. En el silencio del desierto, el ruido le pareció de enorme intensidad. Se tendió en el suelo cuan larga era.

Uno de los centinelas se irguió, asomando la cabeza por encima del fortín.

–He oído algo -le dijo a su camarada.

–Debe de ser una hiena. No te preocupes. Ven a beber cerveza y a comer habas.

–Es extraño. Creo que debería bajar a dar un vistazo.

–Pierdes el tiempo.

A unos veinte metros de Akhesa, un chacal permanecía inmóvil. Su largo hocico puntiagudo, terminado en una gran trufa negra, no dejaba de agitarse. Había venteado una presencia insólita y comenzaba a gruñir de modo amenazador. El centinela cogió una piedra y la lanzó en su dirección. Amedrentado, el chacal soltó un gemido y huyó.

–Otra vez uno de esos carroñeros -dijo el soldado.

–Ya te lo había dicho -replicó irónico su compañero-. Duerme. Yo montaré guardia. Es una noche como todas las demás…

Tendida boca abajo, Akhesa pasó bajo las cuerdas que unían los fortines entre sí. Más allá no había vigilancia. La princesa se levantó en cuanto estuvo segura de no ser vista. ¡Cómo le gustaba aquella soledad, aquella libertad en la que se abandonaba al viento, portador de los recuerdos y las esperanzas que llevaba hacia los paraísos celestiales! ¡Sería todo tan sencillo y puro, si los humanos aceptaran oír la voz del desierto, olvidarse de sí mismos y hacer que creciera la luz presente en sus corazones! Pero graves peligros amenazaban la ciudad del sol, estaba segura de ello. Le ocultaban la verdad. Sería necesario descubrir lo que se tramaba. Debía acceder a los secretos del embajador Hanis.

Por fin llegó a una de las estelas fronterizas colocadas por su padre en la fundación ritual de la capital. Gracias a la luz solar, Akhesa descifró con facilidad los jeroglíficos, inscritos bajo una escena que representaba a Akenatón y a Nefertiti adorando a Atón. Explicaban que el faraón había fundado su capital, y que ésta nunca superaría los límites que le había impuesto. El lugar puro ocupado por la ciudad del sol era perfecto desde su origen: una obra concebida en su totalidad desde su nacimiento. Luego, los jeroglíficos ensalzaban la belleza de la reina Nefertiti, su clara tez, que ninguna otra mujer poseía, la felicidad que derramaba a su alrededor.

Nefertiti… Nefertiti callaba, encerrada en un incomprensible silencio. ¿Había renunciado a su fe en Atón, ella que había sido fuente de la nueva religión, ella, cuya voz había cantado las primeras

alabanzas en honor del sol divino? Nefertiti, aquella madre tan tierna cuya ausencia se volvía insoportable…

La princesa se sentó al pie de la estela fronteriza mirando fijamente hacia oriente, donde dentro de unas horas nacería un nuevo sol.

8

Una guardia de honor, compuesta por soldados de engalanados uniformes, se había formado en la entrada meridional de la ciudad del sol. Apenas podía contener a una muchedumbre que aullaba su gozo y tendía sus manos para intentar tocar a los participantes en el interminable cortejo que penetraba, al son de flautas y arpas portátiles, en la capital de Akenatón.

Era la mayor fiesta jamás organizada en la nueva capital. Tanto a los obreros como a los funcionarios se les habían concedido tres días de descanso para que no se perdieran ninguno de los festejos. En calles y callejas habían instalado puestos donde se servía abundante cerveza dulce. Hombres y mujeres bailaban y cantaban por todas partes. El nombre de Atón era celebrado con fervor. La multitud se apretujó cuando, en medio del cortejo oficial, apareció la heroína de la fiesta, la que traía con ella tanto alborozo: la reina madre Teje, llegada de Tebas para visitar a su hijo Akenatón.

La viuda del gran rey Amenofis III sentía una especial ternura por aquel de sus hijos que había llegado a faraón. Hacía muchos meses que no salía de su palacio de Malqatta. Todos pensaban que graves razones habían motivado tan inesperado desplazamiento. Los fastos desplegados bastaban para probar su importancia.

A sus cincuenta y cinco años, y tras una intensa existencia, la reina madre era admirada y respetada por todos, tanto en Egipto como en los países extranjeros, cuyos soberanos le escribían con regularidad, solicitando sus consejos. Teje había participado de modo efectivo en la dirección de los asuntos del Estado, al lado de su esposo. Había favorecido una política de paz, de la que Egipto era la piedra angular. Ella había impuesto en Tebas el culto al dios sol, Atón, debilitando el poder de los sacerdotes de Amón, a quienes había mantenido distanciados del poder. No se había opuesto a la creación dé la nueva capital, al cambio de nombre del faraón, al traslado de la corte a la ciudad del sol. Tanta era su autoridad, que su mera presencia en Tebas garantizaba la paz civil.

Mientras no levantara la voz contra la experiencia que Akenatón intentaba, el partido de oposición tebano no osaría manifestarse a plena luz.

La reina madre llevaba una corona formada por una mitra de oro con dos altas plumas, que enmarcaban un disco solar colocado entre dos cuernos. En la frente lucía dos cobras de oro. Teje se afirmaba como la encarnación viviente de la diosa del cielo, llegada a la tierra para derramar amor y armonía. Aunque fuera una mujer menuda, Teje disponía de una fiera energía que se reflejaba en su atezado rostro, recordando sus lejanos orígenes nubios. De nariz pequeña y puntiaguda, delgados labios y pómulos salientes, la reina madre demostraba en cualquier circunstancia una notable sangre fría.

En aquel día de fiesta, Teje iba a la ciudad del sol para llevar a cabo una misión imposible: cambiar, si no modificar, el rumbo de la política de su hijo, que amenazaba con llevar al país a su perdición. La imposición de Atón provocaría peligrosos trastornos que, muy pronto, ni siquiera la propia reina madre podría controlar. Y, a pesar de que Akenatón tenía un carácter fuerte que no se prestaba demasiado a la negociación, tras la tentativa de asesinato de la que había sido objeto sería necesario hallar una brecha en la muralla, romper las defensas de aquella alma intransigente.

La represión contra las divinidades que el pueblo amaba había turbado los planes de la reina madre. Antes de que ésta se produjera, había enviado a la ciudad del sol a los príncipes Semenkh y Tutankatón para que se acostumbraran a la atmósfera de la corte y al ejercicio de un poder que, tal vez, algún día detentarían.

Akenatón aguardaba a su madre ante el gran templo de Atón, sentado en un trono. Llevaba la doble corona, manifestando su poder sobre el Alto y el Bajo Egipto. Mantenía sobre su pecho el cetro de la soberanía, que revelaba su función de buen pastor y de cuidador de su pueblo, al que él debía conducir hacia la verdad de Atón. A su alrededor estaba reunida toda la corte, incluido el príncipe Tutankatón, que se había recuperado gracias a la fuerte medicación administrada por Akhesa. Estaba pálido y tosía todavía, pero ocupaba su lugar junto a su hermano Semenkh, el general Horemheb y el «divino padre» Ay. No faltaba ni un solo personaje. Akhesa seguía con pasión la ceremonia. A la izquierda del trono, Meritatón, la primogénita, ocupaba el lugar de la gran esposa real.

Cuando la reina madre bajó de su silla de mano, de madera dorada, Akenatón se levantó de su trono. Bajo las reverentes miradas, caminaron el uno al encuentro del otro. Los rayos del sol se reflejaban en sus coronas, creando haces de luz que ocultaban su rostro.

El faraón y su madre se detuvieron a menos de un metro de distancia. Una fina sonrisa iluminó el rostro descarnado del rey.

–Me siento feliz de volver a veros, madre.

–También yo, Majestad.

–Perdonad la brutalidad de mi pregunta: ¿cuál es la causa de vuestra visita?

–Vos, hijo mío.

En los negros ojos de la reina madre brillaba una intensa llama. Desde que reinaba en Egipto, Akenatón había tenido siempre en cuenta las opiniones de Teje. Pertenecía a ese linaje de reinas extraordinarias que habían forjado la grandeza del país.

–Os invito, madre, a que olvidéis vuestras inquietudes durante esta ceremonia. Pensemos sólo en glorificar a Atón.

–¡Que así sea!

Caminando uno junto a otro, precedidos por el «divino padre» Ay, el faraón y la reina madre se pusieron a la cabeza de una gigantesca procesión que se dirigió hacia el sur, donde se levantaba el santuario privado de Teje. Parecía una pérgola de ligeras columnas y esbeltos muros, construidos de forma discontinua para proporcionar una permanente corriente de aire. Reinaba por tanto un agradable frescor.

–Habéis hecho embellecer el templo -apreció Teje.

–Mis mejores escultores han trabajado en ello. Lo descubriréis más espléndido en cada una de vuestras visitas.

El faraón y la reina madre se detuvieron ante la gran puerta de dos batientes. Akenatón inclinó hacia atrás la cabeza y miró al divino Atón. Todos los miembros del cortejo doblaron la cintura y se inclinaron.

Akenatón tomó tiernamente la mano de su madre.

–¡Abrid esta puerta y dejadnos solos! – ordenó.

Los batientes se cerraron tras Akenatón y Teje. Una luz diáfana bañaba el santuario. Las estatuas del padre y la madre del faraón velaban en el silencio, cual vigilantes testigos.

La reina y su hijo pasaron bajo un pórtico de columnas y llegaron a un patio descubierto. En el centro había un altar al que se accedía por una escalinata. Estaba provisto de jarras de vino, legumbres, frutos y flores.

–Me gusta este lugar más que ningún otro -dijo Teje en voz baja-. Me gustaría quedarme aquí hasta mi postrer suspiro.

–Nada os lo impide, madre.

–Sí, hijo mío.

–Sentémonos en los peldaños de esta escalinata -propuso el rey-. Los rayos de Atón nos iluminarán.

Akenatón ayudó a su madre a sentarse, de modo que su vestido no se arrugara. Luego, se situó justo por debajo de ella, sin soltarle la mano.

–¿Recuerdas, madre? A menudo hablábamos así, en la escalinata del palacio de Malqatta, cuando yo era niño. Me enseñabas a conocer la naturaleza y a los hombres. Yo te hacía mil preguntas, robaba tu tiempo, y tú aceptabas siempre contestarme.

–Sigues siendo mi hijo. Pero ya no tienes mil preguntas que hacerme. Hoy eres tú quien conoce las respuestas. Eres el profeta único del dios Atón y revelas su luz al mundo. ¿Qué tarea más noble podría imponerse un rey? Pero la soledad es una pesada carga. Termina cegando a quienes la sufren.

–Y, sin embargo, no hay otro destino para el faraón.

–Es cierto, hijo mío. Por ello debes rodearte de múltiples ojos y oídos que te comuniquen lo que ocurre realmente en tu país, en lugar de imaginarlo. El pensamiento del rey se nutre de realidades, no de sueños.

Akenatón cerró los ojos.

–Hablad pues, madre.

–Ruge la revuelta, hijo mío. El temor ha invadido las almas. Ya no comprenden lo que Atón desea. En Tebas, los sacerdotes se han inclinado ante tus órdenes. Han abierto los templos y permitido que los escultores destruyeran el nombre de Anión… Pero se han cometido muchas negligencias. No es posible borrar así creencias milenarias.

–Lo lograré, madre.

–Fue un hombre, no un dios, quien intentó poner fin a tus días.

–Era sólo un instrumento. La voluntad de Atón es ser la única luz de la que yo soy profeta. Se hará según mi voluntad.

La reina madre pidió a su hijo que le quitara la pesada corona de doble pluma, que él depositó con cuidado en los peldaños del altar. La dulzura que reinaba en el templo favorecía las confidencias. No había ninguna pasión, ninguna agresividad en el tono de los interlocutores. Pero Teje percibía la formidable intensidad del fuego interior que ardía en el faraón.

–¿Con quién puedes contar, hijo mío?

–Con nadie. Mis íntimos sólo piensan en traicionarme o en gozar del poder que les he dado. Creen que estoy ciego e ignoro sus intrigas. Pero Atón me ilumina y sabré hacer justicia. Sólo mi hija Akhesa vive realmente para Atón. Ella me salvó.

–¿Akhesa? ¡Pero si sólo es una niña!

–No, madre. Se ha convertido en mujer. Es hermosa como un rayo de sol.

–¿Debo recordarte que tu primogénita es Meritatón y que desempeña el papel de gran esposa real en ausencia de Nefertiti? Olvida a Akhesa, hijo mío. Que siga siendo tu hija querida, pero no le permitas hacerse ilusión alguna sobre su porvenir. Vivirá lujosamente en palacio con sus jóvenes hermanas. He hecho venir de Tebas a los príncipes Semenkh y Tutankatón. Aquí, serán considerados como mis hijos. Bueno sería que Semenkh desposara a tu hija mayor y Tutankatón a la segunda.

–¿Por qué esas uniones -se rebeló el rey-, sino para complacer a los sacerdotes de Tebas?

–No hay otra razón, en efecto. Los tebanos quieren ignorar tu herejía. Sólo piensan en el faraón que te suceda y restablezca la dignidad de los antiguos dioses. Gracias a estas bodas, mantendremos la paz.

Akenatón se quitó también la corona, que le resultaba pesada. La fatiga le demacraba el rostro.

–Estoy cansado de concesiones, madre mía. No soporto ya esas sutiles estrategias. Deseo consagrarme a Dios. Él no se pierde en esos meandros que a nada conducen, salvo a la vanidad y a la avidez de los humanos.

–Dios no brillará sobre esta tierra sin la colaboración de esos humanos a quienes desprecias, hijo mío. No vas a cambiar su naturaleza, pero puedes mostrarles un camino a condición de que Egipto sea rico y feliz. El gobierno de los hombres es una tarea primordial que no debes desatender.

–Atón brilla cada mañana en el cielo, madre. Da generosamente la vida. Él, y nadie más, me dictará mi conducta.

Teje no lograba influir en su hijo. Akenatón vivía en un mundo que sólo le pertenecía a él. El poderío de Egipto, que había creado Tebas, la magnífica, estaba en gran peligro. ¿Durante cuánto tiempo podría la reina madre retrasar el desastre?

–¿Aceptarás celebrar esas bodas? – preguntó con voz que, por primera vez en su vida, se hizo ligeramente vacilante.

–Si la ausencia de Nefertiti se prolonga, me desposaré simbólicamente con mi primogénita. Atón exige que sea una pareja quien reine en la ciudad del sol. Lo demás no me importa. Venid, madre. Mi pueblo nos aguarda. Vuestra llegada le causa tanta alegría que sería cruel hacerle esperar más.

Akenatón cubrió de nuevo a Teje con la alta corona y, luego, se colocó la suya en la cabeza. Cogidos de la mano, madre e hijo salieron del santuario con lentitud y dignidad.

No tenían nada más que decirse.

Los cocineros del rey habían trabajado varios días sin descanso para preparar el más fastuoso de los banquetes, que se sirvió en la gran sala del palacio real, de muros decorados con tornasolados frescos donde retozaban pájaros, cuadrúpedos y peces. Las mesas estaban adornadas con guirnaldas de flores de loto, entre las que habían colocado platos de carne y legumbres, frutos, múltiples variedades de pasteles y panes, y jarras de vinos blancos y tintos procedentes del Delta. Los invitados comían pato asado con los dedos. Una orquesta femenina de cuerda, formada por virtuosas del arpa, el laúd y la lira, hechizaba los oídos. La mejor instrumentista de las Dos Tierras arrancaba suaves armonías de su gran lira de dos cuerdas. Entrada la noche, algunos invitados se adormecieron. Los sirvientes encendieron lámparas de aceite, y en la penumbra se iniciaron discretas conversaciones cuando el faraón abandonó la sala del banquete. Su partida señalaba el fin de los festejos en honor de la reina madre.

Teje no sentía ningún cansancio físico, pero su corazón sufría. Había fracasado. El faraón dominaba el juego. Un faraón que se sumía en un misticismo cada vez más desencarnado, que olvidaba las exigencias de lo cotidiano.

Cubriéndose los hombros con un manto de lino, Teje dio algunos pasos por los jardines, feliz de estar por fin sola. Aquella recepción le había parecido muy aburrida, comparada con las fiestas de Tebas.

De un bosquecillo de tamarindos surgió una ágil figura, que saltó ante la reina madre y le cerró el paso. Teje pensó en un atentado, preguntándose, con tranquila lucidez, quién lo habría inspirado.

–No temáis, Majestad, no os deseo mal alguno… Soy Akhesa.

La muchacha había advertido con admiración la sangre fría de Teje. La reina madre no había gritado ni retrocedido.

Teje miró fijamente a Akhesa.

–Tu padre tenía razón. Ya no eres una niña.

La luz lunar rodeaba con un halo azulado el cuerpo de la princesa.

–Pero… ¡llevas el vestido roto!

–He corrido mucho para alcanzaros. Quería hablaros cara a cara.

–¿Hablarme? ¿Tan necesario es?

–Os suplico que me escuchéis.

La mirada de Akhesa poseía una convincente elocuencia. El ardor que la animaba se parecía extrañamente al de su padre.

–Temo no poder escapar, Akhesa, de modo que consiento en escucharte. ¿Prefieres quedarte aquí o ir a mis aposentos?

–Conozco un lugar donde ningún oído indiscreto podrá escucharnos.

–¡Cuántos misterios! ¿Temes que te espíen?

–Prefiero ser prudente.

–Fogosa, pero no estúpida -juzgó Teje-. Dos cualidades difíciles de conciliar. Te sigo.

Akhesa condujo a la reina madre hasta un cenador oculto entre la abundante vegetación de la terraza superior. Para llegar, separó unas ramas de palma. El lugar estaba protegido del viento.

–Admirable retiro, en efecto -observó Teje, sentándose en un banco de piedra-. Permite primero que una anciana descanse un poco. Me estás descubriendo un paraíso.

Durante una hora, Akhesa se deshizo en confidencias. La reina madre le inspiraba una gran confianza. Le habló de su entrevista con Akenatón, de su lectura de las estelas fronterizas, de su suspicacia con respecto al embajador Hanis, de la investigación que realizaba para conocer la verdad sobre la situación de Egipto. Evitó mencionar los sentimientos que el general Horemheb le inspiraba.

Teje, con los ojos entornados, escuchó atentamente. A medida que Akhesa se expresaba, la reina madre iba formándose una opinión sobre la joven, a la que no había imaginado tan perspicaz ni tan preocupada por los asuntos de Estado. Quedaban en ella algunos rastros de la infancia, pero había madurado con notable precocidad. Sus palabras no eran dictadas por una curiosidad superficial. Atestiguaban un verdadero amor por Egipto.

–Mis hermanas mayores son estúpidas e incapaces -afirmó Akhesa-.

Sólo yo puedo ayudar a mi padre a conservar el poder y a hacer que brille la luz de Atón. ¡Ayudadme, Majestad, ayudadme a secundarle mejor!

El tono de la reina madre cambió. Se hizo seco y cortante.

–Son tus hermanas mayores, Akhesa. Así es, y nada puedes hacer para cambiarlo. La primogénita del faraón es la guardiana de la sangre real. No tú.

El furor llenó los ojos de Akhesa. Se había equivocado confiando en Teje.

–¿Por qué te sientes decepcionada, Akhesa? Simplemente, libero tu imaginación de mentiras. Te muestro una verdad que te negabas a ver. No te conviertas en esclava de tu sueño. Si realmente deseas servir a tu país y a tu pueblo, aprende primero a no reaccionar como un caballo repropio ante el obstáculo. Quien desea gobernar a los demás, debe comenzar por dominarse a sí mismo. No implores. No pidas limosna. No seas débil ni suplicante. Conoce la regla que rige el universo y actúa de acuerdo con ella sin pensar nunca en tu propio interés. No te ayudaré, Akhesa, como se echa una mano a una inferior. Sin embargo, te confío una misión: acude junto a Nefertiti y descubre las causas de su mutismo.

La muchacha apretó los puños. La tarea que la reina madre le imponía era casi irrealizable. Casi…

–Muéstrate digna de tu ambición, Akhesa.

9

Akhesa se enteró con sorpresa de la precipitada partida de la reina madre hacia Tebas. La sirvienta nubia reveló a su señora que Teje había tomado el camino de regreso de madrugada por orden del faraón. Se rumoreaba que éste jamás había expulsado así a su madre de la nueva capital. El acontecimiento desataba murmullos desaprobadores. Por lo general, la reina madre residía durante varias semanas consecutivas en la ciudad del sol. ¿Acaso Akenatón había decidido hacer el vacío a su alrededor, encerrarse cada vez más en la soledad de un poder absoluto?

Akhesa no renunciaría a la misión que la reina madre le había confiado. Llevaba ya varias horas buscando un medio para llevarla a cabo.

Creía haberlo encontrado.

El escultor Maya, sentado en un trípode, impartía sus directrices a los dos ayudantes que trabajaban con él en su taller. El más joven, hábil ya en el manejo del cincel de cobre, trabajaba en un pie de cama con forma de pata de león. El segundo, más adelantado, estaba ocupado moldeando la nariz de un rostro de yeso. Pronto comenzaría directamente con la piedra caliza. Si seguía progresando, dentro de pocos meses intentaría realizar su primera estatua y pronunciaría las palabras rituales: «¡Que viva!». «El que da vida»: ése era el título de los escultores reconocidos como maestros en su oficio.

A sus cuarenta años, Maya estaba orgulloso de pertenecer a la ilustre corporación de la que habían salido tantos artífices, altos dignatarios, e incluso primeros ministros. Antes de pretender dirigir a los hombres, primero era preciso aprender a dominar la materia, a amarla, a extraer de ella sus bellezas ocultas.

Con el rostro profundamente marcado, severo, meditativo, Maya no tenía más ideal que la perfección en su oficio. Penetró en la parte secreta de su taller, cuyo acceso estaba prohibido a los aprendices. Allí, en la penumbra, brillaba el pulido calcáreo de la obra que estaba terminando: la estatua de la primogénita de la pareja real. Se sentía feliz de terminarla. Las sesiones en que la princesa había posado habían resultado insoportables. Imbuida de su importancia, Meritatón manifestaba sin cesar su impaciencia. Exigía del escultor que rectificara un detalle u otro. Maya debía adaptarse a la nueva estética oficial, caracterizada por un cráneo alargado, miembros distendidos, vientre prominente. La cabeza humana, decía Akenatón, capta la energía luminosa. Los fieles del dios deben aparecer como hombre y mujer, preñados por un nuevo sol. Para Maya, que había sido formado por los mejores artesanos de Tebas, ese abandono del clasicismo y de las rigurosas formas consagradas por siglos de práctica era una locura. Cuando el reinado de Akenatón terminara, regresaría a las reglas de los antiguos maestros, en vigor desde el tiempo de las pirámides.

Maya contempló la estatua con mirada crítica. La expresión del rostro, el modelado, la actitud, el gesto de la mano sujetando una jarra de ofrendas, el plisado del vestido transparente, la peluca… El conjunto se adecuaba a lo que de él habían exigido. Ya sólo quedaba adornar la escultura que había ejecutado sin alegría. Tomando su paleta rectangular de colores y un pincel, se disponía a pintar de rojo los labios.

Al retroceder, descubrió la presencia de una joven morena, oculta en una esquina de la estancia, tras un tronco. Empuñando un cincel, Maya la increpó con voz enojada.

–¿Quién sois? ¿Qué hacéis aquí?

Akhesa sonrió.

–Muy amenazador estáis, maestro Maya. ¿Os doy miedo?

–Salid. Nadie tiene derecho a penetrar en esta parte del taller.

–¿Teméis que os robe vuestros secretos?

La joven se adelantó y admiró la estatua.

–Así habéis hecho vivir a mi hermana mayor. Es más hermosa que en la realidad. Sois un gran escultor, maestro Maya.

–¿Sois acaso…?

–La tercera hija del faraón.

Maya levantó las manos en un gesto de respeto.

–Vuestra presencia honra mi taller, princesa. Pero os sigue estando prohibido el acceso a él.

–No os confundáis en gestos de cortesía -recomendó Akhesa-. No es el arte que domináis.

El artesano, ciertamente, prefería el trato con la madera y la piedra al trato con los seres humanos. La materia no mentía, no disimulaba. Se resistía a los instrumentos del mal obrero, pero se mostraba tierna para con quien sabía hablarle. Maya dejó su herramienta. No necesitaba aquella arma contra la hija del rey. Advertía en ella a un adversario mucho más temible que un bloque de granito o un tronco de cedro. Y temía adivinar la razón profunda de aquella inesperada visita.

–¿Tenéis algo que reprocharme, princesa?

–Mi sirvienta ha oído ciertas habladurías que os conciernen, Al parecer, vuestras críticas a la política del faraón han llegado a los oídos de ciertos dignatarios de palacio. Si llegan a los de mi padre…

El escultor se encogió de hombros.

–No me preocupo por la política y no hago correr rumor alguno. Lo que pienso, lo digo en voz alta. La ciudad del sol es una ciudad mal construida con materiales de mediocre calidad. Fueron encajados a toda prisa por obreros incompetentes. Incluso el palacio real fue edificado sin genio. Pronto se resquebrajará. La capital carece de contramaestres y trabajadores especializados.

–Son acusaciones graves.

–Simples evidencias, princesa. ¿Sabéis que la mayoría de las tumbas de la necrópolis están sólo medio excavadas, que su

decoración apenas si está esbozada, que algunos pintores son demasiado ignorantes para crear sus colores? Es una injuria a los dioses.

Un fulgor de cólera brilló en los ojos de Akhesa.

–¡Ya no hay dioses, maestro Maya! ¡Sólo reina Atón!

El escultor no inclinó la cabeza. El pueblo humilde se apartaba de su rey, cuyo fanatismo le asustaba. Su tercera hija no parecía, en este terreno, irle a la zaga. Maya estaba impresionado por la conquistadora energía de la joven. Inconscientes y estúpidos serían quienes la subestimaran. Sin duda se había equivocado expresándose con tanta franqueza. Pero carecía del sentido del matiz y de la diplomacia.

–Atón salvará su capital de la desgracia -declaró Akhesa convencida-, a condición de que todos los súbditos del faraón sean fieles a su señor.

La amenaza era clara. Si aquella joven obtenía algún poder en el futuro, pensó el escultor, se convertiría en una tirana temible.

–He venido, maestro Maya, para hablaros de un tema concreto.

El artesano se puso rígido. Sin duda, Akhesa había sido informada. Un aprendiz se habría mostrado demasiado charlatán. A menos que se tratara de un cortesano que le hubiera espiado.

–Me han dicho -prosiguió Akhesa-que durante estas últimas semanas habéis acudido a menudo al palacio de la reina Nefertiti. Sois uno de los pocos, si no el único, que franquea los cordones de soldados que protegen la soledad de mi madre. Tengo que pediros un favor.

–¿Cuál, princesa?

–Encontrar el medio de hacerme entrar en su casa.

El escultor, desolado, negó con la cabeza.

–De buena gana os hubiera ayudado, pero desde ayer el acceso al palacio de Nefertiti me ha sido prohibido definitivamente. No he conseguido esculpir el retrato que exigía. Recurrirá a otro artesano.

Rabiosa, Akhesa apretó los labios. Sin pronunciar una palabra de despedida, salió del taller.

Akhesa se había levantado al alba tras una noche en vela. Su fracaso la irritaba. Había imaginado que su empresa se vería pronto coronada por el éxito y que podría presumir ante la reina madre. Pero el destino se anunciaba adverso. La princesa tomó un amuleto entre el pulgar y el índice, el escarabeo de las metamorfosis, y lo colocó sobre

su corazón, implorando al sol naciente que le aportara una solución. Aquella magia disgustaba a Atón, pero ¿no es cierto que se había revelado eficaz millones de veces?

–Princesa -anunció la sirvienta nubia-, un mensajero para vos.

–¿A esta hora? ¿Quién le envía?

–Sólo a vos os revelará su nombre.

La muchacha sonrió. El escarabeo la satisfacía. Creía conocer el nombre del gran personaje que deseaba permanecer en la sombra.

El mensajero aguardaba a la princesa en el vestíbulo. Era un hombre de edad madura, con la cabeza rapada y los pies desnudos, vestido con una túnica corta. Inspiraba confianza.

–Mi señor, el embajador Hanis, invita a Vuestra Majestad a un almuerzo en su villa.

Akhesa triunfaba. Se había movido bien.

–Solicita que vayáis sola y…, y…

–¿Irreconocible?

El hombre se inclinó.

–Os guiaré hasta él.

La princesa estuvo lista en pocos minutos. Una tosca peluca y un espeso maquillaje que le oscurecía el rostro constituyeron un excelente disfraz. Se había puesto un vestido de mala calidad, anudado bajo los senos. Luego, tomó un cesto y se lo colgó del brazo izquierdo. Así se parecía a una de las innumerables sirvientas que circulaban por el barrio de los nobles.

–Si alguien desea verme -dijo Akhesa a la nubia-, responde que estoy indispuesta y que no saldré de mis aposentos hasta mañana.

La princesa siguió al mensajero, que evitó el animado y ruidoso centro de la capital para deslizarse por las callejas de la parte trasera de los edificios oficiales. El calor del sol matinal anunciaba el final del invierno. Unos niños desnudos jugaban con muñecos de trapo. Los mercaderes extranjeros mantenían conciliábulos destinados a fijar el precio de los géneros que ofrecerían en el mercado.

Saliendo de la ciudad, cruzaron los huertos donde se utilizaba el cigoñal que había sido puesto a punto por los ingenieros de Akenatón. Sobre un pivote fijo, el campesino había colocado una pértiga de buen tamaño. De uno de sus extremos pendía un cubo; del otro, un contrapeso. Con movimientos regulares, el campesino bajaba la pértiga para que el cubo penetrara en un estanque de riego. Luego,

soltándola suavemente, dejaba que el contrapeso actuara. De este modo, con el correr de las horas, grandes cantidades de agua eran transportadas con mínimos esfuerzos. La ciudad del sol se encontraba situada sobre una plataforma hasta la que no llegaba la bienhechora onda de la inundación, por lo que se habían instalado numerosos cigoñales superpuestos para asegurar el riego de los cultivos.

Maravillada, la princesa descubrió un mundo de agricultores trabajando, repitiendo gestos milenarios, tomándose tiempo para dormitar bajo un árbol o descansar escuchando la melodía de una flauta. En un pequeño palmeral, los obreros agrícolas habían interrumpido su tarea para que les afeitara un barbero ambulante, a quien una hilera de clientes aguardaban con paciencia.

Tomando un estrecho camino de tierra, el mensajero condujo a Akhesa hasta la orilla del río, a un lugar donde las cañas habían sido cortadas. Hombres, mujeres y niños, sentados en el suelo, vigilaban los asnos y las cabras.

–¿Adonde vamos? – se inquietó Akhesa.

–A la otra orilla -respondió el mensajero-. Tomaremos el trasbordador.

–¿Acaso la villa del embajador no está situada junto a la ciudad del sol?

–Es cierto, princesa. Pero allí acuden demasiados cortesanos. Mi señor quiere veros en otra de sus propiedades, lejos de miradas indiscretas.

Akhesa estaba cansada del largo camino. Le dolían los pies. No tenía ganas de seguir, pero no podía retroceder, so pena de quedar en ridículo. Se colocó, pues, junto a una anciana de pesados pechos que sujetaba fuertemente por el cuello a un gran pato. Algunas niñas jugaban a la pelota. Los muchachos canturreaban.

Llegó el trasbordador. Era una barca muy amplia, provista de una vela que el barquero manejaba con habilidad. En cuanto hubo acostado, los pasajeros se apresuraron a embarcar. En pocos minutos, el trasbordador estuvo tan cargado que parecía incapaz de maniobrar y a punto de hundirse. Pero el barquero no tuvo dificultad alguna en separarlo de la ribera para deslizarse, empujado por una brisa que pronto les condujo al centro del Nilo. Akhesa conservaba con dificultad el equilibrio a causa de los empujones. Su guía no se preocupaba por ella. La princesa se codeaba por primera vez con gente del pueblo que, al no haberla identificado, no le testimoniaba consideración alguna. Escuchaba sus conversaciones. Hablaban de las cosechas, de la educación de los niños, de las futuras bodas, de la

salud de sus parientes, de los dioses protectores y los espíritus malignos que les enviaban enfermedades o desgracias. Evocaban su fe en una vida de ultratumba a cuyo umbral les aguardaba el tribunal presidido por Osiris. Un viejo desdentado pronunció el nombre de Akenatón. Lo trató de malvado y fanático. Nadie le reprendió. Muy al contrario, nuevas críticas se añadieron a múltiples quejas sobre las malas condiciones de existencia en la ciudad del sol, que no tenía a sus puertas, como Tebas, pastos y campos de cultivo. Los géneros llegaban a los muelles con retraso, cada vez más a menudo estropeados o de ínfima calidad. ¿Y por qué eran tan escasas las apariciones en público del faraón? ¿No estaría gravemente enfermo? Nefertiti debía de estar muerta. ¡Hacía mucho tiempo que nadie la había visto! ¿Y el ejército? ¿No se pondría al lado del general Horemheb si éste intentaba apoderarse del trono? Algunos viajeros que habían regresado recientemente de las provincias de Asia hablaban de sediciones y revueltas. ¿Y si invadían Egipto? Sería el horror, el fin de la prosperidad y de la paz que tan bien había preservado Tebas.

Akhesa estaba furiosa. Oír como se injuriaba y calumniaba a su padre le producía un intenso sufrimiento. Habría querido protestar, explicar, convencer… Pero calló. Sólo habría provocado un motín en el trasbordador. Su misión prevalecía sobre sus reacciones afectivas. Soportó la prueba hasta el fin, viendo con gran alivio como se aproximaba la ribera opuesta.

Cuando puso pie en tierra firme, el mensajero terminaba una animada discusión con un campesino al que le alquilaba un asno.

–Aunque no sea habitual -dijo a la princesa-, este animal os llevará hasta la morada de mi señor.

–Guardaos para vos el asno -replicó agriamente Akhesa-. Conservo todavía el uso de mis piernas.

Sólo los niños montaban a la grupa de los asnos. El mensajero no insistió, y se dirigió hacia el sur, atajando por un palmeral que bordeaba un canal de riego donde abrevaban gordos bueyes negros, con las patas delanteras dobladas.

Akhesa tenía las piernas doloridas, pero no emitió queja alguna. El mensajero aceleraba el paso. El sudor perlaba la frente de la princesa. Su corazón palpitaba deprisa. Le faltaba la respiración. El fuego ardía en su pecho. Unos instantes más y debería detenerse, pedir ayuda, montar en el asno como si fuera una niña…

El mensajero gritó y se quedó inmóvil. Contrariado, examinó su pie izquierdo. Akhesa, sin aliento, le alcanzó sin prisa.

–Me he clavado una espina de acacia en el talón -explicó el hombre-. Tengo que quitármela.

Pero lo único que consiguió con su torpeza fue romper la espina, la mayor parte de la cual permaneció hundida en la carne.

–Dejadme a mí -intervino Akhesa.

Con sus ágiles dedos, la princesa consiguió extraer el cuerpo extraño. El mensajero se vio obligado a caminar más despacio.

–Montad en el asno -le invitó la muchacha con ironía.

Lo que leyó en sus ojos parecía odio. Cojeando, la condujo hasta una casita aislada y oculta en una maraña vegetal que, desde hacía mucho tiempo, no había conocido la mano de un jardinero.

¿Y si era una trampa? ¿Y si el mensajero no había sido enviado por el embajador Hanis?

–¿Dónde está tu señor? – preguntó, intentando mostrar un rostro impasible.

–Os aguarda en el interior de su casa -respondió-. Yo me quedaré aquí para vigilar los alrededores. Si viene alguien, avisaré imitando el grito de la lechuza.

La evocación del pájaro que servía para escribir el jeroglífico que simbolizaba la meditación, el recogimiento y la vida interior, tranquilizó un poco a Akhesa. La lechuza de Egipto era un animal magnífico, con alas de gran envergadura. La muchacha se había complacido a menudo viéndola emprender el vuelo a la luz del sol poniente.

¿Le daría el hombre tiempo de huir? La prisión era más hermética de lo que parecía a primera vista. Las ramas bajas de los sicomoros formaban, a uno y otro lado de un estrecho sendero, murallas difíciles de franquear. La única salida de aquel laberinto estaba custodiada por el mensajero.

No tenía elección y prevaleció la curiosidad.

Akhesa entró en la casa de techo plano por una puerta que daba paso a una pequeña sala de recepción sin ninguna clase de mobiliario. Ningún ruido revelaba una eventual presencia. Vacilante, subió los peldaños que conducían a una estancia elevada, sumida en la penumbra. Allí habían dispuesto una mesa. En ella se veían copas llenas de higos secos y dátiles confitados.

–Son excelentes alimentos -dijo la melodiosa voz del embajador Hanis-. Comed, princesa.

Akhesa volvió la cabeza hacia la izquierda y descubrió a Hanis, sentado sobre una estera en la postura del escriba.

–Hay también zumo de algarrobo para refrescaros tras tan larga caminata. Bebed, os lo ruego.

Akhesa tenía hambre y sed. Con la distinción adecuada a una persona de su rango, sólo tomó pequeñas cantidades. La colación le pareció sabrosa tras los esfuerzos que había tenido que hacer. Le permitió recuperar el ánimo y prepararse para la lid.

–Es una casa muy modesta, princesa. Espero que no os disguste demasiado y que estéis satisfecha de los servicios de mi mensajero. Un hombre fiel y discreto.

–¿Por qué tanto secreto?

Hanis se levantó y se aproximó con un recipiente lleno de agua fresca y perfumada.

–Permitidme que os lave los pies.

La costumbre exigía que los propietarios de una casa, fuera choza o palacio, purificaran los pies de los huéspedes que habían emprendido el camino para visitarlos. Con conmovida ternura, el embajador tomó entre sus manos los pies de la joven princesa. Le parecieron finos y magníficos. Su curva era exquisita. Akhesa advirtió que se demoraba demasiado en su ritual tarea, pero aceptó las suaves sensaciones que le producía aquel masaje.

–¡Ya basta! – intervino, cuando extraños estremecimientos que nunca había experimentado le recorrieron la espalda-. ¿Por qué me habéis invitado?

Hanis volvió a sentarse.

–Lo sabéis tan bien como yo, princesa -indicó en un tono menos amable-. ¿No sois acaso la joven que me espiaba cuando yo visitaba a mi amante, la cantante del templo?

Akhesa se comió un dátil sin dejar de mirar al embajador.

–Cometí un error -reconoció el hombre-. Aquella cantante no tenía derecho a hacer el amor, porque estaba de servicio en el templo. Podríais provocar un escándalo que perjudicaría mucho mi carrera y arruinaría mi reputación en la corte.

La voz del embajador se hacía cortante. Akhesa permaneció junto a la puerta, temiendo que llegara su secuaz. ¿Habría Hanis concebido el odioso proyecto de secuestrarla o algo peor?

Akhesa lucharía.

–Os habéis convertido en un maestro en el arte de negociar. Os propongo un trato.

Hanis estaba atónito por la audacia de aquella hija de rey.

–Me ofrecéis vuestro silencio, claro… ¿Qué debo daros a cambio?

–La verdad.

Intrigado, el embajador frunció las cejas.

–¿Qué verdad?

–Quiero conocer la situación real de Egipto en relación con las potencias extranjeras.

–Extraña petición, princesa. Se trata de secretos de Estado que no conciernen a una muchacha destinada a una vida agradable en el lujo del palacio real. Son asuntos complicados y sutiles.

Akhesa se inflamó.

–¡Me tomáis por una niña estúpida! ¿Olvidáis la educación que vos mismo me concedisteis? ¿Olvidáis las lecciones de mis padres, cuando querían colocar al Egipto de Atón en el corazón de un vasto imperio del que serían vasallos los estados de Asia? El pueblo murmura… Habla de revuelta, de invasión.

–¡Tonterías, princesa! Desdeñad esas habladurías. Son sólo calumnias para oscurecer la gloria de vuestro padre. Nuestras lejanas provincias están tranquilas. Mis consejeros son claros. El mejor de ellos, Tetu, no tiene duda alguna sobre la fidelidad de nuestros vasallos. ¿Bastan para tranquilizaros esas informaciones confidenciales?

Akhesa se sentó frente al embajador, adoptando también la posición del escriba.

–No.

Hanis se sobresaltó. Estaba acostumbrado a las difíciles negociaciones, pero ésta era conducida de un modo desacostumbrado, con un aplomo que le desconcertaba.

–No os creo -afirmó Akhesa-. Forzosamente tiene que haber parte de verdad en las murmuraciones del pueblo. Mi madre citaba a menudo las cartas que enviaban los soberanos extranjeros, especialmente el rey de Hatti[5]. Comprendía el hitita. Vos me lo habéis dicho. Si nuestros vasallos tuvieran motivo para quejarse, ¿no comenzarían escribiendo?

–En efecto -admitió Hanis.

–¿Han llegado a vuestras manos cartas inquietantes?

–Hasta ahora no. Pero no soy el destinatario de los documentos principales. La mayoría de ellos se dirigen al faraón en persona.

–¿Dónde se guardan?

–En los despachos de los archivos, en el interior del ministerio de Países Extranjeros, donde se traducen al egipcio y se clasifican.

–¿Son inaccesibles?

–Me temo que sí. A no ser que…

Los ojos de Akhesa brillaron de excitación.

–¡Hablad, Hanis! ¡Quiero consultar esas cartas!

El embajador pensó largo rato. Se alisaba con el índice su fino bigote negro.

–El jefe de los vigilantes nocturnos, un tal Pached. Tal vez si le ofrecierais oro, aceptaría introduciros en los despachos.

–¿Dónde vive?

–En una casa para funcionarios, detrás del ministerio. Acude con frecuencia a la taberna del Ibis.

Akhesa sonrió triunfal.

–Hemos sellado el pacto, Hanis. Estamos en paz. Pero os necesito todavía.

El embajador dio vueltas al brazalete de plata que llevaba en la muñeca izquierda. Sus íntimos sabían que ese gesto revelaba una profunda exasperación.

–El silencio de mi madre me preocupa. Quiero volver a verla. Busco un medio de penetrar en sus dominios. Había pensado utilizar los servicios del escultor Maya, pero ya no tiene acceso al palacio de Nefertiti.

–¿Qué decís? – se extrañó Hanis-. Maya trabaja cada día en el busto de la reina. Sólo le recibe a él.

Akhesa contuvo una explosión de cólera.

–Pues me ha mentido.

–El tal Maya es un hombre curioso -añadió el embajador-. Se dice que estaría dispuesto a ponerse a la cabeza de una revuelta de obreros.

–¿A qué intereses sirve?

–A los de aquel a quien considera como el soberano legítimo

deseado por Tebas, a los de aquel a quien vuestra madre, Nefertiti, ha hecho venir a la ciudad del sol con la ayuda de la reina madre: el príncipe Tutankatón.

La revelación dejó pasmada a la princesa.

–¿Ese niño? Pero ¿cómo puede pretender…?

–El no pretende nada. Es sólo un juguete manipulado por la reina madre, Nefertiti y el partido tebano. Maya es su amigo más seguro e influyente.

–¡Que vuestro mensajero me acompañe enseguida a la otra orilla!

–Con su protección no corréis riesgo alguno. Luego, princesa, sed prudente.

Hanis permaneció hasta el atardecer en su villa del campo. Oyó, a lo lejos, los cantos de los campesinos que volvían a sus cuchitriles, conduciendo a los rebaños. Recitó algunos versos de los antiguos poetas, exaltando la sabiduría de los doctos y la inmortalidad de sus escritos. Contempló la noche que invadía la estancia donde meditaba, satisfecho de la astucia que, una vez más, había manejado con éxito.

La fogosa princesa Akhesa había creído dirigir un juego cuyas reglas, fijadas por el propio embajador, ignoraba. La escena organizada con la complicidad de la cantante había tenido éxito. La princesa había creído tener en su poder al embajador.

Hanis enviaba a Akhesa a la aventura. La hacía correr riesgos que él no podía aceptar. Era preciso que Akhesa descubriera la verdad con sus propios ojos. ¿Tendría la fuerza y la lucidez suficientes?

El embajador fue hasta el porche de la villa. Los últimos fulgores del sol poniente desaparecían tras la montaña de occidente. Los chirridos de los cigoñales se oían todavía en los huertos. El mundo parecía tranquilo.

¿No demostraba una inhumana crueldad utilizando así a una adolescente? No, era ella quien, con su ambición, había provocado esa estrategia. El embajador se había limitado a responder a sus más profundos deseos. La suerte de Akhesa estaba en manos de los dioses. Si era indigna del destino que esperaba, moriría.

10

La sirvienta de la princesa Akhesa estaba aterrorizada. No se

atrevía a pronunciar una sola palabra. La cólera de su señora había tomado temibles proporciones. Había roto ya varias cerámicas y no dejaba de acusar por su infortunio al universo entero. La nubia se había refugiado tras el gran cofre de madera de ébano donde se guardaban, cuidadosamente doblados, los vestidos de gala de la princesa. Ésta no dejaba de ir y venir por sus aposentos como una fiera enjaulada.

Todos sus intentos habían fracasado lamentablemente. En una nueva entrevista con el escultor Maya, le había calificado de mentiroso y amenazado con represalias si no la introducía en el palacio de su madre. Maya, en absoluto impresionado, había rechazado la petición. Si, efectivamente, estaba esculpiendo un busto de Nefertiti por orden de la gran esposa real, se trataba de un secreto de taller y nada más. Por lo que se refería a entrometerse y traicionar la confianza de la reina, que no quería recibir a su marido ni a sus hijas, sería una bajeza que no estaba dispuesto a cometer. Maya reconoció ser amigo del joven príncipe Tutankatón, pero se indignó cuando Akhesa le acusó de conspirar contra el faraón Akenatón. El rugoso artesano la había expulsado de su taller, olvidando las reglas del protocolo y desdeñando las eventuales consecuencias de su acto.

Al fracaso se añadía una decepción. La nubia había acudido dos veces a la taberna del Ibis para ponerse en contacto con Pached. Le habían respondido que el funcionario tenía mucho trabajo y que comía en su despacho. La inminente llegada del diplomático Tetu, que venía de Asia con importantes noticias, provocaba una intensa actividad en el ministerio de Países Extranjeros.

En la ciudad del sol, la atmósfera se hacía opresiva. El rey y la reina no se mostraban ante el pueblo. La policía seguía actuando contra las divinidades y destruyendo los oratorios familiares donde estaban representadas, causando profundas heridas en la sensibilidad de los más humildes. Los rumores de guerra seguían circulando por los barrios populares.

–Princesa… -arriesgó la nubia.

–Cállate. Tengo que pensar.

–Princesa -insistió la sirvienta-, el diplomático Tetu ha llegado a palacio con una escolta.

–¿Por qué no me lo has dicho antes? Voy enseguida.

–Princesa…

–¿Qué más quieres?

–Tendríais que vestiros un poco…

El diplomático Tetu y la delegación que dirigía fueron recibidos en la sala del trono por el faraón. El rey iba tocado con la corona azul y sostenía el cetro mágico en una mano, pero su rostro estaba mortalmente pálido. Mantuvo una hierática postura durante la audiencia que concedía al dignatario, y a la cual asistieron el general Horemheb, el «divino padre» Ay, el embajador Hanis y una cincuentena de grandes personajes de la corte, entre ellos Tutankatón. Akhesa había podido entrar sin problemas en la sala, gracias a una intervención del embajador. Se mantuvo algo retirada, al abrigo de una columna, escuchando con apasionado interés las frases del comisionado.

–Vuestra Majestad domina el universo entero -declaró Tetu, cuyo tono obsequioso disgustó a Akhesa-. Nuestros vasallos se encuentran bien, los soldados gozan de buena salud y sus carros están bien cuidados. La paz reina en todas partes. Traigo cartas dirigidas al faraón, mi señor, deseándole felicidad y larga vida. El gran rey del Hatti asegura a Egipto su indefectible amistad. Los príncipes de Palestina y el rey de Biblos también. El más débil súbdito de Vuestra Majestad, el rey Aziru de Siria, quiere inclinarse ante Vos para disculparse por las acusaciones de traición que se le han hecho.

El general Horemheb consultó al faraón con la mirada y recibió de su señor la autorización para expresarse.

–¿Estás tratándome de mentiroso, Tetu? – preguntó con voz colérica.

La prestancia y la autoridad de Horemheb le convertían en blanco de las miradas de la concurrencia. Tutankatón, a quien aburrían esos enfrentamientos políticos, sólo tenía ojos para la princesa.

–¡No tengo en absoluto esa intención! – protestó Tetu-. Probablemente fuisteis mal informado.

La pusilanimidad del diplomático, que impregnaba tanto sus actitudes como su modo de hablar, asqueaba a Akhesa. Tetu era un hombre de redondo vientre e hinchado rostro, afeado por un labio inferior muy grueso. Parpadeaba con frecuencia y no dejaba de frotarse las manos.

–¿No será vuestro amigo Asiru -prosiguió Horemheb-más aliado del Hatti que de Egipto? ¿No intenta, con el apoyo de los hititas, apoderarse del territorio de Biblos, cuyo rey, Ribaddi, es fiel al faraón desde hace tantos años? Hace ya dos meses que Ribaddi no escribe al rey. ¿Por qué ese mutismo?

–¿Se trata de hipótesis o de hechos concretos? – preguntó Akenatón a Horemheb.

–De hipótesis, Majestad -admitió el general-. Pero pienso ir en persona a verificarlas.

–Os quedaréis aquí -ordenó el faraón-. Vuestros ejércitos no deben abandonar la ciudad del sol.

Horemheb, ocultando su desaprobación, se inclinó.

–Yo, Majestad -dijo el diplomático Tetu-, tengo pruebas de la fidelidad del rey de Siria. ¿Le concedéis la gracia de contemplar al faraón?

–Que se le permita la entrada a esta sala.

Tras una señal del rey, las puertas se abrieron de par en par. Entró un cortejo de sirios llevando una esfinge de oro, carros desmontados, arcos, lanzas y escudos.

A Akhesa se le oprimió el corazón al recordar la gran recepción en la que todos los países extranjeros habían ofrecido sus tributos el año anterior. Nefertiti y Akenatón, uno junto a otro, se habían sentado en un trono doble. La reina abrazaba tiernamente al rey, pasando el brazo por su cintura, y apoyaba la cabeza en su hombro. Cretenses, libios, negros y sirios habían depositado a sus pies numerosos presentes, mientras un grupo de acróbatas, y de tocadores de castañuelas y de laúd ofrecía un desenfrenado espectáculo. Akhesa había apreciado la belleza de la pantera que los negros sujetaban con una correa, los huevos y las plumas de avestruz traídos por los libios, los jarros de piedra y metal de los cretenses, la gacela domesticada que se había paseado entre las filas amedrentadas de nobles damas.

Aziru, rey de Siria, rindió homenaje al faraón cuando la totalidad de aquellos magros regalos fue expuesta a las miradas de la corte. Se arrodilló ante el trono.

–Reciba Vuestra Majestad el testimonio de mi obediencia que quieren transmitiros estos modestos presentes.

Aziru, cuyo afilado mentón lucía una negra perilla y cuya amplia frente estaba cruzada por una cicatriz, llevaba una larga túnica multicolor. El general Horemheb lo contempló con irritación.

–Te acusan de ayudar a los hititas para apoderarse de territorios egipcios -dijo Akenatón.

–Es una malvada calumnia, Majestad -repuso Aziru con firmeza-. Por el contrario, defiendo encarnizadamente los intereses de Egipto en las fronteras de su imperio. Ninguno de vuestros vasallos es más leal que yo. No es ése el caso del rey de Biblos, Ribaddi, cuya hipocresía me indigna. A vos os toca juzgar, Majestad.

–¿Mi ejército tiene que estar dispuesto?

–No será necesario, Majestad, si me permitís actuar en vuestro nombre. Yo advertiré convenientemente a tan indigno servidor. Un severo aviso bastará para mostrar a su corazón el buen camino.

El general Horemheb intentó intervenir de nuevo, pero esta vez Akenatón no le dio la palabra.

–Esas lejanas querellas tienen poca importancia y deben terminar -declaró el faraón-. Que los hombres aprendan a vivir en paz bajo el sol de Atón.

El rey de Egipto se retiró, dejando a la corte desamparada. Horemheb, furioso, abandonó a la concurrencia sin saludar al diplomático ni a su protegido.

–Esta situación es grotesca -consideró una voz grave a espaldas de Akhesa y de Tutankatón-. Antaño, todos los pueblos presentaban sus tributos al faraón. Hoy sólo lo hacen esos sirios. ¡Y no quiero imaginar a quién se los habrán robado!

Akhesa se volvió, descubriendo al intendente Huy, provisto de un abanico de plumas de avestruz.

–Esos regalos son una miseria -prosiguió Huy-. Muy pronto, ni siquiera los sirios se tomarán el trabajo de traer el menor presente.

–¿Estáis insinuando que mi padre es un rey incapaz? – atacó Akhesa.

–Princesa -intervino Tutankatón-, no provoquéis un altercado. Huy es un amigo seguro, un perfecto servidor de la corona.

–Tal vez debierais elegir a vuestros amigos con más cuidado -dijo Akhesa, sarcástica.

Huy palideció.

–Venero a mi rey -afirmó conmovido-, pero no tengo derecho a cerrar los ojos.

–¿Dónde están los nubios? – advirtió Akhesa-. ¿Dónde están sus tributos? Y vos, que tan bien conocéis el sur, ¿por qué residís en palacio en vez de velar por la prosperidad de nuestras colonias negras?

–Porque obedezco las órdenes del rey, princesa. Horemheb es el jefe del ejército. Él es quien debe intervenir si el faraón lo desea. Yo sólo soy un hombre de paz y de administración. Mi señor me retiene en la corte. Me inclino ante su voluntad.

–Deberíais demostrar mejor vuestra competencia -recomendó la

muchacha, repentinamente dulcificada-. No olvidéis que Tebas no es ya la capital y que ya no adoramos a Amón. No os equivoquéis de época, Huy. El mundo se transforma bajo los rayos de Atón.

Tutankatón estaba casi asustado por el discurso de la princesa y por su determinación. La amaba más todavía por ello. Se juraba a sí mismo que sería suya. La pasión que sentía desgarraba en él los últimos jirones de la infancia. Las preocupaciones de Akhesa, el Estado, la política... Todo le parecía lejano, irreal. Pero existía su resplandeciente belleza de mujer flor, su insolente juventud, el fulgor de su mirada. La inteligencia de Akhesa era superior a la suya. Lo advertía segundo a segundo. Jamás podría rivalizar con ella. Pero él disponía de otra fuerza no menos poderosa: la intensidad de su amor. Gracias a ella la convencería, y no con palabras.

–Y vos, príncipe Tutankatón -prosiguió, incisiva-, ¿habéis reflexionado en las razones de vuestra presencia aquí? ¿Sabéis, al menos, de qué lucha sois envite?

–Me importa muy poco -respondió fogosamente-. Lo que deseo es permanecer a vuestro lado.

El rudo Huy se había apartado.

–No es éste tiempo para el amor -murmuró ella.

–El tiempo siempre es para el amor, princesa. Atón es amor. Es la vida. Él dará sentido a la nuestra.

La sirvienta terminó de arreglar a Akhesa. Maquillada, tocada con una espesa peluca, vestida con unos ropajes anticuados y con el cuello adornado por un pesado collar de cornalina, había envejecido diez años. Nadie podría reconocer en aquella austera mujer de aspecto afectado, a la hermosa y joven hija del faraón.

–No vayáis a la taberna del Ibis -suplicó por última vez la nubia-. Es un lugar de mala reputación. Una mujer como yo sólo corre el riesgo de que la manoseen un poco, pero vos... Hay soldados, borrachos, hombres que hablan a gritos... Podrían agrediros...

–No temas nada. No estaré sola.

–¿Quién os acompaña?

–Amigos fieles.

Unos alegres ladridos procedentes del vestíbulo probaron a Akhesa que el jefe de la policía había accedido a su petición. En cuanto la vieron, Carnero y Toro, los dos fuertes lebreles, se acercaron a ella, moviendo la cola.

La taberna del Ibis se hallaba en un islote de chozas, algunas de las

cuales servían de almacén. Para entrar en ella, era preciso descender un tramo de peldaños mal tallados. El local era un sótano provisto de gruesas esteras sobre las que se acuclillaban los clientes, que comían platos de habas y bebían cerveza fuerte. La luz de Atón sólo penetraba en aquel hediondo lugar por un estrecho ventanuco.

La aparición de una mujer de calidad, cuyas vestiduras probaban su riqueza, levantó una formidable expectación. Un tuerto se levantó de un salto.

–¿Qué buscáis, noble señora? ¿Cerveza o a un hombre?

Groseras risas puntuaron la pregunta.

–A un hombre. Y he aquí la recompensa para quien me diga dónde encontrarlo.

Akhesa abrió su mano derecha. En la palma brilló una tobillera de oro macizo. Por un momento, el ojo del tuerto pareció que iba a salirse de la órbita.

–Una pequeña fortuna -apreció-. ¿Cómo se llama el afortunado tipo al que buscáis?

–Pached -murmuró la muchacha-. Viene a menudo aquí.

–Es cierto, noble dama. A causa de una siria, a la que prefiere a su esposa. Yo soy… el padre de la moza. No todo es luz en esta ciudad, noble dama. No debéis despreciarme por ser pobre. He venido del Líbano. Abrí esta taberna para proporcionar a los desgraciados algún buen momento. ¡Que Atón me colme con sus rayos!

El único ojo estaba clavado en Akhesa con malsano deseo.

–¿Cuándo regresará Pached?

–Aunque lo supiera, no tendría importancia. Pached no merece una belleza como vos. Olvidadle. Vais a darme esa tobillera y a beber conmigo.

El tabernero se tornaba amenazador.

–Hablad -ordenó Akhesa-. De lo contrario…

–De lo contrario, ¿qué? – dijo desafiante el tuerto, al tiempo que soltaba una carcajada y tendía sus gruesas y sucias manos para asir a la muchacha.

–¡Carnero! ¡Toro! – ordenó ésta-. ¡Atacad!

Los dos lebreles irrumpieron en la taberna. Carnero saltó a la garganta del tuerto, lo derribó y le clavó los colmillos en el cuello. Brotó la sangre. Toro, gruñendo con las fauces abiertas, hizo frente a los clientes, que se retiraron, prefiriendo refugiarse en su embriaguez.

–¡Basta, Carnero! – exigió la princesa inclinándose hacia el tuerto, que no osaba ya moverse.

El lebrel soltó a su presa lo suficiente como para que el tabernero, agitándose, confiara una preciosa información al oído de la princesa.

La noche había caído desde hacía más de una hora cuando Pached salió de su despacho del ministerio para dirigirse, sin ser visto, a la taberna del Ibis. Cometía una grave falta y era consciente de ello. Su mujer, suspicaz, le retenía en casa durante todo el día y le impedía escapar. Por la noche estaba de servicio. Pero ¿cómo prescindir de las caricias de la siria que le había hechizado? El adulterio podía acarrearle la pérdida de sus bienes, pero no le importaba. Sentía una imperiosa necesidad de su amante. Pached, sobornando a uno de sus colaboradores para que impidiera el acceso a su despacho durante dos horas, obtendría la libertad necesaria para reunirse con la siria que el tuerto, como estaba convenido, le habría reservado. Excitado por la idea de gozar muy pronto de un cuerpo adorable, el funcionario apretó el paso.

Su sorpresa fue total cuando una masa chocó violentamente contra su espalda y le hizo caer al suelo. Por el gruñido reconoció a un perro e intentó en vano debatirse. El animal le había plantado los colmillos en la nuca y, sin clavarlos, mantenía inmóvil a su presa. Un segundo lebrel, amenazador, apareció ante él. Pached creyó llegada su última hora. Dirigió una corta plegaria a Osiris para que lo acogiera en su reino de eternidad.

Con el rostro en el polvo de la calleja, distinguió por el rabillo del ojo los pies desnudos de una mujer de extraordinaria finura. Por un instante, supuso que su esposa utilizaba para asesinarle dos perros de combate. Pero sus extremidades no tenían aquella belleza… La mujer pertenecía a la alta sociedad, tal vez incluso a la corte real. Jamás había visto nada tan hermoso como aquellos largos dedos de cuidadas uñas. Grabó la visión en su memoria. Tal vez le sirviera algún día, si sobrevivía a esa aventura.

–¿Quién…, quién sois? – interrogó suplicante.

–No hagáis pregunta alguna, Pached. Sois un marido infiel y un funcionario indigno de la confianza del faraón. Merecéis diez bastonazos. Pero guardaré silencio si seguís al pie de la letra mis instrucciones.

La voz era de una mujer muy joven, pero revelaba una gran firmeza. Pached consideró inútil intentar obtener su piedad.

–¿Qué debo hacer?

–Llevarme hasta el ministerio de Países Extranjeros e introducirme en la sala de los archivos. Quiero consultar la correspondencia diplomática de los dos últimos meses.

El funcionario de la seguridad se sobresaltó.

–Son secretos de Estado… Sólo el rey…

–Obedeceréis, u ordenaré a mis perros que os destrocen la nuca. Tengo mucha prisa, Pached.

–Pero ¿para qué?

–¿Qué decidís?

–Deberemos ser prudentes. Los guardas…

–Sois su jefe. Os las tendréis que arreglar para que no me molesten. Os dejaré bajo la vigilancia de los perros. Al menor indicio de peligro, os matarán.

Pached no lo dudaba. No tenía intención de arriesgar su vida por unos archivos. Sin duda se trataba de una conspiración fomentada por algunas damas del harén y algunos militares que deseaban poner fin al reinado de Akenatón. Lo mejor era satisfacer las exigencias de aquella mujer. Luego pensaría qué actitud adoptar.

–Los originales, será imposible. Pero la sala de copias tal vez sea accesible.

–En marcha, Pached.

La sede de los archivos estaba situada junto a los locales del ministerio, en un edificio distinto. La idea de avisar a los guardas tentó a Pached cuando entraban por la parte trasera del edificio. Pero los lebreles eran muy rápidos… Tras haber alejado al funcionario, con el pretexto de que estaba realizando una inspección por sorpresa de los múltiples despachos que contenían material de escritura, papiros y notas de servicio, el jefe de seguridad advirtió a la mujer de que el camino estaba libre. Silencioso como una fiera, Carnero se hallaba ya tras los talones del funcionario, mientras Toro protegía a su dueña. Pached se felicitó por su prudencia.

–Deprisa -recomendó.

–Permaneced ante esta puerta y no os mováis -ordenó Akhesa, cuyo rostro se ocultaba tras un velo blanco.

–Si llega alguien…

–Inventad algo.

Akhesa permaneció más de una hora en la sala donde se guardaban las copias, en tablillas de terracota, de la correspondencia diplomática

más reciente recibida de los soberanos extranjeros. Todas tenían una etiqueta con una fecha de recepción y un número de orden.

Lo que Akhesa descubrió podía transformar al espíritu más templado. El rey de Babilonia había mandado varias protestas, que habían permanecido sin respuesta, referentes a un incidente muy dramático. Sus mensajeros habían sido atacados y despojados de sus bienes en un territorio perteneciente al faraón, y éste no había iniciado acción alguna contra los desvalijadores. Varios príncipes que reinaban sobre pequeñas regiones se quejaban con amargura de no recibir noticia alguna de la corte de Egipto, cuando los emisarios hititas no cesaban de comprar conciencias y preparar una revuelta de envergadura contra el opresor egipcio. Más inquietantes todavía eran las cartas de Ribaddi, rey de Biblos, que lanzaba verdaderas llamadas de socorro. Afirmando su inalterable fidelidad, informaba a Akenatón de hechos de extremada gravedad. Varios puertos de la costa fenicia, controlados hasta entonces por la administración egipcia, habían caído en manos de los hititas. Numerosos territorios podían sufrir pronto la misma suerte. El agente secreto del rey del Hatti, que trabajaba sin descanso para arruinar el poderío egipcio, sólo podía ser el rey de Siria, Aziru. Si el faraón seguía sin actuar, la situación sería catastrófica. ¿No habría, en palacio, alguien que traicionaba, falsificaba las cartas o las destruía? Era ya la décima vez que Ribaddi escribía sin obtener respuesta.

Consternada, Akhesa tuvo una sensación de vértigo. La ciudad del sol vivía en una falsa seguridad. El poderoso reino de Egipto descansaba sobre frágiles cimientos. Estaban traicionando a Akenatón, su padre. Trabajaban en la sombra para destruir las Dos Tierras.

Akhesa estaba ahora en posesión de un secreto demasiado pesado para ella.

Cuando salió de la sala de los archivos, arrojó a los pies de Pached la tobillera de oro que el tuerto no había sabido merecer.

El funcionario esbozó un rictus de satisfacción. La mujer cometía un grave error. Sin duda, aquella joya permitiría identificarla.

11

Akhesa entró en el recinto de Atón, el jardín sagrado consagrado al dios. Allí, el faraón había creado un paraíso que reunía todas las bellezas de la naturaleza. En su interior, protegido por una muralla cubierta de plantas trepadoras, habían edificado una sala de columnas

junto a un lago artificial rodeado de árboles. Había sido preciso un considerable trabajo para vencer al desierto, irrigar y plantar. Decenas de jardineros cuidaban aquel milagro de verdor que celebraba la gloria de Atón. En la superficie del lago de recreo florecían lotos y nenúfares. En un segundo lago, más vasto y flanqueado por un muelle, se criaban peces exóticos. En todos los recodos de las sombreadas avenidas se levantaban glorietas, unas de piedra, otras de madera, bajo las que podían descansar los paseantes. Pequeños puentes permitían pasar de una a otra orilla del lago, por donde bogaban las barcas. En el centro había una isla con un pabellón de verano reservado al rey y a la reina.

El recinto de Atón albergaba también una explotación agrícola que comprendía varias granjas. Corrales y establos veían crecer los patos, las vacas y las ovejas cuya apacible existencia no era trastornada. En los sótanos se almacenaban jarras de vino que contenían los grandes caldos servidos en los banquetes que se organizaban en la corte.

Akhesa recorrió una columnata decorada con pinturas representando uvas, granadas y lotos azules. Al final se levantaba una pérgola de gran elegancia, donde sabía que a esa hora se hallaría el «divino padre» Ay, entregado a los placeres de la siesta.

Soñoliento, con las manos cruzadas sobre su desarrollado vientre y los blancos cabellos perfumados, Ay pensaba en el pasado. Su título de general de los carros era sólo un recuerdo honorífico. Hacía ya mucho tiempo que no se ocupaba de caballos. ¡Cuántas horas felices le habían proporcionado durante los largos paseos por el desierto! Ay, hombre de temperamento pacífico, inclinado a la negociación y a utilizar la palabra antes que las armas, no era amigo de los militares. Desconfiaba especialmente de Horemheb, escriba de notable inteligencia y excepcional envergadura que, con el transcurso de los años, había conseguido ganarse la confianza de los oficiales. Por ello, Ay había favorecido la carrera de su hijo Nakhtmin, para seguir contando con un oído fiel al Estado mayor.

El «divino padre», que algunos consideraban un anciano casi senil, apenas apto para atiborrarse de exquisitos manjares y degustar los placeres campestres, seguía actuando en la sombra. Fingir que era un cortesano sin ambición y porvenir había adormecido la confianza de sus adversarios. Nadie desconfiaba ya de él. Salvo Horemheb, claro.

Ay no pensaba demasiado en su propia reputación. Había conocido todos los honores y gozado de todos los privilegios. Era Egipto lo que le atormentaba. Egipto, encarnado y dirigido por un hombre, el faraón. Un faraón que se llamaba Akenatón y que no se parecía a ningún otro. Un ser a quien su ideal encerraba en una visión que, muy

pronto, sólo podría compartir con Dios. Akenatón había sido un buen soberano. Había tenido razón al yugular a los sacerdotes tebanos, muchos de los cuales habían confundido riquezas espirituales y bienes materiales. Construir una nueva capital había sido, ciertamente, una empresa audaz, pero otros monarcas lo habían intentado y conseguido antes que él. Dar la preeminencia a Atón no era una revolución capaz de provocar la tempestad. Cada dinastía exaltaba a una divinidad, intentando que sobresaliera.

Pero, desde hacía algún tiempo, la situación era ya muy distinta. Akenatón imponía una fe intolerante. Forzaba las conciencias, rompía la mágica unidad que vinculaba al pueblo con su soberano. Apagaba su propio fulgor al separarse de Nefertiti, la mujer que sostenía e inspiraba su acción desde que se habían casado. Estaba obligado a conceder a una alocada, su primogénita, la función de gran esposa real.

Extraños rumores concernientes a la tercera hija de la pareja real, Akhesa, habían llegado al «divino padre». La muchacha había salido bruscamente de la infancia, provocado cierto escándalo, y obtenido de su padre un paseo en carro y de la reina madre una entrevista; además, salía con gusto del palacio. El carácter de Akhesa siempre había sido muy firme. Se parecía al de su padre, salvaje, indomable. Su posición en la jerarquía la apartaba del poder, era cierto, pero podía convertirse en el alma de una conspiración. Ay vigilaba a todos los miembros influyentes de la corte real, no sabiendo ya si era preciso proteger a su rey o buscarle un sucesor. Pero carecía de información acerca de las intenciones de Akhesa.

Precisamente ahora, Akhesa se acercaba hacia él, que fingía dormitar en su pérgola preferida del recinto de Atón.

La muchacha se había quedado inmóvil tras una columna, observando al «divino padre». Había tomado la decisión de consultarle, debido a su reputación y su experiencia. Pero Ay parecía blando, indolente, sin duda no tenía ya el menor deseo de apartarse de su pasado y de su comodidad.

Iba a retroceder cuando el «divino padre» entreabrió los ojos. La había visto, no le cabía duda. No podía dar marcha atrás. Saliendo de la columnata, recorrió los pocos pasos que la separaban del anciano. Éste llevaba una amplia túnica sujeta con dos tirantes que pasaban por detrás del cuello. Se irguió.

–Princesa Akhesa… Vuestra visita me honra. ¿Deseáis beber algo?

–No, divino padre. Quisiera hablar con vos.

Ay se desperezó, se levantó y se dirigió con paso lento hacia un

sicómoro. Un odre lleno de agua fresca colgaba de sus ramas bajas. Ay bebió largo rato.

–Antaño -dijo-, este árbol estaba dedicado a la diosa Nut. Ella acogía el alma de los muertos y la refrescaba en los caminos del otro mundo.

–Ya no hay más Dios que Atón -indicó Akhesa, virulenta.

Ay tapó de nuevo el odre con cuidado. Aquel comentario le bastaba para juzgar a la muchacha, cuya belleza era deslumbrante: tan intransigente como su padre, con un temperamento fogoso, una voluntad inflexible y una inteligencia fuera de lo común. No debía dar el menor paso en falso. Pese a su juventud, manipularla eficazmente no iba a resultar fácil.

Durante su larga carrera, Ay había conocido a muchos ambiciosos y arribistas cuya vida pública había durado menos que una tormenta de verano. Muchas damas de la corte eran dignas de atención, en la medida en que sabían inspirar con arte consumado importantes decisiones al rey o a sus ministros. ¿Acaso la reina madre Teje, hasta que Akenatón tomó realmente el poder, no había sido la verdadera jefe de Estado? ¿No había determinado Nefertiti la creación de la ciudad del sol? Desde que se había retirado a su palacio, por una causa desconocida, la salud física y mental del faraón se degradaba. Los servidores de la gran esposa real le eran tan fieles que ni siquiera él, el «divino padre», había obtenido ninguna información seria que la concerniera. Sólo un hecho demostrado: de acuerdo con la reina madre Teje, había favorecido la instalación en la capital de los dos príncipes Tutankatón y Semenkh. El primero proclamaba a quien quisiera oírlo su amor por Akhesa, una pasión que transformaba al niño modoso en joven ardiente. Al descubrir la metamorfosis de Akhesa, Ay se preguntó si el principito llegado de Tebas sería capaz de satisfacer las exigencias de semejante mujer.

–Atón brilla en los corazones -declaró el «divino padre» con su voz suave y grave-. Vuestro padre está componiendo un admirable himno en su gloria. Tengo el honor de ser su confidente y copiar el texto que escribe. Vos misma, princesa, habéis asimilado ya los principales aspectos del arte del escriba, según me ha dicho vuestro profesor, el embajador Hanis.

–No tiene importancia. ¿Estáis dispuesto a escucharme?

–¿Cómo podría ser de otro modo?

Un jardinero, cargado con pesados recipientes llenos de agua, regaba los macizos de flores.

–Caminemos un poco -recomendó Ay-. Este recinto es un remanso de serenidad, pero supongo que nuestras palabras deben ser confidenciales.

–En efecto -reconoció Akhesa, que comenzaba a modificar su juicio sobre el alto dignatario.

Al convertirse en mujer, había sentido nacer en ella un formidable instinto comparable al de un cazador que advierte la presencia de una presa. Percibía el misterio de los seres mirándolos y escuchando sus voces. Veía más allá de su apariencia física y de las actitudes que adoptaban para ocultar su auténtica naturaleza.

Ay no era el viejo cortesano inofensivo que aparentaba ser. No tenía, ciertamente, la poderosa personalidad del general Horemheb, pero evocaba a una araña capaz de tejer la más complicada de las telas, en la que sus enemigos caerían para desaparecer devorados por una muerte lenta y segura.

–¿Qué sabéis de la situación de nuestros vasallos? – interrogó Akhesa.

–Muy pocas cosas, en verdad -respondió Ay-. La política extranjera corresponde sólo al faraón y a sus diplomáticos.

Cruzaron un puente de madera de finas arcadas, que atravesaba la parte del lago donde los jardineros cultivaban un parterre de nenúfares. Abubillas y avefrías revoloteaban en las altas ramas de las acacias.

–Lo que he descubierto es muy inquietante -confesó la princesa.

Ay calló. La joven estaba a punto de revelar su secreto. No debía, sobre todo, interrumpir su impulso.

–Nuestros territorios extranjeros se encuentran en grave peligro -reveló-. He tenido acceso a importantes e indudables documentos.

El «divino padre» contuvo un movimiento de sorpresa. Akhesa había sido mucho más rápida de lo que él hubiera imaginado. Si lo que decía era cierto, había tejido ya una red de complicidades.

–Los hititas están destruyendo, uno a uno, nuestros lejanos principados -prosiguió la princesa-. Nuestros aliados nos piden ayuda, pero sus mensajes quedan sin respuesta. ¿Por qué? Porque alguien, en la corte, los clasifica en los despachos de la administración sin que mi padre tenga conocimiento de ellos. ¿No era éste, acaso, el método que utilizaban los sacerdotes de Tebas para debilitar el poder del faraón?

Ay estaba estupefacto ante la perspicacia de la joven. Ciertamente, había recibido una buena educación gracias a su madre, Nefertiti, que

pretendía asociar a sus hijas al ejercicio del poder, hablándoles tanto de Egipto, de los países extranjeros y de los asuntos de Estado, como de juegos infantiles. En sus tiempos de esplendor, la familia real formaba un clan muy unido. Akhesa había escuchado y retenido. Tan privilegiada educación daba sus frutos, aunque la juventud hiciera todavía a la princesa demasiado apresurada y torpe. Ay estaba decidido a explotar aquellas debilidades, que el tiempo haría desaparecer.

–¿Dónde habéis consultado esos documentos? – preguntó.

–No importa. Tenemos que actuar, advertir al rey. Si vos intervenís, os escuchará.

–Siento decepcionaros, princesa. No he aguardado a vuestro descubrimiento para poner a Su Majestad al corriente de los inquietantes rumores que circulan sobre nuestros protectorados. El faraón convocó al diplomático Tetu y al principal sospechoso, el rey de Siria, Aziru. Sus declaraciones le tranquilizaron por completo.

Algunos patos y una familia de ánades paseaban por el lago.

–¿Y si Aziru traiciona? ¿Y si miente?

–No habría tenido la audacia de comportarse así ante el faraón. Cierto es que el reino del Hatti debe ser permanentemente vigilado, pero ya lo hacemos. Es inquietante que nos hayan llegado ciertos gritos de alarma, pero tales incidentes pertenecen al pasado. La diplomacia es un arte difícil. No hay que conmoverse ante la primera tempestad de arena. A todos nuestros aliados les gustaría convertirse en un interlocutor privilegiado del faraón y beneficiarse más de su apoyo. Ésa es la razón por la que ciertos reyezuelos dramatizan su situación. Al rey y a sus consejeros les corresponde apreciar la realidad.

El recinto de Atón ofrecía a los paseantes un permanente hechizo. La luz jugaba con los macizos de verdor y el follaje de los árboles, danzaba en las columnas, desaparecía a la sombra de una glorieta y resucitaba en un pórtico envuelto en hiedra. La presencia de los estanques de agua fresca contribuía a crear una atmósfera apacible que invadía cuerpo y alma.

Akhesa estaba confusa. La demostración del «divino padre», que había participado en la firma de tantos tratados con soberanos extranjeros, la convencía. ¿No habría extraído conclusiones demasiado precipitadas de los documentos consultados?

–Tenéis razón, divino padre. Perdonad mi error de juicio.

–Vuestra imaginación os ha llevado por un mal camino, princesa,

eso es todo. Me siento feliz si mis consejos os han sido útiles.

–Gracias os sean dadas por vuestra sabiduría.

Akhesa saludó a Ay con respeto, levantando las manos unidas a la altura de su rostro. El viejo dignatario inclinó ligeramente la cabeza. Cuando regresó al confortable refugio donde pretendía proseguir su meditación, su esposa, la nodriza Ti, le aguardaba con las copas de plata llenas de cerveza fresca.

–¿No te acompañaba una muchacha muy hermosa? – preguntó con falsa gravedad.

–La princesa Akhesa. La mujer más bella de la corte, en efecto.

–Mi belleza se ajó hace ya tiempo, querido esposo. ¿Debo temer la aparición de una rival?

Ambos sonrieron, divertidos.

–Eres injusta contigo misma -dijo el «divino padre», mirando a su mujer con ternura.

Ti, que conservaba el título honorífico de «nodriza», ocultaba sus blancos cabellos bajo una ligera peluca de rizadas trenzas. Su cuerpo, que la edad hacía algo pesado, conservaba la elegancia de una noble dama acostumbrada a los fastos y las exigencias de la corte real. Llevaba un vestido blanco muy sencillo y un amplio collar de lapislázuli.

–Tú, que has tenido la suerte de educar a los hijos reales y velar por su primera infancia, ¿qué piensas de Akhesa?

Ti estimó que el asunto debía de ser serio. Su esposo sólo le pedía consejo cuando vacilaba en la formación de un juicio.

–Jamás tuve la menor influencia sobre ella -confesó la nodriza-. Akhesa es la de mayor personalidad de entre todas las hijas de la pareja real. Y ahora, su belleza… La belleza de su madre, la de una reina. Dama Ti advirtió que su marido estaba preocupado.

–¿Por qué te preocupa tanto Akhesa?

–Porque quiere cambiar el mundo -respondió-. Y porque si los dioses le prestan su ayuda, tiene fuerza para conseguirlo.

En aquella primera jornada cálida de primavera, Akhesa estaba preocupada. Las apaciguadoras palabras del «divino padre» Ay no habían disipado por completo sus inquietudes. Una oscura duda, rebelde al razonamiento, subsistía en lo más profundo de su ser. A mediodía, cuando Atón brillaba en la cima del cielo, abandonó sus

aposentos y bajó a su jardín privado, donde examinó el joven sicómoro que había plantado con sus propias manos, diez años antes, ayudada por su madre. El murmullo de las hojas evocaba el aroma de la miel. Las finas ramas estaban cargadas de frutos rojos. Por lo común, le gustaba dialogar con el árbol, contarle recuerdos de infancia, escuchar su voz cuando el suave viento del anochecer hacía que, bajo su sombra, se extinguieran los rumores de la lejanía.

Hoy se sentía inútil, indigna de dirigirse a aquel ser noble cuya serenidad no tenía derecho a turbar. Akhesa se había creído adulta demasiado pronto. Se había mezclado, con ligereza, en asuntos de Estado que la superaban. Se había puesto en ridículo ante los ojos del «divino padre». Ya sólo le quedaba vivir enclaustrada en el palacio, aguardando sus bodas con un alto dignatario.

Acarició el tronco de un granado plantado junto a un estanque, en cuya orilla su sirvienta había depositado una copa de jugo de algarrobas. Nerviosa, la princesa la volcó y la hizo caer al agua. Al saltar sobre el parapeto calcáreo para recoger la copa del fondo del estanque, se mojó el vestido de lino, que se adhirió a su piel, revelando la forma de sus pechos, de sus finas caderas, de su vientre plano. Más desnuda que si no llevara vestido alguno, Akhesa se tendió en el enlosado, ofreciéndose al sol y al viento.

Fascinado por aquel espectáculo, el joven príncipe Tutankatón, oculto desde hacía unos minutos en un bosque de tamarindos, no quiso desempeñar por más tiempo un papel indigno de él.

–Perdonad mi audacia, princesa -dijo avanzando hacia ella.

Akhesa se incorporó rápidamente sobre un costado.

–¿Qué hacéis aquí? ¿Quién os ha permitido entrar?

–Vuestra sirvienta. ¡Pero no la castiguéis! Yo soy el único culpable, la he amenazado. No tenía elección. ¡Hace tantos interminables días que me impedís veros de nuevo! Os amo, Akhesa, os amo más que a cualquier cosa en el mundo.

Tutankatón se arrodilló con el rostro enfebrecido. Con conmovedora torpeza, ofreció a la princesa un ramillete de flores de loto, ya ajado a fuerza de mantenerlo apretado contra su pecho.

–¡Que Atón os dé vida y felicidad! – exclamó con la gravedad de un enamorado abrasado por el fuego más ardiente-. Sois la brillante estrella del año nuevo. Vuestra piel reluce como el oro y vuestros dedos son cálices de flores. Vuestra voz me da la vida. Cada una de vuestras miradas vale más que la comida y la bebida. Ninguna mujer se os parece. Permitidme que permanezca a vuestro lado. De lo

contrario, moriré.

Akhesa estaba más conmovida de lo que aparentaba.

–Vertedme agua en las manos -pidió.

Tutankatón saltó de gozo, se precipitó al estanque, tomó la copa y la llenó de líquido. La muchacha tendió sus palmas abiertas, aguardando la purificación. Terminado el rito, el príncipe se convertiría en huésped de honor y confidente. Akhesa le concedía así un maravilloso privilegio.

Con infinita lentitud, Tutankatón derramó el contenido de la copa en las manos de Akhesa, depositando su pasión en cada una de las gotas de agua que resbalaban por la piel de su bienamada. Los rayos del sol nimbaban con indiscreta luz el cuerpo adorable de la princesa, que permaneció durante largo rato en la misma postura, con la mirada perdida.

–Sois la divina vida en esta tierra -se inflamó el muchacho, desesperado al ver vacía su copa, que la costumbre le impedía llenar por segunda vez-. Sin voz, mi existencia sería sólo tinieblas.

Tutankatón la ayudó a levantarse. Ella no se opuso, pero permaneció distante.

–Puesto que me he convertido en vuestro confidente-dijo Tutankatón-, quisiera demostraros que no soy un niño frívolo, inconsciente de las realidades de la corte. Tengo una noticia que daros.

Akhesa volvió hacia el adolescente su rostro admirable de dorada tez. Él se estremeció. La innata gracia de aquella a quien amaba le sumía en el éxtasis. Cuanto más enamorado estaba, más le gustaba demostrar sus cualidades. El brillo de curiosidad que había despertado en los ojos verdes de Akhesa era una primera victoria.

–El faraón ha recibido a mi hermano Semenkh. Le ha anunciado su boda con Meritatón, su primogénita. Se convertirá en el futuro dueño de las Dos Tierras, y su mujer en la gran esposa real, función que ya desempeña simbólicamente junto a su padre.

Akhesa sintió que la sangre se le helaba en las venas. Sus peores temores se confirmaban. Su hermana sería reina. Semenkh, asociado al trono, recibiría directamente del rey las enseñanzas necesarias para ejercer a su vez el poder cuando su predecesor hubiera muerto.

Así pues, Akenatón había elegido a su sucesor.

–Vuestro hermano debe de estar loco de alegría -dijo la princesa con el rostro velado por la tristeza, pensando que aquel hombre venía

de Tebas.

¿Significaba aquello que su padre abdicaba y renunciaba a Atón?

–En absoluto -respondió Tutankatón-. Está casi desesperado. Semenkh es un místico. Venera a Atón. Sólo piensa en el culto, en las preces, en el ritual. No podía concebir misión más insoportable. No le interesa reinar en Egipto. ¡Akhesa! ¿Adónde vais? ¡Akhesa! La muchacha se marchó corriendo.

Akhesa no lograba conciliar el sueño. Su padre le había negado la entrevista que solicitaba con insistencia. El mayordomo le había precisado que el rey se encerraba durante todo el día en su gabinete de trabajo para redactar el gran himno a Atón, y que el servicio del dios le impedía cualquier otra ocupación.

Al alba, la princesa salió del palacio por las terrazas y se dirigió al cuartel, situado tras el ministerio de Países Extranjeros. En la esquina de un edificio abandonado por el hundimiento de un muro de ladrillos, vio que se le acercaba un hombre joven de aspecto marcial que llevaba un puñal a la cintura.

–¿Contraseña?

–Atón es la luz de Dios.

–Sois la princesa Akhesa.

–Y vos el comandante Nakhtmin.

–Seguidme, princesa. Apresurémonos.

Tutankatón había organizado el encuentro. El comandante Nakhtmin, hijo del «divino padre» Ay, había sido instructor del pequeño príncipe en Tebas, y le había enseñado a tirar con el arco, a manejar la honda y a conducir un carro. Tutankatón no había sido un alumno excelente. Aunque ponía todo su empeño, estaba mejor dotado para los estudios de escriba y la aplicación del protocolo que para las actividades físicas. El comandante Nakhtmin, sin embargo, seguía sintiendo por él un gran afecto. El niño era respetuoso con los valores morales que él mismo veneraba. Pese a su diferencia de edad, se habían hecho amigos.

Cuando Tutankatón, inspirado por Akhesa, había solicitado al comandante que le indicara cualquier acontecimiento anormal en la situación del ejército, éste había aceptado. No era una traición, muy al contrario. El príncipe pertenecía al linaje tebano que debía ascender al trono y al que consideraba legítimo. Cuando ello sucediera, Nakhtmin debería proteger a su padre Ay, que sería acusado de haber servido con demasiada fidelidad a Akenatón.

Nakhtmin no había tenido que aguardar mucho tiempo para cumplir su promesa. Hacía tres días que estaba efectuándose una gran reunión de carros y caballos en el patio del cuartel. La víspera, por la noche, habían sido inspeccionadas dos unidades de elite. Se habían limpiado y verificado las armas ofensivas y defensivas, arcos, flechas, puñales, escudos, picas, jabalinas, espadas cortas y bastones arrojadizos.

El comandante Nakhtmin condujo a Akhesa hacia un establo vacío.

–Ocultaos en la paja. Yo me colocaré tras el batiente de la puerta. Desde aquí lo veremos todo.

–¿Qué ocurre?

–Diríase que se preparan para una campaña… Y no son unos soldados cualesquiera, sino los mejores. Es una especie de operación de choque con hombres de elite. No me han avisado, y eso no es normal. Quien organiza esta expedición no quiere dejar rastros administrativos.

Los palafreneros sacaron los caballos, equipados para un largo viaje. Los animales eran musculosos, nerviosos. Su bien provista cola se movía en todas direcciones. Los especialistas de los carros dieron una postrera ojeada a las ruedas de seis radios y a los ejes de madera de acacia. Los oficiales procedieron a la entrega de cascos de hierro o bronce, y de cotas de cuero recubiertas de laminillas de bronce. Los soldados subieron a las plataformas de sus carros; cada equipo constaba de dos hombres. Ante la estupefacción del comandante Nakhtmin, todas esas actividades se efectuaban en un silencio tan perfecto como poco habitual. Por lo común, los preparativos para una campaña eran ocasión para una auténtica fiesta puntuada por cantos guerreros, danzas y exclamaciones de alegría. El secreto a preservar debía de ser muy importante.

Por fin, el jefe de aquel cuerpo de ejército avanzó.

Era el general Horemheb.

Subió al carro de cabeza y dio la señal de partida.

El comandante Nakhtmin había decidido acompañar a la princesa Akhesa hasta los aledaños de palacio. Luego correría a casa del «divino padre» para informarle. Los primeros rayos del sol iluminaban el gran templo, donde el faraón comenzaba a celebrar el culto, cuando una veintena de hombres armados rodearon al comandante Nakhtmin y a la princesa Akhesa. Ambos comprendieron que sería vano resistirse.

–Soy el comandante Nakhtmin. ¿Qué queréis?

–Seguidnos -ordenó el jefe del destacamento de soldados, un hombre fornido de frente estrecha.

–Me acompaña la princesa Akhesa, hija del faraón. Dejadnos pasar.

–Debo respetar las órdenes. Seguidme pues.

Akhesa se colocó ante Nakhtmin.

–Soportaréis las consecuencias de la cólera de mi padre.

El oficial se inclinó.

–Órdenes son órdenes, Majestad.

¿Quién se atrevía a desafiar al faraón? ¿Quién se creía lo bastante poderoso para despreciar a su hija y tratarla como a una malhechora? La curiosidad de Akhesa despertó.

–Aceptemos -aconsejó a Nakhtmin.

Desconcertado, el comandante obedeció.

Tras recorrer en silencio y con presteza las dormidas calles, llegaron al barrio residencial. Akhesa no se sorprendió. Aquel a quien servían tales hombres forzosamente debía de pertenecer a la casta más alta. Llegaron ante una puerta de cedro, único acceso a un vergel rodeado por un muro. Dos soldados armados la custodiaban. El jefe de escuadra pronunció la contraseña. La puerta se abrió. En el interior, más de una veintena de arqueros velaban por la seguridad del dueño del lugar. ¿Estaba preparando éste una acción armada contra el faraón?

Akhesa y Nakhtmin, siempre fuertemente custodiados, avanzaron entre palmeras, sicómoros e higueras. Luego, una avenida de fina arena les condujo hasta una villa de una treintena de estancias con amplias ventanas. Fueron introducidos en un vestíbulo donde había sillas de respaldo bajo con lo pies esculpidos en forma de patas de toro. Eran unos preciosos muebles antiguos que nadie utilizaba ya. En la ciudad del sol se preferían las sillas y taburetes de patas unidas entre sí por barras horizontales. Bajo una de ellas se acurrucaba un pequeño mono, aterrorizado por la llegada de aquellos inesperados visitantes. Akhesa se arrodilló y le acarició la barbilla. El animal intentó huir; luego, más tranquilo, aceptó aquel gesto de benevolencia, y al final acabó refugiándose en los brazos de la princesa.

–Me complace que Dulzura Matinal, mi mona preferida, sienta afecto por vos -dijo la grave voz del anciano que acababa de entrar en el vestíbulo.

–¡Vos! – exclamó la joven, reconociendo al «divino padre» Ay.

–Padre mío… ¿Por qué habéis hecho que nos traigan hasta aquí? – preguntó el comandante Nakhtmin-. ¿A quién pertenece esta mansión?

–Al ministro de Finanzas -respondió Ay, dando unas palmadas-. Un excelente amigo.

Casi enseguida aparecieron varios servidores portando unas mesillas, en las que dispusieron panes calientes de forma alargada y copas llenas de leche fresca.

–Debéis de tener hambre -estimó el «divino padre»-. ¡Que Atón os nutra con sus beneficios!

Un recipiente lleno de agua fue ofrecido a Nakhtmin y a la princesa para que se lavaran las manos. Un servidor les entregó lienzos perfumados con los que secarse.

–Extraña situación -explicó el «divino padre» respondiendo a las intrigadas miradas de sus huéspedes-. Hacía que vigilaran los aledaños del cuartel para descubrir a algún espía… ¡Y mis arqueros me traen a una hija del rey y a mi propio hijo! ¿Cómo explicarlo?

Nakhtmin quiso tomar la palabra, pero Akhesa fue más rápida.

–Soy la única responsable. El comandante Nakhtmin ha actuado para complacerme. Quería saber lo que ocurría en aquel cuartel.

El «divino padre» saboreó un pan bañado en miel. El panadero del ministro de Finanzas era un verdadero artista.

–¿Y qué habéis descubierto? – preguntó en tono severo, que contrastaba con su aparente bonhomía.

Akhesa no había bebido ni comido. Nakhtmin sentía como se acrecentaba la enemistad entre su padre y la princesa. Lamentó la aventura a la que le había arrastrado su amistad por Tutankatón. Estaba decidido a hablar, cuando Akhesa, sintiendo que iba a traicionarle, prefirió adelantarse.

–El general Horemheb ha reunido a soldados de elite, con gran secreto, y ha organizado una expedición.

–Para realizar una inspección en Siria, Fenicia y Biblos -añadió el «divino padre»-. Ése es el auténtico secreto del que sois depositarios. Era una campaña necesaria y urgente. El general Horemheb lo ha admitido.

Akhesa contuvo el aliento. ¡De modo que el «divino padre» lo había organizado todo! Aquel anciano de aspecto pacífico actuaba en la sombra como uno de aquellos temibles demonios portadores de cuchillos que vigilaban las puertas del otro mundo. La muchacha se juró no volver a ser ingenua. En pocos instantes había comprendido el poder de la astucia. Se derrumbaba otro lienzo de la pared de su infancia.

–¿Mi padre lo sabe? – interrogó ansiosa.

Ay la miró con enigmática sonrisa.

–Cuando se tiene el sentido del Estado y se ama a Egipto, hay preguntas que no se hacen.

Tomó afectuosamente a Nakhtmin por el brazo.

–Has servido fielmente al faraón, hijo mío. Vete a descansar. Hoy te esperan duros ejercicios. Una o dos horas de sueño son indispensables.

El comandante Nakhtmin se retiró tras haber saludado a la princesa, que se quedó sola en compañía del «divino padre». Akhesa no pudo resistir por más tiempo la tentación de un pan caliente y una copa de untuosa leche. Sus labios, azulados por el frío del alba, se volvieron de nuevo de un rojo claro y sedoso.

Ay la miró mientras comía.

Era la vida misma. De la traviesa niña de ayer, no quedaba ya nada. La metamorfosis se aceleraba minuto a minuto. Empujada por un destino que ella misma amplificaba, Akhesa quemaba las etapas.

Era preciso rendirse a la evidencia. La gran esposa real, Nefertiti, se reencarnaba en ella. La hija añadía al carácter de la madre mayor fogosidad, insolencia e imprudencia, vicios o virtudes según el uso que ella les diera.

–Supongo -arriesgó la muchacha-, que ni el diplomático Tetu ni el embajador Hanis conocen la partida de esta expedición.

El «divino padre» tomó un taburete y se sentó con lentitud.

–Quisiera confiaros una misión, princesa: que aprendáis vuestro oficio, que lo aprendáis todo acerca de la corte real, sus costumbres y sus exigencias.

A medida que el viejo cortesano le describía su futura tarea, Akhesa sintió que un profundo gozo le llenaba el corazón.

Cuando salió de la mansión del ministro de Finanzas, Akhesa sabía que el «divino padre» la utilizaba para conseguir sus fines. Tener

conciencia de ello le procuraba un sentimiento de superioridad y la posibilidad de invertir la situación en su provecho.

Cuando regresó a palacio por las floridas terrazas, no vio oculto tras el tronco de una acacia al funcionario Pached. La tobillera pertenecía, efectivamente, según los primeros resultados de su investigación, a una alta personalidad de la corte. Tenía otros dos indicios para identificarla: los dos lebreles y la incomparable finura de sus pies. No podía equivocarse. Obstinado y paciente, Pached avanzaba hacia la verdad.

En el vivac establecido a dos jornadas de carro de Biblos, la ciudad del leal Ribaddi, el general Horemheb y sus tropas se concedieron por fin un prolongado descanso. Horemheb había exigido mucho de sus hombres y sus caballos. Tras haber llegado a Menfis, habían tomado la ruta del nordeste y seguido por la costa en dirección a los puertos fenicios. El general se había rodeado de soldados de elite, acostumbrados a las marchas forzadas y a la dureza de la vida militar, que él mismo no apreciaba demasiado. Esta vez se veía obligado a acudir en persona.

Horemheb inspeccionó el improvisado campamento. Comprobó que los grandes escudos de mimbre hubieran sido clavados en la tierra para servir de muralla y que las carretas de alimentos hubieran sido cubiertas de gruesa tela y fueran objeto de especial vigilancia. Alrededor de una cocina al aire libre, unos soldados bebían vino y limpiaban espadas y puñales. El general, tranquilizado, regresó a su tienda, precedida de un oratorio de madera en el que figuraba una estela donde se representaba el disco solar, del que brotaban unos rayos. Aquel maldito Atón… Aquel dios intolerante que intentaba destruir el pasado religioso de Egipto, turbaba las creencias del pueblo y sembraba la incertidumbre en las almas. ¿Cómo un faraón había podido ser lo bastante loco para imponer una revolución religiosa que iba a terminar en la ruina y la desolación? Pero era el faraón… Y el jefe de su ejército, aunque estuviera profundamente en desacuerdo con él, debía obedecerle.

Horemheb intercambió unas palabras con el centinela más avanzado, un veterano que había recorrido todas las provincias de Asia, sudado en caminos áridos y rocosos, temblado de frío en desfiladeros de montaña y pasado más tiempo en el extranjero que en su pequeña casa de Tebas.

–Estamos perdiendo el tiempo, general. Aquí todo está tranquilo. No percibo el olor de la guerra. Nunca me he equivocado.

–Debes de tener razón una vez más.

–Regresemos a casa. Nuestro peor enemigo, en esta campaña, es el aburrimiento. Hace ya años que Biblos está en paz. Un ejército egipcio no tiene nada que hacer aquí, salvo un desfile.

Horemheb asintió. Se reprochaba haber dudado de la palabra del diplomático Tetu y lamentaba esas agotadoras jornadas desprovistas de interés. Mientras contemplaba la danza de las llamas que ascendían de un brasero, el rostro de la princesa Akhesa acudió a su memoria. Era tan hermosa… El menor de sus gestos le obsesionaba. Recordaba sus ojos verdes, donde brillaba una vida intensa. El general expulsó aquella visión. Estaba casado y debía fidelidad a su esposa. Sin duda, a veces se mostraba insoportable, pero cumplía a la perfección sus deberes de ama de casa. Traicionarla sería innoble.

El rostro de Akhesa volvía a danzar en el centro del fuego.

Sintiéndose prisionero de un fantasma, furioso por verse esclavizado poco a poco, Horemheb se apartó del veterano.

Un grito ahogado le hizo volverse.

El infante, con una flecha clavada en el pecho, cayó lentamente de espaldas.

–¡A las armas! ¡Apagad las hogueras! – ordenó el general.

Sólo unos bandidos, beduinos probablemente, podían ser tan cobardes para atacar de aquel modo.

Los soldados del cuerpo expedicionario reaccionaron como profesionales bien entrenados. En pocos segundos, sin sufrir más pérdidas, pasaron a la respuesta. Protegiéndose tras altos escudos, detuvieron un desordenado asalto, y, dividiéndose en pequeños grupos de intervención rápida, cercaron a sus adversarios. El combate fue rápido y violento. Los egipcios, furiosos por haber perdido a uno de los suyos, no dieron cuartel. De acuerdo con la costumbre, cortaron las manos izquierdas para contabilizar los muertos.

Examinando los cadáveres, Horemheb tuvo la más desagradable de las sorpresas. Uno de sus asaltantes no era beduino, sino hitita. Por sus armas y sus vestiduras, un oficial. Su presencia significaba que estaba al mando de una banda que llevaba a cabo sus fechorías muy cerca de Biblos. Demasiado cerca…

–En marcha -ordenó Horemheb.

El enviado de Ribaddi, rey de Biblos y aliado privilegiado del faraón, se presentó al alba en el principal puesto fronterizo de la ciudad del sol. Estaba agotado por un peligroso viaje durante el que había debido evitar a los beduinos, los desvalijadores, los bandoleros, los espías hititas y los asesinos de Aziru, el traidor sirio. La misión

confiada por Ribaddi era clara: hablar con el faraón Akenatón en persona, revelarle de viva voz lo que ocurría alrededor de Biblos y en las regiones vecinas. Aunque viejo y enfermo, Ribaddi era el más devoto de los vasallos del faraón. Le había escrito numerosas cartas poniéndole en guardia, suplicándole que le enviara ayuda, pero ninguna de ellas había recibido respuesta. La situación se hacía crítica. Aziru, el felón, pretendía salvaguardar los intereses egipcios en Siria, cuando había firmado una oculta alianza con los hititas y se disponía a sitiar el puerto fenicio de Tounip. Pronto le llegaría el turno a Biblos. Ribaddi, dispuesto a luchar hasta sus últimas fuerzas, no podría resistir mucho tiempo. La simple presencia de tropas egipcias bastaría, sin embargo, para restablecer el orden. Esta vez, Ribaddi había confiado su carta a un hombre en el que tenía total confianza. El rey de Biblos estaba convencido de que algunos dignatarios egipcios aconsejaban mal al faraón o hacían desaparecer los mensajes. Se hacía indispensable un contacto seguro.

El enviado del rey de Biblos se sentía feliz. Había llegado a la ciudad del sol. Ya sólo le quedaba pedir audiencia al faraón. El responsable del puesto fronterizo, intrigado por el hecho de que el diplomático viajara solo y sin escolta, quiso advertir al jefe de la policía, pero éste estaba realizando una inspección al otro lado de la ciudad. Al no poder hacer esperar al enviado de Biblos, el funcionario hizo que le acompañaran hasta el despacho del ministerio de Países Extranjeros. El escriba de servicio no podía tomar decisión alguna a hora tan temprana. Envió a buscar a su superior jerárquico, Tetu, tal como se le había ordenado.

En cuanto llegó, Tetu hizo entrar al mensajero en una sala con dos columnas. Sed bienvenido a la ciudad del sol -dijo Tetu, afable.

–Todos saben que en ella reinan la paz y la luz.

–¿Cuál es vuestra misión?

–En nombre de mi señor, Ribaddi, rey de Biblos, deseo entrevistarme con Su Majestad Akenatón.

Tetu manifestó el mayor asombro.

–¡Sorprendente petición, en verdad! ¿Qué acontecimiento la justifica?

–Mis labios deben permanecer cerrados.

Tetu inclinó la cabeza.

–Puedo aseguraros mi entera discreción. El faraón me dicta las cartas que manda a sus vasallos extranjeros.

–¿Habéis escrito a mi señor? – preguntó el enviado-. ¿Le habéis

comunicado alguna directriz de parte del faraón?

Tetu frunció las cejas.

–No desde hace varios meses… Todo parece muy tranquilo en Biblos. Si se hubiera producido algún incidente, lo sabríamos.

–¡Eso es precisamente lo que vengo a revelar al faraón! ¿Un incidente? ¡Es mucho más grave! ¡Biblos está amenazada por los sirios, aliados de los hititas! La ciudad no podrá resistir mucho tiempo.

–Es espantoso -reconoció aterrado el diplomático-. ¿Por qué no nos ha avisado Ribaddi?

–¡Pero si lo ha hecho varias veces! ¡Sus cartas eran muy claras!

–Inquietante. ¿Y qué explicación encuentra a nuestro mutismo?

–Que el faraón no las ha leído.

Tetu se acercó al enviado del rey de Biblos.

–¿Sospecha Ribaddi que algún personaje de la corte real ha interceptado las cartas?

–El embajador Hanis. Él desempeñó un dudoso papel en ciertas negociaciones con los sirios. Dicen que es venal.

Tetu se colocó de lado y algo apartado de su interlocutor. Preocupado, se mesó el mentón.

–Hanis… Eso es extremadamente grave. ¿Actúa solo?

–Creemos que ha obtenido el apoyo del sirio Aziru, un mentiroso y un traidor.

–Juiciosa deducción, lamentablemente…

–¿Lamentablemente?

–Lamentablemente para vos, se trata de un secreto que no debe ser revelado.

Tetu sacó rápidamente un puñal, rodeó el cuello del enviado con su brazo izquierdo y lo degolló. Aterrorizado, el infeliz se llevó ambas manos a la herida, de la que manaba la sangre a borbotones. Sólo pudo emitir algunos sonidos incoherentes antes de derrumbarse.

Tetu se cortó el brazo izquierdo y desgarró su túnica. Luego pidió ayuda. Tendría que explicar que un espía sirio había intentado asesinarle y que él se había defendido.

Un sol de un dorado pálido bañaba el Nilo con su luz tierna. El calor no había invadido todavía ambas orillas. El primer trasbordador de la jornada cruzaba a hombres y bestias. Una pesada barcaza, llena

de piedras, atracaba en el muelle de mercancías. En medio del río, unos pescadores habían inmovilizado sus barcas provistas de resplandeciente blancura. Desnudos, de pie en la proa del esquife, instalaban sus nasas con la esperanza de atrapar siluros y peces gato. Cantaban una melopea dedicada a los espíritus del Nilo para que les fueran favorables. Una chalana de velas multicolores llegaba del norte. Pertenecía a un mercader micénico que transportaba alfarería decorada, preciosa carga destinada a ser vendida en el mercado de la ciudad del sol. En las riberas del Nilo se distinguían todavía las trazas del limo rojo que los campesinos utilizaban para fertilizar los campos. La última crecida había sido abundante, propiciando que se desvaneciera el temor a uno de esos «años de hienas», durante los cuales los hombres sufren hambre.

Un barco de esbelta silueta, con un ojo mágico en la proa y en la popa, bogaba a lo largo de la orilla oriental, apartándose todo lo posible de las demás embarcaciones. Un marino de impresionante musculatura manejaba el timón. Dos hombres armados con espadas estaban sentados ante una cabina de madera de cedro. La luz penetraba en ella por dos ventanas enrejadas. A guisa de techo, se extendía un toldo de color rojo, ligeramente levantado por estacas para dejar pasar el aire.

La princesa Akhesa no había tenido problema alguno para seguir la estela del barco, que avanzaba muy lentamente. Nadaba rápida y rítmicamente, su cuerpo desnudo se deslizaba con facilidad por el agua. Como las demás hijas reales, había recibido lecciones de natación desde su primera infancia y no había dejado de entrenarse regularmente, unas veces en el río y otras en los lagos de recreo. Zambullirse en el agua, tenderse en ella cuan larga era y sentirla deslizarse por su piel eran placeres inefables. Hoy, Akhesa sólo pensaba en alcanzar aquel barco cuyo casco estaba ya tocando. Hizo una recuperación y se subió a bordo, ante la sorpresa del timonel, asustado al ver aparecer ante él a una muchacha desnuda de tan extraordinaria belleza. Gotas de agua, que brillaban a la luz, resbalaban por sus pechos y su plano vientre.

–Llevadme ante mi madre -exigió.

Los hombres armados, alertados por la llamada del timonel, amenazaron a la joven con su espada.

–Arrojadla al agua -ordenó el timonel.

Uno de los esbirros intentó asir a la princesa, pero ésta lo evitó.

–¡Madre -gritó-, estoy aquí!

Corriendo por el puente, Akhesa escapó a otro asaltante. La puerta

de la cabina se abrió. Apareció una mujer con el rostro inquietantemente pálido, coronada por una mitra y vestida con una túnica de lino plisada.

–Dejadla -ordenó Nefertiti, con aquella melodiosa voz que tan a menudo había hechizado a los adoradores de Atón.

Los guardas de la gran esposa real obedecieron.

–Ven, Akhesa.

La princesa entró en la cabina, cuya puerta cerró su madre con mano vacilante. ¡Qué fatigada, qué agotada parecía! Su sublime tez estaba alterada. Los primeros achaques de una vejez precoz arrugaban un rostro cuya finura había deslumbrado a la corte. Sin embargo, la alta frente, la nariz recta, los elegantes labios habían conservado su esplendor.

Akhesa no contuvo el espontáneo impulso que la inflamaba y se arrojó en brazos de Nefertiti.

–Madre… Tú, por fin… Pero ¿por qué? ¿Por qué?

–Cállate, Akhesa -exigió la gran esposa real, que permanecía lejana, casi indiferente.

–¡Es imposible! ¡Tengo tantas preguntas que hacerte!

Arrancando de sus brazos a su hija, Nefertiti retrocedió hacia un montón de almohadones y se sentó, semitendida, echando atrás la cabeza.

–No responderé a ninguna de ellas.

Akhesa apenas reconocía a la gran reina de resplandeciente sonrisa, de encanto tan arrebatador que acallaba críticas y envidias. Nefertiti, que había atraído sobre la pareja real los favores del sol, que había desafiado a los sacerdotes de Tebas e impuesto la construcción de una nueva capital, no era ya más que una mujer vencida, devorada por un oculto mal.

–¿Estás enferma, madre? ¿Necesitas un médico? ¿Sabes que el faraón se apaga sin ti? ¿Sabes que, sin tu presencia, tu ciudad corre el riesgo de morir?

Nefertiti guardó silencio, mientras Akhesa esperaba que protestara. Una lágrima corrió por la mejilla derecha de la gran esposa real.

–Todos te necesitamos -imploró la princesa-. Vuelve, si no Atón ya no brillará por nosotros.

–Nuestra obra -afirmó Nefertiti con voz conmovida-durará hasta que el cisne se vuelva negro y el cuervo blanco.

Akhesa reconoció las palabras pronunciadas por su padre, con tanto entusiasmo, ante la asamblea de los cortesanos. Feliz, la gran esposa real había abrazado a su marido, comunicándole el soplo divino del que era garante y depositaría.

–Vuelve, madre, nos mostrarás el camino hacia la luz.

–Imposible -murmuró Nefertiti.

–Pero ¿por qué?

–Porque soy ciega, Akhesa.

13

Los desgarradores gritos del faraón invadieron el palacio. Caminando de un lado a otro, golpeándose la frente con el puño cerrado, levantando la cabeza hacia un cielo implacable, dio libre curso al dolor que le destrozaba el corazón.

Los médicos no se atrevieron a pronunciar palabra alguna. El rey parecía haber perdido el control de sí mismo. Mascullaba frases incomprensibles en las que aparecía sin cesar el nombre del dios Atón.

El ritual cotidiano se vio trastornado. El faraón no se dirigió al gran templo para celebrar el nacimiento de la luz. Mayordomos, chambelanes y servidores aguardaron unas órdenes que no llegaron. Inquietantes rumores circularon por los barrios de la ciudad del sol. Se dijo que el rey se había vuelto loco, que había sido asesinado, que se había producido una revuelta en palacio… La tranquilidad regresó cuando los curiosos, atónitos, vieron pasar un carro en el que iban la gran esposa real, Nefertiti, y su hija Akhesa, precedido por infantes armados con picas que caminaban a paso ligero. La sorpresa fue tan total que la muchedumbre no tuvo tiempo de reunirse y manifestar su alegría al ver de nuevo a quien extendía sobre la capital su mágica protección. Los más humildes sabían que, desde la desaparición de Nefertiti, los demonios se habían metido en las casas para corromper las almas. Cuando Nefertiti cantaba y tocaba música, los seres oscuros que merodeaban en la noche permanecían en las tinieblas y no arrebataban la vida de los recién nacidos.

La desgracia iba a desaparecer… ¡Nefertiti, la hermosa de tez de diosa, la dulce amorosa, la amada del faraón, había regresado!

Akhesa apartó al jefe de protocolo y, llevando a su madre de la mano, la introdujo en la sala del consejo, donde Akenatón,

derrumbado en el trono, sollozaba.

–¡Desapareced! – ordenó a los médicos.

–No somos responsables -osó decir uno de ellos-. Es una enfermedad que nuestra ciencia no puede curar. Hemos…

–¡Desapareced!

Los terapeutas se eclipsaron. Nefertiti, con la cabeza muy erguida y los ojos ligeramente orientados hacia lo alto, permaneció inmóvil y no les concedió la menor mirada. La gran esposa real no había perdido ni un ápice de su natural dignidad, pero su legendaria cordialidad había dejado paso a una frialdad absoluta.

Akhesa soltó la mano de su madre y se precipitó hacia su padre. Tal vez su calor le proporcionara algún consuelo en la atroz prueba que le era impuesta.

–Ha muerto -dijo, espaciando las palabras-. Ha muerto al alba… Hija mía… Mi niña…

Nefertiti, silenciosa, dio unos pasos hacia su marido, guiándose por la voz.

–Estoy contigo -anunció.

Akenatón levantó la cabeza y la descubrió.

–Has vuelto, tú, la mujer a quien amo con todo mi corazón. Pero ¿por qué…?

–Ayúdame a sentarme a tu lado. Y no digas nada.

Akhesa se retiró. Había cumplido su primera misión de mujer de Estado.

Nadie debía verla llorar.

Un pesado silencio reinaba en la ciudad del sol. La ciudad parecía muerta, indiferente a la naciente primavera. Aquella mañana, una espesa bruma recubría el Nilo. Una grisalla desacostumbrada oscurecía la cima de las montañas. Ni un carro circulaba por las calles. Los despachos, las tiendas y los talleres permanecían cerrados. Ningún niño había sido autorizado a jugar en el umbral de su casa.

El cortejo fúnebre había salido de palacio para dirigirse a la tumba donde sería enterrada la segunda hija de la pareja real. La sepultura prevista por la familia reinante había sido excavada en un valle árido, en el corazón de hostiles acantilados, a una decena de kilómetros de palacio.

La víspera, los embalsamadores, concluido su trabajo, habían transportado la pequeña momia. Al rey y a la reina sólo les restaba ya

celebrar los ritos postreros y cerrar la tumba para la eternidad.

A la cabeza del cortejo iban el comandante Nakhtmin y algunos hombres de armas, seguidos del «divino padre» Ay y su esposa, la nodriza Ti, con una muñeca en brazos que simbolizaba el renacimiento de la niña en el otro mundo. Les seguían Akenatón y Nefertiti. Él llevaba tiernamente a su esposa del brazo y la guiaba por el camino. Tras ellos caminaban las princesas Meritatón y Akhesa. Cerraban la marcha el príncipe Semenkh, prometido oficial de Meritatón, Tutankatón, el intendente Huy y el escultor Maya, que había vigilado personalmente la preparación de la sala de la tumba reservada a la joven fallecida.

El camino, trazado entre rocas móviles de aristas agudas, se hizo penoso. Fue necesario remontar el lecho de un río seco. El lento avance se veía puntuado por los gritos de las rapaces que revoloteaban en el cielo. Unos chacales observaban el progreso de aquellos intrusos que penetraban en un territorio prohibido. Se levantó un viento violento, produciendo un siniestro mugido que se multiplicó de grieta en grieta. Ninguna flor alegraba aquellos lugares condenados a una soledad mineral.

Nefertiti parecía apoyarse en Akenatón, pero, en realidad, era ella quien le daba fuerzas para asumir su papel de rey y de padre. Si el corazón de una madre lloraba, el de una gran esposa real debía permanecer firme para ayudar al faraón a encontrar la talla que necesitaría en cuanto regresara a palacio.

Era la primera muerte trágica que golpeaba a la familia real desde su instalación en la nueva capital. No debía hacerse responsable a Atón, que era la vida y la luz, que disipaba la oscuridad envolviendo la tierra en un sudario.

La princesa Akhesa caminaba sin fatiga. Se sentía menos conmovida por la desaparición de una hermana a la que conocía poco y de la que vivía alejada, que por la reconciliación de sus padres. Nefertiti se había retirado a causa de una enfermedad que la más hermosa de las mujeres de Egipto deseaba mantener en secreto. De regreso junto al rey, sabría disipar su desesperación. Si la pareja real se unía de nuevo, Atón realizaría milagros. Devolvería la vista a aquella cuya voz, subiendo hasta el cielo, le hechizaba.

Akhesa levantó los ojos hacia el disco solar, atravesando con dificultad una espesa nube. Creyó perder el alma al descubrir un inmenso pájaro que, recorriendo con sus aletazos el cielo, velaba la luz.

Era un inmenso cuervo de cabeza blanca, que desapareció en la

lejanía.

Ante la entrada de la tumba, las plañideras se lamentaban, encadenando sin cesar los versículos rituales que sabían de memoria. Su intervención en los entierros expulsaba, mediante los lamentos, a los demonios que intentaban mancillar la morada de resurrección.

Akenatón y Nefertiti llegaron a la entrada del corredor que descendía hacia las entrañas del acantilado. La reina estrechó la mano de su marido.

–Miremos al sol -imploró-. Es necesario.

Levantar la cabeza hacia Atón fue, para el faraón, un auténtico suplicio. ¿Por qué el dios al que veneraba con tanto ardor le infligía semejante pena? ¿Por qué le había golpeado así en sus más profundos afectos? ¿No intentaría poner a prueba su fe? Sí, la verdad se desvelaba… Atón exigía de su profeta, el faraón, la capacidad para afrontar un destino adverso con la dignidad de un sabio iluminado por el sol divino.

El rey miró a Atón cara a cara. Sus ojos no se vieron deslumbrados ni abrasados.

–Apareces glorioso por el horizonte del cielo -declamó, divulgando el primer versículo del gran himno del que era autor-, tú, Atón, origen de la vida.

Nefertiti levantó las manos hacia el astro brillante, haciendo así eficaces las palabras de su marido.

La pareja real se cargó de energía divina. El rostro de Akenatón se transformó. El éxtasis sustituía a la pena. Nefertiti sintió que era invadido por un poderoso flujo que le apartaba de las realidades terrenales. Sin desearlo, le devolvió a las exigencias del presente.

–Nuestra hija nos aguarda -murmuró con voz desfalleciente, tomándolo de nuevo del brazo.

Akenatón no se resistió. La pareja, obligada a inclinarse, penetró en el corredor de la tumba. Bajaron paso a paso.

En el centro de una sala excavada en la roca, había sido instalada una tina de granito rosa donde reposaría la momia de Akenatón. Escenas esculpidas en el yeso, a medio ejecutar, adornaban los muros. El rey y la reina pasaron a otra sala, iluminada por antorchas que no desprendían humo.

Nefertiti no pudo contener por más tiempo sus lágrimas. En un lecho funerario estaban tendidos los despojos mortales de su segunda hija.

–Inclinémonos ante la muerte que contiene la vida -exigió Akenatón.

Nefertiti dio pruebas de la misma firmeza de espíritu que su esposo. Juntos saludaron al alma inmortal de su hija, impetrando para ella la luz de Atón.

Concluida la plegaria, la gran esposa real se desvaneció.

El luto impuesto a la corte real había interrumpido la celebración de fiestas y banquetes. Los nobles se encerraron en sus villas, en espera de que el faraón saliera de su mutismo. Tras la ceremonia de los funerales, Nefertiti, presa de un gran malestar, había sido transportada a su palacio privado. Desde hacía varios días, los médicos se relevaban a su cabecera, negándose a pronunciarse.

Akenatón se había encerrado en su gabinete de trabajo, donde permanecía postrado, sentado en un taburete de madera roja incrustada de marfil y ébano, cuyo asiento imitaba una piel de leopardo y cuyos pies tenían forma de patas de león. Ya no comía, y se limitaba a beber un poco de agua. A sus pies yacía el rollo donde había trazado los jeroglíficos del gran himno a Atón.

Saliendo de su letargo, el rey se dirigió hacia una ventana desde la que se veían las aguas del Nilo, brillando a la luz del sol poniente. Los marineros remaban. El último trasbordador devolvía a su casa a los campesinos que habían trabajado en la otra orilla.

Akenatón creyó ser víctima de una alucinación.

Deslizándose por el azul del crepúsculo, un gigantesco cisne de cabeza negra lo miró con sus enormes ojos antes de desaparecer en el anaranjado manto con que el sol poniente cubría las montañas.

La desgracia tomaba cuerpo. La profecía se cumplía.

–El rey quiere veros inmediatamente.

Pese a no haber concluido su aseo matinal, Akhesa siguió al mayordomo. Empujó a su sirvienta nubia, que, sorprendida, soltó el peine y el espejo. Despeinada, descalza y con el vestido sin abrochar, la princesa parecía una pequeña salvaje.

Se prosternó con alegría ante su padre y le besó las rodillas.

El rostro del rey estaba surcado por profundas arrugas.

–¿Cómo está mi madre? – preguntó.

–No ha recuperado el conocimiento, Akhesa. La muerte de nuestra hija…

–Eres el faraón, padre mío. No tienes derecho a lamentarte. De ti y

sólo de ti depende la felicidad de tu pueblo. Si ya no encarnas la alegría, la desgracia caerá sobre Egipto.

Akenatón, con el torso desnudo, llevaba sólo un simple taparrabos, como los monarcas de tiempos antiguos. De acuerdo con las costumbres relativas al luto, se dejaba crecer una barba que hacía más inquietantes todavía los rasgos de un rostro marcado por el cansancio.

–Mi hija ha muerto, mi esposa está muriendo… Atón me somete a duras pruebas, Akhesa.

–Eres capaz de soportarlas, padre, has superado muchos otros obstáculos. Tu reino y el de Atón sólo están comenzando.

Akenatón descubría a una mujer joven y apasionada, llena de un fuego que le recordaba su propia adolescencia. Rechazaba el mal y el sufrimiento. Luchaba contra el destino con la loca certidumbre de vencer. ¿Y si ahora se encarnara en ella la voluntad de Atón? El faraón rechazó tan absurda suposición. Akhesa se había convertido en su segunda hija. Pero la guardiana de la legitimidad, después de Nefertiti, seguía siendo su hija mayor, Meritatón.

–Debes de tener hambre, padre mío. Yo tampoco he desayunado. Llamaré al mayordomo.

El rey intentó impedírselo, pero ella, rápida como un rayo, llevaba ya a cabo su decisión. ¿Quién le impediría actuar? Akhesa había salido de la infancia, del confortable y lujoso palacio donde había saboreado la felicidad de una familia unida, de una existencia fácil y anónima. Poseía la facultad, característica de los seres excepcionales, de no permanecer pasiva ante los más dramáticos acontecimientos y de moldear el futuro.

El faraón se sintió orgulloso de su hija. ¡Cuántas enseñanzas le habría gustado transmitirle si hubiera sido la primogénita y si el cisne no se hubiera vuelto negro!

Una cohorte de servidores, encabezados por el mayordomo, penetraron en el gabinete privado del rey. Unos llevaban mesillas en las que otros dispusieron bandejas cargadas de vituallas. De la cocina real habían salido codornices hervidas con pepinos y puerros, un pato asado, pescados de blanda carne, higos, pan caliente todavía y cerveza tibia.

Azuzada por el hambre, Akhesa comió a pequeños bocados. Akenatón no concedió mirada alguna a los deliciosos manjares.

–Tengo otro alimento que ofrecerte, hija mía: la verdad. Egipto está empobreciéndose. Hace ya casi un año que la alta administración me hace llegar alarmantes informes. Nuestros principales vasallos ya

no envían tributos. La luz de Atón no ha iluminado los corazones, ni en nuestro país ni en el extranjero. Aquí mismo, en la ciudad del sol, la población sigue adorando a los antiguos dioses. Me mienten y me engañan. Perderé el poder. Los sacerdotes de Tebas triunfarán de nuevo. Colocarán en el trono a un rey que les obedezca.

Akhesa ya no tenía hambre.

–¡El porvenir no será así!

–Algunos me creen ingenuo, Akhesa, incapaz de tomar conciencia de lo cotidiano, perdido en un sueño. Me gusta la compañía de Dios. Mi primer deber es ser su profeta y transmitir su luz. Pero no he olvidado el resto de mis tareas. He fundado esta capital. Esta ciudad renegará muy pronto de mí.

Akhesa no volvió a protestar. Había visto el cuervo blanco. Sabía que una sombra terrorífica avanzaba hacia la capital de la luz.

–He decidido casar a una de tus jóvenes hermanas con el rey de Babilonia -dijo Akenatón-. Firmaremos así un nuevo tratado de paz.

–No bastará.

–¿Por qué? ¿Acaso te has convertido en experta en política internacional?

–No, padre. Pero he consultado inquietantes archivos.

Akhesa explicó que se había introducido en los locales del ministerio de Países Extranjeros y que había descifrado los angustiados mensajes de los vasallos de Egipto. No divulgó el nombre del funcionario Pached.

–¿Por qué no les respondes, padre mío?

Akenatón parecía confuso.

–Porque no tengo conocimiento de tales misivas -confesó.

–¿Quién hubiera debido mostrártelas?

–El diplomático Tetu. Él es el encargado de clasificar la correspondencia procedente del extranjero. Convocaré inmediatamente a Horemheb.

–No, Majestad.

Akhesa se había ruborizado. Osaba oponerse a la voluntad del faraón, y su propia impudicia la asustaba.

–Horemheb ha salido de la capital -añadió.

–Puesto que dispones de tanta información -se asombró el faraón-, ¿conoces el objeto de su viaje?

–El divino padre Ay solicitó al general que hiciera un viaje de inspección por Asia. Quería, sobre todo, asegurarse de la lealtad del rey de Biblos, Ribaddi.

Nervioso, Akenatón se levantó.

–Pero ¿quién reina en este país? – interrogó enojado-. ¿Quién da las órdenes? ¡Cortesanos, militares, mis propias hijas! Eso ha durado demasiado. Regresa a tus aposentos, Akhesa, y no vuelvas a salir de ellos. He aquí la decisión que he tomado: formarás parte de mis esposas menores. Más tarde anunciaré nuestra boda a la corte. Te atribuyo como hija a la niña de una de las nodrizas. No te ocuparás de ella y ni siquiera la verás.

El faraón se volvió.

La audiencia había terminado.

Akhesa se aburrió durante varias semanas. Ni siquiera su sirvienta nubia conseguía ya obtener informaciones confidenciales. Akenatón convocaba, uno a uno, a los dignatarios, ministros y altos funcionarios, haciéndoles jurar que guardarían silencio sobre tales entrevistas, so pena de verse condenados al exilio. Una lengua, sin embargo, se desató por fin. Se supo que el rey interrogaba a sus súbditos sobre algunos puntos de la teología, ponía a prueba su fe en Atón y les leía en voz alta algunos pasajes de su gran himno.

Akhesa rechazó la ociosidad. Consultó gran cantidad de papiros, aprendiendo literatura, matemáticas, geografía, medicina, contabilidad, administración… Ningún tema la asustaba. Sentía una insaciable hambre de saber. Sentía que no debía perder aquellas horas, que era preciso utilizarlas para madurar y almacenar conocimientos que le eran necesarios. El embajador Hanis, ocioso por carecer de consignas precisas, llevaba a la princesa documentos que tomaba de la Casa de la Vida y le servía de preceptor. Tan intensa actividad intelectual había obligado a Akhesa a rechazar varias invitaciones del príncipe Tutankatón para ir a cazar, poniendo como pretexto la orden formulada por el faraón, según la cual se veía obligada a vivir recluida.

Nefertiti seguía inconsciente pese a las drogas que le administraban los médicos. No había noticia alguna acerca de la expedición del general Horemheb. Era imposible prever la fecha de su regreso.

La ciudad del sol vivía en el sopor y el miedo. Los alimentos llegaban a los mercados con un retraso cada vez mayor.

Akhesa estaba dividida entre un sentimiento de rebelión hacia su

padre y la voluntad de servir a su causa. Convertirse en su mujer y ocupar una posición oficial de «madre», aunque sólo se tratara de etiqueta y de convenciones dinásticas, le confería una nueva talla. Lamentablemente, no podría rivalizar en influencia con su hermana mayor y sería relegada a un papel sin importancia real. El hecho de haber disgustado al faraón la había condenado a una felicidad opaca y sin envergadura.

¿Cómo no reprochar a su padre que aceptara pasivamente el desmoronamiento de su obra? Apartando a Akhesa, había creído liberarse de un peso inútil. Ella había esperado devolverle la afición al poder; él, sin embargo, había preferido refugiarse en su fe.

Akenatón corría hacia el fracaso. Contemplarlo con resignación era peor que un crimen. Akhesa se sentía digna de su sangre, ardía en el mismo fuego que él, pero no tenía medio alguno de actuar, de retrasar aquella decadencia que sufría en su propia carne y su propio corazón.

La luna brillaba en el cielo. Animada por un dios temible, «el gran cruzador» hábil en cortar cabezas, tenía la función de poner en marcha los acontecimientos, de transformar en realidad terrena las intenciones divinas.

El astro de la noche decidía el momento de los partos, producía la madurez de los frutos, daba la victoria a los jefes de ejército capaces de descifrar su crecimiento y su mengua. Akhesa contempló al dios luna, suplicándole que levantara un viento nuevo que barriera los fétidos olores de la descomposición del imperio.

La princesa oyó un ruido insólito procedente de la florida terraza situada bajo su alcoba.

Alguien trepaba por la pared.

Akhesa no poseía arma alguna. No pensó en huir. Quería ver el rostro de aquel que osaba introducirse en sus aposentos como un ladrón.

El hombre saltó por la ventana.

Era Maya, el escultor.

Detestaba a la princesa y nunca lo había ocultado. El rugoso artesano contempló con frialdad a la muchacha.

Ella no retrocedió ni un paso. Si venía a matarla, no gozaría viéndola presa del miedo.

–Perdonad esta intrusión, Majestad, pero nadie debía verme.

–¿Por qué?

–Tenía que actuar en secreto por orden de la reina madre Teje. Quiere hablar con vos.

–¿Teje? ¡Pero si vive en Tebas!

–Exacto. Partiremos hacia allí esta misma noche.

Maya y la princesa salieron a caballo de la capital. Tras haber dejado atrás el puesto fronterizo del sur, describiendo un amplio semicírculo por el desierto, subieron a un barco que les aguardaba oculto entre las cañas, lejos de cualquier vivienda. Se había dispuesto una cabina muy poco acogedora para recibir a Akhesa. Pero ésta no tenía deseos de dormir. Demasiado excitada, permaneció en el puente intentando dialogar con Maya, que no desfrunció el ceño ni le hizo confidencia alguna. Acusado por la hija del faraón de haberse puesto a la cabeza de una banda de conspiradores, el escultor no opuso ninguna negativa. Acuciado a preguntas, reconoció no haber roto los vínculos con sus colegas tebanos, los constructores del Valle de los Reyes. La política de los faraones le importaba poco, siempre que respetaran la cofradía a la que pertenecía. Reprochaba a Akenatón haber empleado obreros inexpertos, aprendices mal formados que echaban a perder el oficio. Para él, aquella falta era imperdonable. Maya había aceptado servir de contacto a la que preservaba un frágil edificio: la reina madre Teje. Ella había intentado impedir la guerra civil. Desde su última visita al rey, un gran temor se había apoderado de ella. Ello, añadido a una extremada fatiga, había minado su organismo debilitado por la edad. Sintiendo que la muerte se aproximaba, había reclamado la presencia de Akhesa, encargando a Maya que se la trajera.

Akhesa perdió su combate contra el sueño. Al verla dormida, Maya la llevó a la cabina del barco y la depositó sobre unos almohadones, cubriéndola luego con una manta. Antes de dejarla reposar, la admiró. En aquel cuerpo sublime habitaba un alma indomable. ¿Qué hombre sería capaz de dominarla?

El barco atracó en un muelle desierto de la orilla oeste, frente a Tebas. Ninguno de los que desembarcaron lucía signo distintivo alguno, joya, collar o colgante que revelara que pertenecía a la corte de Akenatón. Vestidos con una sencilla túnica corta y gastada, tenían aspecto de simples marineros. Akhesa, como cualquier hija de pescador, llevaba los pechos desnudos y el cabello suelto.

Una formidable curiosidad la animaba. Descubrir Tebas, la gloriosa ciudad cuyas maravillas alababa el mundo entero, aquella ciudad impía que su padre había rechazado.

Grande fue la decepción de Akhesa cuando descubrió que la

inmensa capital del dios Amón desplegaba sus fastos en la otra orilla.

–¿Por qué hemos atracado aquí? – preguntó a Maya, que estaba organizando un convoy con los arrieros-. ¿No habíais dicho que debía reunirme con la reina madre?

–Vive en su palacio de occidente -respondió éste-, no lejos de Karnak, en la orilla opuesta.

El apacible cortejo, desplazándose al ritmo lento de los trabajadores agrícolas, dejó a su derecha el templo funerario de Amenofis III, cuya entrada era indicada por dos colosos sentados[6]. Más al sur, el fallecido faraón había hecho edificar un suntuoso palacio[7] y excavar un lago de recreo por el que le gustaba pasear en barca acompañado de su amada esposa, Teje. No lejos de allí se abría el inquietante Valle de los Reyes, cuya entrada estaba custodiada, día y noche, por hombres armados que velaban por la última morada de los faraones. A la princesa le hubiera gustado dirigirse al templo de la reina-faraón Hatshepsut, precedido del más célebre jardín de Egipto[8], pero no era momento de paseos. El pequeño grupo llegó a la pavimentada vía que discurría ante la residencia de Amenofis III. Los hombres de Maya, que habían ocultado sus armas en una bala de heno que transportaba un asno, estaban preparados para intervenir en caso de peligro.

El lugar parecía muy tranquilo. Desde la muerte de Amenofis III, los cortesanos lo habían abandonado. Ahora, el pequeño templo de Amón sólo era atendido por algunos sacerdotes. En ausencia de un faraón reinante, la sala de audiencias permanecía cerrada.

Maya se presentó ante la puerta del oeste, algo retirada de las villas circundantes, rodeadas de altos muros y reservadas a los dignatarios de la corte real. También estas mansiones permanecían hoy vacías, pues dichas personalidades habían sido obligadas a instalarse en la ciudad del sol. El comandante de la guardia privada de la reina madre fue avisado de que un grupo de campesinos deseaba penetrar en la residencia para entregar cereales.

–¿De dónde vienes? – preguntó a Maya.

–De la auténtica capital.

–¿Cuál es tu dios?[9]

–El que está oculto.

–¿Quién es tu señor?

–Ese mismo dios, cuando está en paz[10].

El comandante, satisfecho al haber obtenido correctamente la contraseña, examinó a los falsos campesinos.

–Eres Maya, ¿no es cierto? Entra, deprisa. La reina madre está muy mal.

Maya, Akhesa y el comandante cruzaron a paso rápido un gran patio, pasaron ante el palacio real, que yacía en el silencio, y penetraron en el palacete del sur, donde se hallaba la alcoba de Teje. Akhesa quedó maravillada ante la perfección de los frisos de vegetales y animales. Aquellos artesanos, en efecto, tenían más talento que los de la ciudad del sol.

En contra de la opinión de su médico, Teje se había levantado la víspera para dirigirse, en silla de mano, hasta la tumba que había sido preparada para ella. Cofres, estatuillas, vasos canopes, mobiliario… Todos los objetos rituales estaban ya dispuestos. Teje había decidido hacerse representar recibiendo los bienhechores rayos del sol divino, Atón, pero había exigido que el nombre de Amón fuera citado en las inscripciones que le aseguraban la eternidad. ¿Cómo habría podido elegir entre Amón y Atón, entre el dios de su marido y el de su hijo?

La muerte la invadía suavemente.

Cuando Akhesa se presentó ante ella, Teje, coronada, se hallaba sentada en un trono de madera dorada, cuyos costados estaban decorados con signos jeroglíficos que simbolizaban la vida y la estabilidad. La princesa quedó fascinada por la majestad que emanaba de la reina madre.

–Quería verte por última vez, Akhesa.

–Majestad…

–No gimas. Tengo el tiempo contado. Sólo tú serás capaz de evitar un desastre. Cumpliste la misión que te había encomendado llevando a tu madre junto al faraón… Debes hacer más todavía.

La inquietud turbó los claros ojos de la princesa.

–Sin duda no serás reina, Akhesa, pero no permitas que este país se divida. El sol de Atón debe derramar luz, no sangre.

Las palabras de Teje se hacían inaudibles. Akhesa se precipitó hacia el trono. Se arrodilló y besó los pies de la reina madre.

–¿Cómo actuar? El faraón me ha marginado, ¡no tengo poder alguno! Estoy condenada a encerrarme en el silencio de un palacio.

El sufrimiento deformó los rasgos de Teje.

–Tu poder, Akhesa, eres tú misma… No busques la verdad fuera de tu corazón. No te perteneces. En calidad de hija del faraón, no eres libre…

Las manos de la reina madre se habían crispado en los brazos del trono. Un dolor fulgurante le desgarró el pecho.

–¿Con quién puedo contar? – preguntó Akhesa, desamparada.

Teje intentó responder, pero las palabras no cruzaron la barrera de sus labios. Apeló a sus últimos recursos. Tenía que pronunciar un nombre. Mirando fijamente a Akhesa, e implorando la ayuda de Amón y de Atón, la reina madre arrancó de su desgastado cuerpo los últimos jirones de energía.

–Con… Tutankatón.

La cabeza de la reina madre Teje se inclinó sobre su hombro izquierdo.

Muerta ya, seguía mirando a Akhesa.

14

Las tropas de elite conducidas por el general Horemheb llegaron al puesto fronterizo septentrional de la ciudad del sol cuando Atón brillaba en la cima de su carrera celeste. El jefe del ejército egipcio fue recibido por Mahú, el jefe de la policía. Este último había doblado la guardia y no dejaba de inspeccionar los fortines, donde sus hombres ejercían una constante vigilancia tanto de día como de noche.

La desaparición del general había causado el mayor trastorno en la capital. Había sido necesaria toda la autoridad del «divino padre» Ay para apaciguar la inquietud de los cortesanos, decididos a solicitar una audiencia extraordinaria al rey. Ay les había disuadido, afirmando que Horemheb había partido en misión secreta hacia el norte.

Mahú informó a Horemheb de que una sucesión de desgracias habían caído sobre la dinastía reinante: la muerte de la segunda hija, la grave enfermedad de la gran esposa real Nefertiti, el fallecimiento de la reina madre Teje, la locura mística en la que Akenatón se sumía cada vez más… Horemheb escuchó sin decir palabra el informe del jefe de la policía y le ordenó que mantuviera las medidas de seguridad. En adelante, ningún extranjero debía penetrar en la ciudad del sol, cuyas fronteras permanecerían cerradas hasta nueva orden.

Nunca Mahú había visto tan preocupado a Horemheb. No se atrevió a hacerle la menor pregunta, convencido de que el general no le respondería. Éste no había dado a sus soldados descanso alguno, como si deseara mantener la tensión y no desmovilizarse, como si se preparara una intervención en el interior mismo de la ciudad del sol.

Era la primera vez que Horemheb imponía una decisión que, era

evidente, no emanaba del faraón. ¿Acaso el poder estaba cambiando de manos? ¿A quién debía, en adelante, obedecer Mahú? En la incertidumbre, no eligió. Ejecutaría las órdenes dadas por Horemheb y posteriormente avisaría al rey.

Cuando Horemheb bajó de su carro, ante el palacio real, la ciudad estaba dormida. Los nobles hacían la siesta en los floridos jardines de sus suntuosas villas. El general subió de cuatro en cuatro los peldaños que conducían a la primera terraza, donde los guardas se apartaron para dejarle pasar. Incluso debiendo afrontar un asunto de Estado de excepcional gravedad, Horemheb no podía apartar de sus pensamientos a la princesa Akhesa. Su rostro, su cuerpo de diosa, su orgullosa y conquistadora personalidad le habían hechizado.

Diez, cien veces había intentado expulsarla de su espíritu, negándose a nombrar el sentimiento que se había apoderado de su corazón y que le obligaba a librar la más difícil de todas sus batallas.

¿Cómo habría vivido Akhesa los dramáticos acontecimientos de las últimas semanas? La desaparición de su hermana le ofrecía una nueva posición en la corte. ¿Habría descubierto el faraón la verdadera naturaleza de su hija? ¿Sería consciente de su ambición y de sus excepcionales aptitudes? Horemheb ignoraba que la muchacha que ocupaba sus pensamientos no había dejado de observarlo desde que su carro entrara en la vía real.

Desde sus aposentos, Akhesa había asistido con inquietud al regreso del general. En ciertos momentos, había esperado su muerte. Durante una entrevista que había concedido al príncipe Tutankatón, éste, desbordante de júbilo y de confianza en la que amaba, le había contado con detalle los pequeños y grandes momentos que habían marcado su infancia. Con una desarmadora ingenuidad y sin la menor doble intención, había evocado a su hermano Semenkh, con quien no tenía ningún punto en común, a su protector Huy, cuya rectitud halagó, al comandante Nakhtmin, el instructor al que veneraba.

Ella le había comunicado la muerte de Teje, que las autoridades de Tebas conseguían mantener en secreto. Akhesa había creído que el joven príncipe estallaría en sollozos. Pero había dado pruebas de una sorprendente dignidad, interrumpiendo su cháchara y cerrando los ojos para contener mejor su tristeza. Akhesa y él se habían recogido largo rato en los jardines inundados de sol.

En pocas horas, Tutankatón había abandonado la infancia. Ya sólo le quedaba su condición de príncipe. Y no cesaba de interrogarse. ¿Cuál sería su porvenir? ¿Qué papel desempeñaría en la corte? ¿Qué funciones le atribuiría Akenatón?

Aquella toma de conciencia, por dolorosa que fuera, causó una inmensa felicidad a la hija del faraón. Pronto podría compartir con Tutankatón sus preocupaciones sobre Egipto.

A pesar de que ahora miraba al príncipe de un modo distinto, no le reveló las últimas palabras que Teje había pronunciado ni la misión que le había confiado.

–Solicito una audiencia inmediata -declaró Horemheb al comandante Nakhtmin, ascendido a jefe de la guardia real-. Debo entrevistarme enseguida con Su Majestad.

–¿Motivo de vuestra demanda? – pregunto Nakhtmin, ceremonioso. A Horemheb le divirtió esa actitud.

–No os lo toméis tan en serio, comandante… Avisad a Su Majestad de mi presencia. No debéis conocer la razón.

El rostro de Nakhtmin se contrajo. Estuvo a punto de reaccionar con violencia, pero recordó a tiempo que estaba ante un superior y prefirió desaparecer.

Regresó poco después, con una sonrisa desafiante en los labios.

–Nadie puede molestar al rey. Está trabajando en su gran himno.

Horemheb, estupefacto, creyó que Nakhtmin le estaba gastando una broma pesada.

–Conducidme inmediatamente junto a Su Majestad -exigió.

–Imposible, general. Si tuvierais la deplorable idea de entrar a la fuerza, me vería obligado a proteger a Su Majestad, tal como me ha exigido.

–Os felicito por vuestro sentido del deber, comandante. Lo recordaré.

Cuando el general se disponía a salir del palacio real, preguntándose qué conducta debía adoptar, el «divino padre» Ay salió a su encuentro. Tomándole del brazo, le llevó hasta un laboratorio que albergaba numerosos botes de ungüentos. Allí se almacenaban también las jarras que contenían las decocciones de plantas para uso medicinal.

–Aquí podremos hablar tranquilos, general. ¿Habéis intentado ver al rey?

–No me ha recibido.

Ay no ocultó su decepción.

–Había esperado que vuestro regreso le arrancara de su sueño. Se niega a tomar decisiones. Sólo le interesa su papel de maestro

espiritual.

–¿Cuándo os consultó por última vez?

–Hace tres días -respondió el «divino padre»-. Pero ya no me pide consejo. Me anunció una boda de corte con su hija Akhesa.

Horemheb se sulfuró, indignado.

–¿Con Akhesa? ¿Qué significa esta nueva locura?

Ay advirtió con cierta sorpresa la violenta reacción del general.

–Tras la muerte de su segunda hija -observó el «divino padre»-, Akhesa adquiere una posición mucho más importante. Tendrá un servicio más numeroso y llevará una existencia mucho más fastuosa. Pero creo que debemos tratar temas más serios. ¿Cuáles son los resultados de vuestra misión?

Los rasgos del general se endurecieron.

–La situación es catastrófica. Todos los puertos fenicios han caído en manos de los hititas y de sus aliados, los sirios.

–No me diréis que Biblos…

–Su rey, Ribaddi, resistió durante meses. Murió durante el asedio de su ciudad.

–Si los sirios actúan contra nosotros, eso significa que…

–Que Aziru es un traidor y que es preciso impedir, actuando de inmediato, que siga perjudicándonos. Escapamos a una emboscada tendida por unos beduinos que obedecían órdenes de uno de sus espías. Detuvimos a muchos más, mandados por hititas, y les hicimos hablar. Si nuestro ejército no interviene en los próximos meses, nuestras provincias de Asia estarán perdidas para siempre. Peor aún, si el reino del Hatti llega a considerar que Egipto es lo bastante débil, no vacilará en invadirnos.

Ay estaba aterrado. No había imaginado semejante desastre. La propia civilización faraónica corría el riesgo de desaparecer bajo los golpes de los hititas.

–Lo que solicitáis, general, es muy prudente. Pero sólo el faraón puede concedéroslo.

Ambos hombres se interrogaron mutuamente con la mirada. Uno de ellos debía tomar una decisión para salvar Egipto.

–No -dijo Horemheb atormentado-. Ni vos ni yo tenemos derecho a sustituir al rey. Sería un crimen contra Maat, la ley divina. Somos servidores del faraón. Actuar contra su voluntad nos convertiría en traidores.

El «divino padre» tomó un bote de ungüento a base de cinamomo y aplicó un poco en su brazo.

–Es un producto excelente. Al penetrar en las carnes, las relaja. Junto a un buen masaje, posee propiedades rejuvenecedoras. Este lugar es maravilloso. Nuestros sabios han reunido aquí numerosas substancias eficaces contra casi todos los males… No tenemos derecho a taparnos los ojos, general. Si permanecemos inactivos, colaboramos con el enemigo. No se trata, naturalmente, de dar órdenes en lugar del rey. Enviar tropas a Asia es su responsabilidad exclusiva. Pero podríamos ayudarle…

–¿De qué modo?

–Interviniendo de modo puntual y trayéndole a Aziru. Con las pruebas que poseéis, el faraón se verá obligado a condenarle.

–Eso provocaría una revuelta siria…

–No lo creo, general. Si Egipto afirma su grandeza, evitaremos la guerra. Si sigue mostrándose tan débil, la desgracia se abatirá sobre nuestra patria y sobre los países que protege. ¿Osáis, acaso, pretender lo contrario?

Horemheb comprendió que había juzgado mal al «divino padre». No era un hombre brillante, pues el vigor de la juventud le había abandonado; pero, bajo las apariencias de un viejo cortesano discreto, Ay gobernaba en la sombra. ¿No era cierto que durante sus entrevistas con Akenatón ejercía una gran influencia sobre el soberano? ¿No era cierto que le había dictado una prudente conducta hasta el día en que el monarca había preferido, definitivamente, las exigencias de Atón a las necesidades de los humanos?

Sin embargo, pese a su habilidad, el «divino padre» parecía haber perdido toda prerrogativa. Para conservar sus privilegios, se veía obligado a pactar una alianza con Horemheb, fuera cual fuese la desconfianza que por él sentía.

–De modo que soy yo quien debe correr todos los riesgos -estimó este último-. Si provoco un grave incidente diplomático actuando sin la autorización del faraón, podría ser acusado de insubordinación.

–O convertiros en un héroe de inmenso prestigio. Vos elegís, general.

Desde su último altercado con Akhesa, la primogénita del faraón, Meritatón, no lograba hallar la paz espiritual. La muerte de su hermana elevaba a Akhesa a un rango superior en la jerarquía de la corte. Sin embargo, sus honores serían irrisorios. Desde que Akenatón había anunciado a su primogénita que se desposaría con Semenkh, el

príncipe que él asociaba al trono para convertirle en su sucesor, Meritatón gozaba de la más absoluta de las certidumbres: sería reina de Egipto.

Sin embargo, la existencia misma de Akhesa seguía atormentándola, como si aquella hermana demasiado turbulenta pudiera impedirle todavía acceder a la más alta función. Necesitaba hallar un medio de desprestigiar a Akhesa, de hacer que su indignidad se revelara a todo el mundo. ¿Cuántas noches había pasado en vela sin conseguirlo?

–El príncipe Semenkh ha llegado -anunció el intendente de Meritatón.

–Hacedle pasar a la sala de unciones.

Meritatón había elegido adrede aquella estancia cerrada, sin ventanas, una de las más pequeñas de su «abanico». Quería hechizar al hombre que sería, al mismo tiempo, el faraón y su marido. La primogénita de Akenatón temía el instante en que, entre los brazos de Semenkh, se convertiría en una auténtica mujer.

La sala de unciones estaba embaldosada. Tendidos y desnudos, los cuerpos recibían allí masajes aplicados con ungüentos olorosos. Pero no había llegado todavía el momento de ofrecer a su prometido semejante intimidad. Sin embargo, al recibirle allí, daba testimonio del consentimiento personal que añadía a las órdenes de su padre. La propia Meritatón había dispuesto, en una mesita, dos copas de cerámica en forma de cáliz y decoradas con flores de loto, y, a su lado, un jarro de panza oval provisto de un pico vertedor y dos apéndices horizontales que le daban el aspecto del signo jeroglífico que significaba «vida». Contenía un licor de dátiles elaborado por el mejor especialista de las cocinas reales, un líquido suave y fuerte al mismo tiempo, que embriagaba dulcemente.

A Meritatón le costó resistir la tentación de beber, para darse valor, un vaso de aquel licor. Lamentó, de pronto, no haber recibido a Semenkh en la galería, situada en el vestíbulo de entrada, en presencia de varios servidores.

Cuando Semenkh fue introducido en la sala de unciones, Meritatón se sobresaltó. Era la primera vez que lo veía de cerca. No le imaginaba tan feo, flaco y repelente. Su piel estaba teñida de moretones, iba mal afeitado y llevaba sucios los cabellos. Aquella horrible visión le impidió pronunciar la menor palabra.

Semenkh tomó el jarro que contenía el licor de dátiles y lo derramó.

–Detesto este lujo, este palacio y este recibimiento digno de una cortesana -dijo con desdén-. Atón lo detesta. Atón y su profeta Akenatón son mis únicos señores. Nunca tendré otros, ni siquiera vos. No quiero mantener relación alguna con vos. Permaneceréis aquí hasta la coronación.

Con el reverso de la mano, Semenkh barrió las dos copas de cerámica, que cayeron al suelo y se rompieron. Acto seguido, salió de la sala de unciones sin volverse.

Meritatón temblaba de rabia. ¿De modo que eso era convertirse en reina en la ciudad del sol? ¿Por qué la abrumaba así su padre? ¿Por qué la obligaba a compartir el lecho de semejante degenerado? Ninguna política, ni siquiera la de una alianza con Tebas para preservar el poder del faraón, justificaba sacrificar así a una mujer. Dejando que su odio aumentara, divisó de pronto una inesperada posibilidad de satisfacerlo.

–Es preciso salir inmediatamente de la capital -anunció el diplomático Tetu al rey de Siria, Aziru, que disfrutaba de las delicias de la ciudad del sol.

Tranquilamente tendido en un estrado cubierto de alfombras, el sirio comía un muslo de oca asada y bebía vino blanco del Delta, de una frescura ideal. Aziru había sido honrado como un soberano extranjero que había jurado fidelidad al faraón. Una decena de sirvientas nubias, fenicias y sirias se ocupaban de todas sus necesidades. Su mesa era constantemente provista de pasteles, redondos panes, costillas de buey y jarras de vino.

Perfumado y con el cuello adornado por guirnaldas de flores de loto, el sirio sólo salía de la magnífica villa que le había sido atribuida para pasear en barca por uno de los lagos de recreo, visitar el jardín botánico o escuchar los conciertos que ofrecían, al aire libre, las intérpretes de la corte.

Saciado de felicidad egipcia, Aziru olvidaba que la había obtenido gracias a la mentira y la prevaricación.

–Me niego a partir -dijo a Tetu-. Instalaos a mi lado y compartid mi comida. Esta ciudad es un paraíso.

–Para vos ya no. Horemheb acaba de regresar del extranjero sano y salvo.

Descompuesto, Aziru asió a su cómplice de los hombros. – ¿Ha decidido…?

–Lo ignoro, pero no deben vernos juntos. Vuelvo a mi despacho del ministerio. Tomad un carro y huid por el norte.

Tetu sabía que enviaba al sirio a la muerte. Aquella ruta era la mejor custodiada. Un general del temple de Horemheb, sin duda habría doblado la guardia del puesto fronterizo.

Aziru, que no poseía gran coraje físico, estaba aterrorizado. Impulsado por el miedo, consiguió sin embargo conducir su carro hasta la primera línea de arqueros egipcios.

Éstos no parecían amenazadores. Sin duda no albergaban ningún sentimiento hostil para con él. Aziru lanzó su caballo al galope.

Los soldados, bonachones, se apartaron.

Aliviado, el fugitivo creyó por un instante haber escapado de los egipcios y recobrado la libertad.

Entonces, descubrió con espanto una segunda línea de arqueros.

Éstos tendieron sus arcos.

–¡Soy el rey de Siria! – gritó Aziru.

Tirando de las riendas, inmovilizó su carro. El caballo relinchó. Para mostrar sus pacíficas intenciones, Aziru bajó del vehículo y avanzó hacia los militares.

El jefe del destacamento, creyendo que sus hombres sufrían un ataque por parte del enemigo, dio orden de disparar.

Varias flechas partieron juntas. Se clavaron en la garganta y el pecho del rey de Siria, que con ojos asombrados se desplomó.

Utilizando un mazo de tallador de piedra, el diplomático Tetu rompía una a una las tablillas de arcilla donde se habían grabado los mensajes de los soberanos extranjeros que no había transmitido al faraón. Al destruir esos archivos, hacía desaparecer los rastros de su traición. Aunque Horemheb terminara sospechando de él, ¿de qué podría acusarle?

Tetu juraría que él mismo había sido víctima de subordinados incompetentes o, mejor todavía, de las trapacerías del embajador Hanis, un hombre al que detestaba desde su nombramiento. Si tenía tiempo para falsificar algunos documentos, su montaje resultaría creíble.

Horemheb no hubiera debido regresar nunca de su expedición. La emboscada organizada por Aziru, con la complicidad de una tribu beduina, parecía perfecta. El dios Horus, presente en el nombre del general[11], le había protegido una vez más.

Tetu trabajaba deprisa. Estaba empapado en sudor. Expurgada de

tablillas comprometedoras la primera sala de archivos, pasó a la segunda. Allí se conservaban las llamadas de socorro de Ribaddi, rey de Biblos. El mazo golpeó de nuevo.

El diplomático sintió cierto malestar y suspendió su gesto. Percibía una presencia. Sólo había un escondrijo posible, un rincón tras una pila de tablillas vírgenes. Asiendo con fuerza su instrumento, avanzó en aquella dirección.

–No cometas otro crimen -dijo el embajador Hanis surgiendo de las sombras-. Hace ya varios días que te espero aquí… Pero han debido de tardar mucho en informarte del regreso de Horemheb. Supongo que el general ha hecho detener a la mayoría de tus cómplices sirios y no recibes mucha información.

Tetu, con el corazón palpitante, intentó recuperar su calma. Las deducciones de Hanis eran exactas. Los espías que trabajaban al servicio del diplomático mantenían un inquietante silencio cuya razón comprendía ahora. Les harían hablar. Sólo citarían el nombre de su jefe directo: Aziru, a quien los arqueros del faraón habían debido de abatir.

–¿Cómo has sospechado de mí, Hanis?

El embajador reunió los fragmentos de una tablilla con uno de los numerosos mensajes del infeliz rey de Biblos, que había sido fiel hasta la muerte.

–He hecho una discreta investigación entre los funcionaros encargados de recibir y seleccionar la correspondencia diplomática. Tienen un notable sentido de la jerarquía, que tú debiste de inculcarles: desde hacía un año, aproximadamente, todo pasaba por tus manos. Te imponías un aumento considerable del trabajo. Supuse que ocultabas muchas tablillas que el faraón ni siquiera había visto. Eras lo bastante hábil como para ocultarlas aquí y allá, entre los demás archivos. Registrar yo mismo habría requerido un tiempo considerable y habría llamado tu atención. He preferido esperar a que cometieras la primera falta. También conté con el testimonio del jefe de la policía. El hombre que mataste no era un espía sirio. ¿Por qué has traicionado a Egipto?

Tetu esbozaba un plan. Hanis era un hombre de letras, que detestaba la violencia, un hábil negociador acostumbrado a los compromisos. ¿Por qué no proponerle un trato?

–¡Por oro, Hanis, por oro! Los hititas son muy generosos. A causa del loco de Akenatón, Egipto está condenado a morir. Mañana, el rey del Hatti gobernará las Dos Tierras. Sabrá ser agradecido con quienes le hayan ayudado a tomar el poder.

–De modo que sólo existe el oro -advirtió Hanis-. Ya no amas a tu país ni crees en él. No podías cometer falta más grave.

–Sé lúcido, Hanis. Esta corte está llena de cobardes y de mentirosos. El rey es un enfermo, y Horemheb un timorato que detesta al faraón pero sigue sirviéndole. El ejército egipcio no resistirá un ataque hitita. Hay que saber prever el porvenir.

Hanis hizo girar el brazalete de plata que llevaba en la muñeca izquierda. Akenatón se lo había ofrecido para testimoniarle su confianza. La joya había sellado entre ambos un pacto mágico que ni siquiera la muerte rompería.

–Si la civilización de los faraones es aniquilada -dijo Hanis-, en esta tierra sólo quedará odio, guerra y envidia. Los hombres se matarán entre sí para tener más. Olvidarán lo sagrado. ¿Deseas colaborar en esa obra de infortunio ayudando a los hititas?

–Olvida la civilización -recomendó Tetu-y piensa en ti mismo.

Si Hanis no aceptaba su proposición, Tetu se vería obligado a matarle. Apretó con más fuerza el mango del mazo. No sería una mala solución. Había hecho desaparecer el cuerpo del enviado del rey de Biblos arrojándolo a los cocodrilos, creyendo que así evitaría cualquier investigación. El cadáver de Hanis permanecería aquí, en una de las salas de los archivos, con las tablillas rotas a su alrededor. Sería la prueba de la traición del embajador. Tetu, al sorprenderle destruyendo aquella correspondencia, se había visto obligado a suprimirlo para salvar la propia vida.

El embajador Hanis advirtió el cambio de actitud del traidor. Instintivamente, retrocedió. Apoyado en la pared, no tenía ya posibilidad alguna de huir.

Tetu, amenazador, se le acercó. Hanis no sabía combatir. El miedo le paralizaba. Un rictus de satisfacción deformó la abúlica boca del agresor cuando levantó su mazo para golpear.

–¡Ya basta! – gritó la voz grave del general Horemheb, irrumpiendo en la sala de archivos en compañía de varios soldados-. ¡Suelta ese mazo!

El embajador, prudente, se ocultó tras la pila de tablillas vírgenes ante el asombro de Tetu. El felón se quedó petrificado, circunstancia que los hombres del general aprovecharon para prenderlo. Hanis podía estar satisfecho de la estratagema que había ideado para desenmascarar a Tetu.

No lamentaba el peligro que había corrido, pese a la desaprobación de Horemheb.

Según la costumbre, el visir instruyó el proceso del diplomático Tetu. Al presentar una acusación de alta traición, el general Horemheb había obligado al faraón a convocar a un tribunal de justicia presidido por el rey en persona.

Akenatón ni aceptó ni rechazó. Cuando se enteró de la muerte accidental del rey de Siria, Aziru, deploró su carácter trágico. Que se hubiera derramado sangre en la ciudad del sol le causaba la más viva pesadumbre. Por lo que se refería a Tetu, deseaba que se tratara de un malentendido. ¿Cómo un alto funcionario de la corte habría podido cometer tan abyecta traición?

Al término de una larga entrevista con Akenatón, la primera desde hacía más de un año, Horemheb comprendió que el faraón no era tan ingenuo como quería aparentar. Sabía que la única salida de semejante proceso era una condena a muerte, y ver ejecutar la sentencia en la capital del sol divino le resultaba insoportable.

Prefería no tomar una decisión radical, dejar que pasara el tiempo y el felón se pudriera en la cárcel.

Sin embargo, el destino decidió otra cosa. Unos días después de su arresto, Tetu fue hallado muerto en su celda.

Cuando Horemheb intentó explicar al rey la gravedad de la situación en las provincias de Asia, Akenatón se negó a escucharle. Le pidió que resolviera lo antes posible aquellos problemas y que cumpliera sin debilidad sus tareas de jefe del ejército egipcio, es decir, defender las fronteras de Egipto.

El faraón prohibió formalmente a Horemheb organizar una expedición de castigo y declarar la guerra a los hititas. Atón deseaba la paz.

Horemheb, fiel servidor de su rey, le juró obediencia de nuevo.

Puesto que, a menudo, tras la comida de mediodía sentía deseos de adormecerse, el «divino padre» Ay sólo en contadas ocasiones sacrificaba su siesta a las tareas administrativas. Ahora sentía pasión por el silencio y el licor de dátiles. Le hubiera gustado retirarse y disfrutar, en compañía de su mujer, de los goces de la vejez. Pero la posición del rey se debilitaba y amenazaba con acarrear la decadencia de las Dos Tierras.

Akenatón…, ¡tan poderoso en sus convicciones religiosas y tan débil en su modo de gobernar! Según los médicos de palacio, su salud declinaba. Haber asociado al trono al príncipe Semenkh para convertirle en su sucesor, era un error grave. Puesto que la corregencia no había sido confirmada todavía por los ritos

tradicionales de la coronación, tenía aún tiempo de intervenir buscando la mejor solución para el país. Pero Ay no podía actuar solo.

Por ello, cuando cayó la noche se dirigió a la cabecera de Nefertiti.

Cuando los médicos reconocieron al «divino padre», le permitieron entrar en la alcoba de la gran esposa real, que no había pronunciado una sola palabra desde que guardaba cama, negándose a recibir a su esposo o a sus hijos. Su legendaria belleza se marchitaba cada vez más.

Ay esperaba que, pese a la evolución de la enfermedad, Nefertiti conservara su lucidez. Tenía que obtener de ella una información esencial.

La reina estaba tendida en una cama de madera dorada, con los ojos cerrados, los brazos a lo largo del cuerpo y la cabeza descansando en un cojín rojo. Su rostro, de una inquietante palidez, revelaba un profundo sufrimiento.

El «divino padre» se sentó en un taburete, muy cerca de la soberana. Habló con voz tranquila, casi recogida.

–Egipto os necesita, Majestad. Debo consultaros. ¿Me oís y aceptáis responderme?

Nefertiti abrió los ojos. Esa irrupción de vida en un cuerpo presa ya de la inmovilidad de la muerte provocó un estremecimiento en el «divino padre».

–Majestad, el faraón se equivoca. Reinar se ha convertido en una tarea demasiado pesada para sus hombros. El hombre que ha elegido como sucesor, el príncipe Semenkh, es un místico sincero… Pero le creo desprovisto de cualquier capacidad para gobernar.

La gran esposa real parpadeó. Ay se sintió aliviado.

–Pienso, Majestad -prosiguió-, que presentisteis un corregente y que os hubiera gustado proponérselo a el faraón.

El viejo cortesano había ido en busca de un nombre. Pese a su reclusión, su enfermedad y su separación de la corte, Nefertiti seguía siendo una reina de inteligencia superior. No podía haber dejado de advertir la evolución de su esposo, cada vez más encerrado en su meditación. El porvenir de la religión de Atón dependía del futuro faraón.

La gran esposa real disponía de partidarios para impulsar su elección.

Sus sublimes labios se entreabrieron.

–Tutankatón -dijo en un débil soplo.

La princesa Akhesa tenía la impresión de estar presa en una tormenta. La muerte había asestado golpes a su alrededor y seguía merodeando, ávida de presas. Sin embargo, todo parecía tranquilo y luminoso en la ciudad del sol. En los jardines revoloteaban las golondrinas, y las tórtolas cantaban entre la espesura de los papiros. A orillas del Nilo, los jóvenes jugaban a la pelota, deteniéndose para admirar la caída libre y la zambullida del martín pescador.

Akenatón reinaba. La luz de Atón iluminaba el mundo. El rey se pasaba la mayor parte del tiempo mediando. Recibía regularmente a su sucesor designado, el príncipe Semenkh, a quien leía su gran himno a la luz divina. Éste habitaba ahora en un ala del palacio real, en compañía de la primogénita del rey, Meritatón. La simple cohabitación consagraba el matrimonio. Meritatón asumía en el templo las funciones de Nefertiti, cuya desaparición inminente anunciaban los médicos. La continuidad del poder estaba asegurada, el pueblo de Egipto vivía tranquilo.

Akhesa, oficialmente casada con el faraón y madre de una niña a quien nunca había portado en su cuerpo y a la que nunca vería, debía limitarse a la felicidad cotidiana que su condición le proporcionaba sin medida. Pero la rechazaba con todas sus fuerzas, sintiendo que la mentira y el artificio violaban la claridad del sol. La construcción edificada por su padre se apoyaba en la arena. No resistiría el soplo de Maat, la expresión de la verdad. Akenatón había cerrado los ojos al odio, la guerra y el sufrimiento, creyendo que ignorarlos bastaría para aniquilarlos. En lo más profundo de su ser, Akhesa estaba convencida de que Akenatón seguía siendo lúcido. Tenía conciencia de que Semenkh era sólo un confidente, incapaz de reinar, y Meritatón una pretenciosa sin nobleza. Pero ellos, al menos, le reverenciaban sin plantear cuestiones inoportunas. Se limitaban a adorar a Atón en su compañía y a felicitarle por su talento de poeta.

Akhesa rabiaba. Bajo el lujo y los honores estaban asfixiando su vida.

En aquella mañana de suave calidez, había sido convocada a la Casa de la Vida por una orden imperativa. El rollo de papiro que estaba releyendo por décima vez no ofrecía ambigüedad alguna. Un año antes, hubiera saltado de alegría. Hoy, tenía la impresión de estar encerrada en una cárcel del tamaño de toda una ciudad.

El acceso a la Casa de la Vida, un vasto edificio levantado en el recinto del gran templo, estaba reservado a algunos escasos iniciados. Allí, el faraón, sus íntimos y algunos sacerdotes recibían una severa educación. Aprendían a leer y a escribir, estudiaban los rollos que

contenían los rituales y descubrían las ciencias sagradas. Allí se conservaban los textos religiosos y simbólicos esenciales para la supervivencia de Egipto. Arquitectos, médicos e ingenieros trabajaban allí desde hacía años, recogiendo las enseñanzas de prestigiosos maestros.

En el centro de la Casa de la Vida, que comprendía celdas de meditación, aulas, laboratorios y una biblioteca, había un pequeño patio cuadrado al aire libre. Los sabios celebraban allí el más misterioso de los ritos, que consistía en recrear la vida bajo la apariencia de una estatuilla de Osiris.

En el umbral de la Casa de la Vida había apostado un guarda con el cráneo rasurado. No contaba con más arma que una mirada feroz que disuadía al ignorante de dirigirse a él.

Akhesa dominó el temor que se apoderaba de ella y recordó las palabras que su padre le había enseñado.

–Solicito entrar en la Casa de la Vida -dijo.

–¿Conoces el nombre de la puerta? – interrogó el guarda del umbral.

–Su nombre es Guardiana de la Verdad -respondió Akhesa.

–Puesto que lo conoces, entra.

Otro sacerdote de cráneo rasurado recibió a Akhesa en el interior del edificio, en un vestíbulo débilmente iluminado por una antorcha. Sin dirigirle la palabra, la precedió por un corredor flanqueado por columnas en forma de papiro y la condujo hasta el escritorio, una sala que contenía archivos y material de escritura.

En el suelo se extendían las esteras donde se sentaban los escribas. Una extraña calma emanaba de aquel lugar, donde el silencio era regla. El sacerdote abandonó allí a la princesa sin ni siquiera saludarla. La Casa de la Vida no conocía más protocolo que el respeto a la sabiduría.

La muchacha caminó unos instantes, contemplando los rollos de papiro enrollados, sellados y colocados cuidadosamente en estanterías. Aquí se conservaba la ciencia que Egipto había acumulado durante milenios. Junto a cada gran templo se levantaba una Casa de la Vida unida a todas las demás. El estudiante que deseaba profundizar en su disciplina iba de una a otra, recorriendo el país entero y descubriendo las mil facetas de una inagotable enseñanza.

Akhesa se sintió minúscula ante aquella masa de saber que varias vidas no bastarían para dominar. Se sentó en la posición del escriba, saboreando la paz de aquella sala donde su padre había recibido la

iniciación de los sabios antes de celebrar el primer ritual de Atón en el gran templo de la ciudad del sol.

El sacerdote de cráneo rasurado introdujo a un anciano de blancos cabellos, vestido con una túnica de mangas largas.

–¡Vos! – exclamó Akhesa sorprendida-. ¿Vos me habéis convocado aquí?

El «divino padre» Ay, doblando con dificultad las piernas, se sentó frente a la princesa.

–Muchos de los que aquí trabajan son mis amigos. Me han autorizado a organizar este encuentro en un lugar propicio a la reflexión.

Akhesa permanecía reservada. Ay era un personaje inquietante, retorcido, de impenetrables designios. Su instinto le aconsejaba desconfiar de él.

–No temáis nada -recomendó Ay, como si leyera su pensamiento-. No intento perjudicaros, sino ayudaros. Tened confianza en mí. A mi edad, no tengo ya la menor ambición personal. Mi única preocupación es Egipto. Estoy seguro de que la suerte de vuestro país no os es indiferente. Es imposible aceptar que la situación siga degradándose de este modo.

–¿Qué proponéis, pues?

Ay sonrió.

–Sois muy brutal, princesa. En una negociación, no es bueno hacer preguntas demasiado directas.

–En el caso presente, sí. ¿Tenéis intención de criticar al faraón?

El «divino padre» adoptó un aire envarado.

–Lejos de mí tal intención. Soy su servidor. Y a causa de mi fidelidad estoy obligado a…

–No os toméis tanto trabajo -intervino Akhesa-para ocultar vuestros objetivos en un chorro de palabras. ¿Qué esperáis de mí?

Ay se sentía un poco desamparado. La princesa rompía sus hábitos. Había imaginado que dirigiría el juego, pero era la muchacha quien tomaba la iniciativa.

–No me escabulliré -dijo con gravedad-. Vuestra madre, la gran esposa real Nefertiti, está muriéndose y me ha confiado su última voluntad. La elección de Semenkh como futuro faraón no le parece juiciosa.

Akhesa se estremeció. ¡Su madre le daba la razón! En este terreno,

y sólo en éste, aceptaba oponerse a su padre, pues no era a él a quien se ponía en cuestión.

–La opinión de Nefertiti -prosiguió el «divino padre»- sigue siendo determinante. Bastará con hacerla conocer por mi voz para que su magia actúe. Nadie, ni siquiera el faraón, podrá prescindir de ella.

La magia de la gran esposa real. Todos los egipcios, desde el alba de los tiempos, habían conocido su poder.

–¿Ha indicado mi madre sus preferencias?

–Sí, princesa. Estima que el futuro faraón debiera ser Tutankatón.

El joven tebano… ¡El joven príncipe que estaba locamente enamorado de ella! Akhesa olvidó la serenidad de la Casa de la Vida, la austeridad de la ciencia y los estudios. El velo de su destino se desgarraba.

El «divino padre» Ay había organizado una recepción discreta. No uno de aquellos banquetes donde se servían innumerables manjares mientras las bailarinas deslumbraban los ojos de los comensales, sino una cena entre amigos con sencillos y sabrosos manjares. Se había servido vino rojo de Fayum, seco y afrutado, costillas de buey asadas, aves hervidas y un puré de lentejas aromatizado.

Cuando la velada se prolongó y las mujeres comenzaron a hacerse confidencias, el «divino padre» invitó al general Horemheb, al embajador Hanis, al comandante Nakhtmin y al intendente Huy a saborear un licor de palma de excepcional calidad. Los vasos eran servidos en un cenador en el jardín, a pocos pasos de allí.

Todos tuvieron el presentimiento de que aquel aparte era de la mayor importancia. Jamás aquellos hombres se habían reunido bajo el auspicio del dueño oculto de Egipto. El «divino padre» no se perdió en digresiones. Hacía tiempo que había estudiado el carácter de sus huéspedes y conocía su perspicacia. Horemheb tenía el rostro huraño.

Hanis parecía relajado; Huy, inquieto.

El comandante Nakhtmin era el más preocupado. Encargado por el general Horemheb de vigilar el ministerio de Países Extranjeros para descubrir la presencia de eventuales espías, había advertido las repetidas ausencias de un tal Pached, transferido del servicio nocturno al de día a petición propia. Nakhtmin se había prometido avisar al general.

Ay relató su entrevista con la gran esposa real Nefertiti. Insistió en el hecho de que el advenimiento del príncipe Semenkh constituía una locura. Un rey semejante pondría en peligro al país.

Ninguno de los cuatro invitados del «divino padre» manifestó el menor desacuerdo. Ay se sintió satisfecho. Había recorrido la mitad del camino. El resto sería más difícil.

–Si el príncipe Semenkh no fuera el faraón -interrogó Hanis-, ¿quién subiría al trono?

El «divino padre» no respondió inmediatamente. Deseaba captar la atención de sus interlocutores. Éstos, a duras penas ocultaban su impaciencia.

–El príncipe Tutankatón, pese a su juventud, sería un soberano ideal. El muchacho conoce los usos de Tebas al igual que los de la ciudad del sol, y posee un espíritu vivaz y una recta voluntad. Respetará la tradición. Su educación ha sido correctamente conducida. Si nos ponemos de acuerdo, podríamos persuadir a Akenatón de que le concediera su confianza. El destino del país habría cambiado.

Hanis no manifestó emoción alguna, pero una ligera sonrisa pareció adornar sus labios. Nakhtmin aprobó con una inclinación de cabeza. Ver a su amigo y alumno promovido a la dignidad real le produciría un ilimitada alegría.

Huy no ocultaba su satisfacción.

El general Horemheb reflexionaba. Tutankatón, casi un niño… Sería fácil influir en él.

–Vuestra proposición merece ser considerada -juzgó Hanis.

–El príncipe Tutankatón es digno de reinar -afirmó Nakhtmin.

–Tiene un corazón puro y le ayudaré -indicó Huy.

Ay estaba alcanzando su objetivo. Sin revolución y sin violencia, preparaba la transición entre la loca experiencia de Akenatón y el regreso al Egipto de las tradiciones. Próxima a la muerte, Nefertiti había abierto el camino a un porvenir risueño designando a Tutankatón. Hasta que éste llegara realmente a la edad de reinar, Egipto sería gobernado por Ay y Horemheb. Nefertiti conocía el amor que, más allá de sus ambiciones, ambos hombres sentían por su país. Sabía también que el general no emprendería nunca acción ilegal alguna contra el faraón reinante. Su sentido del orden y su respeto por la jerarquía se lo impedían.

Pero Horemheb no había dado todavía su asentimiento, del que dependía el del ejército. Aunque Nakhtmin, hijo del «divino padre» y partidario de Tutankatón, fuera capaz de atraer a su causa a algunos oficiales superiores, el general era quien dominaba el dispositivo militar que garantizaba la seguridad del país.

–Si deseamos que el joven príncipe Tutankatón se convierta en soberano de las Dos Tierras -dijo Horemheb-, debe desposar a Meritatón, la primogénita del soberano reinante. Ella le conferirá la legitimidad.

El «divino padre» rindió interiormente homenaje al general. Con la lucidez de un gran hombre de Estado, ponía de relieve el mayor obstáculo que podía cerrar a Tutankatón el acceso al trono.

–Es difícilmente concebible -indicó Ay-. Meritatón está casada con Semenkh. Encontremos otra reina.

Las arrugas fruncieron la frente de Horemheb.

–¿En quién estáis pensando?

–En la muchacha de la que Tutankatón está perdidamente enamorado: Akhesa, la tercera hija de la pareja real.

La cólera del general Horemheb estalló con rara violencia.

–¿Akhesa? ¿Por qué Akhesa? ¿No es acaso la esposa simbólica del faraón? ¡Que permanezca recluida en palacio! No debe casarse con nadie. Convertirla en reina implicaría el asesinato de Meritatón y de Semenkh, ¿no es cierto? ¿Es ése vuestro proyecto? No contéis conmigo para participar en él. Y no intentéis ponerlo en práctica. De lo contrario, me levantaré contra vos.

El general Horemheb abandonó el cenador. Nunca el «divino padre» le había visto presa de semejante furor. Esta vez, no era el hombre de Estado quien se había expresado, sino un individuo apasionado que había reaccionado sorprendentemente ante el simple nombre de Akhesa.

Ay había fracasado porque no tenía todas las armas necesarias. En cambio, había descubierto una grieta en la coraza del general. Y aquel descubrimiento valía una victoria.

15

Pached se echó a temblar de miedo cuando los dos lebreles, olfateando su presencia, comenzaron a tirar de la correa que los sujetaba para saltar hacia la esquina del muro tras la que se ocultaba. Por fortuna, la princesa logró arrastrarlos más lejos. ¡Hubiera sido muy mala suerte acabar degollado por aquellos monstruos cuando estaba logrando su objetivo! Tras largas tardes de investigación, interrogatorios y rastreos, durante las que había tenido que ausentarse

del ministerio, había conseguido identificar por fin a la mujer que, con amenazas, se había introducido en las salas de los archivos: ¡la princesa Akhesa, hija del faraón! Los indicios concordaban: la admirable finura de los pies, sus brazaletes y, finalmente, los dos lebreles.

Akhesa estaba implicada en una conspiración que había provocado la desaparición del enviado del rey de Biblos y la del diplomático Tetu… Aquella información podía valerle a Pached una importante promoción si sabía utilizarla. Sólo tenía que encontrar a la persona que más odiara a Akhesa.

Meritatón, la hija primogénita del faraón, solicitó a sus portadores que apresuraran el paso. Acurrucada en la silla de madera dorada protegida por dos parasoles, había huido de palacio. Se había engalanado para seducir definitivamente a su marido, Semenkh, pero éste la había rechazado con violencia y desprecio, proclamando su odio hacia las mujeres.

El cortejo real cruzó una pequeña plaza llena de gente que hacía sus compras. A lo largo de las blancas viviendas, los vendedores habían depositado cestas y cestillos trenzados con hojas de palma y llenos de panes, pasteles, legumbres, pescado fresco o seco, carne de buey y de cordero, especias, paños de diversas calidades y perfumes.

Los compradores discutían el precio. Se hablaba fuerte y en voz alta; las discusiones parecían envenenarse, pero terminaban en un acuerdo amistoso. Un campesino que ofrecía cebollas de excepcional tamaño tenía un enorme éxito. Eran muchos quienes sabían que aquella planta mantenía alejados a los demonios nocturnos y las enfermedades infecciosas.

Ensimismada, con los ojos bañados de lágrimas, Meritatón no se interesaba por las escenas del mercado. Repasaba la penosa escena que la había separado para siempre del hombre que debía ser su marido. ¿Cómo olvidar las abyectas palabras que había pronunciado? ¿Cómo admitir que se felicitara por pasar noches enteras en compañía del rey y haber reemplazado a la esposa que moría lejos de él? Semenkh era un ser innoble.

A la salida del mercado, Meritatón ya había recuperado cierta fuerza y lucidez. Sólo el odio seguía infundiéndole deseos de vivir.

Un suave viento refrescaba el templo «abanico de la luz» donde residía Meritatón. La princesa estaba sola en su santuario privado; había despedido a todos sus servidores, a excepción del portero. Desde que había llegado a sus manos un mensaje, escrito en tinta negra sobre un fragmento de caliza, con la marca del ministerio de Países

Extranjeros, su esperanza había renacido.

Su corresponsal, que permanecía anónimo, solicitaba una urgente entrevista para comunicarle una información confidencial.

Meritatón soñaba. ¿No estaría la suerte ofreciéndole un arma eficaz para satisfacer su venganza? Calculó la hora en la clepsidra: media tarde. Fuera debía de hacer calor. La primogénita de Akenatón rindió homenaje al arquitecto que había dispuesto los muros de un modo tan sabio que la menor brisa se transformaba en corriente de aire que circulaba por todo el edificio, orientado de norte a sur. Pese a que se hallaban en plena canícula, reinaba un agradable frescor en aquel «abanico» de piedra que captaba toda la luz bienhechora del sol y ni un ápice de su desecante ardor.

El hombre entró acompañado por el portero, que se retiró enseguida.

Pached, maravillado, miraba a su alrededor, levantaba sus ojos al techo, admiraba las pinturas que representaban el nacimiento de los pájaros, el vuelo de los patos salvajes, los multicolores amores de las mariposas. La delicadeza de aquellos encantadores lugares dulcificaba su alma. Casi lamentaba su gestión y sus deseos de hacer daño. Pero era demasiado tarde para retroceder.

Meritatón, muy envarada en su afán por parecer autoritaria, devolvió a su huésped a la realidad.

–¿Quién sois y qué queréis de mí?

Pached se prosternó ante la joven, inclinando su mirada hacia el suelo de baldosas adornadas con estilizadas plantas.

–Soy sólo un humilde funcionario del ministerio de Países Extranjeros, pero me gustaría ayudaros. Tengo la seguridad de que vuestra hermana Akhesa está complicada en una grave conspiración.

Meritatón contuvo a duras penas su júbilo.

–Levantaos y seguidme.

Le condujo a una salita en cuyo centro había una fuente; el agua que manaba, caía en inmateriales arcadas. Estaba rodeada de bancos de piedra, donde se sentaron Meritatón y Pached, separados por la cristalina pantalla.

–¿Qué tenéis que decirme? – preguntó impaciente.

–La princesa Akhesa me amenazó utilizando a sus dos lebreles. No tuve más remedio que dejarle paso franco hacia las copias de los archivos, que ella consultó. Ocultaba su rostro.

Ante el visible júbilo que brillaba en los ojos de Meritatón, Pached supo que no había fallado en sus cálculos. Los porteadores de la primogénita del faraón le habían comunicado el odio que ésta albergaba contra su hermana Akhesa. Cuando Meritatón le preguntó de qué modo podía agradecérselo, el funcionario se relajó. Estaba llevando a cabo con éxito la más fructífera gestión de su carrera.

El jefe de la policía, Mahú, bostezó varias veces. El bol de habas calientes que acababa de engullir le devolvía ciertas fuerzas, pero sus incesantes idas y venidas del cuartel central a los puestos fronterizos terminarían por dejarlo agotado. Sin embargo, se imponía aquel deber e intentaba mantener a sus hombres en permanente estado de alerta. Mahú tenía la certidumbre de que los hititas, aprovechando la momentánea debilidad del faraón, intentarían invadir Egipto. Solicitarían a sus viles aliados, los perros libios y los chacales beduinos[12], que llevaran a cabo un primer ataque.

Mejor hubiera sido una de aquellas expediciones preventivas que tan bien sabía organizar el gran Tutmosis III. Pero Akenatón era incapaz de ello, y Horemheb no actuaría sin órdenes. De este modo, Mahú tenía la sensación de ser, con sus fuerzas de policía, la primera muralla contra la invasión. Una muralla que debía aceptar ser sacrificada.

Tras haber inspeccionado la guarnición del puesto norte, Mahú volvió a subir al carro y lo lanzó a toda velocidad hacia un fortín aislado, situado a poca distancia de la estela más septentrional plantada por Akenatón para delimitar el territorio de Atón.

En la pista se había detenido un carro, sobre el que iban montados un arquero y, a su lado, una mujer vestida con una larga túnica blanca.

Extraño encuentro en aquel lugar habitualmente desierto. Mahú detuvo su propio vehículo y bajó. Había reconocido a Meritatón, la primogénita del rey. Aquella entrevista no le decía nada bueno.

–Os necesito -declaró nerviosa Meritatón.

–Estoy a vuestras órdenes -respondió prudente el jefe de la policía.

–Mañana por la noche estaréis ante la entrada de las estancias privadas del príncipe Semenkh. Se preparan graves acontecimientos. Vuestra presencia evitará una gran desgracia.

Sin aguardar respuesta, la princesa subió de nuevo al carro que conducía el arquero y desapareció entre una nube de polvo. Mahú permaneció largo rato inmóvil, presa de la indecisión. No estaba

acostumbrado a recibir tales órdenes. ¿No intentarían implicarle en una conspiración? Las intrigas de la corte real no eran cosa suya. Pero si ofendía a Meritatón, desobedeciéndola, corría el riesgo de ser destituido.

Lo más prudente sería, sin duda, no mantener esa entrevista demasiado secreta. Dar a conocer su temor al general Horemheb sería una no desdeñable garantía.

Agotada por su paseo en compañía de Carnero y Toro, que ella misma había devuelto a las perreras, Akhesa se durmió nada más tenderse en la cama. Su sirvienta le dio un masaje en los pies y las piernas sin despertarla, luego esparció perfumes por la alcoba para mantener alejados a los insectos, y apagó, soplando, las mechas de las lámparas.

Aquella noche, el sueño de la princesa era tan profundo que hubiera sido necesario un gran ruido para despertarla. La pequeña sirvienta de doce años que entró por una de las ventanas y avanzó descalza por el enlosado, golpeó con el codo una silla baja. Tras comprobar que la respiración de la durmiente seguía siendo regular, llevó a cabo la misión que su señora, Meritatón, le había confiado: robar un espejo en forma de llave de la vida y un vestido plisado.

Akhesa se sentía maravillosamente bien. La primavera era su estación preferida. Su luz le proporcionaba nuevas energías, unas formidables ganas de vivir y de ser ella misma. Flotaba en el aire ligero un inefable deseo que los poetas sabían cantar muy bien, celebrando la unión de las dos orillas y el matrimonio del cielo con la tierra.

Sin embargo, no gozaba, como de costumbre, de la admirable vista que descubría desde los jardines colgantes del palacio. El extraño mensaje que le había transmitido su sirvienta nubia llenaba en exceso su espíritu como para que pudiera saborear el verde traslúcido de los campos, el brillante azul del cielo, el fulgor de las aguas del Nilo.

Un papiro sellado contenía algunas palabras casi ilegibles, escritas a toda prisa y firmadas por la mano del príncipe Semenkh, el esposo de Meritatón. Le rogaba que le visitara aquel mismo anochecer, cuando el sol se pusiera en el patio interior situado ante sus aposentos privados.

Irritada por la torpeza de la nubia, que había extraviado su espejo y un vestido plisado que le gustaba mucho, Akhesa experimentaba una vaga angustia. ¿Tenía que acudir a casa de Semenkh? ¿Qué peligro corría? Si el marido de su hermana deseaba tanto verla, era sin duda para hacerle confidencias. ¿Debía escucharle a fin de obtener

inesperadas informaciones? Por otra parte, sentía curiosidad, ese goloso sentimiento insaciable que no la dejaría en paz hasta estar satisfecha.

Akhesa atravesó los jardines, trepando con agilidad por las más escarpadas pendientes. Se aseguró de que nadie la hubiera seguido antes de aventurarse por el patio interior, donde el príncipe Semenkh, como cada tarde a aquellas horas, dirigía una plegaria al sol poniente con las manos levantadas hacia el occidente del cielo.

Semenkh tenía el rostro sumamente delgado. Sus ojos estaban clavados en un punto lejano y no se apartaban de él. Permanecía tan inmóvil como una estatua. Su lúgubre tez le hacía parecer un genio del otro mundo, dispuesto a devorar a los viajeros que ignoraran la contraseña.

Akhesa pensó conmovida en su hermana. ¡Qué desgraciada debía de ser con semejante hombre!

Avanzó en la penumbra. Semenkh no reaccionó. Ella se aproximó. Él volvió lentamente la cabeza en su dirección.

–¡Cómo os atrevéis a interrumpir mi plegaria! – se indignó.

–Porque me lo habéis pedido -respondió Akhesa.

Semenkh, intrigado, frunció las cejas.

–¿Que os lo he pedido? ¿Qué significa ese cuento? Detesto a las mujeres. Son frívolas y mentirosas. ¡No tengo deseo alguno de veros y menos aún de hablar con vos!

–¿Habéis olvidado acaso este mensaje, firmado por vuestra mano?

Semenkh consultó el papiro que la joven le enseñaba.

–Es falso, no es mi caligrafía.

–Demostradlo.

–De modo que no me creéis. Entonces, seguidme.

Akhesa penetró en los aposentos privados de Semenkh y Meritatón.

–¿Está ausente mi hermana? – se asombró.

–No vivimos juntos -reveló sardónico el príncipe-. Ya os he dicho que la compañía de las mujeres me disgusta.

Un gran desorden reinaba en la sala de columnas donde trabajaba Semenkh. Había rollos de papiro y tablillas esparcidos por el suelo. En los muebles bajos se veían vestiduras y material de escritura. El príncipe recogió un fragmento de caliza y lo mostró a la hija del faraón.

–He aquí mi caligrafía. Comparadla con la del mensaje que habéis recibido.

Akhesa lo comprobó enseguida. Su mirada se posó en un espejo y en un vestido plisado que estaba junto a un cofre de madera. Se los indicó a Semenkh.

–Eso me pertenece -declaró asombrada-. ¿Cómo habéis obtenido esos objetos?

Semenkh se arrodilló para recoger el espejo y el vestido.

–Pero… lo ignoro. Nunca los había visto.

La puerta de la sala de columnas se abrió con estruendo. En el umbral estaba Meritatón.

–De modo -afirmó rabiosa-que me engañas con mi propia hermana, en mi propio palacio. ¡Cometes adulterio, un crimen que merece el más severo de los castigos!

Semenkh, tembloroso, se levantó.

–Te equivocas, Meritatón… Te equivocas…

–He sido convocada aquí por un misterioso corresponsal que ha imitado la escritura de tu marido -explicó Akhesa.

–Y ese vestido que tiene en las manos, ¿acaso no es tuyo? ¿No te pertenece ese espejo?

–Los han robado y los han colocado aquí para acusarme, querida hermana. Esta grosera artimaña es de tu estilo.

–No debieras ironizar, Akhesa. Tu comportamiento es más reprensible aún de lo que imaginas. No sólo compartes el lecho de un hombre casado, sino que traicionas también a tu país.

Semenkh miró con asombro a su esposa.

–Te has vuelto loca, Meritatón.

–He traído a un testigo que hará que el tribunal te condene, Akhesa. Tú y Semenkh seréis desterrados, obligados a abandonar la ciudad del sol, tal vez encarcelados o algo peor todavía.

El maligno gozo de Meritatón oprimió el corazón de Akhesa. No podía creer que el odio degradara tanto a un ser. Su hermana ya no sentía por ella la menor brizna de afecto. Había decidido librar un combate sin merced para conservar su poder.

Un hombre apareció junto a Meritatón. Pached, el funcionario del ministerio de Países Extranjeros. Akhesa creyó desfallecer. Manipulado por Meritatón, podría causarle los mayores problemas.

Con su testimonio, las acusaciones de su hermana no carecerían de peso.

El príncipe Semenkh había perdido toda su soberbia. Retorcía el plisado vestido de Akhesa como si fuera un trapo.

–Y el funcionario Pached no ha venido solo -dijo Meritatón triunfal-. Le acompaña el jefe de la policía, Mahú, y sus hombres.

–¿No pensaréis detenerme? – preguntó angustiado Semenkh, arrojando lejos el vestido arrugado-. ¡A mí no! ¡Soy tu marido y el confidente del rey!

–Me has engañado, Semenkh. Mereces ser castigado. Tu suerte ya no me concierne.

Meritatón se apartó para dejar paso al jefe de la policía. Sin embargo, se llevó una desagradable sorpresa. Mahú era un hombre demasiado prudente como para asumir el riesgo de interpelar a los miembros de la familia real. El hecho no era ilegal, pero habría sido necesario algo mucho más sólido que lo que Meritatón aducía.

No fue Mahú quien penetró en la sala de columnas, sino el general Horemheb.

Incrédula, Meritatón lanzó un grito de espanto. Retrocedió hasta que su espalda chocó contra el muro. Horemheb la miró con desdén, al igual que al aterrorizado Pached.

El faraón Akenatón hacía ya varias semanas que no concedía audiencias. La sala del trono permanecía desierta, habitada por el fantasma de un gran rey que había sabido crear una nueva capital. El general Horemheb había decidido entrevistarse con Akhesa tras los graves acontecimientos que habían perturbado la corte real. Le había rogado que se reuniera con él en una de las columnatas del palacio, animada antaño por el paso de los escribas.

El jefe de la policía, Mahú, y el comandante Nakhtmin se felicitaban por haber alertado a Horemheb. Este último había tomado en sus manos el asunto. Había librado a Akhesa de las falaces acusaciones hechas por Meritatón, desacreditada ya para siempre. Un informe con su actuación, firmado por el propio general, había sido entregado a Akenatón. El rey no había hecho declaración alguna, pero había prohibido el acceso a su gabinete privado al príncipe Semenkh. Pached había sido condenado a trabajos forzados en los oasis.

Horemheb estaba nervioso. Hasta entonces había actuado respetando el Maat. Se había jurado a sí mismo no traicionar nunca la ley de armonía revelada por los dioses.

Hoy, el amor que le inspiraba una muchacha, hija de su rey, le

hacía vacilar. Se había convertido en el principal enemigo de sí mismo, un adversario implacable contra el que luchaba con la torpeza de un novicio.

La reputación de Akhesa había crecido de pronto en la ciudad del sol. El rumor afirmaba que se había convertido en la protegida del general Horemheb y que, por su mediación, se habían iniciado conversaciones con los sacerdotes de Tebas.

El rumor, una vez más, mentía. La única negociación que Horemheb pretendía llevar a buen puerto tenía a Akhesa como interlocutora privilegiada. Aquella entrevista no era secreta. La princesa llegó acompañada por una escolta de servidores. Sus cabellos estaban recogidos por una diadema de perlas finas. Llevaba los ojos maquillados de verde oscuro.

El general propuso a la princesa pasear por la columnata. Caminaron lentamente, uno junto a otra, dando vueltas en torno a la sala del trono con la puerta cerrada, como atraídos por el vacío de un poder que conducía a Egipto a su perdición.

–Sé cuánto os debo, general. Nunca lo olvidaré.

–He cumplido con mi deber, Alteza. Servir a la verdad es lo que nos da la vida.

–¿Qué será de Meritatón?

–No soy yo quien debe decidirlo. Nuestro destino está en manos del faraón. Sin embargo…

–¿Sin embargo…?

–Egipto necesita una gran reina.

–Meritatón es la primogénita. Detenta la legitimidad de la sangre.

Horemheb y Akhesa mantuvieron un largo silencio. Aquella realidad era incuestionable.

–Egipto necesita una gran reina -repitió Horemheb, apretando las mandíbulas-. Los dioses y yo mismo velaremos para que la tenga.

La muchacha se estremeció, fascinada por la determinación del general.

«Los dioses»… Se había atrevido a decir «los dioses», negando la omnipotencia de Atón.

–Quisiera compartir con vos una confidencia.

El corazón de Horemheb palpitó. No se atrevía a imaginar las palabras que ella iba a pronunciar y que trastornarían su vida.

–General, antes de morir, la reina madre Teje me reveló el nombre del futuro faraón que esperaba ver subir al trono: Tutankatón. Le prometí…

–¡No teníais que prometerle nada! – intervino con sequedad Horemheb-. El príncipe tebano es sólo un niño, y como tal será tratado.

Horemheb no reconoció que la revelación de Akhesa le turbaba.

Tutankatón… ¡Tutankatón había sido también designado por Nefertiti! ¿Iba un niño a interponerse entre Akhesa y él? Se reprochó enseguida tan insensata reacción.

–Os engañáis con respecto a Tutankatón, general. Evoluciona rápidamente. Frecuentar la corte le ha hecho madurar.

–Se afirma que está enamorado de vos… ¡Es absurdo!

–No lo creo. Un sentimiento profundo le anima, en efecto.

Sonreía, tensa. Aquella sonrisa torturó a Horemheb.

–Y vos…

No logró hacer la pregunta que le abrasaba los labios. Akhesa no le obligó a ello.

–Akhesa… Alejaos de Tutankatón. Se hallará en el centro de un grave conflicto.

La muchacha desafió al general, aguantando su mirada.

–Tutankatón es un futuro faraón y he prometido estar a su lado. Soy la única que puede ayudarle.

Una intensa decepción se pintó en el rostro de Horemheb.

–No os mezcléis en la lucha por el poder, princesa. Será cruel, implacable. Permitidme protegeros. Cuando la tormenta haya comenzado, será demasiado tarde.

Akhesa permaneció serena.

–No la temo. Haré cualquier cosa para evitarla. Tal vez la paz civil pase por mi boda con el príncipe Tutankatón.

Horemheb estaba viviendo una pesadilla. Sin embargo, lo que leía en los ojos de la princesa no se parecía a la indiferencia. Aquella muchacha le amaba, estaba seguro de ello. Pero le anunciaba, con increíble calma, que se entregaría a otro hombre.

–Si os desposáis con Tutankatón, princesa, seremos enemigos irreconciliables.

–Hágase según la voluntad de Atón, general.

16

Desde la instalación oficial del príncipe Tutankatón en el palacio norte de la ciudad del sol, donde residía ahora Nefertiti, todos conocían la elección de la gran esposa real con respecto al porvenir del reino. Deseaba, como sucesor de Akenatón, a un príncipe cuya infancia y adolescencia se hubieran repartido entre la antigua y la nueva capital de Egipto, entre Tebas y la ciudad del sol.

Incapaz de gobernar a causa de su juventud, sería sin embargo el símbolo, respetado e intocable, de la unión de las Dos Tierras, satisfaciendo tanto a los partidarios de Atón como a los defensores de la religión tradicional. Frágil equilibrio, es cierto, pero el «divino padre» Ay y el general Horemheb lo podrían asegurar.

Ésos eran, pues, los deseos de Nefertiti sobre los que Akenatón meditaba día y noche, sin conseguir ya conciliar el sueño. Él no había asociado al trono a Tutankatón sino a Semenkh, un verdadero adorador de Atón en quien tenía plena confianza.

Durante los deplorables acontecimientos cuya única responsable había sido su primogénita, Meritatón había revelado su verdadera naturaleza: la de una intrigante de cortos alcances.

Semenkh se veía obligado a repudiarla. Akenatón le entregaría como esposa a Akhesa, que sería elevada al rango de primogénita y futura reina de Egipto. Así se reconstituiría una pareja análoga a la formada por Akenatón y Nefertiti.

El faraón había meditado tal decisión. Amaba a Meritatón, había esperado que se convirtiera en reina y sufría al infligirle tan gran pena.

Debía conceder a su primogénita una última oportunidad. Por ello, la había convocado en compañía de Semenkh. Si se rebelaba, si lograba convencerle de que cometía un error, tal vez aceptara pensarlo de nuevo. Inmerso en la luz de Atón, corrigiendo y volviendo a corregir cada uno de los versos del himno que estaba componiendo a la gloria de Dios, Akenatón había perdido la noción del tiempo. Las tareas cotidianas ya no le interesaban. No sentía deseos de reunir su consejo, de consultar a sus ministros, de dar directrices para la conducción de los asuntos de Estado. Dejaba actuar a Ay y a Horemheb.

Una dolorosa languidez se había apoderado de él y le privaba de la huraña voluntad que le había animado desde que, niño todavía, había tomado conciencia de su misión religiosa. Moría lentamente, como Nefertiti. Ella se encerraba en la nada de su ceguera, pero seguía actuando mágicamente. Esta vez, para desgracia de ambos, no estaban de acuerdo. Aquel desgarrón contribuía en gran modo a su debilitamiento. Así pues, era preciso determinar definitivamente su sucesión. Tras haberla proclamado por decreto, solicitaría reunirse con su esposa y pasar sus últimos instantes terrenos en su compañía. Eso, al menos, no podría negárselo.

Semenkh y Meritatón, uno junto a otro, se prosternaron ante el faraón. Akenatón, desnudo, en postura de escriba, escribía. Su mano temblaba. Los jeroglíficos estaban mal dibujados. A costa de un esfuerzo considerable, continuaba sujetando su cálamo y trazando en el papiro las palabras de vida que alababan la omnipotencia de Atón.

–Ésta será nuestra última entrevista -anunció con voz débil-. Me queda muy poco tiempo y debo consagrarlo a Atón. Tú, mi primogénita, has sembrado la discordia y la mentira en la ciudad del sol. Te convertirás en una de las superioras de las cantoras del templo y te instalarás en una casa construida en el interior del recinto. En adelante, te consagrarás a loar a Atón y no participarás en ninguna ceremonia oficial. Tu nombre desaparecerá de los Anales. Pasarás el resto de tus días consagrada a la plegaria y al recogimiento.

Meritatón permaneció postrada, con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos unidas ante sí.

Akenatón aguardó una reacción. No se produjo. Meritatón había sellado su propio destino. Sin atreverse a mirar a su padre ni a Semenkh, salió del gabinete privado del faraón, destrozada para siempre.

El rey tomó a Semenkh de los hombros.

–Tú, mi sucesor…, te desposarás con mi hija Akhesa y…

Semenkh se soltó bruscamente.

–No, Majestad. No estoy destinado al matrimonio ni a la realeza. Renuncio al poder que me ofrecéis. No me interesa. Quiero dedicar mi existencia a Atón, vivir en el templo. Permitid que me convierta en sacerdote y no regrese al mundo exterior. Que otro tome a su cargo los asuntos del Estado.

La impresión provocada por aquellas palabras fue tan fuerte que Akenatón desfalleció. Las paredes de la estancia bailaron ante sus ojos.

Semenkh percibió el trastorno del rey.

–Perdonad que os inflija ese tormento, Majestad… Pero debo ser sincero conmigo mismo. No acepto mentirme ni mentiros.

Semenkh se arrodilló ante Akenatón.

–Vos sois el único profeta de Atón -dijo-y mi maestro espiritual. Vos me habéis enseñado el camino que lleva a Dios. Permitid que me consagre por entero a él.

–Así sea, Semenkh.

Cuando Akhesa llegó al palacio norte, donde residían Nefertiti y Tutankatón, era presa de la más viva angustia, temiendo verse enfrentada a una realidad horrible.

El mayordomo que había ido a buscarla no le había dado explicación alguna. ¿Y si su madre…?

En cuanto penetró en el vestíbulo, sus temores se confirmaron. Casi todas las antorchas habían sido apagadas. Sólo subsistía una débil luz en la inmensa mansión silenciosa. Akhesa levantó una mirada interrogadora hacia el mayordomo, que se limitaba a guiarla en silencio a través de un laberinto de estancias, corredores y patios donde algunos servidores permanecían postrados con la cabeza gacha.

El signo del luto.

No tenía derecho a llorar. Akhesa debía mostrarse dueña de sí misma, afrontar la muerte de su madre con la dignidad que ella le había inculcado.

El mayordomo introdujo a la princesa en la alcoba de la gran esposa real, contigua a un cuarto de baño y una sala de unciones. Cerró tras ella las puertas de cedro.

Reinaba una oscuridad total. Cuando las lágrimas corrían ya por las mejillas de Akhesa, una voz casi imperceptible inició una melopea de suavísimas inflexiones.

La voz clara de Nefertiti, de absoluta pureza.

Akhesa se precipitó hacia el lecho donde su madre yacía inmóvil, con los ojos muertos.

–¡Madre, estás viva!

Akhesa estrechó con pasión la mano izquierda de Nefertiti, que colgaba de la cama.

–Es mi última noche en esta tierra, hija bienamada… Me siento feliz de abandonar este mundo para conocer otra luz. Atón me ha concedido la gracia de respirar hasta este momento para revelarte por fin tu destino.

La muchacha advirtió una sonrisa en las palabras de Nefertiti, una esperanza que vencía a la muerte.

–Tu padre ha venido hace unas horas. Quería hablarle por última vez. Lo que me ha dicho, Akhesa, me ha dado fuerzas para luchar hasta ahora.

La voz de la gran esposa real se debilitaba, apenas era ya audible.

–Ahora, hija mía, tú eres la guardiana de la legitimidad y la futura reina de Egipto… Tienes todas las prerrogativas de la primogénita. Despósate con el príncipe Tutankatón en este palacio, esta misma noche…, y vela por la felicidad de Egipto.

Mientras la noche estrellada tendía su manto de lapislázuli sobre la ciudad del sol, la princesa Akhesa era perfumada por una sirvienta en una sala de abluciones cuyas piedras habían sido caldeadas largo rato. Akhesa, desnuda, se había sentado en un taburete plegable y bebía un jugo de frutas fresco, que aspiraba a pequeños tragos gracias a un sifón importado de Siria.

La princesa no pensaba en nada. Se dejaba frotar y ungir con delicia, pensando sólo en su bienestar, en los estremecimientos que le recorrían la espalda y los costados. La sirvienta, desnuda también, apenas tenía veinte años. Camarera de Nefertiti desde la infancia, había conocido Tebas antes de partir con su señora hacia la nueva capital.

–Sois muy hermosa -confió a la princesa-, tan hermosa como vuestra madre. La mía era una de sus sirvientas cuando Nefertiti se preparó para su primera noche de amor con el faraón. Esta noche, yo tengo el deber de hacer que la belleza de vuestro cuerpo resplandezca, de haceros más atractiva que una diosa.

Akhesa dejó de beber. Esa noche, en efecto, se convertiría en la esposa del príncipe Tutankatón. Su matrimonio se llevaría a cabo por el simple hecho de ir a vivir bajo el mismo techo que el joven y ofrecerse a él. Ningún acto legal, ninguna ceremonia religiosa o civil serían necesarias. Se convertían en marido y mujer dos seres que se declaraban su amor y comenzaban una existencia común, compartiendo penas y alegrías.

–¿Has vivido en Tebas? – preguntó Akhesa.

–Sí, princesa.

–¿Es una ciudad tan agradable como nuestra capital?

Akhesa no podía confesar que había estado en la orilla occidental, en el palacio de la reina madre, y que lamentaba no haber podido descubrir la lujuriante ciudad cuyos barrios se desplegaban a la otra

orilla.

La sirvienta dejó escapar un suspiro.

–Agradable… La palabra es demasiado débil. Tebas es la más rica, la más alegre de las ciudades. Cada noche se celebraban grandes banquetes. Yo tocaba la lira y cantaba. Aquí, la existencia se ha vuelto gris y apagada. Casi está prohibido reír, divertirse. Merodea la muerte… ¡Pero no esta noche! El amor la expulsará, estoy segura. Vos la alejaréis.

Ni una sola pulgada del admirable cuerpo de Akhesa carecía de perfume. Ella no se movía, jamás había sentido tal felicidad. Una satisfacción sencilla, animal, que saboreaba sin contención alguna.

La sirvienta dio un ligero masaje en el cuello de la futura reina. No estaba todavía lo bastante relajada.

–No temáis nada, princesa. El amor es una palabra de Dios. Lo que ahora sentís no es nada comparado con el goce que va a ofreceros. Ascenderá por vuestro cuerpo como el agua por las orillas del Nilo.

Por primera vez, Akhesa pensó arrobada en el príncipe Tutankatón. Se iba a convertir en el guarda de su felicidad. Comenzaba a amarle, no con loca pasión, sino con un sentimiento muy tierno que, pronto, nutriría la comunión que uniría sus almas y sus cuerpos.

La sirvienta abrió una caja de oro que contenía perfume y reposaba sobre una peana de plata formada por dos cartuchos[13] unidos, coronados por dos plumas de avestruz que enmarcaban el disco solar. La preciosa substancia, depositada en cada uno de los cartuchos que servían de recipiente, había sido preparada en el laboratorio del templo por sacerdotes médicos que conocían los secretos de Sekhmet, la peligrosa leona que había regresado de las lejanas regiones del Sur portando las más raras substancias aromáticas.

La caja estaba adornada con representaciones de un rey niño, con una trenza a un lado que simbolizaba su juventud; la fina escultura de oro, labrada o repujada, llevaba incrustadas piedras de colores. Con el índice de su mano derecha, la sirvienta tomó un poco de la olorosa pasta, y la extendió lenta y delicadamente en la base de la nuca de la princesa.

Una increíble sensación de frescor invadió a Akhesa. Dejó escapar un débil grito de goce. Le pareció que la menor parcela de su ser se volvía sensible.

–Permaneced inmóvil, princesa. Estáis dispuesta para el amor. Lo viviréis en lo más profundo de vos misma. Ahora, voy a vestiros.

Con los cabellos sujetos por una diadema de oro y plata, luciendo un collar de perlas y una corta túnica transparente que le llegaba a medio muslo, y calzando unas sandalias blancas de finas tiras, Akhesa vio como se abrían ante ella las puertas de la alcoba del príncipe Tutankatón.

El camarlengo dejó la antorcha en una mesilla y salió de la estancia. Por una ventana que daba a los jardines, Akhesa admiró la luna llena del segundo mes de primavera. Los astrólogos de palacio la habían anunciado como especialmente favorable: las influencias divinas penetrarían en la tierra sin que ninguna fuerza negativa se opusiera a ello.

El lecho, de ébano macizo, ocupaba el centro de la alcoba. Construido con un marco de la misma madera al que se adaptaba un enrejado de cordeles entrecruzados y pintados de blanco, tenía las patas adornadas con marfil y oro. En cada uno de los tres paneles que lo compartimentaban, destacaba el alegre rostro burlón del dios Bes, encargado de velar por el sueño del durmiente, apartando de él las pesadillas y los demonios que merodeaban en las tinieblas. A lo largo del lecho, bastante amplio para dos personas de poca corpulencia, corría un friso de lotos y papiros que evocaba la marisma original donde se había organizado la vida. Al entrar en el sueño, el alma moría para el día transcurrido y se zambullía en las aguas primordiales para regenerarse en ellas.

Aquella noche, Akhesa no apagaría las cuatro antorchas que ardían en las esquinas de la alcoba. Cada una de ellas, hecha de bronce y oro, tenía la forma de una cruz egipcia con el pie fijo en un pedestal de madera. Las cruces estaban provistas de brazos, que sujetaban recipientes llenos de aceite en los que flotaba una mecha encendida que no producía humo. La dulce claridad que dispensaban, hacía que Akhesa pareciera una ligera y coloreada sombra.

A un extremo del lecho se distinguía una cabecera en forma semicircular sostenida por el dios Shu, que permanecía de rodillas. Enmarcado por dos leones, que simbolizaban el ayer y el mañana, ofrecía la luz celeste que iluminaría los sueños de los durmientes. Akhesa tomó el magnífico objeto de marfil y lo depositó en el suelo. Así mantendría a distancia las ensoñaciones y el sueño.

Cuando Tutankatón penetró en la alcoba, vestido con una sencilla túnica, Akhesa le hizo frente.

Un niño, todavía no era más que un niño, pero su mirada estaba loca de amor. Su frágil cuerpo se estremecía de pasión. La miraba como si descubriera el verdadero rostro de una diosa.

–Akhesa… -susurró-. Akhesa…, quisiera…

–Acércate -recomendó la muchacha, sonriendo.

–Quisiera…

–Calla, joven príncipe, y acércate.

Vacilante, él obedeció, tembloroso. Su rostro casi tocaba el de la princesa. Tenían la misma talla. Sus labios se rozaron.

–Akhesa, todavía no puedo creerlo…

–Olvida las palabras -suplicó ella-, olvídalas todas y desnúdame.

La muchacha había echado hacia atrás la cabeza, y sus cabellos perfumados caían sobre los hombros. Tutankatón acercó lentamente una mano a los tirantes que sujetaban la túnica de Akhesa. La transparente vestidura cayó a lo largo del cuerpo de la princesa, desvelando sus pechos de turgentes pezones, su plano vientre, su sexo con rizos de azabache, sus torneadas piernas.

Maravillado, Tutankatón no sabía qué hacer. Mirándolo con ternura, Akhesa abrió su túnica y se arrodilló para desatar sus sandalias.

El príncipe la imitó, inclinándose para besar los pies de la muchacha. Una oleada de placer la hizo vibrar. Tomando de las manos a Tutankatón, se levantó. Éste se dejó guiar por un instinto que le dictaba los gestos adecuados. Estrechando el cuerpo desnudo de Akhesa contra su pecho, la besó con ardor. Akhesa desanudó el taparrabos de Tutankatón y condujo al príncipe a la cama, donde se tendieron abrazados. Permanecieron inmóviles unos instantes, recuperando el aliento. Luego, el muchacho se abalanzó sobre ella con toda la violencia de su juventud.

17

Sentado en su trono, el faraón Akenatón vivía el silencio y la soledad. Nunca le habían gustado los consejos, donde demasiados cortesanos intentaban adularle, olvidando sus deberes: Egipto, el esplendor de Atón, el nacimiento de una nueva civilización… ¿Seguía teniendo sentido todo eso ahora que se hallaba solo, junto al trono vacío de la gran esposa real, ahora que Nefertiti había muerto, regresando a la luz de los orígenes?

¿En quién confiar en estos difíciles momentos? ¿Con quién

compartir temores y esperanzas? Nefertiti había sido la esposa, la amante y la amiga. Le había sostenido en las pruebas, iluminando el camino cuando las tinieblas le amenazaban y apartando los destinos nefastos. Sin ella, ya no le quedaban fuerzas para proseguir. Desde que ella le había abandonado, a causa de su ceguera, la situación no había dejado de degradarse. El poder resbalaba entre sus dedos como un hililllo de agua. Semenkh, el sucesor que había deseado, prefería una existencia de recluso, demostrándole que carecía de lucidez.

Recuerdos deslumbradores como el sol de la mañana atravesaban su espíritu. Volvió a verse, acompañado por Nefertiti, apareciendo en la ventana principal de palacio, bajo las aclamaciones de la muchedumbre reunida para verle recompensar a un dignatario que recibía los collares de oro. Recordó las comidas en las terrazas, bajo los rayos del sol, en compañía de sus hijas.

Sólo una pareja podía reinar en Egipto. Sólo una pareja atraería sobre ella los benefactores rayos de Atón. Separado de Nefertiti, Akenatón se extinguía. Él, que debía ser el profeta de la luz, ¿encontraría el valor para continuar cumpliendo su función? ¿Quién desearía apoyar sus actos? ¿Sería capaz todavía de gobernar? Nefertiti había desaparecido, su primogénita no era digna de crédito, Horemheb se mostraba hostil.

Había llegado el momento de renunciar.

Pero un faraón no tenía la posibilidad de dimitir de su cargo. No tenía más salida que la muerte. Una muerte que Akenatón recibiría con alivio.

Una silueta se perfiló en la entrada de la sala del trono.

Una vaga angustia anudó la garganta de Akenatón. ¿Habría decidido Horemheb asesinarle? ¿Habría enviado a uno de sus soldados para abreviar sus días? No resistiría. Sin duda, Atón había elegido para él este modo de aliviarle de su carga.

La silueta apareció a la luz: Akhesa, la futura reina de Egipto.

La joven cruzó la sala bañada por la luz y ascendió los peldaños del trono. Los ojos de su padre permanecían clavados en ella. Cuando llegó al estrado, se arrodilló y se prosternó ante el rey.

–Eres mujer -declaró él, conmovido-. Me has abandonado, Akhesa, has entrado en la casa de tu marido.

–Sí, soy mujer, pero soy carne de tu carne -protestó ella con dulzura.

–Levántate, hija mía, y ven junto a mí.

Akhesa obedeció y se acurrucó junto a la pierna izquierda de su padre, apoyando la cabeza en las rodillas del faraón.

–¿Eres feliz?

–Eso creo, padre.

–¿Por qué esa vacilación?

–El amor de un hombre no me basta.

–Deseas también el de Egipto, ¿no es cierto? Ése sólo depende de Dios, Akhesa. Tienes que escucharme. Ya no tengo discípulo. Toma un cálamo y un papiro. Tú escribirás el final del gran himno a Atón.

La princesa lo hizo, escribiendo las palabras que su padre le dictaba.

–Tú, Atón -declamó con voz entrecortada-, creaste millones de formas a partir de ti mismo cuando estabas solo. Las ciudades, los campos, los ríos, los caminos. Todos los ojos te ven, pero resides en mi corazón. Allí, sólo yo te conozco. Yo, tu hijo, al que has hecho consciente de tus planes y tu poder.

Akenatón calló, sumido en un brusco éxtasis. Sus ojos se extraviaron y sus labios se entreabrieron. Asustada, Akhesa creyó que había muerto. Le tocó la mano. Él reaccionó enseguida.

–No temas, Akhesa. No es Atón quien me atormenta así, sino un mal que me devora desde hace muchos meses. Cuando tu madre estaba a mi lado conseguía soportarlo, dominarlo. Solo, estoy vencido… ¿Sabes que no fui yo el primero en hablar de Atón?

Un sentimiento de sorpresa se plasmó en el rostro inquieto de la joven.

–Fue Hatshepsut, la reina-faraón, quien grabó este pensamiento en los muros de Karnak: «Soy Atón, el que creó a todos los seres, el que dio fuerza a la tierra, el que concluyó su creación». Fue mi antepasada, y espero haber sido digno de ella. No olvides nunca, Akhesa, que los sacerdotes son los más viles de los hombres. Te traicionarán como me han traicionado a mí. Desnaturalizan lo divino, se rebajan. No escuches sus consejos, rechaza su compañía. Sé reina, respeta la ley de Maat, la precisión y el orden del mundo, que existía antes que los humanos y perdurará después de ellos. Ella inspira la realeza, le da el aliento de vida más allá del tiempo. El faraón es su hijo y su servidor. Tengo que enseñarte Maat, Akhesa. Tengo que prepararte para tu oficio de reina.

Akenatón habló. Akhesa escuchó. Transcurrieron las horas mientras el faraón evocaba los principios espirituales que habían

guiado su vida. Reveló a su hija las enseñanzas de Atón. Le transmitió la luz interior que le animaba, privándose así de sus últimas fuerzas para que se cumpliera el destino de su amada hija.

El general Horemheb admiraba las aves de su aviario: tórtolas, palomas torcaces, abubillas, paros… Aunque estuvieran enjaulados, se llevaban bien. Le gustaba contemplar sus revoloteos, convenciéndose de que preferían la seguridad a la libertad. ¿Tenía razón o no? ¿Cómo se comportaría él, el poderoso Horemheb, si se viera obligado a vivir en una jaula?

–¿Por qué te encierras en tu mansión? – le apostrofó su esposa, la dama Mut-. Te pasas todo el tiempo mirando a esos estúpidos pájaros, paseando por los jardines, leyendo viejos textos. ¡Te desprecias a ti mismo, querido esposo!

Cuando montaba en cólera, a dama Mut no le faltaba convicción. No había perdido nada de sus aires altivos de rica y noble tebana.

–¿Qué quieres decir? – preguntó Horemheb, acariciando la cabeza de una tórtola que se había acercado a picotearle.

–Lo sabes muy bien. Eres el hombre más influyente de este país. La reina madre Teje y la gran esposa real Nefertiti han muerto. Akenatón es ya sólo un enfermo encerrado en su soledad, incapaz de reinar, ¡nadie queda ya entre tú y el poder supremo!

–Olvidas a la futura pareja real.

–¿Akhesa y Tutankatón? ¡No te burles de mí, Horemheb! Son unos niños. Desconocen el arte de gobernar. Obedecerán al hombre que tome en sus manos los destinos de este país antes de convertirse, él mismo, en faraón.

–Olvidas también al divino padre Ay.

El furor de dama Mut subió de tono.

–¿Cómo podrá resistir ese anciano? Si manifiestas tu autoridad, doblará el espinazo. Ay es un cortesano que busca los favores del más fuerte.

Horemheb no podía sino reconocer lo acertado de los análisis de su esposa. Ambiciosa y testaruda, no carecía de perspicacia. Había pronunciado las palabras que él temía escuchar.

–Olvidas, querida esposa, que mi deber es servir fielmente al faraón, mi señor. Sólo tengo una palabra y se la he dado.

Dama Mut se acercó al aviario, donde una pareja de torcaces había iniciado un ruidoso diálogo.

–Me gusta tu lealtad, esposo mío. Es tu fuerza y no debes prescindir de ella. ¡Pero el hombre a quien habías dado tu palabra ha cambiado! ¡Ha cambiado mucho! Lleva todavía la corona real, es cierto, pero ya no se comporta como un faraón. Si no intervienes, Egipto se derrumbará. El camino de la invasión se abrirá a los hititas. Miles de hombres, mujeres y niños morirán o serán hechos esclavos. Pueblos enteros serán arrasados. La propia Tebas corre el riesgo de ser destruida.

Horemheb puso grano en los comederos de los pájaros.

–¿Qué deseas, pues?

–Recluta numerosas tropas -recomendó la noble dama-. Ve hacia el norte, haz una campaña en Asia y regresa victorioso. Tu fama será tal que reconocerán en ti a un verdadero hijo de Horus. Luego…

–Luego, ¿qué?

Mut guardó silencio, de espaldas al aviario donde crecía la agitación. Los pájaros se atropellaban para picotear.

–Espero, mi tierna y respetable esposa, que ni por un momento habrás imaginado acelerar el fallecimiento del faraón ni habrás alentado conspiración alguna en este sentido. De lo contrario, tendrías en mí al más implacable de los jueces.

–Quédate tranquilo -dijo ella con voz apagada-. Respeto al faraón tanto como tú. Pero estoy segura de que Akenatón es un mal rey. Si renuncias a defender tu país y a tu pueblo, serás tan culpable como él.

Dama Mut se alejó con paso presuroso. Horemheb continuó alimentando a sus pájaros. Su margen de maniobra era estrecho, casi inexistente. Decidió, sin embargo, llevar a cabo una gestión cuyo carácter peligroso no desestimaba. Una gestión de la que no podía hablar a su esposa.

¿Amaba a Tutankatón o al rey que iba a ser? Akhesa no veía con claridad en ella misma. Se dejaba arrastrar por un torbellino sensual en el que su cuerpo descubría mil placeres renovados sin cesar. Tutankatón era insaciable. Tenía hambre y sed de su joven esposa, compartía el lecho con ella todas las noches, con idéntico ardor. El adolescente estaba viviendo un sueño, consagrándose por entero al amor que compartía con la más hermosa de las criatura de Atón.

El sol primaveral era cada vez más cálido. A mediodía, una violenta luz blanca inundaba el cielo y la tierra. Los animales se refugiaban entre el follaje. Los campesinos dormían en los palmerales o en chozas de ramas construidas en el lindero de los campos.

Akhesa, sin embargo, había elegido el mediodía para un paseo en

barca. No temía las quemaduras del sol. Vestida con una simple redecilla que se amoldaba a las curvas de su cuerpo, caminó hasta el muelle del lago artificial donde estaba amarrada una ligera barca de papiro. Por lo general, dos sirvientas manejaban los remos. Esta vez, prefirió ir sola y dirigirse al pabellón construido en la isla central para meditar, buscar un nuevo equilibrio.

La princesa soltó la amarra y saltó ágilmente al esquife. Cuando quiso tomar un remo, una poderosa mano se posó en su antebrazo.

–Dejadme a mí -solicitó el general Horemheb.

Akhesa, conservando su sangre fría, se instaló en la proa de la barca. Horemheb hizo que se deslizara suavemente por el lago, en dirección a la isla.

–Tenía necesidad de veros, princesa. Vuestra belleza es deslumbradora.

Akhesa zambulló su mano izquierda en el agua, trazando una estela a medida que la embarcación avanzaba.

–Vuestra boda ha sido un grave error -afirmó Horemheb-. Tutankatón tardará mucho en tener edad para gobernar. Sólo os reservará crueles decepciones.

La muchacha sonreía, pensando en sus noches de amor.

–Este príncipe viene de Tebas -prosiguió-, y no es apreciado en la nueva capital. Además…

–Además, ¿qué? – preguntó ella en tono sarcástico.

Horemheb soltó el remo. La barca siguió avanzando.

–Vos y yo, princesa, debiéramos cambiar de visión sobre nuestra propia existencia. Dios le dio al hombre el conocimiento para modificar el curso de su destino.

Nunca Horemheb se había mostrado tan seductor. A Akhesa le gustaba su amplia frente, la cicatriz que adornaba su mejilla izquierda, su innata elegancia.

–Soy el más fiel de los servidores del faraón, pero…

–Pero mi padre ya no tiene ganas de vivir. Mañana abandonará esta tierra. Puesto que Semenkh se ha retirado al templo, ya no hay nadie asociado al trono.

–Es cruel pensar en la desaparición de un rey.

–De un rey al que no amáis, general.

Horemheb no lo negó.

–Es cierto, princesa, no le amo. Estoy en profundo desacuerdo con su modo de gobernar. Estoy convencido de que lleva a Egipto a la ruina. Pero no le he traicionado ni le traicionaré.

El sol doraba la bronceada piel de Akhesa. No dudaba de la sinceridad de Horemheb.

Ambos sabían que tenía capacidad para reinar, que era portador del poder de los faraones pasados. ¿No gozaba acaso de la más mágica de las protecciones, la del dios Horus? Cuando el halcón celestial, cuyos ojos eran el sol y la luna, emprendiera el vuelo, ¿no ascendería su hijo Horemheb al trono de Egipto como una nueva luz?

–Admiro vuestra lealtad, general. Estoy dispuesta a ayudaros.

La barca se había inmovilizado en el lago, a media distancia entre la ribera y la isla. Un martín pescador cayó del cielo como una piedra, se zambulló y salió del agua con un pez en el pico. Unos patos, con la cabeza bajo el ala, dormitaban derivando.

–Este lugar es de una belleza divina -apreció Horemheb-. Como la vuestra, princesa.

Ella sintió su mirada en la piel, en los labios, en los pechos. No se apartó. No tenía ganas de huir ni de ocultarse.

–Ayudarme… Eso no basta, princesa. Habéis advertido los peligros que nuestro país corre. Sé que el afecto que sentís por vuestro padre no os ciega. Conocéis la gravedad de su enfermedad. Habéis pensado en su próxima desaparición. Mañana, seréis reina. Y no actuaréis como una devota de Atón.

Tal vez Akhesa considerara aquellas palabras unas considerables injurias, pero no reaccionó con violencia. Pensativa, se tendió en la barca y estiró sus torneadas piernas.

–Vos estáis casada con el príncipe Tutankatón, y yo desposé a dama Mut. Así lo decidieron los dioses. Pero ¿por qué nuestro destino debe estar sellado para siempre?

–¿Llegaríais… a repudiar a vuestra esposa?

–Claro que no. Pero vos podríais convertiros en gran esposa real.

Horemheb había hablado en un soplo.

La princesa, atónita, se irguió. Ahora conocía el plan de Horemheb: aguardar la muerte de Akenatón, apartar a los candidatos al trono, hacerse designar por ella, Akhesa, como el faraón legítimo y desposarla. Él, el nuevo rey, y ella, la gran esposa real, gobernarían las Dos Tierras. Dama Mut se convertiría en la esposa secundaria, y el joven príncipe Tutankatón llevaría en la corte una existencia apacible.

Akhesa contemplaba a Horemheb con los ojos brillantes de exaltación. Compartir la vida de aquel hombre, reinar a su lado, restaurar la grandeza del país. Sí, era un sueño magnífico. Un sueño que ella podía convertir en realidad.

–Olvidad a Atón -imploró Horemheb, sintiendo que Akhesa estaba a punto de ceder-. Olvidad esta capital, el desprecio de nuestras tradiciones, los años pasados celebrando inútiles cultos. Pensad sólo en el porvenir, en nuestro porvenir común.

El general tendió la mano derecha hacia la joven. Bastaba con responder a su invitación, abandonarse en sus brazos, conocer la felicidad total.

Akhesa se levantó. Horemheb se quedó estupefacto. Cada día se hacía más mujer, más deslumbradora. Sería la más resplandeciente de las reinas de Egipto.

–No renunciaré a Atón, general -declaró-. Es la más preciosa herencia que me ha legado mi padre. Él me ha enseñado la verdad de la luz, me ha iniciado en sus misterios. No abandonaré a Tutankatón. Me ha ofrecido su amor y su confianza; su alma vive en mí.

Akhesa se incorporó al frágil borde de la barca de papiro, su cuerpo nimbado por el sol perdió por un instante el equilibrio y, luego, de un sólo movimiento, se zambulló en el agua del lago de recreo y nadó hacia la isla.

Horemheb permaneció postrado largo tiempo. Amaba apasionadamente a Akhesa, pero sabía que iba a convertirse en su más temible adversario en el camino del poder.

La princesa Akhesa no permaneció en la isla para meditar como había sido su intención. Había evaluado la importancia de la negativa que había dado al hombre más influyente del reino. Para que Tutankatón accediera al trono y Horemheb lo reconociese como faraón, debía rodear al joven con una eficaz red protectora. El general no permaneció inactivo. Ella tampoco. Tenía incluso la obligación de ser más rápida que él.

Desde hacía varios días, todas las tropas acuarteladas en la ciudad del sol se hallaban sometidas a ejercicios intensivos. Los aspirantes eran entrenados sin descanso en el manejo de las armas, los arcos y las espadas. Los carros eran examinados atentamente por los equipos de mantenimiento. Se murmuraba que los emisarios de Horemheb reclutaban voluntarios en las provincias para reforzar los cuerpos de ejército permanentes. La moral de los soldados, afectada por la inacción y la incertidumbre a las que les condenaba la política de espera de Akenatón, mejoraba.

Horemheb consagraba largas horas a hablar con los jefes de división y los instructores. Escuchaba las quejas de los soldados veteranos, que contaban sus expediciones por Asia. Con la espalda dolorida a causa de su atavío, estaban condenados a comer pan seco, a beber agua salada, a dormir en suelos pedregosos. Agotados, caminaban con los miembros doloridos hasta el lugar del combate, donde la muerte, si no las heridas, les aguardaban. Pero se sentirían felices de partir. Sabrían motivar a los jóvenes para mayor gloria de Egipto.

La popularidad de Horemheb no dejaba de crecer. Procuraba circular en carro varias veces al día por las principales arterias de la ciudad del sol y responder con gesto amistoso a las salutaciones de la muchedumbre. Consultaba a los ministros, estudiaba sus informes, tomaba nota de las recriminaciones de los escribas y los altos funcionarios. Colmaba, poco a poco, los vacíos dejados por la ausencia de Akenatón, que ya no salía de su gabinete privado y rechazaba consultar a los médicos.

Derrengado, Horemheb entró en el edificio de los oficiales superiores, donde su estado mayor trabajaba estableciendo un plan de campaña, estudiando los mapas de Asia confeccionados por los diplomáticos y los geógrafos del ejército. A excepción de los guardas, el lugar estaba desierto. Los estrategas habían regresado a sus villas para comer y descansar un poco. Horemheb se dirigió a su despacho, donde leería algunos informes.

Se detuvo en el umbral.

El «divino padre» Ay, el embajador Hanis y el intendente Huy se habían instalado en la habitación. Sus rostros eran huraños.

–Os saludo -dijo Horemheb en tono desdeñoso-. No creo haberos concedido audiencia.

–Perdonad esta intrusión -se excusó Ay-, pero queríamos veros con la mayor rapidez posible y sabíamos que os encontraríamos aquí.

–¿Tan urgente es? – se asombró el general.

–Eso creemos -indicó hosco el «divino padre»-. Ya no mantenemos contacto alguno con el faraón.

–Tampoco yo.

–Pero actuáis como si hubierais tomado el poder, y sin consultarnos.

El tono del anciano cortesano se hacía severo.

–Cumplo simplemente con mi función -afirmó Horemheb-. Nadie

puede pretender lo contrario.

–Debemos examinar las cosas -exigió Ay.

El embajador y el intendente miraban acusadores a Horemheb.

–Sabéis tanto como yo -respondió sereno el general-. Akenatón reina solo, sin corregente. No consulta a ningún ministro, no toma decisión alguna. El ejército debe estar dispuesto a combatir si los hititas intentan invadir Egipto.

–¿Por qué desdeñar el matrimonio de Akhesa y de Tutankatón? –se inquietó el «divino padre».

–Porque es un episodio sin importancia -respondió secamente Horemheb-. Ese niño no reinará nunca.

El intendente Huy se acercó al general.

–Si impedís que reine Tutankatón -declaró con su voz tosca-, el Sur se revelará contra vos. Las tropas de Nubia sólo obedecen mis órdenes. Intentad recordarlo.

Huy salió. Horemheb no contuvo su cólera.

–¿Qué busca ese campesino? ¿Cree que unos negros bastarán para darme miedo? Le destrozaré.

–Tened cuidado -recomendó el embajador Hanis-, Huy es un hombre sencillo y directo. Combatirá por Tutankatón si la situación lo exige.

Hanis salió a su vez. El «divino padre» Ay, inmóvil, parecía inquieto. Horemheb se cruzó de brazos.

–Sois vos quien los levanta contra mí, ¿verdad?

El viejo cortesano inclinó la cabeza.

–Actúo en interés de Egipto. Ayudadme a instalar firmemente a Tutankatón y a Akhesa en el trono. Son unos niños. Les mostraremos el camino a seguir. Y trabajad menos, general. No malgastéis vuestras fuerzas. Egipto os necesita.

Una vez solo, Horemheb fue incapaz de concentrarse en los papiros redactados por sus subordinados. No tomaba a la ligera las advertencias que acababa de recibir. Pero no cedería.

Akhesa y Tutankatón vivían en el palacio norte desde hacía más de dos meses. Disfrutaban de una tranquila felicidad, pese a la constante actividad de la joven. Tutankatón quería el placer; todo se convertía para él en fuente de diversión y distracción. Akhesa le hablaba del Estado, de deberes, de política exterior. Él escuchaba con distraído oído, fascinado por su belleza.

Tutankatón estaba lleno de inquietud. La víspera, Akhesa se había acostado. Pese a lo tardío de la hora, no había despertado todavía. El joven no se atrevía a entrar en la alcoba. Privado de su presencia, se comportaba como un león enjaulado, yendo y viniendo, incapaz de encontrar reposo. Sin poder soportarlo más, empujó la puerta de cedro cubierta de láminas de oro y descubrió un extraño espectáculo.

Akhesa tenía a su alrededor numerosos objetos, un cofrecillo de madera maciza en cuyo interior había cajones que se deslizaban los unos en los otros, un tablero de pequeño tamaño, una honda en miniatura, botes de pintura y un pato articulado.

–Pero… ¡si son juguetes! ¿Has vuelto a la infancia, amor mío?

Akhesa sonrió levantándose. Atón, desde su matrimonio, la colmaba de felicidad. Tutankatón era un compañero maravilloso. Ella había conseguido convencer al embajador Hanis para que defendiera la causa del muchacho ante los miembros más influyentes de la corte. El diplomático, fortalecido por el apoyo del intendente Huy, del «divino padre» Ay y de su hijo, el comandante Nakhtmin, había sido muy bien escuchado. Aunque Horemheb seguía siendo el omnipotente dueño del ejército, no se atrevería a intentar acción ilegal alguna. Tendría que ponerse de acuerdo con los partidarios de Tutankatón. Cuanto más tiempo pasaba, más fuerte se hacía la posición de éste. A la última hija del faraón le quedaba la tarea de convencer a su padre de que adoptara a Tutankatón como corregente.

El muchacho tomó un encendedor formado por un bastoncillo introducido en un agujero redondo, practicado en un trozo de madera muy dura y untada de resina. Si se hacía girar deprisa el bastoncillo, se provocaba el calentamiento y, luego, la combustión. Tutankatón se divirtió produciendo una minúscula llama.

–¡Mira Akhesa! ¡Mira, lo he conseguido! ¡Este encendedor está mejor hecho que el que yo tenía en Tebas!

Su entusiasmo la enternecía. La bondad animaba su corazón.

Tutankatón arrojó el encendedor. La actitud de Akhesa, más distante, más reflexiva que de ordinario, le turbaba.

–No me has contestado. ¿Qué significan estos juguetes?

–Pronto serán útiles -dijo ella conmovida-. Espero un hijo.

El viento del desierto soplaba con fuerza. A una veintena de kilómetros al sur de la ciudad del sol, en un paraje solitario al pie de una colina, la tienda del general Horemheb había sido plantada. Sus soldados vigilaban un vasto perímetro.

Cuando Horemheb comenzaba a impacientarse, le avisaron de que

su visitante llegaba.

En la tienda entró un sacerdote de cráneo rapado, que vestía de blanco y llevaba al cuello un amuleto representando a la diosa Mut, esposa de Amón, divino dueño de Tebas.

El sacerdote se inclinó ante Horemheb. Ambos hombres se sentaron en unas esteras. Fuera, el viento se hacía más violento. Oleadas de arena se levantaban, azotaban las rocas, borraban el relieve de las pistas.

–¡Que Amón nos proteja y guíe nuestros pensamientos! – exclamó el sacerdote untuoso.

–¿Cómo os llamáis? – preguntó Horemheb.

–Poco importa, general. Estoy al servicio del sumo sacerdote de Amón en Karnak. Sólo mi misión importa.

–¿Cuál es, pues, esa misión que nos obliga a entrevistarnos en pleno desierto, como conspiradores?

–Seguimos de cerca los acontecimientos que se producen en la execrable ciudad del sol, esa falsa capital que los dioses han condenado ya a la destrucción. Sabemos que Nefertiti ha fallecido y que Akenatón está muriéndose. El sucesor que había adoptado, Semenkh, ha elegido la reclusión. La guardiana de la legitimidad es hoy la tercera hija de la pareja real, Akhesa.

–Si me habéis hecho venir aquí para contarme lo que ya sé -interrumpió Horemheb-lo lamentaréis.

El sacerdote de Tebas, servil, agachó la cabeza.

–Lejos de mí semejante intención, general. El objetivo de los sacerdotes de Amón, como el vuestro, es la grandeza de Egipto. Debemos preparar juntos la sucesión de Akenatón.

Era lo que Horemheb había supuesto. El clero tradicional había elegido al futuro faraón.

–Necesitamos un hombre que asegure un vínculo mágico entre Tebas y la ciudad del sol. Un hombre que escuche nuestros consejos y devuelva a los templos la prosperidad perdida. Nosotros y vos le ayudaremos a conseguirlo.

–Basta de cháchara -exigió el general-. ¿A quién deseáis ver en el trono?

–A un niño fácil de manipular: Tutankatón.

Una hora antes del alba, la sirvienta despertó a Akhesa. La nubia le comunicó que el mayordomo de Akenatón le rogaba que acudiera

enseguida junto a su padre. Olvidando el maquillaje y el atavío, Akhesa se cubrió los hombros con un manto y partió apresuradamente.

El médico jefe, el escanciador, la camarera y un gran número de servidores se apiñaban ante la puerta del gabinete particular del faraón, murmurando frases inquietas. Se apartaron para dejar paso a la princesa.

Akenatón reposaba con los ojos cerrados, tendido en una estrecha cama, con los brazos a lo largo del cuerpo. Una sábana de lino le cubría hasta el pecho.

Akhesa se arrodilló y besó la mano derecha del rey.

–¡Padre mío, padre mío! Sigue luchando, te lo suplico. No estamos todavía preparados para vivir sin ti. No abandones todavía tu país ni a tu pueblo, no me abandones…

Un ligero estremecimiento recorrió el descarnado cuerpo del soberano. Abrió los ojos.

–Ha llegado la hora, Akhesa… Atón me llama… Mi espíritu está ya en él, inmerso en su luz. Tienes fuerza para continuar mi obra. Cada noche, me apareceré a ti en forma de estrella y te daré una energía procedente del cielo. Nunca nos separaremos, Akhesa. Tú, y sólo tú, organizarás mis funerales. Quiero reposar en la tumba que yo preparé, en aquel valle aislado, en medio de roquedales solitarios, lejos de mi capital, en compañía de mi esposa Nefertiti y de mis hijas. Nadie se aventura por aquellos lugares, tan terroríficos y hostiles son. El lecho de los ríos está casi siempre seco. Por la noche, se oye el aullido de las hienas y los chacales, y el ulular de las lechuzas. No hay verdor, ni flores, ni pájaros… La muerte será allí silenciosa, Akhesa.

La voz de Akenatón era tan débil que Akhesa apenas la oía.

–Pronto se levantará el alba -prosiguió-. Llévame a la terraza, querida hija, para contemplar el primer sol, el único sol.

Ayudado por Akhesa, Akenatón, a costa de un inmenso esfuerzo que consumió sus últimas fuerzas, consiguió caminar hasta la terraza superior de palacio. Se sentó en un sitial de alto respaldo colocado ante una pérgola por la que trepaba una parra que, en verano, producía grandes racimos negros.

Estrechando la mano de su hija hasta hacerle daño, Akenatón se extinguió cuando los primeros rayos del sol brotaban de la montaña de oriente, formando una corona de luz.

18

El luto nacional se decretó el mismo día del fallecimiento del faraón. Unos velos oscurecieron las ventanas de palacio. Los templos fueron cerrados y se interrumpió la celebración de los cultos. Los altos dignatarios se dejaron crecer la barba. En las ricas mansiones, al igual que en las más pobres, hombres y mujeres se mantuvieron postrados, con la cabeza entre las rodillas.

Con la muerte de un rey, se abría un período terrorífico durante el que las fuerzas del mal podían invadir Egipto y destruirlo. Mientras un nuevo faraón no hubiera sido coronado, el país corría el más grave de los peligros. Por ello, la capital se había encerrado en un temeroso silencio, a la espera de las decisiones que determinarían el destino del imperio.

El cadáver de Akenatón sólo había sufrido una sumaria momificación. Lo único importante era la iluminación de su alma por los rayos de Atón, que, con mano fraterna, se la había llevado al centro del disco solar.

Akhesa, reconocida como guardiana de la legitimidad, presidió, al día siguiente del óbito, un consejo al que asistieron altos dignatarios de la ciudad del sol. Se decidió enviar mensajeros a todas las capitales regionales. Jefes de provincia, administradores, escribas, sacerdotes eran los encargados de anunciar a la población la noticia de la muerte de Akenatón. La princesa se comprometió a consultar, en muy breve plazo, a las personalidades influyentes del Estado y a proclamar con tanta rapidez como fuera posible el nombre del nuevo rey.

Agotada por largas horas de entrevista con ministros sarcásticos, fieles a la causa de Horemheb, Akhesa descansaba un poco en la terraza donde había visto morir a su padre. Se dejaba acariciar por el sol poniente, con las manos crispadas sobre su vientre. Sin duda hubiera debido mostrarse más razonable, gastar menos energía, preocuparse más por su salud de futura madre… Pero los acontecimientos habían decidido lo contrario. Aquello en lo que tanto había soñado, ser la responsable de la suerte de Egipto, se había producido de un modo brutal y no le causaba la alegría que había esperado. La carga era pesada, y no podía contar con la ayuda de Tutankatón, pues el muchacho sólo pensaba en el amor. Las horas pasadas en brazos de Akhesa y el futuro nacimiento de su hijo le colmaban de perfecta felicidad. Había intentado hablar con él de los asuntos del reino, pero se había negado obstinadamente, prefiriendo acariciarla o divertirse con los juguetes que regalaría a su hijo.

Akhesa tenía que aceptar la soledad y desconfiar tanto de los aliados como de sus adversarios. Ninguna muralla la protegía ahora. Desaparecidos su padre y su madre, errando todavía su marido por los maravillosos senderos de la infancia, no disponía de un confidente que pudiera aconsejarla o ilustrarla. Sólo debía confiar en su intuición, sin poder permitirse el menor error. Su primer paso en falso sería inmediatamente aprovechado por los chacales que merodeaban alrededor del trono.

La sirvienta nubia le anunció la visita del «divino padre» Ay. Oponerse a la voluntad del cortesano más astuto e influyente no le asustaba. Pero era necesario conocerla de modo preciso y saber en qué campo estaba hoy.

El «divino padre» no estaba solo. A su lado se hallaba su hijo, el comandante Nakhtmin.

Akhesa les ofreció leche fresca y pasteles de miel. Nakhtmin lo rechazó. El «divino padre», goloso, aceptó. Mientras los degustaba, la nubia le daba masajes en los pies, arrancándole algunos suspiros de satisfacción. Tras haber encendido varias lámparas, que difundían una luz suave, la sirvienta salió de la estancia.

–Habéis escuchado ya a muchos dignatarios -comenzó el «divino padre»-y habéis tenido tiempo de formaros una opinión.

Nakhtmin, molesto en su equipo de soldado, con la espada al cinto, no apartaba los ojos de la princesa Akhesa, elegantemente apoyada en el alféizar de piedra de una ventana. Su vestido plisado, anudado bajo los pechos, ponía de relieve las admirables curvas de su cuerpo. Cuanto más mujer se hacía, más se parecía a su madre Nefertiti.

–Todos son partidarios del general Horemheb -dijo sin animosidad-. Lo demás carece de importancia.

–Todos… Exageráis, Majestad. Yo no estoy entre ellos.

–Tampoco yo -afirmó orgullosamente Nakhtmin-. Como mi padre, apoyo a Tutankatón. Él es quien debe reinar.

Akhesa les sonrió.

–Gracias por vuestra ayuda. Tampoco yo renunciaré. Pero ¿cómo puede Tutankatón imponerse a Horemheb?

–Evitando una guerra civil -opinó Ay-. Vos tomaréis las decisiones y él aparecerá en público. Tutankatón es sólo un niño, pero es el candidato de los sacerdotes de Tebas… y el vuestro. Si le consideráis digno de reinar, será el rey legítimo. Mi hijo os proporcionará el apoyo de una parte del ejército. Horemheb no se atreverá a intentar un golpe de fuerza. No está en su naturaleza. Siente un respeto innato

por la ley y el orden. Tomad plena conciencia de vuestro papel, Majestad. Ningún faraón podrá ser coronado sin vuestro consentimiento.

Akhesa no se engañaba. Ay deseaba seguir gobernando en la sombra y manipulando a una pareja de jóvenes sin experiencia. Su hijo Nakhtmin esperaba obtener la jefatura del ejército en lugar de Horemheb. Poco importaba que fueran o no sinceros con ella. Sus ambiciones le servirían. Más tarde, sin duda, tendría que hacerles frente. Ella debería prever el conflicto para salir victoriosa de él.

Akhesa paseaba sola por el jardín donde Akenatón había pasado horas meditando, estrechando a Nefertiti en sus brazos, jugando con sus hijas en las avenidas cuidadosamente trazadas entre los arriates de flores. Su vientre seguía dolorido. No había tenido tiempo de consultar al ginecólogo. Su último visitante había sido el embajador Hanis. Se había mostrado mucho menos tranquilizador que el «divino padre» Ay sobre el porvenir del príncipe Tutankatón. La posición de Horemheb le parecía lo bastante fuerte como para no aceptar compromiso alguno y obligar a la princesa a doblegarse ante sus puntos de vista. Ella misma se sentía, ahora, mucho más vacilante. Mañana debería pronunciar ante el gran consejo el nombre del futuro faraón. Elegir a Horemheb era devolver a Egipto todo su esplendor, instalar en el trono a un verdadero jefe de Estado. Era también condenar a Tutankatón a la reclusión, al exilio o a algo peor todavía. Pero ¿acaso la primera exigencia no era evitar un conflicto entre egipcios? Cansada, sintiendo un zumbido en las sienes, Akhesa se sentó al pie de una acacia, deseando gozar del frescor de su sombra.

–No os mováis y no os deis la vuelta -ordenó a su espalda una voz grave-. Tengo que hablaros.

–¿Por qué no habéis solicitado audiencia? – se extrañó.

–No me habríais recibido.

Aquella voz… Akhesa la conocía. Sólo su cansancio le impedía reunir sus recuerdos e identificarla.

–Hablo en nombre de los obreros y los artesanos, en nombre de los humildes a quienes tan poco frecuentáis y que tan mal conocéis.

–Os prohíbo que…

–No me interrumpáis, princesa. Tengo prisa. He burlado la vigilancia de los guardas para entrar en este jardín y puedo ser detenido en cualquier momento.

–Si yo lo ordeno.

–No tengo confianza alguna en vos. Sois ambiciosa y orgullosa.

Pero la suerte de nuestro país está ahora en vuestras manos. La gente humilde ha sufrido bajo el reinado de vuestro padre. Elegid al príncipe Tutankatón como faraón. Deseamos que sea él quien reine.

Por fin le había reconocido… Era la voz del escultor Maya, de aquel hombre rugoso, de impresionante potencia, que tan mal le había recibido en su taller y que seguía detestándola. Maya, que tenía el oído del pueblo.

–¿Por que apoyáis a mi esposo?

–Porque me dio de comer cuando tenía hambre. El dueño de mi taller me había despedido porque no nos entendíamos. Mi mujer estaba enferma. Yo tenía que alimentar a mis hijos. Me vi obligado a mendigar pan, a tender la mano. El pequeño príncipe Tutankatón pasó en su silla de mano. Me vio, a mí, un infeliz al borde del camino, y se detuvo. Era sólo un niño de cinco años, pero su mirada era la bondad personificada. Me preguntó si tenía un oficio. Le respondí la verdad. Entonces, llamó a uno de sus servidores para que me condujeran a los talleres del palacio de la reina madre. Encontré allí a los mayores escultores. Trabajé noche y día para aprender el oficio. Desde entonces, nunca he vuelto a pasar hambre. Tengo una deuda con Tutankatón y estoy decidido a pagarla. Quien intente perjudicarle me encontrará en su camino.

–No cederé ante ninguna amenaza -repuso Akhesa-. Pero os agradezco vuestras confidencias.

–Me voy, princesa. Tened muy en cuenta mis advertencias.

El hombre se levantó, abandonando el refugio del árbol. La voz de Akhesa le detuvo.

–Seguiré los dictados de mi corazón -dijo Akhesa sin volverse-. Así lo quieren los sabios.

Al salir del cerrado jardín, sin ser visto por los guardas, el escultor, dividido entre el temor y la admiración, veía fortalecida su certidumbre. Egipto debía temer a aquella muchacha en exceso inteligente.

Al pie del trono vacío se había instalado un sitial de alto respaldo en el que se sentaría la princesa Akhesa, asumiendo las funciones de primogénita del faraón y guardiana de la legitimidad.

Los cortesanos habían llenado la gran sala donde, en vida, Akenatón había reunido a sus consejeros y recibido a los embajadores extranjeros. Los rostros eran graves. A algunos dignatarios les costaba disimular su hostilidad hacia aquella adolescente con cuerpo de mujer, cuyas palabras tenían la fuerza de la decisión.

El «divino padre» Ay y su esposa permanecían casi invisibles, tapados por una columna. Horemheb estaba en primera fila, delante de los ministros. Su esposa Mut se hallaba a la cabeza de las damas de la corte, vestidas de blanco y tocadas con pesadas pelucas trenzadas. Junto a la entrada, el comandante Nakhtmin y el intendente Huy destacaban entre los oficiales superiores. El embajador Hanis estaba cerca del trono, como jefe provisional de la diplomacia egipcia. El príncipe Tutankatón se hallaba junto a los más altos dignatarios religiosos de la ciudad del sol. Ni Semenkh ni su ex esposa Meritatón habían sido autorizados a salir del recinto de los distintos santuarios donde vivían recluidos.

Los murmullos recorrían la concurrencia. Se especulaba con el nombre del futuro faraón. Todos intentaban leer en el enigmático rostro del general Horemheb, que parecía casi indiferente.

Un absoluto silencio reinó cuando la princesa, precedida por un maestro de ceremonias que golpeaba rítmicamente el embaldosado con la punta de su largo bastón, hizo su entrada en la sala del trono.

Su extraordinaria belleza conmovió los corazones más endurecidos. Delicadamente maquillada, con las cejas subrayadas de verde y los pómulos ligeramente enrojecidos, avanzaba a mesurados pasos con el innato porte de una reina. Durante su recorrido hacia el sitial que le estaba reservado, incluso sus más encarnizados adversarios se sintieron subyugados, cayendo bajo el encanto de una mujer que utilizaba su juventud como un hechizo mágico.

Cuando se sentó con un gesto de suprema elegancia, los cortesanos inclinaron la cabeza.

Un ritualista calvo se adelantó, desenrollando un papiro a la altura de su rostro. Era un hombre de edad avanzada, pero su poderosa voz llenó todo el espacio, pensado por el arquitecto para amplificar las vibraciones sonoras.

–En nombre del dios Atón y por la gracia de la luz divina que hace vivir a los seres, la princesa Akhesa, guardiana del trono, ha reunido a la corte del faraón. Recogeos e inclinaos ante la potencia creadora.

Akhesa levantó las manos sobre su cabeza, formando el gesto del ka, que atraía hacia la tierra la inagotable energía del cielo. Se sintió investida de pronto por un poder fulgurante. Prolongó aquel momento, experimentando una nueva embriaguez, una exaltación cuya intensidad le sorprendió. Por fin, bajó los brazos. El ritualista prosiguió su lectura.

–¡Que Atón sea benevolente e inspire el pensamiento de la princesa Akhesa! ¡Que…!

Se interrumpió. Al fondo de la sala del trono, junto a la puerta de entrada, se estaba produciendo un inquietante tumulto. Un arquero de la guardia personal de Nakhtmin salió de entre la muchedumbre de cortesanos y corrió hacia Akhesa.

–Majestad -declaró-, una delegación de sacerdotes venidos de Tebas desea ser recibida y asistir a la audiencia.

Se elevaron algunas protestas. Nunca, desde la creación de la ciudad del sol, los adoradores de Amón, el dios odiado, se habían atrevido a aventurarse en ella. Akenatón reposaba apenas en su tumba, y ellos venían a insultar ya sus despojos.

Las miradas convergieron en la joven. ¿Qué iba a decidir? ¿Cómo se comportaría frente a un acontecimiento tan grave como inesperado?

–Que entren -dijo con voz azorada.

Las puertas se abrieron.

Diez sacerdotes de edad madura, avanzando en procesión, se colocaron junto a sus colegas que servían los santuarios de Atón. Entre ellos no figuraba ninguno de los grandes profetas de Karnak. El clero había enviado sólo a una delegación de subalternos.

–Ha traicionado a su padre -dijo un cortesano.

–En absoluto -respondió otro-. Doblegará Tebas y a los sacerdotes de Amón.

Akhesa se levantó. Todos contuvieron la respiración. Iba a revelar el nombre del futuro soberano.

–En nombre de Atón -proclamó- reconozco como soberano legítimo, reinando en las Dos Tierras y en el circuito del universo recorrido por el sol, al príncipe Tutankatón.

–Debierais adelantar el peón blanco -recomendó Horemheb a Akhesa.

–No lo creo, general. Tened cuidado con vuestro peón negro. Está en peligro.

A Horemheb le costaba un poco concentrarse en la partida de senet[14] que estaba jugando contra Akhesa. Presumía de ser un táctico de primera fila, pero la princesa se revelaba como una notable jugadora acostumbrada a las más complejas estrategias.

La mesa de juego, de ébano y marfil, comprendía un tablero plegable dividido en treinta compartimentos y colocado en un soporte

de ébano cuyas cuatro patas imitaban las del león. Una caja de accesorios contenía peones, bastoncillos y pequeños huesos, que permitían practicar distintas clases de juegos.

–Vuestra decisión es especialmente audaz -apreció Horemheb-. Tutankatón no es capaz de reinar. Su porvenir no está en vuestras manos, sino en las mías. Puedo destrozarle… ¡así!

El general tomó un bastoncillo, lo rompió en su puño y arrojó los restos al suelo. Akhesa adelantó un peón negro.

–Habéis perdido la partida, general.

Horemheb se vio obligado a aceptar su derrota.

–Era sólo una distracción, princesa. No confundáis el juego con la realidad.

–Me guardaré mucho de ello. Vos reináis sobre las fuerzas armadas, soy consciente de ello. Podéis utilizarlas en cualquier momento. Pero…

–Pero ¿qué?

–No lo haréis.

–¿Por qué?

–Porque vuestra estrategia os lo impide.

–Os sentís muy segura de vos misma. ¿En qué consiste esa estrategia?

–El divino padre Ay me ha pedido que compareciera ante los sacerdotes de Amón para ratificar la elección de Tutankatón. Supongo que, esta vez, no encontraré sólo subalternos.

El rostro de Horemheb se endureció.

–Fuisteis vos, general, quien hicisteis venir de Tebas a aquellos sacerdotes. No hubieran podido entrar en la ciudad sin vuestro consentimiento.

Por lo tanto, estoy segura de que aprobáis, de buen o mal grado, la elección de Tutankatón como faraón. Claro, que no será sin contrapartidas.

Horemheb la contempló admirado.

–Vuestro ingenio es excepcional, Majestad.

Akhesa había elegido el gran patio del templo principal de la ciudad del sol para recibir al Primer Profeta de Amón, que se había instalado en la villa de Horemheb desde hacía varios días. Anciano, pero robusto todavía, el Primer Profeta de Amón en Karnak era un

hombre de considerable estatura y despectivo rostro, surcado por las arrugas. Había combatido a Akenatón desde el comienzo de su reinado, pero se había visto obligado a inclinarse. Hoy, obtendría una brillante revancha en aquellos lugares que él detestaba.

Desde la muerte de Akenatón, nadie había subido los peldaños que llevaban al altar central para depositar las ofrendas y celebrar el sacrificio del alba en honor a Atón. El corazón de Akhesa se oprimía ante la idea de que las puertas de aquel templo sin techo, pronto se cerrarían tras el silencio y la frialdad de la nada. Pero ése era el precio de la salvaguarda de Egipto.

El «divino padre» Ay, sentado en la base de una columna decorada con flores, se había cubierto la cabeza con una tela, temiendo los ardores del sol. El Primer Profeta de Amón, con la cabeza descubierta, caminaba de un lado a otro delante de Akhesa, que, sentada en una silla plegable, agitaba cadenciosamente un abanico.

–El Primer Profeta se alegra de vuestra precoz sabiduría, Majestad -dijo el «divino padre»-. La elección del príncipe Tutankatón complacerá a los dioses.

–Os olvidáis de Atón.

–Será necesario hacerlo -aseguró el Primer Profeta con una voz profunda que heló la sangre de Akhesa-. Akenatón era el único profeta de su dios. No formó a ningún discípulo.

–Eso es falso -dijo la muchacha-. Me transmitió a mí sus enseñanzas.

–¿Vais a levantaros contra todo el clero de Amón? – preguntó imperioso el Primer Profeta.

Akhesa miró el sol, el inmenso patio que se abría ante ella, las losas de inmaculada blancura. Oía todavía la voz de su madre Nefertiti, cantando la belleza de Atón. Veía a las danzarinas del templo esbozar graciosos pasos mientras sonaban flautas y tamboriles. Su juventud, aquel deslumbramiento de claridades y felicidades cotidianas, pertenecía ya a un mundo pasado.

–No, no me creo capaz de ello -reconoció a disgusto.

–Gran lucidez para un alma joven -reconoció el Primer Profeta-. Vuestra Majestad ha sabido inclinarse ante la auténtica tradición.

Akhesa se mordió los labios para no protestar con vehemencia. Se había jurado hacer frente a aquel anciano temible por su sola dignidad, demostrarle que sus ataques más violentos no la desequilibrarían.

–¿Qué esperáis de mí? – preguntó tensa.

Ay habló en un tono que pretendía ser tranquilizador.

–Mientras vuestro padre gobernó en Egipto, era reconocido por todos como la suprema autoridad. Ninguna de sus directrices fue discutida. La palabra del faraón, como es norma desde los orígenes, siguió siendo omnipotente. Egipto evitó graves trastornos internos gracias a la sabiduría de los sacerdotes de Amón y a la prudencia de su jefe, el Primer Profeta. Hoy, la situación es muy distinta. Si bien por un lado la designación de vuestro esposo, Tutankatón, parece juiciosa, por otro lado sabemos que es incapaz de reinar. Es sólo un niño. Sería peligroso y perjudicial proseguir la experiencia iniciada por vuestro padre.

–Debéis regresar a Tebas -intervino secamente el Primer Profeta, sin mirar a Akhesa-. Allí es donde debe celebrarse la coronación del nuevo faraón.

–Lo que significa…

–Que la ciudad del sol debe ser abandonada y Tebas debe recuperar su estatuto de capital de Egipto.

–Será también necesario, Majestad, que vuestro esposo cambie de nombre. Tut-ank-Atón, «símbolo viviente de Atón», se convertirá en Tut-ank-Amón, «símbolo viviente de Amón». Así, por la magia del verbo, la herejía de Atón será olvidada. Por su nuevo nombre, que será proclamado en todo Egipto e inscrito en las estelas erigidas en cada templo, Tutankamón manifestará el triunfo de Tebas y el regreso a la verdad.

Akhesa lloraba interiormente. Consiguió, pese a la inmensa pena que la desgarraba, mantener su rostro impasible. El Primer Profeta, arrogante, demostraba un cruel júbilo. «Los sacerdotes -había dicho Akenatón-, los hombre más viles…»

–Naturalmente -añadió el Primer Profeta-, estas condiciones no son negociables. Cuento con el apoyo de Horemheb y del ejército.

Akhesa lanzó una mirada interrogante al «divino padre». Éste asintió con una inclinación de cabeza a las contundentes declaraciones del Primer Profeta.

Un dolor fulgurante atravesó el vientre de Akhesa, obligándola a inclinarse hacia adelante como si fuera a vomitar. El Primer Profeta avanzó.

–¿Qué tenéis, Majestad?

–Atrás -gritó la muchacha, petrificada por el sufrimiento-. ¡No os

acerquéis!

El anciano, impresionado por la violencia de aquella reacción, obedeció.

–Os equivocáis considerándome como un enemigo, Majestad. Vuestro padre era un hereje, un demente sin duda. Llevaba a Egipto a su perdición. Amón hizo de nuestro país la luz del mundo. Ahora hará renacer la felicidad perdida a causa del fanatismo y la intolerancia.

Akhesa sufría demasiado para gritar su odio al hipócrita, afirmar el amor que sentía por su padre, exigir del sol divino que la nutriera con su poder y le permitiera aplastar bajo sus sandalias a los malvados que mancillaban la memoria de Akenatón. Se sabía prisionera. Ay, Horemheb y el Primer Profeta de Amón habían firmado un pacto que les convertía, a ella y a su joven esposo, en dóciles esclavos. Al menos eso creían, pues la muchacha pensaba ya en una respuesta que ellos eran incapaces de imaginar. De momento, era necesario salvaguardar lo esencial.

–No carezco de fuerzas -dijo tranquilamente, desafiando a la vez al «divino padre» y al Primer Profeta, cuya conclusión le indignaba-. No son bastantes para vencer, pero me permitirían combatiros.

Una arruga de ansiedad cruzó la frente del Primer Profeta. Su brillante carrera reposaba en una gran cualidad: nunca había subestimado a sus adversarios. Había juzgado a aquella muchacha, la futura reina de Egipto, y no tomaba a la ligera ninguna de sus palabras. Las pruebas que había superado la habían hecho madurar de un modo sorprendente. Unía el encanto de una resplandeciente juventud a la belleza soberana de una mujer de inflexible carácter. ¿Cómo evolucionaría? ¿Se obstinaría en defender la herejía, en perpetuar el recuerdo de un reinado absurdo, o se uniría a la causa de los tebanos? ¿Atendería a sus sentimientos o a la razón de Estado?

–Provocar una guerra civil, dividir a los egipcios, empujarlos a enfrentarse… ¿Son éstos vuestros proyectos de futuro, Majestad?

Akhesa imploró a Atón que la iluminara con su claridad. Pero no aguardaba milagro alguno. Sabía que sólo debía contar con su capacidad de resistir la adversidad y a sus enemigos.

–No tengo intención de ser origen de semejantes horrores, pero tengo una exigencia que hacer.

La mirada del Primer Profeta se preñó de amenazas.

–¿Estáis en situación de formularla?

La muchacha ignoró la advertencia.

–La ciudad del sol no debe ser destruida. Cuando sus habitantes la hayan abandonado, permanecerá intacta, entregada al sol y al viento.

El Primer Profeta reflexionó largo rato. Le había parecido necesario arrasar la ciudad maldita. Así habría aplicado un castigo que permanecería en los Anales como ejemplar y disuadiría a cualquier otro soberano de alejarse de Amón.

Sin embargo, reconsideró su posición. Puesto que la antigua capital sería abandonada, la arena bastaría para cubrirla por toda la eternidad con un manto de nada.

–Acepto la exigencia, Majestad.

–Hay otra -dijo Akhesa, aliviada.

Ay se quitó el velo que le protegía de los ardores del sol.

–Podríamos dejarlo así.

Akhesa no le hizo caso.

–El templo de mi padre en Karnak no tiene que ser destruido tampoco. Cuando viva en Tebas, será mi lugar preferido, el lugar donde rezaré a Dios.

El Primer Profeta esbozó una sonrisa cruel.

–No temáis. Hemos velado por la conservación de ese pequeño edificio e incluso lo hemos restaurado. Seréis feliz en Tebas, Majestad.

El sacerdote abandonó su obsesivo vaivén. Por fin iba a salir de aquel lugar maldito que había visto celebrar cultos heréticos. La corte volvería a Karnak. Amón sería de nuevo dios del imperio. Su victoria era completa, a excepción de un último detalle. Se acercó a la muchacha para poder hablarle en voz baja.

–Os transmitiré pronto una lista de grandes dignatarios tebanos que, gracias a un decreto del nuevo rey, recuperarán sus privilegios, perdidos a causa de Akenatón. Os lo agradecerán. Y eso es indispensable para la estabilidad del trono.

Tutankatón estaba loco de alegría ante la idea de regresar a Tebas y vivir allí con Akhesa. La muchacha había evocado su futura función de faraón, y él le había respondido hablándole de amor, tomándola entre sus brazos, acariciándola, desnudándola con ardor. Akhesa no le había rechazado. Había aceptado el peso ligero de su cuerpo de adolescente, olvidando en los juegos del placer la negra sombra que velaba su sol.

Luego, llegó la mañana postrera, la de la partida.

No lloraba ni pensaba en el insoportable sufrimiento que le

torturaba el alma. Consagraba todos sus cuidados a su joven esposo, sentado en una silla de curvado respaldo, en una sala de palacio cuyas columnas lucían ornamentos y motivos florales. Con los pies en un taburete, vestido con una túnica larga y plisada, sujeta al talle con un cinturón multicolor, el adolescente no apartaba los ojos de Akhesa. De pie ante él, daba los últimos toques a su atavío. La joven estaba magnífica con su vestido de lino, su cinturón de flotantes extremos, su amplio collar, su rizado tocado. Ajustó el pectoral y los brazaletes de Tutankatón, vertiendo luego sobre la cabeza de su cónyuge el contenido de un frasco de perfume. Cuando hubo terminado, dirigió una última mirada al pequeño disco de oro colgado en la pared. Del globo divino brotaban unos rayos terminados en manos. Aquel símbolo había obsesionado el espíritu de Akenatón, que lo había hecho grabar en las estelas y en los muros de los templos de la ciudad del sol. ¿Estaría condenado al olvido?

La joven pareja, con sus vestidos de gala, salió del palacio y subió a un carro que se puso a la cabeza de una larga hilera de vehículos que se dirigió hacia el sur, hacia Tebas.

Los nobles habían cerrado para siempre las puertas de sus suntuosas villas, los jardineros habían regado por última vez los floridos arriates. Unos carpinteros habían desmontado las columnas de madera que volverían a utilizarse en las mansiones tebanas, los funcionarios habían enrollado los papiros administrativos, guardados en grandes cofres colocados en carros tirados por bueyes. Las tablillas que habían sido consideradas caducadas fueron enterradas, las momias sacadas de sus tumbas para ser transportadas a la orilla este, donde gozarían del eterno reposo en una nueva sepultura. Sólo la familia real residiría en el desértico paraje elegido por Akenatón. Ningún sacerdote celebraría la memoria del rey.

Akhesa pensó en las bandas de desvalijadores beduinos que, desierta la capital de Atón de sus ocupantes, se instalarían en ella y la mancillarían.

Ninguna guardia fronteriza, ningún policía les impediría el acceso a los palacios y las villas. Los abrirían y saquearían, permitiendo que el viento y la arena degradaran las delicadas pinturas.

El alba ligera enrojecía las montañas y disipaba las brumas que velaban todavía los campos. La brisa del norte hinchaba las velas de los barcos que componían la imponente flotilla que partía hacia el sur. Los estibadores los habían cargado con una considerable cantidad de muebles. En la barca real se habían depositado los cofres que contenían objetos de aseo y preciosas telas.

En pocos días, la ciudad de luz creada por Akenatón quedaría

vacía. Los más pobres partirían en barcazas de transporte fletadas por el Estado y regresarían a los poblados de donde habían salido, con la alegría en el corazón, para fundar una capital.

Tutankatón y Akhesa se habían instalado bajo una tienda que se levantaba en el centro de la barca real. Les protegería del sol durante el viaje. Les servirían bebidas frescas y frutas.

El adolescente disponía de un tablero de juegos, feliz de poder jugar con aquella a la que amaba cada vez más apasionadamente. El porvenir le parecía risueño. Los dioses le colmaban de todas las felicidades.

Akhesa le hizo esperar. De pie en el puente, contemplaba la ciudad del sol, que iba desapareciendo a medida que el barco se alejaba. Un recodo del río le ocultó para siempre la ciudad de Akenatón, el profeta de la luz.

Unas lágrimas corrieron por las mejillas de la hija del faraón maldito.

19

Una vez la pesada puerta se hubo cerrado tras ellos, Tutankatón y Akhesa penetraron en el inmenso templo, guiados por un maestro de ceremonias.

Akhesa descubría con estupor los dominios de Amón-Ra, señor de los dioses, dispensador de dones y de poder. Había oído hablar cien veces de aquella sagrada obra inaugurada varios siglos antes y a la que cada faraón consagraba inmensos esfuerzos para embellecerla. Tutmosis III el Conquistador, Tutmosis IV, el protegido de la esfinge, y Amenofis III el Magnífico habían construido columnatas y pilones, abierto pasajes y erigido colosos, desarrollando sin cesar el inmenso cuerpo de piedra donde se celebraban cotidianamente los ritos que aseguraban la prosperidad del Imperio. Karnak llegaba, en efecto, a la altura del cielo, como afirmaban los teólogos. Akhesa se sintió transportada, como arrebatada de la tierra. Los porches recubiertos de oro la deslumbraron. La viva mirada de las estatuas la atravesó hasta el alma. Por doquier, el oro, la turquesa, el lapislázuli y toda clase de piedras preciosas realzaban el esplendor de los numerosos edificios que componían aquella ciudad santa a imagen del universo.

Ambos jóvenes se detuvieron ante una gran puerta doble recubierta de oro. El umbral era de plata. Varias docenas de sacerdotes, formados en dos hileras, rodeaban a Tutankatón y a Akhesa, tan conmovido el uno como la otra, y ambos un tanto asustados por la gravedad de la ceremonia. El adolescente había olvidado de pronto su ingenua felicidad, comenzando a percibir que su futura función amenazaba con resultar mucho más pesada de lo que había imaginado.

El Primer Profeta apareció, llevando un largo bastón dorado en la mano derecha, y un brazalete de oro en la muñeca izquierda. Su altura y su natural autoridad impusieron un silencio absoluto.

Un sacerdote que empuñaba un cuchillo bien afilado cuya hoja brillaba, se colocó detrás de Tutankatón. Con un gesto brusco y preciso, asió el mechón de cabellos que el adolescente llevaba a un lado y lo cortó. Le liberaba así de la infancia. El mechón fue colocado en un cofre, que sería cuidadosamente conservado en el tesoro real.

Tutankatón se estremeció. No había sentido el menor dolor, pero un terrible sufrimiento que invadió su mente estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento. Un mundo de lujo, de fiestas y placer se derrumbaba, dando paso a la austeridad del templo que exigía de él

un compromiso sobrehumano.

–Atón es quien da la realeza -declaró el Primer Profeta-, quien mantiene intacto el trono de los vivos donde el faraón se sienta. Dios es quien guía el pensamiento de su hijo para darle la victoria sobre sus enemigos visibles e invisibles. Amón convierte al faraón en el pastor de su pueblo, el buen pastor que no extravía ninguna de sus ovejas. Amón enseña a su hijo el camino de Maat, de la verdad que los hombres no pueden apagar. ¿Quién eres tú, que así te presentas ante la puerta del templo cubierto?

–Soy el hijo del Señor -respondió Tutankatón, repitiendo las palabras que le habían enseñado la víspera-. Actuaré según sus directrices y llevaré a cabo lo que agrada a su corazón. Gracias a su fuerza uniré las Dos Tierras. Gracias a su poder ejerceré la función con la que me ha investido.

–Puesto que eres el fiel hijo de Amón, recibe hoy tu nombre visible -proclamó el Primer Profeta, con voz tan grave y profunda que todos los participantes contuvieron el aliento.

Akhesa rogó por su joven esposo, sintiendo que estaba a punto de desfallecer. Intentó comunicarle la energía que la habitaba. Era necesario que lograra superar las pruebas de la investidura faraónica que le convertiría en un rey-dios.

El malestar del adolescente no había escapado al Primer Profeta. Habría podido poner fin a su frágil existencia arrojando sobre él la cólera de los dioses. Pero el destino del Imperio pasaba por el reinado de aquel ser inconsistente, tan poco preparado para el ejercicio del poder.

El sacerdote extendió ante él los brazos, abrió las manos y magnetizó al muchacho hasta que fue capaz de nuevo de soportar su rango.

–En adelante, te llamarás Tutankamón -anunció el Primer Profeta-. Él contiene el secreto de tu ser, que será inscrito en los Anales y seguirá viviendo más allá de la muerte.

Todos comprendieron que Egipto vivía un cambio en su historia. Akhesa se mordió los labios para no gritar de despecho. Pero, aunque el combate pareciera perdido de antemano, aunque pareciera abrumada por la eternidad de Karnak, no se consideraba vencida todavía.

Haciendo una señal con la cabeza, el Primer Profeta ordenó a los sacerdotes que abrieran la doble gran puerta del templo cubierto.

Allí sólo penetraba una luz difusa, filtrada por ventanas en forma

de rejas de piedra. En el centro de una antecámara con estatuas del faraón Amenofis III, vieron una mesa de piedra donde se habían depositado ofrendas de alimentos. A uno y otro lado permanecían el general Horemheb y el «divino padre» Ay, vestidos con una piel de leopardo cubierta de estrellas. Eran los encargados de atribuir al futuro rey años sin fin y un inagotable alimento celeste.

El maestro de ceremonias introdujo en la antecámara a la joven pareja. El acceso al templo cubierto fue cerrado de nuevo. Acostumbrándose a la penumbra, Akhesa distinguió, en una esquina de la estancia, una estela donde se veía a Tutankamón adorando a Amón-Ra, señor de Tebas. Los sacerdotes no habían perdido un solo instante. Los escultores trabajaban sin descanso tras el anuncio de la muerte de Akenatón.

–Ha llegado la hora de purificaros -indicó el Primer Profeta.

El «divino padre» abrió camino a Tutankamón, Horemheb y Akhesa. Les condujeron hasta una habitación minúscula, casi por completo a oscuras. Les pidieron que se desnudaran, se sentaran en un bloque de granito y aguardaran hasta que vinieran a buscarles tras un silencioso ayuno de un día y una noche.

Aquel forzado descanso permitió al adolescente recuperar el aliento, y aceptar mejor la implacable sucesión de acontecimientos que orientaban su existencia en una dirección que no había deseado ni elegido. ¿No era mejor abandonarse, renunciar, dejarse arrastrar por la corriente del destino como si nadara en el Nilo? Agotado y sumiso, Tutankamón se durmió.

Akhesa no lograba conciliar el sueño, tan turbada se había sentido por los pocos instantes pasados en compañía de Horemheb. Por el modo en que él le había dado la mano, por la forma en que sus ojos habían hablado en un lenguaje mudo, ella había percibido en su carne que aquel hombre la deseaba y que nunca renunciaría a poseerla. Se reprochaba aquella atracción, cuando debía todo su afecto a un marido frágil que pronto tendría a su cargo el mayor reino del mundo. Pero Akhesa se negaba a mentirse a sí misma. Sentía una ternura sin límites por Tutankamón. Amaba a Horemheb.

Otro amor más intenso, más vasto, llenaba su corazón: el del Egipto que su padre había deseado, el de un país de luz donde los rayos de Atón no habrían encontrado muralla alguna y donde la maldad de los sacerdotes habría desaparecido por fin. Se había ofrecido a aquel amor y nada le haría cambiar su decisión. Para permanecer fiel a él y llevar a buen término la misión que Akenatón le había confiado, no tenía otro medio que ayudar a Tutankamón a convertirse en un auténtico faraón. Ella debería convencerle de que

actuara contra el Primer Profeta y se liberara de la tutela de los sacerdotes de Karnak.

Durante aquella noche de meditación, Akhesa se forjó un alma de reina. Prisionera de Karnak, tomó la energía sagrada que emanaba de aquellos muros, donde las ilustres mujeres que la habían precedido habían sufrido la misma prueba antes de acceder al trono. Se impregnó de aquel glorioso pasado, de los invisibles rastros de las personalidades femeninas que habían generado la gloria de Tebas. Akhesa sintió crecer en ella una nueva fuerza. Unía dos naturalezas irreconciliables en apariencia, la de hija de Akenatón, heredera de la ciudad de la luz, y la de una reina tebana que se había vuelto fiel a Amón. A ella le correspondía asumir lo imposible, vivir aquella conciliación de contrarios para que su país no perdiera la luz revelada por Atón y no sufriera atroces trastornos interiores, cuyas primeras víctimas serían los humildes. No tenía ya el menor deseo de convertirse en reina, de satisfacer un sueño de niña ambiciosa que se creía superior al resto de la humanidad. Horemheb, Ay, el Primer Profeta, Maya, Hanis, Huy, aquellos hombres valían más que ella por su talento, su inteligencia o su experiencia. Tenía que observarles, comprenderles, averiguar los secretos de su influencia. Sólo entonces sería capaz de vivir su destino real.

Cuando un sacerdote fue a buscarla, la joven, pese a no haber dormido, tenía el rostro reposado y sereno. El hombre, un viejo calvo y casi desdentado, le tendió un paño blanco que ella se ciñó a la cintura. Era el vestido tradicional de los soberanos desde la edad de las pirámides.

En el templo cubierto, el tiempo ya no existía. Tal vez fuera el alba, pero a Akhesa no le preocupaba. Siguió al sacerdote por un estrecho pasillo iluminado por antorchas y llegó a una sala inundada de vapores cálidos y húmedos donde le aguardaba Tutankamón, vestido también con el paño tradicional. El anciano los colocó hombro contra hombro, y les pidió que permanecieran inmóviles y guardaran silencio.

Entre la cortina de vapor surgieron dos sacerdotes. Uno de ellos llevaba la máscara de Horus, el dios halcón, y el otro la del chacal Anubis. El primero se colocó junto a Tutankamón, y el segundo al lado de Akhesa. Levantaron por encima de sus cabezas dos aguamaniles de plata de los que fluyó el agua de la regeneración, preparada por los magos de la Casa de la Vida. El agua cayó sobre el occipucio de ambos jóvenes, y resbaló por sus mejillas, su cuello, su pecho y su espalda. De aquel modo eran purificados por el dios Horus, protector de la realeza, y Anubis, guardián de los caminos del otro mundo.

Akhesa sonrió a Tutankamón, cuya inquietud percibía. Los ojos del joven, transidos de amor, leyeron tal confianza en los de su esposa que se sintió tranquilizado. Puesto que ella permanecía a su lado, sería capaz de llegar hasta el fin del camino ritual que le imponían.

Dos nuevos sacerdotes, llevando esta vez las máscaras de Toht, el ibis, y de Seth, el cánido de grueso hocico y grandes orejas, se acercaron a la pareja real. El primero se situó tras ellos, y el segundo delante, derramando sobre su cabeza el contenido de un aguamanil de oro. Con los otros dos dioses, simbolizaban los cuatro puntos cardinales, hitos del universo en el que reinaban el faraón y la gran esposa real.

–Por el agua de la vida -dijo el anciano con voz firme-, la naturaleza humana se transforma en naturaleza divina.

Akhesa experimentó una extraña sensación en lo más profundo de su ser. Un fuego suave despertaba en ella, como un sol de ocaso que doraba la piel sin abrasarla. El agua perfumada que había corrido por todo su cuerpo la recubría de inmaterial claridad, de una especie de oro líquido que divinizaba la carne. La mirada del propio Tutankamón se había modificado. Las virtudes del líquido mágico de la purificación, practicada con cada faraón desde el alba de la historia egipcia, le comunicaban una forma de vida de origen celestial.

Los celebrantes de máscaras divinas depositaron los aguamaniles en las cuatro esquinas de la estancia. Horus y Seth tomaron por las manos a Tutankamón, introduciéndole en una sala cuyo centro era iluminado por intensos rayos de luz que entraban por unas pequeñas aberturas practicadas en el techo. Akhesa se unió a él, acompañada por Anubis y Toht.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la deslumbradora claridad concentrada en el altar, advirtieron la presencia de una barca, el arca sagrada de Amón, cuyos extremos se alzaban, adornados con una cabeza de carnero. La cabina de la barca, oculta por un velo blanco, contenía la estatua del dios. En la proa, una figurita representaba al faraón manejando el gobernalle.

El Primer Profeta salió de la penumbra.

–Amón está siempre oculto -dijo-. Él es el padre y la madre de los seres. Que él abra la vía hacia la mansión del rey.

El Primer Profeta se puso a la cabeza de la procesión, formada por los cuatro dioses, la pareja real y el viejo sacerdote que cerraba la marcha. Atravesaron un patio donde habían sido erigidos dos gigantescos obeliscos. Akhesa quedó deslumbrada por la increíble magnificencia del lugar, la hermosa piedra blanca de gres, el granito

rojo y negro, el sol de oro y de plata, las puertas de oro fino de las capillas, y sus batientes de madera de cedro y cobre de Asia.

–Hemos llegado a la morada de la luz donde el faraón será coronado -indicó el Primer Profeta-. Este templo es semejante al universo. Aquí se halla el lugar de beatitud del Señor de los Dioses.

Se inició una larga peregrinación de varias horas. Seguido de Akhesa, Tutankamón penetró en una sucesión de capillas en cuyo interior se habían situado sacerdotes y sacerdotisas con los rostros ocultos tras máscaras de dioses y diosas. Cada poder creador le revelaba su mensaje, moldeando progresivamente el ser sobrenatural del faraón.

Gracias al agua de la purificación, Tutankamón no sentía la fatiga. Cuando salió de la morada de la llama donde le había sido transmitido el alimento primordial de la realeza, se encontró frente a frente con el Primer Profeta.

–Amón te ofrece la vida, la estabilidad y la fuerza -declaró, poniendo sobre su cabeza la corona roja y la corona blanca, que simbolizaban el Bajo y el Alto Egipto.

«Las dos poderosas» formaban una entidad viviente que protegería al faraón de las influencias nocivas. Su peso estuvo a punto de arrancar un gemido al adolescente. El Primer Profeta lo magnetizó de nuevo, aliviando enseguida el dolor infligido a su nuca. Luego, anudó una cinta alrededor de su frente, significando así que, en adelante, su pensamiento se confundiría con el de los dioses.

El Primer Profeta se arrodilló ante el faraón y calzó sus pies con unas sandalias blancas, en cuyas suelas aparecía la imagen de los enemigos atados y sometidos para siempre a la autoridad del rey de Egipto. Luego, el jefe de los sacerdotes de Karnak se levantó y sujetó al cinturón de la túnica una cola de toro, en la que se incorporaba el poder inalterable del ka, que sobreviviría a la desaparición de la envoltura carnal.

El nuevo rey ya estaba equipado para llevar a cabo el ascenso hacia una capilla sumida en las tinieblas. El Primer Profeta no entró en ella. Akhesa permaneció en el umbral. Una gran naos de granito rosa llenaba casi la estancia. Una luz mineral parecía brotar del monumento. El adolescente avanzó, deteniéndose ante una estatua de Amón tocada con la corona de dos grandes plumas. Con la espalda vuelta a la efigie del dios, el nuevo rey se arrodilló espontáneamente.

De pronto, una mano fría, una mano de piedra se posó en su nuca. El brazo de Amón se había movido, el propio dios confirmaba la coronación de Tutankamón.

Éste creyó que iba a morir de arrobo. Precisó un valor sobrehumano para no levantarse y salir huyendo. Sin embargo, sintió la benevolente mirada de Akhesa y logró dominar su miedo. Poco a poco, la mano de piedra se hizo más suave y la frialdad desapareció. El adolescente sintió el mismo calor maravilloso que cuando el Primer Profeta lo magnetizaba.

El brazo de Amón se retiró, y la estatua regresó a su aparente inmovilidad. Tutankamón se levantó. Se había convertido en rey-dios, en imagen viva de Amón en la tierra, señor de las incesantes transformaciones de la vida. Cuando salió de la capilla, el Primer Profeta le entregó dos cetros, que cruzó sobre su pecho, y lo condujo hasta el fondo del templo. Allí, en el santuario de oriente, el nuevo faraón vio abrirse ante sí las puertas del cielo y contempló la faz del dios. Recitó por primera vez las formas rituales del culto, tras haber recibido el rollo del libro divino.

Luego, Tutankamón y Akhesa volvieron hacia atrás, al eje del gran templo. Tras ellos se formó la corte de las divinidades, manifestadas por los sacerdotes enmascarados. Se les unieron sus colegas de cráneo rasurado. En la sala de las fiestas se habían reunido los grandes dignatarios, impacientes por saber si el adolescente había superado las pruebas.

Cuando lo vieron, vacilando bajo la doble corona pero sujetando firmemente los cetros, le aclamaron, gritando su nombre. Así era definitivamente reconocido como rey. Los gritos de alegría que se escucharon en el exterior del edificio, anunciaron el nacimiento ritual del monarca. La buena nueva corrió de boca en boca de los sacerdotes y pronto atrajo a la inmensa muchedumbre reunida en el atrio, dando la señal para un festejo popular que duraría varios días. Egipto tenía un rey, Egipto estaba salvado.

El Primer Profeta se volvió hacia Akhesa, que se mantenía algo retirada con respecto a su esposo. Por indicación del pontífice, dio un paso hacia adelante, colocándose a la altura del faraón.

El señor de Karnak rodeó su cuello con un collar de varias hileras de perlas y le ciñó la frente con la diadema del uraeus, la cobra hembra cuya cabeza se erguía para arrojar fuego contra obstáculos y enemigos.

–Eres la gran hechicera -declaró el Primer Profeta-, la que goza de todos los favores y guarda la legitimidad del trono, la más encantadora de las mujeres, dulce de amor, la soberana del Alto y el Bajo Egipto, la gran esposa real.

Le entregó una vasija de plata en forma de granada, cuya panza

estaba decorada con acianos y lises cincelados con extrema finura.

–Recibe esta vasija sagrada que contiene el agua de la resurrección. La conservarás como tu más preciado bien. Tu nombre de reina será «La que vive por Amón», y ayudarás al soberano del Doble País a pasar su vida creando las imágenes de los dioses.

Nuevas aclamaciones saludaron esta declaración. Tutankamón y Akhesa, graves, se cogieron de la mano. El adolescente estaba aturdido por el torbellino que acababa de atravesar. Sentía confusamente que su infancia había muerto y que le obligaban a renunciar a toda libertad.

Cuando la pareja real, de pie en su carro laminado de oro y electro, recorrió el centro de Tebas saludada por miles de voces entusiastas, Tutankamón comenzó a sonreír. La veneración que le mostraban le colmaba de satisfacción. ¡Rey de Egipto! Era rey de Egipto, el hombre más poderoso de la tierra. Recibió los homenajes demostrando su contento. A su lado, la gran esposa real permanecía extrañamente tranquila.

20

Los mejores escultores del reino trabajaban sin descanso en los talleres de Karnak. El «divino padre» Ay y el general Horemheb les habían dado orden de tallar estelas que anunciaran la coronación de Tutankamón. Estatuas representando al dios Amón junto al nuevo rey serían colocadas en los grandes santuarios de Egipto, dando testimonio del poder legítimo detentado por el nuevo rey. Maya, a quien sacerdotes y dignatarios tenían en gran estima, supervisaba el conjunto.

Tutankamón estaba sentado en una silla de madera de cedro con el respaldo adornado con el genio de la eternidad. Sobre su cabeza destacaba un disco solar alado. El rey pasó un nervioso dedo por uno de los clavos de oro que fijaban las piezas angulares de la silla. Como cada mañana desde hacía más de dos meses, aguardaba la visita del «divino padre» Ay, que le iniciaba progresivamente en los secretos de la corte y de Tebas. Akhesa asistía, silenciosa, a aquellas entrevistas. Sólo eran habladurías, cotilleos, descripciones críticas de uno u otro cortesano, confidencias de pasillo. Los ojos de la gran esposa real se posaban a veces en los costados de la silla, que representaban la unión del loto y el papiro, las plantas simbólicas del Bajo y el Alto Egipto. La grandeza del Doble País, su brillo… Ésas eran las primeras tareas que

imaginaba para un faraón. En cambio, no se trataba más que de intrigas palaciegas. Aunque se sintiera indignada por tanta mediocridad, guardaba en la memoria las frases del «divino padre». Los cortesanos, en su mayoría, sólo pensaban en sus carreras. Habían tenido tanto miedo de la revolución iniciada por Akenatón que estaban dispuestos a todo para mejor apoyar a los sacerdotes de Amón, garantes de sus privilegios. Pese a su posición dominante, Akhesa debía mostrarse prudente. Había decidido, pues, no comenzar a actuar antes del nacimiento de su hijo, tanto más cuanto que los dolores que le laceraban el vientre se acentuaban.

No se preocupaba demasiado por ello, muy feliz de ofrecer a Tutankamón el fruto de su amor.

El joven rey se impacientaba.

–Ay se retrasa esta mañana. ¿Qué le habrá sucedido?

–No te inquietes -le consoló ella-. Escucha a tu hijo… Se mueve.

Tutankamón lo estaba haciendo alegremente, cuando un escanciador que traía copas de leche fresca anunció a Ay.

El «divino padre» caminaba penosamente con aspecto preocupado.

–Llego con retraso, Majestad. Perdonad a un anciano que sufre de sus articulaciones. Ya sólo puedo desplazarme con la ayuda de un bastón.

–Sentaos, divino padre -propuso Akhesa, acercando una confortable silla provista de almohadones.

Ay se instaló gimiendo frente al rey.

–¿De quién hablaremos hoy? – preguntó el rey, que estaba aficionándose a las intrigas palaciegas-. ¿De la dama Mut, la esposa de Horemheb, y de su difícil carácter?

El tono festivo del rey no divirtió al «divino padre».

–Más bien del propio Horemheb, Majestad.

Akhesa aguzó el oído, olvidando el papiro mágico que estaba leyendo.

La mueca de Tutankamón reveló claramente que el tema le aburría. Hasta entonces, había vivido en la ignorancia de las dificultades. Se limitaba a amar a Akhesa y a gozar de las prerrogativas de su rango sin sufrir sus inconvenientes. Había olvidado incluso la existencia del poderoso general Horemheb, y agradecía al «divino padre» que no le hubiera importunado con ello.

–¿Desea verme el general?

–En efecto, Majestad. Desde vuestra coronación ha trabajado mucho. Ha velado personalmente por el alistamiento de nuevos reclutas para reforzar los cuerpos de ejército que controla. Proclama por todas partes su absoluta obediencia al faraón y no pronuncia ninguna palabra contra vos. Predica la calma y la paz, pero prepara la guerra.

Akhesa, inquieta, intervino con ardor.

–¿La guerra contra nosotros? ¿Contra los soberanos legítimos?

Ay vaciló antes de responder.

–Lo ignoro…

–¿Ya no os entrevistáis con el general?

–Conversaciones triviales y sin interés. Horemheb me evita. Supongo que persigue algún objetivo personal que no consigo determinar todavía.

–¿Un objetivo que os intriga?

–Sí, Majestad.

–Pero ¿por qué? ¿No es Horemheb, ante todo, un escriba respetuoso de las leyes, incapaz de cometer un acto que viole la regla de Maat?

–Es cierto -reconoció el «divino padre»-. Pero temo precisamente que utilice las leyes para reforzar su posición. Horemheb viaja mucho, visita a los jefes de las provincias, consulta con los altos dignatarios, ofrece banquetes a los oficiales superiores. Su popularidad no deja de crecer, mientras Sus Altezas permanecen encerrados en este palacio.

Akhesa puso sus manos sobre su dolorido vientre. Tras seis meses de embarazo, apenas si abultaba.

–¿Decíais que el general quería vernos?

–Ha organizado una gran ceremonia en el templo de Montu y desearía la presencia de la pareja real.

–¿Hay algún modo de librarnos de esta obligación? – preguntó Tutankamón, a quien el protocolo exasperaba.

–Temo que no, Majestad.

Akhesa experimentaba una desagradable impresión. El «divino padre» no parecía sincero. ¿No estaría sirviendo de emisario a Horemheb para sacar de palacio a la pareja real? ¿Se preparaba un atentado contra el faraón? Intentó expulsar de su pensamiento tan loca idea. Ni Horemheb ni Ay eran asesinos. Pero ¿no ocultaría la actitud ambigua del «divino padre» alguna inconfesable intención?

El templo de Montu, dios halcón encargado de proteger al faraón durante los combates y proporcionarle el poderío guerrero que llevaba a la victoria, se alzaba al norte del templo de Amón-Ra. En el centro de su imponente fachada se abría una gran puerta, cuyo umbral era de granito rosa. Dos obeliscos enmarcaban la entrada del santuario.

Horemheb en persona recibió a los soberanos cuando descendieron de su carro de oro y electro. Precedido por dos porta-abanicos, les condujo al interior del templo, a un vasto patio rodeado de pórticos con columnas en forma de papiros. Entre ellas se habían dispuesto algunas esfinges con cuerpo de león y el rostro del faraón Amenofis II, excepcional arquero, celebrado por su fuerza física.

Al fondo del patio, ante la escalera que llevaba al templo cubierto, había dos tronos. El mayor estaba destinado al faraón, el otro a la reina. Ambos jóvenes se instalaron en ellos. Horemheb se mantenía al lado del rey y algo retrasado. Ni Tutankamón ni Akhesa se atrevieron a hacer la menor pregunta al general, sonriente y afable. La gran esposa real se sintió oprimida. La serenidad del templo y el esplendor de su arquitectura no bastaban para tranquilizarla.

Un soldado provisto de una trompeta avanzó hasta el centro del patio, se arrodilló y husmeó el suelo ante Faraón. Luego, levantándose, empuñó su instrumento y tocó una melodía de carácter marcial.

Entró a paso ligero una tropa de infantes de gran colorido, que incluía egipcios y mercenarios de distintas regiones, libios, sirios, asiáticos y nubios. Unos llevaban un largo faldón plisado con un delantal, otros una túnica, y otros un vestido multicolor. Los egipcios iban tocados con una corta peluca, los asiáticos lucían barba y largos cabellos, recogidos detrás de la nuca y sujetos con una cinta, los libios preferían una gran pluma sujeta en lo alto del cráneo. Desfilaron ante la pareja real, mostrando la panoplia de armas que llevaban: arco sencillo de una sola pieza de madera flexible; arco doble, cuyas piezas, cubiertas de láminas de corteza, se unían en el centro; arco compuesto de varias piezas unidas; flechas de unos veinte centímetros de longitud, formadas por un tallo de caña endurecido, con una base de madera a la que se fijaba la punta de bronce; flechas de punta de madera destinadas a derribar al adversario; dagas y espadas de hojas de bronce, algunas de ellas en forma de hoz; y, por último, bastones arrojadizos.

El desfile, muy animado, se prolongó durante bastante tiempo. Los infantes rivalizaban en soberbia, entonando cantos guerreros a la gloria del dios halcón Montu. Corrían cadenciosamente, con un ritmo perfecto. El joven Tutankamón estaba encantado. Aquellas

demostraciones bélicas, sin matanzas ni combates, le parecían una fiesta muy divertida, casi un juego. Horemheb había pensado en procurarle una distracción excepcional.

No era ésta la opinión de Akhesa, a quien el general evitaba cuidadosamente mirar, con los ojos fijos en sus soldados, que ejecutaban una maniobra impecable. La gran esposa real se sentía cada vez más inquieta. Aquello era sólo el comienzo de la estrategia de Horemheb. Comenzaba deslumbrando al rey para obtener su confianza.

Los militares salieron del gran patio. Un nuevo toque de trompeta indicó la llegada de un interminable desfile de asiáticos, que ofrecieron al faraón caballos y una impresionante cantidad de tributos tan ricos como variados: copas de oro y de plata, preciosas vajillas, paños, bordados, aderezos.

–Toda Asia reconoce vuestra soberanía -indicó Horemheb-. Ha venido a postrarse a vuestros pies e implorar vuestra protección.

Pese a la magnificencia de la ceremonia, a Akhesa le sorprendió la delgadez y palidez de los asiáticos que participaban en ella. La mayoría de ellos parecían cansados, casi agotados; en los rostros y los miembros de algunos se veían huellas de heridas. Se fijó en un hombre de edad madura, de negro y fino bigote, al que le faltaba la mano derecha.

Cuando los tributos fueron depositados al pie de los tronos, un niño sirio se adelantó, solo, hacia Tutankamón. Ofreció al rey una caja de madera de ébano que contenía varias flechas con punta de marfil y una bolsa cubierta de oro, incrustada de piedras preciosas, cuyas extremidades representaban a unos prisioneros extranjeros atados.

Tutankamón, saltando de placer, dejó su trono para recibir el admirable presente, obra maestra de un joyero que había alcanzado la perfección en el arte del cincelado. Al volverse hacia Akhesa, se quedó sorprendido por su frialdad.

El silencio se hizo de nuevo en el gran patio del templo de Montu. Ya sólo quedaban allí el rey, la reina, Horemheb y una veintena de soldados armados, de pie ante las esfinges. Cada vez más tensa, Akhesa tomó la mano de Tutankamón, cuyos ojos revelaban una súbita angustia.

El general Horemheb se colocó ante sus soberanos.

–¿Vuestras Majestades están satisfechas de estos desfiles?

–Sí, claro -respondió Tutankamón con voz insegura-. Estoy cansado, general, deseo regresar a palacio.

–Hágase según vuestra voluntad, Majestad. Antes, sin embargo, me gustaría hablaros de las graves dificultades en las que se halla nuestro país. Su gobierno debe ser más firme. Yo lo intento con todo el ardor de que soy capaz, pero mis medios son demasiado limitados. Debo reforzar los efectivos del ejército, reorganizar la administración, devolver a los templos las riquezas que les arrebataron. Sería conveniente que Vuestra Majestad me nombrara diputado del faraón en todos los países extranjeros, regente de las Dos Tierras y jefe de los intendentes.

Akhesa protestó:

–¿No sois ya el elegido del rey, amado escriba del faraón, confidente privilegiado, poderoso entre los poderosos, grande entre los grandes? ¿No os comparan ya a los dos ojos del Señor de Egipto? ¿Por qué exigir otros títulos?

Horemheb, que seguía evitando la mirada de la gran esposa real, contempló al adolescente.

–No podemos seguir titubeando -anunció, severo y determinante-. No sólo me atribuiréis estas nuevas funciones, Majestad, sino que ordenaréis también grabar una estela que se colocará en el ángulo nordeste de la gran sala de columnas de Karnak, para que nuestra obra de restauración sea conocida. Se os representará haciendo una ofrenda al dios Amón y a su esposa Mut. Contaréis en ella cómo habéis suprimido el mal, combatido la herejía y restablecido la verdad, cómo habéis vendado las heridas infligidas a los templos y habéis hecho florecer de nuevo las ruinas de los santuarios devastados por la intolerancia, desde Elefantina hasta el Delta.

–¡Eso es falso! – exclamó Akhesa-. ¡Mi padre no provocó ninguna destrucción grave!

–No importa -repuso Horemheb-. Lo esencial es que el pueblo egipcio lo crea. El reinado de Tutankamón ha restablecido la prosperidad y la armonía. Explicaremos en esta estela que los lugares santos habían sido arrasados, que las malas hierbas crecían en ellos, que por ellos paseaban libremente los profanos. Plantas silvestres habían cubierto las desventradas naos de las divinidades, que, despreciadas, se habían alejado de nuestra tierra. Sus estatuas eran mutiladas. Tras consultar a su corazón, el nuevo rey, Tutankamón, decidió poner fin a tal desastre. Creó para su padre Amón una estatua de oro fino, incrustada de piedras preciosas y lapislázuli, más grande y más hermosa que las esculpidas antaño.

El joven rey, atónito, escuchaba con atención al general. No se sentía con fuerzas para resistirse.

–La estela -prosiguió Horemheb-será completada con una serie de nombramientos de sacerdotes que fueron condenados por Akenatón a ocupaciones profanas y que formarán parte otra vez del personal de los templos. Los notables y sus hijos recuperarán sus dignidades. La nobleza, que formaba la elite de nuestra sociedad, conocerá de nuevo días felices.

Akhesa, indignada y dolorida, contuvo la rabia que la habitaba. El desfile militar había servido para demostrar que el general controlaba las fuerzas armadas y que no dudaría en utilizarlas para conseguir sus fines. La pareja real sólo podía inclinarse.

–Para festejar la promulgación de unos decretos que harán que los dioses regresen a la tierra -concluyó Horemheb-, convocaremos en Karnak a las mejores cantoras y danzarinas de todo el país y concederemos varios días de descanso a la población. Volverá a nacer la alegría.

Tutankamón había pasado varias horas en un estado de completo abatimiento. Las autoritarias decisiones del general Horemheb le habían cogido desprevenido, mostrándole sus debilidades. Era sólo un niño enamorado de una mujer soberbia, incapaz de hacer frente a un hombre experimentado, a un veterano de las maniobras políticas, acostumbrado a los intrincados laberintos de la administración. Él, Tutankamón, no era más que un insignificante rey sin poder real.

¿Por qué no le ayudaba Akhesa? ¿Por qué no intentaba atenuar su contrariedad? ¿Por qué se había encerrado en sus aposentos en vez de permanecer a su lado, hablarle, prodigarle aquella ternura que tanto necesitaba?

Sintiéndose inútil y abandonado, Tutankamón se puso a jugar con su encendedor, produciendo una llama que no le calentó el corazón.

Atroces sufrimientos desgarraban las entrañas de la gran esposa real. Pero Akhesa no tenía tiempo de consultar al médico. Había concedido audiencia al comandante Nakhtmin, que acudió a su lado nada más recibir la llamada transmitida por la sirvienta nubia.

–Ocurre algo extraño, comandante. He observado bien a los asiáticos que nos han presentado los tributos bajo la responsabilidad del general Horemheb. Me han parecido agotados. Parecen más prisioneros que diplomáticos. Quisiera que me trajerais a uno de ellos para interrogarlo: un hombre con un bigote negro muy fino. Le falta la mano derecha.

Nakhtmin se envolvió en su dignidad de joven oficial superior.

–Lo que me pedís, Majestad, es muy delicado. No tengo poder para

hacerlo.

–No os pido que detengáis a ese hombre, Nakhtmin, sino que dispongáis una entrevista con él.

Al comandante no le costó identificar al asiático, alojado en el barrio de los embajadores. Grande fue su sorpresa, cuando Nakhtmin lo llevó al jardín de una inmensa villa, lejos del palacio real.

En una glorieta le aguardaba la gran esposa real, ante la que se prosternó, asustado.

–¿Por qué tembláis? – preguntó Akhesa.

El asiático apretó los labios.

–¿De qué provincia venís?

–De Siria, Majestad.

–¿Cuándo perdisteis vuestra mano?

–Yo… era artesano y…

El extranjero masculló unas incomprensibles palabras.

–Decidme la verdad -ordenó Akhesa.

El comandante Nakhtmin palideció. La determinación de la muchacha le impresionaba. El asiático dirigió a la gran esposa real una mirada de perro apaleado.

–Estaba en mi pueblo cuando lo invadieron los hititas, devastando nuestras casas e incendiando nuestras cosechas. Huimos a las montañas y vivimos como cabras. Cuando llegaron los soldados egipcios, corrimos hacia ellos implorando su ayuda. Me enrolé en el ejército con la seguridad de que el faraón enviaría su espada victoriosa para protegernos. Pero fuimos derrotados y perdí una mano en combate. No había bastantes soldados egipcios. Murieron. Yo y algunos otros, no sabiendo ya cómo subsistir, vinimos a solicitar refugio en tierra de Egipto. El general Horemheb nos pidió que rindiéramos pleitesía al faraón, como si fuéramos enviados extranjeros.

Akhesa se retiró sin hacer más preguntas. Horemheb había cometido su primer error.

Tras haberse lavado las manos y los pies, Horemheb fue introducido en la sala de audiencias del palacio real de Malgatta, en la ribera izquierda de Tebas. No le sorprendía el carácter protocolario de aquella convocatoria. Y en ese magnífico día de verano, cálido sin ser tórrido, la pareja real le concedería los plenos poderes.

El rey y la reina, coronados y con las vestiduras oficiales,

permanecían sentados en sus tronos. Tutankamón llevaba los cetros, Akhesa una flor de loto. ¡Qué frágiles parecían! Horemheb cumplió las exigencias rituales. Inclinó la cabeza, dobló las rodillas, husmeó el suelo y aguardó a que el faraón le invitará a levantarse.

–¡Que el dios Amón proteja a Faraón! – declaró con voz profunda-. ¡Que le dé eterna vida, salud y fuerza!

Tenía que intervenir Tutankamón. Akhesa le había hecho repetir varias veces las palabras que debería pronunciar y que tendrían fuerza de ley. El adolescente tenía la garganta seca. Horemheb le aterrorizaba. Tutankamón tragó trabajosamente saliva.

–General Horemheb, hemos decidido concederos los nuevos títulos honoríficos que solicitabais y promulgarlos por decreto, a excepción del de regente del reino. Pese a nuestra juventud, pensamos ejercer plenamente nuestras prerrogativas y no ceder a nadie el gobierno de las Dos Tierras. En cambio, prestaremos mucha atención a los fieles consejeros que nos ofrecerán el fruto de su experiencia.

Horemheb necesitó el control de un escriba acostumbrado a dominar sus emociones para que su cólera no estallara. ¡Cómo se atrevía a resistírsele aquel niño! ¿Qué locura se había apoderado de él?

–Majestad -dijo, remachando cada palabra-, vos sois el señor de Egipto. Vuestras palabras se hacen realidad viva. Sólo vos, en efecto, sois digno de gobernar este país y mantenerlo en la ley de Maat. Pero nos amenazan tan graves peligros que me parece indispensable la institución de una regencia. Estoy dispuesto a asumir la responsabilidad durante tanto tiempo como Vuestra Majestad lo juzgue necesario.

Tutankamón vaciló. Los argumentos de Horemheb eran convincentes. ¿No era mejor descargar los deberes demasiado abrumadores en un hombre de tal talla? ¿No deberían los dioses permitirle vivir su juventud en vez de robársela?

Akhesa advirtió la vacilación de su esposo. Estaba dispuesto a traicionarla y a ceder ante Horemheb.

–Habéis mentido, general -dijo-. No controláis la situación en Asia. Tengo pruebas de ello. Este comportamiento es indigno de un alto funcionario del reino. En consecuencia, el faraón, con su gran clemencia, os confía la tarea de reorganizar el ejército del que sois responsable y garantizar la seguridad de las fronteras. Esa será vuestra única preocupación.

Akhesa estaba segura de haber descubierto la maniobra de

Horemheb: dejar que las relaciones internacionales se degradaran, imputar la falta al nuevo rey y tomar el poder en un necesario golpe de Estado militar. El general y la gran esposa real se desafiaron con la mirada. Por deferencia, él bajó los ojos.

A Tutankamón le hubiera gustado hallarse lejos de aquella sala, de aquel trono, llevar otros vestidos, no soportar el peso de la corona sobre su cabeza. La presencia de Akhesa le ofreció los recursos necesarios para concluir con voz frágil.

–Hemos expresado nuestra voluntad, general. La audiencia ha terminado.

Horemheb no podía ya emitir la menor protesta. Salió precipitadamente.

No vio a la gran esposa real caer desmayada en el enlosado.

El diagnóstico del jefe de los médicos fue rápidamente establecido: parto prematuro en el séptimo mes de embarazo. De inmediato, dos experimentadas comadronas llevaron a Akhesa, a la que habían reanimado haciéndole aspirar perfumes a base de lis y de aciano, a la estancia de palacio donde otras reinas, antes que ella, habían dado a luz a los hijos reales.

Akhesa sufría tal agotamiento que no opuso ninguna resistencia. Las comadronas la desnudaron. La primera la obligó a mantenerse de pie, sosteniéndola por las axilas. La segunda introdujo en su vagina una compresa de paño con serrín de abeto, a fin de hacer bajar el útero. Para calmar el dolor, depositó un ibis de cera sobre unos carbones. Colocó a la muchacha sobre los vapores anestesiantes que se desprendían, para que penetraran así en su vientre. En las esquinas de la alcoba de nacimiento se habían dibujado figuras de mujeres desnudas, cargadas de magia benéfica.

Akhesa no lloraba, no gritaba. Guardaba el sufrimiento en lo más hondo de su ser, deseando a toda costa comportarse con la dignidad de una reina, aunque de pronto la prueba le parecía superior a sus fuerzas. El niño al que esperaba confiada, aquel pequeño ser al que deseaba ver vivir como la misma imagen de la felicidad, la estaba matando.

Mientras la mantenían de pie, le vendaron el bajo vientre con un emplasto de sal, trigo y juncos. Luego, la comadrona de más edad tomó la decisión de adelantar el parto. Untó la vagina con un ungüento caliente, compuesto de vino de palma, sal y aceite, e inyectó luego un líquido a base de aceite y fragmentos de alfarería pulverizados.

Las contracciones se aceleraron unos minutos más tarde. Entonces, la joven no pudo contener un grito de dolor. Las comadronas la llevaron hasta una estera y la obligaron a agacharse. Una de ellas la ciñó con sus brazos, pidiéndole que se apoyara en ella con todas sus fuerzas para facilitar la expulsión.

La otra esperó la salida del niño, que tras media hora de trabajo, salió del vientre de la joven madre.

La gran esposa real durmió dos días y dos noches. Cuando despertó, sintió que un fuego insoportable le abrasaba el vientre. Retorciéndose de dolor, se tendió sobre el costado izquierdo y descubrió en la penumbra de la alcoba, cuyas ventanas habían sido cubiertas por cortinas, a un hombre sentado al pie de su lecho.

–Tutankamón… Ven junto a mí, rey mío…

En cuanto el hombre se levantó, Akhesa advirtió su error. Era Ay, el «divino padre», que le tomó las manos con respeto.

–¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está mi marido?

–El rey está ligeramente indispuesto, Majestad. La noche está terminando, duerme.

–¿Y mi hijo? – insistió, con la voz entrecortada por el llanto.

Ay la contempló con la ternura de un padre.

–Salió de mí, lo vi… ¿Por qué no está aquí, en su cuna?

–Era un muchacho -dijo el «divino padre» con la voz rota-. Nació muerto.

21

La mariposa multicolor se posó en el pecho de Tutankamón. El joven rey, tendido en un lecho de ébano, no se atrevió a moverse. La maravillosa criatura era un presente de los dioses, por eso contuvo el aliento para no molestarla. Aleteaba, como si poco a poco fuera tomando confianza. Luego, plegó las alas y se quedó inmóvil. Tutankamón se relajó, dejando caer la nuca hacia atrás hasta apoyarla en la cabecera, símbolo del dios Chu, el espacio de creación por el que se desplazaba la luz y donde el alma del durmiente se regeneraba cada noche.

–He venido, Majestad -dijo la voz grave del escultor Maya.

El adolescente se incorporó con brusquedad. Asustada, la mariposa

huyó. Tutankamón tendió la mano para atraparla. Decepcionado, dirigió su atención al hombre al que había convocado.

–¡Maya! ¡Amigo mío!

Se abrazaron, tan conmovido el uno como el otro.

–Maya, si supieras qué desgraciado soy.

–¿Qué ocurre, Majestad?

Akhesa está gravemente enferma y nuestro hijo nació muerto. Estoy solo, aquí, en este palacio. Nadie me visita. Horemheb y Ay dirigen el reino a su guisa. Maya, soy el faraón, pero no tengo ningún poder.

A Maya le hacía sufrir la angustia de aquel niño que unos hábiles políticos utilizaban en beneficio propio sin ningún remordimiento. No tenía manera alguna de ayudarle, pero permanecería a su lado incluso en los peores trances.

–Si Akhesa muriera -gimió Tutankamón-, no tendría deseo alguno de vivir.

–No tenéis derecho a hablar así, Majestad -protestó rudamente Maya-. Sólo los dioses deciden sobre la vida y la muerte. Sea cual sea el destino que nos corresponda, debemos aceptarlo.

El adolescente movió la cabeza.

–Hay que ser viejo como tú para pensar así. Yo no puedo.

Maya estrechó al adolescente contra su pecho, como habría hecho si hubiera sido su hijo.

–Hoy tienes razón, mañana estarás equivocado. También tú te harás viejo.

Los ojos de Tutankamón se llenaron de esperanza.

–¿Y tan fuerte como tú, Maya? No, no es posible…

–Claro que sí. Ejercerás el poder que te han robado unos ladrones. Los años corren a tu favor. Pronto les harás frente.

Las predicciones de Maya turbaron a Tutankamón. No tenía deseo alguno de envejecer. Permanecer eternamente joven, sentir crecer en él el inagotable deseo de acariciar a Akhesa, olvidar el mundo exterior para desvanecerse en ella. ¿Qué otra felicidad podía soñar?

De pronto, la fisonomía del rey cambió. Sus rasgos se endurecieron. Su actitud se tornó grave, casi preocupada.

–Quería verte, amigo mío -declaró en un tono sentencioso-, pues he tomado decisiones que te conciernen. El primer deber de un faraón es

construir templos y preparar su tumba. Por eso te nombro Artífice de todas mis obras e intendente de la necrópolis. Tú te encargarás de mi sepultura en el Valle de los Reyes.

–Majestad, yo no…

–Ésa es mi voluntad -confirmó el adolescente con soberbia-. Asume inmediatamente tus nuevas funciones. Y tendrás otra que asegurará la prosperidad de las Dos Tierras: superintendente del Tesoro y ministro de Finanzas.

Maya vivía en una modesta casa del poblado de Deir el-Medineh, lugar reservado a los artesanos encargados de trabajar, con gran secreto, en el Valle de los Reyes. Vivían allí con sus familias, tenían su propia administración y sus propios tribunales, y dependían directamente del faraón.

Maya había enseñado allí escultura a jóvenes excepcionales, que se habían convertido en maestros capaces de revelar en las paredes de las tumbas las enseñanzas secretas de los templos. Había esperado vivir el resto de sus días en aquel pueblo tan caro a su corazón, lejos de la agitación de Tebas y de las intrigas de la corte.

El nuevo Artífice de las obras reales miró con nostalgia su pequeña casa. Tenía que dejarla para siempre. La había construido con sus manos, sobre cimientos de tierra, cuidando especialmente el techo de troncos de árbol y hojas de palma. En el suelo de tierra batida había botes, platos y jarras, que componían una vajilla que no se llevaría con él. En la villa para funcionarios que le atribuirían, no tendría que ocuparse de las tareas domésticas.

Aunque hubiera accedido al deseado puesto de vigilante en jefe de la comunidad de Deir el-Medineh, Maya había seguido llevando una existencia sencilla, casi apagada, consagrándose sólo a su trabajo. Artesanos y obreros le veneraban como a un sabio apasionado por la justicia.

Instintivamente, Tutankamón había hecho la mejor de las elecciones aupando al antiguo escultor hasta un rango que nunca había ambicionado.

Un joven aprendiz llamó a la puerta. Maya abrió.

–Hay un hombre a la entrada del pueblo que pregunta por vos. No es de los nuestros. Los guardas se han negado a dejarle pasar. ¿Deseáis verle?

Maya se quedó intrigado. Deir el-Medineh era un pueblo cerrado, que disponía de una milicia formada por artesanos que aseguraba la tranquilidad de las familias. Nadie intentaba entrar si no pertenecía a

una corporación que le hubiera dado la contraseña.

–Voy para allá, muchacho.

Maya tomó la calle principal, flanqueada por las casas más grandes. Desembocaba en el puesto de guardia, situado junto a una tumba formada por un patio que precedía a una pirámide muy esbelta. Dos escultores, con sus mazos en la mano, custodiaban al inesperado visitante, vestido con una sencilla túnica.

Al acercarse, Maya le reconoció.

Era el general Horemheb.

–Dejadle pasar -ordenó-. Lo llevo conmigo.

Los escultores le obedecieron, descontentos de que se ofreciera hospitalidad, aun pasajera, a un extranjero. Horemheb caminaba descalzo, con las sandalias al hombro. Éstas sólo se utilizaban para entrar en una morada cuyo suelo no debía ensuciarse. El general iba con el cabello suelto, y no llevaba joyas ni ornamentos. Nadie podía suponer que aquel hombre era el verdadero dueño de Egipto.

Maya introdujo a Horemheb en una pequeña estancia sostenida por dos columnas, construidas con un tronco de palmera cubierto de yeso. Una plataforma de piedra, elevada, servía de asiento durante el día y de lecho por la noche. En una hornacina presidía una estatuilla del dios Ptah, el patrón de los constructores. Maya fue a la cocina, donde él mismo elaboraba su pan, y salió con unos pasteles redondos de miel y una jarra de cerveza dulce.

–Es un gran honor, general. ¡Qué extraña visita…! Os he visto varias veces en la ciudad del sol. Llevabais soberbios vestidos y magníficos adornos. Un escultor no olvida un rostro como el vuestro. ¿Por qué habéis venido?

Horemheb, sentado en la banqueta de piedra, degustó el excelente brebaje de virtudes digestivas.

–Sois un personaje mucho más influyente de lo que imagináis, Maya. Os habéis puesto a la cabeza de todos los artesanos. Sólo os obedecen a vos.

–Concedéis demasiada importancia a mis funciones en este pequeño pueblo.

Irritado, Horemheb dejó la jarra de cerveza.

–No soporto que nadie se burle de mí, Maya. Este «pequeño pueblo» reúne a los mejores artesanos de Egipto, a los maestros en su arte. Y sólo dan cuentas al faraón. Su secreta influencia es considerable. Sus opiniones son escuchadas, y sois vos quien las

dictáis.

Maya no lo negó.

–Nuestro país corre graves peligros -prosiguió Horemheb-. Tutankamón es un niño sin voluntad y sin inteligencia. Aunque haya sido instalado en el trono, es incapaz de tomar una decisión. Yo no soy oficialmente el regente, pero asumo esas funciones. Mi deber es reunir a las fuerzas vivas que salvarán a Egipto del desastre. He venido a solicitar vuestro apoyo, Maya.

–Demasiado tarde, general.

Pese a su sangre fría, Horemheb no consiguió disimular su sorpresa.

–¿Cómo…?

–Habéis cometido un error de estrategia -explicó Maya-. Egipto tiene un rey. Él gobierna y a él debemos obediencia.

–Claro, pero…

–Tutankamón sabe asumir responsabilidades, general. Él elige a los hombres que le ayudarán a devolver la prosperidad a las Dos Tierras. Estamos obligados a convertirnos en amigos para servir mejor a nuestro soberano: vos como jefe del ejército, y yo como… Artífice y ministro de Finanzas del reino.

Horemheb, atónito, creyó estar viviendo una pesadilla.

Tutankamón lloraba. Con la garganta ardiente, la cabeza pesada y los pulmones oprimidos, no soportaba ya la soledad. Su mala salud le impedía salir de su propio palacio, donde se marchitaba privado de esperanza.

¿Adónde habían ido las dulces horas pasadas en compañía de Akhesa, en los jardines, aspirando el aroma de las flores, tomándose tiernamente de la mano y hablando de amor? ¿Por qué esos momentos de felicidad se habían desvanecido tan brutalmente? ¿Por qué los dioses habían enviado a los demonios de la noche para que mataran a su hijo?

La corona era demasiado pesada. Sin Akhesa, Tutankamón ya no tenía valor para seguir asumiendo aquella tarea sobrehumana. No sentía afición alguna por el poder. Que Ay, Horemheb y los demás se destrozaran, le importaba poco. Tenía ganas de dormir, dormir más y más, no despertar nunca.

Dos manos muy suaves y perfumadas se posaron en su frente. Las reconoció enseguida.

–¡Akhesa! ¡Por fin estás aquí!

–No digas nada, amor mío. Deja que te cure.

Las manos mágicas derramaron una benefactora frescura por el cuerpo del joven. La gran esposa real lo magnetizó largo rato.

El tiempo ya no existía, corría como un surtidor de agua límpida y regeneradora.

–Ya no me duele, Akhesa. Pero tú…

–Olvidemos la desgracia. Hablemos sólo de los goces del instante que vivimos.

Akhesa se alejó de su marido. Apartó los velos que cubrían las ventanas de la alcoba, donde penetró a grandes oleadas la luz.

Tutankamón admiró la belleza de la gran esposa real. Estaba desnuda. Un cinturón de perlas subrayaba la finura de su talle. La prueba que acababa de soportar no había degradado en absoluto su ambarino y sedoso cuerpo.

Akhesa había heredado de su padre la extraña facultad de poder mirar el sol sin abrasarse los ojos. Comulgando con la divinidad oculta en el disco solar, obtuvo de ella un nuevo deseo de vivir. No tenía posibilidad alguna de soltar la carga que le había sido confiada. Ahora tenía que aceptar su destino y contribuir a forjar el de su joven esposo.

Un cuerpo cálido y estremecido se estrechó contra el suyo. Las manos de Tutankamón acariciaron sus pechos, sus labios le besaron el cuello. Se volvió, iluminada por el sol del estío, y se ofreció a él.

Desde hacía varios días, una intensa animación reinaba en palacio. Numerosos servidores iban y venían por los pasillos, llevando muebles, tela, vajilla, jarras de agua y cerveza, cestos llenos de pan, carne seca, legumbres y frutos que eran transportados con carros hasta los muelles, donde estaban atracados barcos de distintos tipos, desde un imponente navío de carga, hasta un elegante velero cuya proa estaba adornada con dos ojos mágicos, destinados a abrirle un camino sin peligros.

Akhesa daba órdenes, distribuía el trabajo, no se tomaba el menor respiro. Dobló en tres partes una cama con bisagras de bronce, que le gustaba tanto por su belleza como por su comodidad, y le pidió a su sirvienta nubia que la confiara a un estibador especialmente cuidadoso. A continuación, vigiló los trabajos de desmontaje de un baldaquino, y examinó unos cofrecillos de cedro y ébano, incrustados de marfil, donde había colocado productos de belleza, incienso, antimonio y resina, así como unos recipientes de cerámica y plata, y unos botes de maquillaje para los párpados en forma de langostas de

oro. Unas empuñaduras de bronce permitían colgarlos de los armazones de madera colocados en los lomos de las bestias de carga.

Asustado por tanta agitación, cuya razón ignoraba, Tutankamón consiguió por fin interrogar a su esposa.

–¿Qué ocurre, Akhesa? ¿Por qué haces que vacíen la mitad del palacio?

–Más tarde te lo explicaré, ahora estoy ocupada…

El adolescente no acostumbraba a importunar a Akhesa. Pero aquella vez, presintiendo un importante acontecimiento, quería comprender. Se cruzó en su camino y la obligó a detenerse.

–El faraón exige una explicación -declaró con un énfasis que arrancó una carcajada a la muchacha.

Se inclinó ante él, ejecutando una especie de reverencia voluntariamente torpe.

–Obedeceré, pues, a Vuestra Majestad… Nos vamos de viaje.

–¿De viaje? ¿Por qué?

–Para cumplir nuestras obligaciones rituales, Majestad. Debéis visitar cada una de vuestras provincias y haceros reconocer como rey en cada templo. Ha llegado el momento de dejar Tebas por algunos meses y de abandonar los recuerdos dolorosos. He aquí vuestro bastón de peregrino.

La sirvienta nubia trajo un bastón de madera recia, cuya parte más delgada formaba una empuñadura y cuya extremidad más gruesa estaba cubierta de metal. Tutankamón lo empuñó con satisfacción.

–Me gusta…, pero ¿me gustará también este viaje? ¡Tanto tiempo lejos de Tebas!

–Tranquilizaos, Majestad. Descubrir vuestras provincias os encantará. Y tenéis que cumplir con vuestros deberes de rey.

Durante ocho meses, la pareja real exploró su reino desde el primer nomo[15], la isla de Elefantina, colocada bajo la protección del dios carnero Khnum, hasta las marismas del Delta. Tutankamón y Akhesa gozaron de una comodidad perfecta y de un confortable lujo, tanto en el navío de Estado como en las residencias de las distintas provincias. En todas partes fueron recibidos con alegría, en una atmósfera de fiesta y regocijo populares. La llegada del faraón y de la gran esposa real a los pequeños burgos producía un formidable entusiasmo. Todos querían verles pasar, coronados y luciendo vestidos dorados, de pie en

un carro tirado por dos caballos. Les precedía una ruidosa cohorte de músicos y danzarinas. En cada uno de los grandes templos, el joven rey celebraba el culto matinal antes de anunciar importantes donaciones de tierra y ganado que llenaban de satisfacción el corazón de los sacerdotes. Recibido con deferencia por los jefes de las provincias, Tutankamón, por consejo de Akhesa, les escuchaba con atención, comportándose como un niño respetuoso frente a hombres de experiencia y no alardeando nunca de su omnipotencia. Akhesa adoptaba una actitud muy discreta, sin dejar de observar a quienes afirmaban ser los fieles súbditos del faraón y analizando el menor aspecto de su comportamiento. Por la noche, cuando su marido dormía, anotaba en un papiro sus observaciones. Así, iba elaborando un detallado informe sobre los responsables de la administración, vistos a través de los ojos de una muchacha más preocupada por el valor humano que por las competencias técnicas.

Tutankamón cambiaba. Seguía enamorado de Akhesa y dispuesto a demostrarle en todo momento su ternura, pero iba perdiendo su indiferencia por los asuntos de Estado, que abordaba gracias a encuentros con individuos muy distintos unos de otros. Burgueses de vientre prominente, joviales padres de familia, sacerdotes de sutil inteligencia, escribas ambiciosos… Una infinita galería de retratos había desfilado ante los ojos del joven rey, que, con el transcurso de los días y sin ni siquiera advertirlo, iba tomando conciencia del mundo que le rodeaba.

Tutankamón se había maravillado ante el florido esplendor de la isla de Elefantina, la arquitectura sonriente de Dendera, el misterioso santuario de Abydos, donde resucitó Osiris, los lujuriantes jardines de Fayum. Había quedado fascinado por Menfis, «la balanza de las Dos Tierras» y la mayor ciudad de Egipto, por cuyas animadas calles circulaban muchos extranjeros. La pareja había ido en peregrinación a Gizeh para orar a la gran esfinge, símbolo del sol naciente y guardiana de la inmensa necrópolis donde se levantaban las tres famosas pirámides de los poderosos faraones del Antiguo Imperio.

El encuentro con la antigua esfinge, de enigmático rostro, había señalado para Tutankamón y Akhesa el punto culminante de su largo viaje. Arrodillándose ante la estela erigida por Tutmosis IV para contar cómo el dios se le había aparecido en sueños, prediciéndole su real destino, habían implorado al alma inmortal de los monarcas que regresaron a vivir en la luz de la que habían brotado. En aquel lugar donde la tierra irradiaba una intensa magia, Tutankamón había hecho grabar una inscripción que conmemorara su paso.

Cuando los anaranjados fulgores del sol poniente envolvieron a la pareja real, mientras caminaba por la planicie de las pirámides sin

dejar de contemplar el inmenso león de piedra con cabeza humana, Akhesa vivió un momento de exaltación tan intensa que su respiración se aceleró como si le faltara el aliento.

–¿Qué tienes? – se preocupó Tutankamón-. ¿Te sientes mal?

–No… ¡Soy tan feliz! Por tu causa, dueño mío…

–¿Por mi causa?

¿Cómo decirle que se hacía un hombre, que todo su ser se transformaba en faraón, que tomaba poco a poco posesión del reino que había heredado por la voluntad de los dioses? Akhesa estaba loca de alegría viendo crecer a su esposo. Sin duda serían necesarios todavía muchos meses para que tomara la medida de su tarea. Pero el tiempo era su aliado. Horemheb había apostado por la debilidad de Tutankamón. Akhesa creía en su capacidad de reinar. Se sentía capaz de hacer nacer en él una ambición, una fuerza, una voluntad que aún no tenía. De aquella estrategia, que el «divino padre» le había inspirado al confiarle la misión de casarse sólo con un auténtico faraón, ella era la única en conocer el secreto.

–¿Qué he hecho de extraordinario? – insistió Tutankamón, intrigado.

–Te estás haciendo tú mismo…, gracias a los dioses.

La pareja real se aventuró hasta las ciudades santas del Delta, perdidas entre marismas y cañas. Hicieron ofrendas a los santuarios de Dep y Buto, donde el joven rey recibió la corona roja de la que salía un tallo con forma de espiral, que simbolizaba las armoniosas mutaciones de la vida.

Akhesa y Tutankamón se instalaron en la ciudad de Sais, donde se levantaban una célebre escuela de medicina y un antiquísimo templo en honor de la diosa Neit. El palacio reservado a los soberanos era tan espacioso, los jardines tan perfectamente diseñados y el clima tan suave en pleno estío, que el faraón disfrutó de un agradecido reposo. Saboreando una maravillosa felicidad en compañía de una esposa cuya inteligencia y belleza le fascinaban cada vez más, se complacía siguiendo sus directrices. Ella había conseguido expulsar sus angustias y proporcionarle una serenidad que no se había atrevido a esperar.

Cierta mañana de verano, la gran sacerdotisa del templo de Neit solicitó audiencia a la gran esposa real. Le indicó que las reinas de Egipto tenían que sufrir una iniciación específica en ese lugar sagrado, tras un período de reclusión de una semana. Pese al gran descontento de Tutankamón, Akhesa aceptó plegarse a la regla. Aquel aislamiento no le resultó muy pesado. Meditó sobre sí misma, en un silencio que

no turbaba ninguna actividad humana. Se limitó a comer pan y beber cerveza, viviendo en una celda de austeros muros. Allí, cuando concluyó su retiro, vino a buscarla una sacerdotisa para conducirla al taller de tejido.

Desde los orígenes de la civilización egipcia, las tejedoras e hilanderas de Sais eran las más famosas de Egipto. Los tejidos más hermosos, destinados a los templos para vestir las estatuas divinas, eran sus obras maestras.

Cada reina se convertía en una nueva encarnación de la diosa Neit, surgida de las aguas en los orígenes del mundo para esparcir la vida sobre la tierra. Akhesa, desnuda, fue introducida en una sala secreta del templo donde había siete sacerdotisas, vestidas todas ellas con una larga túnica blanca de tirantes, a excepción de su Superiora, cuya vestidura roja era realzada con hilos de oro. Esta última estaba sentada en un trono de piedra de respaldo bajo, mientras sus Hermanas permanecían de pie formando un círculo a su alrededor.

La puerta de la sala se cerró. Seis sacerdotisas encendieron una antorcha y la mantuvieron en sus manos. El poder espiritual que emanaba de aquellas mujeres era tan comunicativo, que Akhesa se sintió presa en una red de invisibles energías que envolvían su corazón y se insinuaban en su alma.

–Gran esposa real -dijo la Superiora-, aquí sois sólo una neófita. Inclinaos ante la diosa que revela el Verbo, la que nos enseña cómo fue hilado y tejido el mundo.

Dos sacerdotisas rodearon el talle de Akhesa con un fino cinturón de lino.

–Neit pronunció siete palabras -prosiguió la Superiora-. Palabras que dan la vida. Repitiéndolas cuando celebramos su culto, perpetuamos su obra.

Las sacerdotisas engalanaron a Akhesa con siete joyas -collares, anillos y brazaletes-correspondientes a las siete palabras de la diosa.

–Como reina -indicó la Superiora-, os hacéis depositaría del manto de Neit, tejido por la primera iniciada.

Akhesa fue cubierta con la preciosa vestimenta, de color rojo, tachonada de estrellas de oro.

Los tres días que pasó en compañía de la Superiora de las sacerdotisas de Sais fueron una experiencia espiritual tan enriquecedora como las breves horas durante las que había recibido la enseñanza de su padre Akenatón. Aquella mujer, cuya luminosa serenidad cautivó el corazón de la joven reina, le abrió los talleres

secretos de Neit, le desveló los rituales y la invitó a leer los libros sagrados donde se describían los procesos del tejido y sus correspondencias simbólicas. Le entregó copia de los preciosos papiros y le recomendó que los consultara regularmente.

La estancia ritual en el interior del templo de Neit había pasado como un sueño. Cuando se reunió con Tutankamón, muy afectado por aquella separación, el rey la estrechó entre sus brazos, jurando que no la dejaría huir nunca más, ni siquiera por exigencia religiosa. Akhesa no intentó hacerle razonar, y se ofreció a su ardor amoroso.

Al alba, ambos tuvieron el mismo loco deseo: salir de palacio en el anonimato, pasear por la campiña y correr a cualquier parte, como unos enamorados cualesquiera. Akhesa, prudente, pidió sin embargo a Tutankamón que tomara su bastón de punta metálica.

Descalzos bajo el rocío, se embriagaron con los violentos colores del nacimiento del día y se bañaron en un canal de agua clara y dulce donde se posaban los patos silvestres. Se divirtieron nadando deprisa, se zambulleron cien veces, intentaron unirse en el agua, se besaron saltando.

Ebrios de fatiga, se tendieron desnudos en la orilla, donde crecían cañas que les protegieron de los ardores del sol. Tutankamón no se había saciado de Akhesa todavía. Acarició tiernamente sus pechos, como si descubriera por primera vez la divina suavidad de su piel.

–Quiero quedarme aquí toda la eternidad, Akhesa. Permanecer a tu lado, mirarte, amarte… Lo demás no me interesa.

–Lo demás, Majestad, es Egipto.

–Tú eres más que Egipto, eres la mujer a quien amo. Quiero…

Una serie de sordos ruidos interrumpió al joven rey. Incorporándose sobre los codos, tendió el oído hacia el lugar de donde provenía el inquietante ruido. Alguien pisoteaba las cañas, martilleaba el suelo.

De pronto, Akhesa comprendió.

–¡Huyamos de prisa o nos aplastará! – ordenó.

El hipopótamo, con las fauces abiertas, irrumpió en el minúsculo claro. El monstruo corría en línea recta, devastándolo todo a su paso. Tutankamón, tomando su bastón, se dispuso a cerrarle el paso. Akhesa le empujó violentamente a un lado. El rey consiguió golpear los lomos del paquidermo que, indiferente, prosiguió su camino.

–¿Por qué me has impedido derribarlo? ¡Soy el faraón!

El furor del rey llenó de satisfacción a Akhesa. Se sentía orgullosa

de él.

–He querido evitar un sacrilegio. ¿No te has fijado en su color?

Gris blanquecino… Tutankamón comprendió. Aquel hipopótamo hembra era el animal sagrado de la diosa Tueris, protectora de las madres. Sólo el hipopótamo rojo, animal del temible dios Seth, podía ser cazado.

–Tienes razón -admitió-. Habría cometido un acto de barbarie… ¡Y nunca habríamos tenido hijos! Pero… ¿acaso has renunciado a Atón, el dios único?

–Regresamos a Tebas -anunció Akhesa, sonriente.

22

Tras la gran fiesta que señaló el regreso de la pareja real a Tebas, Tutankamón y Akhesa decidieron residir en el palacio levantado en el interior del recinto del gran templo de Amón. Apenas habían reposado de las fatigas del viaje y los festejos, cuando el general Horemheb solicitó audiencia al faraón.

Este último le recibió en la sala del trono, con Akhesa a su lado.

A Horemheb le sorprendió la transformación del joven rey. Su rostro, del que no había desaparecido todavía la adolescencia, había adquirido una especie de gravedad. Llevaba la corona azul, y sujetaba el cetro, receptáculo de la magia divina, con una nueva dignidad, como si hubiera tomado conciencia de la importancia de su gesto.

Horemheb se inclinó ante los soberanos. Cuando se levantó, con el busto muy erguido, intentó descifrar los sentimientos de Akhesa. Tuvo la desagradable sorpresa de descubrir a una reina hierática, casi severa. ¿No estarían Tutankamón y Akhesa empezando a formar una verdadera pareja?

–Espero que Vuestra Majestad haya hecho un excelente viaje.

–Excelente, en efecto -precisó el rey-. Hemos sido recibidos por los jefes de las provincias y los superiores de los templos. Hemos conocido sus peticiones y las tendremos en cuenta.

Con torpeza, pero no sin cierta autoridad, Tutankamón había intentado adoptar el tono y las expresiones de un monarca seguro de sí mismo. Horemheb lamentó no haber interrumpido el viaje que tan profundamente había modificado el comportamiento de la pareja real.

–Me hubiera gustado, Majestad, presentarme ante vos para loar vuestra grandeza y celebrar las glorias de Egipto. Pero temo ser portador de turbadoras noticias.

La inquietud de Tutankamón fue enseguida perceptible.

–Hablad, general -exigió.

–No es fácil encontrar las palabras. No deseo asustar a Vuestra Majestad.

–Vuestra educación de escriba no debiera haceros vacilar tanto -intervino Akhesa-. Basta con decir la verdad. El faraón se nutre de ella.

Horemheb advirtió que la joven reina no había perdido nada de su vigor.

–Me perdonaréis, pues, que sea tan brutal. Varias provincias de Asia han anunciado que este año no pagarán los tributos al tesoro del faraón. Como estabais ausentes, sólo he tomado nota de sus declaraciones. Además, mis informadores me advierten de que los hititas no dejan de provocar graves agitaciones en nuestros protectorados del Norte y de levantar contra nosotros a un creciente número de príncipes locales. La situación se agrava. Si no intervenimos, el enemigo se acercará a las marcas del Delta.

Brutalmente enfrentado a una terrible realidad, Tutankamón perdió todo rasgo de soberbia para convertirse de nuevo en un adolescente devorado por la inquietud, incapaz de asumir una carga excesiva.

–¿Qué pensáis hacer, general? ¡No podemos permitir que invadan Egipto!

–Espero vuestras órdenes, Majestad. Me son indispensables para reunir a un poderoso ejército y defender con eficacia nuestro país.

La gran esposa real se levantó y bajó algunos de los peldaños del estrado donde estaban situados los dos tronos. Dominando todavía a Horemheb, se dirigió a él con la frente alta.

–Habéis tenido mucho tiempo para organizar la defensa de Egipto, general. Si hoy nos amenaza el enemigo, se debe a vuestra imprevisión.

El rostro de Horemheb se tiñó de púrpura. Necesitó un absoluto control de sus reacciones para no protestar contra aquellas grotescas acusaciones. Los responsables de tan dramática situación eran el difunto Akenatón, un rey loco, y Tutankamón, un rey sin envergadura.

–No deseamos la guerra -continuó la gran esposa real-y no la

provocaremos. No aumentaremos tampoco vuestros poderes. El faraón ha llevado a cabo otra elección. Mañana, en la reunión del gran consejo, la conoceréis.

El gran consejo reunía a la pareja real, el Primer Profeta de Amón, el «divino padre» Ay, el general Horemheb y los altos funcionarios a cargo de los distintos ministerios. Habían sido convocados en la sala del trono. Tutankamón había propuesto a su esposa dejar actuar a Horemheb. Ella se había negado, explicando que el general llevaba a cabo un juego peligroso para la propia seguridad de Egipto. El rey había cedido a sus razones.

Aunque dominara a los miembros del gran consejo desde lo alto del estrado donde se hallaba, Tutankamón temblaba ante la idea de anunciarles la decisión que Akhesa le había pedido que tomara. Sería su primer acto de gobierno, el primer decreto que sería oficialmente promulgado sin haber consultado antes con Horemheb. El Primer Profeta de Amón, altivo y distante, consideraba la reunión como una penosa carga. Puesto que Horemheb le había asegurado que tenía bien sujetas las riendas del Estado, Tutankamón era sólo una sombra. Sin duda tendría, de vez en cuando, crisis de autoritarismo que deberían soportar con paciencia. El «divino padre» Ay se sentía vagamente inquieto. Ni Akhesa ni su real esposo le habían hablado de convocar el gran consejo. Por lo común, éste se reunía sólo para tomar conocimiento de las principales orientaciones de la política egipcia. ¿Qué desearía Tutankamón? O, mejor, ¿qué habría imaginado Akhesa, cuya prestancia y voluntad eran más evidentes todavía desde su regreso?

Un pesado silencio se instauró cuando el joven monarca cruzó el cetro mágico sobre su pecho, anunciando que iba a tomar la palabra. Todos advirtieron su turbación. El «divino padre» creyó incluso que iba a renunciar. Pero una tierna mirada de Akhesa le proporcionó el coraje que le faltaba.

–Por voluntad del faraón -declaró Tutankamón-, el comandante Nakhtmin, hijo del divino padre Ay y fiel servidor de la corona, es promovido a la dignidad de porta-abanico a la diestra del rey.

Ay quedó estupefacto. No esperaba esa distinción que divirtió a Horemheb. El reyecito no era tan estúpido. Concediendo honores y pomposos títulos, satisfaría vanidades.

–Además -prosiguió Tutankamón-, Nakhtmin es nombrado jefe del ejército, a las órdenes directas del general Horemheb. Ambos se encargarán de reorganizarlo y garantizar la seguridad de las Dos Tierras. Me rendirán cuentas cada semana. Estas decisiones se harán públicas por decreto.

El faraón se levantó. Seguido por Akhesa, radiante de belleza con su largo vestido blanco ceñido al talle por un cinturón rojo, abandonó la sala del trono.

Horemheb, pasmado, se preguntó qué sutil maniobra había utilizado el «divino padre» Ay para obtener semejante favor para su hijo, que, al acceder a esa alta función militar, se convertía en un serio rival. Ay, por su lado, no sabía qué pensar. ¿Le había engañado su hijo Nakhtmin? ¿O ignoraba, como él mismo, las intenciones del faraón? Por lo que al Primer Profeta de Amón se refiere, se preguntó si la grave desautorización que Horemheb había recibido era sólo un pasajero inconveniente o el comienzo de serios cambios que, algún día, harían surgir de nuevo los demonios que habían obsesionado el espíritu del rey maldito, Akenatón. En ese caso, la única responsable sería su hija, la gran esposa real, Akhesa.

Para Horemheb, aún no se habían acabado los desengaños. Se vio obligado a una delicada coexistencia con Nakhtmin, el nuevo jefe del ejército, cuyo control, no obstante, conservaba el general. Las funciones de Nakhtmin consistían en organizar los batallones y coordinar sus movimientos. Horemheb supervisaba la acción de su subordinado y seguía reinando sobre una cohorte de escribas que se encargaban del equipo, el alistamiento y el abastecimiento de las tropas. El general debía dar explicaciones a Nakhtmin e indicarle las razones de sus opciones estratégicas, sabiendo que pronto serían comunicadas a la pareja real. Espiado en su propio terreno, Horemheb no encontraba, de momento, ningún medio legal de desembarazarse del nuevo jefe del ejército, que manifestaba un evidente celo.

Molesto por tan imprevistas tribulaciones, Horemheb tuvo la certidumbre de que estaba organizándose una conspiración contra su persona cuando, durante una nueva reunión del gran consejo, Tutankamón proclamó que el Primer ministro sería el «divino padre» Ay, nombrado también sacerdote-Sem, encargado de celebrar los ritos de resurrección sobre las estatuas reales. Estaba claro que Ay y su hijo Nakhtmin habían embaucado al rey y a la reina para apoderarse progresivamente del poder. El general estaba aislado en su suntuosa villa de Tebas, rodeado del más hermoso jardín de la capital y protegido por altos muros. Necesitaba reflexionar para descubrir un medio de reconquistar el terreno perdido.

Bebía un licor de Asia que no lograba hacer menos sombríos sus pensamientos, cuando su intendente le anunció la visita del «divino padre» Ay.

–Llevadle al estanque de los lotos -ordenó-, me reuniré allí con él.

Horemheb hizo aguardar más de una hora al «divino padre». Las

sirvientas habían ofrecido a Ay negras y azucaradas uvas, y vino fresco procedente de una bodega digna de un rey.

–Perdonadme, divino padre -dijo Horemheb, saludando a Ay-, tenía mucho trabajo y no os esperaba. Estoy preparando mi marcha a Menfis, donde están construyendo mi tumba.

–Menfis… ¿Pensáis inspeccionar nuestras guarniciones?

–Forma parte de mis atribuciones.

–¿Teméis un ataque?

Horemheb dio la espalda a su interlocutor, admirando el follaje de un sicomoro de bienhechora sombra.

–La naturaleza es soberbia, divino padre. Debiéramos venerarla más a menudo. En ella se graban los ritmos de la eternidad, reduciendo a la nada las preocupaciones de los hombres.

–La sabiduría os habita -reconoció Ay-. Pero ¿por qué os negáis a responderme?

–Supongo que, como Primer ministro del reino, estáis mejor informado que yo, divino padre. Las informaciones que se refieren al ejército os son fielmente transmitidas por vuestro hijo. ¿Qué podría yo descubriros?

El «divino padre» se levantó con esfuerzo. Le costaba soportar el calor del verano. Sus piernas cada vez le sostenían con mayor dificultad. Posó su diestra en el hombro del general.

–Os equivocáis, Horemheb. Soy un anciano sin ambiciones, salvo la de servir a mi país y dar algunos consejos basados en mi experiencia. No solicité el cargo de Primer ministro. Ni siquiera lo deseaba. En justicia, os correspondía a vos. Siempre hemos sido aliados y seguiremos siéndolo para salvaguardar Egipto.

A Horemheb le conmovió la sinceridad del acento del «divino padre». Ciertamente, conocía su astucia y habilidad para convencer. Pero el anciano cortesano no acostumbraba a abordar de modo tan directo los asuntos delicados.

–¿Y lo de vuestro hijo Nakhtmin?

–Yo no había exigido nada para él, ni él esperaba tampoco el nombramiento. No hemos conspirado contra vos, general. No hemos ejercido influencia alguna, directa o indirecta, sobre la pareja real. No tendría sentido que nos convirtiéramos en enemigos.

Horemheb arrancó una rama y la partió.

–Entonces, ¿quién gobierna hoy el país?

–Me sorprendéis, general. Creía que lo habíais comprendido: una muchacha que acaba de cumplir los diecisiete años, la gran esposa real, Akhesa.

El viento matinal cubría de imperceptibles arrugas la superficie del lago sagrado de Karnak. Los sacerdotes descendían lentamente la escalera para tomar el agua pura que contenía la energía primordial y que se utilizaría en las múltiples purificaciones efectuadas durante el culto.

Akhesa paseaba por las orillas del lago, a esa hora en la que el sol no abrasaba todavía. Le gustaba hollar con sus pies desnudos las losas de caliza blanca que reflejaban la luz. Aquel día, su meditación duró poco. En el extremo del lago sagrado señalado por el escarabeo gigante, símbolo del renacimiento del sol, le aguardaba el general Horemheb.

–Majestad, gracias por haber aceptado recibirme aquí.

Apenas maquillado, el rostro de Akhesa resplandecía de belleza. Horemheb sabía ya que le sería muy difícil escapar a la fascinación que ejercía sobre él.

–¿Qué es eso tan importante que debéis confiarme, general? Este lugar está consagrado a los dioses. Reina aquí la paz y la serenidad. No lo turbemos con nuestras mezquindades humanas.

–De la paz quiero hablaros, Alteza. De esa paz que tenéis el deber de hacer reinar en las Dos Tierras.

Unas golondrinas volaban por el cielo, inundándolo con sus alegres trinos. Las más juguetonas descendían hacia el agua azul del lago, rozaban su superficie devorando insectos y ascendían luego hacia el azur, trazando inmensos círculos.

–¿Estáis insinuando, general, que olvido mis deberes de gran esposa real e intento arrastrar Egipto a una guerra?

–Claro que no, Alteza. Pero temo que os habéis equivocado al conceder vuestra confianza.

–¿Estáis criticando el ascenso de Nakhtmin?

–Un hombre demasiado joven es fogoso e intolerante. Sólo piensa en ponerse de relieve y puede cometer graves imprudencias.

–Sin duda tenéis razón, general. A vuestro lado y bajo vuestra responsabilidad, tales incidentes no pueden producirse. Os hago personalmente responsable. No es deseable que se desarrollen poderes paralelos a los del faraón. Él da las directrices, nadie más. Vuestra función es esencial, general, pues sois uno de los personajes más

importantes del reino. Sin embargo, ahora hay otros, como Ay, Nakhtmin y Maya.

El sol ascendía deprisa sobre el horizonte, la región de luz donde había nacido de nuevo tras haber luchado victoriosamente contra el dragón de las tinieblas. Pronto iluminaría toda la tierra.

De modo que Akhesa había decidido aislar a Horemheb, repartir el poder entre varios altos funcionarios que se vigilarían los unos a los otros. Poco a poco iría creándose alrededor de Tutankamón una cofradía de confidentes entre los que Horemheb sería uno más. No lo soportaría.

–Sois un hombre valeroso, abrumado por pesadas cargas -indicó Akhesa con cierta ironía en la voz-. Por ello, otros dignatarios, tan escrupulosos como vos, se encargarán de liberaros de algunas de ellas. El intendente Huy, por ejemplo, un hombre íntegro y riguroso. Le he solicitado que vele por la percepción de los tributos de la provincia del Retenu. Ha salido de Tebas con un destacamento de soldados de elite.

–Pero… ¡Retenu es una provincia de Asia! ¡Es de mi jurisdicción!

–El faraón siente gran afecto por Huy y está muy interesado en el éxito de esta expedición. Ahora que lo sabéis, el rey y yo estamos seguros de que le concederéis vuestro apoyo.

Con la rabia en el corazón, Horemheb recibió a Huy con honores cuando regresó de la provincia del Retenu. El rugoso intendente había mandado con mano de hierro su cuerpo expedicionario. No había encontrado obstáculo alguno. Las guarniciones de los puestos fronterizos, debidamente advertidas por los correos reales, le habían proporcionado la logística necesaria.

Tutankamón y Akhesa recibieron a los embajadores extranjeros en la sala de los tributos, construida en el interior del palacio de Karnak. Éstos les fueron presentados por Hanis, que se había convertido en jefe de la diplomacia egipcia. Huy asistía a la ceremonia. Horemheb, indispuesto, se había excusado.

Tras el intercambio de las habituales fórmulas de cortesía, el tono subió muy deprisa. Los embajadores de la provincia asiática del Retenu, indicaron con firmeza al rey que no venían ni como esclavos ni como prisioneros, ni siquiera como súbditos sometidos de un país conquistado, sino como vasallos y, más aún, como colaboradores económicos. En términos mesurados, pero desprovistos de toda ambigüedad, exigían contrapartidas para los géneros, mercancías y objetos preciosos que habían llevado a Tebas. Hanis intentó atenuar el alcance de tales palabras, asegurando la fidelidad de los asiáticos al faraón.

Huy estaba indignado por la insultante actitud de aquellos extranjeros a los que, de buena gana, habría desterrado a Nubia tras propinarles una buena paliza para devolverles el sentido de la jerarquía. Pero un extraño dolor, que nunca antes había sentido, le inflamaba la cabeza desde el inicio de la audiencia. Las columnas comenzaron a bailar ante sus ojos, se hicieron luego borrosas y desaparecieron. Un oscuro velo le impedía divisar a las personas más cercanas. Se frotó los ojos. En vano. Incrédulo, volvió a hacerlo, seguro de poder disipar aquella horrible sensación. Dio incluso algunos pasos, chocando con un asiático que le sujetó por el brazo cuando se derrumbaba.

–¡Estoy ciego! – aulló Huy, interrumpiendo un animado diálogo entre Hanis y un embajador del Retenu.

Quisieron detenerle, impedirle seguir avanzando, pero el robusto intendente se soltó, dirigiéndose hacia el trono.

–¡Mi rey, estoy ciego!

Tendiendo los brazos ante sí, caminando a trompicones, Huy avanzaba en su noche. Su angustia era tan lacerante que no se oía una respiración. Guiado por un misterioso sentido, el infeliz llegó hasta los peldaños del estrado y se arrodilló.

Tutankamón, muy pálido, torturado por el sufrimiento de su amigo, se levantó y descendió hacia él.

–Recuerda tus deberes -le dijo Akhesa con dulzura-. Actúa como siempre han actuado los faraones.

El joven soberano vaciló, estuvo a punto de volver hacia atrás y, luego, posó su cetro mágico sobre la cabeza de Huy.

–A ti, que has cumplido la misión que te había confiado -dijo Tutankamón con voz temblorosa-, te nombro porta-abanico a la diestra del rey y su mensajero personal en todos los países extranjeros. Que la vista te sea devuelta puesto que tu mirada nunca se ha desviado del camino de Dios.

Hanis no daba crédito a sus oídos. Tutankamón no estaba obligado a correr ese riesgo. Si su poder de curador resultaba inoperante, su trono vacilaría. ¿Por qué le habría aconsejado Akhesa tan imprudente comportamiento? Le bastaba con deplorar la ceguera del intendente y aceptar la voluntad de los dioses, nadie se lo hubiera reprochado. Ahora, él mismo ponía en cuestión su capacidad de reinar. Egipcios y asiáticos permanecieron inmóviles, esperando un imposible milagro.

En cuanto el cetro se hubo posado sobre su cráneo, Huy sintió un agradable calor que pasó por su nuca y recorrió su columna vertebral.

Luego, se transformó en una quemadura casi insoportable. Gritó. El fuego habitaba su frente, consumía sus ojos muertos. De pronto, apareció una serpiente de llamas que ondulaba ante él, enorme y amenazadora, mostrando una lengua agresiva. Dejó de moverse, se empequeñeció, apareció en el centro de una masa de color azul. Huy distinguió poco a poco la corona del faraón, el rostro de Tutankamón, su sonrisa animada por una felicidad sin par.

–¡Veo, mi rey, veo! – exclamó Huy, inclinándose ante el señor de las Dos Tierras, el faraón curandero que había heredado el don de sus antepasados.

Hanis observó la triunfante actitud de Akhesa. Salía victoriosa del peligroso juego en el que había comprometido a su esposo, cuya divina legitimidad, probada por sus poderes sobrenaturales, ya nadie contestaría.

La noticia de la curación de Huy se extendió por Tebas con extraordinaria rapidez, y luego circuló por todo Egipto, seguro de estar gobernado por un nuevo gran rey que sabría mostrarse digno de sus más ilustres predecesores.

Tutankamón no era ya un niño. A sus quince años, se había convertido en faraón.

Cuando Tutankamón y Akhesa se presentaron en el inmenso atrio del templo de Karnak, para inaugurar la fiesta celebrada en memoria de los faraones difuntos, una considerable multitud, contenida por bonachones guardas, se apiñaba para ver a los soberanos.

Akhesa, con el vestido blanco plisado que le había entregado la superiora de las sacerdotisas de Sais, sostenía dos sistros de madera dorada y bronce, sagrados instrumentos de la diosa Hator. Mientras caminaba, los agitaba con un ritmo lento y regular para emitir vibraciones que disiparían las ondas maléficas y atraerían hacia la tierra el amor de la diosa. Su admirable busto era puesto de relieve por un collar de doscientas cincuenta y seis plaquetas de oro, unidas por perlas y formando el cuerpo de la diosa buitre, encarnación visible de la Madre universal. Sus tobillos y sus muñecas estaban adornados con brazaletes y cadenillas de oro.

El faraón, en manos durante varias horas de su chambelán y de las sacerdotisas encargadas de vestirle ritualmente, llevaba una túnica de lino bordeada de flecos y adornada con palmetas bordadas, rosetas coloreadas y cartuchos donde figuraba su nombre. En el cuello lucía un halcón de alas desplegadas que representaba al dios Horus, protector de la realeza; en la cabeza, una diadema hecha con una banda decorada con rosetones de oro, incrustados de lapislázuli, en

cuya parte delantera se erguían la cobra y el buitre, emblemas del Alto y el Bajo Egipto respectivamente; alrededor de su cuello, un collar compuesto de plaquetas de oro alveoladas, cuyos huecos se habían llenado de pasta de vidrio coloreada, representando todo ello las alas de un halcón; en las muñecas, brazaletes de oro macizo adornados con cartuchos y escarabeos que aludían a las incesantes metamorfosis de la conciencia; en los dedos, anillos de oro decorados también con escarabeos y barcas, que servían al sol y a las almas de los justos para desplazarse por el cosmos.

Tutankamón, al igual que la gran esposa real, calzaba sandalias de cuero verde y corteza, con aplicaciones de láminas de oro. Sujetaba con la mano izquierda un gran bastón de madera cubierta de oro con la punta de cerámica azul; el curvo mango estaba formado por el cuerpo de un asiático y el de un africano, evocando el Norte y el Sur en los que reinaba el faraón, eternamente vencedor de los enemigos de la armonía universal. Con la derecha sostenía el cetro con el nombre de «Poderío», que servía para consagrar las ofrendas y hacer brotar el espíritu de la materia, fabricado en madera cubierta con una lámina de oro. Ese cetro, que el Artífice Maya había querido crear con sus propias manos, estaba adornado, en sus extremos, con una umbela de papiro, y en el mango con una franja de cerámica azul incrustada de oro.

La pareja real se quedó inmóvil ante la gran puerta doble del recinto sagrado del dios Amón. Entre ambos pilones, en el lugar donde se manifestaba el rojizo disco del sol, apareció el Primer Profeta, que levantó los brazos en señal de veneración.

Manejada desde el interior, la doble gran puerta se entreabrió. El acontecimiento fue saludado por un concierto de aclamaciones. A la derecha del rey, dos hombres disfrutaban de su legítimo orgullo y mostraban un radiante rostro. Huy y Nakhtmin portaban los grandes abanicos rituales, adornados con plumas de avestruz blancas y oscuras, insertadas en un semicírculo de marfil en el que estaba fijada una empuñadura en forma de tallo de papiro. Agitados cadenciosamente, protegían a la real persona de un sol demasiado ardiente, le apartaban los insectos y le ofrecían un aire vivificante. Los mangos estaban hechos de marfil finamente esculpido. Nakhtmin manejaba el abanico decorado con cartuchos reales sobre los que se veía un buitre tocado con la corona del Bajo Egipto; Huy, el que representaba la misma rapaz tocada con la corona del Alto Egipto. Ambos dignatarios formaban así la imagen del reino unificado gracias a la omnipotencia del faraón.

Horemheb, situado a la izquierda del rey, mostraba un rostro impenetrable. Todos advirtieron la severidad del general, que por lo

común se mostraba amable y solícito. Esta vez, permanecía visiblemente apartado, limitándose a cumplir el papel fijado por la etiqueta. El general no tomaba a la ligera la ceremonia que hacía oficiales, y públicas las nuevas funciones asumidas por el patán de Huy y el ambicioso de Nakhtmin. Horemheb estaba convencido de la honestidad del «divino padre» Ay. No había intervenido en ninguna conspiración tramada contra él. La situación parecía más grave todavía. Akhesa comenzaba a convencer a Tutankamón de que era realmente rey de Egipto. Reunía alrededor de su persona hombres influyentes, capaces de hacer una brillante carrera, individuos dotados de firme voluntad y a los que no lograría atraer a su propio campo. Estaba así constituyéndose un auténtico partido del faraón, formado por dignatarios que permanecerían fieles por los honores que esperaban obtener. Un partido que se interpondría entre el poder y él.

La fiesta terminaba. Los sacerdotes habían abandonado la inmensa sala donde Tutankamón, agotado, permanecía sentado en su trono de ébano y oro, incrustado de piedras preciosas y fragmentos de marfil, viva imagen del dios Amón cuya encarnación en la tierra era. Los paneles que enmarcaban el curvo sitial estaban cubiertos de oro cincelado y adornados con cobras protectoras, cuya cabeza de cerámica violeta estaba coronada de oro y plata. Echando ligeramente hacia atrás la cabeza, y apoyando la espalda en el alto y rígido respaldo, al joven rey le costaba sostener el peso de la doble corona que llevaba desde el alba.

–Akhesa… No puedo más, Akhesa…

La gran esposa real, llevando en la mano derecha una flor de loto, se acercó al trono, se arrodilló ante el rey y apoyó la cabeza en sus rodillas.

–La ceremonia ha terminado -dijo con voz apaciguadora-. No pienses más en ello.

–Akhesa, me gustaría tanto quitarte la diadema y soltar tus cabellos.

–Espera a que hayamos salido del templo. Los juegos del amor están prohibidos aquí. Si actuaras así, violarías la Regla.

Tutankamón cerró los ojos, decidido a quitarse la doble corona. La mano de Akhesa le agarró por la muñeca, impidiéndole terminar su gesto.

–Nadie puede quitarte la realeza de la que estás investido, ni siquiera tú.

En el taburete donde reposaban los pies del faraón estaban

grabados los cuerpos de los nueve personajes que representaban la totalidad de los enemigos de Egipto, tendidos boca abajo, con las manos atadas a la espalda, reducidos para siempre a la impotencia.

Akhesa pasó su dedo por aquellas siluetas de oro y ébano.

–Hemos comenzado un largo combate -dijo-. No tenemos ningún derecho a renunciar.

En los ojos de la reina brillaba un extraño fulgor: el del dios de su padre, Atón.

23

El asiático, con una pluma hincada en los cabellos y una corta lanza en la mano, avanzó hacia el rey Tutankamón, tocado con la corona azul y vestido con un taparrabos de cuero blanqueado del que colgaba una cola de toro. Tras el faraón estaba la gran esposa real, Akhesa, vestida con una larga túnica muy amplia que le caía hasta los tobillos. En la cabeza llevaba una alta corona, compuesta de dos cuernos de vaca en forma de lira que enmarcaban dos plumas de avestruz surgiendo de un disco de oro. A cierta distancia se hallaba el «divino padre» Ay, sujetando un cetro de plata cuyo astil reposaba en su hombro.

El sol, muy alto en el cielo, brillaba con todo su fulgor. El patio del templo era un horno. El «divino padre», pese a la peluca perfumada que le cubría la cabeza, soportaba mal el calor. Gruesas gotas de sudor corrían por su frente.

Akhesa, impasible, recitaba las fórmulas mágicas destinadas a proteger a su esposo de la agresión que sufría. «La vida está detrás de ti -salmodiaba, levantando la mano derecha para ofrecer al faraón un fluido benefactor-, tú que eres semejante al sol.»

Aquellas palabras no detuvieron al enemigo, un hombre joven y fuerte a cuyo lado Tutankamón parecía un niño endeble. El hombre levantó la lanza, dispuesto a clavarla en el pecho del señor de las Dos Tierras.

Akhesa pronunció en voz alta las estancias que Isis, señora de la magia, había revelado a las reinas.

El faraón levantó la mano izquierda, armada con un corto sable de hoja curva. El asiático pareció petrificado. Soltó la lanza e intentó huir. Pero Tutankamón, en pocos pasos, le alcanzó. El enemigo hincó

la rodilla izquierda y, amedrentado, volvió la cabeza hacia el rey, que con la mano derecha le agarró de los cabellos.

Tutankamón levantó su sable. El asiático temblaba al ver acercarse la muerte.

–Así, el faraón, Sol de las Dos Tierras, es eternamente vencedor de las tinieblas -concluyó el «divino padre» Ay.

La primera parte del ritual de creación del templo había finalizado.

Se concedió a los actores del drama sacro unos instantes de reposo. Los dos porta-abanicos, Huy y Nakhtmin, procuraban refrescar constantemente a la pareja real.

Akhesa no sentía la fatiga. Había olvidado incluso el peso de la corona. Ni el sol ni el calor la molestaban. El aire ardiente le parecía suave, pues se sentía muy feliz al divisar una nueva victoria que acrecentaría más aún el brillo del faraón.

Tras ásperas negociaciones con el Primer Profeta de Amón, que había utilizado las armas de la teología y de la mala fe, Akhesa había obtenido que Tutankamón, pese a su juventud, fundara su propio templo, como debía hacer todo faraón. Había desechado los argumentos dilatorios del jefe de los sacerdotes, que, obligado a ceder a las legítimas exigencias de la gran esposa real, había permanecido intransigente en un punto concreto: puesto que la edad de Tutankamón no contaba, debería soportar las pruebas físicas impuestas por el ritual. Akhesa había reconocido lo fundado de la petición, y había necesitado largos días para convencer a Tutankamón de que pasara a la acción. El joven comenzaba a lamentar su decisión. No tendría fuerzas para llegar hasta el fin, pese a la presencia de su esposa y las repetidas intervenciones de Huy, que le ofrecía una droga estimulante para que bebiera. Apenas el rey había recuperado el aliento tras el ritual de la mañana, que había concluido con el combate frente al enemigo llegado de las tinieblas, cuando el Primer Profeta acudió en su busca.

En el paraje elegido, en plena ribera occidental, Maya el Artífice había delimitado a cordel el lugar del futuro santuario. En su presencia, el faraón había cavado con una azada la trinchera de cimientos para depositar en ella una preciosa oblación de piedra tallada y útiles en miniatura. Luego, Tutankamón había nombrado, uno a uno, a los numerosos oficiantes que se encargarían de su templo y velarían porque la circulación de ofrendas estuviera asegurada.

Un sacerdote, luciendo la máscara del dios Thot, con cabeza de ibis, y una sacerdotisa, que llevaba la de la diosa Sechat, patrona de los constructores, sujetaron al joven rey en el emplazamiento de la

futura naos que albergaría las estatuas del culto. Introducido en vida en el círculo de las potencias celestiales, Tutankamón se convertía en un dios en la tierra precisamente cuando el sol llegó al apogeo de su carrera.

El Artífice Maya estaba orgulloso de su rey. Ahora, con el acuerdo del Primer Profeta de Amón, podría emprender un vasto programa de restauraciones y construcciones en las que el nombre de Tutankamón brillaría por los siglos de los siglos. Devolvería, centuplicado, el don de vida que le había concedido un niño convertido en señor de Egipto, le construiría los más hermosos y grandiosos templos, haría nacer las estatuas más perfectas.

En el horizonte apareció un carro, que se detuvo ante la pareja real levantando una nube de polvo ocre. Descendió el general Horemheb, que, tras haber saludado al faraón, le revistió con una cota de mallas, la coraza del dios halcón Montu, señor de la guerra, que había permitido a los faraones liberar a Egipto de sus invasores. El corselete estaba incrustado en oro y pedrería. Horemheb rodeó el cuello del rey con un collar de perlas de oro, y le entregó una espada, una daga, un arco y flechas.

Tutankamón miró con temor el carro de gala de dos ruedas en el que debería combatir. La caja, abierta por detrás, estaba cubierta de láminas de oro labradas y colocadas sobre un reboque dé yeso. La decoración comportaba unos cartuchos que contenían el nombre del rey, flores, espirales y rosetones. El panel exterior estaba adornado con una cabeza de halcón, presente también en el timón. A cada lado del yugo, y fijado en él, destacaba la figura de un enemigo atado. Tutankamón, sostenido por Horemheb, subió al carro, cuyo suelo estaba hecho con tiras de cuero entrecruzadas y cubiertas con piel de chacal. Se mantuvo de pie, probando la flexibilidad de la caja, que reposaba sobre el timón y sobre el eje que unía las dos ruedas de seis rayos, en los que figuraban nombres de países extranjeros. Los paneles interiores estaban decorados con un asiático y un africano prisioneros, vencidos por el faraón, representado en forma de esfinge. Encima, un gran ojo abierto permitía al carro seguir la buena ruta y escapar a los accidentes. Los caballos piafaban de impaciencia, inquietos por el calor. Sus anteojeras eran de corteza cubierta de oro.

Horemheb ofreció al joven rey las riendas que pasaban a través de los anillos fijados en el arnés y le ciñó con ellas el talle, de modo que no cayera aun en caso de perder el equilibrio. El general fingió admirar los suntuosos arneses de cuero de los caballos, incrustados con pastas de colores, oro y plata.

Una extraña sonrisa flotaba en sus labios. Tutankamón sintió

miedo, pero ya no había posibilidad de echarse atrás. Buscó la mirada de Akhesa, que, a pocos pasos del carro, le alentaba con todo su amor.

–Vuestra Majestad -declaró el general-es una montaña de oro que ilumina las Dos Tierras con su mirada de fuego, el que aparece en su carro como el sol naciente, el hijo de la luz que ilumina a sus súbditos y les deslumbra con su valor. ¿Qué otro destino podría conocer, si no el triunfo?

Tutankamón advirtió una indudable ironía en la pregunta del general. ¿Le habría preparado una trampa? El rey tiró de las riendas. Le parecieron sólidas y bien fijadas. El carro no tendría que correr. Pese a su fatiga, el faraón se enfrentó con la última prueba, destinada a demostrar que poseía las cualidades de los mayores monarcas. Horemheb se apartó. El carro se puso en marcha hacia un extremo del patio donde se había instalado un paso de piedra. Salieron dos leones de Nubia, gordos y atontados.

Quería la costumbre que el faraón, para manifestar su valor y su aptitud para luchar contra cualquier dragón, fuera capaz de derribar, sin ninguna ayuda, algunas fieras. El gran Amenofis III había reducido la experiencia a un combate ficticio. Los leones eran atiborrados de alimentos a base de una planta que los adormecía, y así no manifestaban demasiada agresividad. Por lo que se refiere a las flechas que debían dispararse, su punta había sido redondeada y no causaba herida alguna. El principal enemigo de Tutankamón era el terrible calor. Provocaba un vértigo que podía hacer fracasar su ejercicio de habilidad.

El joven tendió su arco y disparó la primera flecha. Pasó por encima de la cabeza del primer león, un macho viejo enojado por haber sido arrancado del sueño y verse obligado a permanecer bajo el ardiente sol.

Akhesa no dejaba de mirar a Tutankamón, intentando transmitirle su fluido vital, la invisible energía de la que procedían las acciones humanas. Era preciso que tuviera éxito, que se impusiera a la corte como un monarca digno de sus más gloriosos antepasados.

Tutankamón no se sentía capaz de tender por segunda vez el arco ritual. Tenía ganas de acostarse y dormir. Se volvió hacia la izquierda y buscó la mirada de Akhesa. La vio, de pie bajo la luz, manteniendo sobre su pecho un cetro en forma de flor de loto.

Triunfaría por ella. Partió la flecha, poderosa y precisa, y golpeó el flanco del segundo león.

Gritos de júbilo saludaron la hazaña, pero se apagaron cuando la fiera, que hubiera debido mostrarse indiferente, emitió un amenazador

rugido y corrió hacia el carro real.

Atónito ante tan imprevista reacción, el joven rey soltó el arco e intentó saltar a tierra, olvidando que estaba retenido por las riendas, fijadas a los anillos del arnés. Tomando su daga, comenzó a cortarlas con torpeza.

El león saltó, encabritando a los caballos, que partieron al galope. Tutankamón, con el busto inclinado, se bamboleaba de un lado a otro. Consiguiendo por fin soltarse, cayó pesadamente en el polvo tras haberse golpeado la frente con la parte trasera del carro.

El león se lanzó hacia él.

El general Horemheb, que se había apoderado del arma de uno de los arqueros de la guardia real, disparó con extraordinaria rapidez dos flechas que alcanzaron al animal en la cabeza. Éste, fulminado, se derrumbó. Tendido boca abajo, Tutankamón no se movía.

Akhesa velaba a Tutankamón.

Gravemente herido, el joven rey era cuidado día y noche por médicos y magos, que habían desinfectado sus heridas y reducido una fractura en la pierna izquierda. Tras tres días de angustia en los que la existencia del monarca había permanecido en manos de la diosa de occidente, el espíritu de Tutankamón parecía vincularse de nuevo a la tierra.

Akhesa permanecía sentada en un sitial cubierto de oro, cuyos barrotes estaban adornados con lotos y papiros. Se apoyaba en los brazos, formados con el cuerpo de dos serpientes aladas y coronadas, que tenían en sus anillos y en el interior de sus alas cartuchos con el nombre del rey. De este modo, el ser inmortal del faraón quedaba perpetuamente protegido del mal. Los pies desnudos de la gran esposa real se apoyaban en un escabel de madera dorada, incrustado de cerámica azul y decorado con la representación de nueve arcos, evocando el conjunto de los países extranjeros sometidos a la autoridad del rey de Egipto.

La respiración del rey se hizo entrecortada. Tutankamón se volvió hacia un lado, gimió y abrió los ojos.

–Akhesa…

–Aquí estoy -respondió ella enseguida, precipitándose hacia la cama para cogerle de la mano.

Sus mejillas se tocaron, y los jóvenes hicieron que sus alientos coincidieran, como si sus almas se uniesen.

–Me encuentro mejor, Akhesa… Creo que soy capaz de levantarme.

–No te muevas. Voy a buscar un bálsamo.

La joven apartó la sábana de lino que cubría el cuerpo de Tutankamón, y le dio un largo masaje con un ungüento que tenía la virtud de cicatrizar las carnes y suprimir los dolores. Luego, vertió en su piel un perfume de las diez esencias más raras, elaborado en el laboratorio de Karnak, y le ofreció frutos de mandrágora.

El rey tenía la nuca apoyada en un almohadón puesto sobre una cabecera de marfil, adornada a ambos lados por una risueña cabeza de Bes, el dios enano que mantenía la alegría y la vitalidad.

–Akhesa…, colócate encima de mí… Quiero amarte.

Tutankamón tendió los brazos hacia ella. Akhesa besó sus manos, se volvió, regresó con un collar de flores de loto y se lo puso al cuello.

Luego se desnudó, conservando sólo un colgante en forma de corazón, y se tendió con infinita suavidad sobre el cuerpo del rey.

Tutankamón, apaciguado, descansaba. Sentada en el alféizar de una ventana, Akhesa contemplaba las estrellas del cielo estival. Una de ellas brillaba más que las otras. La joven, recordando sus lecciones de astronomía, creyó haberla identificado, pero enseguida advirtió su error. Aquella estrella no estaba entre las que los sabios habían repertoriado. Su extraña claridad le hipnotizaba.

De pronto, comprendió.

Era el alma de Akenatón, su amado padre, que se le aparecía, recordándole que debía continuar su obra, luchar contra los sacerdotes de Amón y su primer profeta, aquellos malvados que olvidaban el esplendor divino para enriquecerse. Hija de Akenatón y esposa de Tutankamón, heredera de un mundo aniquilado que no debía desaparecer de la memoria de los hombres, dividida entre el respeto a un mensaje del que era única depositaría y las exigencias del poder, Akhesa necesitaba aquella luz en el corazón de la noche. Más allá de la muerte, Akenatón le transmitía la potencia vital que circulaba por el universo y que ninguna bajeza humana mancillaría nunca.

La estrella, decían los sabios, era la puerta del cosmos por la que pasaba la enseñanza divina. El alma de Akenatón ya formaba parte de la corte celestial, donde las estrellas eran una cofradía de luz. El rey difunto anunciaba a su hija que había vuelto al origen, al lugar intemporal donde la aguardaba.

Akhesa, colmada de indecible felicidad por esta revelación, posó la mano en su vientre desnudo. Intuía que aquella noche había concebido otro hijo. Tenía que vencer también en ese combate, llevar a buen puerto un embarazo que diera un hijo a Tutankamón, un hijo a

quien ella inculcaría el sentido del Estado.

¡Cómo le gustaban esas noches cálidas, llenas de perfumes que ascendían de la tierra húmeda, regada por los jardineros! Escuchaba el rumor de las alas de las lechuzas atravesando las tinieblas en busca de una presa. Oía el latido del corazón secreto de la naturaleza, reflejo del imperecedero orden concebido por Dios.

Su mirada se posó en los dos objetos que el rey conservaba a la cabecera de su lecho, sus más preciados recuerdos: una estatuilla de Amenofis III, de oro macizo, y una caja de plata con el nombre de la reina Teje, que contenía un rizo de la gran reina. Akhesa la consideraba un modelo que intentaría seguir y superar.

Huy y Nakhtmin habían decidido llevar a cabo, juntos, una investigación sobre el incidente que había estado a punto de costarle la vida al rey Tutankamón. Ambos estaban de acuerdo en lo principal: una fiera peligrosa había reemplazado al pacífico león previsto para el ritual. Aquel cambio, llevado a cabo con intención criminal, había requerido una organización especial cuyas huellas resultaría muy difícil encontrar. Nakhtmin se encargaría de los ritualistas que se ocupaban de la buena marcha de la ceremonia; Huy, de los funcionarios destinados al zoo real. Tendrían que proceder con prudencia para identificar a los eventuales culpables y no arriesgarse, también, a un destino funesto. Cada noche se encontrarían en el templo de Mut, donde médicos y cirujanos de Tebas celebraban sus ritos, y efectuarían sus investigaciones.

Huy y Nakhtmin, indignados por la conspiración asesina fomentada contra un rey al que veneraban, se habían jurado descubrir la verdad, aunque ésta debiera salpicar la corte o a un gran personaje del Estado.

La gran esposa real, consultada del modo más discreto, les había alentado. Contaba más con ellos que con el «divino padre» Ay, encargado de la investigación.

–No disponemos de ningún indicio serio -confesó el «divino padre» Ay, apenado-. Nadie fue imprudente. El león se volvió loco… ¡Un animal casi domesticado! Es increíble.

–¿No hubo.,., o fue substituido? – preguntó la gran esposa real.

El «divino padre» frunció las cejas.

–¡Absolutamente imposible, Majestad! ¿Quién habría podido atentar contra la vida de nuestros amados soberanos? No, es insensato. Apartemos esa horrible idea. Sólo la fatalidad explica el drama. ¿Cómo se encuentra el rey esta mañana?

–Está débil todavía -respondió Akhesa-. Pasa durmiendo la mayor parte del tiempo.

–Gracias a Dios, Egipto no ha perdido a su rey… ¿No es ya hora de vuestra audiencia?

–En efecto, divino padre. Ahora mismo voy.

Tutankamón estaba casi restablecido. Pero Akhesa quería evitarle cualquier fatiga antes de que estuviera completamente curado y le había obligado a permanecer en la alcoba, rechazando las visitas. El peso del gobierno descansaba sobre los hombros de la gran esposa real y de su Primer ministro, Ay, al que le solicitó que se encargara de los asuntos corrientes.

–Si lo desea, Majestad, estoy dispuesto a liberaros de las más abrumadoras tareas.

Akhesa, severa, miró al anciano dignatario.

–Limitaos a ejecutar mis órdenes como yo ejecuto las del faraón. De acuerdo con nuestras instituciones, gobierno las Dos Tierras hasta que regrese al trono. Esta noche me traeréis los informes sobre el mantenimiento de los canales y el almacenamiento de la próxima cosecha.

–Muy bien, Majestad.

Akhesa se alejó presurosa, dejando al Primer ministro en plena reverencia.

La gran esposa real había olvidado festejar su decimoctavo aniversario. Desde hacía cinco meses, es decir, desde lo que consideraba un atentado frustrado contra su esposo, no se había tomado un sólo día de descanso pese a su nuevo embarazo. Se había visto obligada a llevar la dura y rigurosa existencia de un faraón, con una docena de horas de trabajo al día sobre una cantidad inagotable de expedientes.

Perjudicada por su falta de competencia técnica y administrativa, Akhesa había confiado en su instinto para separar los temas esenciales de los problemas secundarios. Sobre todo, había utilizado al «divino padre» Ay haciéndole mil preguntas y extirpándole lo esencial de su larga y preciosa experiencia. Cuando Ay tuvo conciencia de que le habían arrebatado su más precioso tesoro, era demasiado tarde. Akhesa no le necesitaba ya como mentor. Se había convertido en su servidor y su subordinado. ¿Qué hacer, sino aceptar la situación?, tal como le dijera a Horemheb.

Akhesa tenía un nudo en la garganta. La audiencia prevista para aquella mañana le había impedido conciliar el sueño. El hombre a

quien había convocado era uno de los escasos seres que no se doblegaban ante ella. Precedida por dos arqueros, la gran esposa real entró en una pequeña sala iluminada por dos ventanas rectangulares abiertas en el techo. Despidió a los guardas e hizo cerrar las puertas, pues no deseaba la presencia de testigo alguno.

El Artífice Maya aguardaba, sin impacientarse, apoyado en una columna. Un simple mensaje llevado por la sirvienta nubia no había bastado para hacerle venir a palacio. Akhesa había tenido que enviarle a un portador del sello real, provisto de una imperiosa convocatoria a la que el ministro de Finanzas y jefe de todas las obras del rey no podía sustraerse.

Akhesa no se sentó en el trono que le estaba reservado. Intentar impresionar a un hombre tan rudo como Maya habría sido un error de estrategia. También sería inútil preocuparse por los matices. Por ello fue derecha al grano.

–Maya, no comprendo vuestra actitud. ¿Por qué no adelantan los trabajos de Karnak? ¿Por qué el templo funerario del rey sigue siendo sólo un plano? ¿Por qué permanecéis en Tebas en vez de recorrer Egipto y hacer erigir en todas partes monumentos en su gloria?

–Hay una sola respuesta para todas esas preguntas, Majestad: me faltan los materiales. El granito de Asuán no llega. Sería necesario construir nuevas barcas y planificar los transportes de un modo distinto.

El tono de Maya era cortante, casi insultante.

–Os burláis de mí, Artífice. Son problemas de vuestra competencia. Si no los habéis resuelto es que pensabais utilizarlos como pretextos.

Maya levantó los ojos a las ventanas, de las que brotaban intensos haces de luz. Uno de ellos iluminaba el rostro de la gran esposa real.

–Bien pensado, Majestad -confesó.

–Pero ¿por qué os comportáis así? – preguntó Akhesa de nuevo.

Maya vaciló antes de responder. Consideró preferible descubrirse.

–Porque sois vos y no el rey quien me da las órdenes desde hace cinco meses. Reconozco sólo una autoridad, la de mi señor Tutankamón. Sólo trabajaré para él.

Akhesa estaba estupefacta. Sabía que el Artífice era testarudo, pero no le hubiera creído tan obstinado.

Se había pasado de la raya.

–Actúo como gran esposa real, Artífice, en nombre del faraón. Mis

palabras son las suyas. Así lo quiere la intangible regla de Egipto. Tenéis el deber de acatar mis directrices.

–Fue Tutankamón quien me salvó la vida, nadie más.

–No se trata de vuestros recuerdos ni de vuestros sentimientos, sino de vuestras funciones. ¡En las Dos Tierras reina una pareja, no lo olvidéis! ¿Estáis decidido, por fin, a obedecer aunque me odiéis?

–¿Pensáis obligarme a hacerlo, Majestad?

–Me insultaríais si lo dudarais.

Maya bajó los ojos. Aquella mujer, en exceso hermosa, era el retrato de la desgracia. Destruiría al rey, estaba seguro de ello. El faraón le había ascendido a una de las más altas dignidades del imperio para que interviniera con los nuevos poderes que detentaba.

–Permitid que me retire, Majestad -dijo con acritud-. No puedo perder ni un sólo instante.

Huy y Nakhtmin se encontraron una vez más en el templo de Mut, donde los médicos eran iniciados en su arte, en los misterios de la vida y de la muerte, por la temible Sekhmet, la diosa con cabeza de león. Varias celdas estaban reservadas a los aspirantes a prácticos. En una de ellas, al abrigo de oídos indiscretos, ambos dignatarios intercambiaban los resultados de su investigación, bastante decepcionantes por el momento.

Por la brillante mirada de Huy, Nakhtmin comprendió que había novedades.

–Creo tener un serio indicio -dijo Huy, nervioso.

–¿Cuál?

–Me costó descubrirlo y verificarlo, sin duda porque la idea era muy simple. El hombre encargado de alimentar a los animales estaba enfermo. Su substituto tiene una reputación excelente. Nadie desconfió de él, tanto menos cuanto que está muy acostumbrado a los leones y es uno de los vigilantes del zoo real.

–¿Lo habéis interrogado?

–Ya no está en Tebas. Fue enviado a la más lejana de nuestras provincias de Asia para capturar fieras.

–¿Cuándo volverá?

–No volverá. Ha sido devorado por un león.

Nakhtmin no ocultó su decepción.

–Le han eliminado para impedirle hablar. Hemos perdido nuestra

mejor pista.

–No por completo.

–¿Qué pasa, Huy? ¿Has descubierto algo más?

–Eso creo, Nakhtmin. Pero mi boca debe permanecer cerrada.

–¿Por qué? ¿Ya no confías en mí? – se indignó el jefe del ejército.

–Claro que sí.

–Pues entonces, ¡explícate!

–He sabido el nombre de la persona a la que había servido ese cazador de leones. Y ese nombre sólo puedo revelarlo a la gran esposa real.

24

Toda Tebas estaba ocupada en la preparación de la hermosa fiesta del valle, durante la cual, gracias a la intercesión del faraón, los vivos y los muertos comulgarían en un mismo banquete. Akhesa esperaba que Tutankamón pudiera ocupar su puesto y dirigir el ritual.

Era la última serie de audiencias que la gran esposa real concedía antes de entrar en el templo, acompañada por su esposo, para un período de retiro. A intervalos regulares, la pareja real tenía que purificarse en el santuario, librarse de las preocupaciones cotidianas por un contacto directo con el mundo de los dioses.

Poco después del alba, el «divino padre» Ay había presentado a la reina un informe muy completo sobre la economía de las provincias. Gracias a la rigurosa gestión de los grandes templos y a la competencia de los administradores locales, Egipto había recuperado una prosperidad comprometida durante los últimos años del reinado de Akenatón. Akhesa había tomado conciencia de los errores de su padre, que negligía demasiado lo cotidiano. Firmando decretos favorables a los notables de las principales ciudades, concediéndoles tierras, iniciando de nuevo el diálogo con los grandes sacerdotes que, en todo el país, aseguraban la buena circulación de los géneros alimenticios sacralizados en los templos antes de ser distribuidos a la población, Akhesa había alejado el espectro de una guerra civil y devuelto la confianza en el poder del faraón. El reino de Tutankamón se anunciaba como apacible y feliz, reanudando la luminosa civilización de Amenofis III.

¿Quién habría podido sospechar las verdaderas intenciones de Akhesa? ¿Quién habría podido imaginar que aceptaba la tradición para tranquilizar mejor a sus adversarios, adormecer su confianza y preparar una nueva revolución religiosa y social que prolongara la de su padre y le vengara de las injusticias que había sufrido? Akhesa, al acceder a la función de gran esposa real, había perdido toda ambición para sí misma. Más allá de las debilidades humanas, tenía que hacer brillar el mensaje del sol divino.

Tras un prolongado baño en el agua tibia y perfumada, Akhesa cenó sola en palacio. Cuando penetró en su alcoba, que daba al jardín, tenía prisa por tenderse en el lecho preparado por la sirvienta nubia y sumirse en un sueño regenerador.

Al encender la mecha de un hachón, Akhesa descubrió, oculto en un rincón de la alcoba, a un hombre que llevaba al cinto una larga daga.

Salió de la penumbra.

Akhesa no tuvo tiempo para tomar conciencia de su miedo. Gritar o huir eran actos indignos de una esposa real. Si tenía que enfrentarse con el asesino que le ofreciera la muerte, no retrocedería.

Reconoció al general Horemheb, cuyo hermoso rostro, de rasgos nobles y finos, quedaba iluminado por los danzantes fulgores de la llama.

–¿Cómo os habéis atrevido…? – murmuró subyugada.

–Perdonad mi intrusión, Majestad, pero vos sois la única responsable.

Akhesa vestía una túnica blanca transparente, que se detenía a medio muslo. Con los pies desnudos, se había quitado brazaletes, collares y anillos, conservando sólo un escarabeo de oro en el anular de la mano derecha. Garantizaría una feliz transformación de su corazón mientras ella cruzaba los peligrosos espacios de la noche. El general Horemheb iba con el torso desnudo y un taparrabos de cuero. Había prescindido de toda insignia que indicara su rango.

–Hace varios meses que os negáis a concederme una audiencia privada, Majestad, sin motivo válido alguno.

–¡Vuestra insolencia merece castigo! – replicó ella, cortante-. Ninguna de vuestras peticiones ha sido formulada según las reglas. Eran, por lo tanto, inaceptables.

Horemheb oprimió la empuñadura de su daga.

–Sois demasiado inteligente, Majestad, para que tales argumentos

os convenzan. No es posible encerrar a un escriba real como yo en las redes de una administración cuyos mecanismos controla.

–¿Por qué habéis cometido voluntariamente esos errores?

–Para saber durante cuánto tiempo os atreveríais a desafiarme públicamente.

Akhesa se sirvió una copa de jugo de uva.

–¿Desafiaros? – ironizó-. Perdéis el sentido de la jerarquía, general. Recuperad vuestra sangre fría.

Horemheb comenzó a desenvainar su daga. La madurez de la gran esposa real le asombraba. Las huellas de la adolescencia habían desaparecido. Akhesa se había convertido en dueña de Egipto. En adelante, sería necesario contar con ella. El general lo había sabido desde el primer instante en que la viera. Su tentativa de intimidación había terminado en un doloroso fracaso.

–Salid de mi alcoba, general.

–No, Majestad. Tenéis que escucharme. He roto el silencio en el que me habéis encerrado por un motivo que afecta a la supervivencia de Egipto.

La daga había salido casi por completo de la vaina. Horemheb actuaba como en una pesadilla. La existencia de Akhesa dependía de su respuesta. Si se negaba a escucharle, si sacrificaba el reino a su ambición de poder, ¿merecería seguir viviendo, aun cuando estuviera traicionando a su país del modo más vil?

Akhesa abrió un cofrecillo para las joyas. Su magia la protegería. Colocó una diadema de piedras preciosas sobre sus cabellos de azabache, adornó sus muñecas con brazaletes de oro, puso alrededor de sus tobillos cadenillas de oro y tomó un sillón de formas torneadas en el que se sentó.

–Puesto que es necesario -dijo con voz pausada-, transformaré este lugar de reposo en sala de audiencias. Os escucho, general.

Horemheb, aliviado, envainó su arma.

–Vivimos en una paz falsa, Majestad. El país se adormece en una tranquila felicidad, pero sigue cometiendo los mismos errores que bajo el deplorable reinado de vuestro padre.

Akhesa no reaccionó. La trampa era demasiado burda. La estaba provocando.

–Los hititas -prosiguió Horemheb-se aprovechan de nuestra pasividad. Avanzan poco a poco hacia Egipto, sustituyen por hombres

de paja a los pequeños potentados que nos eran fieles. Pronto nuestras fronteras serán sólo un muro artificial, que caerá fácilmente ante un ejército invasor.

–Hanis, el jefe de nuestra diplomacia, no me ha comunicado ningún temor especial. El rey del Hatti me ha asegurado varias veces su amistad, lamentando los deplorables incidentes que se produjeron hace más de tres años. Los traidores fueron castigados. El Hatti no desea la guerra.

–Claro, Majestad. Sólo desea una victoria rápida y total que preparará durante tanto tiempo como sea necesaria. El ejército hitita no correrá riesgos. Golpeará con seguridad en el momento elegido. Y el momento se acerca. Tras haber viajado mucho, Hanis aprecia hoy los placeres de Tebas. Sólo es ya el reflejo de sus enviados, la mayoría de los cuales son incompetentes o ciegos.

–Y vos no lo sois, ¿verdad, general?

–En efecto, Majestad. Voy con frecuencia a Menfis, donde se hallan nuestro mayor arsenal y nuestros principales cuarteles. El armamento es suficiente todavía, pero se degrada. Sería preciso multiplicar las maniobras de los cuerpos del ejército, fabricar nuevas armas, nuevos barcos de guerra.

–¡Y llamar así la atención de los hititas, que podrían creer en la eventualidad de un ataque por nuestra parte! Sería un error catastrófico.

Aquella seguridad irritó a Horemheb.

–¿Os creéis capaz de evaluar la situación mejor que yo? No tenéis experiencia alguna en ese campo. No conocéis a los hititas. Sólo la fuerza les impresiona. Tenemos que llevar el hierro a sus propios territorios antes de que sea demasiado tarde.

Akhesa, furiosa, agarró los brazos del sillón.

–¡El faraón no aceptará nunca esta locura! Nunca.

–¡De modo que me impedís también que actúe! Sea, Majestad. Obedeceré. No tengo elección. Pero no quiero verme asociado al inevitable desastre cuya causa seréis. Habéis nombrado a Nakhtmin jefe del ejército. Que asuma plenamente sus funciones.

–Ésa es mi intención, general. Sin embargo, vos seguiréis siendo su superior.

–A mi edad, no me seducen ya los títulos vacíos de sentido, Majestad, y aceptaré la proposición del Primer Profeta de Amón.

Horemheb mostraba una segura tranquilidad que inquietó a

Akhesa.

–¿Cuál es?

–Olvidar mis tareas administrativas y militares para ocuparme más del templo de Karnak y su desarrollo. Un escriba real no debe desdeñar las enseñanzas de los sacerdotes. Trabajar a su lado me resultará beneficioso. Defenderé mejor sus intereses ante el rey.

La gran esposa real temió haber comprendido bien.

–¿Significa eso, general, que intentáis debilitar la autoridad del faraón, aliándoos contra él con los sacerdotes?

–Significa, Majestad, que sois la hija de Akenatón, el herético, y podríais sentiros tentada de extender de nuevo su locura. Para evitaros cualquier debilidad de este tipo, sabed que domino Menfis y que las tropas de elite me son fieles. Sabed también que los sacerdotes de Amón nunca os tolerarán desviación religiosa alguna.

Así, Horemheb había decidido encerrar a Akhesa entre los muros de una cárcel en la que ejercería un poder limitado, cada vez más ilusorio. El general abandonaba Tebas a los sacerdotes de Karnak, que desempeñarían el papel de perros guardianes, y se instalaría en Menfis para preparar allí una política de control del país y de expansión territorial basada en la fuerza armada.

–Sois una reina maravillosa -reconoció Horemheb-. En pocos meses habéis conseguido imponer vuestra personalidad y reinar sobre la muchedumbre de los cortesanos. Es un resultado notable. El pequeño rey, Tutankamón, os está sometido por completo y sabéis utilizarlo con raro talento. Pero estáis llegando ya a los límites del territorio que podíais dominar. Ni el Primer Profeta ni yo os permitiremos ir más lejos.

Akhesa, con la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, parecía vencida. Horemheb aguardaba su rebeldía, sus cortantes respuestas. Pero la joven admitía haber perdido la partida. Entrando en razón, demostraba una vez más su inteligencia.

Horemheb dejó de mirarla como a un adversario. Abandonaba el combate y casi se pasaba a su bando. Relajándose, Horemheb se dejó cautivar por el encanto de aquel rostro de divina finura. Tal vez el destino que les había separado se mostrara algún día menos cruel.

–Olvidemos los asuntos de Estado -sugirió con su voz grave y melodiosa, cuya magia conocía-. Cuanto más nos enfrentamos, Majestad, más nos estimamos… Más nos amamos.

Akhesa mantenía la misma actitud sumisa. La de una frágil muchacha que aceptaba su suerte.

–Son vuestros sentimientos -dijo-, no los míos…

–No os creo, Majestad. Sabré permitir que vuestro corazón hable.

Horemheb, sonriente, se acercó a la gran esposa real. Le embriagaba.

–Antes de tomaros ese trabajo, general, escuchadme bien.

El tono había sido tan duro, tan cortante, que Horemheb se inmovilizó.

–Vuestra estrategia me parece sobresaliente -prosiguió-. Sin embargo, deberéis renunciar a ella y limitaros a obedecer al faraón.

Una sorda inquietud se apoderó de Horemheb. ¿Qué arma secreta poseía Akhesa? ¿No se trataría de una simple maniobra de diversión?

–¿Conocéis la suerte reservada a quienes atentan contra la vida del faraón, general?

–¿Qué significa tan odiosa acusación, Majestad?

Horemheb no tenía ya deseo alguno de hablar de amor.

–Intentaron matar a Tutankamón -explicó Akhesa, con una calma glacial-. El hombre que substituyó a un león harto y drogado por una peligrosa fiera ha sido identificado. Murió en un accidente… A menos que fuera asesinado.

–Son unos acontecimientos deplorables -admitió Horemheb-. Los culpables deben ser severamente castigados. Pero ¿en qué me afecta a mí eso?

La mirada de Akhesa flameó.

–Han sido necesarias varias semanas de investigación para averiguar la verdad… ¡Para descubrir el nombre del criminal que dio la orden de actuar! Es un secreto de Estado que sólo conocemos Huy y yo.

Turbado, Horemheb parecía pendiente de los labios de la gran esposa real.

–¡Y vos, puesto que fuisteis el instigador de tan horrible conspiración!

–¿Quién osa acusarme así? – protestó indignado.

–El hombre era un servidor de alguien a quien conocéis muy bien: vuestra esposa, dama Mut.

Horemheb creyó que el rayo del dios Seth le traspasaba el corazón. Durante unos instantes, dejó de respirar, abrumado por la terrible revelación.

–Lo…, lo ignoraba, Majestad.

–¿Estáis dispuesto a jurarlo en nombre del rey?

Akhesa presentó al general el sello de Tutankamón, estampado en los documentos oficiales que emanaban de palacio.

Horemheb juró con solemnidad.

–Sabía que no erais culpable -dijo Akhesa serena-. Pero Mut es vuestra esposa. Si pido la apertura de un proceso, nadie creerá que no fuisteis el instigador de la conspiración. Vuestra esposa pensó que, desaparecido Tutankamón, os convertiríais en regente del reino.

Horemheb se sentía dolorido, como si hubiera librado un combate cuerpo a cuerpo.

–¿Qué pensáis hacer, Majestad?

–Nada, general.

–¿Y qué me pedís a cambio?

–Ya os lo he dicho: sólo obediencia.

Akhesa pasó la noche en brazos de su joven esposo. Su vientre de futura madre comenzaba a redondearse. Se sentía absolutamente feliz, más segura de sí misma de lo que nunca había estado. La grave falta cometida por dama Mut le era mucho más útil de lo que había esperado, permitiéndole maniatar a Horemheb como si fuera un prisionero vencido. Aun sin haber dormido un sólo segundo, debido a su exaltación, cuando llegó el alba su tez estaba perfectamente fresca, como si el tiempo y el cansancio no tuvieran poder sobre ella.

Se ofreció, desnuda, al sol naciente, absorbiendo con todo su cuerpo la energía divina que hacía renacer la naturaleza. Los suaves rayos se deslizaban por su piel del dorado color de la miel, nutriéndola, llenándola de una alegría inalterable. Uniendo las manos sobre su pecho, dirigió una plegaria matinal al fulgurante disco, la que su padre Akenatón había creado: «Te levantas en perfección, disco de luz, que vives desde los orígenes, cuyos brazos abarcan todos los países, tú expulsas las tinieblas. Llenas las Dos Tierras con tu amor, hombres, bestias y árboles crecen en la tierra pues brillas para ellos. Eres único, pero en ti hay millones de vidas».

El milagro estaba produciéndose: el nuevo sol nacía.

La naturaleza despertó, los pájaros aletearon y cantaron, mil ruidos llenaron cielo y tierra. Cuando Akhesa se dirigía al cuarto de baño, su sirvienta nubia se interpuso.

–El divino padre Ay solicita audiencia -anunció-. Quiere veros

inmediatamente. Afirma que es muy importante. Se ha dirigido a mí para que nadie más lo supiera.

Había hablado con tanta volubilidad, que Akhesa le pidió que lo repitiera. Vistiéndose con una túnica ligera, la reina se dirigió rápidamente a la antecámara donde le aguardaba su Primer ministro.

–¿Qué es eso tan urgente? – preguntó intrigada.

–¡Una huelga! – respondió el «divino padre» con labios temblorosos-. El Artífice, Maya, ha ordenado que todos los artesanos dejen el trabajo.

–¿Se han retrasado las entregas de pan y cerveza?

–No, ningún incidente material. Maya quiere ver al rey. El Artífice ha regresado a su poblado de Deir el-Medineh.

–Me encargaré de este asunto, divino padre.

Nunca los guardias del poblado de Deir el-Medineh habían visto de tan cerca a una gran esposa real. Acompañada sólo por su sirvienta nubia, Akhesa se había presentado a mediodía en las puertas del territorio reservado a los constructores, sin haber avisado a Tutankamón de sus intenciones. El rey reposaba en un jardín, a orillas de un lago de recreo. Reaparecería dentro de poco.

La huelga de los artesanos, que acarreaba la detención de las obras, era grave. Ver como se interrumpía la construcción de las moradas de eternidad, templos y tumbas, ponía en peligro el equilibrio del Estado. Sólo el faraón o su Primer ministro tenían autoridad para negociar con el Artífice.

Los guardas, dada la personalidad de la visitante, no exigieron la contraseña, pero detuvieron a la nubia en la entrada y unos hombres armados acompañaron a la reina hasta una modesta casa de ladrillos secos, contigua a la muralla, no lejos del lugar donde se almacenaban las reservas de agua y donde los maestros impartían clases de escritura, dibujo, escultura y pintura.

Maya, sentado con las piernas cruzadas en el suelo de tierra batida, grababa en un trozo de caliza una escena de fábula en la que un asno, convertido en músico, hechizaba los oídos de una concurrencia de ratones. No levantó los ojos cuando Akhesa fue introducida en su taller.

–He solicitado ver al rey -dijo, hosco, sin dejar de trabajar.

–Exigís mucho más, Maya. Queréis imponerme vuestro poder, romper lo que consideráis mi orgullo, dominar mi voluntad. Deseabais atraerme hasta aquí. Lo habéis conseguido.

El Artífice dejó su fino cincel de cobre.

–Tal vez tengáis razón, Majestad. Y, en ese caso, deberíamos entendernos.

–¿Qué esperáis exactamente de mí?

–Que dejéis toda actividad política y os limitéis a ser una esposa fiel y discreta.

Akhesa sonrió ante la ingenuidad de la frase.

–¿Por qué me odiáis tanto?

–Porque no amáis a Tutankamón. Atraéis la desgracia sobre su cabeza.

–Os equivocáis.

–La huelga de los obreros -amenazó terco Maya-durará mientras no juréis consagraros sólo a organizar recepciones y a vuestros deberes religiosos.

El Artífice tomó de nuevo su instrumento.

–Tengo otra proposición que haceros -dijo la reina-. Sólo tengo un medio para convenceros de mi sinceridad y hacer que finalice la huelga: convertirme en miembro de vuestra comunidad.

Maya la miró, estupefacto.

–Pero… ¡eso es imposible!

–Bien sabéis que no, con una condición, sufrir la prueba de la cima.

Akhesa fue aislada hasta que llegó la noche en una cabaña de obras, llena de instrumentos. No le dieron agua ni alimento. Soportó sin esfuerzo el aislamiento y el calor, pues deseaba afrontar la temible prueba que le permitiría entrar en la cofradía más hermética de Egipto y ganarse así la confianza del Artífice Maya. Tenía que lograrlo. Akhesa había reflexionado mucho antes de iniciar tan peligroso camino. Era consciente del riesgo. En una sola noche podía aniquilar la obra pacientemente elaborada desde hacía más de tres años. Arriesgaría incluso su vida. Pero no había otra solución. Maya era un hombre de una pieza, insensible a los honores, incorruptible. Tenía que hablar el mismo idioma que él, combatir en su, propio terreno. Someterle por la fuerza era imposible.

Cuando el sol desapareció por occidente, lanzándose a la tenebrosa pendiente donde se enfrentaría, en un duelo sin cuartel, con el dragón decidido a destruirle, dos escultores fueron a buscar a la gran esposa real. En Deir el-Medineh era sólo una mujer que pedía ser iniciada en

los misterios de la cofradía. Su título y su rango no contaban. La despojaron de sus vestiduras y le pusieron una basta túnica de napa que le irritó la piel. Le entregaron un odre lleno de agua y un pedazo de pan, luego la condujeron fuera del pueblo.

Un viento fresco la hizo estremecerse. Tuvo que tomar un sendero estrecho y sinuoso. La pendiente era muy fuerte. Sus guías caminaban con un ritmo sostenido, vigilándola de cerca por miedo a que intentara huir. El dios luna brillaba en lo alto del cielo, iluminando la montaña y el valle con una luz plateada, suave y angustiosa a la vez.

Una hora más tarde, llegaron al pie de la cima cuya cumbre, en forma de pirámide, dominaba con su inquietante masa las tumbas de los monarcas excavadas en un valle de piedra y arena.

Ambos escultores dejaron atrás tres casas de piedra donde residían, en ciertos períodos, obreros que descansaban un poco antes de regresar al trabajo. Las exigencias de la obra les impedían, a veces, ir a dormir al pueblo.

Finalmente, el trío llegó al oratorio de la prueba, una minúscula capilla que carecía de puerta y en la que sólo cabía una persona.

–Entrad -ordenó uno de los escultores-. Pasaréis aquí la noche. Nos vamos, pero estaremos vigilándoos. Sólo hay un sendero para volver al valle. No intentéis huir. Nos veríamos obligados a mataros. Volveremos al alba. Veremos entonces si habéis sobrevivido a los demonios y las bestias feroces que atacan a los mentirosos y a los cobardes.

A Akhesa le habría gustado hacerles algunas preguntas, pedirles algunas precisiones sobre los peligros que la acechaban, pero los artesanos le volvían ya la espalda, bajando por la escarpada pendiente con agilidad.

Durante unos instantes, la gran esposa real lamentó su iniciativa. No esperaba aquella profunda soledad, aquella noche hostil en la que pronto resonarían las risas sarcásticas de las hienas. Los perros vagabundos lanzaron sus primeros gruñidos antes de lanzarse a la caza. Akhesa no temía a los depredadores de las tinieblas. Temía a los fantasmas, a los espectros de silenciosos movimientos, que atacaban por la espalda o de soslayo. En los templos, los ritualistas sabían cómo rechazar esas fuerzas maléficas que chupaban la médula de los huesos y se introducían en las venas y en las arterias para beber sangre.

Quien quisiera penetrar en la cofradía de Deir el-Medineh, tenía que pasar la noche en la cima y enfrentarse con los monstruos devoradores de vida. Al alba, se encontraban los cadáveres de quienes, debido a su indignidad o su cobardía, no habían podido resistir los

asaltos de los enemigos invisibles.

Akhesa bebió un poco de agua, pero no consiguió comer. Un dolor le recordó la presencia del niño al que pronto traería al mundo. Levantando su mirada al cielo, buscó la estrella que contenía el alma de su padre, Akenatón.

No la encontró.

Inquieta, quiso levantarse, pero una fuerza de increíble violencia la mantuvo agachada. Un viento helado le cortó la respiración. Sintió la tentación de cerrar los ojos, pero siguió escrutando el cosmos. Una forma blanquecina salió de un enorme bloque y se dirigió hacia el oratorio.

Aterrorizada, Akhesa aulló.

Una mano se posó en su hombro izquierdo.

Esta vez, consiguió ponerse en pie y salir de la capilla, pero un intolerable sufrimiento le desgarró el vientre.

La forma blanquecina se había multiplicado en varios demonios con la apariencia de enanos de ensangrentados dientes que esgrimían cuchillos.

Atacaron.

Brilló una luz. Una estrella fugaz cruzó los cielos. Su luz iluminó el sendero por el que Akhesa quería huir. Gracias a ella, la joven advirtió el abismo en cuyas profundidades unos monstruos con cabeza de león y de chacal acechaban a su futura víctima.

Su padre acababa de salvarla, no le cabía duda. Gimiendo, de rodillas, se arrastró hasta el oratorio donde se ocultó con la cabeza entre las manos.

Una voz llenó el edificio: «Soy la diosa del silencio, decía, la guardiana de la cima. Nadie puede mancillar mis dominios sin perder la vida. Penetro en ti, busco en tu corazón para descubrir si eres un ser de verdad. En ese caso, no tienes nada que temer de mí. Si has mentido, si has actuado contra la ley de Maat, te destruiré».

–¡No! – gritó Akhesa, casi inconsciente.

Un rostro de mujer de extraordinaria belleza, de finas cejas y delgados labios, danzó ante ella, haciéndose cada vez más grande. Se inclinó sobre ella. Quiso rechazarlo, pero cayó al suelo sin fuerzas. El rostro, inmenso ya, la besó en la frente. Era el rostro de su madre, Nefertiti.

Un fuego le abrasó la cabeza y el pecho.

Akhesa se desvaneció.

El sol acababa de levantarse cuando el Artífice Maya y los dos escultores llegaron al oratorio de la cima donde habían sufrido, como los demás miembros de la cofradía, la prueba impuesta por la diosa del silencio.

La gran esposa real yacía, inanimada, en el interior de la capilla.

El Artífice se arrodilló y posó la oreja en el pecho de la muchacha.

–Está viva -declaró-. La huelga ha finalizado y tenemos un adepto más.

25

Akhesa fue cuidada durante dos días por el médico del pueblo, después de que el faraón fuera advertido de la presencia de la gran esposa real en Deir el-Medineh. Sueño y pociones la curaron. El Artífice Maya, que no había abandonado la cabecera de la paciente, asistió a su despertar.

–Ya sois de los nuestros, Majestad.

–Me siento feliz, Maya. No podéis ya negarme nada, aunque sigáis sin amarme.

Un vivo descontento surcó los torturados rasgos del Artífice. Estaba obligado, aun a su pesar, a someterse a su propia regla.

–Vuestro valor es excepcional, Majestad, pero me costará quereros.

–Nadie os obligará a ello… Somos aliados y esto es lo esencial.

Con el corazón dominado por la rabia, Maya conocía su deber.

–Ordenad, Majestad -dijo con voz apagada-. Yo cumpliré.

–Ayudadme a levantarme.

El Artífice, vacilando, ofreció su brazo a la gran esposa real. Débil todavía, Akhesa se apoyó en Maya con todo su peso. Éste experimentó una extraña turbación y se sintió aliviado cuando la muchacha se apartó de él para sentarse en un taburete de tres patas.

–Deseo que fabriquéis un trono -indicó.

–¿Para el rey o para vos?

–Para el rey.

Maya se extrañó ante la modestia de esta petición.

–¿En madera chapada de oro?

–En el respaldo exterior, grabaréis una inscripción. Será invisible para los cortesanos, pero resultará eficaz cuando el mago la haya animado.

–¿Cuál?

–Dadme algo con lo que escribir.

Cuando la reina hubo abandonado el pueblo de Deir el-Medineh, Maya leyó y releyó el texto que había redactado y que le había confiado.

Sus peores presentimientos se confirmaban.

Akhesa, en una columna de jeroglíficos que sólo conocerían él y ella, había asociado los nombres de Amón y Atón. Este último estaría así presente en el trono real y seguiría ejerciendo en secreto, por medio del Verbo, una influencia mágica sobre el reino.

Maya sabía, ahora, cuál era el objetivo que la gran esposa real perseguía. Pero no podía traicionar el juramento que le ligaba a un miembro de su cofradía. Tenía que guardar silencio absoluto, se lo debía a Akhesa. Con los puños cerrados, dirigió una muda súplica a Ptah, el dios de los constructores, para que la muchacha fracasara en su empresa y Tutankamón no sufriera las consecuencias de su locura.

Akhesa en persona adornó el cuello de Tutankamón con un pectoral formado por un marco rectangular, en cuyo centro había un magnífico escarabeo de oro, turquesa y cornalina. La obra maestra de orfebrería era completada por un contrapeso que colgaba en la nuca del faraón. La cadena que lo unía al pectoral consistía en una sucesión de amuletos de oro y lapislázuli, el más hermoso de los cuales representaba al genio de la eternidad con los brazos levantados al cielo.

–Tuve tanto miedo, Akhesa. ¿Por qué intentaste la prueba de la cima?

–Para superarla, Majestad. Ya estáis listo para dirigir el ritual de nuestra mayor fiesta. Vuestro pueblo os aguarda.

–Me siento débil todavía, Akhesa. ¿No podríamos solicitar que el Primer Profeta me reemplazara y…?

–Debéis ocupar vuestro puesto. Los sacerdotes de Tebas esperan una ocasión como ésta para restringir vuestro poder.

–Tus designios te parecen demasiado negros, Akhesa. Son menos perniciosos de lo que imaginas. Permitamos que dirijan los asuntos de nuestro país como lo hicieron, y bien, en el pasado. ¡Somos tan

jóvenes! Amémonos, disfrutemos de los placeres de la vida.

Tutankamón quiso tomarla en sus brazos, pero ella lo rechazó con ternura.

–Seguimos estando en el período de abstinencia impuesto por el templo -advirtió la gran esposa real-. Debéis respetarlo para poder cumplir vuestras sagradas funciones.

–Akhesa…

–Somos los primeros servidores de la regla de Maat, no lo olvidéis.

Nunca las festividades en honor de Amón habían sido tan brillantes. El Primer Profeta quería demostrar del modo más resplandeciente la supremacía absoluta del dios de Tebas.

El faraón desempeñaba el papel de Amón, y Akhesa el de su divina esposa. Precedida por una gran procesión de sacerdotes, veinte de los cuales llevaban sobre sus hombros la barca de oro del dios, la pareja real salió del templo de Karnak entre un inmenso concierto de aclamaciones. Durante once días, Tebas viviría en un general regocijo. En cada barrio se bailaría, se cantaría y se bebería noches enteras. El día estaría consagrado a dormir para recuperar fuerzas y poder festejar de nuevo. Por todas partes se levantaban tiendas donde se servía cerveza a voluntad.

La pareja real, convertida en pareja divina, penetró en la avenida de esfinges que conducía del templo de Karnak al de Luxor. Tutankamón y Akhesa llevaban máscaras de oro con las efigies de las divinidades.

Subyugado, el pueblo que contemplaba la ceremonia descubría con emoción los rostros del gran dios y de la gran diosa que vivían en el secreto del templo.

En el umbral de Luxor, el rey derramó una libación de agua y la reina depositó flores. Los soldados, en uniforme de gala, embocaron sus trompetas y soplaron a pleno pulmón. En el interior del lugar sagrado, donde los escultores de Maya habían creado admirables relieves que relataban los episodios del ritual, la pareja real consagró las innumerables ofrendas que adornaban los altares.

La muchedumbre, apiñada en los muelles, aguardaba con mal contenida indiferencia la partida de la gran nave real, acompañada por una flotilla que comprendía decenas de barcas y barcos, hacia la orilla oeste. En varios de ellos se instalaron capillas portátiles de las divinidades que se disponían a visitar, en tierras de occidente, a las potencias creadoras que descansaban en sus templos funerarios y a las almas de los muertos que seguían viviendo en sus tumbas. Músicos y

danzarinas recibieron con alegría la llegada de la pareja real, ejecutando una serie de figuras acrobáticas que arrancaron aplausos.

Tamboriles, flautas y arpas acompañaron la lenta travesía del Nilo. A los clamores de esa orilla, sucedió el recogido silencio de la orilla oeste. Al desembarcar, la reina tocó el sistro, esparciendo por el aire ligero apaciguadoras ondas.

Luego, el largo cortejo se dirigió hacia el templo de Deir el-Bahari, construido por la reina Hatshepsut, que había subido al trono del faraón para dirigir un reinado feliz y luminoso. De santuario en santuario, el rey y la reina reanimaron a las dormidas divinidades para que favorecieran la prosperidad de las Dos Tierras.

Durante toda la noche, los vivos festejaron un banquete, en la capilla de las tumbas abiertas al exterior, con los muertos presentes en sus estatuas y sus miradas de esmeralda o malaquita. Una tranquila alegría llenaba los corazones. Egipto estaba en paz y tenía un buen rey.

La fiesta de Amón se había desarrollado a la perfección, sin el menor incidente. El Primer Profeta había dirigido las más vivas felicitaciones a la pareja real, que, durante los once días del ritual, había asumido su cargo con la dignidad que se le exigía. Del más crítico de los cortesanos al más humilde hombre del pueblo, todos habían comprobado que Tutankamón había cambiado y que cumplía, pese a su juventud, las exigencias de su función. Horemheb se reprochaba su falta de lucidez. Seguía convencido de que Tutankamón carecía de las cualidades necesarias para ser un gran monarca, pero había desdeñado en exceso la influencia de Akhesa. Ella conseguía reinar a través de la personalidad de su esposo.

Para Horemheb, el balance de aquellos últimos meses había sido catastrófico. Con las manos atadas por la estúpida iniciativa de su esposa, a la que nada le había dicho, Horemheb no tenía ya en la corte ningún amigo seguro. Desconfiaba del oportunismo del «divino padre» Ay y de la desenfrenada afición al lujo del embajador Hanis. En adelante, iban a jugar su propio juego y no el de Horemheb. Por lo que se refería a los nuevos dignatarios del régimen cuya influencia seguía creciendo, Huy, Maya y Nakhtmin, sentían por Tutankamón una indefectible amistad.

Quedaban el Primer Profeta de Amón, su cohorte de sacerdotes y las inmensas riquezas de los templos. Unos peligrosos aliados que deseaban utilizar al general para defender sus intereses. Horemheb no tenía elección. Sabía, sin embargo, que personalidades muy fuertes habían terminado, aun a su pesar, sometiéndose a la voluntad de los sacerdotes.

Solo en los establos de su villa, el general manipulaba un puñal de hoja de hierro. Habían sido los hititas los primeros en trabajar aquel metal. En Egipto, era más escaso que el oro. Horemheb estaba convencido de que el hierro iría progresivamente reemplazando al bronce en la fabricación de armas y que las haría, a la vez, más eficaces y duraderas.

La empuñadura estaba coronada por un cristal y decorada por franjas granuladas y alveoladas. Casi hipnotizado por aquella hoja de hierro, Horemheb se preguntaba cuánto tiempo resistiría aún antes de matar a Akhesa, aquella mujer inaccesible que rechazaba su amor, aquella gran esposa real que algún día tendría la talla de un faraón y tal vez sus prerrogativas.

Matar a Akhesa, romper el hilo de su destino, sustituir a la diosa de la muerte y condenar así su alma a la destrucción total… El escriba real Horemheb, educado en el conocimiento de los libros sagrados y de los textos de leyes, sufría horribles pensamientos que le agitaban. Se convertía en un extraño para sí mismo.

Tomó el puñal y lo lanzó con todas sus fuerzas contra el muro, donde se hundió hasta la empuñadura.

Cuando recuperó el aliento, un intendente le entregó una imperativa convocatoria de palacio para la mañana siguiente.

Akhesa no había cumplido su promesa. El general comparecería ante un tribunal presidido por el «divino padre» Ay. Su condena era segura. Para Horemheb significaba el final del viaje terrestre en las más humillantes condiciones. No huiría. Implorando a su protector, el dios Horus, encontraría el valor necesario para afrontar dignamente su decadencia.

A la entrada del territorio real, Horemheb fue recibido por Nakhtmin, el jefe del ejército. Uno y otro pronunciaron fórmulas de salutación. Nakhtmin, acompañado por cuatro soldados de elite, condujo a Horemheb hacia el gran patio al aire libre.

El general quedó sorprendido. Esperaba ser conducido junto al rey, para una entrevista privada antes del juicio, o directamente al tribunal. Más asombrado quedó todavía al descubrir un gran número de cortesanos, oficiales superiores con sus caballos magníficamente enjaezados, damas vestidas con sus más hermosas galas, servidores que escanciaban vino y cerveza en grandes copas.

Nakhtmin leyó una inquieta pregunta en los ojos de su superior.

–Colocaos en el centro del patio, general.

Disimulando su vacilación, Horemheb avanzó a pasos lentos

mientras todas las miradas se clavaban en él. Unas sirvientas depositaban flores en pequeños altares portátiles. Las tañedoras afinaban sus instrumentos.

Horemheb se detuvo, solo en medio de un inmenso círculo del que se había convertido en centro.

Portando sus abanicos de plumas de avestruz, Nakhtmin y Huy avanzaron hacia la fachada del palacio real que daba al patio.

De pronto, Horemheb creyó comprender, pero su hipótesis le pareció inverosímil. ¿Cómo habría podido concebir Akhesa…?

Un inmenso clamor interrumpió el flujo de sus pensamientos. Tutankamón y Akhesa aparecieron en la ventana principal de palacio, situada a unos tres metros del suelo. El rey y la reina llevaban una corona blanca y ligeras vestiduras que dejaban desnudos sus hombros. Sonrientes, escucharon complacidos las aclamaciones. En cuanto cesaron, Huy y Nakhtmin escoltaron a Horemheb y le acompañaron hasta el pie de la ventana de las apariciones reales.

El general se inclinó ante el rey y la reina.

Tutankamón elevó en la luz matinal un admirable collar de oro, formado por anillos que resplandecían bajo los rayos del sol.

–Hemos decidido ofrecer esta gran y hermosa recompensa a nuestro fiel servidor Horemheb -declaró el faraón-. Él es el guardián de la paz. Como escriba real y general, protege las Dos Tierras de la desgracia. Puesto que estamos especialmente satisfechos de él y del modo en que vela por la administración, le ofrecemos hoy cinco grandes collares de oro.

El rey se inclinó para condecorar al general. Cuatro servidores, llevando en unas bandejas los otros cuatro collares, se prosternaron ante él. Música y cantos saludaron el acontecimiento, cuyo excepcional carácter no escapaba a nadie. Los honores concedidos al general despertarían muchas envidias.

Horemheb buscó la mirada de la gran esposa real. Pero ésta observaba el horizonte, lejana y misteriosa. Vencía en una nueva batalla, con una maniobra genial, insospechable en una mujer tan joven. En adelante, para la corte, el general Horemheb pertenecía al entorno íntimo del rey Tutankamón y sólo podía ser uno de sus más ardientes partidarios.

La dama Mut había sabido seducir al general Horemheb por su innata distinción y una verdadera belleza que iba floreciendo con el transcurso de los años. Él apreciaba también su ambición de mujer rica, perteneciente a la antigua nobleza y deseosa de que su esposo

asumiera las más altas funciones del Estado. Una parte de sí mismo podía incluso comprender, sin admitirlo, que hubiera intentado hacer desaparecer a un reyezuelo insignificante, carente de personalidad. Pero aquel cinismo le hacía sufrir. Cuando aceptaba la realización de un acto tan despreciable, se consideraba un ser vil.

Dama Mut no había aceptado acudir a la entrega de los collares de oro. Una violenta jaqueca le impedía estar a pleno sol. Horemheb la había creído, pues a su esposa le gustaban mucho las ceremonias oficiales, en las que abrumaba, con su prestancia, a la mayoría de las demás mujeres.

Cuando se sentó en el jardín, ante el lago de recreo, para beber un refresco mientras admiraba los cinco collares de oro, no esperaba verla surgir hecha una furia.

–¿Ha desaparecido tu jaqueca?

–No estaba enferma. Acabo de saber lo que ha sucedido en palacio.

–Éstas son mis nuevas condecoraciones. ¿Te disgustan acaso?

Dama Mut arrancó los collares de las manos de su esposo y los arrojó al suelo.

–¿Estás loco o ciego, tú, el gran Horemheb? ¿No comprendes que la maldita esposa real te ha tendido una trampa de la que no podrás escapar?

El general se levantó y abrazó tiernamente a su mujer.

–La cólera es una falta contra los dioses. Abrasa el corazón y deseca el alma. No tienes derecho a dejarte dominar por ella.

–Hablas como un vencido… Y no lo aceptaré. ¡Debes ser faraón, Horemheb! O te abandonaré.

El general no se tomó a la ligera la amenaza. Mut era escuchada por gran parte de la nobleza, sin la que una eventual investidura sería imposible. Acceder al trono implicaba una alianza absoluta con su esposa.

–Debemos contemporizar, Mut.

–No. Cuantos más meses pasan, más efectivo se hace el poder ejercido por la pareja real. Es hora de actuar. Ya intenté terminar con esa lamentable experiencia.

Un cisne paseaba por el lago de recreo, dejando a sus espaldas una estela plateada. Los monos jugaban en las ramas más altas de una palmera.

La mirada de Horemheb se hizo glacial.

–¿Intentaste atentar contra la existencia del faraón?

–No. Quise sólo ridiculizarle, demostrar que era incapaz de enfrentarse con el peligro.

–Y si el león…

–Estaba segura de que intervendrías, querido esposo, y abatirías a la fiera.

La tranquilidad de Mut era impresionante. Horemheb, a riesgo de empequeñecerse a sus ojos, no podía confesarle que se había descubierto la verdad y que se hallaba reducido a ser un servidor dócil.

–Mi deber es obedecer -dijo el general-, no tomar iniciativas o levantarme contra la voluntad del faraón. Y te aconsejo que hagas lo mismo.

En el barco que transportaba hacia Nubia a la pareja real, Tutankamón no dejaba de manifestar su alegría. El viaje que Huy le había propuesto a las abrasadas tierras del gran Sur le entusiasmaba. Akhesa, fatigada por su preñez, había intentado disuadirle. ¡Pero se sentía tan feliz ante la idea de partir a la aventura bajo la protección de aquel hombre rudo y severo! La gran esposa real había renunciado a hablar de ella misma y de los dolores que, de nuevo, desgarraban su vientre. Había aceptado embarcar en la nave real de blancas velas, cuya vasta cabina central estaba cuidadosamente protegida de los ardores del sol. Varios barcos componían la flota que acompañaban al soberano. En uno de ellos viajaban los caballos preferidos de Su Majestad.

El joven rey se maravilló en todas las etapas del viaje: poblados, fortalezas, mercados, templos… Huy, que se había vuelto voluble, le alababa las bellezas de aquellas regiones aplastadas por la luz y donde los indígenas de piel muy negra sabían encontrar minas de oro, cazar elefantes, curtir las pieles de pantera, mezclar especias que, tras haber abrasado la boca, derramaban en ella deliciosos sabores.

–Fui tu mensajero en Nubia -dijo Huy a Tutankamón-, cumplí las funciones de intendente del ganado del dios Amón, vigilé la extracción de oro, dominé las tribus que se rebelaban contra la autoridad del faraón. Sufrí calor, tuve miedo de las fieras que atacan los campamentos, estuve diez veces a punto de perder la vida. Pero sigue gustándome este país perdido, alejado de los fastos de la corte. Si el faraón, mi señor, me autorizara a ello, me gustaría terminar aquí mis días.

–¿Morir? ¿Por qué pensar en la muerte…? ¡Vivirás siglos, Huy, y

yo también!

El rugoso porta-abanicos y su rey se abrazaron, tan conmovido el uno como el otro. Akhesa apreciaba esa cálida y poderosa amistad que ayudaba a Tutankamón a progresar hacia sí mismo, hacia su propia verdad.

Akhesa aprendía a amar aquel país donde los rayos de Atón golpeaban la tierra con insoportable violencia. Contemplaba durante horas las desérticas extensiones en las que el hombre era sólo un huésped de paso. En pleno mediodía, sola en el puente el navío de Estado, la gran esposa real concibió dos proyectos. Uno afectaba a Huy, el otro a su padre Akenatón. Sólo habló del primero a Tutankamón, que lo aprobó enseguida. El segundo comportaba tantos peligros, que prefería asumirlos sola. Si fracasaba, el faraón quedaría al margen.

Al cabo de largas jornadas de viaje, el cortejo real llegó al corazón del gran Sur, descubriendo el más hermoso de sus templos, «el que aparece en la armonía universal»[16], edificado por Amenofis III, que había hecho construir en la misma región su equivalente femenino para la gran esposa real, Teje, uniéndose así con ella en una inmortal fiesta de piedra.

Un reducido número de sacerdotes había elegido vivir en aquel lugar desolado y silencioso, donde se levantaba una columnata tan pura como la de Luxor. El edificio entero se elevaba hacia el cielo azul turquesa con un sereno poderío que apaciguaba el alma a simple vista.

–He aquí mi lugar preferido -dijo Huy en voz baja, mientras entraba en un gran patio acompañado por la pareja real-. Poder recogerse así es un regalo de los dioses.

El rey se detuvo, sonriente, y se volvió hacia Huy.

–Muy bien, amigo mío. Realizaréis aquí una larga meditación. He dado al ritualista órdenes de conduciros aparte, a una capilla.

Huy se sorprendió ante el tono decidido del joven monarca. Advirtió la mirada cómplice que dirigió a Akhesa.

El amigo del faraón desdeñó la angustia que, por un instante, le había dominado. ¿No tenía acaso en sus manos, el Señor de Egipto, el destino de todos sus súbditos? Pero él no debía temer nada de Tutankamón.

Cuando finalizó el retiro de Huy, que había disfrutado del frescor y la penumbra de la capilla, el sol declinaba tiñendo las piedras de un ocre cálido.

Ante el santuario consagrado a la regeneración mágica del alma del rey, se había instalado un trono real protegido por un dosel. Huy vio a Tutankamón, aureolado de luz, tocado con la corona azul, vistiendo una gran túnica, con los brazos cruzados sobre el pecho y sujetando los cetros. A su lado, Akhesa, de pie, también vestida de modo solemne. Sacerdotes y miembros del séquito real, con el rostro recogido, se habían colocado a lo largo de las columnatas.

Dos ritualistas vistieron a Huy con una túnica blanca plisada, y le condujeron hasta el pie del trono.

–Eres el hijo de Amón -declaró uno de ellos-. Tú, que reinas sobre Egipto, ante quien deben prosternarse todos los países. He aquí a tu servidor, Huy.

La atmósfera era grave.

–He rezado a Amón -dijo el rey-, y él me ha inspirado. Huy mantiene Nubia en el regazo de Egipto. Gracias a él nos ofrece sus tesoros. Por ello, hoy le concedemos el título de virrey de Nubia. Huy se encargará de representar nuestro poder y hacer que reine nuestra regla de vida, y nos dará cuenta regularmente en nuestro palacio de Tebas.

Un ritualista entregó a Huy un anillo de oro, símbolo de su cargo, y el sello con el que firmaría sus decretos. Las mujeres del séquito real cubrieron de flores al nuevo virrey de Nubia, que parecía incapaz de la menor reacción. Estupefacción y gratitud habían llenado su corazón. Sus más secretos sueños se estaban realizando.

Akhesa caminó hacia Huy y le entregó un ramillete variado, coronado por lises florecidos.

–Que vuestra provincia florezca entre vuestras manos -le deseó.

Huy se reprochó haber juzgado mal a aquella mujer de extraordinaria belleza, que así participaba en la mejor jornada de su existencia.

Había desconfiado de ella y se había equivocado. Apretando el ramillete, sonrió a la gran esposa real.

Marineros y funcionarios, que en adelante estarían al servicio del virrey de Nubia, le aclamaron y agitaron grandes hojas de palma.

Incapaz de contener su emoción, Huy lloró de alegría.

Tutankamón se preguntaba por qué los dioses se muestran a veces tan crueles. ¡Había sido tan lograda la investidura de su amigo Huy! Habían matado un buey cebado, celebrado el más alegre de los banquetes, dado vida a una nueva estatua del faraón a imagen de

Amón. El joven rey había sido saludado como «el que satisface a las potencias divinas», Akhesa había escuchado los relatos de los narradores que evocaban las visitas de la reina Teje para asistir a la construcción del templo.

Era la felicidad bajo el cálido sol de Nubia. Pero ahí estaba el viaje de regreso a Egipto, la enfermedad de Akhesa, sus insoportables dolores, la sangre que manaba de su vientre.

Los médicos la habían salvado.

La verdad había desgarrado el corazón del joven rey. Akhesa no podría tener hijos. En adelante, y a riesgo de perder la vida, no podría quedar encinta.

26

La pareja real necesitó varias semanas para recuperarse del drama que le afectaba. Fue Akhesa quien consoló a su desamparado esposo. Le conminaba a aceptar la voluntad divina y a no rebelarse en vano contra un destino que no podían modificar. Cuando así lo deseara, Tutankamón tomaría una esposa suplementaria que le diera hijos, entre los que Akhesa reconocería a un sucesor legítimo. El joven rey lo rechazó enérgicamente. Nunca compartiría el lecho con otra mujer.

Gracias a su empecinada voluntad de vivir, Akhesa se restableció con gran rapidez, ante la sorpresa de los médicos. Deseaba sobre todo ofrecerse a un marido tan generoso, arrastrarle a un torbellino de placeres que él apreciaba cada vez más. Cuanto más conocían sus cuerpos, más los utilizaban con un arte refinado que les llevaba a un éxtasis renovado sin cesar.

Tras haber hecho el amor en su alcoba de palacio, en una pérgola del jardín o en la umbría ribera del lago de recreo, hablaban. Poco a poco, Tutankamón iba despertando a la comprensión de los asuntos del Estado, se interesaba por su oficio de rey, se interrogaba sobre el modo en que debía ejercerlo en el futuro. En compañía de su esposa, estudiaba los documentos y los informes entregados cada día por su Primer ministro, el «divino padre» Ay. Se arriesgaba a formular críticas, ingenuas unas, y juiciosas otras.

Entonces comprendió Akhesa por qué los dioses le impedían tener un hijo. Debía consagrarse a Tutankamón y sólo a Tutankamón. Al rey le estaban reservados, exclusivamente, su belleza, su fuerza y su amor. Le ayudaría a reinar, a hacer que el faraón naciera en él. La invadió una extraña felicidad. La carga que pesaba sobre sus hombros desde su acceso al trono le pareció menos dura. El rey comenzaba a compartirla.

Tutankamón trabajaba. Descubría la inmensidad de su tarea. Alentado por Akhesa, decidió reducir sus insuficiencias. Los paseos en barca y por el campo duraban cada vez menos. Las veladas se prolongaban a la luz de las lámparas. El rey leyó, estudió, aprendió junto a su esposa.

Akhesa aguardó a que un incidente grave revelara las nuevas disposiciones de espíritu de aquel a quien ciertos miembros de la corte consideraban todavía un adolescente inmaduro.

Sucedió durante una audiencia matinal que el rey había concedido

a su Primer ministro, para examinar con él la situación en Asia. El «divino padre» Ay, incómodo, inició un largo discurso en el que evocaba la larga amistad existente entre el faraón y sus vasallos.

–¡Ya basta! – intervino el joven rey con una sequedad desacostumbrada que sorprendió al viejo cortesano.

–Me he explicado mal, Majestad, ¿deseáis que vuelva a…?

–Dejad de considerarme un ingenuo, divino padre. Vuestro trabajo no me satisface.

–¿No os satisface? Pero…

–Vuestra descripción de nuestra presencia militar en Asia es sólo una serie de frases convencionales, sin preocupación alguna por la realidad.

–He recogido las informaciones que me ha proporcionado el general Horemheb, Majestad, y…

–Eso es lo que os reprocho, «divino padre». El jefe de nuestra diplomacia, Hanis, me ha transmitido alarmantes informaciones sobre nuestro mejor amigo, el rey de Babilonia. No encuentro rastro de ellas en vuestro informe.

Akhesa seguía apasionadamente el desarrollo de la entrevista. Ella había confiado la misión a Hanis, arrancándole de su sopor de privilegiado. No había necesitado demasiado tiempo para descubrir una conspiración latente, que implicaba al babilonio y podía terminar en un cambio de alianzas.

–Hablad, divino padre -exigió Tutankamón-. ¿Me habéis ocultado acaso algún hecho importante que pone en peligro la seguridad de Egipto?

–No es tan grave, Majestad, sólo una carta que he preferido no mostraros.

–¡No sois vos quien debe dictarme mi conducta! Os habéis excedido en vuestras responsabilidades. Estoy muy descontento. Que me traigan inmediatamente esa carta. Y no volváis a dejar de mostrarme documentos de semejante importancia.

Impresionado por el vigor del tono, el «divino padre» ejecutó inmediatamente las órdenes.

Tutankamón se sentía muy contento.

Por décima vez, estaba leyéndole a Akhesa la carta que había escrito al rey de Babilonia, añadiéndole pequeños retoques.

–¿Estás orgullosa del faraón, Akhesa? ¿Qué piensas de su talento

diplomático?

–Debo admitir, Majestad, que os comportáis con notable inteligencia.

–No te burles de mí -imploró Tutankamón-. Ha sido idea tuya. Yo sólo he tenido que darle forma.

–No era tan sencillo. Sin una estricta educación de escriba, no lo habrías conseguido.

Rieron juntos, recordando la primera prueba literaria y científica que habían sufrido, obligados por el embajador Hanis a presentarse ante un jurado de viejos escribas implacables.

–¿Estás segura de que no he cometido errores? – se preocupó el rey.

Akhesa volvió a leer.

La misiva del rey de Babilonia, entregada por el «divino padre» Ay, era una larga letanía en términos apenas corteses. Se lamentaba de que sus vasallos asirios estaban cada vez más revueltos y pedía asistencia militar al faraón.

Tutankamón le respondía que semejante intervención era contraria a la política de paz practicada por Egipto desde hacía largos años. Añadía que una importante delegación asiría llegaría pronto a Tebas para fomentar las relaciones comerciales con las Dos Tierras. Estas negociaciones retrasarían el envío de los regalos prometidos al soberano babilonio.

–Perfecto -aprobó Akhesa-. La reacción no puede tardar.

–Es una maniobra peligrosa, ¿no crees?

–Los demás reyes deben respetarte. Y eso bien merece correr algún riesgo.

Tutankamón vivió angustiado durante dos semanas. Era el primer acto diplomático concebido por la joven pareja, que no había hecho caso alguno de la opinión de los diplomáticos de oficio.

Akhesa no desdeñó nada que pudiera atenuar el nerviosismo de su joven esposo: paseos en barca, caza en los cañaverales, enloquecidas carreras de carros por el desierto, encarnizadas partidas de senet, juegos amorosos… Tutankamón se vio arrastrado a un torbellino de placeres.

Hasta la mañana en la que el embajador Hanis llevó personalmente a palacio una tablilla de arcilla: la respuesta del rey de Babilonia. La leyó a la joven pareja, que permanecía sentada, dándose la mano, en

sitiales de travesaños.

–Toda la tierra rebosa de vuestra victoria, Majestad -dijo el embajador-. El rey de Babilonia os informa de que su salud es excelente. Saluda vuestro país, a vuestra esposa y a vuestra noble corte, así como a vuestros caballos y vuestros carros. Cuando sus padres y los vuestros trabaron entre sí vínculos de amistad -recordó-, intercambiaron numerosos y bellos presentes. ¿Por qué interrumpir esa costumbre? El rey de Babilonia está construyendo un templo. Necesita mucho oro. Que Vuestra Majestad exponga un deseo, y se verá enseguida satisfecho. Su amigo babilonio le enviará lo que pida. Combatiría enseguida contra quien emprendiese una acción hostil a Egipto. Por lo que se refiere a los asirios, sus vasallos, que Vuestra Majestad no les escuche. Que no puedan comprar nada en Egipto y se les haga marchar con las manos vacías. Para probaros su fidelidad, el rey de Babilonia hará que os traigan mucho lapislázuli y cinco tiros de caballos.

Akhesa resplandecía de alegría. Tutankamón permaneció perplejo.

–Confieso no advertir la importancia de esta victoria.

–Si recuerdo bien las lecciones del embajador Hanis -explicó Akhesa-, esta misiva significa que el rey de Babilonia se inclina ante la voluntad del faraón y le suplica humildemente que le considere un vasallo. Lo mismo harán los asirios. Y el prestigio del rey de Egipto deslumbrará a toda Asia.

–Vuestra Majestad fue mi alumna más aventajada -reconoció Hanis.

El Primer Profeta de Amón había reunido a sus cuatro colegas principales en una de las pequeñas y oscuras salas del templo de Karnak. El anciano tenía el aspecto todavía más arisco que de costumbre. Una antorcha iluminaba el local de piedra, de toscas paredes. Los cinco hombres, de los que ni uno solo tenía menos de sesenta años, se habían sentado en taburetes de tres pies. Con el rostro surcado por las arrugas y el cráneo afeitado, su aspecto era similar.

–La pareja real no se comporta como habíamos previsto -dijo el Segundo Profeta.

–No podían ser eternamente niños -observó el Tercer Profeta-. Os lo había advertido. Hoy comienzan a tomar conciencia de sus poderes. Mañana querrán ejercerlos plenamente. Y nosotros deberemos seguir callando…

–¡Ni hablar! – protestó el Primer Profeta-. Estoy convencido de que este faraón y su esposa permanecen fieles a la religión de Atón.

Aunque hayan cambiado su nombre para fingir que honran de nuevo a Amón, están haciendo comedia.

–Hay que esperar -recomendó el Segundo Profeta-. Se trata sólo de sospechas.

–¡Esperar y seguir esperando! – protestó el Tercer Profeta-. Es la peor de las soluciones. No, debemos intervenir.

El Cuarto y el Quinto Profeta aprobaron a sus colegas con un movimiento de cabeza.

–Tenemos que actuar, en efecto -consideró el Primer Profeta.

Se hizo un largo silencio. Cada uno de los cinco sacerdotes sabía que su decisión comprometería la suerte del imperio. Colmados de honores, no deseaban ninguno más. Querían preservar la gloria de Amón, pues sólo ella garantizaba la felicidad de Egipto.

–El rey debe ser apartado del poder -insinuó el Segundo Profeta,

–¿Cómo? – interrogó el Primer Profeta.

–Por todos los medios -respondió su colega-. Un soberano incapaz debe ser eliminado. Pone en peligro el país.

–¡La vida y la muerte están en manos de Dios! – asestó el Primer Profeta, sombrío-. No en las nuestras.

Un profundo malestar planeó sobre aquella reunión de hombres reputados por su sabiduría.

–Si la pareja regente fuera realmente fiel al dios de Tebas -insistió el Tercer Profeta-, acabaríamos hallando un terreno en el que entendernos. Pero Atón reside en sus corazones.

–No tenemos pruebas de ello -objetó el Primer Profeta.

–Pues bien, ¡obtengámoslas! – exigió su interlocutor-. Bastará con tenderles una trampa y fijarnos en su reacción. Luego, tomaremos una decisión irrevocable.

–¡Un mensajero de Nubia! ¡Hacedle entrar!

Tutankamón estaba loco de alegría ante la idea de recibir noticias de su amigo Huy. Rogó a Akhesa que se mantuviera a su lado para acoger al emisario del virrey de Nubia.

El hombre estaba agotado por el viaje. Comenzó haciendo el elogio de Huy, que velaba con celo por la extracción y la prosperidad del ganado. Trabajando empecinadamente, prometía al rey acrecentar su gloria en las provincias del Sur. Pronto se entregarían numerosos regalos a la corte de Egipto, especialmente ébano y caoba, que serían cargados en gran cantidad en barcos de transporte.

Al joven rey le costaba contener su excitación. ¡Huy le había hablado tanto de los tesoros de Nubia! ¿Por qué no podía contemplarlos ya? Akhesa permanecía extrañamente silenciosa. Se sentía intrigada por la evidente turbación del mensajero, un nubio de poderosos músculos.

–Vayamos a lo importante -exigió- y decidnos la verdadera razón de vuestra presencia en la corte.

El hombre inclinó la cabeza.

–Huy, el virrey de Nubia, considera un deber no ocultar nada a Su Majestad. Sólo la verdad brota de su boca. Por ello…, por ello tengo la misión de comunicaros que varios pueblos nubios acaban de rebelarse.

Akhesa se levantó, furiosa.

–¿Una rebelión? ¿Ha sido dominada?

El emisario mantuvo la cabeza gacha.

–Todavía no, Majestad. Robaron unos sacos de polvo de oro de un almacén y dos funcionarios resultaron heridos. Los rebeldes han sido identificados. Basta con detenerles para restablecer el orden.

–¡Basta! ¿Tan sencillo es? – se encolerizó la gran esposa real, inquieta.

–Huy no ahorra esfuerzos, Majestad.

–No lo dudo -intervino Tutankamón-. Id a reposar antes de volver a Nubia. Y volved pronto, trayéndonos excelentes noticias.

El mensajero se inclinó y desapareció.

Akhesa, dando la espalda a su marido, miraba por la ventana. Contemplaba la ciudad de Amón, admiraba las floridas terrazas, disfrutaba del sereno equilibrio de Tebas, la de las cien puertas, la dueña del mundo. Aquella sublime visión no calmó su ansiedad. Si Huy no lograba dominar la rebelión nubia, la autoridad de Tutankamón sería puesta en entredicho. Los sacerdotes de Amón aprovecharían la ocasión para intentar imponer un regente. Un regente que sólo podía ser el general Horemheb.

Los astrólogos habían anunciado que el verano sería canicular, y no se equivocaron. A Tutankamón le gustaba el calor, sobre todo porque le daba la oportunidad de disfrutar con frecuencia del placer de los paseos en barca, que a Akhesa le gustaban tanto como a él. Aquel día, tras haber celebrado el culto matinal, ambos habían partido en una especie de canoa. Tutankamón quería mostrar a su esposa que sabía manejar el remo largo, decorado con un ojo mágico.

Unos patos emprendieron el vuelo cuando se acercó al esquife. La luz matinal vestía de plata el fino rostro de Akhesa.

–Si supieras cómo te amo… -murmuró el rey.

Akhesa sonrió. Tutankamón había conseguido seducirla día a día. El amoroso entusiasmo del joven príncipe no había disminuido. Adquiriendo poco a poco la seguridad indispensable para practicar su oficio de rey, no había perdido la apasionada mirada que posaba con idéntico asombro en el cuerpo de su mujer. Tutankamón amaba con amor de hombre, profundo, grabando su fe en el corazón del otro.

–Eres rey -dijo Akhesa-, y soy tu gran esposa. Dios nos ha colmado con sus bondades. ¿Qué más pedirle?

–Que los días sucedan a las horas, Akhesa, que los meses sucedan a los días, los años a los meses y los siglos a los años… Y que nuestro amor viva por toda la eternidad.

Akhesa entreabrió los labios para responderle, cuando divisó una barca que se dirigía hacia ellos. A bordo, varios soldados remaban con vigor. Una vaga inquietud se apoderó de ella.

–¿Qué querrán de nosotros? – preguntó el rey.

–Lo ignoro.

Akhesa acababa de reconocer a Nakhtmin, de pie en la proa de la barca. El atraque fue brutal. El jefe del ejército no ocultaba su agitación.

–Traigo noticias muy graves -declaró jadeante.

Akhesa rechazó los platos que le proponía su sirvienta y la despidió con sequedad. Lo que el jefe del ejército le había comunicado la sumía en una profunda angustia. Tutankamón había intentado reconfortarla con tanta torpeza que le había despedido, prefiriendo permanecer sola para pensar en la decisión que debía adoptar.

Nakhtmin había recibido noticias de la ciudad del sol, abandonada desde hacía más de dos años por los dignatarios de la corte, los artesanos y los comerciantes. Los distintos barrios habían ido vaciándose. Ahora, sólo quedaban las fuerzas de policía encargadas de impedir que los beduinos degradaran los templos y saquearan las villas de los nobles.

Unas fuerzas de policía que habían demostrado ser muy ineficaces… Los saqueadores habían burlado su vigilancia, penetrado en la tumba real y profanado la última morada de Akenatón, de Nefertiti y de su segunda hija. Según el rumor transmitido por la sirvienta nubia, la momia del rey había sido gravemente dañada.

Salvada por los arqueros, era custodiada en el puesto fronterizo del sur. Horemheb había dado una orden monstruosa: ¡Destruidla!

Tutankamón, trastornado, había suplicado a Akhesa que no interviniera. Un decreto explícito con su sello sería suficiente para que el cuerpo de Akenatón fuera repatriado a Tebas y para encontrarle una tumba que le sirviera de morada para la eternidad.

Pero la gran esposa real conocía muy bien la pesada administración y el odio que los sacerdotes de Amón sentían por el rey herético. Los expedientes irían amontonándose y los despojos mortales se pudrirían en la soledad del olvido.

Akhesa tenía diecinueve años; Tutankamón diecisiete. Otros monarcas, a la misma edad, habían sabido gobernar Egipto sin dejarse influenciar por ninguna facción. Pero ¿podía una hija abandonar a su padre?

Nakhtmin, como jefe del ejército, pasaba más horas en su despacho del ministerio que en los campos de entrenamiento o en los cuarteles. Las tareas administrativas le pesaban. ¿Cómo escapar a ellas? Levantó un montón de papiros enrollados, lo sopesó y volvió a soltarlo, desalentado de antemano.

–Un trabajo excesivo perjudica la conciencia -profirió la voz grave del general Horemheb.

Nakhtmin se levantó.

–¿Vos? ¿Por qué razón…?

El rostro de Horemheb era grave, casi sombrío.

–¿Realmente lo ignoráis?

–¿He cometido alguna falta?

Horemheb, con mano desdeñosa, revolvió el montón de papiros.

–Demasiados expedientes, demasiado trabajo. No tenéis tiempo para controlarlo todo. Así se comienza a caer y decepcionar. No seréis el único que ha fracaso ocupando un puesto en exceso abrumador.

Nakhtmin apretó los labios. Horemheb intentaba hacerle perder su sangre fría.

–Si habéis venido para insultarme…

–¿Estáis informado de los acontecimientos que tienen lugar en el puesto fronterizo de la ciudad del sol? – interrumpió secamente Horemheb.

–Es una ciudad muerta. No ocurre nada.

–Desengañaos, Nakhtmin.

El joven jefe del ejército perdió su calma.

–Hago correctamente mi trabajo, general, y…

–Explicadme entonces la razón de ese decreto de Tutankamón.

Horemheb dejó el documento en la mesa de trabajo de Nakhtmin. Este último lo leyó rápidamente. El faraón pedía que se instalara una guarnición en el puesto fronterizo sur de la ciudad del sol, colocada bajo el mando directo del general. El procedimiento era sorprendente.

–¿Se os consultó? – preguntó Horemheb.

–En absoluto. ¿Y a vos?

Horemheb movió negativamente la cabeza.

Ambos hombres desconfiaban el uno del otro. Sospechaban, recíprocamente, que mentían.

–¿Qué pensáis hacer? – preguntó Nakhtmin.

–Tener en cuenta el decreto, claro. No intervendré. Y os aconsejo que me imitéis.

–¿Por qué?

–Porque creo que se trata de una trampa.

–¿Qué clase de trampa?

–Lo ignoro. Sabed que no soy su autor. Dejad que el rey conduzca a su guisa este asunto. Y ocupaos mejor de vuestros expedientes. Yo no solía retrasarme. ¡Que las divinidades del sueño os sean favorables!

Una vez Horemheb se hubo marchado, Nakhtmin no tardó en decidir que la visita no había tenido nada de amistosa. Pese a la hora tardía, se precipitó hacia el palacio real. El faraón se negó a recibirle y se limitó a darle una orden imperativa: permanecer en Tebas y velar por la seguridad de la ciudad.

Nakhtmin se sentía desamparado. Su educación colocaba la obediencia por encima de cualquier otra virtud. Sintiéndose incapaz de desentrañar los hilos de la intriga que se tejía ante sus ojos, permaneció fiel a su moral de soldado.

Tutankamón había cedido. El plan elaborado por Akhesa no dejaba resquicio alguno. El rey había emitido un sorprendente decreto. Todos esperarían que dejara Tebas a la cabeza de un regimiento para dirigirse a la ciudad del sol. Ésa era la trampa tendida por los sacerdotes de Tebas y Horemheb, que detendría en el camino al joven monarca y lo conduciría a la capital del dios Amón. Entonces

intentaría imponerle una regencia para controlar sus hechos y gestos.

Tutankamón no saldría de su palacio. Sus enemigos aguardarían en vano su partida, ignorando que Akhesa, su sirvienta nubia y algunos servidores habrían partido por la noche, en un barco de mercancías. La gran esposa real utilizaría el mismo procedimiento para transferir a Tebas los despojos mortales de su padre, Akenatón. Le ofrecería una morada de eternidad digna de él, y la haría vigilar día y noche.

El viaje de la reina fue rápido, gracias a un viento favorable, y se efectuó sin contratiempos. El barco mercante se cruzó con los bajeles de la policía marítima, que no le prestaron atención alguna. Cuando llegó a la vista de la ciudad del sol, Akhesa sintió una opresión en el corazón. No había olvidado los soleados templos, los floridos palacios, los gritos de un pueblo alegre aclamando al rey y la reina.

No quiso ver de nuevo las ruinas de un sueño. Por fortuna, el sol declinaba en el horizonte, dejando que las tinieblas invadieran la capital por la que sólo merodeaban ya las sombras. Cuando la gran esposa real se presentó en el puesto fronterizo del sur, la noche había caído.

La muchacha contaba sólo con su autoridad para obtener la obediencia de los arqueros. Evitaría un enfrentamiento sangriento con sus servidores, que no estaban preparados para combatir, e impondría su voluntad sucediera lo que sucediese. Haciendo acopio de energías, se sorprendió al encontrar sólo a dos arqueros dormidos. Dos veteranos de rígidas piernas, que ni siquiera tomaron sus armas.

–Soy la gran esposa real -declaró en un tono que hizo enseguida doblar el espinazo a los dos viejos soldados.

El admirable collar con tres vueltas de perlas, cornalina y lapislázuli que Akhesa llevaba al cuello revelaba su calidad.

–Depositaron aquí un sarcófago, ¿no es cierto?

–No -respondió uno de los veteranos con voz pastosa-. Sólo una caja medio podrida.

Akhesa entró en el puesto fronterizo. El local estaba ya deteriorado. El edificio, construido demasiado deprisa y mal conservado, no resistiría mucho tiempo el abandono. La reina cruzó estancias malolientes y descubrió la caja en un recinto donde se amontonaban arcos y flechas rotos.

¡La momia de un faraón había sido extraída de su tumba y abandonada en tan sórdido lugar! Tras haber destruido la obra de Akenatón, unos malvados más viles que hienas intentaban arrancarle su soporte de eternidad para que su alma errara eternamente por las

tinieblas del mundo inferior. Habían convertido su momia en un desecho.

Loca de rabia, Akhesa levantó la tapa de la caja.

Cerró los ojos, preparada para descubrir un horrible espectáculo.

Los abrió lentamente.

Vacía. La caja estaba vacía.

A espaldas de la gran esposa real resonaron unos pasos, los de un anciano que acompañaba su vacilante marcha golpeando el suelo con su bastón.

El Primer Profeta de Amón, sumo sacerdote de Karnak.

–Habéis cometido una grave falta, Majestad -afirmó con su voz cavernosa.

27

Los profetas de Amón se habían reunido de nuevo en una pequeña sala del templo de Karnak. Sus rostros eran sombríos.

–Yo estaba presente -indicó el Primer Profeta-. La gran esposa real Akhesa se sorprendió mucho al encontrarme allí, pero supo conservar su sangre fría.

–Eso la hace más peligrosa -observó el Segundo Profeta-. ¿Le revelasteis el destino que habíamos reservado al cadáver de su padre?

–Me obligó a ello. Al saberse en una trampa, estuvo a punto de agredirme. Sin demasiado respeto por mi edad y mi calidad de sumo sacerdote, me interrogó con la mayor impertinencia. Le dije que habíamos hecho transportar la momia de Akenatón a una tumba del Valle de los Reyes, donde estaría segura. Amón es tolerante. La locura de Akenatón se extinguió con él. ¿Por qué íbamos a perseguir a un cadáver?

–¿Quedó convencida? – se inquietó el Tercer Profeta.

–Eso creo… O lo fingió.

–¡No importa! – gritó el Segundo Profeta-. Ahora sabemos que la gran esposa real permanece fiel a la memoria de su padre y a su herejía.

–¿La habéis prevenido?

–Creí asustarla insistiendo en el error que había cometido al desvelar su auténtica naturaleza, que tan bien había creído ocultar bajo las vestiduras de una reina. Pero ni siquiera tembló.

–Eso decide su destino -dijo el Segundo Profeta-. Y el del joven rey que le está por completo sometido. Atón no ha muerto todavía. Lo aniquilaremos.

El general Horemheb trabajaba día y noche. Relegado a funciones subalternas que le impedían el ejercicio del poder, no dejaba de comportarse como jefe de las fuerzas armadas y de la administración. La mayoría de los escribas que ocupaban los puestos clave eran sus amigos o le debían algo. Ni un solo oficial, ni un solo soldado le había retirado su confianza. Aunque Tutankamón tuviera algunos partidarios influyentes, el partido del rey tenía muy poco peso frente al de Horemheb.

¿Por qué no se imponía como regente del reino, relegando al pálido Tutankamón a las profundidades de los aposentos reales, para zambullirse en el lujo y la pereza?

Obedecía a Tutankamón como había obedecido a Akenatón. Servir al rey le parecía un deber imperioso al que no podía sustraerse. Estaba también Akhesa… Akhesa, a la que habría debido apartar, combatir, destruir, y a la que preservaba eligiendo el inmovilismo. Un inmovilismo que sus partidarios comprendían cada vez menos.

Horemheb se había aislado en un pabellón umbrío, en el centro del jardín de su inmensa villa tebana. Sus secretarios le llevaban muchos papiros referentes a la economía del país. Por sí solo, el general reunía las competencias de varios ministros.

La mano fina y cuidada que le tendía un nuevo rollo sellado no pertenecía a uno de sus secretarios. Horemheb levantó la cabeza.

Akhesa, la gran esposa real, le miraba con ojos enfurecidos. Horemheb se levantó.

–Nadie os ha anunciado -se extrañó.

–Vuestro jardín está mal custodiado.

Akhesa iba vestida con una simple túnica de lino. Ninguna joya adornaba su admirable cuerpo.

–No comprendo la razón de tan extraña visita, Majestad.

–Dejad de burlaros de mí. ¿Por qué ordenasteis profanar la sepultura de mi padre y destruir su cuerpo? ¿Por qué perseguirle con tan implacable odio?

Horemheb palideció.

–No di orden alguna en ese sentido -afirmó con indignación-. Respeté al faraón, mi señor y le serví fielmente. Hoy obedezco a vuestro esposo, el rey legítimo. No hay acto alguno del que deba avergonzarme. Os han mentido. Semejante maquinación es sin duda obra del Primer Profeta de Amón. Intenta enfrentarnos, hacer creer al rey que conspiro contra él. Ésa es la verdad. Os lo juro por Imhotep, el sabio de los sabios.

La mirada del general Horemheb no vacilaba. La gran esposa real lo contempló largo rato, con una frialdad que le heló la sangre. Luego, se marchó lentamente por el jardín.

Horemheb, con la nuca apoyada contra un viejo sarmiento, recuperó con dificultad la respiración. Había tenido ante él a una verdadera reina de Egipto, una de esas apasionadas soberanas cuyo carácter se afirmaba con la práctica del poder.

El general tomaba conciencia de que su margen de maniobra era mucho más estrecho de lo que había imaginado. Los sacerdotes de Amón le habían utilizado como un peón cuando creía haberles sometido. Había cometido un acto de vanidad. La vida en la ciudad del sol le había hecho olvidar la malignidad de ciertos religiosos contra los que el difunto Akenatón había luchado acertadamente. El porvenir se ensombrecía. Al partido tebano le interesaba más destruir cualquier recuerdo del herético y expulsar a su hija del poder que instalar a Horemheb en el trono. El general tranquilizaba. Todos le sabían leal, decidido a preservar la integridad de Egipto. Y ese papel convenía tanto a la pareja real como a los sacerdotes de Karnak. ¿No habrían firmado aquellos feroces adversarios una alianza a sus expensas?

La vía que llevaba al trono se volvía cada vez más arriesgada. ¿No sería prudente renunciar, contentarse con una envidiable posición?

Pero estaba Akhesa. Su perfume de jazmín, que todavía flotaba en el aire, recordaba la presencia de aquel ser de fuego, un fuego en el que a Horemheb le gustaba consumirse.

La sirvienta nubia peinaba a Akhesa con la mayor delicadeza, tras haberle dado de beber leche y miel. La gran esposa real se contemplaba distraídamente en el espejo, demasiado preocupada por la pregunta que le obsesionaba: ¿había mentido Horemheb? No lograba forjarse una opinión.

–Vete -ordenó a la nubia-. Es la hora de mi lección.

El embajador Hanis, que aguardaba en la antecámara, fue introducido en el gabinete de trabajo de la gran esposa real. Como cada mañana, durante dos horas, le enseñó el hitita, el sirio y el

fenicio. Akhesa, dotada de excepcional memoria, aprendía deprisa. Pronto hablaría casi a la perfección varias lenguas extranjeras y las escribiría con facilidad.

Un clima de complicidad había nacido entre el profesor y la alumna. Disfrutaban por igual con aquel trabajo. Akhesa se vio pues muy sorprendida por el aparente mal humor del diplomático.

–¿Qué os sucede, Hanis?

–Me preocupo por vos, Majestad. ¿Os han dejado ver la momia de vuestro padre?

–Descansa en una pequeña tumba permanentemente custodiada.

–¿Ha recibido el rey noticias de Nubia?

–No. Le inquieta su amigo Huy, el virrey.

–Pues inquietaos por la suerte de nuestro país. Si el Sur se rebela, no habrá extracción de oro. Los sacerdotes carecerán del precioso metal para sus templos y harán al rey directamente responsable.

El embajador era lúcido. Resultaba inútil ocultarle la verdad. Tutankamón y Akhesa estaban a merced de la rebelión de las tribus negras.

La jornada era tórrida. El calor del verano reducía el trabajo en los campos a su más simple expresión. Los campesinos, desnudos, recogían las espigas maduras y doradas cortándolas con la ayuda de una hoz. Bebían cortos tragos de agua fresca de sus odres y se tomaban largos momentos de descanso a la sombra de un tamarindo o una acacia.

Sin temer los ardores del sol, Tutankamón había llevado a Akhesa a las alturas que dominaban «el Sublime de los Sublimes»[17], el templo construido por la reina Hatshepsut. Con la ayuda de un bastón, el joven rey se había abierto camino, asustando a las víboras que, incomodadas, se refugiaban bajo las rocas abrasadas por la implacable luz.

–¿Por qué subimos tan alto? – preguntó Akhesa con la boca seca.

–¡Prosigamos! ¡Casi hemos llegado!

Tutankamón se mostraba entusiasta, ignorando la fatiga. Raras veces Akhesa le había visto tan exaltado. Franquearon una profunda grieta y se detuvieron en un promontorio. La vista era tan admirable que contuvieron la respiración. Emergiendo de una cortina de árboles de incienso, entre los que se veían algunos laureles, las terrazas del

templo corrían hacia el acantilado que servía de muro de fondo al Sublime de los Sublimes. El arquitecto había hecho un pacto con la montaña, recreándola como un himno a la reina divinizada que vivía aquí por toda la eternidad.

–Te haré construir un santuario más hermoso que éste -prometió Tutankamón a su esposa-. Maya, mi Artífice, dirigirá en persona los trabajos.

La había tomado tiernamente por el talle. El templo de la reina-faraón, la belleza de sus jardines, el verde de la estrecha franja de cultivos entre el desierto y el Nilo… Era el Egipto amado por los dioses, la tierra sagrada que ocupaba el centro del universo. Akhesa experimentaba una formidable sensación de poder. Nunca había visto el país -su país-desde una altura tan elevada. Ningún esplendor podría comparársele.

–Encontré este lugar cuando era niño -explicó Tutankamón-. Me refugiaba aquí para escapar a las aburridas lecciones de protocolo.

–¿Y soportabas durante horas la intensidad del sol?

–No… Pasemos este espolón rocoso. Te enseñaré un paraíso.

Pegándose a la pared y avanzando con prudencia para no resbalar, los dos jóvenes progresaron unos metros antes de descubrir la entrada de una gruta. Tomando de la mano a Akhesa, Tutankamón entró primero.

Reinaba allí un maravilloso frescor. En el suelo, una alfombra de musgo. Brotando de la penumbra, se oía el delicioso ruido del agua corriendo con regularidad sobre la piedra.

–Una fuente de la diosa Hator -prosiguió Tutankamón-. Yo la descubrí. Nakhtmin dijo que sólo un rey tenía este don. Yo le creí.

Akhesa se sentía hechizada. Había abandonado los luminosos dominios del sol para penetrar en aquel universo secreto donde no se osaba levantar la voz, donde el cuerpo se relajaba, gozando de los mil indecibles placeres que le ofrecía la diosa oculta en el agua, brotando del océano de energía que rodeaba la tierra.

Ambos jóvenes se quitaron las túnicas, cubiertas de arena y polvo. Desnudos, se salpicaron como niños. La fuente era tan suave que Akhesa se tendió de espaldas en el lugar de donde manaba. El agua caía sobre sus pechos, corría por su vientre, inundaba lentamente sus muslos. Tutankamón la contempló, ebrio de felicidad. Agradecía a los dioses haberle dado a la más hermosa de las mujeres. Para conservarla, tenía que convertirse en un auténtico faraón.

Su infancia moría en aquella gruta donde había pasado tantas

horas soñando. Daba paso al amor, un amor enloquecido por la gran esposa real, cuyos ojos brillaban de deseo.

Se tendió sobre ella. Se amaron con pasión, bañados por el agua fresca de la diosa Hator.

A media noche, Tutankamón sufrió un incontenible acceso de tos. Sin embargo, la cena había sido ligera: cordero asado, puré de higos y uva. Sólo había bebido una copa de vino tinto, que le pareció algo amargo y le provocó una indisposición. Ésta se había acentuado, pese al vomitivo administrado por Akhesa.

Akhesa recordaba los dramáticos instantes en los que su esposo había escupido sangre. Le secó el sudor que perlaba su frente con un lienzo perfumado. Los médicos de palacio prepararon unas pociones, que sumieron al monarca en un profundo sueño.

Sola en la terraza superior de palacio, con los cabellos agitados por el viento de una cálida noche, la gran esposa real permitió que su mirada errara por la cima de la montaña tebana. Allí reinaba la diosa del silencio, que había acogido en su seno los gritos de amor de la pareja real. ¡Qué feliz la había hecho Tutankamón en el secreto de aquella gruta! ¿Por qué volvía a golpearla el destino? Era preciso ocultar su enfermedad a los cortesanos y al pueblo. Un faraón no debía manifestar debilidad alguna. El juramento prestado por los médicos enmudecería su boca. Pero ¿bastaría su ciencia para curar al señor de Egipto?

En el techo del gran templo de Amón-Ra de Karnak, el Primer Profeta, apoyado en su bastón, observaba el cielo en compañía de los astrólogos, que descifraban en las estrellas el destino del faraón. Desde el origen de las dinastías, tomaban nota del desplazamiento de los planetas y dividían el cielo en decanatos para comprender mejor sus leyes.

Hacía ya más de diez años que el Primer Profeta, que había recibido la enseñanza de los astrólogos como cualquier otro sacerdote, no había pasado una noche en su compañía. La presencia del personaje más poderoso de Karnak conmovió al más joven de ellos hasta hacerle perder su observación del «Horus rojo»[18].* El anciano reclamó las conclusiones de los sabios y les dio la orden de mantener en secreto lo que habían visto en las estrellas. Luego, les pidió que abandonaran el techo del templo y regresaran a sus modestos alojamientos en el interior del recinto sagrado.

El Primer Profeta necesitaba estar solo. Solo con los dioses. Le pesaban las decisiones que había tomado. Nunca había tenido la

sensación de intervenir directamente en los asuntos de Estado, de orientar el curso del destino de modo tan deliberado. Pero ¿le había dejado otra posibilidad la pareja real? ¿No era acaso también esclavo de una jerarquía que le dictaba su conducta? Akenatón no se había equivocado. Los sacerdotes podían ser los hombres más malvados. Él, que era su jefe supremo, se revelaba incapaz de transformarles. Pronto comparecería ante el tribunal de Osiris, y tendría que rendir cuentas al juez del más allá.

No temía aquel momento. Era demasiado anciano para resistirse a la voluntad divina, que le había llevado a levantarse contra la gran esposa real. ¿No había cometido Akhesa una locura permaneciendo fiel a la memoria de su padre? ¿No tenía él la obligación de destruir a los enemigos de Amón, del dios que forjaba la grandeza de Egipto?

En la claridad lunar destacaban las fachadas de los templos y las columnatas, cubiertas de relieves que mostraban al faraón en postura de adoración ante las divinidades. Aquí todo era serenidad, sin duda porque los hombres callaban y pasaban como sombras bajo los pórticos, donde sólo los signos sagrados, los jeroglíficos grabados en la piedra de eternidad, dejaban oír su voz secreta.

«Demasiado tarde -pensó el Primer Profeta-. Demasiado tarde para retroceder.»

Akhesa había velado a su marido durante toda la noche. Tutankamón estaba sumido en una especie de letargo. No aceptaría que muriese. Había colocado sobre su corazón un escarabeo con frases extraídas del «Libro para salir de la enfermedad». El texto garantizaba una feliz evolución de la enfermedad. El corazón del rey permanecería en su pecho, no sería arrancado por las potencias demoníacas.

Akhesa se sentía animada por tan feroz energía, que vencería a los demonios que se habían introducido en la sangre de Tutankamón. Había luchado contra ellos durante las peligrosas horas en las que el sol atravesaba las regiones tenebrosas pobladas de dunas, entre las que se deslizaba una gigantesca serpiente que pretendía tragarse la luz. A cada inicio de hora, Akhesa había clavado un cuchillo en un reptil de cera, para arrojarlo después a las llamas de un brasero.

Cuando un fulgor rojo, débil todavía, desgarró el velo que cubría la montaña tebana, Akhesa comprendió que el nuevo sol salía del lado de las llamas tras haber triunfado sobre el dragón. También el rey había vencido a la nada. Su respiración era muy tranquila. Su rostro había recuperado el color. Agotada, Akhesa se había dejado vencer por el sueño.

Pero su descanso no había durado demasiado. Con los cabellos

sueltos y los ojos extraviados, su sirvienta nubia la había despertado a gritos.

–¡Señora! ¡Es horrible, horrible! Hay que ir enseguida… ¡Enseguida!

–¿Adónde? ¡Explícate!

–Al valle de las tumbas… Se han atrevido…

Akhesa había apelado a Nakhtmin, que, poniéndose a la cabeza de una escolta, la condujo hasta la entrada del árido valle que se abría al pie de la cima tebana. Allí estaban enterrados los poderosos soberanos que habían forjado la gloria de Tebas. En aquellos lugares desolados, abrasados por un sol implacable, reinaba por lo común un espeso silencio. El apiñamiento de hombres de armas, que gritaban con fuerza y corrían de un lado a otro a la entrada del Valle de los Reyes, era por ello más incongruente todavía.

Dando breves pero imperiosas órdenes, Nakhtmin restableció en pocos minutos la calma. Los guardas regresaron a su puesto, unos sobre los promontorios, otros en las grietas naturales de las rocas. La gran esposa real avanzó por el estrecho sendero que conducía al corazón de la necrópolis, pasando ante tumbas cerradas. En el umbral de una de ellas, tres artesanos preparaban yeso machacándolo con ayuda de un pilón. Serviría para cubrir la superficie de una sala que iba a ser decorada con pinturas y columnas de jeroglíficos. Los hombres apenas levantaron los ojos hacia la reina, repitiendo sus gestos con lentitud y precisión.

Akhesa caminaba deprisa hacia el lugar donde se levantaba una negra humareda. Hasta aquel instante se había negado a creer la información transmitida por la sirvienta. Al acercarse a la tumba donde había sido depositada la momia de Akenatón, tuvo que aceptar la espantosa realidad.

La sepultura había sido incendiada.

La investigación duró varios días. Akhesa leyó con atención los detallados informes que le proporcionaba Nakhtmin, encargado de coordinar los interrogatorios de los testigos. El drama se había producido durante la noche. Ninguno de los artesanos de la cofradía de Deir el-Medineh era formalmente acusado. Uno de ellos, negligente, había debido de olvidar una antorcha encendida. Las llamas se habían extendido por la tumba, destruyendo la momia del faraón herético.

Enloquecida por la furia, Akhesa arrojó los documentos al suelo. La creían una retrasada mental. Los artesanos, la mayoría de cuyos

secretos conocía desde su iniciación en la cofradía, utilizaban mechas especiales que no desprendían humo alguno. Considerados como productos muy caros, eran recogidas y controladas cuidadosamente al final de cada jornada de trabajo.

Tenía la seguridad de que se trataba de un incendio criminal. ¿Y quién, si no el Primer Profeta de Amón, era lo bastante cruel como para encarnizarse así con el cuerpo de un enemigo desaparecido? ¿Quién habría deseado la aniquilación del faraón, cuya alma, privada del soporte de la momia, no volvería ya nunca más a la tierra?

Akhesa había esperado que el cuerpo de Akenatón permaneciera vivo gracias a la magia del culto funerario, y que brillara como una estrella imperecedera capaz de guiar, durante mucho tiempo todavía, a los adoradores del sol de la verdad.

Había pecado de ingenuidad. Akenatón seguía siendo peligroso para los sacerdotes de Amón. Habían elegido la solución más implacable, cortando el último vínculo existente entre Akhesa y su padre. Condenada a callar su fe y a vivir en soledad, la gran esposa real sintió que le arrebataban su voluntad de combatir. Perder a su padre por segunda vez aniquilaba su esperanza de ver renacer un Egipto liberado de traidores y cobardes. Sin él, sin la presencia de su cuerpo de luz velando por el país desde las tinieblas de la tumba, no tendría ya la fuerza de luchar contra una jerarquía de sacerdotes con mil ojos y mil oídos.

La gran esposa real salió de palacio para dar unos pasos por el jardín colgante, indiferente a los suaves aromas y los encantadores colores de los macizos de flores. Con la mente en blanco, atravesada por rotos recuerdos, avanzaba trabajosamente.

Levantando los ojos al sol, lloró.

El rey Tutankamón, muy débil todavía, asediaba en vano los aposentos de su esposa. Akhesa no recibía a nadie, ni siquiera a él. Comprendiendo su pena, no por ello dejaba de estar impaciente por verla de nuevo. Verse privado de su presencia le reducía a la inactividad. Despidiendo a sus consejeros, Tutankamón escribió una larga carta, intentando convencer a su esposa de que, juntos, serían más fuertes para afrontar la adversidad. Apelaba al amor, a su amor, como la única fuerza capaz de orientar el destino en su favor. La sirvienta nubia la llevó a su señora, pero Akhesa permaneció muda.

Caída la noche, Tutankamón se adormeció. Con los miembros doloridos, se sumió en un sueño poblado de atormentadas pesadillas, en las que demonios con cabezas de asno y de liebre intentaban degollarle con la ayuda de inmensos cuchillos chorreantes de sangre.

Uno de ellos, tuerto y con una sola pierna, le cogió por el hombro. El contacto de sus helados dedos le despertó sobresaltado.

Tutankamón abrió unos ojos enloquecidos. Ante él estaba su amigo Huy, con el rostro grave, de vuelta por fin de la rebelde Nubia.

28

Todos los cortesanos de Tebas habían acudido de madrugada al palacio real. Corrían unos rumores descabellados que anunciaban la marcha del rey al gran Sur, la muerte súbita de la gran esposa real, el regreso a Egipto del cadáver torturado del virrey de Nubia, Huy, y otros diez acontecimientos trágicos que sumían en la angustia a la dinastía reinante. El Primer Profeta de Amón y sus acólitos también se habían desplazado. El anciano, ante el que se habían inclinado los guardias de la sala de audiencias, encargados de ejercer un severo control sobre los recién llegados, se había sentado en un sillón dorado, al pie de los peldaños del estrado en el que habían instalado dos tronos.

Los murmullos se apagaron cuando, precedidos por un maestro de ceremonias que manejaba un largo bastón, aparecieron el rey y la reina.

El monarca llevaba la corona azul y sostenía en la mano derecha el cetro del pastor, que reunía a su pueblo. El maquillaje cubría su pálida tez.

Ante la estupefacción de la corte, Akhesa había renunciado al sabio maquillaje que tan de relieve ponía su rostro. Vestida con una larga túnica plisada de lino, con los cabellos echados hacia atrás y sujetos con una diadema, parecía indiferente, casi ausente. A la resplandeciente muchacha le había sucedido una mujer herida que soportaba una carga demasiado pesada para sus hombros.

Las suposiciones se confirmaban: Akhesa no sobreviviría por mucho tiempo a la destrucción de la momia de su padre. Pronto, otra esposa real se sentaría junto a Tutankamón. Ambos lados de la sala de audiencias estaban llenos. A una señal del faraón, los guardias abrieron la puerta de dos batientes. Un nubio conduciendo a una pequeña jirafa sujeta con una correa, otros dos llevando bueyes enanos, y unos cuantos más llevando escudos de madera cubiertos de pieles de leopardo o antílope, parasoles, jarras repletas de oro y jaspe, taburetes plegables y colmillos de elefante, arrancaron exclamaciones

de admiración. Los negros daban pruebas de una notable elegancia: corta peluca en la que se había hincado una pluma de avestruz, finos collares de oro, vestidos de cortas mangas con un ahuecado lazo en la cintura.

Cuando los regalos fueron depositados a los pies de la pareja real, la procesión terminó. Entonces entró el virrey de Nubia, Huy, con aspecto marcial y alta la frente. Caminó lentamente, sintiendo clavadas en él las inquietas miradas de la corte. ¿Aquella presentación de tributos no habría sido organizada para atenuar la gravedad de las noticias que Huy portaba?

El virrey se inclinó ante sus dos soberanos.

–El faraón ha vencido al asiático y al negro -declaró con voz fuerte-. El rey es un guerrero invencible, un poderoso león que ignora la derrota. Al faraón, mi señor, tengo la alegría de comunicarle que la rebelión de las tribus nubias ha sido dominada. La provincia está en calma. Incluso han venido los jefes de clan con sus esposas y sus hijos para celebrar la grandeza de Egipto. No faltará el oro. Continuará adornando los muros de los templos y las estatuas de los dioses.

Las aclamaciones saludaron las palabras del virrey de Nubia. Tutankamón se levantó, bajó del estrado y puso tres pesados collares de oro en el cuello de su fiel amigo. Bailaron unos niños negros agitando ramas de palmera, mientras resonaban los sones de las matracas. El regocijo se apoderó de todo el palacio, llegó luego a las calles vecinas, a los barrios populares y a los muelles donde atracaban numerosos barcos de los que descargaban, cantando, jaulas que contenían panteras, cajas llenas de especies y sacos de oro. No sólo triunfaba Huy, sino también, y sobre todo, Tutankamón. Su ejército acababa de obtener un primer éxito significativo, probando que el dios Amón extendía su protección sobre el monarca. El rey ofrecía al templo de Karnak montones del preciado oro que tanto les gustaba a los sacerdotes.

Tutankamón afirmaba su capacidad de reinar. Se convertía en el faraón.

El general Horemheb dejó tras de sí su largo séquito de servidores para entrar en la parte secreta del templo de Karnak. Recibido por un joven sacerdote de cráneo rapado, cruzó una sala de columnas en la que unas pequeñas aberturas, practicadas en las losas del techo, creaban haces de luz que iluminaban escenas de ofrenda. Una tranquilizadora paz reinaba en aquellos lugares de silencio y meditación. Como todo egipcio de alto rango, Horemheb llevaba a cabo todos los años un retiro en el lugar sagrado. Dejaba el mundo, olvidaba lo cotidiano y se sumergía en lo sagrado, purificando así su

mirada. Ningún hombre influyente tenía derecho a permanecer demasiado tiempo en lo temporal. Sólo un contacto directo con lo divino devolvía un juicio justo.

A Horemheb le gustaban esos períodos de aislamiento. Por lo común, obtenía en ellos un equilibrio sereno, el desprendimiento necesario para llevar a buen puerto sus proyectos. Pero esta vez, su espíritu estaba demasiado preocupado para disfrutar de la secreta armonía de aquellas piedras indiferentes a las querellas humanas.

El general se detuvo ante la sala del tesoro, donde trabajaban dos artesanos cincelando jeroglíficos sobre jarrones de oro. Un tercero se entregaba a una delicada operación, consistente en preparar una soldadura, mezcla de oro, plata y cobre. Tales especialistas salían raras veces del recinto sagrado, ocupados en fabricar obras maestras de orfebrería para el dios Amón. El general les dedicó una mirada de envidia. Ellos no conocían la angustia ni la ambición. Eran sin duda inconscientes de su felicidad. Repitiendo los mismos gestos, día tras día, mes tras mes, año tras año, llegaban a la perfección. Lo que creaban, les creaba. Horemheb había conocido, antes de su educación de escriba, las trascendentes alegrías del trabajo manual. Ignoraba entonces que algún día le parecerían un lujo inaccesible.

Al general le gustaba vivir en una pequeña casa de tres habitaciones a orillas del lago sagrado donde, en compañía de los sacerdotes, se purificaba al alba. Rechazando la presencia de cualquier servidor, Horemheb pasaba el día leyendo y releyendo textos religiosos, o paseando por las salas de los templos para descifrar los rituales inscritos en los muros. Fuera de su época, fuera del tiempo de los hombres, revivía el origen del mundo en compañía de los dioses y las diosas cuyas representaciones se animaban ante sus ojos. Se llenaba el pecho con el aliento del Egipto ritual, sobre el que se había fundado la civilización más poderosa del mundo.

En el umbral de la mansión reservada al general Horemheb estaba sentado un anciano, con la mirada perdida en el cielo. Reconociendo al Primer Profeta, Horemheb supo que debía renunciar al apacible retiro que esperaba.

Ambos hombres se saludaron y, a continuación, entraron en la estancia principal de austero mobiliario. El anciano permaneció de pie, apoyado en su bastón. Horemheb se sentó en un taburete de tres pies, sin perder de vista a su interlocutor. Al general, esta improvisada entrevista le pareció una trampa. Sólo sentía por el Primer Profeta una estima glacial, sabiéndole retorcido y obstinado.

–No temáis nada -recomendó el anciano-. Este encuentro no es muy protocolario, lo confieso… Pero, a veces, hay que olvidar la

rigidez de la etiqueta, ¿no os parece?

–Karnak es vuestro reino -respondió Horemheb-. Hacéis en él lo que os place.

El Primer Profeta dejó escapar un profundo suspiro.

–En modo alguno, general. Soy el servidor del dios Amón y debo ejecutar su voluntad en esta tierra. Poco importan mis gustos y mis preferencias. Amón ha convertido a Egipto en un país rico y victorioso. No quiero que esta prosperidad sea aniquilada por las locuras de un monarca incompetente. Estamos al borde del abismo. Sois consciente de ello.

–Es cierto -reconoció Horemheb-, pero soy el servidor del faraón. Lo que yo pienso no tiene valor alguno. Mi papel consiste en obedecer las órdenes que recibo.

–¿Y si ya no las recibís? ¿Si os han apartado de toda decisión importante?

Horemheb no halló ninguna respuesta convincente.

–Si es así, vendré a instalarme en este templo para vestir el hábito de los sacerdotes y alejarme de un mundo que se ha vuelto hostil.

Una desdeñosa sonrisa animó el arrugado rostro del Primer Profeta.

–¡No os mintáis a vos mismo, general! Habéis nacido para el poder. La ambición os perseguirá vayáis a donde vayáis. Aunque os aislarais en las profundidades del desierto de oriente, allí iría a buscaros. Tenéis madera de rey. ¿Por qué renunciar a tan sublime función?

Horemheb se estremeció. El anciano leía en su pensamiento.

–No tengo que renunciar ni exigir nada. Una joven pareja ha subido al trono. ¿Por qué interrogarnos sobre el porvenir?

–Porque está en nuestras manos. En las vuestras y en las mías, pero no en las unas sin las otras. General, el consejo de los Profetas se ha reunido y ha decidido ayudaros a reconquistar la posición que habéis perdido, en espera de algo mejor, mucho mejor…

–¿Por qué tanta solicitud? ¿Qué esperáis de mí a cambio?

–Me gustan esas preguntas -indicó el anciano-. Demuestran que sois el hombre adecuado. Tutankamón es un rey débil de frágil inteligencia. Podríamos, sin embargo, convertirle en un aliado si no tuviera un irremediable defecto: haberse enamorado de una herética.

Horemheb se sobresaltó.

–¿La gran esposa real? ¿Acaso no ha mostrado su fidelidad a

Amón?

–Esa mujer es tan ambiciosa como vos, general, pero domina un arma que vos manejáis mal: la doblez. Sin embargo, he conseguido atraparla en su propio juego. Simple falta de experiencia por su parte… Aprende deprisa, muy deprisa. Pronto habrá adquirido tal autoridad que me será casi imposible combatirla.

–¿Por qué tanto encarnizamiento? – se extrañó Horemheb-. ¿Qué le reprocháis a Akhesa?

–Querer prolongar la maléfica obra de su padre -respondió el Primer Profeta con gravedad-. Cuando haya averiguado todos los secretos del gobierno de Egipto, dirigirá sus golpes contra los sacerdotes de Amón y hará renacer la religión de Atón. La herejía invadirá de nuevo nuestro país y lo condenará a una definitiva decadencia. Ni vos ni yo tenemos derecho a aceptarlo. Nos convertiríamos en cobardes a los ojos de Amón.

El Primer Profeta de Amón tenía razón. Horemheb había llegado a las mismas conclusiones, pero entrar en conflicto abierto con Akhesa significaba perderla para siempre.

–No tenéis elección -añadió el anciano-. Aliando nuestra experiencia, podremos devolver a Egipto al buen camino. El dios supremo os invita a ofrecerle vuestro brazo, general. ¿Aceptáis?

La mirada del Primer Profeta se hizo más glacial todavía. Ni siquiera intentaba convencer a su interlocutor. Le anunciaba, del modo más directo, que el combate sería implacable.

¿Tenía que renunciar a Egipto o renunciar a Akhesa? ¿Tenía que rechazar el amor de una mujer por el de un imperio? Huir hoy era odiarse mañana, perderlo todo.

–¿Cuál es vuestra estrategia? – preguntó el general Horemheb al Primer Profeta de Amón.

Tras muchas vacilaciones, Tutankamón había tomado la decisión de forzar la puerta de su esposa. Ya no soportaba su ausencia.

La encontró tendida en el lecho, con los brazos a lo largo del cuerpo, como muerta. Loco de inquietud, le tomó la mano derecha y la besó largo tiempo.

–Tu padre está lejos -dijo-. Vive para mí. Vive para nosotros. Así será preservada su memoria. Si renuncias a luchar, los sacerdotes de Amón serán omnipotentes.

Tutankamón había hablado demasiado deprisa. Sus palabras se habían entremezclado. Había renunciado a gritar su amor para evocar

otra pasión, la del poder.

Akhesa volvió la cabeza hacia su esposo.

Sus ojos estaban llenos de tristeza.

–Mi padre combatió a los sacerdotes y fracasó. Tampoco nosotros venceremos.

Tutankamón posó la cabeza en el vientre de Akhesa.

–¡Tú serás más prudente y más fuerte! Y yo estaré a tu lado…

Había conseguido arrancarle una sonrisa enternecida.

–Vamos a salir de Tebas, Akhesa. Nuestro pueblo aguarda la crecida. Debemos ofrecérsela.

Akhesa se levantó y se dirigió a la ventana de la alcoba. Un rayo de sol la aureoló, desvelando su cuerpo bajo la fina túnica de lino.

–Estoy lista, rey mío.

Akhesa y Tutankamón salieron de palacio en silla de mano, acompañados por una reducida escolta. El paseo comenzó a primeras horas del día para evitar los ardores del sol. El primer dignatario que les recibió fue un terrateniente que reinaba sobre gran cantidad de campos y rebaños. Comenzaba el recuento, cuando la pareja real llegó junto a la mesa de madera colocada en un palmeral.

El terrateniente se prosternó ante el faraón, alabando al cielo por haberle concedido la insigne gracia de verle. Escribas y trabajadores agrícolas lanzaron gritos de alegría, sabiendo que aquella visita suponía un día de descanso suplementario.

Ante la mesa había un hombre tendido boca abajo en el suelo. Dos escribas, con el bastón en la mano, se disponían a apalearlo.

–¿De qué crimen es culpable? – preguntó Akhesa.

–Ha desplazado un mojón y falseado el catastro, Majestad. El hecho es grave. La falta exige un severo castigo, unos buenos bastonazos.

–Que se perdone a este hombre -exigió la gran esposa real-, y que lo dejen libre. Pero si comete una nueva falta, se le agravará la pena y se le aplicará enseguida.

Atónito y con los ojos llenos de agradecimiento, el campesino corrió hacia Akhesa, que acababa de bajar de la silla de mano, y le besó los pies.

–Guiadnos -pidió al terrateniente la gran esposa real-. Quiero conocer mejor vuestras tierras y a vuestra gente.

Halagado por el inmenso honor que se le concedía, el propietario realizó su tarea con comunicativo entusiasmo. Evocó las tres estaciones del año egipcio: la de la salida, cuando la naturaleza emergía de las aguas de la inundación, que comenzaba a retirarse; la de la sequía, cuando las tierras, sembradas de luz y riego, producían abundantes cosechas; y, por fin, la de la inundación, que todos esperaban con una impaciencia teñida de angustia. ¿Sería la crecida demasiado violenta, o insuficiente? ¿Llegaría en el buen momento? ¿Tendría el faraón influencia bastante sobre el dios Nilo para convencerle de que se mostrara generoso con los humanos?

En aquel mes de estío, a pocos días, pocas horas tal vez, del ascenso de las aguas, la crecida ocupaba todas las conversaciones. El río estaba en su nivel más bajo. En todas partes, la tierra estaba agrietada, casi moribunda.

Akhesa recuperaba el valor. La campiña egipcia la revivificaba. Los alegres gritos de los niños, a su paso, le devolvían el gusto de la felicidad.

La pareja real y el terrateniente se detuvieron a la orilla del Nilo. En un islote herboso descansaba un cocodrilo.

–El rey Tutankamón producirá una abundante crecida -afirmó Akhesa-. Las riberas reverdecerán y florecerá la campiña. Las cosechas llenarán los graneros. Se danzará en las eras y el nombre del rey será aclamado.

El rey y la reina se habían dirigido a Asuán, a la isla del inicio del mundo donde se había excavado la gruta de la que brotaba el Nilo. El dios carnero mantenía las aguas bajo sus sandalias. Cuando levantaba el pie, liberaba el río. Era necesario también que se le dirigieran justas plegarias y se le ofreciera una cantidad suficiente de ofrendas. En caso contrario, la crecida no se produciría y Egipto padecería hambre.

Un buen rey ofrecía al país una buena crecida. Dios y hombre a la vez, debía ser capaz de hacer fértil la tierra. Eso era lo que enseñaban los sabios y lo que sabía el pueblo.

Tutankamón temblaba. Le costaba controlar su nerviosismo. A su lado, Akhesa no parecía impresionada en absoluto por la presencia de una cohorte de cortesanos y de todo el clero del dios carnero. El faraón se jugaba el trono queriendo demostrar la magnitud de sus poderes mágicos. Si fracasaba, sólo podría encerrarse en su palacio y renunciar al poder.

Akhesa tendió a su marido un rollo de papiro en el que estaban inscritas las plegarias al Nilo. Desde lo alto del promontorio donde se encontraba, el rey arrojó al río el texto sagrado, confiando en que el

alimento bastara al dios Nilo. Lanzado por una mano vacilante, el volumen chocó contra una roca saliente, rebotó en la abrupta pendiente y se hundió, por fin, en un remolino que se había formado en el lugar preciso donde la tradición situaba la fuente del Nilo.

Akhesa rogó en silencio. Invocó a Atón, suplicándole que concediera el éxito a Tutankamón. Ahora, era preciso esperar. Tal vez durante horas, tal vez hasta que finalizara el día. Tutankamón se veía doblado, vencido, volviendo a la barca real bajo el acusador brillo de la luna. La luna… Ella, aunque fuera invisible en el azul del cielo, debía producir hoy mismo la crecida de las aguas. Pero los astrólogos se habían equivocado otras veces…

Akhesa temía que el faraón, abrumado por el calor y la fatiga, fuese víctima de una nueva indisposición. El peso de la corona y de los cetros podía resultarle insoportable. Los oficiales presentes en la ceremonia acechaban el término de la prueba. Serían tan implacables en caso de fracaso como laudatorios si obtenía el éxito. La gran esposa real no esperaba ninguna compasión de su parte y no buscaba excusa alguna. Reinar no admitía debilidades. Si Atón no la satisfacía, si no confraternizaba con ella, su gran designio sería sólo utópico.

A excepción del pequeño remolino que disminuía de intensidad, el Nilo, de un delicado color azul, permanecía desesperadamente tranquilo. Tutankamón tenía la mirada fija. Sus piernas vacilaban. Akhesa lo tomó del brazo, ayudándole a conservar el equilibrio. Cuando sintió el contacto de su piel, el rey extrajo del fondo de sí mismo una postrera energía. No le importaba convertirse en un gran monarca. Quería vivir y vencer para permanecer junto a la mujer que amaba. El mango del cetro de oro le abrasaba la mano.

De pronto, el agua del río se enturbió y el azul se tiñó de rojo oscuro. El limo procedente de la lejana África llegaba a Egipto. Y el río creció y creció, saludado por las aclamaciones de los sacerdotes.

El Nilo, cual un muchacho saltarín lleno de deseo por la tierra de Egipto, que fecundaba durante sus bodas de luz y calor, cubría poco a poco las campiñas. Una vez más, los astrólogos habían descifrado en el cielo el mensaje de la estrella Sothis, que anunciaba la canícula y la crecida de las aguas que alcanzarían su nivel más alto durante el mes de septiembre. La estrecha faja verdeante del Valle, fértil banda que se abría trabajosamente camino entre dos desiertos, se convertía en un lago del que sólo emergían ciudades y pueblos, construidos sobre colinas.

Era el tiempo del descanso. Mientras el divino río depositaba su limo fertilizador en el suelo, los humanos iban en barca de una aglomeración a otra, visitaban a lejanos amigos, organizaban fiestas y

justas náuticas.

Era el tiempo que Tutankamón había elegido para hacer olvidar a Akhesa el drama que le había desgarrado el corazón y las preocupaciones de la corte. Tras su triunfo en Asuán, donde había demostrado que detentaba el más fabuloso de los poderes mágicos, el de provocar la crecida, el joven rey disfrutaba de una popularidad que iba en aumento. Bajo la cortesía convencional de los dignatarios, sentía que despertaba cierta admiración. La hazaña, ampliamente difundida entre los jefes de las provincias por los correos reales, le había valido un auténtico reconocimiento. Múltiples indicios anunciaban que aquella crecida sería una de las más benéficas que nunca hubieran conocido las Dos Tierras. Los redactores de los Anales preveían que el reinado de Tutankamón sería glorioso. El monarca se sentía orgulloso de sí mismo.

Akhesa salió poco a poco de un período de abatimiento demasiado largo. Experimentaba la maravillosa sensación de ver su país por primera vez. Vivía desde el interior la potencia del río, se identificaba con aquel paisaje alimentado por una vida oculta, se inflamaba de apasionado amor por ese pueblo que vivía de sol y de agua.

La nave real, unas veces empujada por el viento y otras movida por una veintena de remeros que cantaban para mantener la cadencia, se deslizaba por la inmensa extensión líquida. Barcas de pesca, transbordadores, y barcazas cargadas de piedras o de alimento se cruzaban sin cesar con él en una intensa circulación. Un concierto de aclamaciones se sumaban a las de los lugareños agrupados en las colinas que emergían, para saludar a la pareja real.

La proa estaba adornada con un ojo que, descubriendo el menor impedimento, aseguraba al barco del faraón un apacible viaje. A tan eficaz magia se añadía la experiencia del marino que, con ayuda de su pértiga, sondaba regularmente el río.

Como respondiendo al deseo de Akhesa, el soplo del norte hinchó la vela rectangular, fijada a una verga que se izaba por medio de una driza. El hombre de popa cambió la inclinación del largo remo gobernalle. La velocidad aumentó enseguida. En la cocina, instalada a proa, se apresuraron a asar la carne de cordero y a servir cerveza fresca.

Akhesa y Tutankamón regresaron a su cabina, levantada en medio del barco. El gran paño blanco que servía de techo había sido plegado. El sol penetraba a oleadas en la confortable estancia, amueblada con sitiales, cofres de madera y recargados almohadones. La gran esposa real se arrodilló, manteniendo erguido el busto.

–Voy a pedir a un criado que nos haga sombra -dijo el rey.

–No -protestó Akhesa-. Siéntate en tu trono y dame de beber.

Se volvió hacia él con suprema elegancia y le ofreció una copa de oro en la que escanció agua fresca. Con los ojos, Tutankamón saboreaba el espléndido cuerpo de Akhesa. Su vestido transparente, anudado bajo los pechos, dejaba adivinar su vientre.

–¿Conoces ese poema que se enseña a las muchachas de palacio? –preguntó con una voz cantarína que tanto se parecía a la de Nefertiti-. «Soy tuya, amor mío, como un verdeante jardín donde han sembrado flores de dulces perfumes. Cuando tu mano se posa en mí, me estremezco de felicidad. Soy el canal de tu deseo. Deja que tu corazón salte hacia mí.»

Akhesa dejó la copa. Tutankamón se arrodilló a su vez, besando el cuello de la reina. Se abrazaron, bañados por el sol de estío.

La estación de la crecida fue hechizadora. El rey y la reina se permitieron el lujo de pasear y permanecer en un lugar u otro, siguiendo su fantasía, de hacerse el amor durante horas respondiendo a la menor llamada de su deseo, lejos de los expedientes políticos, las entrevistas con los ministros y los consejos del «divino padre» Ay. Aprovecharon a manos llenas una juventud que la realeza les robaba.

La euforia duró hasta la mañana en que su barco atracó en el embarcadero de Khemenu[19],* la ciudad santa del dios Thot.

29

El rey y la reina visitaron con curiosidad la fábrica de papiro cuyos edificios se extendían a lo largo de la orilla, no lejos de la necrópolis donde estaban enterrados los grandes sacerdotes de Thot. La ilustre ciudad del dios de los escribas quedaba bastante cerca de la ciudad del sol, pero Akhesa, pese a la invitación de Tutankamón, se negó a detenerse. No quería verla nunca más. La capital que ella construiría ocuparía, como la de su padre, un paraje que el pie del hombre no hubiera hollado jamás.

Tallos de umbelíferas, algunos de los cuales superaban los seis metros, habían sido cuidadosamente cortados en las marismas donde crecían verdaderos bosques de papiros. El abundante material se transportaba en barca y se entregaba a obreros especializados. Tras

haber extendido sobre lienzos varias hileras de papiros llenos de savia y dispuestos en crucero, los cubrían con otro lienzo y los golpeaban con un mazo de madera. Los golpes tenían que ser dados con regularidad y por una mano ligera. Las hileras se pegaban unas a otras, se fundían entre sí sin necesidad de añadir producto alguno. Se obtenía así una hoja, sólida y flexible a la vez, que bastaba luego con aplanar, pulir y cortar para obtener una perfecta superficie de escritura. Secado al sol, el papiro tomaba un hermoso color amarillo. Si la médula de la planta ofrecía papel, su tronco, que tampoco se desperdiciaba, servía para fabricar barcas. Por lo que se refiere a las fibras, se convertían en cuerdas, esteras, cestos o sandalias.

«Escribir -le había dicho Hanis a Akhesa cuando le enseñaba literatura-es hacer existir. El Verbo es vida y conocimiento. Que ninguna palabra se desperdicie. Los escritos son la inmortalidad de los sabios.» Aquel discurso adquiría hoy toda su fuerza, por la presencia de aquellos hombres pacientes y escrupulosos que trabajaban para el faraón. Las papelerías eran monopolio real. Cada semana se entregaban grandes cantidades de papiro a las cofradías de escribas constituidas en cada ciudad importante. Textos religiosos, rituales, decretos, contabilidad… Un pacífico ejército consignaba por escrito el menor detalle de la vida cotidiana y sagrada del país.

La gran esposa real abandono el cortejo oficial y se aproximó a un viejo escriba desdentado de puntiagudo mentón. Sentado a la sombra con la espalda bien apoyada en el muro de la fábrica, tenía en las rodillas una paleta gastada por el transcurso de los años. Con un pincel muy fino, escribía con tinta negra, en un papiro de gran calidad, un himno al dios Thot, su santo patrón.

Cuando Akhesa se le aproximó, ni siquiera levantó la cabeza, permaneciendo concentrado en su trabajo. Divertida primero e intrigada más tarde, le interpeló.

–¿Sabéis quién soy?

–La gran esposa real -respondió sin moverse-. No os saludo mejor, Majestad, porque estoy enfermo y no tengo fuerzas. Los mosquitos me agreden continuamente. Mis músculos están rígidos y la carcoma ataca mis dientes. Debo copiar durante horas y horas textos difíciles, sin cometer la menor falta. Y mis ojos están hinchados y enrojecidos. No quiero que los veáis.

Conmovida, Akhesa pidió al viejo escriba su paleta y su pincel. Éste se los entregó con un doloroso gesto. Ella le ayudó a levantarse y le condujo, pese a sus protestas, hacia el cortejo real que seguía al rey en su visita a las fábricas de papiro. Se lo confió al intendente del faraón.

–Este hombre ya ha trabajado bastante -declaró-. Que lo cuiden y le instalen en una villa confortable con algunos servidores.

Se apartó enseguida, rechazando la mirada de agradecimiento que le dirigía el viejo escriba, y ocupó de nuevo su lugar junto a Tutankamón, descontento por la ausencia de su esposa.

–Ven pronto, Akhesa, hace varios días que un gran personaje nos espera aquí. Nos ha preparado un suntuoso banquete.

La reina se apartó apenada del universo de los fabricantes de papiro. Le habían permitido comprobar la abnegación de los pequeños funcionarios del Estado, que no tenían más preocupación que la de un trabajo impecable del que dependía el buen funcionamiento de la administración y, en consecuencia, la prosperidad de las Dos Tierras. Se prometió que, en cuanto estuviera de regreso en la capital, revisaría el estatuto de aquellos obreros especializados.

Ser generosa… Akhesa descubría una nueva embriaguez. ¿La había ignorado su padre? ¿No habría olvidado que el sol de Atón debe penetrar en todas partes, tanto en las casas más humildes como en el corazón del templo más magnífico? La pobreza ofendía la mirada de Dios. Combatiría aquella plaga con el vigor de un cazador de fieras. No permitiría que uno solo de sus súbditos cayera en la miseria. Inflamada por el nuevo ideal, Akhesa se mostró indiferente a la calurosa acogida reservada a la pareja real en el palacio de la ciudad de Thot.

Abandonó su ensoñación al descubrir a un hombre cuya presencia le sorprendió: el embajador Hanis.

Su mera visión le produjo un temor cuya causa no podía explicarse. Apreciaba a aquel fiel aliado. ¿Por qué desconfiar de él? Inquieta, apenas saboreó los suculentos manjares que le fueron servidos. Aguardaba con impaciencia el fin del banquete. Hanis invitó a la pareja real a gozar de unos instantes de descanso, en una sala donde los masajistas se ocuparían de sus pies ungiendo de aceite sus tobillos. Tutankamón, agotado, dormitaba.

–Tengo que transmitiros una información importante -dijo, tenso, el embajador-. Conozco bien esta fábrica. Es una de las más activas del país, pero ya no pertenece al faraón, como tampoco las de Tebas o Menfis.

–¿Qué queréis decir? – se extrañó la gran esposa real.

Hanis caminaba de un lado a otro, irritado.

–El faraón ya no controla sus propias fábricas, Majestad. Quienes las dirigen han sido nombrados por Horemheb. Desde hace dos años,

los ha ido colocando uno tras otro. Le obedecen a él, y él les colma de favores.

–¡Qué importa! – se inflamó Akhesa-. El rey los cambiará en cuanto estemos de regreso.

–Imposible, Majestad -deploró Hanis.

–Pero ¿por qué?

–Porque son competentes y pertenecen a las familias más prestigiosas del reino. Destituirlos provocaría un profundo descontento. Vuestros súbditos detestan las decisiones injustas, Majestad. Lo arbitrario destrozaría vuestra popularidad. El general ha procurado recurrir a personas de valor.

–¿Y en qué nos amenazan? – interrogó Tutankamón, ya despierto.

–Amenazados no es la palabra justa, Majestad. Se trata de influencia…

–Estoy cansado, Hanis. Que Horemheb reine sobre la fabricación del papiro no me importa. Haced que nos preparen el aposento.

El embajador se inclinó y se retiró, curioso y decepcionado. Tutankamón nunca sería un gran rey.

La embarcación real, acompañada por una numerosa flotilla, había puesto rumbo a Menfis, «la balanza de las Dos Tierras», la primera capital del Egipto unificado. El rey se sentía alegre y fogoso. Akhesa sucumbía con agrado a sus caricias, pero su espíritu se hallaba en otra parte. No había tenido tiempo de volver a ver a Hanis, que había regresado a Tebas. Sus revelaciones habían turbado la felicidad de la reina. El papiro… Controlar su producción y fabricación equivalía a dirigir la administración.

¿No estaría Horemheb colocando nuevos peones en el tablero del poder? Su gran paciencia le hacía mucho más temible.

Akhesa habría preferido interrumpir aquellas largas vacaciones, pero Tutankamón se opuso con desacostumbrada firmeza. Regresar a la corte, a los dignatarios y los imperativos de su cargo no le divertía. Prefería las jornadas sin horarios, los paseos por la campiña estival, los baños en el Nilo, la compañía constante de Akhesa, cuyo cuerpo dorado encerraba todavía insospechadas maravillas.

La visión de las tres pirámides de Gizeh apartó toda preocupación del pensamiento de Akhesa, subyugada por los gigantes de piedra que emergían del agua. Encarnando las colinas primordiales surgidas del océano en los orígenes, brillaban con mil fulgores debido a su revestimiento de caliza blanca, que reflejaba los rayos del sol con

extraordinaria intensidad. Petrificadas luminarias iluminaban todo el país, difundiendo una energía celestial.

En el barco real, todos habían enmudecido. En las memorias resonaban las palabras de las arpistas, celebrando la perfección de los tiempos en que se construyeron las pirámides, se excavaron los canales para que circulara el agua de la vida y se plantaron árboles para los dioses.

Akhesa experimentaba una sensación de rebeldía. ¿Por qué los Artífices no edificaban ya monumentos tan espléndidos? ¿Por qué el Egipto del dios Amón y los sacerdotes tebanos había perdido el impulso del imperio antiguo, donde el rey-dios utilizaba la pirámide como una escalera hacia el cielo?

Fascinada, quiso permanecer más tiempo en aquel lugar cargado de fuerzas benéficas y ver todos los monumentos todavía accesibles. Arrastró a Tutankamón hacia los templos donde se momificaba a los reyes, recorrió con él los caminos que subían hacia las pirámides y las calzadas decoradas con relieves que narraban la vida cotidiana de sus antepasados, y penetró en el interior de los santuarios donde, gracias a los ritos, la muerte se transformaba en vida.

A cada tumba le estaban destinados unos sacerdotes, que se encargaban de celebrar el culto a la memoria del difunto. Cada día pronunciaban las palabras de resurrección y aportaban ofrendas al alma, que regresaba a la tierra bajo la forma de un pájaro antes de partir hacia la luz. A Akhesa le escandalizó el descaro de algunos de ellos y la degradación de una capilla erigida a Kheops. Tutankamón aplicó sanciones y convocó al Artífice de Menfis para que procediera sin dilación a los trabajos de restauración.

Finalizaba el estío, cuando un día, al amanecer, la pareja real se presentó en el alto templo de la gran pirámide de Kheops, el monumento más gigantesco que nunca hubiera edificado un faraón. Tutankamón no deseaba visitarla, de tanto como le impresionaba. Pero Akhesa había requerido ya la presencia del superior de los sacerdotes de la pirámide para que les guiara hasta la entrada del monumento, una pequeña abertura practicada en la cara norte, a una treintena de metros por encima del suelo. La pareja real fue izada con cuerdas para avanzar sobre los bloques de caliza perfectamente ajustados. Akhesa y Tutankamón se inclinaron y pasaron por un estrecho agujero practicado en la piedra para contornear un tapón de granito.

El superior de los sacerdotes, blandiendo una antorcha que no desprendía humo, les precedió por un corredor cuya pendiente se acentuó brutalmente. El pasillo se hizo tan pequeño que los visitantes

tuvieron que avanzar inclinados, uno tras otro. Tras un largo y penoso descenso en el que el aire estuvo a punto de faltarles, llegaron a una vasta sala con suelo de tierra batida.

–Estáis en las entrañas de la tierra -indicó el superior de los sacerdotes-. El alma del faraón obtiene aquí la energía del reino de las tinieblas.

En el santuario reinaba una relajante frescura, que permitió a la pareja real recuperar el aliento antes de recorrer el pasillo en sentido inverso, para ascender hacia el punto de intersección con otro corredor que conducía a una vasta cámara vacía, en cuyo muro del fondo se abría una hornacina que representaba los peldaños de una escalera celeste.

A los visitantes les deslumbró el descubrimiento de la gran galería, un inmenso espacio de casi cincuenta metros de largo, que era necesario atravesar para llegar a la cámara funeraria. Dándose la mano, Akhesa y Tutankamón se recogieron ante el sarcófago del ilustre Kheops. Estaba vacío y no tenía tapa. El cuerpo momificado había sido enterrado en el sur de Egipto, pues la pirámide del norte estaba destinada a su ser de luz, invisible para los ojos de la carne.

La gran esposa se sintió frágil y muy ligera en el seno de aquella morada de eternidad que la abrumaba con su inhumana masa. ¿Tendría tiempo para mostrarse digna de los antiguos monarcas, para devolver a su país el impulso creador de la época de las pirámides? Tutankamón, advirtiendo el debate interior que le agitaba, la interrogó con la mirada.

–Regresamos a Tebas -anunció ella.

La crecida concluía y el nivel del agua bajaba, dejando aparecer las tierras enriquecidas por el limo nutricio. Para los campesinos, había llegado la hora de manejar las azadas, formadas por una única pieza de madera. La reja abría el pesado suelo empapado por la inundación. Los niños aplastaban con la mano los grandes terrones, mientras los sembradores arrojaban la semilla en los poco profundos surcos. En los grandes dominios se utilizaban arados tirados por vacas o bueyes. Esos mismos animales tenían la tarea de hundir con su pisoteo los granos en la tierra.

Una muchedumbre de cortesanos aguardaba a la pareja real en el embarcadero principal de Tebas. El séquito del «divino padre» Ay se encargó de transportarles en silla de mano hasta una de las mansiones del viejo dignatario, situada en el centro de la capital. Había querido ser el primero en recibir a los soberanos tras su larga ausencia. Las calles de la ciudad de Amón estaban llenas de carros, de mercaderes y

de ociosos. Se circulaba en todas direcciones, y todas las razas de la tierra se mezclaban en ellas. El cortejo oficial se abrió paso con gran trabajo, pese a las enérgicas intervenciones de los soldados encargados de su seguridad. Akhesa añoraba las amplias y soleadas avenidas de la ciudad del sol.

En la planta baja de la casa del «divino padre», los jefes de equipo apostrofaban a los panaderos, que tamizaban y machacaban el grano, pidiéndoles que se apresuraran a preparar panes y pasteles. Los carniceros transportaban grandes porciones de carne a la cocina, instalada en el terrado para que los olores fueran barridos por el viento. El intendente condujo a la pareja real hacia el despacho del dueño de la casa, en el primer piso. Estaba iluminado por tres ventanas que daban a un jardín interior, en el que había un estanque rectangular rodeado de tamariscos.

Ay se inclinó ante el rey y la reina, y a continuación despidió a los escribas, a quienes estaba dictando unos informes. El viejo cortesano parecía cansado y deprimido. Sus arrugas se habían hecho más profundas. Agotadas las fórmulas de cortesía y servida ya una colación, los invitados se sentaron en sillas de madera dorada.

–Me ha golpeado una gran desgracia -reveló el «divino padre»-. El alma de mi esposa, la nodriza Ti, ha abandonado su cuerpo para dirigirse a los paraísos de occidente. La momia fue depositada en la tumba hace quince días. Sigo trabajando. Estudiar expedientes es, sin duda, el mejor modo de luchar contra la pesadumbre. La situación económica lo exigía.

Tutankamón no supo qué decir. Tras aquellas encantadoras jornadas pasadas lejos de Tebas, se veía brutalmente sumido en una atmósfera dramática en la que se sentía desarmado.

–No hemos recibido ningún correo vuestro -observó Akhesa.

–Mi dolor sólo a mí me concierne, Majestad. Por lo que al país se refiere, nada inquietante ha ocurrido. Al menos en apariencia.

–Explicaos -exigió Akhesa.

El «divino padre» hablaba con lentitud.

–Las tierras más ricas de la provincia tebana pertenecen a los sacerdotes de Karnak y a los templos infeudados. La explotación de la mayor parte de ellos ha sido confiada a nuevos aparceros con el encargo de hacerlas producir más.

–¿Era necesario? – interrogó el rey.

–Sin duda no -estimó el «divino padre»-. El procedimiento no es ilegal. Los contratos se han formalizado correctamente con técnicos

que ya obtendrán este año excelentes resultados.

–¿Y por qué os inquieta su nombramiento?

–Una rápida investigación me ha informado de que todos estaban al servicio del general Horemheb o de su esposa. Eso significa que se convierten, con la anuencia del clero, en los mayores terratenientes del país.

La primavera comenzaba a ser radiante. La crecida provocada por Tutankamón había irrigado tan bien la tierra amada por los dioses, que la cosecha, según los Anales de los escribas, que se remontaba a más de mil años, sería una de las más abundantes de la historia de Egipto. En los campos, los campesinos pronto segarían con sus hoces el trigo y la cebada. Largas hileras de asnos con pesadas gavillas encerradas en redes se dirigirían a las eras, donde el grano sería aventado, tamizado y limpiado antes de llenar los graneros reales, que ese año ascenderían hasta el cielo.

La tierra negra era tan fértil que nutriría a todos sus hijos. La gran fiesta de primavera podría celebrarse con gran regocijo, puesto que nadie sufriría hambre. La fama de Tutankamón no dejaba de crecer. Los banquetes sucedían a las recepciones, la cacerías a los paseos en barca. El rey promulgaba decretos en favor de los campesinos, los soldados y los sacerdotes de diversos templos, ganándose así la simpatía de los humildes. Su reinado prometía ser feliz e ilustre. Tenía ante sí varios decenios para marcar Egipto con su huella.

Akhesa había salido de palacio antes del amanecer, sin avisar a su sirvienta nubia. Aquella escapada le recordaba su fuga de muchacha, en la ciudad del sol. Libre y conquistadora, había desafiado a la policía de su padre y obtenido su primera victoria. ¡Había soñado tanto con ser reina! Cumplido su deseo, ya sólo le quedaba el peso del poder.

Akhesa se quitó el manto. Los rayos del sol ya calentaban. Había rogado a Atón, cantando en voz baja el himno compuesto por su padre. Pensaba en él cada día y cada noche. Vivía en ella, atento y paciente, pero hacer oír de nuevo su voz resultaría imposible si la trampa tendida por Horemheb se cerraba sobre la pareja reinante. La gran esposa real, vestida, como una simple campesina, con una túnica sin mangas, había citado bajo el sicómoro al mejor amigo de Tutankamón, al superintendente del Tesoro, Maya, para obtener una información capital.

Éste se reunió con ella a la hora prevista, cuando el sol llegaba a la mitad de su carrera hacia la cima del cielo. ¿Quién habría podido reconocer al ilustre Maya, con los cabellos rapados, el cuerpo

polvoriento y los pies desnudos? Parecía un trabajador agrícola cualquiera.

–Nadie me ha seguido, Majestad. ¿Puedo seguir llamándoos Hermana?

–Formamos parte de la misma comunidad, Hermano, aunque no sintamos gran afecto el uno por el otro. Aquí podemos hablar. No nos traicionará ningún oído indiscreto.

–Cosa que no sucede en palacio y por la cual he preferido veros aquí. Una audiencia oficial habría intrigado a los fieles de Horemheb.

En el cinturón de su burdo taparrabos de piel de cordero, Maya había colgado una calabaza de agua fresca. Ofreció a la reina y, luego, apagó su sed.

–¿Se han confirmado vuestras sospechas? – preguntó Akhesa-. ¿Ha hecho Horemheb entrar en Egipto monedas fabricadas por los extranjeros?

–Ha renunciado a tan odioso proyecto al tomar conciencia de que arruinaría nuestra economía. El día en que esas malditas monedas mancillen nuestro país, provocarán envidias, querellas y guerra civil allí donde circulen.

Akhesa exhaló un suspiro de alivio.

–No os alegréis tan pronto, Hermana. Horemheb sigue siendo un estratega de genio. Todas nuestras transacciones comerciales se efectúan por medio de intercambios de géneros, en función de un valor abstracto de referencia…

–Que vos debéis fijar como superintendente del Tesoro -precisó la reina.

–Exacto -reconoció Maya-. Pero yo no controlo el volumen del trono. Horemheb, sí. Por medio de los altos funcionarios, incluidos los de mi propia administración, domina el conjunto de la economía. Con algunas órdenes precisas, puede paralizarla sin dejar huella escrita.

–¿Y por qué iba a actuar así? ¿Qué interés puede tener en arruinar su propio país?

–Sería por un período de tiempo muy corto… Tras haber tomado el poder con el apoyo del clero de Tebas, acusaría a Tutankamón de desidia y haría resurgir la prosperidad como por milagro, restableciendo la circulación de los productos. Tenéis que rendiros a la evidencia, Majestad: estáis en el trono, pero es el general Horemheb quien reina.

En aquella mañana de abril, el pueblo de Tebas despertó al son de

trompetas, tocadas por un centenar de militares. Una considerable muchedumbre, contenida por los cordones de soldados armados, se apiñaba para asistir al desfile militar que ofrecía el general Horemheb en el atrio del templo de Karnak. Allí se habían reunido los jefes de los principales cuerpos del ejército y las tropas de élite. Éstas desfilaron ante Horemheb, de pie en una plataforma protegida del sol. El general llevaba una coraza de oro y plata, obra maestra de un artesano del templo de Amón.

El pueblo estaba encantado de contemplar la prestancia de los soldados que debían protegerle. Agradecía a Horemheb que hubiera hecho plantar tiendas donde, al finalizar la ceremonia, se distribuiría pan y cerveza. Un solo oficial no compartía la alegría común: Nakhtmin, teórico jefe del ejército, al que el general Horemheb había olvidado avisar. Loco de rabia, corrió al palacio real, donde fue recibido por la gran esposa real. Salió algunos minutos más tarde del despacho del faraón, con una convocatoria que se apresuró a llevar personalmente al general.

Horemheb fue recibido en la sala del trono, sin la presencia de cortesanos. El rey y la reina estaban solos, coronados y con las vestiduras oficiales. El faraón mantenía sobre el pecho su cetro de mando. Una ligera sonrisa flotaba en los labios de Akhesa. El paso en falso que estaba esperando acababa de darse.

–General Horemheb -atacó el faraón, olvidando las fórmulas protocolarias-, ¿qué significa esa demostración de fuerza? ¿Por qué no se ha advertido al jefe del ejército, dejándome así en una insoportable ignorancia?

Horemheb se expresó suavemente, en un tono condescendiente.

–El asunto era demasiado urgente, Majestad. Intenté avisar a Nakhtmin, pero pasa tan poco tiempo en su despacho… Las malas lenguas dicen que prefiere la caza a la administración. Tuve que encargarme yo mismo de reclutar inmediatamente tropas de élite.

–¿Por qué razón?

–Nos marchamos de inmediato a Siria. Un destacamento hitita acaba de apoderarse de uno de nuestros fortines. Es imposible no responder a semejante agresión.

Akhesa, sin dejar de mirar al general Horemheb, tendió al rey un papiro desenrollado.

–Vuestra versión de los hechos no corresponde al informe que me ha ofrecido el embajador Hanis, en misión desde hace varias semanas en aquella región. Tiene orden de comunicarme el menor trastorno. Y

no sólo no me indica nada alarmante, sino que advierte, además, una deferencia cada vez más profunda de los hititas hacia el trono de Egipto. El faraón reina, general, parece que lo habéis olvidado.

–¿Significa eso, Majestad, que aplazáis mi intervención en Siria?

El general contaba con esta expedición para poner fin a su estrategia, asegurándose la cooperación de los oficiales con vistas a una pacífica toma del poder, cuya fecha se fijaría más tarde. Sólo una campaña lejos de Egipto habría favorecido fructuosas entrevistas al abrigo de las miradas de Nakhtmin y de los fieles a Tutankamón.

–Significa que se anula, general. En adelante, recibiréis las órdenes directamente de mí. Me mostraré indulgente debido a vuestra absoluta fidelidad a la corona, pero no toleraré otra falta.

–¿Lo habéis pensado bien, Majestad? Creo que…

–¡Basta, general!

–Tal vez lamentéis muy pronto esta decisión, Majestad, pero obedeceré.

Antes de volverse y salir de la sala, Horemheb dejó de mirar al rey. Sus ojos se dirigieron a la gran esposa real, que seguía sonriendo.

Akhesa triunfaba.

30

Los primeros curiosos invadieron el gran mercado de Tebas, en cuanto los puestos de frutas y legumbres instalados en los bordes, junto al templo de Karnak, abrieron sus puertas. Pescaderías, triperías y carnicerías les siguieron. No sólo se iba a comprar, sino también a husmear, a mirar, a escuchar y, sobre todo, a hablar. Discutir los precios y conseguir un trueque en buenas condiciones requería largas y sutiles discusiones, de las que las mujeres experimentadas salían por lo general victoriosas. Sólo algunos comerciantes privilegiados conseguían hacerles frente.

Todos alababan la calidad de sus productos, los más hermosos y baratos de Egipto. Tebas, la opulenta, no vacilaba en exponer sus géneros en lienzos blancos extendidos en el suelo. Trigo, cebada, dátiles, higos, especies, pepinos, cebollas, puerros, habas y otros alimentos abundaban.

Pero, aquella mañana, sólo se pudo servir a los primeros clientes.

Los incidentes se iniciaron con un altercado entre el más importante vendedor de higos y una madre de familia. El comerciante había abofeteado a su hijo, al descubrirle comiéndose un higo sin haberlo pagado.

Una brutalidad imperdonable, que el hombre justificaba por la escasez de los frutos. Luego, un vendedor de legumbres estuvo a punto de llegar a las manos con el intendente de una gran villa, cuando exigió cinco abanicos y diez copas a cambio de un manojo de puerros. Por fin, una refriega estalló en pleno centro del mercado, cuando los mercaderes confesaron que no habían sido aprovisionados y que los barcos de mercancías habían llegado a Tebas vacíos.

Intervino la policía y restableció el orden a bastonazos.

La cólera del pueblo rugió en los arrabales. Graves acontecimientos habían debido de producirse en el Norte. Si los hititas habían invadido el Delta, tal vez hubieran conseguido interrumpir la circulación por el Nilo. Rumores no menos alarmistas afirmaban que las reservas de productos alimenticios habían sido tan mal administradas que se aproximaba una hambruna.

Fuera cual fuese la verdad, había un único responsable: el faraón.

Akhesa no se calmaba. Horemheb había puesto en práctica sus amenazas, provocando una penuria artificial. Deseaba obligar al faraón a negociar con él y a reconocer su poder oculto. Tutankamón estaba dispuesto a ceder, pero la gran esposa real se lo desaconsejaba vigorosamente. Hacerlo suponía abdicar.

El rey estaba desesperado, sin encontrar medio alguno de actuar. Sus partidarios no podían proporcionarle una ayuda eficaz. Huy vigilaba la extracción del oro en las minas de Nubia. Hanis proseguía su importante misión en Asia. Nakhtmin había abandonado el ejército a Horemheb, prefiriendo una existencia de lujo y placer a una lucha desigual.

–¿Y Maya? – se interrogó la reina-. ¿Por qué tu fiel ministro de Finanzas permanece silencioso? ¿Por qué es incapaz de controlar su administración?

–No lo comprendo -confesó Tutankamón-. Nuestras últimas conversaciones fueron muy frías. A Maya no le gusta la tarea que le he confiado.

Un sombrío pensamiento dominaba a Akhesa, y debía averiguar enseguida si tenía fundamento. La suerte del reino dependía de su investigación. Le quedaba muy poco tiempo antes del inevitable estallido de graves tumultos en las ciudades donde el alimento estaba

racionado.

Maya, amigo y confidente del rey, Artífice de todas las obras del faraón y superintendente del Tesoro había desaparecido. Sus colaboradores ignoraban dónde estaba y, no habiendo recibido ninguna instrucción particular, continuaban con los asuntos corrientes. Los criados de la villa oficial atribuida a Maya tampoco sabían más. La reina hizo hablar largo rato a Tutankamón sobre las costumbres de su amigo Maya, su familia, sus íntimos. Había un personaje que parecía omnipresente: un maestro artesano, calderero de profesión, cuyo taller se hallaba al norte del templo de Mut.

Akhesa no podía utilizar los servicios de la policía antes de haber verificado su hipótesis. A la hora en que abandonaba el palacio con sus dos lebreles, Carnero y Toro, se declaraban las huelgas de los tejedores de los barrios populares, que no habían recibido sus raciones desde hacía tres días.

Encerrado en su lujosa villa a orillas del Nilo, el general Horemheb jugaba al ajedrez con su esposa.

La diosa Mut, «la Madre», ocupaba un vasto dominio sagrado al oeste del gran templo de Amón en Karnak. En el centro de su recinto, un lago sagrado simbolizaba la matriz de la que nacían las múltiples formas de la creación. Más allá del muro que ocultaba a los profanos los misterios rituales, se extendía una zona verdeante. Palmeras, jardines y campos cultivados formaban una densa red sin camino aparente. A lo lejos se escuchaba el característico ruido de mazos golpeando el metal.

Akhesa confió en sus lebreles, que la guiaron por la maraña vegetal. Prudentes, con el oído al acecho, avanzaron lentamente. Muy pronto, la reina vio unas barracas de madera que servían de talleres a un centenar de caldereros. Jóvenes y viejos trabajaban entremezclados, pero todos tenían rasgos comunes: gruesos músculos, rostro pesado, manos callosas. Unos fabricaban recipientes de cobre, otros los reparaban o alisaban las abolladuras. Las llamas ascendían de los múltiples hogares construidos con círculos de piedra donde ardía el carbón vegetal. Los sopladores realizaban el trabajo más penoso, produciendo el grado de calor que los caldereros necesitaban por medio de un fuelle de piel de cabra.

El trabajo se detuvo en cuanto uno de los aprendices advirtió la presencia de una mujer acompañada por dos perros que gruñían y enseñaban los colmillos. Akhesa, vestida con una túnica corta y sin mangas, llevaba brazaletes en las muñecas y en los tobillos que dejaban adivinar su origen noble. Su belleza impresionó a los artesanos, poco acostumbrados a ese tipo de visitas.

Precedida por Carnero y Toro, Akhesa avanzó hacia el grupo de caldereros que empuñaban mazos de madera, martillos de cobre o estacas de madera. Formando un grupo compacto, estaban dispuestos a defenderse del agresor.

Akhesa se detuvo a pocos metros de los obreros.

–¿Teméis acaso a una mujer y dos perros?

Se levantaron unos murmullos. Algunos hombres se apartaron, otros arrojaron sus instrumentos. Akhesa ordenó a los lebreles que se tendieran. Con los ojos clavados en su dueña, obedecieron. Un coloso salió del grupo e interpeló a la reina.

–¿Quién sois?

–No importa. Quiero hablar con Pahor el Viejo.

–¿El patrón? Está en el taller, allí…

Sin vacilar, Akhesa atravesó las hileras de caldereros y penetró en la cabaña donde un hombre de edad, con la piel ajada, agrandaba la contera metálica de un fuelle. Inclinado sobre una hoguera, dirigió una mirada sesgada a la intrusa.

–Nada de mujeres aquí -declaró roncamente-. El reglamento lo prohíbe.

–No me concierne.

–¿Por qué, hermosa mía?

–Porque soy la gran esposa real.

Pahor el Viejo soltó el fuelle, que cayó al suelo con blando ruido.

–¿Os burláis de mí?

–Aquí está mi sello.

Akhesa se quitó un anillo en forma de escarabeo, cuyo vientre llevaba grabados su nombre y sus títulos. Pahor el Viejo, que sabía leer, examinó largo rato el objeto. Estupefacto, se prosternó ante la reina.

–Majestad, ¿por qué…?

–Olvidemos el protocolo. Tengo mucha prisa. Deseo que me indiquéis dónde está vuestro amigo y mi superintendente de Finanzas, Maya.

El rostro del maestro calderero se contrajo.

–Maya ya no es mi amigo y nunca volveré a verle. Como si lo ignorarais.

Ahora fue Akhesa la que se sorprendió.

–Lo ignoro, en efecto.

–No os burléis de mí, Majestad -masculló el calderero, recogiendo el fuelle y comenzando de nuevo a trabajar.

Akhesa asió la muñeca de Pahor el Viejo.

–No pongáis en duda la palabra de la gran esposa real. Quiero la Verdad.

El viejo artesano quedó subyugado por la autoridad de aquella reina de veinte años. Jamás había tratado con los grandes personajes de la corte, detestaba sus maneras ampulosas y su afición a las modas complicadas. Pero esta soberana pertenecía a otra raza, la de los verdaderos jefes que no necesitan artificio alguno para imponerse.

–Maya ha olvidado sus orígenes -confesó Pahor el Viejo, con la cabeza gacha-. Ha renegado de la cofradía donde fuimos educados. Prefiere la compañía de los nobles a la de los humildes.

La revelación sorprendió a Akhesa, que creía conocer mejor al Artífice. Sin embargo, no era el primero que sucumbía a los hechizos de un prodigioso ascenso social. ¿Acaso el comandante Nakhtmin no había sido, como Maya, incapaz de permanecer fiel a sí mismo?

–Pero ¿por qué ha desaparecido? – insistió Akhesa.

–Ignoro dónde está, os lo juro por la vida del faraón.

Akhesa trabajó varias horas en compañía del «divino padre» Ay, muy afectado por la desaparición de su mujer. Su inteligencia se había aletargado. Parecía que los asuntos del reino le concernieran cada vez menos. Pero la reina necesitaba todavía de su experiencia para no extraviarse en los dédalos de los ministerios.

Ay le ayudó a redactar un decreto, ordenando a los responsables de los graneros tebanos que los vaciaran y repartieran las existencias entre la población, de acuerdo con cuotas diarias. La decisión era peligrosa. Si la próxima crecida resultaba insuficiente o excesiva, y acarreaba una mala cosecha, no se dispondría de reserva alguna. Pero Akhesa no titubeó.

Cruel fue su decepción cuando Ay, dos días más tarde, le anunció la mala noticia: el contenido de los graneros se había agusanado. La producción de los huertos pronto sería insuficiente para alimentar a los ciudadanos. El precio de las legumbres, las frutas y las carnes había aumentado hasta el punto de que eran inaccesibles para la mayoría de los egipcios. Promulgar requisas sería un remedio peor que la enfermedad. Las corporaciones estaban muy apegadas a sus

privilegios.

Los emisarios del faraón se dirigieron a toda prisa a las principales ciudades egipcias, portando órdenes que deberían ejecutarse con toda prioridad: vaciar graneros y almacenes del Estado y encaminar las vitales provisiones a todas partes donde la población careciera de ellas. Los funcionarios fueron incapaces de ejecutarlas: la mayoría de los barcos mercantes habían sido inmovilizados por el ejército con vistas a una expedición hacia el Norte. Un gigantesco embotellamiento marítimo se había producido en el puerto comercial de Menfis, provocando varios incidentes.

Sería necesaria una larga investigación administrativa para averiguar quiénes eran los responsables de aquel desastre, suponiendo que llegara a buen fin. Akhesa y Tutankamón se daban cuenta, hora tras hora, de que sus directrices eran papel mojado, detenidas por un mecanismo del que no eran dueños.

Los escaparates de los comerciantes estaban casi vacíos. Cada mañana se formaban colas a la entrada de los mercados. Las conversaciones inquietas habían reemplazado a las alegres cháchara. La policía intervenía para que las escasas provisiones se repartieran con equidad. Quejas y protestas se hacían cada vez más vehementes.

Las fuerzas del orden temían un motín. Resurgían los espectros del pasado. Profetas de la desgracia recordaban los tiempos malditos en que los pobres, víctimas del hambre, desvalijaban las moradas de los ricos, en que las nobles damas vagabundeaban harapientas por las calles, en que los bandidos devastaban las tumbas de los reyes.

–Hay que recurrir a Horemheb -imploró Tutankamón, desamparado.

–Sería el final de tu reinado -repuso Akhesa-. Sigamos luchando. El bloqueo marítimo no durará ya mucho. Tengo una idea para calmar al pueblo de Tebas.

Cuando la silla de mano de la gran esposa real apareció en pleno mercado principal de Tebas, se hizo enseguida el silencio. El pueblo la reconoció por su alta corona, su collar de oro y su vestido blanco de gala. Calzada con sandalias doradas, Akhesa se dirigió a las ancianas que tenían los cestos vacíos.

–La verdad habla por mi boca -declaró con firmeza-. No faltan alimentos, pero la administración pública tiene dificultades para asegurar el transporte. No hay hambruna. El faraón no permitirá que la desgracia mancille nuestro país. Sed pacientes. Que vuestro corazón sea grande y vuestra alma apacible.

Akhesa subió de nuevo a la silla de mano. Cuando las amas de casa, llenas de orgullo por haber sido las interlocutoras de la gran esposa real, comenzaron a transmitir a su alrededor aquellas declaraciones, una miríada de servidores colocaron en el suelo un gran número de telas y vestiduras.

Primero, nadie osó acercarse. Luego, una de las ancianas tomó una túnica, la apretó contra su pecho y se fue sin que los guardas de palacio la importunaran.

Entonces se produjo una avalancha. En pocos momentos, los suntuosos regalos de la reina, confeccionados gracias a la habilidad de los tejedores y las hiladoras del colegio de Sais, fueron propiedad de los humildes de Tebas.

–Los sacerdotes de Amón están furiosos -dijo el «divino padre» a Akhesa-. Os acusan de haber dilapidado las telas sagradas destinadas a los templos.

–Me importa muy poco. ¿Se han confirmado mis sospechas?

Hacía una decena de horas que la reina trabajaba con el «divino padre». Aun al límite de sus fuerzas, el anciano quería ayudar a la gran esposa real en sus investigaciones. Su conocimiento de los expedientes más complejos resultó precioso.

–Sí, Majestad, Maya fue quien puso su sello en los documentos que desorganizaron la flota. Eso significa que…

–Que es el aliado de Horemheb y que traiciona a Tutankamón.

–Habría debido ser más circunspecto -reconoció el «divino padre»-, pero la muerte de mi mujer…

Akhesa contempló al anciano con compasión. Deseaba liberarse de un peso que llevaba en la conciencia, y ella le alentó con una sonrisa.

–En mi posición -explicó incómodo-, es útil conocer el modo de vida de los más altos personajes del Estado. Por ello estoy obligado a hacer que vigilen sus vidas. Un hecho, abrumador para Maya, fue indicado en los informes que no he leído hasta hoy… el superintendente del Tesoro visitó tres veces al general Horemheb, entrada la noche y sin escolta.

¡Maya era un hipócrita abominable! Akhesa se sentía aterrada. No le hubiera creído capaz de tal fechoría. ¿Cómo anunciarle al rey que su mejor amigo trabajaba para destruirle? ¿Cómo decirle que Maya, cometidas sus fechorías, se ocultaba en espera de que Horemheb tomara el poder?

La mayor confusión reinaba en palacio. Escanciadores, intendentes

y médicos corrían en todas direcciones. Tutankamón había sido víctima de una indisposición. También los ministros estaban presentes. Akhesa les apartó para penetrar en la alcoba donde permanecía acostado el rey.

Con los ojos cerrados, Tutankamón deliraba. Un servidor mantenía sobre su frente un lienzo con esencias perfumadas. El jefe de los médicos preparaba una poción.

–¿Cómo ha sucedido? – preguntó ella.

–El rey ha sufrido una fuerte contrariedad a consecuencia de una mala noticia y se ha desvanecido. Tengo el remedio para curarle, pero primero debe descansar.

–¿Qué noticia?

–La muerte del virrey de Nubia, Huy. Cayó en una emboscada cuando inspeccionaba una mina de oro donde habían estallado algunos disturbios. Su cuerpo será repatriado enseguida. Se le momificará en Asuán.

Los aposentos reales estaban desiertos. Akhesa había despedido al personal de palacio. Tutankamón dormía. Quería estar sola.

Agotada, e incapaz de conciliar el sueño desde hacía dos noches, la gran esposa real ni siquiera tenía ganas de alimentarse. El mundo se derrumbaba a su alrededor. Egipto, su Egipto, había caído en manos del general Horemheb. Ella no había sabido prever su acción e imponer el poder de su marido. Luchar más sería una locura. Los sufrimientos del pueblo se harían intolerables.

Era, pues, necesario convocar a Horemheb y anunciarle su nombramiento oficial como regente del reino. La carta solicitándole que acudiera a palacio a la mañana siguiente le sería entregada cuando saliera el sol. Entonces, el reinado de Tutankamón habría terminado, aunque siguiera siendo por algún tiempo el faraón legítimo. Se vería obligado a asociar al trono al general y a delegar en él la capacidad de decisión. Cuando lo considerara oportuno, Horemheb se haría coronar con el apoyo de los grandes sacerdotes de Amón.

Akhesa lloró de rabia. Había fracasado. Lo más doloroso era arrastrar a Tutankamón en su caída. Hubiera merecido ser feliz, conocer un reinado apacible, tener un heredero para sucederle. Pero los dioses habían elegido para él otro destino.

El destino… Como encarnación de Isis, la gran hechicera, ¿no tenía ella el poder de modificarlo? Demasiado tarde, había subestimado a Horemheb. Su función de reina la había embriagado hasta hacerle

perder la lucidez. Había vivido en una falsa tranquilidad. No tenía a su alrededor ningún consejero de valor para ponerla en guardia, para inspirarle una estrategia susceptible de contrarrestar los manejos del general.

Era indigno de ella echar sobre otros la responsabilidad. Una reina de Egipto no tenía derecho a ser débil. Le habría gustado compartir con Tutankamón aquella postrera noche de reinado. Pero el alma del rey bogaba por los espacios subterráneos del sueño. Sola… Se enfrentaría sola a la prueba que destrozaba sus sueños. Habría debido odiar a Horemheb, lanzar contra él mil maleficios. Pero su peor enemigo le inspiraba otros sentimientos, un sentimiento que ya no se atrevía a nombrar a aquella hora, cuando los rayos del sol poniente señalaban el final de su aventura.

¡Tenía todavía tanta fuerza, tanta fe en Atón! ¿Por qué inclinarse ante aquel general inteligente y ambicioso? ¿Por qué renunciar a la naturaleza real que era el centro de su ser y le daba su razón de vivir? Sintió deseos de gritar a las estrellas, de implorar a la tierra nutricia, de pedirle ayuda al viento. ¿Quién, aparte del cosmos, podía acudir en su ayuda?

Ciertamente, no pasaría aquella última noche de reinado en un palacio vacío y ya hostil. Desde su niñez, Akhesa había apaciguado con frecuencia sus tormentos alzando la mirada al cielo. Sólo había un lugar donde podría conocer la felicidad de existir: la cima tebana, sumida en la noche y la soledad.

La luz solar iluminaba el estrecho sendero que conducía a la cumbre. La gran esposa real caminaba lentamente, saboreando cada uno de sus pasos. Pronto se hallaría ante el cuerpo luminoso del universo, en las puertas estrelladas por las que pasaba la vida divina para crear la existencia terrestre. Olvidaría el tiempo, aboliría el pasado, oraría a la diosa de ojos de lapislázuli que se extendía sobre Egipto, y ella la cubriría con su amor, envolviéndola en un perfume de eternidad.

En la cumbre, ambición y poder habrían desaparecido. Frente a sí misma, frente al tenebroso vacío de su porvenir, ¿tendría valor para seguir viviendo, para participar en la caída de Tutankamón y desposarse con el nuevo faraón, Horemheb?

Akhesa se quitó las sandalias. Sentir el contacto de la arena le provocó una oleada de goce, la sensación de una juventud indestructible. Corrió, escalando sin trabajo la pendiente. La suavidad de la noche hizo que gotas de plateado sudor se deslizaran por su piel dorada. Se quitó el vestido de lino y, desnuda, recorrió los últimos metros que la separaban del pequeño oratorio construido en la cumbre

de la montaña, a cuyos pies habían excavado valles de tumbas.

Súbitamente helada, Akhesa se detuvo al borde del abismo.

Sentado en un banco de piedra, un hombre la contemplaba. Era Maya, el felón.

31

Akhesa no intentó ocultar la menor parte de su cuerpo. Se sentía demasiado estupefacta. ¡De modo que el hombre que había traicionado a su rey y merecido mil castigos no había abandonado Tebas!

–No temáis nada -le dijo él-. Deberíais poneros el vestido, Majestad. En la cima sopla un viento frío.

–¿Cómo os atrevéis a dirigirme la palabra?

Habría debido sentir miedo y huir, intentar escapar. Pero el furor la dominaba. Puesto que había perdido el poder, le haría pagar su felonía. Ebria de rabia, se arrojó contra él.

Maya la asió de las muñecas, inmovilizándola.

–Os equivocáis, Majestad. Formamos parte de la misma cofradía. ¡Deberíais saber que la mentira no está tolerada!

La reina intentó en vano debatirse. El puño del Artífice la mantenía quieta.

–Perdonad mi comportamiento y prometed escucharme. ¡No disponéis de las informaciones necesarias para comprender mi actitud!

–¡Hablad pues! – aceptó ella.

Maya se relajó. Akhesa recogió su vestido, mancillado de polvo, y se lo puso apresuradamente. Tenía frío. Él se sentó de nuevo; ella permaneció de pie.

–He tenido conocimiento de vuestras gestiones -reveló Maya-. Mi amigo Pahor el Viejo os explicó la historia que yo mismo hice correr. No había otro medio de convencer al general Horemheb de mi traición. Está convencido de que me oculto y espero su advenimiento. El rey y vos también. Por ello he podido actuar sin temor a que vuestras lenguas se desataran demasiado pronto.

–¿Significa eso que nos habéis engañado desde hace varios meses?

–No a vos, Majestad, sino a Horemheb. Es prudente. Una simple

declaración de pleitesía no le hubiera bastado para depositar su confianza en mí. He tenido que darle pruebas, firmar documentos que él ideaba para preparar un bloqueo económico y apretarle el cuello al rey.

Akhesa seguía desconfiando. No era habitual en Maya hablar tanto. ¿Tantas explicaciones no ocultarían una verdad distinta? ¿No estaría intentando engañarla?

–Ya veo que os cuesta creerme -observó él-. Avisé en secreto a los principales maestros del reino y les encargué la construcción de gran número de barcos. Nuestra flota mercante está inmovilizada o requisada, pero hay una de recambio cuya existencia ignoran Horemheb y los sacerdotes del rey. Dadle autorización para circular por el Nilo y transportar mercancías. En ocho días, todas las grandes ciudades de Egipto quedarán abastecidas. El general no podrá organizar otro bloqueo.

La noche era límpida y tranquila. La cumbre, azulada, erguía su inquietante masa en el corazón del silencio. Los espíritus de las tinieblas se deslizaban por el viento, gemían y se perdían en el interior de las grutas abiertas en los flancos del gigante adormecido.

–Nuestro país es la obra maestra de Dios, Majestad. Fulgura aun en ausencia del sol. Siento la presencia de los templos, de las piedras de eternidad que guiarán a las generaciones futuras por el camino de la sabiduría. El faraón, mi señor, heredó esta tierra amada por los dioses y nadie le despojará de ella. Horemheb me encontrará en su camino, y encontrará también a todos los artesanos del reino.

Maya hablaba con voz monótona. Poseía la inconmovible fuerza de la certidumbre. Acababa de salvar de la decadencia a la pareja real, pero Akhesa no se hacía ilusiones. Seguía siendo el amigo y el servidor de Tutankamón, no el suyo.

–Sabía que vendríais aquí -confesó Maya-. Os aguardaba. Sólo la cima podía arrancaros de la desesperación.

–¿Por qué no confiasteis en mí?

–Porque sois de la misma naturaleza que el general Horemheb, Majestad. El mismo fuego arde en vos. Yo quería salvar de la desgracia a Egipto, no a vos.

–Me conocéis mal, Maya. Jamás sacrificaré a mi pueblo en la lucha por el poder.

–También Horemheb me lo dijo. Y, sin embargo, no ha vacilado en extender el espectro de una hambruna para conseguir sus fines. Vuestro combate no es el de Tutankamón ni el mío. He ayudado a mi

rey a conservar su trono. A vos os toca consolidarlo más aún. Si actuáis así, estaré a vuestro lado. Pero si os apartáis de ese camino, Hermana Akhesa, me convertiré en el más implacable de vuestros enemigos.

La reina y el Artífice pasaron el resto de la noche en silencio, disfrutando del grandioso paisaje que se les ofrecía. Cuando el cielo comenzó a enrojecer por oriente, Maya se levantó. Akhesa le siguió. Bajaron hasta la modesta casa del Artífice, custodiada por un aprendiz que permanecía tendido en una estera ante el umbral.

–Ve a buscarnos masa y leche -ordenó Maya.

El muchacho, feliz de servir al hombre venerado por todos los artesanos, partió corriendo.

Maya ofreció un taburete a la reina. Sentía la fatiga de aquella noche sin sueño. Las primeras horas del día eran frescas. El Artífice encendió un fuego en el hogar.

Levantó una de las esquinas de la tela que servía de techo para que el humo escapara. En un ángulo de la estancia, el horno de pan estaba listo para ser usado. Maya coció la masa que le trajo el aprendiz. La comida estuvo lista pronto.

–No he abandonado esta casa desde mi… desaparición -reveló el Artífice a la reina, que degustaba un pan redondo de dorada corteza-. Mis órdenes partieron de aquí.

Akhesa descubría las realidades subterráneas de un país que había creído gobernar. El palacio era un mundo artificial, replegado en sí mismo, inconsciente de las fuerzas que trabajaban para modelar su destino. Había interpretado los acontecimientos y se había equivocado sobre la naturaleza de los seres.

Akhesa se mordió los labios, furiosa contra sí misma. La victoria de Maya no era la suya. La derrota del general Horemheb no la engrandecía. El Artífice le demostraba su incapacidad para dirigir.

Frente a ella había una hornacina que contenía una estatuilla del dios Ptah, el patrón de los constructores. Protegía la mansión de insectos perjudiciales y recordaba el valor sagrado de cada acto cotidiano.

–¿Cuándo atracarán vuestros barcos en Tebas? – preguntó ella-. Dentro de tres días se celebra el gran mercado. Si está de nuevo vacío, podemos temer lo peor.

–Los decretos referentes a la circulación y la carga están listos. Sólo falta el sello real. Los correos partirán en cuanto haya sido colocado.

–¿Y si llegan demasiado tarde?

Maya colocó de nuevo en el horno una bola de pan.

–He actuado de acuerdo con la regla de nuestra cofradía. Vuestro destino y el mío están en manos de los dioses.

–¿Cuándo regresaréis a vuestra administración en Tebas?

–Cuando Vuestra Majestad lo decida. Sólo soy su servidor.

Los decretos fueron firmados aquella misma mañana. Los correos partieron enseguida hacia los grandes centros administrativos del país y los barcos construidos por los carpinteros de Maya salieron enseguida de los astilleros para ser cargados con productos alimenticios. Tebas sería abastecida prioritariamente: Horemheb se vería obligado a finalizar su bloqueo, levantando la requisa de los navíos mercantes. La prosperidad renacería en todo su esplendor. El general sufriría una dolorosa derrota, y Tutankamón aparecería ante los dignatarios como un auténtico monarca cuya autoridad no sería ya discutida.

Ése era el plan perfecto que Akhesa imaginaba. Pero había todavía imponderables… ¿Sería suficiente el número de nuevas embarcaciones? ¿Obedecerían los descargadores las órdenes sin rechistar? ¿Se habrían pasado todos los intendentes de los graneros reales al bando de Horemheb? ¿Llegarían a Tebas las primeras partidas de víveres antes del gran mercado?

Maya no había prometido nada. Había actuado a su modo, y ahora se retiraba de la implacable justa iniciada entre Akhesa y Horemheb. En opinión del Artífice, para quien sólo contaba la salvaguardia de su amigo Tutankamón, si las cosas funcionaban mal, la esposa real sería la única responsable.

Akhesa sintió deseos de aullar, de gritar su angustia. Todos olvidaban que tenía sólo veinte años. El rostro de su padre, de pie frente al sol divino cuyos rayos acogía en su corazón, llameó en su memoria. Ella lo sintió presente, a su lado, indiferente a las críticas. Aquella misión la tranquilizó. Tenía que prolongar y continuar su obra, aprovecharse de la tormenta para imponer de nuevo a Atón como el más alto valor sagrado del país.

Pero ¿no atracarían demasiado tarde los barcos de Maya?

A las seis de la mañana, el general Horemheb fue despertado por el intendente de su villa tebana, que llevaba un mensaje con el sello real. El sueño abandonó enseguida sus ojos. Olvidando saludar al sol y a las divinidades domésticas, se levantó de un salto y leyó con avidez la convocatoria. La leyó varias veces, cada vez más feliz.

Se acercaba el momento de su triunfo absoluto.

El general llamó al peluquero, al manicuro y al masajista. Este último relajó sus músculos e inundó su cuerpo de una agradable sensación de bienestar. Horemheb comió fruta y pan caliente, y bebió leche fresca con miel. Luego tomó un baño y se vistió suntuosamente, deseando aparecer con todo el fulgor de su riqueza y poder.

Poco después de las diez, un hombre seguro de sí, de refinada elegancia, entró en palacio. No se había apresurado, cuidando el menor detalle de su atavío. Lanzó una condescendiente mirada al jefe de protocolo, que le conducía a la sala del trono como si fuera ya su nuevo señor. Ante su sorpresa, el funcionario dobló a la derecha.

–¿Adónde vamos? – preguntó Horemheb.

–Al despacho de la gran esposa real.

Intrigado, el general fue introducido en una amplia estancia muy clara, llena de papiros enrollados y sellados. Sentada en una estera, como los escribas, Akhesa utilizaba su cálamo para redactar con mano segura un texto administrativo en columnas verticales.

La puerta se cerró tras Horemheb. La reina prosiguió su trabajo como si estuviera sola. Vestida con sencillez, hacía que el complicado atavío del general pareciera ridículo. Éste esperó algunos minutos, sonriendo. Luego, la irritación le dominó. La cortesía le imponía un silencio que a duras penas respetaba. No pudiendo más, se atrevió a cometer una grave descortesía tomando primero la palabra.

–Me habéis convocado, Majestad, y he venido. ¿Por qué este silencio?

La reina no levantó la cabeza.

–Habéis jugado un juego peligroso para nuestro país, general.

Horemheb se engalló.

–No admito esa acusación, yo no…

–No habéis dejado huella alguna, lo sé. Tenéis una enorme habilidad. Sin embargo, buscaré pruebas de vuestra perjudicial acción.

El general vaciló, pero comprendió enseguida que Akhesa libraba un combate de retaguardia. Intentaba humillarle por última vez antes de cederle el poder.

–¿Por qué no soy recibido por el faraón en la sala del trono?

–El rey descansa, y lo que tengo que deciros no precisa tan suntuoso marco. ¿Os parece mi despacho indigno de vos?

–Claro que no -protestó incómodo Horemheb-. Supongo que

conocéis la gravedad de la situación económica.

–Creo conocer también al responsable.

El tono de la reina se había hecho cortante. Horemheb se sulfuró.

–¡Dejemos de jugar al gato y al ratón, Majestad! Estáis obligada a concederme la regencia. Sólo yo puedo devolver la prosperidad al país y evitar los disturbios. Sería criminal retrasarlo más. Tutankamón y vos seguiréis reinando..., al menos oficialmente y durante algún tiempo. Luego, el rey me dejará actuar solo. Vos, como gran esposa real, me designaréis como su sucesor legítimo. No os queda otra salida.

–Tenéis razón. Sancionaré a los funcionarios felones que tan mal han servido al rey. Nunca seréis regente del reino, general. Sufriréis la cólera del faraón.

Akhesa siguió escribiendo sin perder la calma.

–Es un desafío inútil -se burló el general-. Nuestra guerra ha terminado. Sabed aceptar vuestra derrota. Hoy, somos adversarios, pero mañana...

–Nunca seréis regente del reino -repitió la reina glacial-. Tutankamón es el único detentador del poder legítimo. Le amo y siempre estaré a su lado. Volved a vuestro palacio, general, y aguardad las órdenes del faraón. No toméis iniciativa alguna. He hecho abrir una investigación sobre vuestros manejos.

Atónito, Horemheb se acercó a la joven, dominándola con su estatura.

–¡Habéis perdido la cabeza, Majestad! ¿A qué esperáis? Todos saben que soy el verdadero dueño del país.

–Sin duda lo erais, general. Numerosos funcionarios serán trasladados en los próximos días y se nombrarán nuevos ministros.

Horemheb palideció. Akhesa estaba en el buen camino. Antes de atacar directamente al general, le privaría de sus principales aliados, disminuyendo poco a poco su influencia.

–Tenéis el tiempo en contra, Majestad.

–Dios me protegerá -declaró la reina, levantando por fin los ojos hacia su interlocutor-. Venceré.

Transcurrieron dos días. Tutankamón recobraba la salud gracias a un tratamiento de fumigaciones y esencias de plantas. Maya permanecía oculto en el pueblo de los artesanos. Horemheb se había encerrado en su villa, vigilada discretamente por la policía.

Akhesa, ayudada por el «divino padre» Ay, trabajaba sin descanso. Transformar la administración que Horemheb había puesto en marcha se revelaba una tarea difícil, casi imposible. No bastaba con desplazar algunos peones. Era necesario modificar un juego de sutiles relaciones entre los dignatarios, identificar a los que ejercían realmente algún poder. El «divino padre» ofreció a la reina su inestimable experiencia.

Ay estaba convencido de que fracasaría. Se enfrentaba con un monstruo de innumerables tentáculos, intentaba introducirse en un edificio de mil corredores, cuyo plano sólo conocía Horemheb. Tal vez lograra reducir su confianza y recuperar el dominio sobre algunos sectores de la economía, pero la empresa se anunciaba desesperada. Sin embargo, la ayudaría hasta el final. Desde la muerte de su mujer, el «divino padre» no tenía ambición alguna. El mundo de los vivos ya no le interesaba. Paso a paso, avanzaba hacia el reino de occidente, donde su espíritu abandonaría un cuerpo desgastado para emprender el viaje sin fin por los espacios celestiales.

Ay amaba a aquella joven reina, tan frágil y fuerte a la vez. Era de la raza de los conquistadores, que se olvidan de sí mismos para llevar hasta las últimas consecuencias su pasión. Al anciano le gustaba servirle de padre y de consejero, pese a estar convencido de que el combate con Horemheb lo tuviera perdido de antemano.

–Mañana se celebra el gran mercado de Tebas… -recordó-. ¿Tenéis noticias de vuestros barcos de transporte?

–Ninguna -respondió sombría Akhesa-, pero llegarán a tiempo.

–¡Que Amón os escuche, Majestad!

Tutankamón se unió a su mujer y al «divino padre» durante la cena. Hablaron poco, limitándose a alabar la calidad de los platos de carne y de pescado preparados por el cocinero del faraón.

Akhesa se preparaba para vivir una tercera noche de insomnio, cuando su sirvienta nubia la avisó de que un visitante, que no quería decir su nombre, solicitaba una audiencia inmediata.

–Descríbemelo -exigió la reina.

–Es un sacerdote. Lleva el cráneo rasurado y es viejo.

Pese a la desfavorable opinión del «divino padre», Akhesa recibió al religioso en su despacho. Tras haberse inclinado ante la gran esposa real, el mensajero le rogó que se dirigiera apresuradamente al templo de Karnak. El gran sacerdote de Amón, Primer Profeta del dios, deseaba tenerla a su lado para un asunto de la mayor importancia. Esperaba que la reina pudiese responder inmediatamente a su llamada.

Intrigada, Akhesa aceptó. Ciertamente, el sumo sacerdote era el más fiel aliado del general Horemheb. Pero ¿qué riesgo podía correr en el interior del templo? Nunca se había atentado allí contra la vida humana. ¿Le tenderían una trampa en su recorrido hasta el palacio de Karnak? Convocó a una escolta numerosa y bien armada.

El sol se había puesto cuando la gran esposa real entró en la morada del más alto dignatario religioso de Egipto, situada junto a un lago sagrado cuyas aguas eran movidas por el viento del norte.

El anciano de rostro severo y descarnado se encontraba tendido, con los brazos a lo largo del cuerpo y los ojos entornados. Una antorcha iluminaba débilmente la pequeña alcoba donde reposaba.

Akhesa supo enseguida que la rapaz muerte revoloteaba a su alrededor.

–Acercaos, Majestad -exigió el sacerdote con una voz grave que apenas temblaba-. Tomad una silla y venid junto a mí. Ya no tenéis nada que temer. Mañana habré dejado de existir. Sin embargo, antes de subir al bote del barquero, quería veros por última vez…, y deciros que, sin duda, me he equivocado.

Akhesa se arrodilló a la cabecera del moribundo.

–Atón y Amón… La guerra de los dioses… ¿Por qué hemos cometido semejante locura? Majestad, ¿conocéis el himno que recito cada mañana en honor de mi dios?… «Tú eres quien ha creado todas las cosas, el Único que crea lo que existe. De tus ojos han salido todos los humanos; de tu boca, las divinidades. Tú creas el forraje que alimenta el ganado y los árboles frutales para los hombres, tú haces que los peces vivan en el agua y los pájaros en el cielo, tú eres el único de numerosas manos…»

Akhesa contuvo sus lágrimas. ¿No era aquella la fiel transposición del himno a Atón compuesto por su padre? De modo que su mensaje había encontrado refugio en el santuario del dios al que había combatido y vencido. Amón asfixiaba a Atón, vaciándole de su substancia.

–Me he equivocado -afirmó el sumo sacerdote-. Intenté destrozaros porque os consideraba una intrigante ávida de poder, pero resististeis. Sois una reina.

La voz grave se hacía cada vez más débil.

–Es demasiado tarde…, demasiado tarde…, tanto para vos como para mí. Lamento mi acción, pero nadie podrá evitar las consecuencias. Intentaréis reinar… Si lo lográis, cread templos duraderos por el amor que sentirán hacia vos, haced felices a los

ciudadanos y a los campesinos, pensad sólo en la voluntad de los dioses y en el bienestar del pueblo. Velad por la seguridad de las fronteras. No seáis partidista. No concedáis privilegios injustificados ni inflijáis castigos excesivos. Consolad a los que sufren, fortaleced vuestro país con la dulzura y el poderío.

Akhesa escuchó con veneración las palabras del moribundo.

–¿Por qué es demasiado tarde? – preguntó.

El sumo sacerdote volvió hacia ella unos ojos llenos de angustia.

–He actuado contra el faraón… No le creía capaz de gobernar el Doble País…, pero vos estáis a su lado, vos…

Su mirada se inmovilizó, y su cabeza se inclinó suavemente sobre el hombro izquierdo. El general Horemheb acababa de perder a su principal aliado.

En cuanto los primeros rayos del sol caldearon la tierra y disiparon la bruma que cubría el Nilo, los comerciantes plantaron sus puestos de madera y extendieron por él suelo amplios trozos de tela en los que se expondrían las mercancías. Risas y cantos habían abandonado un trabajo que se ejecutaba con más fiebre que entusiasmo. El gran mercado corría el riesgo de permanecer casi vacío. Esta vez, la población no tendría más paciencia. Agrediría primero a los mercaderes y, luego, a las fuerzas de la policía, Si el ejército se veía obligado a intervenir en pleno tumulto, se produciría una masacre.

En el templo de Karnak, los sacerdotes acababan de enterarse, por voz del Segundo Profeta, de la desaparición de su jefe. En el palacio, Tutankamón dormía.

Akhesa había subido a la terraza superior, desde la que dominaba la capital. El gran templo de Amón-Ra, protegido por una muralla, formaba una gigantesca ciudadela de lo sacro en el corazón de la ciudad. Las oriflamas rojas que adornaban la parte superior de los altos mástiles, erigidos ante los pilonos, bailaban en la brisa matinal. Tebas, ruidosa y animada de ordinario, estaba sumida en un inquietante silencio.

La reina divisó una vela blanca, una estela en el agua plateada. Su corazón latió más deprisa.

Se trataba sólo de un trasbordador que llevaba a algunos campesinos hacia la ribera occidental, cuya cima, brotada de las tinieblas, seguía velando sobre los templos y los barcos. Aquella jornada sería distinta de todas las demás. Akhesa se negaba a ver correr la sangre de su pueblo. En cuanto la cólera rugiera en la plaza del mercado, haría anunciar que el general Horemheb era nombrado

regente por el faraón, para terminar con la penuria y la agitación. Aquella noticia bastaría para apaciguar los espíritus. A Tutankamón y a ella sólo les restaría encerrarse en palacio, aguardando el nombramiento de un nuevo sumo sacerdote de Amón y abandonando a Horemheb las riendas del Estado.

Akhesa se iba acostumbrando a Tebas. Jamás le gustaría tanto como la ciudad del sol, pero lograba domesticar su genio propio, descifrar sus alegrías y sus penas, moverse por el laberinto de sus callejas. Los faraones habían creado Tebas, y Tebas creaba faraones. Si conseguía fundar una nueva ciudad del sol, la reina no olvidaría la antigua capital. No intentaría destruir a Amón y sus templos, sino restringirlos al lugar que habían elegido.

Una nueva ciudad del sol… El sueño chocaba contra la voluntad del general Horemheb, contra su astucia y su ambición. ¿Cómo lograría sobrevivir tras su abdicación de hecho? ¿Bastaría el amor de Tutankamón para hacerle olvidar que había sido reina de Egipto? Jamás pertenecería a Horemheb. Jamás abandonaría al hombre que la había convertido en su esposa y en soberana de las Dos Tierras. Sólo le quedaría un poder: el de legitimar el acceso al trono de un nuevo monarca. Y Horemheb no lo sería, por muy seguro que estuviera de su triunfo. Ella no cedería. ¿Cuánto tiempo soportaría Horemheb esta situación? ¿Cuántas negativas sufriría antes de tomar la decisión de suprimirla?

¡Qué rápidos pasaban los minutos! El sol ascendía por el cielo, y los primeros ociosos circulaban por la plaza del mercado. Akhesa contempló Tebas con pasión, como si la capital de Egipto fuera todavía suya. Lanzó una última mirada al Nilo, cuyas aguas se coloreaban de un vivo azul en el que destacaban, lejanas, tres velas blancas.

Tres velas blancas, cuadradas, avanzando con lentitud porque los barcos iban muy cargados.

Tres barcos que se habían separado de una flotilla, pacificó ejército que llegaba para alimentar Tebas.

Akhesa echó la cabeza hacia atrás. Sus sueltos cabellos acariciaron sus riñones. Separó los brazos del cuerpo, con las palmas abiertas hacia el cielo, y dio gracias al sol divino; sus lágrimas se mezclaron con un canto de alegría.

–Me muero de sed -dijo Tutankamón-. Dame más cerveza fresca.

El rey tendió su copa a la reina. Sosteniendo un colador en su mano derecha, Akhesa derramó el líquido, que, filtrado, sería más suave para la inflamada garganta del rey. Aquel brebaje era también un remedio que curaba las infecciones.

–La jornada será larga y agotadora. ¿No podríamos acortar algunas ceremonias?

–Imposible -respondió Akhesa, besando tiernamente al rey en la frente-. En la fiesta del primero de año se celebran fastuosos festejos cuyo centro es el faraón. Ha llegado el momento de vuestro triunfo, Majestad.

Los ojos del rey brillaban de excitación.

–¿Y si hiciéramos el amor en vez de cargar con tanto protocolo?

La reina inclinó los ojos, falsamente púdica.

–Lo uno no impide lo otro -dijo con voz divertida-. ¿Acaso no es el amor lo que inspira vuestro reinado?

Akhesa hizo resbalar por sus hombros los tirantes del vestido, que cayó a sus pies. Permaneció frente al rey, con un collar de perlas de cornalina por toda vestimenta. Tutankamón, conmovido por la visión, estrechó a su esposa en sus brazos.

–¿Cómo decirte que cada vez te amo más, Akhesa? ¡Eres tan hermosa!

Ella posó el índice en los labios del faraón.

–Un joven dios debe ser silencioso, Majestad. No habla, actúa.

Tutankamón besó el cuello perfumado de la gran esposa real y, con infinita dulzura, la tendió en un lecho de madera dorada cuyos pies tenían forma de patas de león.

Varias semanas habían transcurrido desde que finalizara la penuria. Cuando Maya, Artífice de todas las obras reales y superintendente del tesoro, regresó a su despacho ministerial, procedió de inmediato a un examen de los expedientes que el «divino padre» Ay le había confiado. Debía establecer la lista de los altos funcionarios destinados a comparecer ante un tribunal por sus graves faltas. Sus primeras investigaciones le demostraron la importancia de la red de influencias tejida por Horemheb.

Éste demostraba una absoluta serenidad, que asombraba a la pareja real. El general ofrecía recepción tras recepción, organizaba cacerías de leones, viajaba ostentosamente en barcos donde se

celebraban fiestas. No olvidaba acudir a palacio para ofrecer regalos al rey y la reina, y recibir instrucciones que se limitaban a actividades mundanas con las que Horemheb parecía satisfacerse. Afirmaba, a quien quería escucharle, que había renunciado definitivamente al poder supremo para disfrutar sin reservas una existencia de cortesano entregado al lujo y al placer. Su esposa, Mut, llevaba cada día un vestido distinto y pasaba numerosas horas en compañía de sus esteticistas y peluqueras. Aparecía como la primera dama de Tebas, después de la reina, y como la mejor organizadora de recepciones de la capital.

Akhesa no había bajado la guardia, pero creía haber debilitado de modo decisivo a su peligroso adversario nombrando como Primer Profeta de Amón a un sacerdote devoto, bastante anciano ya y gran amigo del «divino padre» Ay, que se había convertido en consejero privado de la pareja real y vivía en palacio.

El embajador Hanis, cuyos informes sobre la situación en Asia eran bastante tranquilizadores, había regresado a Tebas para festejar el año nuevo. Ciertamente, los hititas no habían disminuido sus esfuerzos militares, pero mostraban una extremada prudencia y habían abandonado su política de expansión.

Hanis había descrito a la pareja real como intransigente y decidida a mantener la influencia faraónica en el extranjero, con la incondicional ayuda del general Horemheb, cuyo prestigio seguía siendo grande. De aquel modo, logró que los hititas se atrincheraran en una posición de espera, vacilando antes de provocar enfrentamientos directos con el ejército egipcio.

Akhesa había mantenido una larga y feroz entrevista con Nakhtmin, el jefe del ejército designado por Tutankamón. Le había reprochado su abulia y su blandura, provocando una violenta reacción en el joven, que había olvidado sus deberes para gozar sólo de sus derechos. Recordándole su juramento de fidelidad al faraón y el respeto que debía a su padre, Ay, cuyo nombre deshonraba con su conducta, había despertado en él el deseo de hacerse digno de las funciones que le habían sido confiadas.

La reina no actuaba por bondad hacia un hombre al que despreciaba, sino que lo utilizaba contra Horemheb. Si Nakhtmin demostraba por segunda vez su incapacidad, le destituiría. En lo sucesivo, dificultaría la acción del general, aunque éste conservara sólidos apoyos en los distintos cuerpos de ejército. Pronto la reina podría modificar algunos mandos, y tal vez incluso enviar a Asia y Nubia a los mejores amigos de Horemheb.

El año que se iniciaba marcaba el primer apogeo del reinado de

Tutankamón. Akhesa se eclipsaría tras el rey y proclamaría el valor de su acción ante la totalidad de la corte. Era preciso, sin embargo, que el joven faraón soportara el peso del vestido ritual y de la doble corona durante una ceremonia que iba a durar hasta entrada la noche.

A media mañana, el faraón y la gran esposa real salieron de palacio, tras los pasos de un maestro de ceremonias provisto de un largo bastón y precediendo a una hilera de cortesanos recogidos, con la cabeza inclinada. Caminaron con paso lento hacia el templo de Karnak. A la entrada del recinto sagrado les aguardaban numerosos sacerdotes. De sus filas salió el Primer Profeta, con la espalda encorvada.

–El año muere, el año renace. Que el faraón preserve la vida de su pueblo e impida que crucen las fronteras la enfermedad, el odio y la destrucción.

–Para que así sea -exigió el maestro de ceremonias-, que el faraón sea purificado.

Tutankamón fue introducido en una angosta sala de techo bajo, la «casa matinal». Dos sacerdotes le purificaron, derramando agua sobre su cabeza y sus manos. Luego, el rey tomó un corredor que le condujo al pabellón del tesoro, donde se instaló en un palanquín junto a la reina, tras haber leído las fórmulas alquímicas que transformaban en oro la materia prima. Una procesión les llevó hasta la capilla del gran sitial, donde el rey recibió nueve unciones. Gracias a la aplicación de los santos óleos, la peligrosa leona proveedora de epidemias no enviaría contra él ningún maleficio.

La pareja real permaneció más de una hora en el santuario de la Casa de la Vida, donde el rey consagró alimentos a las divinidades para que fueran favorables durante todo el año. Tutankamón y Akhesa meditaron en el centro de un patio rodeado de muros de ladrillo y con el suelo de losas de piedra. La reina encendió siete estatuillas colocadas ante el rey para otorgarle una energía imperecedera. Luego, rodeó el cuello del faraón con un amuleto que representaba al halcón y la abeja, mágicos protectores de su poder.

Tras haber franqueado una puerta monumental de caliza blanca, el rey avanzó entre dos hileras de columnas que conducían a una sala sumida en la oscuridad. Se tendió en un lecho, con siete sellos colocados bajo la cabeza, dispuesto a cruzar el espacio de muerte que separaba el año que concluía del nuevo año.

Cuando se levantó, la reina decapitó siete plantas de las marismas, simbolizando a los enemigos de Egipto. Al incorporarse, Tutankamón vaciló y tendió su brazo derecho hacia Akhesa, esperando asirse a ella,

pero se derrumbó antes de haber podido llegar a su esposa. La reina pidió auxilio.

El rey vomitó una mezcla de sangre y bilis.

Dos sacerdotes lo llevaron hasta un cuarto de baño provisto de letrinas. Había dos asientos de madera colocados sobre muretes de ladrillo de bastante altura. Debajo se encontraban los recipientes de terracota destinados a recoger las deyecciones. Desnudaron al rey y lo mantuvieron de pie en una losa de caliza bajo la que pasaba una conducción caldeada. Lo lavaron con agua, que era proyectada contra las paredes cubiertas de baldosas.

Tutankamón no había perdido el conocimiento, pero se sentía débil. Akhesa le suplicó que apelara a sus últimos recursos para seguir celebrando los ritos. Era indispensable que el pueblo aclamara a su rey.

Una popa de jugo de palma con aceite de moringa devolvió las fuerzas al soberano. Pese al desagradable sabor, Akhesa le obligó a beber hasta la última gota. Apoyándose en el brazo de su esposa, Tutankamón recibió la doble corona, empuñó el cetro de mando y consiguió caminar hasta el atrio del templo, donde los sacerdotes soltaron pájaros en dirección a los cuatro puntos cardinales. El halcón, el buitre, el milano y la oca del Nilo llevarían a los cuatro rincones del universo la buena nueva: el rey de Egipto había vencido al mal.

Una golondrina revoloteó alegremente en la luz invernal, provocando sonrisas de satisfacción. Ningún presagio habría podido ser más favorable. Ésa era la forma en que el alma del faraón ascendía al cielo para dialogar con las potencias de las alturas, y regresaba a la tierra para guiar a los humanos.

El sol estaba en el cenit cuando el joven rey, saliendo del templo de Karnak, apareció ante su pueblo. Tutankamón iba sentado en un trono, sostenido por dos largas barras de madera que los porteadores llevaban a la altura del hombro. Las miradas confluían en la doble corona, la blanca encajada en la roja, caracterizada por su talla en espiral que unía el pensamiento del faraón con la energía del cosmos.

Una densa muchedumbre aguardaba que el rey-dios se manifestara. Un inmenso clamor se elevó cuando Tutankamón puso pie a tierra, elevó su cetro y sacralizó a hombres, mujeres y niños, cuya vida estaba unida a la suya. Un intenso sentimiento de comunión unió al soberano con sus súbditos.

Se acercaron portadores de ofrendas, depositando sobre altares portátiles los regalos de Año Nuevo. Los talleres reales habían creado obras maestras: collares, brazaletes, sandalias doradas y lujosas telas

se acumularon ante los maravillados ojos de la concurrencia. El examinó con atención cada objeto, felicitó a los jefes de las corporaciones y condecoró con tres collares de oro a su Artífice, Maya, jefe de todos los artesanos.

No faltaba ni un sólo dignatario. La corte al completo observaba con mirada crítica la prestación del joven soberano, cuya popularidad no dejaba de aumentar. Los más exigentes debieron admitir que el joven cumplía a la perfección con su tarea. Sabía mostrarse caluroso y despertaba el amor del pueblo. Con la edad, gozaría de mayor autoridad. Teniendo a su lado a una gran esposa real, cuyas cualidades de mujer de Estado todos conocían, disponía de una aliada que se afirmaba ya como una reina excepcional.

El «divino padre» Ay, a quien se le había permitido sentarse en un taburete plegable a causa de su estado de salud, sentía una profunda satisfacción. Hasta aquel instante, había temido que el rey fuera incapaz de soportar las exigencias físicas de tan larga jornada. Sin embargo, cuantos más minutos transcurrían, más aumentaba el vigor de Tutankamón.

Horemheb, con el rostro indescifrable, se asombraba también ante la resistencia del joven monarca. Estaba convencido de que no soportaría mucho tiempo el peso de la doble corona, del vestido de ceremonia y del cetro de mando. ¡Cómo le hubiera gustado verle derrumbarse y morder el polvo! Pero esa postrera esperanza desaparecía, y el general perdía confianza en sí mismo. Le encolerizaba renunciar a un gran destino, a causa de una mujer cuyo sentido político se había revelado más aguzado que el suyo. Había cometido una falta imperdonable: subestimar la capacidad de Akhesa para luchar contra la adversidad. Cuando la creía vencida, ella había aprovechado uno de sus raros períodos de pasividad para desplegar una estrategia victoriosa. Los mejores amigos del general, altos funcionarios que siempre le habían apoyado, comenzaban a separarse de él por miedo a ser sancionados como consecuencia de la investigación ordenada por el rey. Atado de pies y manos, Horemheb se encerraba en una vida mundana. La pareja real jamás se atrevería a atacarle directamente. Le dejarían envejecer en el lánguido lujo de Tebas, reduciendo cada año más su campo de acción. ¿No sería aquella lenta asfixia peor que la muerte?

Akhesa, que se mantenía junto a su esposo, ligeramente retrasada, no había conseguido captar la mirada del general Horemheb. Lamentó no poder descifrarla, sentir su angustia frente a acontecimientos que le relegaban a las tinieblas. ¿Cómo reaccionaría el general ante su inevitable decadencia? ¿Cómo intentaría salir de su dorada prisión? Su caída era tanto más dolorosa cuanto que había creído llegar a la

cumbre.

Akhesa tenía la sensación de reinar sobre la alegre multitud que aclamaba al rey. El más hermoso regalo de Año Nuevo era la madurez del joven monarca. Había vencido su debilidad física, superado una indisposición, subyugado a sus últimos adversarios.

Akhesa experimentaba un nuevo sentimiento hacia su esposo: le admiraba. Viéndole tan satisfecho entre sus cortesanos, tan bondadoso con su pueblo, tan seguro de sí mismo, la reina descubría que Tutankamón comenzaba a practicar con fortuna su oficio de rey, e incluso a complacerse en ello.

Aquella noche le haría el amor como la primera vez que sus cuerpos se unieron.

Cuando el sol se hundió en el occidente, todas las amas de casa, de la más humilde a la más pudiente, encendieron una lámpara y la colocaron en un lugar bien visible, en la barandilla de una terraza o en el umbral de una puerta. En el mismo instante, Egipto entero se encendió con mil fulgores, ciudades y campiñas formaron un único tejido de claridad. El cielo estaba en la tierra, brillando con mil estrellas. En todas partes se bailaba y se cantaba. El festejo se prolongó hasta el amanecer.

En palacio se habían reunido los íntimos de Tutankamón: Maya, Artífice y superintendente de Finanzas, el «divino padre» Ay y el embajador Hanis. Los tres habían felicitado calurosamente al soberano. Sensible a tales alabanzas, Tutankamón se había sentido conmovido por las enamoradas miradas de Akhesa, en las que había visto nacer la admiración.

Saboreaba aquella victoria más que todas las demás. Conquistar por completo a su esposa, enamorarla tanto con el espíritu como con el cuerpo, era su más caro deseo. Puesto que sólo lo lograba cumpliendo con brillantez su función de faraón, en adelante aceptaría esta exigencia. Reinaría para ella.

Akhesa, agotada, se había sentado a los pies del rey, con la mejilla apoyada en su pierna. Tutankamón había sido regenerado por la ceremonia. Toda huella de fatiga había desaparecido de su rostro. Se mostraba locuaz, hablaba con entusiasmo de sus numerosos proyectos, destinados a hacer que Egipto fuera más feliz. Hanis descubría a un rey cuya fuerza de convicción no había sospechado. Maya se alegraba de ver surgir, por fin, la verdadera naturaleza de su amigo. El «divino padre» Ay apreciaba en su justo valor la magia utilizada por Akhesa para conseguir que un hombre se liberara del fardo de la infancia.

Los señores de Egipto habían cenado higos frescos, brochetas de

cordero asado y pasteles de miel. El escanciador les había servido un vino de los oasis, admirablemente afrutado.

–Egipto es rico -declaró Maya-, y lo será más aún gracias al trabajo de gestores competentes. Iniciaremos nuevas obras y procederemos a numerosas restauraciones. El rey Tutankamón dejará huellas de su paso en todo el país.

–Es posible poner fin a los monopolios económicos que todavía detentan los sacerdotes de Amón -añadió el «divino padre».

–Que el faraón no olvide la política exterior -recomendó Hanis-. Los hititas siguen siendo un peligro real. Soy partidario de una campaña militar de intimidación.

Relajada, Akhesa saboreaba aquellas palabras como una felicidad sin límites. Tutankamón gobernaba. Sus más altos dignatarios le servían sin reservas. Por fin podía construir un reinado a imagen de un templo. Las palabras que salían de su boca se harían realidad.

–Estoy de acuerdo, amigos míos -declaró el rey-, pero queda un obstáculo importante.

–¿Cuál, Majestad? – preguntó Hanis.

–El general Horemheb.

–Ha perdido la guerra intestina que os libraba -declaró Maya.

La sirvienta nubia les trajo uva. Los comensales, ahitos, la rechazaron. Pero Tutankamón, insaciable en aquel día triunfal, degustó unos granos, saboreando su azucarado frescor.

–No estoy de acuerdo. El prestigio del general sigue intacto. No dejará de actuar. Mañana encontrará nuevos aliados y fomentará otra conspiración contra mí. Aprovechará la menor de nuestras debilidades. Horemheb será un permanente peligro.

Lo acertado del análisis turbó los espíritus. Incluso Akhesa se rindió a las palabras de su esposo.

–¿Qué proponéis pues, Majestad? – preguntó el «divino padre».

–La única solución posible.

El embajador Hanis respiró de pronto con dificultad.

–No querréis decir…

–Sí -afirmó Tutankamón flemático-. El exilio. Nombro al general Horemheb gobernador de los oasis. Lejos de Tebas, perdido en medio del desierto y privado de su red de relaciones, no nos perjudicará más. Maya redactará el decreto mañana mismo y yo lo sellaré. El general abandonará definitivamente la capital antes de que termine la semana.

Tutankamón y Akhesa intercambiaron una sonrisa. La reina tenía la sensación de nadar en el lago de la felicidad, uno de los paraísos prometidos a los bienaventurados. El faraón actuaba como un gran monarca y realizaba su sueño más secreto: hacer que Horemheb desapareciera.

–¿No teméis…? – comenzó el «divino padre».

–No temo nada ni a nadie -dijo Tutankamón-. Soy el faraón.

Ay, Hanis y Maya inclinaron la cabeza con respeto. Akhesa vivía una formidable esperanza. Junto a un rey consciente del poder que le habían concedido los dioses, podría conseguir la restauración de la religión de Atón. Le convencería de que abandonara Tebas y creara una nueva capital donde reinaría un sol divino, capaz de unificar los pueblos de Egipto y de Asia.

La joven estrechó con ternura la pierna de su esposo.

De pronto, éste se puso rígido. Se levantó bruscamente, llevándose la mano a la garganta.

–Me ahogo… -se quejó-. Me estoy abrasando…

Tutankamón dio unos pasos, intentando llegar a una ventana. Vencido por el sufrimiento, cayó de rodillas. Akhesa se abalanzó sobre él, estrechándole entre sus brazos.

–Akhesa, amor mío… -murmuró, con un esfuerzo sobrehumano que le desgarró el pecho.

La cabeza del joven rey cayó hacia atrás. Miró fijamente a la mujer a la que amaba con pasión.

Sus ojos ya estaban muertos.

33

En aquella brumosa y fría mañana, las puertas de los santuarios permanecieron cerradas. Los dioses, mudos, seguían encerrados en sus naos. Los sacerdotes no se purificaron en los lagos sagrados, no llevaron ofrenda alguna al templo cubierto y no celebraron ningún rito. Karnak se vio sumido en el silencio y la inmovilidad, como privado de toda vida.

El alma del faraón había abandonado su cuerpo para reunirse con la luz de la que provenía. El joven rey de veinte años había dejado el mundo de los hombres para dirigirse al círculo de los poderes celestiales, convertirse en estrella y navegar por los canales del más allá. El estupor ante la horrible noticia había fulminado todo el país. Sin el faraón, Egipto se convertía en presa fácil para las cohortes de demonios y fuerzas maléficas que trabajaban incesantemente para destruir la vida. El pueblo no tenía ya vínculo con el cielo. El camino hacia la eternidad se hallaba cortado.

Durante setenta días, el tiempo necesario para momificar a Tutankamón y preparar su resurrección, el trono estaría vacío. La gran esposa real sólo contaba con esos setenta días para designar al sucesor del rey difunto, al nuevo señor de las Dos Tierras en cuya esposa se convertiría, legitimando así su poder. Poco más de dos meses antes de dar satisfacción al general Horemheb, el vencido de ayer, sobre quien Tutankamón había triunfado.

Akhesa sufría. Su alma era torturada por un dolor que no le concedía respiro. Su vida no tenía ya sentido ni sabor alguno. La muerte ladrona, la muerte sin rostro… había matado su felicidad. Le habría gustado penetrar bajo tierra con el sol del anochecer y no volver a ver la luz de los vivos, que aumentaba sin cesar su desesperación.

Akenatón tenía razón: los sacerdotes eran los más viles y despreciables de los hombres. Habían envenenado al faraón. La uva que el rey había comido, procedente de las viñas del templo de Karnak, estaba impregnada de una substancia tóxica. La reina había exigido una investigación, y se había logrado encontrar al servidor que llevara los frutos a palacio. El hombre no sabía nada. Los racimos le habían sido entregados por un intendente que recibía directrices de la administración central. Llegaron hasta un sacerdote subalterno que mostró el documento con el sello de otro intendente. Nadie confesó. Nadie podía confesar, pues el auténtico culpable había desaparecido.

Una de las frases pronunciadas por el difunto sumo sacerdote de Amón había cruzado la memoria de Akhesa: «He actuado contra el faraón… Le creía incapaz de reinar». El Primer Profeta había escapado a la justicia de los hombres, pero comparecería ante el tribunal divino.

La perspectiva no consolaba a Akhesa. Se sentía demasiado sola frente a una prueba que no tenía el valor de afrontar. Tomó un poco de cosmético de un recipiente cilíndrico de alabastro. Depositó suavemente en la mesa de maquillaje la tapa en forma de león tendido, con una lengua de marfil teñida de rojo. Le recordó las cacerías en las que había participado, acompañada de su esposo, cuando el sol inundaba sus corazones con el placer de vivir.

Akhesa había despedido a su sirvienta nubia. Deseaba adornarse ella misma para el inicio del periodo de luto. Tendidos ante la puerta de la alcoba, sus dos lebreles, Carnero y Toro, no la traicionarían nunca. La protegerían.

Tomó un frasco de perfume adornado con flores de alabastro y con la figura del dios Nilo, de colgantes mamas, evocando la inagotable fecundidad ofrecida por el río. Loto y papiro se cruzaban, simbolizando la unión entre el Alto y el Bajo Egipto, la alianza indispensable para la felicidad del pueblo que el faraón tenía el deber de llevar hacia la luz.

En el pie del frasco figuraba el nombre de Tutankamón grabado con oro fino. Un nombre que, en adelante, pertenecería a las listas reales y se inscribiría en el glorioso pasado de las Dos Tierras. Un nombre que sólo viviría en los monumentos, las estelas y las piedras sagradas.

Sintiendo la insoportable ausencia de su marido, la reina comprendió hasta qué punto lo amaba. Él la había adorado, ella prácticamente lo había ignorado. Él le había ofrecido la más intensa de las pasiones, ella sólo le había correspondido con el goce. Ella había creído poseer el verdadero poder, olvidando que Tutankamón, por la magia de los ritos, se había convertido en un rey-dios. Él, y no ella, era quien había reinado.

La muerte no les separaría. Akhesa así lo había decidido. Ella le entregaba el inmenso amor que anidaba su corazón. A él y a nadie más.

La reina se perfumó, impregnando cada parcela de su piel con esencia de jazmín. Sujetó una flor de loto en sus cabellos, se puso un austero vestido de lino azulado, y adornó su garganta con un collar de perlas de oro y cornalina, embellecido con un colgante en forma de serpiente de oro macizo.

Avanzando por la terraza del palacio real, escuchó los cantos quejumbrosos de las plañideras, confeccionando ramilletes que se colocarían sobre el sarcófago real. El trabajo se había detenido en todas partes. Fiestas y banquetes habían sido anulados. El palacio, que de ordinario estaba lleno de actividad, se había inmovilizado en un sueño doloroso. Los escribas habían cerrado sus despachos. Ningún acta se firmaría mientras el país no fuera gobernado por un nuevo faraón.

El silencio se convertía en regla. Durante las frugales comidas, en las que no se servía ninguna clase de vino, los comensales no pronunciaban la menor palabra. Puesto que el Verbo había huido con el alma del rey, los hombres debían callar. Los alimentos ya no constituían una fiesta, sino un modo de sobrevivir. En señal de luto, los dignatarios se dejaban crecer la barba y llevaban los más sencillos vestidos, confundiéndose con los humildes. La jerarquía sagrada desaparecía. El mundo era presa del caos.

Sólo quedaba una autoridad reconocida por todos: la gran esposa real. El destino del país estaba en sus manos.

El «divino padre» Ay y el Artífice Maya fueron introducidos en la sala de audiencias al caer la tarde. Filtrándose por las estrechas ventanas, los últimos rayos del sol poniente cubrían de oro las pinturas murales, donde los patos se debatían entre las marismas.

Akhesa, coronada por la mitra blanca que había llevado su madre, Nefertiti, estaba sentada en su trono. Junto a ella, vacío, el del faraón.

Ambos dignatarios quedaron impresionados por la belleza de la reina y, más todavía, por su gravedad. Ay percibió la transformación que se había operado en ella. La muerte de Tutankamón, lejos de haberla quebrado, le había dado una nueva fuerza. Robustecida por la prueba, la voluntad de la joven se había fortalecido como madera de acacia endurecida por el agua y el viento. El «divino padre» sintió los más vivos temores. ¿Cómo doblegarla? ¿Cómo hacerle admitir que sus sueños no se realizarían nunca y que debía inclinarse ante el destino?

–¿Por qué deseáis esta entrevista? – preguntó secamente la reina.

–El Artífice tiene grandes preocupaciones -declaró el «divino padre»-. Ni el templo funerario del rey ni la tumba están listos. ¿Dónde celebraremos los funerales?

El rostro de Maya era hosco. El artífice contemplaba a la reina con severidad.

–¿Por qué no os expresáis vos mismo, Maya? – preguntó Akhesa-. ¿Necesitáis acaso un intérprete?

–La desgracia está en vos, Majestad, y vos la preparáis. Os considero responsable de la muerte del rey.

El «divino padre» cerró los ojos. La insolencia de Maya era torpe y estúpida.

–Sois injusto -observó Akhesa sin perder la calma-. Fueron los sacerdotes de Amón quienes asesinaron al faraón. Utilizaron un veneno.

–No lo creo -repuso el Artífice-. Tutankamón deseaba una existencia apacible. Vos le obligasteis a representar un personaje que le ha asfixiado. Vos le robasteis la juventud. Por vuestra culpa, su parte de luz se ha extinguido demasiado pronto.

–Os equivocáis -afirmó la reina, cuya mirada no vaciló pese a los terribles golpes que le asestaba su Hermano Maya-. El hombre a quien yo amaba se había convertido en rey. Ya no deseaba más existencia que la de un faraón. Por ello, Horemheb y sus aliados le consideraron peligroso.

–¡Es sólo una fábula inventada por una mujer decepcionada!

El «divino padre» agarró la muñeca del Artífice.

–Dejadle -intervino Akhesa-. Maya siempre ha hablado con franqueza. No intentaré convencerle. Lo esencial es preparar la morada de eternidad de Tutankamón.

–Soy responsable de esa tarea -precisó Maya-, y la realizaré antes de que termine la momificación. Primero debo encargarme de la tumba. Para terminar el templo serán necesarios varios meses.

–No excavaréis una tumba en menos de setenta días -objetó el «divino padre».

–Exijo que Tutankamón repose en el valle donde se encuentran las momias de los reyes de nuestra dinastía -dijo la reina, desafiando al Artífice.

Maya no ocultó su turbación.

–En ese caso, sólo hay una solución… Utilizar el taller donde trabajaban los maestros dibujantes. Pero se compone de pequeñas estancias poco dignas de un gran monarca.

La ironía de Maya apenó cruelmente a la reina. Pero no dejó que lo advirtiera.

–¿Serán suficientes para albergar los tesoros y el mobiliario que deben acompañar al rey al más allá?

–Eso creo, Majestad -respondió Maya-. Mis artesanos desplegarán

todo su ingenio. Al faraón no le faltará nada para penetrar en el paraíso.

–Vuestra opinión es decisiva -reconoció la reina-. Poned manos a la obra sin tardanza y mantenedme informada diariamente del progreso de los trabajos.

Maya se inclinó, y luego salió apresurado de la sala de audiencias.

El «divino padre» se sentó en los peldaños del estrado donde estaban los tronos.

–¿Puedo abrir el corazón a Vuestra Majestad?

–¿Tan inaccesible me he vuelto, Ay? ¿O consideráis acaso que la locura se ha apoderado de mi espíritu?

El viejo cortesano, algo tranquilizado por la moderación del tono, avanzó prudentemente por el camino que se veía obligado a recorrer.

–Comprendo vuestro resentimiento contra los sacerdotes de Amón, Majestad. Pero no olvidéis que cuentan con el apoyo incondicional del general Horemheb. Karnak espera de él nuevos privilegios. El Primer Profeta y su jerarquía preparan ya una gran fiesta en honor del dios Amón. Tenéis que dejar de atacarles. La investigación que habéis ordenado sobre la muerte del rey no tiene posibilidad alguna de éxito. Sólo aumentará su exasperación. A mi entender, haríais mejor interrumpiéndola.

Akhesa realizó un esfuerzo sobrehumano para no bajar del trono, golpear al anciano y gritar su odio hacia aquellos sacerdotes hipócritas, los más criminales de los hombres. Pero ¿de qué serviría su rebeldía? Acalló el fuego destructor que la habitaba.

–¿Tenéis más consejos que darme, divino padre?

Ay tenía la boca tan seca que se expresaba con dificultad.

–Reconoced enseguida a Horemheb como el faraón y anunciad vuestra boda. No es bueno que Egipto se vea privado de soberano. Las peores calamidades podrían abatirse sobre él. Disipad enseguida la angustia.

–Tengo setenta días para designar al sucesor de Tutankamón -recordó Akhesa.

Akhesa no concedió más audiencias. Al finalizar cada día de la primera semana de momificación, leía con atención los informes del Artífice Maya. La preparación de la tumba de Tutankamón avanzaba deprisa.

La reina meditaba durante horas y horas, limitándose a seguir la

carrera del sol. Su existencia no tenía ya sabor alguno. No para ella, sino para un rey difunto que hubiera debido ser grande, para un Egipto que hubiera debido ser el suyo.

Akhesa, cediendo a los ruegos de su sirvienta, aceptó por fin que la peinara. La nubia realizó su tarea con nerviosismo.

–¿Qué debes decirme? Habla de una vez.

–Señora… El embajador Hanis os suplica que aceptéis su invitación. Quisiera veros esta noche, en la villa de uno de sus amigos.

–A Hanis siempre le ha gustado el secreto. No saldré de palacio.

La nubia se arrodilló a los pies de la reina.

–Jura que es muy importante.

–¿Qué recompensa te ha prometido? ¿Oro? ¿Joyas?

La nubia agachó la cabeza. Unas lágrimas corrieron por sus mejillas.

–Dame un manto y una peluca, y llévame hasta él -ordenó Akhesa.

Tebas, de luto, apenas respiraba.

A la capital del mayor imperio del mundo le costaba acostumbrarse a la muerte y al silencio. Los mercaderes aguardaban con impaciencia el final del penoso período durante el que estaba prohibido abrir los mercados y tratar de negocios. En cuanto caía la noche, las calles, por lo general animadas por las interminables conversaciones de las amas de casa y los juegos de dados organizados por los obreros, quedaban desiertas. En las encrucijadas y las plazas habían hombres armados que impedían cualquier agrupamiento. Ni una sola antorcha brillaba en el exterior de las casas.

La oscuridad favoreció la rápida marcha de las dos mujeres, que avanzaron por una complicada red de callejas en las que no se encontraron con nadie. La nubia había aprendido enseguida a conocer Tebas y sus dédalos.

La morada elegida por Hanis ocupaba el fondo de un callejón sin salida. De dos pisos de altura, precedida por un pequeño jardín y con la fachada enteramente encalada, no se diferenciaba de las demás casas de notables agrupadas en el mismo barrio.

La puerta principal, con el dintel y los montantes de piedra, se abrió sin que la sirvienta necesitara anunciar su presencia. Un mayordomo panzudo, de rojas mejillas, se inclinó ante la reina y la precedió por un vestíbulo de paredes decoradas con ramilletes de lises. La gran sala de recepción era sostenida por columnas de un verde

tierno; las paredes estaban adornadas con un friso de lotos azules. El embaldosado formaba cuadrículas amarillas y rojas. La nubia tuvo que quedarse allí.

El mayordomo condujo a Akhesa hasta el primer piso, a los aposentos de los propietarios, que se encontraban ausentes, descansando en el campo. El embajador Hanis había tomado posesión del despacho, iluminado por cuatro altas ventanas con los montantes pintados de amarillo. Sus rejas de arcilla filtraban la luz.

En cuanto entró la reina, el embajador se levantó y la saludó.

–Gracias, Majestad, por haber respondido una vez más a mi invitación. Tengo que comunicaros informaciones confidenciales. Hablaremos mientras cenamos.

Sólo el mayordomo, unido al alto dignatario desde hacía mucho tiempo, fue autorizado a servirles las brochetas de carne, el pez asado, pan, un plato de lentejas con cebolla, lechugas, miel y una jarra de agua. Dispuso los manjares cocinados en calientaplatos, salió del despacho y cerró tras de sí las puertas.

–Un hombre fiel -explicó Hanis-. Pero todo el mundo puede ser corrompido y convertirse en un traidor.

–Y vos como los demás -ironizó la reina.

–Y yo como los demás -reconoció el embajador-. A decir verdad, he traicionado en muchas ocasiones. Unas veces para aumentar mi fortuna, otras para salvar mi vida o tender trampas a los enemigos. Es un arte difícil, agotador. Hoy renuncio a ello. Me gustaría disfrutar en paz de mis bienes en un Egipto feliz y fuerte.

–Os lo deseo, Hanis.

El embajador saboreó una brocheta de cordero asado y se lavó las manos en un aguamanil de plata. Seguía llevando en la muñeca izquierda el brazalete decorado con un zorro. El delgado bigote negro cuidadosamente dibujado, los cabellos bastante largos peinados a la perfección, el rostro demasiado fino para un hombre, conferían al personaje un encanto inquietante.

Akhesa no cesaba de cambiar de opinión sobre él. Sin duda, él modificaba también frecuentemente su posición ante ella.

–Mi felicidad sólo depende de vos, Majestad.

Akhesa mordisqueó una hoja de lechuga y una cebolla.

–¿En qué soy yo tan poderosa?

–No es tiempo de burlas, Majestad. Tenéis Egipto en vuestras

manos. Los días pasan. No debierais aguardar a que terminara el luto para designar a Horemheb como nuevo faraón. No nos queda mucho tiempo.

–¿Es sólo una opinión personal?

–Naturalmente que no, Majestad. Olvidemos, pues, una cena a la que no deseáis hacer honor…

–Vos mismo lo habéis dicho, Hanis: no nos queda mucho tiempo.

El embajador, fascinado por aquella reina de veinte años cuya belleza no dejaba de aumentar, debió admitir que nunca la comprendería.

No preveía sus reacciones, no adivinaba sus pensamientos.

Cuando se disponía a revelar un secreto, conocía las consecuencias de su acto, los acontecimientos, felices o dramáticos, que produciría. Pero esta vez se lanzaba a lo desconocido.

–Mis informadores en Asia me han confirmado el mayor de mis temores, Majestad. Los hititas no vacilarán en utilizar este turbulento período para atacar Egipto. Esa gente no respeta nuestros ritos. Tutankamón había adquirido envergadura suficiente como para disuadirles de emprender una guerra. Su muerte es una oportunidad. Al rey hitita le gustaría ofrecer Egipto a su hijo. Si no anunciáis enseguida la designación de Horemheb como nuevo señor de las Dos Tierras, seremos invadidos, Majestad.

–Pero ¿por qué? ¿No ha tomado Horemheb de nuevo en sus manos las riendas del poder militar?

–Durante el período de luto, la orden de movilización general se ejecutará con lentitud. Todos necesitamos a un rey investido por el poder divino. ¡En él se encarnará el sentido de la victoria! No podéis ignorarlo.

–Soy, más que nadie, consciente de ello.

La mirada de Akhesa se había hecho cortante como la hoja de un puñal. El embajador lamentó haberse comportado como un novicio presuntuoso.

–Sed sincero, Hanis. Si se proclama un nuevo faraón, ¿renunciarán los hititas a atacar Egipto?

–No lo creo. Sus preparativos de guerra están demasiado adelantados.

–Seguid siendo sincero. Aun bajo el mando del rey Horemheb, ¿serían nuestras tropas capaces de vencer al adversario?

El embajador inclinó la cabeza, turbado.

–El valor produce las más extraordinarias hazañas, Majestad.

–Dicho de otro modo, combatiremos uno contra cuatro.

–Tal vez, incluso contra cinco -confesó Hanis-, pero con un faraón a la cabeza. Ese mero hecho puede cambiar la suerte del conflicto. Vos sois, Majestad, la única dueña del juego. Si no actuáis, Egipto está condenado a muerte.

34

Hacía ya veinte días que el maestro momificador trabajaba en el cuerpo de Tutankamón. Las puertas de su taller, «la morada de regeneración», eran custodiadas por aprendices que impedían el acceso. Desde la muerte del primer faraón, los secretos de la momificación real nunca habían sido traicionados. En el mismo instante en que el cadáver había sido depositado sobre una losa de granito perfectamente lisa, el maestro se había puesto una máscara de chacal. Se convertía así en el dios Anubis, encargado de tomar de la mano al rey difunto y guiarle por los peligrosos caminos que conducían a la resurrección gloriosa en el más allá.

La naturaleza deshacía la obra de carne que había construido. Anubis transformaba un cuerpo mortal en cuerpo inmortal, soporte del ser de luz que se fijaría en la momia correctamente preparada. En el instante de la primera muerte, aquel paso inevitable para cualquier forma viviente, los elementos constitutivos del ser se separaban. Si permanecían separados, como una miríada de gotas de agua dispersadas por el viento, sobrevenía la segunda muerte y la nada. El papel de Anubis, el momificador, consistía en impedirlo gracias a la magia de los ritos. A partir de un cadáver, creaba un Osiris, un dios reconstituido, un ser aparentemente inerte pero coherente, del que brotaría una vida nueva.

Desde el principio, el maestro momificador había puesto fin al proceso de corrupción del cuerpo. Primero, por medio de un garfio de hierro, había retirado a través de la nariz buena parte del cerebro. Las drogas disolverían el resto en el interior del cráneo. Luego había abierto el flanco y extraído las vísceras: hígado, pulmones, estómago e intestinos. Tras un proceso de secado, éstas se metían en cuatro jarras para depositarlas en la tumba. En el cuero ya limpio, se vertía vino de palma y aromas. La herida del costado era cosida.

Comenzaba entonces un largo tratamiento con natrón seco para deshidratar la piel, los huesos y los cartílagos. Así no subsistiría en la momia ningún rastro de humedad. Luego, el maestro momificador, con la ayuda de dos asistentes, levantaría a Tutankamón para depositarlo en un lecho en forma de león y procedería a un postrer lavado.

La discusión entre los profetas de Amón y los miembros del alto clero se hacía tormentosa. El nuevo sumo sacerdote no había sido puesto al corriente de una reunión que no tenía nada de ritual. Una sola cuestión se planteaba: ¿Quién sería elegido para dirigir los funerales de Tutankamón? Era necesario imponer a la reina un adepto de Amón. Pero Akhesa era hija de un herético, tal vez herética ella misma… Además, ¿cómo estar seguros de que la momificación había sido correctamente practicada, sin la inclusión de un elemento religioso procedente de Atón? ¿No estaría su imagen presente en una pieza u otra del mobiliario funerario? Y en esas circunstancias, ¿debía un sólo sacerdote de Amón estar presente el día de los funerales, a riesgo de avalar unos ritos impíos? Se tomó una decisión: una delegación de sacerdotes exigiría audiencia a la gran esposa real.

Divertida, Akhesa aceptó recibir a tres Profetas de Amón que clamaban la urgencia de su solicitud. Les aguardaba. ¿Cuánta hiel debían de haber vertido antes de venir a plantear sus condiciones?

Poco maquillada, con un vestido ceñido sujeto bajo los pechos por dos largos tirantes, los cabellos sueltos sobre los hombros y los pies desnudos, Akhesa recibió a los sacerdotes en una pequeña sala de palacio de azules paredes, adornadas tan sólo, en lo más alto, por un friso vegetal. Aquella mujer, a la que habían decidido detestar, les hechizó inmediatamente. Con un gesto gracioso, les invitó a sentarse en unas esteras de escriba mientras ella se colocaba, con pose ligeramente lánguida, en una silla baja de madera dorada. En vano intentaron escapar a su mirada, al agua clara de sus ojos donde tantas voluntades habían debido de ahogarse.

–¿Qué deseáis? – preguntó la reina con gran suavidad.

–Majestad -declaró el Segundo Profeta de Amón con voz insegura-, es tiempo ya de nombrar al que oficiará durante los funerales del rey y dirigirá los ritos de resurrección. Es una larga tarea que exige preparación.

–Sin duda alguna -aprobó la reina.

–Estamos seguros de que el sacerdote será elegido entre los fieles del dios Amón y…

–Pero ¿todavía existen herejes?

Ninguno de los tres religiosos se atrevió a responder a la pregunta de la reina.

–No temáis -dijo ella sonriendo-. El rey será divinizado de acuerdo con nuestras tradiciones. El clero de Amón podrá asistir a los funerales con toda tranquilidad.

El anciano y la joven, cogidos del brazo, caminaban lentamente por las avenidas de tamariscos del jardín real. Con la ternura de una hija hacia su padre, Akhesa guiaba a Ay.

–Este frescor me reanima -declaró el «divino padre»-. Mis piernas funcionan cada vez peor, pero todavía puedo respirar el perfume de las flores. Era la distracción preferida de mi esposa.

–¿No es la vejez privilegio de los sabios?

–Se pierden los cabellos, los ojos se cierran, los oídos no oyen, el corazón se demora y olvida sus más caros recuerdos. Al margen de estos inconvenientes, Majestad, tal vez la vejez permita comprender mejor las palabras de los dioses.

Una luz precisa dibujaba el contorno de cada rama de palmera, de cada flor, dando al agua de los estanques un azul vivo, sin violencia. ¡Cómo le hubiera gustado a Akhesa dar aquel paseo del brazo de un marido joven, enamorado y señor de Egipto!

–Divino padre, tengo que comunicaros una importante decisión.

–El nombre del futuro faraón, supongo.

–No, todavía no… El del hombre que dirigirá los funerales de Tutankamón. Vos.

El anciano se detuvo.

–¿Por qué yo?

–Vos conocisteis a mi padre y a mi marido, los amasteis, los respetasteis y los servisteis. Hoy, sois el único en este caso. No deseo que un sacerdote hipócrita pronuncie fórmulas vacías de sentido. Recitadas por vos, las palabras de resurrección tendrán pleno efecto.

Ay asintió con la cabeza.

–Será una ceremonia larga y penosa. No sé si tendré la fuerza física…

–Dios acudirá en vuestra ayuda -aseguró la reina-. Bendito seáis por la ayuda que me proporcionáis.

El anciano no intentó protestar. Akhesa contuvo una sonrisa. El plan que había concebido se desarrollaba a la perfección.

Nakhtmin, comandante en jefe del ejército, casi no salía de su despacho desde la muerte del rey. Tenía la atroz sensación de haber traicionado a Tutankamón. Olvidando su papel y entregándose a las fiestas y la lujuria, se había convertido en un desertor, incapaz de ofrecer a su soberano un ejército reorganizado y fiel a su causa.

Nakhtmin recuperaría el tiempo perdido. Demostraría al alma de Tutankamón que no había olvidado su misión e impediría a Horemheb destruir la herencia del rey difunto.

Primero, era preciso cambiar todos los jefes de los cuerpos de ejército; luego, los de los batallones; y, finalmente, revisar la intendencia y la administración, para dividir los poderes e impedir la emergencia de un hombre providencial como Horemheb, que utilizara su influencia para compensar el poder real.

Dos oficiales de carros penetraron en el despacho de Nakhtmin. El primero le tendió un papiro sellado.

–Leed inmediatamente este documento.

Nakhtmin rompió el sello de Horemheb y recorrió el texto.

Su contenido le heló la sangre. Temblando, se levantó con dificultad.

–¿Qué significa esto?

–Quedáis destituido por falta grave. Tenemos orden de conduciros ante el general Horemheb. Seguidme.

La reina se enteró aquella misma noche de la destitución de Nakhtmin, por boca de su padre. El anciano, sorprendido, se sentía incapaz de reaccionar para defender a su hijo, efectivamente culpable de descuido administrativo. Había firmado documentos aberrantes sin haberlos leído, había avalado otros que tenían firmas falsas, había permitido que la moral de las tropas se degradara.

El ex comandante en jefe del ejército sufría reclusión domiciliaria en su villa. No desempeñaría ya papel alguno en la jerarquía militar y, tras ser sometido a un juicio, sería destinado a otro cuerpo del Estado donde terminaría su carrera en un escalón mediocre.

Akhesa contaba con un aliado menos. Horemheb recuperaba uno a uno los bastiones que se había visto obligado a abandonar. Actuaba con una ferocidad tanto mayor cuanto que había creído perderlo todo. Cuando le anunciaron la visita del general, la reina le imaginó impaciente. Tenía que haberse dominado mucho para retrasar tanto tiempo la entrevista.

Akhesa le recibió en la sala del trono, sin la presencia de ningún

cortesano.

Elegante como un escriba real a la última moda tebana, Horemheb ocultaba mal su exaltación. Miró a la reina con ojos de conquistador.

–Comparto vuestra pena, Majestad.

–No os inflijáis semejante sufrimiento -recomendó la reina-, pues grandes triunfos os aguardan. La desgracia y el pasado sólo a mí me pertenecen.

–Por algún tiempo, Majestad. El doloroso período terminará. A vos os toca disipar las tinieblas legitimando mi acceso al trono.

Horemheb permanecía de pie, a varios metros de la reina, sentada y adornada con las insignias de su cargo.

–Tengo preocupaciones más graves, general… Inquietantes noticias procedentes de Asia. Habéis tomado de nuevo el mando del ejército. ¿Sería capaz de resistir un ataque hitita?

–¡Siendo yo faraón, no se producirá nunca!

–¿Admitís nuestra inferioridad numérica?

–¡No tiene importancia! Nuestro valor es superior al de los hititas. No habrá guerra… Y si la hubiera, yo la ganaría.

Horemheb estaba lleno de juvenil orgullo.

–Estas afirmaciones no responden a la realidad, general.

–No es asunto de una reina, Majestad. Dejad que me ocupe de la política exterior y limitaos a designarme enseguida faraón. Pensad primero en el interés del país.

–Es mi única preocupación, general.

Horemheb la evaluaba. Demasiado sola, demasiado frágil, demasiado hermosa, Akhesa acabaría ofreciéndosele. Lucharía hasta el último momento con aquella hosca voluntad que tanto admiraba, pero se sabía ya vencida. Intentaba provocarle en el terreno diplomático, del que lo ignoraba todo, con aquella afición al desafío que la caracterizaba.

La amó más por ello.

–No os demoréis más, Majestad -recomendó-. Tanto por vos como por mí.

–Guardaos los consejos, general. Encargaos más bien de nuestras tropas. Quiero un detallado informe sobre el estado exacto de nuestras fuerzas y el material de que disponemos.

–Muy bien, Majestad. Pero debido al descuido del ex jefe de los

ejércitos, Nakhtmin, necesitaré al menos dos meses para concluir el trabajo.

–Comenzadlo inmediatamente.

Horemheb se inclinó. La encontraba conmovedora, agitándose sin la menor esperanza, como una abeja caída en una tela de araña.

El general mantuvo la cabeza ligeramente inclinada.

–¿No tenéis… nada más que decirme, Majestad?

Un breve silencio le hizo confiar en que, consciente de la inutilidad de su lucha, ella cedería al fin.

–Nada más, general.

La hembra del hipopótamo acababa de parir. Inmovilizada por el sufrimiento, fue incapaz de reaccionar cuando un cocodrilo, deslizándose por el agua a diabólica velocidad, entreabrió sus fauces y devoró al recién nacido, apenas salido del vientre de su madre. Ésta lanzó un grito de dolor, que desgarró los tímpanos de marineros y campesinos en varios kilómetros a la redonda. Los hipopótamos se vengarían de modo igualmente brutal pisoteando y aplastando cocodrilos. Matándose entre sí, las dos especies se mantenían en igualdad de condiciones y conservaban sus territorios respectivos.

Desde la proa del barco de gran vela blanca cuadrangular, Akhesa había asistido a la carnicería. La embarcación, impulsada por un vivo viento, corría por el agua azul. Había zarpado del muelle de palacio al amanecer, y atracado luego junto a una ciudad para recoger a un pasajero. Ahora se dirigía hacia el norte. La reina disponía de muy poco tiempo. No tenía derecho a abandonar el palacio en período de luto. Entró en la espaciosa y confortable cabina donde su huésped estaba reponiéndose.

El embajador Hanis se levantó.

–Majestad, si me explicarais la razón de mi presencia aquí…

–Salís hacia el reino hitita, Hanis. El general Horemheb es absolutamente inconsciente del peligro que nos amenaza. Nuestro ejército está desorganizado. No podrá movilizarlo en pocos días. Su alegría al conquistar por fin el poder le priva de todo sentido de la realidad.

–No sólo del poder, Majestad. Habla, sobre todo, de vos, su futura esposa. Reinaréis a su lado.

–Soy mujer de un sólo hombre, Hanis.

–Tutankamón ha muerto, Majestad. Horemheb está vivo y vos

también. ¿Por qué negar la evidencia?

–Dejemos eso, Hanis. Propondréis la paz al rey de los hititas.

El embajador desfalleció, perdiendo el aliento.

–La paz -murmuró-, la paz... ¡Pero eso significa la sumisión de Egipto! ¡Es imposible!

–Se trata, en principio, de una simple proposición. El rey hitita debería aceptarla. Luego, redactaremos los artículos de un tratado.

–Pero, Majestad... No hemos librado batalla. No...

–No quiero sangre, Hanis -afirmó con una autoridad que no admitía réplica-. No quiero guerras. No quiero ver como invaden Egipto, destruyen sus templos e incendian sus ciudades. No quiero oír los gritos de terror de las mujeres y los niños. Los hititas son bárbaros, y nosotros no estamos preparados para luchar. Olvidamos que no estábamos solos en el mundo y que nuestras riquezas provocaban la codicia. Mientras se negocia la paz, ganaremos el tiempo necesario para restablecer nuestro poderío militar. ¿Podéis comprenderlo?

La vergüenza se apoderó de Hanis. Frente a aquella mujer, perdía su facultad de razonamiento. Le había dado una lección que le rebajaba al rango de un diplomático novicio.

–Haréis varios viajes rápidos entre el Hatti y Egipto -ordenó-. Subrayad bien la importancia que la reina de Egipto, única responsable del reino hasta el nombramiento de un nuevo faraón, concede a esta gestión. Sed prudente, os jugáis la vida.

–Naturalmente, si tuviera algún problema, vos no me habéis dado ninguna directriz...

–Y este encuentro jamás se ha producido. Buena suerte, Hanis.

La reina salió de la cabina. No tuvo que esperar demasiado para que un esquife que se dirigía hacia Tebas se detuviera a la altura del barco. Lo aprovechó para cambiar de embarcación, saltando ágilmente sobre el puente con la ayuda de una cuerda. Las dos velas, que por un instante habían parecido unidas, se separaron. Hanis partió hacia el norte, la reina regresó a palacio.

Akhesa había olvidado que el general Horemheb era de nuevo omnipotente y que hacía vigilar de cerca a los notables que habían servido la causa de Tutankamón, por miedo a que desdeñaran servir la suya.

Hanis estaba entre ellos. Por eso, un bajel cuya tripulación estaba compuesta en gran parte por soldados seguía la estela trazada por el barco del embajador.

Responsables de las tribus militares, jefes de cuerpos de ejército y oficiales superiores aguantaban a pie firme la tormenta. La cólera del general Horemheb era terrorífica. Les había convocado en su despacho del cuartel general de Tebas y, desde hacía más de una hora, lanzaba invectivas con rara violencia.

Ninguna de sus críticas era injustificada.

Recuperando los expedientes abandonados por Nakhtmin, el general había despertado brutalmente de sus sueños de gloria para descubrir una realidad mucho más sórdida: durante su ausencia se había producido un enorme estropicio. Corrupción de funcionarios, barcos del ejército destinados a uso privado, robo de material militar, relajamiento de la disciplina. Ausencia de ejercicios, soldados que los oficiales utilizaban como mano de obra agrícola, expolio de los bienes de campesinos, maltratados por instructores borrachos… ¿Cuántas semanas o meses serían necesarios para castigar tales abusos y reconstruir un ejército digno de ese nombre? Akhesa, lúcida y bien informada, tenía razón: Egipto, privado de faraón y militarmente debilitado, nunca había sido una presa tan fácil para los hititas. Si se les ocurría lanzar una ofensiva, Horemheb no sabría cómo hacerles frente[20].

El país se hallaba en peligro de muerte. Nadie debía saberlo.

–Voy a recorrer el Alto y Bajo Egipto -anunció a sus hombres-para poner fin al descuido y las injusticias. Los culpables serán severamente castigados. Recibirán cien bastonazos o se les cortará la nariz. Quiero funcionarios íntegros, de carácter inflexible, capaces de sondear los pensamientos y que obedezcan sin tardanza mis órdenes. Que todos vivan tranquilos, donde yo los instale. Que no acepten compromisos ni recompensas, que tengan la ley divina como único instrumento de trabajo. El que diera razón a quien no la tuviere, cometería un crimen capital. Por lo que se refiere al ejército, del que soy responsable, exijo que recupere inmediatamente la dignidad y la competencia. Desde mañana mismo, se iniciarán de nuevo los ejercicios y el entrenamiento de reclutas en todos los cuarteles del país. Quiero informes aquí, cada día y a la misma hora.

Todos salieron en silencio, secretamente felices de que un jefe de la talla de Horemheb hubiera recuperado las riendas del poder.

Al quedarse a solas, el general vivió unos instantes de abatimiento. ¿Caería el rayo sobre Egipto?

Una redonda luna iluminaba la noche cuando Akhesa se presentó ante las puertas del taller de momificación. Los dos aprendices,

agachados y soñolientos, se levantaron enseguida y le cerraron el paso.

–Nadie puede entrar aquí.

–Soy la reina de Egipto -dijo ella, abriendo su manto de lino-y la encarnación de la diosa Isis. Yo soy quien reina sobre esta morada de regeneración.

Los muchachos quedaron deslumbrados ante el vestido ritual de la reina: una larga túnica dorada y ceñida, que le llegaba hasta los tobillos. En ella estaban grabadas las alas de la diosa envolviendo el cuerpo de Akhesa, convertida así en mujer-pájaro. Se separaron, tiraron del cerrojo de bronce y dejaron entrar a la diosa. Luego, cerraron las pesadas puertas y siguieron montando guardia, dejando que el misterio se cumpliera.

La luz que emanaba de la única antorcha, iluminando el taller de embalsamamiento, bastó a Akhesa para descubrir la momia de Tutankamón, un cuerpo ajado y empequeñecido sobre el que pesaba ya la carga de la eternidad. El rostro, sin embargo, había conservado un ápice de su sonriente juventud, como si estuviera a punto de despertar.

Akhesa se arrodilló y tomó la cabeza de Tutankamón entre sus manos.

–¡Que Atón, el dios único, sea para siempre tu protector! ¡Que siga siendo tu aliento de vida, tu auténtica luz, tu dios secreto, como lo fue de mi padre y como lo es mío! ¡Que el nombre de Atón se convierta en tu sol de resurrección!

Con la uña, la reina grabó simbólicamente en lo alto del cráneo de la momia los jeroglíficos que formaban el nombre del dios Atón. Luego, se levantó y se plantó ante la inmensa mesa donde reposaban las joyas, ornamentos y vendas que adornarían y envolverían a la momia. En lugar de los cartuchos que contenían las titulaciones tradicionales, depositó los fabricados por Maya, en los que estaba inscrito el nombre sagrado de Atón. Así, el dios estaría presente en el cuerpo de resurrección, que sólo las divinidades contemplarían.

Los hombres nunca sabrían que Tutankamón había permanecido fiel a Atón. Pero ¿acaso no estaban los hombres condenados a vivir en la ignorancia?

Akhesa había purificado su amor por el rey muerto, inmortalizándole en el sol de Atón.

35

Ni el canto de los pájaros ni el perfume del aire matinal alegraban ya al «divino padre» Ay. Su paseo matinal cotidiano por los jardines de palacio, en compañía de Akhesa, se convertía en una pesadilla.

–¡Es por completo imposible, Majestad! No puede haber paz con los hititas. Egipto no tiene derecho a inclinar así la cabeza ante los bárbaros… ¡Ellos son quienes deben someterse, no nosotros!

Una feroz rebeldía animaba el corazón del viejo cortesano. Esta vez no admitía los excesos de Akhesa.

–La negociación avanza, divino padre -explicó la reina, esforzándose por permanecer tranquila-. Hanis trabaja con habilidad. Ha conseguido interesar a sus interlocutores.

–Pura ilusión, Majestad. Los hititas sólo piensan en la guerra. Habéis cometido una grave falta permitiendo que nuestros peores adversarios descubrieran nuestra debilidad. Sabrán aprovecharla. Ahora, llevadme al pabellón florido, a orillas del Nilo. Necesito dormir.

La reina lo hizo.

El anciano se tendió en un lecho provisto de mullidos almohadones. Cerró los ojos y se durmió en seguida.

Akhesa se alejó inquieta. ¿Sería correcto el análisis del «divino padre»? ¿No ocultaría su ideal de paz un terrible desconocimiento de la realidad internacional? ¿No estaría llevando a Egipto hacia la destrucción?

Irguió la cabeza, absorbiendo con avidez los suaves rayos del sol. No, Atón no quería la guerra. Ninguna felicidad se sellaría con sangre.

Corriendo como una loca, la sirvienta nubia se arrojó a los pies de la reina.

–El general Horemheb… con hombres armados… Están aquí…

Horemheb, solo, estaba ya a la entrada del jardín. Había elegido una elegancia discreta: cabeza y torso desnudos, brazaletes en las muñecas, falda de lino plisado sobre taparrabos blanco y pies desnudos. Una luz diáfana le aureolaba. Seguro de sí, el general avanzó hacia la reina.

–Espero no turbar vuestra meditación, Majestad, pero me trae un asunto grave.

La sirvienta desapareció. No deseaba en absoluto conocer secretos de Estado.

–El embajador Hanis acaba de ser detenido en la frontera. Regresaba de Asia. Es su tercer viaje en un período muy corto. Afirma que nadie le ha enviado y que viaja por cuenta personal. Mis hombres perdieron su rastro en las provincias orientales e ignoro todavía adónde fue. ¿Lo ignoráis también vos?

–¿Por qué iba yo a conocer ese detalle, general?

–Hanis ha sido uno de los vuestros. ¿Le habéis confiado una misión especial?

–Mi papel consiste en garantizar la legitimidad del poder y la felicidad de Egipto. Ninguna tarea distinta requiere mi atención.

En la mirada de Horemheb se mezclaban la pasión y el reproche.

–¿Por qué no confiar en mí, Akhesa? ¿Por qué tramar imposibles conspiraciones contra mí? Olvidad el pasado… Pensad sólo en el minuto en que, por fin, estaremos unidos en el trono de Egipto.

–Salid de aquí, general. No volváis a palacio si no os lo ordeno. El período de luto no ha terminado.

Horemheb se inclinó.

–Acabáis de romper la carrera de un embajador, Majestad.

Hanis no habló. Mantuvo su versión de los hechos, pretextando viajes privados a Asia para reunirse con amigos y tratar algunos negocios. Pero seguía siendo acusado de no haber pedido un salvoconducto en toda regla a la administración militar. Durante el período de interregno en que Egipto estaba privado de rey, nadie debía abandonar el país sin serios motivos. De cualquier modo, Hanis sólo podía recibir sanciones administrativas que no temía en absoluto. Sin embargo, quedaba incapacitado para cumplir su misión, que iba por buen camino. El rey hitita y su hijo primogénito, Zannanza, no habían rechazado la proposición de paz. Pero era preciso preparar todavía la redacción de un tratado que pusiera a ambos países en pie de igualdad, o, dicho de otro modo, que negara a Egipto su posición de primera potencia mundial.

La paz… ¿Valía tanto la paz? Hanis no se sentía descontento de verse retenido en Tebas. Tal vez incluso hubiera cometido ciertas imprudencias para que le identificaran, franqueando el puesto fronterizo más vigilado. Hanis no había tenido el valor de confesar a Akhesa que no aprobaba sus proyectos.

Había elegido la fuga. La fuga en el silencio. Cuando la tormenta se

apaciguara, cuando Horemheb fuera faraón, el embajador sería probablemente condenado y perdería todos sus bienes. Le olvidarían. Le quedaban bastantes amigos en Asia y propiedades en el extranjero para acabar la vida con comodidad.

Ayudar más a Akhesa habría sido una locura.

En el taller de momificación, el trabajo concluía. Un especialista, utilizando centenares de metros de lino, procedió a colocar las vendas rituales, comenzando por los dedos de las manos y los pies. Recitando fórmulas destinadas a revelar el conocimiento de los caminos del otro mundo, el maestro momificador, con su máscara de Anubis, dispuso sobre el cuerpo del rey numerosos amuletos protectores que evitarían la corrupción y la degeneración. Colocó en el cuello de Tutankamón un amuleto de oro llamado «estabilidad», para asegurar que la columna vertebral se irguiera en el más allá y, de ese modo, garantizar la estabilidad del ser de luz. Su busto fue adornado con collares de oro y pectorales donde brillaban pastas de cristal coloreadas, cornalina y lapislázuli.

El maestro momificador y el especialista de las vendas dieron paso a un ritualista encargado de conferir a la momia su carácter real. Se le pusieron varios brazaletes en las muñecas y los tobillos, uno de ellos representando un ojo «completo», la mirada resucitada análoga a las de las divinidades. Cada dedo recibió un estuche de oro. Fue colocado un delantal con varias hileras de perlas de cristal y cerámica. En el cinturón se colgó una cola de toro, que contenía la potencia creadora del faraón en todo el universo. Bajo el cinturón, una daga con la hoja de oro serviría para vencer a los enemigos visibles e invisibles que se interpondrían en los caminos de la eternidad. Bajo la nuca, un pequeño cabezal metálico, símbolo del horizonte, hacía que la cabeza de Tutankamón fuera semejante a un sol que, cada mañana, renacería en el sol divino.

Luego, el ritualista ocultó el rostro de la momia bajo una máscara de oro decorada con el buitre y la cobra, evocando el Alto y el Bajo Egipto. En el mentón, la barba ritual terminada en espiral. Las manos del faraón, cruzadas sobre el pecho, sujetaban los cetros que le concedían la soberanía de Osiris sobre los reinos subterráneos.

El cuerpo fue colocado en un ataúd de oro macizo.

La ceremonia de los funerales podía comenzar.

La cofradía de las plañideras se agrupó en torno al ataúd real. Con el ritmo lento de una melopea, cantaron las lamentaciones que, desde el origen de los tiempos, acompañaban el viaje de la momia hasta la tumba. «Llorad, llorad sin descanso, declamaron a coro, el viajero se

va a la tierra del más allá. Aquel que estaba rodeado de numerosos servidores y una alegre corte, helo aquí prisionero de la soledad y el silencio. Aquel que amaba caminar por los jardines, dar camino a sus pies, helo aquí inmóvil, atado por las vendas, incapaz de liberarse.» Akhesa escuchaba distraída los cantos de las plañideras, que, de entierro en entierro, rodeaban a la momia con sus cantos mágicos antes de que comenzara el ritual de resurrección. Sesenta días habían transcurrido desde el comienzo del período de luto. La reina ya sólo disponía de diez días para designar al nuevo faraón.

En Tebas, como en todo el país, la atención crecía. Nadie comprendía las razones del silencio de Akhesa. Un solo candidato se imponía: el general Horemheb. De hecho, su reinado había comenzado ya. Sólo quedaba legitimarlo.

Akhesa estaba obsesionada por el recuerdo de Tutankamón. Cada uno de sus gestos, cada una de sus palabras permanecían presentes, como si el joven rey no hubiera abandonado la tierra de los hombres. A cada segundo que pasaba, más le amaba y más crecía su odio hacia Horemheb.

Horemheb había hecho asesinar a Tutankamón para obtener el trono y apoderarse de ella, convertirla en su gran esposa real. Ésa era la atroz verdad que nunca podría demostrar investigación alguna.

No aceptaría el destino que Horemheb había imaginado para ella.

Le quedaban diez días para encontrar una solución.

De acuerdo con el ritual, las plañideras intentaron impedir la partida de la momia. Sus llantos aumentaron de intensidad, y las mujeres se agarraron al sarcófago, imploraron al difunto que se quedara con ellas. Suavemente, los sacerdotes encargados del transporte las separaron y colocaron el sarcófago en un trineo tirado por bueyes. La procesión iba encabezada por un maestro de ceremonias que manejaba un largo bastón. Caminaba ante nueve personajes, los «hermanos del rey», encarnando a la vez la Eneada de las divinidades creadoras de la vida, y el consejo de sabios encargado de guiar al monarca en este mundo y en el otro.

Justo detrás del sarcófago, Akhesa, asumiendo el papel de «la esposa del dios» llevaba un largo vestido blanco con tirantes, cuyo modelo se remontaba a los tiempos más antiguos. Sus largos cabellos negros estaban sujetos por una cinta blanca. Carente de todo maquillaje, el bello rostro de la reina atraía todas las miradas. Se buscaba en él la expresión de un temor, las huellas de la desesperación. Pero los rasgos, de excepcional finura, permanecían mudos, casi indiferentes. Y todos evocaron el extraordinario parecido

con Nefertiti.

Una larga hilera de servidores, despertando la admiración de la muchedumbre silenciosa, contempló a los portadores del mobiliario funerario que acompañaría al rey en su viaje al más allá. Lechos, tronos, cofres, sitiales, jarrones, jarras, vajilla, arcos, mazas, carros desmontados, estatuas, barcas, juegos y joyas reconstituirían alrededor del monarca su marco ritual y familiar.

La procesión avanzó con extremada lentitud hasta el embarcadero, donde aguardaba una numerosa flotilla. La travesía del Nilo se efectuó bajo un sol pálido. Las riberas, tan animadas de ordinario por la presencia de pescadores, bañistas o niños que jugaban, no mostraban actividad alguna. Pronto se elevaron en el aire los cantos de las plañideras, sentadas en el techo de las cabinas de los barcos que se dirigían a la orilla occidental, donde fueron recibidos por una joven sacerdotisa sonriente, que encarnaba a la benevolente y feliz muerte.

El cortejo funerario se organizó de nuevo, en dirección al Valle de los Reyes. Akhesa alzó la mirada a la cima donde había vivido una de las pruebas decisivas de su existencia. Los cantos cesaron cuando el sarcófago abandonó para siempre la verde campiña para entrar en la llanura árida y desértica. El sendero se hizo más estrecho, avanzó entre roquedales y desembocó ante el santuario de los faraones difuntos, custodiados por los soldados de Horemheb.

El sol se hacía más cálido. La hondonada del Valle de los Reyes, rodeada por altas murallas verticales, impedía que el aire circulara. Akhesa sufrió un ligero malestar, pero no dejó que se advirtiera. Los servidores agitaron abanicos ante el rostro de los dignatarios, permitiéndoles recuperar el aliento.

La pausa duró unos pocos minutos. Los «hermanos» del rey tiraron del trineo hacia la pequeña tumba prevista para albergar a la momia de Tutankamón.

El Artífice Maya se hallaba en el umbral.

–¿Está lista la sepultura? – preguntó la reina.

–Las pinturas están casi secas -respondió Maya-. He encontrado una hermosa cuba de gres, pero la tapa será de granito. Será necesario desmontar las capillas para introducirlas en la sala del tesoro y volverlas a montar allí. He dado instrucciones a mis artesanos. Ellos se encargan de todo.

La momia fue colocada con la cabeza mirando a occidente. Así, cuando el alma-pájaro viniera, al amanecer, para reanimar a la momia, el rey estaría frente a oriente, de donde nacía la luz. Los

artesanos dispusieron en un pequeño espacio veintidós barcos de distintos tamaños, que el rey utilizaría para navegar por los lagos y canales del otro mundo, y a continuación los numerosos objetos traídos por los portadores. Se añadieron jarras que contenían vino de las posesiones de Atón, último recuerdo de los fastos de la corte en la ciudad del sol.

El maestro hechicero de la corte introdujo en la sepultura más de cuatrocientas estatuillas de granito, cerámica, alabastro, cuarzo y madera, cuidadosamente colocadas en cajas. Se llamaban «fiadores» y tenían por función trabajar en lugar del rey difunto en los campos del más allá. Para ello, estaban provistas de casi dos mil instrumentos agrícolas indispensables para cultivar, irrigar las riberas y transportar los materiales de oriente a occidente. El mago grabó en algunos de ellos la fórmula jeroglífica que les haría obedecer las órdenes del faraón resucitado.

La momia real estaba ahora protegida por tres sarcófagos metidos uno dentro del otro. Alrededor del cuello de su esposo, Akhesa había colocado un collar de flores y hojas, resumiendo el paisaje de Egipto que el faraón se llevaría con él al otro lado de la aparente muerte.

A la cabecera del sarcófago, con los brazos ciñendo la cuba de gres en un postrer abrazo, la reina recitó las plegarias de Isis para la resurrección de su marido difunto. En su boca, las fórmulas rituales se transformaron en canto de amor. Ofreció toda su fe y esperanza al joven faraón caído en las redes del óbito. Sabía que su energía pasaría al cuerpo inanimado, y que la magia del Verbo le abriría las puertas de una nueva vida.

Akhesa se apartó para dejar que oficiara el «divino padre» Ay. El anciano vestía una piel de pantera constelada de estrellas. Provisto de un instrumento de carpintero, la azuela, abrió los ojos y la boca del sarcófago, que se convertía así en cuerpo de resurrección. Acababa de ser creada el alma de la tumba. No era ya un sepulcro, sino una morada de regeneración donde se efectuarían migraciones entre el cielo y la tierra, inaccesibles para el entendimiento humano. El «divino padre», concluida su tarea, salió caminando hacia atrás. Entró el Artífice Maya, llevando cinco estatuillas de «fiadores». Quería ofrecer a su amigo difunto aquellos artesanos de madera que, inscritos a su nombre, serían los mejores servidores del faraón en los paraísos celestiales.

Maya llamó a cuatro hombres para colocar la tapa del sarcófago. La reina permaneció en un rincón de la sala funeraria. El espacio era tan reducido que los carpinteros tenían dificultades para moverse. Uno de ellos comprendió mal la orden dada por Maya y sacó demasiado

pronto la cuña de la que era responsable. La tapa de granito cayó brutalmente sobre la cuba y se rajó.

Furioso, Maya procedió solo a poner los sellos en las puertas de las estancias que contenían el mobiliario funerario. Al día siguiente se emparedarían las últimas aberturas, para crear un medio cerrado donde se desplegarían los fuegos de una luz sobrenatural.

–Es hora de abandonar este lugar -dijo Maya a la reina.

–No tengo ganas -respondió ella con voz muy dulce, casi desencarnada-. Desearía quedarme a su lado. Nos necesitamos el uno al otro.

–Tutankamón entra en otro reino. Vos, Majestad, debéis permanecer entre nosotros. Vuestra alma seguirá comunicándose con la suya.

Maya tenía razón. El enloquecido sueño de Akhesa se derrumbaba. No la dejarían dormir el sueño postrero junto a su marido. Sufría la desgracia de ser reina.

–Seguiréis a su lado -prosiguió Maya-. Mis escultores han grabado vuestro rostro en las puertas y los flancos del naos de oro.

Akhesa sonrió. Sí, así sobrevivían Tutankamón y ella, contemplándose amorosamente, entregándose a los placeres de la caza en las marismas.

La reina ofrecía a su marido flores y collares, lo perfumaba, lo acariciaba. Gracias al genio de los artesanos, sus hermanos, Tutankamón y Akhesa se harían el amor por toda la eternidad.

La reina depositó en el umbral de la antecámara una copa de alabastro con la forma de una corola de loto. En el contorno figuraba un texto grabado por la propia Akhesa: «Tutankamón, vive y haz que viva tu energía creadora; pasa miles de años en el amor a Tebas, con el rostro vuelto hacia el suave viento del norte, contemplando la felicidad».

El sol declinaba.

¿Por qué era necesario separarse del ser amado? ¿Por qué debía alejarse para siempre del gozo de ser dos, del placer de mirarse por la mañana?

«Te acompaño -murmuró Akhesa-. Permaneces en silencio, no me hablas ya, pero yo seguiré conversando contigo. Ni un solo instante permanecerás solo en la tumba. Ni un solo instante…»

El sepulcro de Tutankamón estaba cerrado, la ceremonia de los funerales había terminado.

En la orilla oeste se había preparado un gigantesco banquete. Los comensales, a la luz de las antorchas, en el frescor de una noche primaveral, se disponían a celebrar el fin del luto. Los hombres se habían afeitado la barba, las mujeres habían abandonado sus vestidos más austeros para lucir de nuevo atavíos a la moda. Cada invitado había recibido un collar de flores. Las estrellas brillaban, filtrando la luz del sol oculto. La alegría renacía. Por la mañana, Akhesa debería anunciar el nombre del nuevo faraón. Había aguardado hasta el último segundo del período ritual que le habían ofrecido para transmitir el poder faraónico.

Todos los miembros influyentes de la corte habían querido señalar con su presencia tan excepcional momento. No había ni uno solo que no fuera favorable al general Horemheb, que no le rindiera ostensibles homenajes. El futuro señor de Egipto, nervioso, no celebraba abiertamente su victoria. En cambio, su mujer, Mut, no vacilaba en proclamarse como gran esposa real, segura de relegar al olvido a la infeliz viuda de Tutankamón.

Akhesa se quedó meditando hasta muy avanzada la noche, sentada en la postura del escriba ante la entrada de la tumba. El Artífice Maya, cada vez más indiferente a los asuntos humanos, había regresado al pueblo de los artesanos. Muy pronto conocería la entronización de Horemheb.

El Valle de los Reyes estaba desierto y silencioso. El espíritu de la reina bogaba entre la muerte y la vida, entre las tinieblas de la tierra y las luces del cielo. ¡Cómo lamentaba no haber vivido mejor su unión con Tutankamón, haber permitido que sus sentimientos vagabundearan! Había sido la mujer de un faraón, había compartido la existencia del señor del universo. Todavía ocupaba por algunas horas la más alta función del Estado. Los años habían transcurrido como un sueño.

El porvenir ya no existía. ¿Por qué regresar a los vivos? ¿La rapaz muerte no le concedería el favor de arrebatar su alma, aquí y ahora?

Abandonándose a la desesperación, Akhesa sintió que traicionaba a Tutankamón y que hacía el juego a su asesino, el general Horemheb. Sin duda, la reina no tenía ya el menor porvenir, pero no era ése el caso de Egipto. Tutankamón había muerto porque se convertía en rey, porque imprimía la marca de su genio en el destino de las Dos Tierras. Más allá del joven rey estaba Atón, el sol divino que algún día se impondría a todos los pueblos.

Una lechuza desplegó sus inmensas alas y emprendió el vuelo en la claridad lunar. Lanzó un grito extraño, casi humano, como si transmitiera un mensaje del más allá al único ser capaz de escucharlo.

Akhesa cerró los ojos y una visión se le impuso: la de un Egipto entregado a las llamas y al pillaje. Los carros hititas caían sobre las provincias, los arqueros atravesaban con sus flechas los pechos de los soldados egipcios, la sangre corría por ciudades y pueblos, el Nilo se volvía rojo.

Akhesa se había equivocado. Su padre se había extraviado. También Horemheb tomaba un mal camino. No había que firmar la paz con los hititas. Su lengua era mentirosa. No respetaban tratado alguno.

La reina se levantó sabiendo ya cómo actuar. Había perdido toda esperanza y todo porvenir. Pero salvaría a Egipto.

Ni un solo cortesano sentía los efectos de la falta de sueño. La jornada había sido agotadora y la buena carne había adormecido las conciencias. Algunos habían abusado del vino, e incluso se habían aislado para vomitar antes de regresar al círculo de los comensales. Pero nadie abandonaría la ribera occidental antes del amanecer, antes de que la reina Akhesa se viera obligada a pronunciar el nombre del nuevo faraón.

Su ausencia durante el magnífico banquete había sido severamente criticada por toda la corte. Sin embargo, la voz del general Horemheb no se había unido a la de los burlones y los bromistas. El futuro señor de Egipto, de ordinario tan encantador, permanecía frío y distante. Ni siquiera su esposa Mut había conseguido arrancarle la menor sonrisa.

A las puertas del poder, Horemheb conocía el miedo. Sabía gobernar Egipto, dominaba la administración y gozaba de la confianza del ejército. No le faltaría apoyo alguno. Su reinado sería grande, siempre que apartara a los intrigantes que poblaban una corte mediocre, siempre que obligara a los sacerdotes de Amón a no abandonar su templo…, y siempre que tuviera a Akhesa a su lado.

¿Por qué no presidía la fiesta? ¿Qué demonio la había impulsado a permanecer sola en aquel valle siniestro, poblado de sombras muertas? Horemheb había creído durante mucho tiempo que Akhesa preparaba una nueva estrategia para intentar permanecer sola en el poder. Pero no le quedaba ningún aliado influyente, y a ella sola le resultaba imposible tomar la menor iniciativa. Para una mujer de su envergadura, el único porvenir posible era él, Horemheb.

Se levantaron unos murmullos.

Akhesa acababa de aparecer, aureolada por las primeras claridades del día naciente. Seguía llevando su vestido de luto, manchado de polvo. Con los pies desnudos, y el rostro descansado y radiante, trepó a un montículo desde el que dominaba la asamblea de cortesanos.

Sopló el viento matinal. El oriente se tiñó de rosa.

–El período de luto concluye -declaró con voz cuya potencia y claridad sorprendieron a la concurrencia-. El rey Tutankamón está ya en su morada de resurrección. Ahora se halla en la asamblea de los dioses y brilla en el cielo, entre las estrellas. Su nombre será glorificado en la lista de los soberanos de Egipto.

La reina levantó sus ojos hacia el firmamento. El sol, vencedor de las tinieblas, pronto saldría del lago de fuego que había atravesado sin daños.

–El faraón ha resucitado -prosiguió Akhesa-. El trono de los vivos ya no está vacío. La luz ilumina de nuevo Egipto. Designo como Señor de las Dos Tierras, a quien todos deberán total obediencia… al divino padre Ay.

36

Un solo tema de conversación dominaba el gran mercado de Tebas: el anuncio oficial del matrimonio entre una reina de veinte años y un anciano convertido en faraón, el «divino padre» Ay. Partidarios y adversarios de la increíble elección de la gran esposa real se enfrentaban en violentas justas oratorias.

La corte estaba estupefacta. Nadie creía que Akhesa hubiera actuado con toda libertad. Ay había tenido que utilizar influencias ocultas y blandir expedientes secretos para obligar a la joven reina a designarle señor de las Dos Tierras. Nadie había desconfiado del viejo cortesano, cuyo aspecto afable ocultaba a las mil maravillas la más grande de las ambiciones.

¿Cuántos años duraría su reinado? ¿Tendría fuerzas para gobernar durante mucho tiempo? ¿Soportaría Horemheb esa nueva derrota sin reaccionar de modo violento? Tebas, la gloriosa, se angustiaba. Evocaba la maldición de Akenatón, que había expulsado de la odiada capital toda alegría y serenidad.

Egipto tenía un nuevo faraón. Pero el Doble País no había recuperado su confianza.

Desde la terraza de palacio, Akhesa contemplaba a los carniceros que llevaban gruesos bueyes al matadero. Los hombres cantaban. Las bestias, plácidas, avanzaban con paso tranquilo. Más allá, grupos de escribas entraban en los despachos. Unos obreros reparaban una pared de ladrillo. Unas muchachas jugaban a perseguirse.

Akhesa sonrió.

Estaba intentando lo imposible. Lo conseguiría.

Por la mañana, temprano, se había abandonado a los expertos cuidados de su sirvienta nubia, que la había peinado y maquillado con esmero. ¿Acaso la vida no proseguía su curso? ¿No habían regresado los días felices? Akhesa debía ser la más hermosa de las reinas. Obtendría los favores de los dioses.

Akhesa bajó de la terraza y se dirigió hacia el florido pabellón donde reposaba Ay. El nuevo faraón sufría jaquecas que le impedían cualquier actividad. Los médicos habían prescrito pociones calmantes y fumigaciones.

–¿Cómo os sentís? – preguntó Akhesa-. Esta primavera es maravillosa. Va a curaros.

–Soy viejo y estoy enfermo -respondió Ay sin abrir los ojos-. ¿Cómo podré cumplir los deberes de un rey de Egipto?

–Poco importan vuestros sentimientos -estimó la reina-. No tenéis elección. Todos os respetan como al faraón legítimo. Tenéis que prepararos para presidir vuestro primer consejo.

–Soy incapaz de ello. El poder ya no me atrae en absoluto. Dejadme morir en paz.

El faraón Ay, llevando la corona azul y con los cetros en la mano, presidió su primer consejo una semana más tarde. A su lado, algo retirada y en un trono un poco más bajo, estaba la gran esposa real, Akhesa. Había obligado al anciano a levantarse para pasear por los jardines y consultar los expedientes más importantes. Le había convencido de que tratara sólo un tema. Ay había cedido.

La sala del consejo, pintada de vivos colores, sólo había sido abierta para una decena de altos dignatarios, entre ellos Horemheb. La reina advirtió la ausencia de Maya.

El faraón anunció el nombramiento de los ministros, entre los que no figuraban ni el embajador Hanis, ni Nakhtmin, ni Maya, que conservaba su estatuto de Artífice. Horemheb se ponía de nuevo a la cabeza del ejército. Con gran sorpresa por su parte, el nuevo gobierno estaba compuesto por sus más cercanos colaboradores. Él mismo no lo habría hecho de otro modo. Los miembros del consejo, tan sorprendidos como el general, aprobaron calurosamente las sabias decisiones del faraón.

–Hoy sólo tenemos un motivo de preocupación -prosiguió Ay-, la voluntad guerrera de los hititas. Me han llegado informes muy alarmantes. Debemos atacarles antes de que nos invadan.

–Hay algo más urgente, Majestad -intervino Horemheb-. Mis propias informaciones no son tan pesimistas. Ocupémonos primero de la felicidad de Egipto. Depende de la buena salud y el vigor del rey. Debido a la edad de Vuestra Majestad y a vuestro cansancio, es indispensable proceder rápidamente a una fiesta de regeneración. Así se demostrará a todo el país que el favor mágico de los dioses habita en el corazón del Señor de las Dos Tierras.

Ay no supo qué responder. No se atrevió a solicitar la opinión de Akhesa y abrevió el consejo.

Ay estaba de nuevo en cama y pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo. Akhesa permanecía en la terraza superior, furiosa contra Horemheb, que una vez más saciaba sus deseos de poder olvidando a Egipto. Sabía que el general, tan respetuoso de las leyes, no realizaría acción violenta alguna contra el faraón legítimo. Pero ¿cómo prever que se negaría a partir para guerrear contra los hititas, decidiendo obligar a Ay a retirarse utilizando un artificio ritual? Ay era incapaz de responder a las exigencias físicas de una coronación real, y menos aún a las de una fiesta de regeneración que duraba varios días.

La cobardía de Horemheb indignaba a Akhesa. Nombrando ministros a sus amigos, entregándole el real gobierno de Egipto y la posibilidad de una gran victoria militar, estaba convencida de satisfacer sus ambiciones. Sólo él era capaz de galvanizar las tropas de soldados profesionales y alistar reclutas para realizar una expedición militar en Asia.

Pero le obsesionaba llegar a reinar… Y sería un faraón débil, incapaz de prever los verdaderos peligros.

–Bebed -recomendó Horemheb al Artífice-. Es una cerveza excelente.

Maya declinó el ofrecimiento. Los soldados que le habían conducido a la villa del general no le habían dado la oportunidad de rechazar la invitación.

–Es peligroso provocar así a un Artífice -observó-. Os arriesgáis a una huelga de todos los artesanos de Egipto y al levantamiento de una parte de la población.

–¡Cuántas amenazas inútiles, Maya! No albergo mala intención alguna para con vos. Sois sólo superintendente del Tesoro, pero conocéis perfectamente los expedientes. Necesito vuestra competencia. Deseo confiaros las grandes obras… Y sobre todo el mantenimiento de los templos de Tebas.

–Mi señor era Tutankamón.

–Conozco vuestra fidelidad -dijo Horemheb-. Sé también que no sentís afecto alguno por la reina Akhesa y su nuevo marido.

El Artífice aceptó la copa que le tendía el general.

–¿Qué esperáis exactamente de mí?

–Que sigáis actuando como en el pasado. Tutankamón amaba Tebas. Yo también. Quiero que siga siendo la ciudad más hermosa del mundo. Me es indispensable vuestra colaboración y la de vuestros equipos. Tendréis mi total apoyo y podréis trabajar en paz. ¿Os convienen estas condiciones?

–Soy un constructor y un artesano -respondió Maya.

Akhesa velaba a Ay con la ternura de una hija. El viejo faraón le rogaba que le perdonara su debilidad. Le hubiera gustado serle útil, ayudarla a conservar un poder del que la consideraba digna. Akhesa no le reprochaba nada. Le suplicaba que se aferrara todavía a su propia existencia y no la devolviera demasiado pronto a Dios. Mientras Ay siguiera viviendo, Horemheb se vería obligado a respetar a la pareja reinante. El viejo rey prometió a la reina que lucharía tanto como ka, su potencia vital, se lo permitiera.

La noche había caído cuando la sirvienta nubia anunció la llegada de un extraño visitante: un contramaestre perteneciente a la cofradía de Deir el-Medineh. El hombre pidió a Akhesa con brusquedad que le siguiera. Un grave acontecimiento acababa de producirse en el Valle de los Reyes. La presencia de la reina era indispensable. Por más preguntas que la reina le hizo, el hombre no dijo nada más.

Cruzaron el Nilo en una pequeña barca que el propio contramaestre condujo hacia la orilla occidental, donde les aguardaban dos caballos. Galoparon hasta la entrada del valle, de donde procedían insólitos, fulgores. Varios talladores de piedra conversaban con el Artífice Maya ante la entrada de la tumba de Tutankamón.

–¿Qué ocurre? – preguntó la reina.

–La tumba de Tutankamón ha sido desvalijada por unos ladrones -reveló Maya-. Han robado los ungüentos y las joyas. Han vaciado los cofres, derribado los muebles y desplazado numerosos objetos.

–Pero… ¿por qué?

–Para profanar la morada de resurrección del rey e impedir que el alma-pájaro anime su cuerpo de luz. Es el peor de los crímenes.

La cólera del Artífice era evidente. Akhesa temblaba de emoción e indignación.

–¿Quién…, quién es el culpable? – preguntó.

–Lo ignoro todavía.

–¿Qué vais a hacer?

–Poner en orden el mobiliario funerario lo antes posible y cerrar de nuevo la tumba. Disimularé la entrada con piedras para que se olvide su existencia y haré destruir los planos. Los artesanos que procedan al trabajo jurarán mantener el secreto. Nunca más será saqueada la tumba de mi rey. Nunca más.

El general Horemheb concedió sin dilación la audiencia que solicitaba el Artífice Maya, muy contento al ver esbozarse una colaboración que esperaba fructífera.

La actitud de su visitante le sorprendió. Maya tenía el rostro frío y huraño.

–No contéis conmigo ni con mis artesanos -declaró el Artífice.

–¿Qué ocurre?

–Lo sabéis muy bien.

–Os aseguro que no. Explicaos.

Maya habló en un susurro.

–La tumba de Tutankamón ha sido desvalijada.

–¿Y os atrevéis a acusarme de tal fechoría?

El Artífice no respondió. Su furiosa mirada era lo bastante elocuente.

–Os equivocáis -protestó Horemheb-. Identificaré a los autores de ese crimen. La ley divina no debe ser burlada. Os encargo la protección de la tumba.

–El Valle de los Reyes será custodiado por mis hombres durante tres días y prohibido a cualquier profano. La sepultura desaparecerá de la vista de los hombres. El emplazamiento se borrará de su memoria.

Horemheb reflexionó unos instantes.

–¿Cómo rendiremos culto al alma de Tutankamón?

–Primero, instalando estatuas con su efigie en el templo de Karnak. Luego, construyéndole un templo funerario.

–Que vuestros talleres pongan manos a la obra.

Sin dirigir el menor saludo al general, Maya le volvió la espalda. Se detuvo en el umbral del despacho.

–Tutankamón no tendrá ya nada que temer de los ladrones. Pero no olvidéis identificar a los culpables y castigarles. De lo contrario, ningún obrero de Egipto os obedecerá.

Horemheb había tomado la decisión de no construir nunca un templo dedicado a Tutankamón. El pequeño rey, al igual que Akenatón, el hereje, y el viejo cortesano Ay, no figurarían en las listas reales. El reinado de Horemheb sucedería directamente al del gran Amenofis III, de modo que la gloria de Egipto no se viera afectada por unos años errabundos. Que la tumba de Tutankamón desapareciera bajo un montón de piedras y arena era una noticia excelente.

El destino actuaba en favor de los proyectos del general. Pero el pillaje le indignaba, y temía conocer a los culpables.

Horemheb no tuvo que llevar a cabo una investigación excesiva. Descubrió los ungüentos y las joyas robados en los cofres de cedro de su esposa Mut.

Cuando ésta regresó de su paseo matinal por las orillas del Nilo, halló a su esposo instalado en su alcoba. Había echado a las sirvientas de los aposentos privados de la señora de la casa. Sentado en la postura del escriba, alzó hacia ella una mirada despectiva.

–De modo que has comprendido… -dijo ella.

–¿Por qué has actuado así? ¿Qué hombres te han ayudado?

–Mi cocinero, mi chambelán y dos esbirros. Sobornaron a un obrero para conocer el plano de la maldita tumba.

Mut no sentía remordimiento alguno. Segura de sí misma, daba vueltas en torno de su inmóvil marido.

–¿Te das cuenta de que eres una criminal?

–¡Quiero destruir a Akhesa! – se indignó Mut-. ¿No era el mejor modo turbar el reposo de ese rey incapaz a quien tanto pretende amar? ¡Hubiera deseado que su tumba fuera devastada y su momia destrozada! Akhesa hubiera muerto de despecho… Por desgracia, mis hombres fueron interrumpidos.

Mut se apoyó en una silla con un respaldo de crucero. Sabía que su marido estaba enamorado de la maldita reina. Quería hacerle comprender que no le permitiría repudiarla y que lucharía como una leona herida.

Horemheb permaneció en silencio durante largo tiempo. El miedo se apoderó del espíritu de Mut. Con el transcurso de los minutos, iba perdiendo su seguridad.

Finalmente, el general pronunció su sentencia.

–Harás desaparecer ungüentos y joyas. Que sean destruidos y no quede ningún rastro. Los hombres que utilizaste serán deportados hoy mismo a los oasis y no regresarán a Tebas. Por lo que a ti respecta, si transgredes otra vez la ley no vacilaré en hacer que te condenen.

Horemheb se levantó. En el camino que llevaba a los oasis, la caravana sería atacada por unos merodeadores y habría cuatro víctimas. El general no podía correr el riesgo de dejar con vida a unos desvalijadores de tumbas. Mut había triunfado. Horemheb seguía amándola. No se atrevía a actuar contra ella, pese a la gravedad de sus actos. Se alegraba de no haberle revelado la totalidad de su plan. No había conseguido que violaran la sepultura de Tutankamón, pero no había renunciado a luchar contra Akhesa.

Le declararía una guerra sin cuartel que pronto terminaría con una victoria. Mañana, Mut sería la gran esposa real del faraón Horemheb.

Akhesa cuidaba a Ay con abnegación. El anciano estaba sentado en el jardín, indiferente al sol y a la clemencia del aire. No se sentía ya concernido por los asuntos de los hombres. La reina le había comunicado que los profanadores de la tumba de Tutankamón habían sido detenidos y deportados a los oasis. Habían muerto en el camino, durante una escaramuza con una banda de beduinos. El Artífice Maya no había ordenado huelga alguna. Los obreros de su comunidad trabajaban restaurando las tumbas más antiguas del Valle de los Reyes y en el mantenimiento del templo de Karnak.

La muchacha había intentado, varias veces, interesar al viejo faraón en la dirección de los asuntos del Estado. Trabajo baldío. Ay se sumía en el silencio y vivía de sus recuerdos. Dirigir de nuevo un consejo parecía superior a sus fuerzas.

Akhesa admitió su fracaso. Estaba sola, sin aliados. No tenía ya elección.

Antes de que cayera la noche, abandonó el palacio con sus dos perros, Carnero y Toro. Deseaba vagar por la campiña, encontrar las miradas de los humildes, sonreír a los niños risueños que corrían tras los gordos bueyes que regresaban de los campos.

Akhesa caminó sin rumbo fijo.

Salió de Tebas, cruzó los arrabales y llegó a un poblado bañado por el fulgor del sol poniente. Se detuvo ante una mujer anciana, sentada en el umbral de una modesta morada de tierra batida. La contempló largo rato, como si quisiera llenar su memoria con aquella visión.

Akhesa nunca sería vieja. No conocería los insoportables dolores de los huesos ni las dificultades para caminar. No tendría arrugas y su

visión no se debilitaría.

–¿Qué deseáis? – preguntó la anciana sin levantar la cabeza.

–Me gustaría pasar la noche en vuestra casa -respondió la reina.

–¿No tienes casa?

–Sí…

–Entonces, es que ya no tienes marido. Yo soy viuda y ciega. En este pueblo se ocupan de mí. Me alimentan y me dan vestidos para el invierno. Los viejos vienen a hablar conmigo. La vida no es tan triste. Entra, hay una estera enrollada en el fondo de la estancia. Yo dormiré en el umbral. Estoy acostumbrada.

Akhesa vaciló. Sus dos lebreles la precedieron al entrar en la casa. Ella les siguió, confiada en su juicio. La estancia, con el suelo de tierra batida, sólo estaba amueblada por un cofre de rechinante tapa. Rústicamente excavada en la pared del fondo, una pequeña hornacina contenía una estatuilla de la diosa Isis.

La reina desplegó la estera. Fuera, la noche se extendía rápidamente por la campiña. El sol se hundía en las tinieblas, disponiéndose a librar un difícil combate contra el dragón del mundo inferior. Quizás esta vez sufriera una derrota. Quizás la luz no volviera a aparecer.

Akhesa se tendió en la estera. Carnero y Toro se tumbaron a uno y otro lado de su dueña, que se durmió casi enseguida y soñó con un niño feliz que jugaba junto a ella y saltaba a su cuello para besarla.

Los tres hombres que seguían por todas partes a la reina, no se habían atrevido a esperar semejante ocasión.

Salía sola, antes del amanecer, de una choza donde había pasado la noche. La habían seguido, a distancia, desde que saliera de palacio para marcharse al campo, acompañada por dos lebreles.

Los tres hombres, al servicio de dama Mut, esposa del general Horemheb, tenían una misión precisa: acabar con Akhesa. Dama Mut les había prometido una verdadera fortuna y tierras si conseguían que pareciera un accidente. Si los detenían, nunca confesaría haberles dado órdenes. Los asesinos eran conscientes de la dificultad de su empresa y de los peligros que corrían, pero la riqueza sería su recompensa. De modo que habían decidido actuar con la mayor prudencia. Introducirse en los apartamentos privados de la reina era demasiado arriesgado. Aguardaban un paseo en barca o en silla de mano, con poca escolta, o tal vez una ceremonia en la que Akhesa oficiara.

Sin embargo, la reina se mostraba mucho más generosa. En aquel poblado aislado, en plena naturaleza, a aquella silenciosa hora, en un camino desierto, ofrecía su graciosa silueta a la muerte de que eran portadores. Uno de ellos sujetaba una hoz con la que amenazaría a la joven. Los otros dos la estrangularían. Arrojarían su cuerpo al Nilo, en un lugar donde la orilla fuera resbaladiza. Todo el mundo creería que se había ahogado. Nadie les había visto, nadie les había dirigido la palabra.

El destino les sonreía.

Cuando rodearon a Akhesa, los dos lebreles correteaban lejos de su dueña. El grito ahogado bastó para alertarles. Carnero, el más rápido, se arrojó contra el hombre de la hoz y le clavó los colmillos en el hombro, pero el atacante consiguió degollarlo. Carnero no abrió las mandíbulas. Después de muerto, seguía inmovilizando a su última presa. Toro infligió profundas heridas a los otros dos criminales, que, uniendo sus fuerzas, consiguieron partirle la nuca al lebrel antes de caer bañados en su propia sangre.

El drama había durado sólo unos segundos. Los lugareños, despertados por los ladridos de los perros y los gritos de los hombres, se aproximaron.

Akhesa se inclinó sobre los cadáveres de sus fieles compañeros. Los besó, sabiendo que los encontraría en el más allá, donde la guiarían por los caminos de la eternidad. Le habían ofrecido la vida para salvar la suya.

Ahora, la reina de Egipto estaba realmente sola.

37

Pese a las protestas de algunos altos funcionarios, preocupados por el prestigio de la institución faraónica, el general Horemheb no renunció a su proyecto: hacer comparecer a Ay ante un tribunal de excepción que comprobara su incapacidad para reinar.

Horemheb, conocedor de las leyes, que cuidaba como uno de los bienes más preciados de Egipto, no fue indiferente sin embargo a las críticas de consejeros y ministros. Ningún tribunal pronunciaría una condena contra el faraón, que era el garante de la justicia. Sólo Dios podía aniquilarle si traicionaba su función. Por ello, el general se apartó del camino de los juristas para tomar el de los ritualistas. En este terreno, que conocía a la perfección gracias a su formación como

escriba real, obtendría una resonante victoria que le daría por fin el poder.

Horemheb no disimulaba ya una ambición que nadie discutía. Se comportaba como jefe de Estado, firmaba decretos y tomaba decisiones sin referirse a la pareja reinante, y marcaba directrices que los funcionarios ejecutaban con celo. Pero le faltaba lo esencial. Todavía no había sido coronado faraón. No había vivido los ritos que le convertirían en el único intermediario entre el mundo de los dioses y el de los hombres.

Era preciso obligar a Akhesa a reconocerle como tal. Entre ella y él se interponía un último obstáculo: un anciano que se extinguía con excesiva lentitud. Su parodia de reinado ya había durado en exceso.

La primavera se hacía estío. Con el creciente calor, los gestos se volvían más lentos. Todos esperaban la crecida. Los campesinos se fijaban en el sol para regular su jornada, puntuada por siestas cada vez más largas. Unos pensaban ya en el descanso, otros en los trabajos que se verían obligados a realizar en las obras de los templos, mientras el valle estuviera cubierto por las aguas del Nilo.

Akhesa pensaba en las declaraciones de amor de Tutankamón, en la orilla bañada por la luz matinal, cuando, poco después del alba, cruzó el umbral del recinto de Amón, escoltada por una decena de soldados. Karnak despertaba. Los astrónomos bajaban del techo del templo tras haber pasado la noche observando las estrellas. Algunos sacerdotes se purificaban en el lago sagrado. Carniceros y panaderos preparaban los alimentos que pronto serían ofrecidos a la divinidad.

El gran sacerdote de Amón saludó con deferencia a la reina y la condujo a una sala del templo, donde se habían reunido una treintena de hombres de distintas edades. Akhesa sólo conocía un rostro: el del general Horemheb, que presidía la asamblea.

–Bienvenida, Majestad -declaró con voz tranquila-. Dignaos ocupar vuestro lugar. Aquí están presentes los mejores ritualistas del reino.

Al general le impresionó el cansancio de la reina. Su belleza no parecía afectada, ciertamente, pero ¿por qué su viva mirada permanecía ausente? ¿Por qué parecía haber perdido toda confianza en sí misma? Eran sólo percepciones fugaces. Sin embargo, Horemheb no se equivocaba. Sentía la menor de las emociones de Akhesa. La joven estaba atravesando penosamente la prueba de un aislamiento que llegaba a su fin. Mañana, sería la más ilustre de las grandes esposas reales.

Akhesa no miró a ninguno de sus jueces. Se imponía a su espíritu la visión de dos lebreles muertos por defenderla. Su pasado, la ciudad

del sol, la felicidad de cada día habían desaparecido con ellos. Eran el último vínculo que seguía uniéndola a sus sueños de niña.

Un joven sacerdote desenrolló un papiro y leyó con lentitud, separando bien las palabras. Las acusaciones hechas a Ay se sucedieron como mazazos en un cincel que se hundía cada vez más en la piedra.

Akhesa permanecía lejana, como si las palabras pronunciadas por el ritualista no le concernieran. Aquella sala, donde estaba reunido un tribunal que no se atrevía a confesar que lo era, pertenecía a un mundo irreal cuya lengua ella no hablaba.

Otro sacerdote, un hombre de edad madura y verbo profundo y sonoro, leyó un tratado de los deberes del faraón, desarrollando el capítulo de los rituales en los que debía participar.

Akhesa sólo oía una vaga música. Vagabundeaba por campos de trigo, perseguida por un joven amante insaciable, de deseo ardiente como un Nilo encabritado el primer día de la crecida. Ella le quería rey, él la quería mujer.

Se hizo el silencio.

Los ritualistas buscaron un indicio de satisfacción en Horemheb, pero éste no apartaba los ojos de la reina, como si estuvieran solos.

–Advertimos la ausencia del rey Ay -anunció el sacerdote de voz sonora-. ¿Puede la reina responder en su lugar?

Akhesa inclinó la cabeza.

Por decisión del general Horemheb y los ritualistas del templo de Karnak, el período de luto por el óbito de Ay se reduciría a un mes. Los funerales serían muy discretos y el nombre del anciano cortesano no figuraría en las listas reales. La reina, puesta al corriente de estas decisiones por una delegación de escribas, se limitó a escuchar. Ninguna palabra brotó de su boca.

Ay no había sido coronado según los ritos, y el pueblo le conocía mal. Su fama no había franqueado las puertas de los palacios y los despachos de la administración. Incluso se murmuraba que había permanecido fiel a la religión de Akenatón, de quien había sido confidente. ¿Acaso no lo había elegido Akhesa como faraón sólo para desafiar, una vez más, a Horemheb? Nadie dudaba que el brillante general realizaría todos sus sueños.

La sirvienta nubia hablaba, repitiendo rumores y habladurías, se inflamaba ante la idea de ver a la joven reina convertirse en esposa de un hombre hermoso y fuerte.

Akhesa no prestaba atención alguna a aquellas habladurías.

–Ve a buscar al embajador Hanis y tráemelo.

La nubia dejó su cháchara.

–Majestad… Ya no es embajador… Ya no es…

–Ya no es nada, lo sé. Esta noche le harás entrar por las cocinas. Que se vista con sencillez. Si los guardias os detienen, responde que acabo de contratarle como peón y que debe comenzar a limpiar inmediatamente los patios interiores.

–Pero si…

–Vete y obedece. No vuelvas sin Hanis.

Akhesa se sentó en la postura del escriba y desenrolló un papiro sobre sus rodillas. Tomó un cálamo y comenzó a escribir con tinta negra la carta que tenía en la cabeza desde hacía varias semanas. Ninguna reina de Egipto se había atrevido a actuar así. Sin embargo, no existía otro medio de salvar su país.

La mano de Akhesa no tembló. Los signos fueron trazados con finura y firmeza.

Al releerla, una dolorosa angustia le oprimió el corazón. El miedo…, un miedo que le abrasaba el pecho, despertaba en ella deseos de huir al desierto, de cruzar la puerta que la separaba del reino de las sombras. Pero estaba Egipto, su país, y debía salvarlo de la destrucción.

Se obligó a respirar con calma, a no pensar, a olvidarse de sí misma.

Llegó la noche. Las estrellas brillaban.

–Habéis tenido suerte -dijo Hanis a Akhesa-. Me disponía a partir hacia Asia. Tebas se ha vuelto demasiado inhóspita.

–No tengo la intención de contrariar vuestros proyectos. Me gustaría, por el contrario, que vuestro viaje fuera inmediato.

–¿Por qué, Majestad? – se asombró el ex diplomático.

–Porque os pido que llevéis enseguida y con el mayor secreto una carta al rey hitita.

–Perdonad mi insolencia… ¿Puedo conocer el autor y el contenido?

–Está escrita por mi mano. Hela aquí.

Akhesa no había sellado el papiro. Hanis fue sensible a esa prueba de estima. La lamentó cuando hubo terminado de leer la misiva. El

antiguo embajador había vivido muchos dramas y sentido las más fuertes emociones durante su carrera. Esta vez, perdía pie. Lo que Akhesa deseaba sobrepasaba el entendimiento.

–Majestad, os dais cuenta de…

–He sopesado cada palabra, Hanis.

–Pero…, las consecuencias…

–Sólo a mí me conciernen.

–Egipto…

–Egipto no tendrá que sufrir por mi decisión. Muy al contrario.

–¿Cómo podéis afirmarlo tras haber redactado esta carta?

–¿Tenéis confianza en mí, Hanis?

Él se atrevió a mirarla. La turbación que siempre había sentido en presencia de la reina se apoderó otra vez de él. Su espíritu crítico le abandonaba. Se limitaba a admirarla.

–Creo…, creo que sí.

–Partid sin demora. Jurad al rey hitita que soy sincera. Decidle que no pierda tiempo. Tomad este sello. Servirá para autentificar vuestra gestión. Permaneced junto al soberano y enviadme un mensajero para comunicarme su respuesta. Pensad sólo en una cosa, Hanis: en obtener el acuerdo del hitita.

Hanis, subyugado, obedeció. Lo había hechizado una vez más, aunque desaprobara los terroríficos términos del mensaje del que era portador.

Cuando su barco partió hacia el norte a la hora en que el oriente se teñía de rojo, el embajador recitaba en voz baja el texto de Akhesa, que se había grabado en su memoria:

«Al gran rey del Hatti, mi Hermano, de parte de la reina de Egipto. Nuestros dos países viven en paz y conocen la alegría gracias a los regalos que intercambian».

«Hoy, sufro una gran desgracia. Soy viuda. Mi marido ha muerto y no tengo hijos. Todos saben que tú tienes muchos. Envíame uno en edad de reinar. Se convertirá en mi marido y será faraón. Me repugna tomar por esposo a uno de mis súbditos. Si tuviera un hijo, no escribiría a un rey extranjero rebajándome y rebajando a mi país. Pero no tengo elección. Puedes creer en mi sinceridad, no intento engañarte. Ya no tengo marido. Dame a uno de tus hijos y lo convertiré en señor de Egipto. Egipto y Hatti formarán una sola tierra gracias a este matrimonio».

Los ancianos decían que jamás el estío había revestido colores más violentos. El azul del cielo blanqueaba bajo la quemadura de una luz ardiente que hacía tórridas las jornadas. La crecida, según los astrólogos, llegaría con retraso. Los campesinos habían edificado chozas de cañas donde se protegían en compañía de perros y asnos. Se trabajaba del alba a media mañana; luego, se gozaba de un largo reposo, tanto en las ciudades como en los campos, antes de reincorporarse a las tareas cotidianas.

Akhesa no sentía fatiga alguna. Permanecía día y noche en la terraza de palacio, ofreciendo su cuerpo al sol. Sus rayos la acariciaban. Ahora comprendía por qué su padre había ordenado a los escultores que lo representaran provisto de manos con las que daba la vida. Palpitante por la mañana, apasionado a mediodía y tierno cuando llegaba el crepúsculo, el disco divino animaba cada parcela de su piel cobriza. La reina celebraba sus bodas de luz, sumergiéndose en ella para recuperar el alma de su padre y el amor de Tutankamón.

Ninguna reina de Egipto se había desposado con un soberano extranjero, pues la ley divina lo prohibía. Los hititas desconfiarían de esa increíble proposición que les convertiría en señores de Egipto sin haber tenido que librar batalla. Pero Akhesa estaba convencida de que el ex embajador, cuya fama en Asia era muy grande, sabría convencerles.

El jefe de la guardia privada de Horemheb se inclinó ante su señor.
– El embajador Hanis ha abandonado su residencia -declaró.

–¡Por fin! – exclamó Horemheb-. Vamos a saber qué está tramando. ¿Adónde ha ido?

–Vestido como un hombre del pueblo, ha sido conducido a palacio por la sirvienta nubia de la reina. Han entrado por las cocinas.

Una entrevista secreta con Akhesa… ¿Qué nuevo plan habría concebido? ¿Por qué utilizaba los servicios del más astuto de los diplomáticos?

–Hanis ha salido de palacio dos horas antes del amanecer -prosiguió el oficial-. Ha fletado un barco y ha partido hacia el norte.

–¿Menfis?

–Sólo ha estado allí una mañana para reunir una escolta. Ha cruzado la frontera en dirección a Asia. Mis hombres le siguen.

–Que no les descubra y que le dejen libertad de movimientos. Quiero un informe diario.

El general anuló una comida a la que estaban invitados altos dignatarios. Se sentía incapaz de tomar el menor alimento. Su instinto

le advertía que se preparaba una tragedia.

Hanis fue recibido inmediatamente por el gran rey del Hatti, un coloso de alta estatura y larga barba, finamente trenzada. Ambos hombres se habían encontrado varias veces. Se apreciaban. Hanis, tras las salutaciones de rigor, evitó los floridos discursos que preceden a toda negociación. El soberano comprendió inmediatamente que el asunto era grave.

La lectura de la carta escrita por la reina de Egipto le dejó estupefacto.

–Garantizo la autenticidad del documento -dijo Hanis-. He aquí el sello de la gran esposa real.

–¿Cómo creer en la sinceridad de esa mujer? – repuso el hitita-. ¡Los faraones ni siquiera nos conceden a sus hijas en matrimonio! Una reina de Egipto nunca permitirá que un enemigo de su país se convierta en su señor absoluto. Es una propuesta absurda…, o una trampa.

Hanis esperaba esta reacción del monarca.

–La actual situación de mi país es muy especial -explicó-. La reina está aislada. No tiene más elección que casarse con el general Horemheb, a quien considera un servidor indigno. En consecuencia, ha decidido rechazar esa esclavitud, optando por establecer una alianza con el Hatti, para que la paz reine en este mundo.

Al rey hitita le impresionó la tranquila seguridad de Hanis, pero no tenía ninguna intención de correr riesgos.

–Uno de mis hijos reinando en la tierra de Egipto… No, es imposible. La reina quiere engañarme.

–¿Cómo convencerte de su buena fe? – insistió Hanis-. Tal vez…

–¿Tienes una prueba?

–Tal vez debieras enviar a Egipto a un hombre experimentado en quien tengas confianza. Que se entreviste con la reina y que juzgue. Tendrías que actuar deprisa y en secreto.

El monarca reflexionó. Volvió la cabeza hacia su chambelán, fiel entre los fieles, su compañero en las horas dolorosas y los momentos felices. Éste aprobó la idea.

–Acepto -decidió el rey hitita.

Caminando día y noche, el chambelán, vestido a la egipcia y protegido por los mercenarios que Hanis había reclutado, llegó por el camino de Horus a la frontera jalonada de fortalezas. Provisto de un

falso salvoconducto, se presentó en el puesto de aduana. El oficial examinó el documento minuciosamente. El hitita no manifestó la menor impaciencia. Aguardó a que las formalidades administrativas se cumplieran, y respondió a las preguntas sobre el objetivo de su viaje y la duración de su estancia. Luego, salió de la fortaleza sin ser molestado.

Los hombres del general Horemheb, que no habían dejado de vigilar a Hanis y a sus mercenarios, les siguieron hasta Tebas. Allí, se instalaron en una modesta casa de las afueras.

El chambelán hitita solicitó oficialmente audiencia a la reina al día siguiente de su llegada a la gran ciudad del dios Amón. Se presentó como un maestro jardinero enviado por el templo de Karnak, dando así la contraseña transmitida por Hanis.

El rey hitita había oído hablar de la resplandeciente belleza de Akhesa. La realidad superaba con mucho las más halagadoras descripciones. Los ojos de la reina, de un verde claro, brillaban con luminosa inteligencia. Vestida con una túnica, le recibió en la terraza superior de palacio, entregada a los ardores de un sol implacable. Ni un solo abrigo para protegerse de él.

–¿Qué esperáis de mí? – preguntó-. He escrito a vuestro rey. Mantengo mi decisión y espero una respuesta favorable. Casi no hay tiempo. ¿Cuándo llega mi futuro esposo?

El hitita, habituado sin embargo a las intrigas y juegos de influencia de una corte real, se sintió casi desarmado frente a la voluntad de aquella mujer. ¿Existía alguien capaz de resistírsele? Intentando librarse de la magia que entorpecía su espíritu, se consagró a cumplir su misión.

–Majestad, vuestra petición es tan inesperada… Ninguna reina de Egipto había formulado jamás semejante proposición. Comprended nuestro asombro y nuestra desconfianza.

Akhesa, que había colocado a su interlocutor de modo que el sol le cegara, le había juzgado enseguida. Un cortesano fiel, activo y retorcido. Cuarenta advertidos años, una pereza tranquila, una aptitud innata para evitar los problemas.

–No, no la comprendo y no la admito. Tenéis la palabra de una reina de Egipto, ¿qué más queréis?

–No la ponemos en duda, claro. Pero nos gustaría comprender mejor las razones que os impulsan a unir Egipto y el Hatti.

Akhesa alzó la cabeza al cielo, como si buscara una respuesta en el sol. – Mi padre, el faraón Akenatón, rechazó siempre la guerra. La

misma luz ilumina el destino de los hititas y el de los egipcios. Yo no he olvidado su mensaje y quiero convertirlo en realidad. Mi marido ha muerto. Nunca tendré hijos. Que el rey del Hatti me envíe el suyo y lo convertiré en el hombre más poderoso de la tierra.

–Majestad…

Akhesa se volvió. La entrevista había terminado.

El jefe de la guardia privada de Horemheb concluyó su informe.

–Así pues, los mercenarios han regresado sin Hanis… Sí, hacía mucho tiempo que deseaba vivir en Asia. ¿Qué hacen?

–Duermen, beben y llevan muchachas a su antro, de donde no salen. Sólo uno de ellos, el de más edad, ha roto la regla. Ha acudido al palacio real y se ha presentado como jardinero del templo de Karnak.

–¿Por quién ha sido recibido?

–Por la reina.

–¿Y luego?

–Ha regresado con los otros mercenarios. Sus preparativos de marcha están concluyendo. Hemos identificado el barco que han fletado. ¿Debo detenerles?

–No…, todavía no. Que continúen siguiéndoles y que se me comuniquen sus menores movimientos.

Horemheb se preguntaba qué conducta seguir. Interviniendo de modo brutal, temía cortar demasiado pronto los hilos de la intriga. Akhesa desplegaba una nueva estrategia, establecía contactos con los hititas, hacía circular mensajes entre el reino del Hatti y Egipto. ¿Con qué intención? El peligro parecía mínimo. Un embajador marginado, algunos mercenarios, una sirvienta nubia… Horemheb no tenía nada que temer del lamentable ejército de Akhesa. Los temores que casi le habían quitado el sueño se disiparon. Si continuaba atento, terminaría descubriendo la verdad.

Zannanza, el primogénito del gran rey del Hatti, acababa de cumplir veinticinco años. Su existencia era sólo una larga sucesión de fiestas, cacerías y placeres. A veces, el aburrimiento se apoderaba de él. Su padre, que gobernaba en solitario, no le asociaba a decisión alguna ni le concedía la menor parcela de poder. Se asombró, pues, cuando vio entrar al monarca, al amanecer, en sus aposentos. Por lo general, le ordenaba acudir a palacio.

Sin duda, una desgracia había caído sobre el Hatti.

El monarca posó sus largas manos en los hombros de su hijo.

–Zannanza, estoy orgulloso de ti.

–¿Por qué, padre mío?

–Porque vas a convertirte en faraón de Egipto.

38

El general Horemheb estudiaba los proyectos de construcción de un nuevo ministerio de Países Extranjeros, cuando el jefe de su guardia privada le transmitió una solicitud de audiencia: la del ex embajador Hanis. Horemheb rogó a sus colaboradores que siguieran trabajando sin él.

Recibió a Hanis en un modesto despacho, situado en el extremo de un ala del edificio, lejos de todo oído indiscreto. El ex diplomático tenía los rasgos descompuestos. Su bigote negro estaba sembrado de canas. El general le contempló con curiosidad.

–Soy yo, efectivamente -dijo Hanis-. Vengo del reino hitita. He pasado la frontera de noche y… solo. Vuestros hombres son notables y escrupulosos, pero algo jóvenes. Les falta experiencia en los caminos de Asia. – ¿Por qué habéis regresado a Tebas?

–Para terminar aquí mis días, siempre que vos me dejéis en paz. Este clima me sienta mejor que el de Asia. Me gustaría construirme una hermosa tumba y contratar sacerdotes funerarios que celebraran mi nombre después de mi muerte.

Horemheb sonrió. La negociación comenzaba. – Exigís mucho. ¿Qué ofrecéis a cambio?

–La copia de una carta escrita por la reina, la que yo mismo llevé al rey del Hatti.

Hanis esperaba que Horemheb no utilizara la violencia para hacerle hablar. La idea tentó al general, pero la rechazó. No ensuciaría su nombre con semejantes actos.

–Accedo a vuestra petición. Hablad.

–Me gustaría ser reintegrado también al cuerpo de embajadores y aprovechar las ventajas materiales que procura. Naturalmente, me quedaré en Tebas y no llevaré a cabo ninguna misión más. Tenéis mi palabra.

–No me importunéis con esos detalles. Hablad.

Hanis sintió que no debía diferir más sus revelaciones. De memoria, transmitió a Horemheb el contenido exacto de la misiva escrita por Akhesa.

Se hizo un largo silencio. Las manos de Horemheb temblaban ligeramente. La sangre había abandonado sus labios.

–¿Quién está al corriente de las gestiones de la reina?

–El soberano del Hatti, su hijo Zannanza, los principales dignatarios de su corte y…

Nervioso, Horemheb interrumpió secamente a Hanis.

–Y en Egipto, ¿quién?

–La reina, vos y yo.

–¿Nadie más?

–Nadie más. Deseo una vejez feliz.

–Os confío a mi guardia personal. Mientras el asunto no quede resuelto, permaneceréis oculto.

El embajador no protestó. Al general no le quedaba otra solución.

–Me gustaría que esta detención provisional fuera agradable y que ningún soldado, por exceso de celo, atentara contra mi vida.

Horemheb se indignó.

–Me injuriáis, Hanis.

El diplomático dio vueltas al brazalete de plata que llevaba en la muñeca izquierda. Hizo frente al señor de Egipto.

–Exijo vuestra palabra. Tanto más cuanto que dispongo de otras informaciones esenciales…

Hanis no mentía. Horemheb le necesitaba.

–Muy bien. La tenéis. Me comprometo con mi vida a garantizar vuestra seguridad.

Hanis dejó escapar un suspiro de alivio, sin disimular su satisfacción. Había ganado la partida.

–Zannanza y cincuenta soldados de élite saldrán pasado mañana del reino del Hatti. Tomarán el camino de Horus y presentarán la carta de la reina y su sello en el puesto fronterizo principal. El comandante de la fortaleza no podrá negarles el acceso a nuestro territorio. Tendrá que protegerlos con sus hombres para que lleguen a Tebas sanos y salvos. La reina los recibirá con fasto y vos deberéis aceptar su decisión.

–No os preocupéis por el porvenir de Egipto, Hanis. Gozad de vuestros privilegios y no os pongáis nunca más ante mí.

Horemheb, con paso apresurado, salió del despacho. Hanis, postrado, aguardó a los policías que le conducirían a su residencia. Pensaba en la mirada de Akhesa, en aquellos ojos cuyo mensaje no había conseguido captar. ¿Por qué la había traicionado? ¿Por qué rompía su último sueño, el más enloquecido y el más peligroso? ¿Por qué condenaba a la desesperación a la inaccesible mujer de la que estaba locamente enamorado? Con un amargo sabor en la boca, Hanis lloró por él mismo.

–¿Realmente es tan hermosa? – preguntó por décima vez el príncipe Zannanza al chambelán.

–Fina, esbelta, con un rostro perfecto, negros cabellos, una piel cobriza, pechos redondos y altos, caderas estrechas, piernas largas y delgadas, pies de infinita delicadeza… Ninguna de vuestras mujeres podría rivalizar con ella. Tenéis mucha suerte. – ¿Y su palacio?

–Dejadme beber un poco. Con este calor, mi garganta se seca. Ambos hombres iban en un confortable carro provisto de múltiples almohadones. Tenían la suerte de estar protegidos de los rayos del sol y utilizaban frecuentemente los abanicos. Los soldados hititas, acostumbrados a las marchas forzadas, al frío y a la canícula, avanzaban sin rechistar.

Zannanza se mostró insaciable. El chambelán, que había convencido al rey del Hatti de la sinceridad de la reina, se vio obligado a responder a innumerables preguntas, a evocar su futura existencia de faraón. El príncipe volvía sin cesar a la personalidad de Akhesa, cada vez más impaciente por verla.

–Dentro de unas diez horas -dijo el chambelán-llegaremos a la frontera. – ¿No podríamos acelerar el paso? – Imposible, Majestad. Los caballos no resistirían. – ¡Qué importan los caballos! La reina de Egipto me aguarda. Para calmar al príncipe, el chambelán se lanzó a una nueva descripción del deseable cuerpo de Akhesa. Zannanza no se cansaba de oírle. Aquel viaje le entusiasmaba. Salir del Hatti, no depender más de su padre, convertirse en su igual, reinar sobre el más hermoso y el más rico de los países… ¿No era acaso el más fabuloso de los destinos?

Encabezando la vanguardia hitita iba un explorador que conocía a la perfección los itinerarios que llevaban al país de los faraones. Había elegido una ruta amplia y bien trazada. Una sola dificultad notable: el paso de un vado que, en aquella estación, estaba en su nivel más bajo. Una decena de soldados descabalgaron para empujar el carro. El

explorador que vigilaba la maniobra fue el primero en derrumbarse sobre los guijarros del río, con el pecho atravesado por una flecha. Los hititas cayeron uno tras otro. Cegados por el sol, no consiguieron ver a sus adversarios ocultos detrás de las rocas.

Cuando se lanzaron al asalto, quedaban sólo ocho supervivientes, que, pese a combatir con ardor, sucumbieron muy pronto. El toldo del carro fue desgarrado.

Aterrorizado, el príncipe Zannanza se agarraba al chambelán, atónito al ver aparecer a un oficial egipcio con una ensangrentada espada en la mano. – Bajad -ordenó.

–¿A qué viene esta emboscada? – interrogó el chambelán-. Éste es el hijo del rey del Hatti. Le debéis respeto y protección. Hacerle daño provocaría la guerra y…

–Bajad -repitió el jefe de la guardia privada del general Horemheb. Ambos hititas obedecieron.

Fueron degollados en el acto. Luego, los egipcios incendiaron el carro. Se llevaron los caballos que habían sobrevivido y recogieron los cadáveres de los cinco arqueros que habían perecido en el cuerpo a cuerpo. El jefe de la guardia recuperó la carta de la reina y su sello del cadáver del príncipe. Comprobó que no quedaba ningún superviviente entre los hititas.

El príncipe Zannanza no se sentaría nunca en el trono de Egipto.

–¡Es la guerra, Majestad, la guerra! ¡Hay hombres armados en toda la ciudad!

La sirvienta nubia gritaba y gesticulaba.

–Tranquilízate -ordenó Akhesa-. Ya lo veo.

Desde lo alto de la terraza, había visto un regimiento desfilando por la calle principal y dirigiéndose hacia el norte. Los soldados iba armados con lanzas, puñales, arcos, hondas y espadas. Se protegían con escudos de madera y cuero, de curvo borde superior. Los oficiales llevaban una coraza de cuero cubierta de placas metálicas.

–Se dice que van a Siria -prosiguió la nubia-. Los hititas la han invadido tras el asesinato del príncipe Zannanza. Su padre ha declarado la guerra a Egipto.

Akhesa sonrió. Una profunda alegría la animaba.

–Tráeme comida. Tengo hambre.

La nubia, convencida de que la reina se volvía loca, se apresuró a obedecer. Contrariarla agravaría el mal que sufría.

Tendida en el borde de la terraza superior de palacio, Akhesa comió dátiles frescos mientras contemplaba los cuerpos de ejército que salían de Tebas a paso ligero.

Cuando resonaron las trompetas de plata, se levantó. Era una frágil silueta al borde del vacío. El toque anunciaba el estado mayor.

El general Horemheb, soberbio con su dorada coraza, levantó los ojos hacia ella. Inmóvil en la luz, parecía una estatua de eternidad que desafiara el tiempo y a los hombres.

Los dos ejércitos estaban separados por una vasta extensión plana y desértica. Los hititas ocupaban la mayor parte de Siria, que era un protectorado egipcio. Las granjas habían sido saqueadas, y los campesinos[1] asesinados.

La guerra era inevitable.

Al soberano hitita le había sorprendido la rapidez de la reacción egipcia. Según las informaciones de sus espías, la movilización sería lenta y el armamento insuficiente. Los expertos militares preveían una fácil victoria hitita.

La visión de los cuerpos de ejército egipcios, apiñados en las colinas, modificó la opinión del monarca. Antes de dar la orden de atacar, reunió un consejo. La discusión fue viva. Las opiniones de los oficiales superiores divergían. Se decidió proceder a una serie de observaciones para apreciar mejor el poder real del enemigo.

Horemheb actuó del mismo modo. Hacía ya muchos años que esperaba enfrentarse al ejército hitita y conocer el valor de las fuerzas enemigas. El general no retrocedería. Tras haber ordenado el asesinato del príncipe Zannanza, estaba decidido a impedir la invasión hitita.

El ejército de las Dos Tierras era inferior en número, pero tenía regimientos de profesionales bien entrenados que, una vez desmovilizados, recibirían del Estado tierras, casa y provisiones hasta su muerte. Estaban, pues, decididos a vencer. Egipto, un país poco belicoso, demostraba una inmensa fuerza cuando su propia existencia se veía amenazada.

Debido a la política de debilidad puesta en práctica por Akenatón y también a la incompetencia de su sucesor, el ejército del faraón había perdido mucho prestigio. Pero Horemheb había velado por el mantenimiento del material sin debilitar la administración militar, de modo que no le había costado poner en pie de guerra a los principales regimientos. No obstante, carecía de la aportación de los jóvenes reclutas enrolados normalmente en las provincias. Sólo un conflicto rápido le daba esperanzas de éxito.

Transcurrieron tres días y tres noches con egipcios e hititas acampados en sus posiciones. Los nervios de los soldados se veían sometidos a una dura prueba.

El calor debilitaba los organismos. La mayoría de los soldados había perdido el sueño.

El cuarto día, por la mañana, las primeras líneas hititas retrocedieron. Les imitaron los arqueros apostados en las colinas y, luego, las hordas de infantes. Finalmente, volviendo la espalda al ejército egipcio, los carros se pusieron en movimiento hacia el Hatti. Su rey renunciaba a una batalla de resultado demasiado incierto.

Horemheb triunfaba. Sin duda, Egipto había perdido parte de su protectorado sirio; pero había demostrado su presencia como en los gloriosos tiempos de Tutmosis III. Sin derramar sangre, el general había demostrado al enemigo hitita que no podría invadir las Dos Tierras.

Gritos de júbilo brotaron de las filas del ejército egipcio.

Cuando regresó a Tebas, cuya población festejó al vencedor de los hititas, el general Horemheb se dirigió enseguida a palacio. Durante una semana, la capital del dios Amón viviría una inesperada fiesta en la que participaría toda la población.

El héroe, cuyo genio militar era celebrado por todos, había dejado a sus oficiales superiores, que habían recibido numerosos collares de oro como recompensa por su valor, la tarea de contar la hazaña. Horemheb no tenía ánimo para distraerse.

La reina aceptó recibirle. Subió a la terraza, donde Akhesa seguía comulgando con el sol, tendida en las losas de caliza. La reina resplandecía. Horemheb se sintió turbado, pero se negó a caer en la trampa que ella le tendía. Se había preparado para resistir.

–Os equivocáis -dijo la reina, como si leyera su pensamiento-. No tengo intención de seduciros.

Akhesa se levantó pausadamente. Horemheb sintió que su resolución flaqueaba. La joven se sentó al borde de la terraza, donde crecían las palmeras. El sol estaba alcanzando su apogeo.

–Majestad, ¿fuisteis vos quien escribió esta carta?

Akhesa reconoció la misiva.

–Sí, general.

–¿Os lo aconsejó…?

–Nadie. Fue una decisión mía.

Horemheb se acercó a la reina.

–Akhesa, escuchadme… Si entrego este documento a la administración…

–Obrad en conciencia.

–No lo deseo -confeso Horemheb-. Seréis mi gran esposa real. Anunciad mi designación como faraón durante este período de fiesta y destruiré la carta. Vos y yo negaremos su existencia. Si los hititas muestran una copia, afirmaremos que es una falsificación. Con mi protección, no corréis riesgo alguno.

Se acercó más todavía, dispuesto a tomarla en sus brazos. Ella le rechazó.

–Esperaba vuestra proposición, general, y era precisamente lo que no deseaba oír.

–No hagáis algo irreparable, Akhesa. Olvidad las diferencias que nos han separado. No elijáis la infelicidad.

–No os amo, general. Y no me traicionaré a mí misma.

–Habéis nacido para reinar. Yo también. Estamos hechos el uno para el otro.

La reina se quitó la túnica. Desnuda, se tendió de nuevo en el ardiente enlosado y cerró los ojos.

Horemheb dejó por unos instantes de respirar. ¡La felicidad estaba tan próxima! ¡Era tan sublime la perfección!

–Voy a reinar en Egipto -declaró con la voz rota por la emoción-. Vos lo sabéis, Akhesa. No me obliguéis a haceros comparecer ante un tribunal por alta traición.

Ni una gota de sudor brotaba del divino cuerpo de la reina. Sus pechos, hinchados de savia, se elevaban al suave ritmo de su respiración. Una flor adornaba su sexo de azabache, y el general sentía deseos de besarla hasta perder la razón.

–Akhesa, te lo suplico…, ¿por qué me rechazas?

–Soy la esposa de Tutankamón por toda la eternidad -respondió ella, inmóvil.

39

El proceso de la reina Akhesa se abrió a finales de verano, en

Tebas, en la sala de justicia del palacio y en presencia del regente del reino, el general Horemheb, del sumo sacerdote de Amón en Karnak, de los Segundo, Tercero y Cuarto Profetas del dios, de los principales ministros del gobierno y de los consejeros del faraón.

Formaban un tribunal presidido por el visir del Sur, ante quien se habían desenrollado cuarenta papiros que simbolizaban la totalidad de las leyes. El magistrado supremo llevaba en el cuello un amuleto de la diosa Maat, la justicia divina.

El visir imploró largo rato a Maat, rogándole que inspirara su juicio y le permitiera formular la verdad sin favorecer a nadie.

Luego, concedió la palabra a Horemheb, encargado de leer el acta de acusación. Nadie reconoció la voz del general. El vencedor de los hititas parecía cansado, envejecido. Hablaba molesto, como a disgusto.

–En nombre de Maat, acuso a la reina Akhesa, gran esposa real, de alta traición por haber intentado que un hitita ocupara el trono de Egipto, entregando así nuestro país al enemigo. Acuso a la reina de haber renegado de su función y de la tradición de las Dos Tierras. La acuso de haber intentado destruir Egipto sometiendo a sus habitantes al yugo extranjero.

–¿Disponéis de alguna prueba y de testigos que justifiquen vuestras acusaciones?

Horemheb pidió de beber. Se había visto obligado a entregar la carta escrita por la reina a la administración de justicia, esperando que el mecanismo jerárquico favoreciera la desaparición del documento entre el gran número de expedientes y que la reina cambiara su inverosímil decisión.

Pero un funcionario había avisado enseguida a dama Mut de la existencia de aquella terrible carta. La esposa de Horemheb, absolutamente encantada, había propagado por la corte la noticia, obligando a su marido a convocar al alto tribunal de justicia.

Horemheb leyó la carta, que evidenciaba la prevaricación de Akhesa. Luego, presentó como testigos al jefe de su guardia privada y al embajador Hanis. El primero relató el combate que le había enfrentado con los agresores hititas, la muerte accidental del príncipe Zannanza y el descubrimiento de la carta entre los documentos oficiales que llevaba con él. El segundo, que permaneció con la cabeza gacha durante la declaración, reveló la entrevista privada que había mantenido con la reina y detalló la misión que le había confiado. Declaró haber actuado por orden del general Horemheb, lo que fue confirmado por éste.

Los rostros eran graves. Todos aguardaban que la reina se defendiera vigorosamente de las increíbles acusaciones que se le hacían.

–Majestad -preguntó el presidente del tribunal-, ¿confirmáis estas palabras y estos actos?

Akhesa, coronada y luciendo un amplio collar de oro, estaba sentada en un trono colocado frente al sitial del visir. Ningún temor podía leerse en su rostro.

Los miembros del tribunal contuvieron el aliento.

–Los confirmo -declaró Akhesa, serena.

–¿Por qué actuasteis de ese modo? – preguntó el visir-. ¿Deseabais cumplir el sueño de vuestro padre, como el embajador Hanis pretende, y firmar la paz con los hititas gracias a esa boda?

Una sonrisa irónica adornó los labios de Akhesa.

–¿Me creéis tan ingenua o estúpida como para haber concebido semejante proyecto? La reina de Egipto nunca será esposa de un extranjero.

–¡Explicaos mejor, Majestad!

–¿No habéis comprendido que Egipto se adormecía en una pasividad mortal? El general Horemheb sólo ha servido a su ambición. Olvidó que el enemigo hitita se disponía a invadirnos. Intenté convencerle de que interviniera, pero cuando advertí que mi país doblaba el espinazo y perdía su dignidad, decidí actuar a mi modo. Todo ocurrió exactamente como yo lo había previsto. El general hizo seguir a Hanis y éste me traicionó. No dudaba de que cada una de las palabras de mi carta sería conocida pronto por mis enemigos; en cambio, temía no conseguir convencer al rey hitita de mi sinceridad. Dios me ayudó a conseguirlo. De ese modo, Horemheb se veía obligado a actuar. Tuvo que impedir que Zannanza penetrara en nuestro territorio y, por lo tanto, ejecutarle mientras cruzaba uno de nuestros protectorados, tan lejos del Hatti como de Egipto. La brutal intervención del general obligaría a los hititas a declarar la guerra y a los egipcios a defender su civilización. Yo confiaba en nuestro ejército. Y acerté. El Hatti sabe ahora que no posee capacidad militar para invadirnos. Si se efectúan con regularidad grandes maniobras en el extranjero, como hacían nuestros gloriosos antepasados, la paz durará. Ante vos, que me juzgáis, sólo puedo proclamar una verdad: ¡yo, la reina de Egipto, he salvado a mi país!

Horemheb se levantó, furioso.

–Estas declaraciones carecen de sentido. ¡Que se consulten los

informes de mi actividad militar! Ni por un instante he perdido de vista la amenaza hitita. Fueron Akenatón y Tutankamón, unos reyes débiles e indignos, quienes me impidieron intervenir de un modo directo. Sin embargo, yo les serví con fidelidad, pues nadie debe desobedecer las órdenes del faraón.

Los jueces aprobaron.

–Eso es falso -objetó la reina-. Horemheb olvidó su deber. Confiar en él es condenar a Egipto a la decadencia.

El general cruzó la sala para detenerse frente a la mujer que seguía interponiéndose entre el poder y él.

–¡Juro por la ley de Maat -afirmó con fuerza-que he ofrecido mi vida entera a mi país! Poco me importan la gloria y el poder. Si los hititas hubieran amenazado nuestra seguridad, habría convencido al faraón de que librara batalla. Acuso a la reina de haber oscurecido la fama de Egipto.

Akhesa sintió que el miedo se difundía por sus venas. Horemheb había decidido destruirla arruinando su argumentación, que ella había creído inatacable. Había esperado que el general se batiera en retirada. Pero plantaba cara sin consideraciones, atreviéndose incluso a utilizar la mentira.

–Estamos en presencia de la más grave falta -estimó el Segundo Profeta de Amón-: la alta traición. El resto es sólo inútil cháchara.

La reina desató su cólera contra Horemheb. Cada una de las palabras que pronunció, indispuso al tribunal. Quien tenía el corazón demasiado ardiente abandonaba el camino de la verdad.

Un juez intentó ayudar a Akhesa.

–Supongo, Majestad, que fuisteis mal aconsejada.

–No -respondió ella, recuperando de pronto su tranquilidad-. Puse en marcha mi propio plan de acción. Nadie me lo inspiró.

–¿Lamentáis hoy vuestra deplorable acción con los hititas?

–Claro que no. No había otro modo de despertar nuestro orgullo y salvar nuestra civilización.

–Es grotesco -exclamó un alto dignatario, partidario de Horemheb-. La reina no tenía más objeto que entregar Egipto al enemigo. Ha proseguido el loco sueño de su padre, crear un imperio del sol, mezclar las naciones en detrimento de la nuestra. La reina es una hereje. Nunca dejó de serlo.

Horemheb contempló a la reina con gravedad.

–¿Renegáis de vuestro padre, Majestad? ¿Habéis renunciado a su insensato ideal?

Una extraña paz invadió a Akhesa. Ya no sentía deseos de luchar.

–No -respondió-. Es mayor y más noble que todos vosotros. Le odiáis a causa de vuestra mediocridad. Él abrió el camino. Su mensaje seguirá viviendo.

Otra voz, procedente del más allá, hablaba a través de ella. Una voz que era su sangre y su carne. En ella se mezclaban las tiernas entonaciones de un padre y la melodía amorosa de un esposo.

–Que la reina retire de inmediato esas palabras -exigió el sumo sacerdote de Amón-. Son un insulto al dios del imperio. Que confirme su abandono de la herejía. De lo contrario, que sea repudiada por el propio Amón y pierda su calidad de gran esposa real.

Akhesa se limitó a sonreír. A Horemheb le sorprendió la expresión de felicidad que iluminaba el rostro de la joven.

El proceso cambiaba de naturaleza. El general nunca se casaría con la mujer que le obsesionaba.

Dama Mut, revoloteando, distribuía numerosas órdenes a las decenas de sirvientes que estaban sacando los muebles de su suntuosa villa para transportarlos al palacio real. Una cohorte de servidores se encargaba de los objetos frágiles. Mut sermoneaba, amenazaba, tenía prisa por ocupar un lugar digno por fin de ella.

Su triunfo era total.

El visir, aprobado por todos los jueces, había pronunciado la deposición de la reina Akhesa. Perdía su título y sus prerrogativas. Permanecería recluida, hasta el final de su existencia, en una celda de sacerdotisa del templo de Sais, en el Delta, muy lejos de Tebas.

Mut, convertida en gran esposa real por decisión del regente Horemheb, había proclamado enseguida faraón a su marido. Mientras se aceleraban los preparativos para la coronación, la nueva reina de Egipto organizaba un gigantesco banquete que inauguraría una fiesta de varios días.

La corte manifestaba su satisfacción. Era preferible que Horemheb y Mut, formando una irreprochable pareja, reinaran juntos. Algunos habrían visto con malos ojos la unión del general con la viuda de Tutankamón, que habría arruinado la reputación de una gran dama tebana que no merecía sufrir semejante desgracia.

Dama Mut había tenido la inteligencia de mostrarse modesta en su éxito. Compareciendo ante los altos dignatarios, había insistido en los

abrumadores deberes de una reina de Egipto. Sintiéndose indigna de sus ilustres predecesoras, que habían liberado las Dos Tierras de la opresión y convertido Tebas en la capital del mundo civilizado, emplearía todas sus fuerzas para hacerse un lugar en ese linaje de mujeres geniales del que ningún otro país podía enorgullecerse.

Todos habían apreciado la dignidad y la mesura de aquellas palabras.

El rey Horemheb había celebrado las cualidades de la gran esposa real.

Egipto conocía de nuevo la felicidad de ser gobernada. Toda huella de herejía había sido borrada. Toda huella… No era ésa la opinión de Mut, esposa del faraón.

–Vuestra presencia me honra, Majestad -declaró el visir-. Este modesto despacho…

–Basta de cortesías -dijo Mut, cortante-. Tenemos que examinar juntos un grave asunto.

El jefe de la justicia, nervioso, devolvió a su lugar el rollo de papiro que estaba estudiando. La visita de la gran esposa real a la hora en que se abrían los despachos no anunciaba nada bueno.

–Estoy a vuestra disposición, Majestad. ¿De qué se trata?

–De Akhesa.

–Mañana saldrá de Tebas hacia Sais.

–Esa condena fue pronunciada contra una hereje… ¿Por qué olvidar tan fácilmente la traición?

Mut se expresaba con inquietante tranquilidad.

–¿No ha sufrido ya bastante? – interrogó el visir-. Es muy joven. La reclusión perpetua es un terrible castigo.

–No se ha hecho justicia -estimó Mut-. Akhesa deshonró el título que llevaba. Debéis reunir de nuevo al alto tribunal y deliberar sobre la verdadera acusación: alta traición.

–Majestad…

–Soy la reina. Vos sois el jefe de la justicia. Akhesa es culpable del más abominable de los crímenes. Ésa es la verdad, y vos jurasteis hacer que resplandeciera, aun en detrimento de vuestras propias opiniones. Respetad vuestro juramento.

–Majestad, si evitáramos…

–Que Amón os proteja -dijo la gran esposa real, saliendo del

despacho del visir.

Durante toda una jornada, el alto magistrado deliberó con su conciencia. En su mano derecha tenía el amuleto que representaba a la diosa Maat, encarnación de la justicia celestial y eterno testimonio de su cargo.

Al visir le disgustaba tanto el exceso como la injusticia. Akhesa le había impresionado, casi conmovido. Se había defendido con torpeza, burlándose de las artimañas de la corte, olvidando que el general Horemheb y sus consejeros habían aprendido a disfrazar la verdad sin envilecerse. Sólo había contado con su inteligencia, su fe y su certidumbre. ¿Qué peso tenían frente a la fría determinación de un hombre cuya vocación era convertirse en faraón?

¿Cómo omitir la carta escrita por Akhesa? ¿Cómo eliminar del expediente aquella prueba capital conservada en los archivos? Mut sabría recordar su existencia y preguntar qué caso hacía el tribunal de una prueba tan abrumadora. El visir volvió a leer los rollos de la ley, que conocía de memoria, esperando descubrir un artículo olvidado que le permitiera rechazar un nuevo proceso o aplazarlo indefinidamente.

Fracasó. Akhesa no había terminado de sufrir.

Con un retraso de más de dos días, la crecida fue poco abundante, como si el dios del Nilo vacilara en fertilizar Egipto, depositando el limo en las orillas abrumadas por el calor. Horemheb, tras las fiestas de la coronación, se dirigió a las principales ciudades del país para que le aclamaran y asegurar su poder sobre los príncipes locales. Aquel desplazamiento le impediría estar presente en el segundo proceso de Akhesa.

Los jueces esperaban descubrir a una joven abrumaba por el peso de la pasada condena y angustiada por la que iba a venir.

El tono de las acusaciones fue más duro y vehemente. No era ya una gran esposa real la que comparecía ante ellos, sino una reina destronada, la hija del maldito Akenatón. No llevaba insignias ni joyas que recordaran su calidad.

«Alta traición.» Aquellas dos palabras salían una y otra vez de la boca de quienes intervenían, cuyo odio inflamaba a veces sus palabras. El visir interrumpió a varios de ellos, exigiendo mayor dignidad de unos hombres maduros y responsables. Akhesa comprendió enseguida que había caído en la trampa. El tribunal ejecutaba la voluntad de dama Mut y no prestaría atención alguna a las negativas de una mujer condenada ya por herejía.

El visir se vio obligado a resumir las acusaciones. La carta al rey del Hatti y el testimonio del embajador Hanis probaban que Akhesa había decidido abrir las fronteras de Egipto al enemigo.

–Tomaos el tiempo que necesitéis para defenderos -recomendó el alto magistrado-. Subsisten muchas dudas. Deseo mayores explicaciones. Volveremos a examinar punto por punto el expediente.

–No será necesario -estimó Akhesa-. La sentencia ya ha sido pronunciada.

–¡Majestad! – se indignó el visir-. ¡Os atrevéis a acusarme de prevaricación!

–A vos no -repuso ella-, pero sí a quienes me acusan. Son mentirosos. Saben que he dicho la verdad. No quiero dar más explicaciones. Una reina no se justifica ante los cobardes.

–¡Ya no sois reina! – protestó el Segundo Profeta de Amón-. Sois…

La mirada de Akhesa fue tan despectiva que el sacerdote no se atrevió a continuar.

–Majestad -prosiguió el visir, sabiendo que podía ser amonestado al utilizar tal apelativo-, no cedáis a la tentación del silencio. Si conseguís justificar vuestra actitud, seréis absuelta.

Akhesa sonrió al visir.

–Sois digno de vuestro cargo -declaró-. Pero vos solo no podréis luchar contra todos ellos. Para que sigáis siendo visir, debo ser condenada. Permitidme que os preste este último servicio. Egipto os necesitará.

Akhesa no añadió una sola palabra, desentendiéndose del proceso. El visir le imploró que no se encerrara en aquella actitud. Pero la joven, con los ojos cerrados, ya había abandonado el tribunal.

Las deliberaciones fueron breves. Ni un solo juez tomó la defensa de Akhesa.

El visir sólo tuvo que pronunciar la sentencia contra quien había sido reconocida culpable de alta traición: la muerte.

40

Horemheb supo la noticia de la condena a muerte de Akhesa mientras permanecía en Menfis, donde estaba reorganizando el mayor arsenal del país. Interrumpió enseguida sus actividades para regresar a Tebas. Su cólera estalló al descubrir que Akhesa había sido encerrada en una celda del templo de Karnak en cuanto finalizó el proceso.

El faraón tendió la mano a la joven, que permanecía acostada en el suelo de piedra, y la ayudó a levantarse.

–Este trato es indigno de vos. Castigaré a los culpables.

A pesar de su delgadez y su cansancio, Akhesa no había perdido en absoluto el orgullo.

–Soy la única culpable.

–Daré órdenes de que os trasladen a palacio.

–Con una condición…

–¿Cuál?

–Quiero morir en la ciudad del sol -exigió-, donde mi padre conoció la felicidad.

–Imposible. No tengo derecho a hacerlo.

–Ya no sois un servidor del faraón, Horemheb. Sois faraón. No creo haber implorado nunca un favor. Le suplico al rey de Egipto que me conceda éste.

Mut, la nueva gran esposa real, había hecho que amontonaran los objetos preciosos pertenecientes a Akhesa en un taller de palacio. La joven acarició las copas y los jarros de oro, los recipientes decorados con granadas, las bandejas de plata, los frascos de cosméticos, las cucharas de ébano, el pequeño íbice de marfil que contenía aceite perfumado, el racimo de oro con el que había jugado de niña. Había olvidado en demasía a aquellos mudos compañeros, segura de que siempre le pertenecerían.

Los soldados de Horemheb no la verían llorar. Les indicó con una señal que la entrevista con su pasado ya había durado demasiado. De acuerdo con sus deseos, la llevaron a un cuarto de baño inundado de luz, cuya puerta custodiaron. Puesto que las ventanas daban al vacío, Akhesa no tenía posibilidad alguna de huir.

Contempló largo rato el sol, bebiendo en la fuente de la vida. La poderosa claridad no le abrasaba los ojos. Luego, se quitó el vestido de tirantes y se zambulló en el agua tibia de la bañera excavada en el suelo.

Quiso hacer interminable y voluptuoso el último baño antes de

partir hacia el otro mundo. Se ungió la piel con aceite perfumado de lis, se frotó suavemente manos y muslos, y se contempló cien veces en los distintos espejos. Pero la reina no se miraba, no admiraba su propia belleza sino la juventud de una luz que iba a extinguirse para que naciera otra claridad, cuyo nombre y forma ignoraba. El alma de Akhesa alimentaría el sol divino que daría vida a una nueva alma.

La puerta del cuarto de baño se entreabrió.

Chorreante, Akhesa se levantó. Su sirvienta nubia, vacilando, caminó hacia ella.

–Me gustaría…, me gustaría ayudaros, Majestad.

Akhesa rompió a reír.

–Acércate, ya sabes lo que debes hacer. Te echaba en falta. Me siento sucia y fea.

La nubia tomó una jofaina y salpicó la nuca de Akhesa. Luego, le lavó los cabellos, le arregló las uñas de los pies y de las manos, utilizó cucharillas de maquillaje en forma de nadadoras desnudas para dibujarle unos ojos perfectos. Akhesa salió del agua. La sirvienta la secó con toallas de lino. La reina se tendió boca abajo, recreándose en la calidez de las losas caldeadas por el sol. Disfrutó de la experta suavidad de los dedos de la masajista, que le relajó el cuello y la espalda como si la preparara para el amor.

–Tenemos que separarnos -dijo Akhesa con la voz quebrada.

La nubia rompió en sollozos.

–Debo… Debo vestiros todavía.

–Vete -ordenó la reina-. Sé feliz.

La reina permaneció largo rato tendida e inmóvil, como si deseara incrustarse en la piedra. Cuando sintió frío, se levantó.

El sol se ponía. Dentro de unos minutos, Horemheb vendría a buscarla.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, veneró el final del día.

El barco real atracó en el muelle principal de la ciudad herética cuando el alba rojiza desplegaba sus fastos. Akhesa se llenó los ojos con su última mañana. La franja negra que cubría las montañas se tiñó de un profundo y violento color anaranjado, nacido del lago de llamas del que pronto surgiría el nuevo sol. El anaranjado fue difuminándose, palideció, y se perdió en un amarillo que pronto fue dominado por el blanco y el azul. Disipadas las tinieblas, apareció el río.

El centelleo del agua hizo percibir a la reina destronada la verdad

del valle del Nilo: una estrecha estría fértil entre dos desiertos. Una formidable afirmación de la vida en el corazón de la sequía.

Egipto era un milagro.

Había tenido el privilegio de participar en él, de favorecer su existencia, de conocer el trono de los vivos. ¿Qué más podía desear? No lamentaba nada. Si su vida concluía en aquel día de otoño, era porque había llegado a su plenitud, a la orilla de la que el trasbordador no regresa. Sus actos se habían desprendido de ella, se había vuelto ajena a su propio pasado.

La muerte estaba hoy ante ella, como si regresara del exilio tras un largo viaje. Hija y mujer de faraones, había compartido el misterio de los seres de cielo y de tierra. Aunque su destino sólo le hubiera ofrecido poco más de veinte años, ningún otro le parecía preferible.

Akhesa desembarcó acompañada de Horemheb. El faraón alejó a su guardia privada. Había decidido permanecer solo con la condenada.

Uno al lado del otro, caminaron hasta los desiertos arrabales de la ciudad del sol. Las casas blancas, construidas apresuradamente, se habían degradado. Deshabitadas en su mayoría, servían a veces de refugio a familias de beduinos que eran expulsadas por la policía del desierto.

El calor matinal era suave, tranquilizador. Cuando Akhesa vio el palacio sumido en la soledad, entregado al viento y a la arena, escuchó de nuevo la voz hechicera de su padre, cantando la perfección de su capital. «Mi ciudad es hermosa, poderosa, magníficas fiestas la animan… El sol brilla en todas partes… Mi corazón se siente gozoso cuando la admira, pues es semejante a un fulgor del cielo.» Pero ¿qué se había hecho de los verdeantes jardines, los estanques llenos de peces, los lagos de recreo y los graneros llenos de trigo? Aquí y allá, lienzos de paredes derrumbadas, bordes de terrazas caídas, relieves mancillados, escaleras deterioradas… La capital, olvidada, agonizaba.

–Me gustaría recorrer sola las salas de palacio.

Horemheb vaciló.

–Esperadme en la sala del trono -insistió ella-. No temáis nada. No huiré.

Ver de nuevo los lugares donde Akenatón había reinado incomodó al nuevo faraón. Aquí, Horemheb era sólo un general que ejecutaba las órdenes de su señor. El trono del hereje había sido destruido. Horemheb se sentó en un banco de piedra.

¿Por qué Akhesa había elegido la muerte? Ni el propio faraón

podía modificar la ley o archivar la sentencia pronunciada. El y ella se habían equivocado librando un nuevo combate ante un tribunal que había decidido en favor del Señor de las Dos Tierras. Ambos, él y ella, se habían comportado como niños inconscientes de los peligros que corrían.

El tiempo del sueño había sido abolido. Akhesa y Horemheb no formarían la pareja real cuyo poder habría maravillado a Egipto.

Akhesa, con los pies desnudos, exploró los corredores, las salas con columnas, las alcobas y los cuartos de baño, recreándose en el despacho de su padre. Mil recuerdos, dulces o amargos, se borraban al ritmo de sus pasos. Sin embargo, subsistían todavía los tiernos gestos de Nefertiti, las plegarias de la familia reunida bajo los rayos del disco divino, los juegos con su padre, los paseos en carro… En aquellas estancias condenadas a la destrucción, no había sombras ni memoria. Akhesa se llevaría al más allá la visión de su morada terrestre, para construirla de nuevo en la campiña de las felicidades.

El sol se acercaba al cenit cuando se reunió con el postrado Horemheb.

–Ha llegado la hora -anunció ella.

El faraón, con la frente surcada por una profunda arruga, la contempló.

–¿A quién amaste realmente, Akhesa?

Las lágrimas llenaron los ojos de la joven, pero su mirada no vaciló.

–A Tutankamón. Él y yo estamos unidos por toda la eternidad. La inicua sentencia que hicisteis pronunciar contra mí, me permitirá reunirme pronto con él. Loada sea Vuestra Majestad.

–¿Y si dejáramos por un instante este juego cruel? Si por un sólo instante…

La tomó dulcemente de las manos. Ella no se rebeló, pero permaneció distante. Horemheb deseaba gritar el amor que le desgarraba, pronunciar las simples y enloquecidas palabras de los amantes, postrarse a sus pies… Pero era el faraón, y Akhesa había sido condenada al castigo supremo.

–El jardín colgante, en la terraza más alta… Desde allí quiero partir al otro mundo.

Se separó de él muy despacio. Cuando la suavidad de sus manos le hubo abandonado, Horemheb supo que, sin Akhesa, debería renunciar a la felicidad. Ninguna mujer le haría olvidar la pasión que no había

sabido vivir. Se juró ser el más justo de los reyes y velar más que ningún otro por la prosperidad del país al que Akhesa se había ofrecido hasta el último aliento. Se mostraría implacable con los cobardes, los mentirosos y los prevaricadores. De su reinado, los Anales dirían que había sido un tiempo de equilibrio y de serenidad.

El jardín colgante, abandonado desde hacía varios años, ya no era más que una extensión arenosa. Sólo había sobrevivido un macizo de pequeñas flores rojas. La muchacha se inclinó, cortó una y se la puso en los cabellos.

–Dadme el veneno -exigió.

Horemheb se quitó el anillo que llevaba en el índice izquierdo. Tenía la forma de una minúscula redoma. La ley de Maat prohibía a un ser humano ejecutar a otro ser en nombre de la justicia. Una condena a muerte suponía un suicidio.

Akhesa sabía que no iba a sufrir. Una vez absorbido el líquido, perdería rápidamente el conocimiento y se sumiría en el sueño de la rapaz muerte, adonde iría a buscarle el dios Anubis, con cabeza de chacal, para conducirla por el camino del otro mundo.

–Horemheb, prometedme…

Sosteniendo la redoma en la mano izquierda, Akhesa seguía vacilando.

–Prometedme que haréis excavar mi sepultura en las montañas de la ciudad del sol y haréis inscribir en ella el himno al sol compuesto por mi padre.

–Akhesa… Bien sabéis que…

–Cuando el dibujante, el grabador y el arquitecto hayan terminado su trabajo, haced desaparecer mi tumba, como la de Tutankamón, bajo un montón de rocas. Que su emplazamiento no conste en los archivos.

Horemheb no respondió.

–Tengo que haceros un último ruego -prosiguió-. No destruyáis los vestigios de esta ciudad. Dejadlos morir al sol. Su cadáver no os molestará.

Horemheb asintió con la cabeza. Las tempestades de arena, el tiempo y los beduinos pronto precipitarían la ruina de la ciudad herética.

Akhesa se llevó la redoma a los labios.

El faraón sintió un violento dolor en el pecho.

–No, Akhesa, no…

La joven bebió el veneno de azucarado sabor. Echando la cabeza hacia atrás, abrió la boca para llenarse de la luz del sol de mediodía.

Como si estuviera ebria, giró sobre sí misma y, luego, se desplomó lentamente sobre su costado izquierdo, aquel por el que la muerte llega.

En la lejanía, dos lebreles iniciaron una enloquecida carrera hacia el horizonte, saltando de cresta en cresta, para abrir a su dueña el camino del más allá. Cuando las sombras de Carnero y de Toro desaparecieron en el cegador brillo del astro divino, Horemheb supo que el alma de Akhesa se había convertido en luz.

ANEXOS

La época de la Reina Sol

Akhesa es una de las reinas del Imperio nuevo, concretamente de la decimoctava dinastía (hacia 1552-1306), que muchos historiadores consideran el período más brillante de la historia egipcia. De hecho, esa época está marcada por la acción de grandes faraones, como Tutmosis III, el Napoleón egipcio, Amenofis II, el rey deportista, o Amenofis III, el sabio, sin olvidar a Hatshepsut, la reina-faraón que legó a la posteridad su magnífico templo de Deir el-Bahari, en la orilla occidental de Tebas.

El Egipto del Imperio nuevo es rico y poderoso. Constituye el primer imperio del mundo, y su cultura se impone. El centro del reino se halla al sur del país, en Tebas. Fueron los tebanos, en efecto, quienes libraron la victoriosa guerra de liberación contra los ocupantes hicsos.

De este modo, la ciudad del dios Amón aparece como garante de la felicidad y la independencia de las Dos Tierras. Cada faraón considerará un deber embellecer y engrandecer el templo de Karnak, donde está entronizado Amón-Ra, el rey de los dioses.

El conflicto entre el faraón y los sacerdotes tebanos

Karnak se convirtió en el templo de los templos. Su clero se benefició de considerables riquezas y tuvo que administrar innumerables tierras y cabezas de ganado. El gran sacerdote de Amón, el Primer Profeta, reinaba en un Estado dentro del Estado.

Al parecer, el padre de Akenatón, Amenofis III, tuvo conciencia del peligro. Sin duda influido por su esposa, la lúcida reina Teje, introdujo en la teología tebana otras formas divinas, especialmente a Atón, y manifestó con autoridad la omnipotencia del faraón.

Sin embargo, Akenatón chocó desde muy joven con los sacerdotes tebanos y tuvo que sufrir su creciente materialismo. Consideraba a algunos de ellos como los más viles de los hombres. Deseando afirmar el mensaje de Atón, le pareció conveniente no hacerlo en Tebas, sino crear una nueva capital en un territorio que nunca hubiera sido ocupado por dios alguno. Así nació la ciudad del sol.

Horemheb y sus sucesores extrajeron algunas lecciones de la experiencia de Akenatón. Vigilaron estrechamente al clero tebano, sin dejar de embellecer Karnak. Sin embargo, el conflicto latente no desapareció. Tras Ramsés III, el poder real fue debilitándose, mientras que el del sumo sacerdote de Amón, guardián de las tradiciones religiosas, continuó en aumento, hasta el extremo de que un miembro del alto clero tebano, Herihor, aspiró a ser nombrado faraón. Akenatón, muchos años antes, había acertado.

La cuestión planteada por Akenatón

Akenatón reinó algo más de quince años (1364-1347) en Egipto. Cuando ascendió al trono, llevaba el nombre de Amenofis IV, es decir «Amón-está-en-plenitud». Al abandonar el culto de Amón y su templo de Karnak, cambió de ser, convirtiéndose en Akenatón, «El que brilla por Atón». Un nuevo dios necesitaba una nueva capital. Así pues, se fundó Aketatón («El horizonte de Atón»), la ciudad del sol, conocida con el nombre árabe de Amarna o Tell el-Amarna, y situada en el Medio Egipto.

El paraje se encuentra hoy prácticamente destruido por la erosión, y las tumbas no ofrecen más que un panorama mal conservado. A partir de una dispersa documentación, difícil de interpretar, los egiptólogos intentan comprender la personalidad y la acción de este rey, calificado a menudo de «hereje». Sus extrañas representaciones, que muestran un alargamiento del cráneo, una deformación de los rasgos del rostro y una hinchazón del vientre, le han hecho universalmente célebre. Su esposa Nefertiti también ha alcanzado la fama gracias a los dos bustos que nos han transmitido su resplandeciente belleza.

Ahora bien, si los comienzos del reinado pueden seguirse con bastante facilidad, el final permanece muy oscuro. Se han propuesto

múltiples hipótesis. Aquí se ha optado por la que afirma que no se produjo guerra civil y que el poder se transmitió al joven Tutankamón y su esposa[21].

El misterio de Tutankamón

La apertura de la tumba de Tutankamón, en 1922, fue uno de los grandes descubrimientos de la arqueología sobre el que queda mucho por decir. Aquel acontecimiento ponía de relieve a un rey «menor», prácticamente desconocido, cuyo reinado fue breve. Sin embargo, ¡cuántas maravillas reunidas en aquella pequeña tumba que, sin duda, no había sido concebida para él!

A causa de su muerte prematura, la huella histórica de Tutankamón es débil. Sigue siendo el más desconocido de los reyes célebres. Su propio origen sigue planteando la cuestión de si era hijo de un rey o de un noble. Vivió en la ciudad del sol con el nombre de Tutankatón, «Símbolo vivo de Atón». Cuando fue nombrado rey, abandonó la ciudad de Akenatón para volver a Tebas, donde transformó su nombre en Tutankamón, «Símbolo vivo de Amón», para demostrar que el regreso a la ortodoxia era una realidad.

Los objetos hallados en su tumba del Valle de los Reyes todavía no han sido estudiados en su totalidad. Quedan algunos textos por traducir y comentar a fondo, hecho que no permite formarse una visión de conjunto de ese «material» simbólico para el otro mundo.

Las representaciones de la Reina Sol

Akhesa no es una desconocida. El descubrimiento de los tesoros de Tutankamón permitió conocer su rostro. La reina aparece representada allí a distintas edades. En una placa de marfil que adorna la tapa de un cofre, se la muestra muy joven. Su gracia y belleza son extraordinarias. Vestida con una larga túnica plisada que subraya sus delicadas formas, lleva sobre la cabeza una complicada corona, y en la frente, dos cobras erguidas que simbolizan su dominio sobre la totalidad de Egipto. Presenta a su marido ramilletes de loto y papiro. Imagen absoluta de la juventud y el esplendor de la mujer en la que se unen indisolublemente lo divino y lo humano, Akhesa ofrece aquí una de las representaciones más perfectas del amor entre el faraón y la gran esposa real.

En el respaldo de un trono chapado en oro, Akhesa aparece representada de más mayor. El rostro sigue presentando la misma finura, pero es más grave. Lleva una corona con unos cuernos de vaca,

un sol y dos altas plumas. Estas últimas aluden al aliento divino. Los cuernos de vaca son símbolo de la diosa Hator, soberana del cielo, donde nace la luz del sol. Con la mano derecha, la reina hace un gesto de protección mágica destinado al faraón. La pareja recibe los rayos bienhechores del sol. La escena desprende armonía y tranquila felicidad, y constituye una visión admirable de una unión luminosa entre dos jóvenes que tenían a su cargo la más brillante de las civilizaciones.

En las paredes de las capillas de Tutankamón, otras representaciones muestran a Akhesa en distintos momentos de su existencia, impregnada de exigencias rituales. «Amada por la gran hechicera», la reina acompaña al faraón en sus cacerías para ayudarle a someter a las fuerzas del caos. Cuando el rey golpea a un enemigo al que sujeta por los cabellos, su esposa está detrás de él, gratificándole con un fluido bienhechor. Cuando Tutankamón tira con el arco, la reina permanece sentada ante él y designa una espesura de papiros de donde surgen pájaros volando. Le tiende una flecha tan ligera que puede sujetarla con la punta de los dedos.

Akhesa ofrece a su esposo el «tallo de millones de años», la vida, la prosperidad, la eternidad, le pone al cuello un collar con el escarabeo de las metamorfosis y las resurrecciones, toca ante él dos sistros para rodearle de armonía mágica. De ese modo, se adecua al ritual practicado desde los orígenes por las reinas de Egipto.

Una de las escenas más conmovedoras es, sin duda, la que muestra al rey derramando un líquido perfumado a la diestra de la reina, que se halla ante él, sentada en un almohadón. Akhesa se vuelve hacia el faraón con un gesto de suprema elegancia, y apoya el codo izquierdo en las rodillas de su marido. A su lado figura una inscripción que ofrece todo su significado a esta escena: «Para la eternidad».

A través de Akhesa hemos querido describir el carácter de aquellas reinas tebanas, hermosas y autoritarias, inteligentes y cultivadas, capaces de dirigir un Estado y tomar decisiones capitales. Tercera hija de Akenatón, el hereje, esposa de Tutankamón y prematuramente viuda, Akhesa vivió la tormenta del final de una época. La carta que escribió al soberano hitita es un documento auténtico[22] que sellaría su destino. A pesar de que resulte imposible demostrar científicamente la interpretación novelesca que de ella ofrece este libro, nos parece muy verosímil.

La persecución de Akenatón

La momia de Akenatón no ha sido encontrada. Es posible que la ocultaran cuidadosamente en una tumba de Amarna, no descubierta todavía, o que la trasladaran a Tebas, como nosotros creemos, que se destruyera accidentalmente o la enterraran en un escondrijo de la orilla oeste.

La ciudad del sol no fue destruida por Horemheb, como se ha escrito con frecuencia. Es probable que Tutankamón, pese a haber regresado a Tebas, no abandonara la «herejía» atoniana[23]. El propio Horemheb, aun proclamando su fidelidad al dios Amón, mostró un indudable interés por los cultos solares. Sólo durante la decimonona dinastía, y más concretamente bajo el reinado de Ramsés II, unos sesenta años después de la muerte de Akenatón, los nombres de este último, de Smenker, de Tutankamón y de Ay, englobados todos en la herejía, fueron suprimidos de las listas reales[24]. Esta supresión simbólica, esencial para los egipcios, fue acompañada por un desmantelamiento de los edificios de la capital de Akenatón. Ramsés II, «El nacido del sol», privilegiaba el culto de Ra y no podía admitir la «competencia» de otra divinidad solar como Atón.

¿Qué fue de Horemheb y de su esposa?

Horemheb subió al trono de Egipto y gobernó las Dos Tierras durante algo más de un cuarto de siglo (hacia 1333-1306). Su reinado fue feliz y próspero. En un largo decreto, de acuerdo con la tradición monárquica, Horemheb alardea de haber restablecido el orden en todo el país, tras un período de disturbios y decadencia. Se presenta como un rey justo, preocupado por la equidad y dispuesto a hacer que se respete la ley cósmica, Maat, en todos sus dominios.

Los historiadores le han acusado de exageración. En realidad, cada faraón hacía grabar y difundir ese tipo de textos para su coronación. A la muerte de su predecesor, el caos invadía el país. Cuando el nuevo monarca era entronizado, la luz y el orden quedaban restablecidos.

Akenatón, Tutankamón y Ay no habían arruinado la economía egipcia ni destruido los templos. Horemheb afirma, sin embargo, haber ordenado que se efectuaran numerosas restauraciones. Como todos los grandes faraones del Imperio nuevo, contribuyó a embellecer Karnak. Sin embargo, su obra más importante consistió en la realización de una serie de reformas administrativas y jurídicas. Algunas antiguas costumbres se habían convertido en injusticias que era necesario suprimir.

El cine ha convertido a Horemheb en una especie de soldadote

violento y avinado. De hecho, pertenecía a las altas jerarquías de la administración, donde había ingresado tras cursar una carrera como letrado. Su título de «general» no debe engañarnos. Fue, ante todo, un escriba real, un hombre culto profundamente apegado a las leyes. No existen rastros de ninguna operación militar de envergadura emprendida por Horemheb, que se consagró a restringir el poder de los sacerdotes tebanos, para que el poder efectivo del faraón no se viera contrariado por las riquezas temporales del clero tebano. En su calidad de excelente estratega, Horemheb supo mantener el equilibrio entre el Norte y el Sur, entre Menfis y Tebas, entre el clero de Ra y el de Amón. Siendo «general», hizo preparar su primera tumba en la necrópolis de Menfis, en Saqqara, cuyos admirables relieves constituyen uno de los ejemplos más hermosos del refinado arte del Imperio nuevo. Sin embargo, debido a su ascenso al trono, Horemheb fue enterrado en el Valle de los Reyes.

No conoció ninguna dificultad seria durante su reinado. Mantuvo a distancia a los hititas, que no intentaron ninguna acción violenta contra un Egipto seguro de su fuerza. En una época más tardía, incluso se veneró a un dios llamado Horemheb[25], tal vez en recuerdo de un lejano período feliz.

Según el egiptólogo inglés G. Martin, la primera mujer de Horemheb, de origen no real, habría muerto en el segundo año del reinado de Ay. Mutnedjemet (cuya abreviación es Mut), que se hizo famosa como reina de Egipto, habría sido su segunda esposa. Fallecida durante el decimotercer año de reinado, fue enterrada en la tumba de la necrópolis menfita. Algunos egiptólogos suponen que fue hermana de Nefertiti.

Otros descubrimientos en perspectiva

Todavía serán necesarios muchos años de investigación para intentar comprender mejor la aventura de Akenatón, precisar los vínculos de parentesco entre los protagonistas del drama y descubrir nuevos indicios. El suelo de Egipto no ha revelado todavía todos sus tesoros. En la necrópolis de Saqqara acaba de ser descubierta la tumba de uno de los personajes de esta novela, Maya, uno de los íntimos de Tutankamón. ¿Nos revelará su estudio nuevos hechos?

Subsisten aún muchos más problemas. El atento estudio de la tumba de Akenatón, aun estando en ruinas, ha puesto en tela de juicio algunas ideas ya establecidas.

En esta novela histórica, donde la imaginación se nutre de lo real,

se ha optado por contemplar una época a través de los ojos de una mujer. Y no de cualquier mujer, sino de una que merecía algo mejor que la historia de los eruditos, de la que compartió el destino de Tutankamón y fue la Reina Sol.

[1] El nombre de la capital fundada por Akenatón, «El que resplandece por Atón», era Aketatón, literalmente «La región de luz del dios Atón». A menudo se la cita por su nombre árabe, Amarna, El-Amarna o Tell el-Amarna, y se hallaba situada en el Egipto Medio. La antigua capital, consagrada al dios Amón, era Tebas, situada más al sur. Ambas ciudades distan unos 300 kilómetros. La acción transcurre en el siglo XIV a. de C, durante el período que se ha dado en llamar Imperio nuevo. El señor de Egipto es el faraón Akenatón, que accedió al trono hacia 1364.

[2] Para que la lectura resulte más fluida, se ha adoptado como nombre para la heroína de esta novela el de Akhesa. Su nombre egipcio era Ankhes-en-pa-Atón, «Vive para Atón». Resulta imposible precisar la edad exacta de los protagonistas de acuerdo con las fuentes históricas. Por lo que concierne a Akhesa y a Tutankamón, se supone que la primera tenía de doce a quince años, y el segundo de diez a trece, cuando esta historia comienza.

[3]Nombre que los historiadores ortografían de distintos modos: Ti, Tii, Tiyi, *etc.*

[4]Dios con cabeza de ibis, patrono de los escribas y detentador de las ciencias.

[5] El reino de los hititas.

[6] Los colosos de Memnón, que son el único vestigio de este santuario.

[7] En el paraje conocido con el nombre de Malqatta, «el lugar donde las cosas fueron halladas». Sólo quedan escasos vestigios.

[8] El templo de Deir el-Bahari.

[9] Traducción del nombre de Amón.

[10] Referencia al nombre Amón-Hotep, «el que se oculta está en paz», que llevaban el padre de Akenatón, Amenofis III, y el propio Amenofis IV antes de transformar su nombre en Akenatón, «espíritu eficaz del dios Atón». Maya alude, pues, a la época que precede a la revolución atoniana.

[11] Hor-em-heb: Horus está de fiesta.

[12] Expresión egipcia.

[13] Óvalos más o menos alargados que contienen el nombre del faraón.

[14] Antecedente del juego de ajedrez.

[15] Según la terminología griega, las provincias de Egipto reciben el nombre de «nomos».

[16] El actual Solep, en Sudán.

[17] El templo de Deir el-Bahari.

[18] El planeta Marte.

[19] Conocida con el nombre griego de Hermópolis y el árabe de Ashmunein. Su necrópolis es El-Bersheh.

[20] Todos estos datos, así como las decisiones tomadas por el general, provienen de un texto egipcio titulado El decreto de Horemheb, recientemente publicado, estudiado y traducido por J. M. Kruchten (Bruselas).

[21]Para el estudio de esta época, ver nuestra obra Néfertiti et Akhénaton, le couple solitaire, Librairie Académique Perrin, 1988.

[22]Ver especialmente E. Edel, Ein neugefundes Brieffragment der Witwe des Tutanchamun aus Boghazkoy, Orientalistika 2, 1978, pp. 33-35, y Les Lettres d'el-Amarna, París, 1977.

[23] Ver A. Kadry, Annales du Service des Antiquités égiptyennes, 68, pp. 191-194.

[24] Ver R. Hary, Mélanges Gutbub, pp. 95-102.

[25] Revue d'Égyptologie, 34, pp. 148-149.